

# ROSA LUXEMBURG

PAUL FRÖLICH



# **ROSA LUXEMBURG: PENSAMIENTO Y ACCIÓN**



Colección

**SOCIALISMO y LIBERTAD**

Libro 311

Ilustración de tapa: Kate Evans (2019)

CATÁLOGO



Colección

**SOCIALISMO y LIBERTAD**

ONLINE

«El capitalismo es el primer sistema económico con poder de propaganda, un sistema que tiende a extenderse por todo el planeta y a desplazar a todos los demás sistemas económicos. Sin embargo, también es el primer sistema de este tipo que no podría existir solo, sin otros sistemas económicos que le proporcionen un entorno y un suelo fértil. Así, al mismo tiempo que se convierte en un sistema universal, es aplastado por su incapacidad inherente para ser un sistema de producción universal. Es una contradicción histórica viva en sí misma; su proceso de acumulación es una expresión de la continua solución y, al mismo tiempo, agravamiento de la contradicción. Al llegar a un determinado nivel de desarrollo, esta contradicción sólo puede resolverse aplicando los principios del socialismo, ese sistema económico que es universal y armonioso por su propia naturaleza, porque no tiene como objetivo la acumulación, sino la satisfacción de las necesidades vitales de la propia humanidad trabajadora mediante el desarrollo de todas las fuerzas productivas del planeta»



<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

# ROSA LUXEMBURG: PENSAMIENTO Y ACCIÓN

Paul Frölich<sup>1</sup>

Nota Editorial

**SOBRE ROSA LUXEMBURG: PENSAMIENTO Y ACCIÓN.** Michael Löwy (2019)

**INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN INGLESA.** Tony Cliff (1971)

**PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN ALEMANA.** Paul Frölich (1948)

## 1. Juventud

En el hogar

Comienza la lucha

## 2. El destino de Polonia

Zurich

Leo Jogiches

El partido *Proletariat*

Contra el blanquismo

La cuestión nacional como problema estratégico

La fundación de la socialdemocracia polaca

## 3. En defensa del marxismo

En las filas de la socialdemocracia alemana

El reformismo avanza

Una visión del mundo

*Reforma y revolución*

Capitalismo domesticado

Los trabajos de Sísifo

<sup>1</sup> *Rosa Luxemburg. Gedanke und Tat.* 3<sup>ra</sup> Edición revisada publicada en Frankfurt-am-Main por Europäische Verlagsanstalt, 1967. Publicado originalmente por Éditions nouvelles internationales, París. 1939. Primera traducción al inglés publicada en Londres por *Left Book Club* en 1940. *Monthly Review Press*, Nueva York y Londres 1972, by Pluto Press., Editorial Fundamentos, Madrid. 1976. De la edición en Italiano Biblioteca Universale Rizzoli (BUR), Milano. 1987. De la edición en portugués Boitempo, 2019. Esta edición digital es una nueva traducción cotejada y revisada, corresponde a todas las ediciones citadas. *El Sudamericano*, Junio de 2024.

#### **4. La conquista del poder político**

Los límites del parlamentarismo  
Un experimento de gobierno  
Último recurso  
La alegría en la lucha  
Escaramuzas

#### **5. La Revolución Rusa de 1905**

Rusia despierta  
La organización del partido  
Lenin y Luxemburg  
La naturaleza de la revolución de 1905  
Escaramuzas en la retaguardia

#### **6. En la línea de fuego**

Varsovia  
La insurrección armada  
La socialdemocracia polaca y el Partido Socialista Polaco  
En prisión  
Crítica a la revolución

#### **7. Una nueva arma**

Decepción  
La huelga política de masas  
*Huelga de masas, partido y sindicatos*  
Dirigentes sin vocación  
Una teoría de la espontaneidad

#### **8. Sobre el fin del capitalismo**

La escuela del partido  
*Introducción a la economía política*  
*La acumulación de capital*  
El imperialismo y la teoría de la acumulación de capital  
El ataque de los epígonos

#### **9. La lucha contra el imperialismo**

El problema político  
Contra la amenaza de guerra  
La lucha por el sufragio igualitario  
Los tribunales entran en acción



## **10. Como una vela que arde por ambos extremos**

La mujer  
La militante  
La escritora  
La oradora

## **11. Guerra**

El cuatro de agosto  
Bajo la bandera de la revuelta  
*Die Internationale*  
Un año en una cárcel de mujeres  
*The Juniusbroschüre*  
*Spartakus*  
Barnimstrasse, Wronke, Breslau

## **12. Rusia 1917**

El primer triunfo  
La Revolución de Octubre  
Crítica a los bolcheviques

## **13. La revolución alemana**

Preludio  
Noviembre  
La acumulación de fuerzas  
El programa de la revolución  
La contrarrevolución contraataca  
Fundación del Partido Comunista Alemán

## **14 El camino hacia la muerte**

La lucha de enero  
*Spartakus* y la insurrección de enero  
Cacería humana  
Los asesinatos  
Después

**ROSA LUXEMBURG.** Bolívar Echeverría (1981)

## **Bibliografía**

## Nota Editorial

A lo largo del texto se han utilizado una serie de abreviaturas que se adjuntan aquí con las mareas completas en inglés para mayor comodidad del lector:

BUND: Liga de Trabajadores Judíos (*Algemener Yiddisher Arbeter Bund*)

PPS: Partido Socialista Polaco

SDKPyL: Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania

SPD: Partido Socialdemócrata de Alemania

USPD: Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania

KPD: Partido Comunista de Alemania

## **SOBRE ROSA LUXEMBURG: PENSAMIENTO Y ACCIÓN**

Michael Löwy

Esta biografía de Rosa Luxemburg, publicada originalmente en 1939, sigue siendo una obra de referencia indispensable. Desde entonces se han publicado varias más, con más información y datos biográficos, pero ninguna contiene la misma profunda afinidad entre autor y biógrafo. En 1918, junto a Luxemburg, Paul Frölich participó en la fundación del Partido Comunista Alemán y, en los años veinte, el partido le encargó la publicación de las obras completas de la gran revolucionaria.

El autor presenta la apasionante vida de Rosa Luxemburg con gran inteligencia y empatía: su juventud en Polonia, sus estudios en Zurich, su emigración a Alemania, su relación erótico-afectiva con Leo Jogiches, la lucha por las ideas marxistas en la socialdemocracia alemana, su participación en la Revolución Rusa en Varsovia, sus años de prisión en Polonia y, durante la guerra, en Alemania, hasta que finalmente fue asesinada por las bandas militares protofascistas llevadas a Berlín por el ministro socialdemócrata Gustav Noske. Frölich analiza también con gran agudeza sus principales escritos: *La Acumulación del Capital* (1913), su gran obra de economía política; el famoso *Folleto Junius (La Crisis de la Socialdemocracia)*, 1916, en el que aparece la consigna “socialismo o barbarie”; la crítica (constructiva) a los bolcheviques en *La Revolución Rusa* (1918); y los últimos textos que escribió, durante el levantamiento espartaquista de 1919.

La vida y la obra de Rosa Luxemburg se caracterizan por una extraordinaria unidad entre pensamiento y acción, teoría y práctica, conocimientos científicos y compromiso con la lucha de los oprimidos. La gran virtud de esta biografía es que logra resaltar esta unidad y restituir así la grandeza humana, política e intelectual de esta inolvidable figura del socialismo revolucionario del siglo XX.

## INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN INGLESA

Ha sido un gran honor que Rosi Frölich<sup>2</sup>, la viuda de Paul Frölich, me pidiera que escribiera una introducción a la presente edición de *Rosa Luxemburg*. Es bueno contar con una edición nueva y más completa de un libro magnífico, que ha sido una rareza durante toda una generación.

El libro de Frölich está escrito con el espíritu de su heroína. Frölich muestra claramente que ante todo Rosa Luxemburg era un gigante del pensamiento y la acción; se atrevía a pensar porque se atrevía a actuar; su voluntad coincidía con su razón.

Franz Mehring, el biógrafo de Marx, no exageró cuando llamó a Rosa Luxemburgo el mejor cerebro después de Marx. Pero ella no sólo aportó su cerebro al movimiento obrero, sino todo lo que tenía: su corazón, su pasión, su fuerte voluntad, su vida misma.

Por sobre todo Rosa Luxemburg fue una revolucionaria socialista y entre los grandes líderes y maestros revolucionarios socialistas tiene un lugar histórico especial por sí misma.

Cuando el reformismo degradó los movimientos socialistas al aspirar puramente al “Estado del bienestar”, al jugar con el capitalismo, se hizo de primera importancia hacer una crítica revolucionaria de esta doncella de mano del capitalismo. Es cierto que otros marxistas además de Rosa Luxemburg –Lenin, Trotsky, Bujarin y otros– llevaron a cabo una lucha revolucionaria contra el reformismo. Pero tenían un frente limitado contra el que luchar. En su país, Rusia, las raíces de esta mala hierba eran tan débiles y delgadas que bastaba un simple tirón para arrancarla de raíz. Cuando Siberia o la horca miraban a la cara a todo socialista o demócrata, ¿quién podía oponerse en principio al uso de la violencia por parte del movimiento obrero? ¿Quién habría soñado en la Rusia zarista con una vía parlamentaria al socialismo? ¿Quién podría abogar por una política de gobierno de coalición, pues con quién podrían hacerse coaliciones? Allí donde los sindicatos apenas existían, ¿quién podía pensar en considerarlos la panacea del movimiento obrero? Lenin, Trotsky y los demás dirigentes bolcheviques rusos no necesitaban rebatir los argumentos del reformismo con un análisis minucioso y exacto. Sólo necesitaban una escoba para barrerlos al basurero de la historia.

<sup>2</sup> Véase: Riccardo Altieri, «*Antifaschisten, das waren wir...*» *Rosi Wolfstein und Paul Frölich. Eine Doppelbiografie*. Büchner-Verlag. 2022.

En Europa Central y Occidental, el reformismo conservador tenía raíces mucho más profundas, una influencia mucho más abarcadora en los pensamientos y estados de ánimo de los trabajadores. A los argumentos de los reformistas había que responder con argumentos superiores, y en esto Rosa Luxemburg sobresalió. En estos países, su bisturí era un arma mucho más poderosa que el mazo de Lenin.

En la Rusia zarista, la masa obrera no estaba organizada en partidos o sindicatos. No existía la gran amenaza de que poderosos imperios fueran contruidos por una burocracia surgida de la clase obrera como en el movimiento obrero bien organizado de Alemania; y era natural que Rosa Luxemburg tuviera una visión mucho más temprana y clara del papel de la burocracia obrera que Lenin o Trotsky. Ella comprendió mucho antes que ellos que el único poder que podía romper las cadenas burocráticas era la iniciativa de los trabajadores. Sus escritos sobre este tema todavía pueden servir de inspiración a los trabajadores de los países industriales avanzados, y son una contribución más valiosa a la lucha por liberar a los trabajadores de la perniciosa ideología del reformismo burgués que los de cualquier otro marxista.

La mezcla de espíritu revolucionario y clara comprensión de la naturaleza del movimiento obrero en Europa occidental y central de Rosa Luxemburg está de alguna manera relacionada con su particular origen: nacimiento en el Imperio zarista, larga residencia en Alemania y plena actividad en los movimientos obreros polaco y alemán. Cualquiera de menor estatura se habría asimilado a uno de los dos entornos, pero no Rosa Luxemburg. A Alemania llevó el espíritu "ruso", el espíritu de la acción revolucionaria. A Polonia y Rusia llevó el espíritu "occidental" de la autosuficiencia, la democracia y la autoemancipación de los trabajadores.

Su *La Acumulación de capital* es una contribución inestimable al marxismo. Al tratar de las relaciones mutuas entre los países industrialmente avanzados y los países agrarios atrasados, puso de manifiesto la idea más importante de que el imperialismo, al tiempo que estabiliza el capitalismo durante un largo período, amenaza con sepultar a la humanidad bajo sus ruinas.

Siendo vital, enérgica y no fatalista en su enfoque de la historia, que concebía como fruto de la actividad humana, y al mismo tiempo poniendo al desnudo las profundas contradicciones del capitalismo, Rosa Luxemburg no consideraba que la victoria del socialismo fuera inevitable. El capitalismo, pensaba, podía ser o el preludio del socialismo o el borde de la barbarie.

La pasión por la verdad hizo que Rosa Luxemburg rechazara cualquier pensamiento dogmático. Nada le resultaba más intolerable que doblegarse ante “autoridades infalibles”. Como verdadera discípula de Marx era capaz de pensar y actuar independientemente de su maestro. Aunque captaba el espíritu de sus enseñanzas, no perdía sus facultades críticas en una simple repetición de sus palabras, independientemente de que éstas se ajustaran o no a la nueva situación, de que fueran correctas o erróneas. La independencia de pensamiento de Rosa Luxemburg es la mayor inspiración para los socialistas de todo el mundo y de siempre.

En una época en la que tantos que se consideran marxistas despojan al marxismo de su profundo contenido humanista, nadie puede hacer más por liberarnos de las cadenas del materialismo mecanicista sin vida que Rosa Luxemburg. Para Marx, el comunismo (o socialismo) era el “humanismo real”, «una sociedad en la que el pleno y libre desarrollo de cada individuo es el principio rector». (Rosa Luxemburg era la encarnación de estas pasiones humanistas. La simpatía por los humildes y los oprimidos fue el motivo central de su vida. Su profunda emoción y sentimiento por el sufrimiento de las personas y de todos los seres vivos se expresaba en todo lo que hacía o escribía, ya fuera en sus cartas desde la cárcel o en los escritos más profundos de su investigación teórica.

Rosa Luxemburg, sin embargo, sabía muy bien que cuando la tragedia humana es de escala épica, las lágrimas no ayudan. Su lema, como el de Spinoza, podría haber sido: «*No llores, no rías, pero resiste*», aunque ella misma tuvo su buena dosis de lágrimas y risas. Su método consistía en revelar las tendencias del desarrollo de la vida social para ayudar a la clase obrera a utilizar sus potencialidades de la mejor manera posible en conjunción con el desarrollo objetivo. Apelaba a la razón del hombre más que a sus emociones.

Una profunda simpatía humana y un ferviente deseo de la verdad, una valentía sin límites y un magnífico cerebro se unieron en Rosa Luxemburg para hacer de ella una gran socialista revolucionaria. Como escribió su amiga más íntima, Clara Zetkin, en su necrológica: En Rosa Luxemburg la idea socialista era una pasión dominante y poderosa del corazón y del cerebro, una pasión verdaderamente creativa que ardía sin cesar. La gran tarea y la ambición abrumadora de esta mujer asombrosa era preparar el camino para la revolución social, despejar el camino de la historia para el socialismo. Vivir la revolución, librar sus batallas, ésa era para ella la mayor felicidad. Con una voluntad, una determinación, una abnegación y una devoción para las que las palabras son demasiado débiles, consagró toda su vida y todo su ser al socialismo.

Se entregó por completo a la causa del socialismo, no sólo en su trágica muerte, sino a lo largo de toda su vida, cada día y cada hora, a través de las luchas de muchos años. Fue la espada afilada, «la llama viva de la revolución».

**Tony Cliff**  
Septiembre de 1971



*Rosa Luxemburg*

## PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN ALEMANA

La primera edición de este libro se publicó en París a finales de agosto de 1939, pocos días antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. El libro es hijo de la emigración alemana y lleva las marcas de su nacimiento. El autor abandonó Alemania a principios de 1934 tras su liberación de un campo de concentración. En ese momento pensó que el material que había estado reuniendo durante muchos años para preparar las *Obras Completas de Rosa Luxemburg* estaba en manos seguras. Sin embargo, de alguna manera se perdió o cayó en manos que no quisieron desprenderse de él. Entre estos papeles se encontraban manuscritos y cartas de Rosa Luxemburg; casi todas sus obras publicadas en alemán, polaco y francés; el volumen V de las *Gesammelte Werke*, [*Obras reunidas*] ya mecanografiado y listo para imprimirse, que contenía sus escritos sobre política imperialista; cartas políticas y privadas a Rosa; y una gran cantidad de notas, etc. Fuera de Alemania sólo se pudo recuperar una parte de las pérdidas, y hubo que prescindir de muchos documentos que habrían sido útiles para describir detalles de contexto y de los distintos personajes.

Sin embargo, a pesar de estas circunstancias desfavorables, el libro tenía que escribirse. El nombre de Rosa Luxemburg se ha convertido en un símbolo del movimiento obrero internacional. Sin embargo, hoy en día se sabe poco de su obra, e incluso los grandes conocedores de la literatura socialista sólo conocen fragmentos de sus escritos. La publicación de su legado literario tropezó con frecuentes obstáculos y, debido a las luchas fraccionales en el seno de la Internacional Comunista —una oposición decidida (aunque nunca admitida abiertamente). Por tanto, no pudo completarse. Así, se olvidaron áreas enteras de su obra, cuyo conocimiento habría sido de gran importancia para evaluar sus puntos de vista. En las disputas de los diversos partidos y tendencias del movimiento obrero, muchas enseñanzas de la maestra fueron malinterpretadas, y otras maliciosamente desfiguradas. Parecía que si alguna literatura socialista podía ser rescatada y sacada de su escondite en un periodo post-nazi, resultaría ser sólo escombros. Existía el peligro de que sólo quedara un recuerdo desvaído o una leyenda engañosa de los logros históricos de Rosa Luxemburg.

Las obras biográficas publicadas sobre ella o bien tenían un propósito limitado, como la de Luise Kautsky<sup>3</sup>, o bien ignoraban sectores esenciales de la obra de Rosa, como la de Henriette Roland-Holst<sup>4</sup>. Ambas autoras eran bastante próximas

<sup>3</sup> Luise Kautsky, *Rosa Luxemburg: ein Gedenkbuch* (Berlín, Heptagon, 2015). (N. Ed.)

<sup>4</sup> Henriette Roland-Holst, *Rosa Luxemburg: haar leven en werk* (Rotterdam, W.L. & J. Brusse's Uitgeversmaatschappij N. V., 1935) (N. Ed.)



a Rosa y retrataron su personalidad con mucho afecto y comprensión. Ambas, sin embargo, defendían opiniones decididamente diferentes a las de Rosa, por eso no lograron exponer correctamente sus ideas ni hacer justicia a su actuación política.

Una persona habría estado eminentemente calificada para revivir la vida y obra de Rosa Luxemburg: Clara Zetkin. Las dos habían trabajado juntas durante décadas. Cada cual poseía una fuerte personalidad, de estatura y valores propios. Provenían de ambiente diferentes y cada una estaba influida por distintas experiencias. No obstante, en las disputas intelectuales y en las batallas políticas habían llegado a los mismos puntos de vista y a las mismas decisiones. De los principales socialistas que sobrevivieron a Rosa, nadie conocía mejor a Luxemburg, la persona y la luchadora, que Clara Zetkin; nadie estaba más familiarizada con el campo de batalla, las circunstancias históricas y la identidad de amigos y enemigos en las escaramuzas. Ella conocía los motivos concretos de muchas de las decisiones, motivos que habrían permanecido ocultos para un investigador obligado a emitir un juicio basado únicamente en documentos. Lo que habría aportado una biografía de Rosa escrita por Clara Zetkin puede deducirse de los ensayos y panfletos que escribió para recordar a su amiga. Sin embargo, hasta su muerte el 20 de junio de 1933, Clara Zetkin se dedicó por completo a las tareas de la lucha diaria, y declaró una y otra vez que así cumplía con la obligación que sentía por su compañera caída en combate.

La victoria del fascismo en Alemania y el consiguiente esfuerzo por analizar las causas de la severa derrota del proletariado, no fueron solamente los socialistas alemanes los que se vieron motivados a estudiar más profundamente las teorías de Rosa Luxemburg. De hecho, en el movimiento obrero mundial se puede hablar de un «Luxemburg-Renaissance». Cuanto más crecía el interés por su obra, más profundas eran las lagunas en el material disponible. Sin embargo, era evidente que no bastaba con volver a publicar los escritos perdidos, en la medida en que fueran accesibles. Ahora era necesario intentar hacer una exposición global de su pensamiento y de su actuación partiendo de sus propias concepciones. Por eso la tarea principal que el autor se propuso fue la de elaborar de la manera más nítida posible las ideas de Rosa Luxemburg. Para eso, tuvo que considerar cuidadosamente su presentación y dejar hablar a la propia Rosa cada vez que se presentaba la oportunidad, aun cuando el flujo narrativo pudiera resentirse por las interrupciones. Con ello pretendía servir a los lectores que tenía siempre presentes mientras trabajaba en el libro: socialistas activos interesados tanto en los problemas teóricos y tácticos.

El hecho de que el libro pudiera escribirse se debió sobre todo a los esfuerzos de Victor Gollancz, distinguido editor e incansable defensor de los desfavorecidos y los oprimidos. Fue su editorial la que, en la primavera de 1940, publicó la edición inglesa del libro en la excelente traducción de Edward Fitzgerald. Esa edición tuvo un éxito admirable en Inglaterra en medio de la guerra.

El libro transporte al lector a una época que ya no existe. En las tres décadas transcurridas desde la muerte de Rosa Luxemburg, el mundo ha experimentado cambios crueles. Aquellos días de enero de 1919, cuando la Revolución Alemana recibió un golpe decisivo, marcaron, de hecho, el final de una época del movimiento obrero, un período que había comenzado con la derogación de las leyes antisocialistas<sup>5</sup> y que se había caracterizado por un crecimiento casi ininterrumpido. Incluso en épocas de grave agitación interna, como los años de la Primera Guerra Mundial, este avance había continuado, ya que, a medida que se elaboraban intelectualmente las nuevas experiencias y problemas, se alcanzaban nuevas cotas de conocimiento y perspicacia, y se adquirían nuevas fuerzas morales en las luchas más encarnizadas. Desde entonces, las condiciones en las que han tenido que trabajar los socialistas se han hecho cada vez más complicadas y difíciles. Es cierto que en todas partes las organizaciones obreras crecieron de manera impresionante y que se obtuvieron éxitos significativos en las luchas individuales. Sin embargo, el movimiento obrero quedó dividido por una profunda fractura, se vio paralizado por violentas luchas internas y su moral de lucha se debilitó. El desarrollo general fue de fracaso en derrota, terminando finalmente en la terrible catástrofe para todo el proletariado provocada por el fascismo alemán. En este período de decadencia, los viejos camaradas de Rosa Luxemburg sintieron cada vez más profundamente la falta que hacía al movimiento su advertencia, su dirección y su ejemplo. Hoy en día, cualquiera que intente evaluar las dificultades a las que se enfrenta la clase obrera en todos los países y, en particular, en Alemania, y comprender los peligros a los que se enfrenta actualmente toda la humanidad, se da cuenta de la necesidad que tienen nuestros tiempos de una persona con la claridad y la audacia de Rosa Luxemburg.

Habría que intentar investigar cómo, bajo las condiciones actuales que han cambiado catastróficamente, se podrían utilizar de manera fructífera las ideas de Rosa Luxemburg y, en particular, sus enseñanzas tácticas. Sin embargo, esto no es posible en un prefacio, ni siquiera en forma de esbozo. El primer requisito para tal

<sup>5</sup> “Sozialistengesetz” significa literalmente “ley de los socialistas”, El nombre completo de la ley era *Gesetz gegen die gemeingefährlichen Bestrebungen der Sozialdemokratie* (Ley contra las peligrosas aspiraciones de la socialdemocracia), de allí la preferencia por la denominación “Ley Antisocialista”) (N. Ed.)

empresa sería un análisis profundo de todos los fenómenos sociales y políticos característicos de nuestra época. Pero hay que subrayar que Rosa Luxemburg nunca consideró los resultados de su trabajo teórico como verdades definitivas o como modelos tácticos que debían adaptarse a las condiciones cambiantes. En un discurso pronunciado ante los miembros de un sindicato en Hagen (octubre de 1910) ella misma dijo:

«La clase proletaria no lleva a cabo su lucha de acuerdo con un esquema establecido en un libro o en una teoría. La moderna lucha de los trabajadores es parte de la historia, parte del desarrollo social. Y es en medio de la historia, en medio de la lucha, que aprendemos cómo debemos luchar [...] El primer mandamiento de un militante político es acompañar el desarrollo de los tiempos, y en cada momento, prestar atención siempre a la transformación del mundo así como de la transformación en nuestra estrategia de lucha.»

Para ella no había dogma ni autoridad a los cuales se debiera obediencia ciega. Incluso la mera idea de que sus propias opiniones no fuesen sometidas a crítica la habría desconcertado y despertado su indignación. Para ella el pensamiento crítico y siempre alerta era la sangre vital del movimiento socialista, el primer requisito para la acción común. Sin un examen constante y concienzudo de las teorías tradicionales, sin una investigación minuciosa de los hechos, sin el reconocimiento de las nuevas tendencias de desarrollo, sería imposible para el movimiento acompañar la marcha de la historia, ni posibilidades de dar cuenta de las tareas del presente. Y hay que añadir –porque muchos años de experiencia han demostrado su importancia– que Rosa sabía, que tanto en la vida organizativa como en la práctica política, los acuerdos son inevitables si se quiere lograr la unanimidad en la acción hacia un objetivo común. Sin embargo, cuando se trataba de conocimientos y del reconocimiento de los hechos, no conocía el compromiso y, sobre todo, no se sometía a voluntades ajenas. Defender sus convicciones hasta las últimas consecuencias era un principio moral, algo que ella consideraba obvio para cualquier socialista.

En su obra hay suficientes observaciones científicas y principios tácticos que resisten todas las pruebas, así como conclusiones que no sólo eran válidas en las circunstancias particulares de su época, sino que también podrían estimularnos y guiarnos en la solución de los problemas actuales. Quedan, por supuesto, algunos puntos de vista de Rosa que siguen siendo objeto de controversia intelectual. Sin embargo, hacer una valoración crítica de cada palabra de la maestra sería asimilar su legado, para tomar posesión de él.

Tras la experiencia de las últimas décadas, incluso los marxistas han planteado objeciones a algunas ideas de Rosa Luxemburg. Es necesario hacer un esbozo más exacto del punto de vista de Rosa sobre estas cuestiones y examinar su razón de ser. La teoría de Marx culmina con la afirmación de que, en el capitalismo, la producción asume progresivamente un carácter social, aunque se mantenga la propiedad privada de los medios de producción. La sociedad capitalista debe, según esta teoría, en virtud de esa y de otras contradicciones, perecer inevitablemente, por los efectos de sus propias leyes de desarrollo. Rosa Luxemburg estaba profundamente convencida de esta necesidad histórica, y expresó este punto de vista en muchas de sus obras. Su principal obra, *La Acumulación del Capital*, se ocupa de demostrar que la desintegración del orden social capitalista es inevitable. Su convicción ha sido confirmada por la historia, ya que todo lo que hemos estado experimentando en las últimas décadas –este torbellino de crisis, guerras, revoluciones y contrarrevoluciones, con todos sus espantosos efectos– son las convulsiones de una sociedad en desintegración. Aquí operan contradicciones que siempre han estado presentes en la sociedad capitalista, pero que ahora se han aglutinado en una mezcla explosiva de tal fuerza y de tales proporciones que parece como si el mundo entero estuviera siendo asolado por una serie ininterrumpida de terremotos.

Los marxistas, incluida Rosa Luxemburg, han supuesto que este proceso de desintegración conduciría directamente al socialismo. Puesto que el desdoblamiento de las contradicciones capitalistas iría acompañado, por supuesto, del crecimiento de la contradicción principal, la contradicción entre la burguesía y el proletariado. Como dijo Marx:

«a medida que crece la masa de miseria, opresión, servidumbre, degeneración y explotación, crece también la insurrección de la clase obrera, cada vez más numerosa e intruída, unida y organizada por el propio mecanismo del proceso de producción capitalista».<sup>6</sup>

El hecho es que en la época en que el modo económico capitalista se desarrollaba y llevaba las técnicas de producción a un nivel cada vez más alto, el movimiento obrero también crecía en tamaño y fuerza. La generación a la que pertenecía Rosa Luxemburg observó que este proceso ocurría de manera constante, casi como si fuese regido por ciertas leyes. Por eso Rosa Luxemburg no dudaba de que en las catástrofe inminente la clase obrera tendría la voluntad y el ímpetu para cumplir su tarea histórica.

<sup>6</sup> Karl Marx, *El Capital*, libro I, “El proceso de producción de capital”.

Durante la Primera Guerra Mundial, sin embargo, cuando experimentó el derrumbe de la Internacional y el paso de los partidos socialistas al campo imperialista, cuando las masas trabajadoras hacían un sacrificio tras otro por el orden capitalista, y los proletarios alemanes de uniforme se dejaban manipular incluso contra la Revolución Rusa, Rosa repetía cada vez con más fuerza la advertencia: las catástrofes en las que se verá sumida la sociedad capitalista no ofrecen por sí mismas la certeza de que el capitalismo será sustituido por el socialismo. Si la propia clase obrera no encuentra la fuerza para su propia liberación, entonces toda la sociedad, incluida la clase obrera, podría consumirse en luchas intestinas. La humanidad se encuentra ahora ante las alternativas: ¡o el socialismo o el descenso a la barbarie! Y mantuvo este punto de vista cuando las potencias centrales se derrumbaron y la revolución en Europa Central avanzaba cada día con más fuerza. En el ensayo sobre el programa de la *Liga Spartakus* escribió:

«O la continuación del capitalismo, nuevas guerras y un descenso muy temprano hacia el caos y la anarquía, o la abolición de la explotación capitalista».<sup>7</sup>

La autoafirmación de la Revolución Rusa y los prolongados espasmos revolucionarios en Europa y en las colonias dieron nuevo aliento al optimismo de los cuadros más activos del movimiento socialista. Aunque el camino del desarrollo tuviera que pasar por violentas luchas con ocasionales retrocesos, parecía conducir irresistiblemente a una reconfiguración socialista de la sociedad. Aunque la advertencia de Rosa Luxemburg sobre los peligros del hundimiento en la barbarie se repitió a menudo en discursos y escritos, no fue captada en toda su seriedad. La gente no tenía ni idea de lo que podía significar hundirse en la barbarie, hasta que la victoria de Hitler y sus bárbaros demostró con una fuerza brutalmente clara que el grito de advertencia de Rosa Luxemburg no había sido una mera frase retórica. La destrucción del movimiento obrero, la atomización de los diferentes capas sociales, la quema de libros, el estrangulamiento de la vida intelectual, los horrores de los campos de concentración, el exterminio de sectores enteros de la población, el control total de la sociedad por el aparato del Estado y la guerra total con su inevitable derrota total y sus terribles consecuencias, todo esto significó la concreción de la barbarie.

El movimiento socialista obrero, que se había desarrollara de modo tan poderoso con el modo de producción capitalista, fue arrastrado a la catástrofe por no haber sido capaz de detenerla. El golpe a las esperanzas en el futuro socialista que

<sup>7</sup> *Die Rote Fahne*, 14 de diciembre de 1918

sufrieron las amplias masas fue quizá el rasgo más peligroso del descenso a la barbarie. El curso de los acontecimientos en Rusia, cuya revolución había dado nueva fuerza a estas esperanzas, tuvo ahora un efecto especialmente demoleedor sobre el movimiento socialista internacional. El atrofiamiento de los órganos democráticos en Rusia, el control del pueblo por una burocracia todopoderosa, el asesinato de los compañeros de armas de Lenin y, finalmente, el pacto con Hitler, sólo dejaron algún resto de fe en la política *socialista de Estado* rusa a quienes estaban dispuestos a sacrificar todas su sentido crítico. Así surgieron nuevos problemas para quienes se mantuvieron resueltamente en los objetivos del socialismo. Las controversias ya no versaban sobre los medios y caminos para alcanzar el socialismo, sino sobre la cuestión de si el desarrollo hacia el socialismo era o no una certeza. ¿Qué es la necesidad histórica? Esta se convirtió en una cuestión candente de la política.

Según el análisis marxista del capitalismo, la socialización cada vez mayor del proceso de producción, [*Vergesellschaftung*] el crecimiento de cárteles y trusts, el desarrollo en la dirección del capitalismo de Estado es históricamente necesario. Esto, sin embargo, significa la formación de las condiciones previas para una organización socialista de la economía. La necesidad histórica es la disolución del orden social capitalista en violentas crisis económicas y políticas en las que se intensifica la lucha de clases y la clase obrera tiene la posibilidad de conquistar el poder político y hacer realidad el socialismo. La fuerza relativa del proletariado en las luchas de clases es, en gran medida, históricamente condicionada. En las últimas décadas, ciertos fenómenos han tenido un efecto desastroso sobre esta fuerza, por ejemplo, la fuerte diferenciación dentro de la clase obrera, su división política en diferentes partidos, el desgaste de la pequeña burguesía por la '*Gran Depresión*' y su giro hacia el fascismo, el uso despiadado del poder del Estado en la lucha de clases y, finalmente, los efectos de toda la complejidad de los conflictos políticos mundiales, con su profusión desconcertante de fenómenos contradictorios.

La intervención de una clase, de sus diferentes estratos y de sus organizaciones en el proceso histórico no es sólo fruto del conocimiento y la voluntad. Está fuertemente condicionada por factores sociales y políticos que inciden desde fuera sobre la clase. Sin embargo, las clases y los partidos constituyen en sí mismos factores de los multiformes paralelogramos de fuerzas. Sus acciones y omisiones influyen continuamente las condiciones en las que ellos mismos tienen que luchar. El conocimiento y la voluntad de los individuos, de las organizaciones y, por medio de ellos, de la propia clase tienen una gran importancia en este proceso; son decisivos para la victoria final cuando otras

condiciones también han madurado, y son decisivos para el curso que toma la historia en sus puntos de inflexión. Esto es parte integrante de la concepción marxista de la historia, que tiende a ser ridiculizado si es considerado como fatalismo. Rosa Luxemburg explicó a menudo la relación entre los hechos objetivos y las tendencias del desarrollo, por un lado, y la acción consciente de los hombres, por otro, como, por ejemplo, en las frases lapidarias de su *Folleto Junius* [*Junius-broschüre*]:

«La victoria del proletariado socialista está ligada a las pétreas leyes de la historia, a los mil peldaños del tortuoso y demasiado lento desarrollo precedente. Pero nunca se consumará si de la sustancia de las precondiciones materiales reunidas por la historia no salta la chispa incendiaria de la voluntad consciente de las grandes masas populares.»<sup>8</sup>

Esta voluntad consciente surge de un largo proceso de experiencia, de entrenamiento y de lucha, de un desarrollo del conocimiento y de la moral. Aquí pueden deben y fructificar las teorías y el ejemplo de Rosa Luxemburg. No todos tienen el don de reconocer, con su perspicacia científica y su poder visionario, las grandes tendencias históricas que se mueven por debajo de los casuales fenómenos cotidianos. Sin embargo, todo el mundo puede, como hizo ella, sin miedo y sin eludir las consecuencias, mirar a la realidad a los ojos y esforzarse por reconocer los rasgos esenciales en los acontecimientos de la época, y encontrar así el camino que hay que seguir. Cada cual habrá de examinar una y otra vez los propios puntos de vista para adquirir la confianza y la fuerza necesarias para defender las propias convicciones. Para Rosa Luxemburg la lealtad a sí misma era la condición natural para la lealtad a la causa de los oprimidos. Toda su vida da testimonio de ello.

Pero, ¿qué significaba para ella el socialismo? Esta pregunta se plantea en una época en la que los conceptos políticos se han vuelto ambiguos y muchos se han utilizado deliberadamente para engañar a la gente. Rosa Luxemburg enfatizó una y otra vez que el objetivo estratégico de la lucha de la clase obrera, el objetivo que debe determinar todas las medidas tácticas, es la conquista del poder político. Este es el objetivo de la lucha en la sociedad de clases. Pero el poder es sólo el método para transferir todos los medios de producción a manos de la comunidad y organizar la producción social. Pero incluso este último paso no es más que el medio para alcanzar un fin. La meta del socialismo es el ser humano, es decir, una sociedad sin diferencias de clase, en la que los seres humanos,

<sup>8</sup> Rosa Luxemburg: [Junius] "*Folleto Junius*", o *La Crisis de la Socialdemocracia Alemana*. Véase el libro n.º 14 en esta *Colección Socialismo y Libertad*.

contruyen su destino en comunidad, libres de tutela. Es –en palabras de Marx– «una asociación en la que el libre desarrollo de cada individuo es la condición para el libre desarrollo de todos». <sup>9</sup> En él no hay lugar para un socialismo en el que los medios de producción son socializados y se ponen en marcha de acuerdo con un plan, pero una clase o un estrato social controla autocráticamente los medios de producción, regimenta y oprime a las masas trabajadoras y las priva de sus derechos.

Ningún socialismo puede realizarse en un país en el que el poder estatal irrumpe y se deshace de las antiguas clases dominantes y relaciones de propiedad, pero al mismo tiempo somete a toda la nación a una dictadura implacable que impide a la clase obrera toda a ejercer cualquier acción autónoma consciente. Como lo expresó Rosa Luxemburg en el Programa de la *Liga Spartakus*:

«La esencia de la sociedad socialista consiste en el hecho de que la gran masa trabajadora deja de ser una masa gobernada, y en vez de eso, vive por sí misma toda la vida política y económica, conduciéndola con autodeterminación libre y consciente».

El socialismo es la democracia consumada, el libre despliegue de la personalidad individual a través del trabajo común para el bienestar de todos. Allí donde el poder del Estado todavía tiene que ser aplicado para reprimir a las masas trabajadoras, la lucha socialista todavía no ha alcanzado su objetivo.

El proceso histórico se ha tornado más intrincado y más cruel de lo que las experiencias de épocas anteriores hubieran hecho esperar. Nunca las condiciones de vida y de lucha de la clase obrera alemana han sido tan severas como en la actualidad, y no existe una forma mágica de evitar todas las convulsiones derivadas de la mayor crisis social de la humanidad. Todavía, el movimiento socialista puede abreviar el período de decadencia y desgarramiento de la humanidad y orientar el curso de la historia hacia una nueva ascensión. El legado de Rosa Luxemburgo ayudará al movimiento a obtener la fuerza, la autoconfianza y el coraje para esta tarea.

**Paul Frölich**

Nueva York, otoño de 1948

<sup>9</sup> Karl Marx e Friedrich Engels, *Manifiesto Comunista* (trad. Álvaro Pina e Ivana Jinkings, 1.ª ed. rev., São Paulo, Boitempo, 2010), p. 59. (N. ed.)



# 1. JUVENTUD

## En el hogar

Zamość es una pequeña ciudad del interior localizada en el distrito polaco de Lublin, cerca de la antigua frontera entre Polonia y Rusia. Era un lugar sumido en la pobreza y el nivel cultural de la población era bajo. Incluso después de la gran reforma agraria introducida por el zarismo tras sofocar la insurrección liderada por la nobleza polaca en 1863, para enfrentar a los campesinos con la *szlachta* y los *junkers* (la aristocracia rural [*Junkertum*]), los efectos de la dependencia, el tormento y la penuria de las clases bajas de la época de la servidumbre perduraron durante mucho tiempo. La penetración del sistema monetario en este distrito, alejado como estaba de los centros industriales, sólo trajo consigo las dificultades inherentes a la destrucción de un antiguo orden social, y no las ventajas del nuevo.

Especialmente pesada era la suerte de la numerosa población judía. Compartían toda la opresión y todas las miserias de su entorno, el duro régimen arbitrario absolutista del régimen imperial ruso, la dominación extranjera sobre Polonia y la pobreza campesina. Sumado a la desgracia de ser una raza proscrita. En este imperio, donde cada uno era esclavo de su amo o de los del siguiente estrato social, el judío era esclavo de lo más bajo de lo bajo, y las patadas repartidas en todos los niveles de la pirámide social, de arriba abajo, acabaron por caer sobre él con saña. Era perseguido a cada paso, intimidado y maltratado por un antisemitismo virulento. Ningún judío disfrutó siquiera de los pocos derechos civiles que el absolutismo ruso había concedido al resto de la población. La gran masa del pueblo judío estaba estrictamente restringida por leyes de excepción, encerrada en guetos, excluida de la mayoría de las profesiones y expuesta a la arbitrariedad y el chantaje de la todopoderosa burocracia. Contra viento y marea, lucharon por sobrevivir. Intentaban penosamente salir adelante con gangas y profesiones despreciadas. Ante la persecución, se retiraron tras los muros del gueto religioso. En esta oscuridad, iluminada por el parpadeo de las velas sabáticas, anidaba un fanatismo sombrío, alimentado por el orgullo de un pasado lejano y por la fe mesiánica en el futuro, que imponía usos absurdos. Un mundo lejano y retrógrado de abstinencia, oscuridad, suciedad y penuria.

Un estrato muy pequeño de grandes comerciantes mayoristas e intelectuales lograron salir de esta miseria material y espiritual. Estos fueron casi los únicos judíos liberados de las peores leyes de excepción en la década de reformas (1856-1865) que siguió a la derrota en la guerra de Crimea. La joven generación

perteneciente a esta clase se esforzó por liberarse de la opresiva estrechez del escolasticismo hebreo. Avidamente extendieron sus manos para alcanzar los frutos prohibidos de la cultura occidental. Hablaban de libertad de pensamiento, evolucionismo y socialismo, y buscaban el contacto con el movimiento libertario ruso, que tuvo un enorme crecimiento en la década de 1860, cuyos maestros y propagandistas eran Chernyshevski, Lavrov y Herzen. En Polonia, estos jóvenes se habían lanzado de lleno a la revuelta de 1863; a pesar de las reservas de los líderes de la insurrección polaca, habían arrastrado a considerables porciones de la población judía y habían cargado con los pesados sacrificios de la derrota. Estos jóvenes intelectuales de los años 60 fue el primer contingente de la gran fuerza de combate que los judíos rusos ofrecieron al movimiento liberal y, sobretodo, al socialista en el imperio zarista.

Ambos estratos culturales existían también en la numerosa población judía de la pequeña ciudad de Zamość en la segunda mitad del siglo XIX. En esta comunidad varias familias destacaban por su aceptación de la cultura occidental y el pensamiento progresista. El escritor León Peretz, uno de los primeros partidarios de la *Haskala* (iluministas) entre los judíos polacos, actuaba allí en la década de 1870. En sus primeros cuentos él insurge contra la tiranía de la tradición patriarcal y, al mismo tiempo, denuncia los abusos sociales, la explotación de los trabajadores y la terrible penuria de los pobres en las provincias polacas. La familia Luxemburg probablemente cultivó estrechos vínculos con Peretz, ya que fue en Zamość donde nació Rosa Luxemburg el 5 de marzo de 1871,<sup>10</sup> y la casa de la familia Luxemburg era uno de los oasis culturales de la ciudad.

El abuelo de Rosa había logrado llevar a su familia a un cierto nivel de prosperidad. El comercio de madera al que se dedicaba no sólo lo puso en contacto con la *szlachta*, sino que lo llevó a Alemania, y eso lo sacó de los estrechos confines de Zamość. Dio a sus hijos una educación moderna y los envió a escuelas comerciales de Berlín y Bromberg (Bydgoszcz). De Alemania, el padre de Rosa trajo ideas liberales, interés por los asuntos mundiales y, sobre todo, por la literatura de Europa occidental. Estaba alejado del rigor del gueto y de la ortodoxia judía, pero sirvió a su pueblo a su manera promoviendo sus aspiraciones culturales. La hostilidad al zarismo, las convicciones democráticas y el amor por la poesía polaca le proporcionaron todo lo que a su padre pudo faltarle para completar su asimilación polaca. Sin duda simpatizaba con los

<sup>10</sup> En las ediciones anteriores de este libro Frölich dio su fecha de nacimiento como 5 de marzo de 1870. Había llegado a esta conclusión tras consultar el material publicado por amigos íntimos de Rosa Luxemburg. Sin embargo, según el *curriculum vitae* que ella misma presentó a la Universidad de Zürich el año de nacimiento es 1871 (*Staatsarchiv, Zürich, U 105 h 4*).

movimientos nacionalistas revolucionarios polacos, aunque no era políticamente activo y dedicaba su atención a los problemas culturales, en particular al sistema escolar polaco. Era un hombre de gran energía; el bienestar material y la educación le habían dado confianza en sí mismo, y se sentía llamado a trabajar por el bienestar público más allá del horizonte de su familia y su profesión. Pertenecía a ese estrato social del que surgió el tipo intelectual judío, mejor representado por los grandes artistas, investigadores científicos y combatientes revolucionarios.

Se dispone de muy poco material sobre la infancia de Rosa. Ella misma apenas hablaba de ello, ya que en general era reticente en todos los asuntos personales. Sólo en la cárcel, cuando los recuerdos se apoderaban de ella y trataba de romper la plomiza quietud escribiendo cartas, mencionaba a veces sus experiencias infantiles. Son incidentes artísticamente recreados con gran sentimiento, pero por lo general son demasiado insignificantes para darnos una imagen de las circunstancias externas de su infancia; y a menudo es difícil distinguir, en estas observaciones de acontecimientos concretos, lo que tiene su origen en las ideas y emociones de la niña, y lo que pertenece al arte literario de la escritora madura. Un episodio de este tipo ocurre en una carta escrita a Luise Kautsky en el otoño de 1904 desde la prisión de Żwickau. Describe cómo una mañana, siendo niña, se arrastró hasta la ventana muy temprano y, mirando hacia fuera, observó cómo se despertaba el gran patio y cómo “Antoni el largo”, el criado de la casa, comenzaba su trabajo, después de fuertes bostezos y cavilaciones medio somnolientas:

«La solemne quietud de la hora matinal se extendía sobre la trivialidad del pavimento; arriba, en los cristales de las ventanas, brillaba el oro temprano del joven sol, y en lo alto nadaban pequeñas nubes fragantes y rosadas que luego se disolvían en el cielo gris de la ciudad. En aquel momento creía firmemente que la “vida”, la vida “verdadera”, estaba en algún lugar lejano, más allá de los tejados. Desde entonces he viajado tras ella. Pero sigue escondida detrás de algún tejado cualquiera. Al final de cuentas todo fue un juego perverso conmigo, y la vida, la vida real, se quedó allí en el patio.»<sup>11</sup>

¿Quién puede decir si la creencia infantil de que la verdadera vida estaba en algún lugar más allá de los tejados era algo más que el interés por el desconocido mundo exterior que mueve a todos los niños, o si contenía la semilla de esa inquietud, ese anhelo y ese impulso que llevó a la Rosa Luxemburg adulta más allá de la monotonía cotidiana y las cosas insignificantes de este mundo, y fue siempre

<sup>11</sup> Rosa Luxemburg, *Briefe an Karl und Luise Kautsky*, (*Cartas a Karl y Luise Kautsky*), Berlin 1923, p 61 y ss.

un acicate para la acción? Observaciones como las suyas, llenas de refinada ironía, pueden tentar fácilmente al psicólogo a emprender seductoras digresiones aventureras y, de esa forma, a grandes equívocos.

Por lo tanto, dependemos casi exclusivamente de lo que los hermanos y hermanas de Rosa contaron sobre su juventud. En general, fue un período feliz. Sus padres pasaron por apuros ocasionales, y una vez Rosa encendió la lámpara con un trozo de papel que resultó ser el último billete de dinero de la casa. Pero por lo demás la vida era cómoda y segura, marcada por esa confiada intimidad que acostumbraba ser característica de las familias judías.

Rosa era la menor de cinco hermanos. Una enfermedad de cadera a principios de la vida la mantuvo en cama durante todo un año. Fue tratada erróneamente como tuberculosis ósea y le causó secuelas permanentes. No es de extrañar que se convirtiera en el centro del amor de todos. Además, tenía un carácter alegre y era una niña inusualmente despierta y activa que se ganó rápidamente el afecto de la gente. A los cinco años ya sabía leer y escribir. Siguiendo el impulso de imitar a sus mayores, empezó a escribir cartas a sus padres y a sus hermanos y hermana sobre todo lo que le preocupaba, e insistía en recibir respuestas que demostraran que su juego se tomaba en serio. Envió sus primeros “esfuerzos literarios” a una revista infantil. Su vena pedagógica se manifestó también muy pronto. Apenas había aprendido a leer cuando convirtió a los criados en sus alumnos.

La madre ejercía una influencia considerable en el desarrollo intelectual de los niños, y particularmente en el de Rosa. Su educación e intereses estaban muy por encima de los de la mujer judía promedio. Era una lectora ávida no sólo de la Biblia, sino también de literatura clásica alemana y polaca. En la casa se rendía verdadero culto a Schiller, pero es evidente que Rosa lo abandonó muy pronto y no aprendió a apreciarlo hasta mucho más tarde, bajo la influencia de Franz Mehring. Ese rechazo ha querido ser interpretado con base en la teoría freudiana, como una protesta inconsciente contra su madre. Pero el desamor hacia el “poetas aforísticos” [*Sentenzendichter*] clásicos resultaba muy frecuente entre los jóvenes alemanes; y fue precisamente el *pathos* libertario idealista de Schiller, que tenía la cabeza en las nubes y evidentemente tuvo resonancia sobre la familia Luxemburg. Por otro lado, su devoción por los autores clásicos polacos, especialmente por Adam Mickiewicz [1798-1855], a quien en un momento llegó a situar incluso por encima de Goethe, permaneció inquebrantable. No sabemos cuándo encontró el camino hacia el arte de la poesía rusa, del que más tarde habló con gran entusiasmo.

En cualquier caso, el ambiente del hogar de los Luxemburgo estaba lleno de cultura polaca y alemana y de amor por sus literaturas. Rosa los absorbió fervorosamente. La magia del verso y la rima se apoderó de ella ya en la infancia y sus propios poemas brotaron de su interior. El precoz desarrollo intelectual de Rosa era naturalmente el orgullo de sus padres, que no podían resistir la tentación de presentar a la niña prodigio a las visitas. Sin embargo, una aversión instintiva a cualquier tipo de pose inmunizó a la joven Rosa contra los peligros de tales experimentos. En esas ocasiones, ella frecuentemente se mostraba reticente recurriendo sus dotes innatas para la ironía y para descubrir rápidamente las debilidades de los demás. Así, le encantaba burlarse de los visitantes que venían de fuera, y que no demostraban demasiada inteligencia, con un poema que concluía con la siguiente moraleja: ¡ni viajando el tonto se vuelve más sabio!

## Comienza la lucha

Cuando Rosa tenía unos tres años, su familia se trasladó a Varsovia. Su padre deseaba asegurar a sus hijos una educación mejor que la que Zamość podía ofrecer. La escuela presentaba pocas dificultades a esta niña vivaz y segura de sí misma, a la que le resultaba fácil aprender; naturalmente, siempre era la mejor de su clase. Pero el régimen escolar de la Polonia oprimida contribuyó sin duda a empujarla a la lucha que dio sentido a su vida. Las tendencias rusificadoras del zarismo se aplicaban con especial crueldad en las escuelas. La primera escuela secundaria de Varsovia, tanto para niños como para niñas, estaba reservada casi exclusivamente a los rusos, hijos de funcionarios y oficiales. Sólo unos pocos polacos pertenecientes a respetables familias rusificadas eran admitidos allí, pero los judíos absolutamente nunca. Incluso en el Segundo liceo femenino, al que asistía Rosa, estaba sometido a un *numerus clausus* [cupó rígido] para niñas judías.

El uso de la lengua polaca nativa, incluso entre los propios alumnos, estaba estrictamente prohibido, y los profesores rusos incluso se rebajaban a convertirse en informantes para hacer cumplir la prohibición. Tales medidas represivas y estrechas de miras no dejaron de despertar el espíritu de resistencia entre los alumnos. Se oponían a sus profesores con una hostilidad abierta que, en ocasiones, estallaba en manifestaciones de rebeldía, sobre todo cuando se producía algún enfrentamiento político en el mundo extraescolar. Los institutos eran focos de conspiración política; aunque las conspiraciones eran en su mayoría de carácter infantil y romántico, no dejaban de tener conexiones con organizaciones políticas externas. Así, lo que comenzó como una oposición polaca

–inicialmente nacionalista– a los intentos de rusificación de las escuelas desembocó a menudo en el movimiento socialista revolucionario, cuyos partidarios en aquella época eran casi exclusivamente los jóvenes intelectuales.

El espíritu liberal y la conciencia nacionalista polaca de su familia, su odio precoz al absolutismo y su obstinado sentido de independencia, llevaron a la joven Rosa a ingresar en esa oposición escolar. De hecho, no se quedó en el borde, sino que estuvo a la cabeza. Así lo atestigua un hecho elocuente que también lleva a conjeturar que en sus últimos años escolares Rosa ya estaba en contacto con el movimiento revolucionario real: la medalla de oro a la que sin duda habría tenido derecho al salir de la escuela –en todas las asignaturas recibió las notas de “excelente” o “muy buena”– le fue denegada «a causa de su actitud rebelde hacia las autoridades». Aunque ya no se puede determinar hasta que punto esta oposición era conscientemente socialista o estaba vinculada con una organización ilegal, sin embargo es cierto que poco después de salir del liceo en 1887 [1886], Rosa Luxemburg participó activamente en “Proletariat” (*Partido Socialista Revolucionario Internacional*) y colaboró estrechamente con el entonces líder del grupo de Varsovia de este partido, el obrero Martin Kasprzak.

Rosa Luxemburg se lanzó a la lucha política en una época en la cual el movimiento revolucionario en Rusia y en Polonia atravesaba una grave crisis y acababa de llegar al punto más bajo de una depresión. Ella misma describe las condiciones entonces imperantes en su obra *La acumulación del capital*:

«En Rusia [...] las décadas de los años sesenta y setenta representaron en todos los aspectos un período de transición, un período de crisis interna con todas sus tormentos. La gran industria celebraba su triunfo bajo el efecto del período de alto proteccionismo arancelario. [...] La “acumulación originaria” de capital florecía espléndidamente en Rusia, favorecida por todo tipo de subsidios estatales, garantías, primas y órdenes gubernamentales, ofreciendo tales beneficios de lucro, que en el Occidente de entonces ya pertenecían al reino de la fábula. Las condiciones internas de Rusia, sin embargo, presentaban cualquier cosa menos un panorama atractivo o esperanzador.

En el campo, el declive y la desintegración de la economía campesina bajo la presión del agotamiento fiscal y la economía monetaria daban lugar a condiciones espeluznantes, hambrunas periódicas y agitación campesina periódicos. Por otra parte, el proletariado fabril de las ciudades aún no se había consolidado, ni social ni intelectualmente, en una clase obrera moderna [...] Las formas primitivas de explotación clamaban por expresiones

primitivas de defensa. Hasta principios de los años ochenta, los estallidos espontáneos en las fábricas del distrito de Moscú, caracterizados por el destrozo de maquinaria, darían el primer impulso a los primeros rudimentos de una legislación fabril en el imperio zarista. Así el aspecto económico de la vida pública rusa mostraba a cada paso las estridentes disonancias de un periodo de transición, y se correspondía también con una crisis en la vida intelectual. El socialismo ruso “populista” autóctono basado teóricamente en las peculiaridades de la situación agraria rusa estaba políticamente en bancarota tras el fiasco de su exponente revolucionario extremo, el partido terrorista de *Narodnaya Volya*<sup>12</sup> (*Voluntad del Pueblo*), después del exitoso atentado contra Alejandro II en 1881. En contrapartida, los primeros escritos de Georgii Plejánov, que adelantaban el desarrollo del marxismo en Rusia, solo vieron la luz pública hasta 1883 y 1885, e incluso entonces, durante aproximadamente una década, tuvieron una influencia aparentemente escasa. Durante la década de los ochenta y los noventa, la vida intelectual de la *intelligentsia* rusa, en particular la intelectualidad socialista de oposición, [...] fue dominada por una peculiar mezcla de restos “autéctonos” de populismo y elementos tomados de la teoría marxista, una mezcla cuyo rasgo más destacado era un escepticismo respecto a las posibilidades de desarrollo capitalista en Rusia...»<sup>13</sup>

Rosa Luxemburg describe el estado de ánimo de la *intelligentsia* rusa de la época en su introducción a la *Historia de mi contemporáneo* de Wladimir Korolenko:

«En los años ochenta, tras el asesinato de Alejandro II, descendió sobre Rusia un periodo de la más estricta desesperanza. Las reformas liberales de los años sesenta fueron derogadas en la jurisdicción, en la autogestión rural, en todas partes. Bajo el plomizo gobierno de Alexander III reinaba la paz de los cementerios. La sociedad rusa, igualmente desalentada por el colapso de todas las esperanzas de reformas pacíficas y por la aparente ineficacia del movimiento revolucionario, estaba sumida en un estado de depresión y resignación.

<sup>12</sup> Los populistas (*narodniki*) constituían una tendencia socialista que rechazaba el marxismo y defendía la idea de una revolución campesina y un socialismo agrario utópico. Su intención era salvar a Rusia del capitalismo. Esta tendencia dio lugar más tarde al Partido Socialista Revolucionario (PSR).

<sup>13</sup> Rosa Luxemburg, *Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Kapitalismus* (*La acumulación del capital. Una contribución a la explicación económica del capitalismo*), Berlín 1923.

Rosa Luxemburg, *Die Akkumulation des Kapitals oder Was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben. Eine Antikritik* (*La acumulación del capital o lo que los epígonos han hecho con la teoría marxista. An Anticritique*), Berlín 1919; ambas obras aparecen en el tomo IV de las *Gesammelte Werke* (*Obras Completas*) Berlín 1923. Cita de las pp. 203-204.

En esta atmósfera de apatía y desaliento, despuntaban entre la *intelligentsia* rusa las tendencias místico-metafísicas. [...] La influencia de Nietzsche se dejaba sentir claramente; las bellas letras estaban dominadas por el tono desesperanzado y pesimista de los cuentos de Garshin y la poesía de Nadson. Sin embargo, el espíritu de la época se reflejaba sobre todo en el misticismo de Dostoievski, como se aprecia en *Los hermanos Karamazov*, y en particular en el ascetismo de Tolstoi. La propaganda de la “no resistencia al mal”, la desaprovación al uso de cualquier forma de lucha violenta contra la reacción dominante, (a la que sólo podría oponerse la “purificación interior” del individuo), estas teorías de la pasividad social en el ambiente de los años ochenta se convirtieron en un grave peligro para la *intelligentsia* rusa, sobre todo porque podían valerse de apoyos tan poderosos como la pluma y la autoridad moral de León Tolstoi.»<sup>14</sup>

Polonia estaba económicamente más desarrollada que Rusia e intelectualmente más cerca de Occidente. Sin embargo, el enorme lastre de la depresión general también pesaba sobre ella. El movimiento revolucionario nacionalista liderado por la nobleza polaca, *la szlachta*, había muerto. La burguesía bailaba en torno al Becerro de Oro, rechazaba todas las ideas que no pudieran convertirse en beneficios inmediatos y se sometía con servilismo mezquino al dominio del absolutismo. El partido *Proletariat*, precursor promisorio del movimiento socialista moderno en Polonia, fue engullido por la derrota de *Narodnaya Volya*.

El encarcelamiento de sus líderes en la fortaleza de Schlüsselburg y las detenciones masivas de sus miembros significó su casi total extinción; el partido también decayó intelectualmente. Después de las primeras grandes huelgas, la clase obrera polaca había vuelto a su antigua apatía. La joven *intelligentsia* estaba intimidada. Durante algunos años, el flujo de sangre nueva al movimiento revolucionario procedente de esta fuente se desvaneció casi por completo. Pero justo cuando Rosa Luxemburg acabó la Escuela Superior, comenzó un despertar que allanó el camino para una regeneración del movimiento, que se manifestaría unos cinco años más tarde.

El paso de la rebeldía en la escuela al socialismo revolucionario le estaba predestinado a Rosa. El yugo de las condiciones rusas pesaba sobre ella por partida triple: pertenecía al pueblo ruso encadenado por el zarismo, al pueblo polaco reprimido por el dominio extranjero y a la minoría judía oprimida. Siempre

<sup>14</sup> Rosa Luxemburg, *Introducción a Wladimir Korolenko, Geschichte meines Zeitgenossen (Historia de mis contemporáneos)*. Publicado originalmente por Paul Cassirer. Verlag, Berlín 1919. Reeditado en Berlín (Este) 1947, p. 32.



estaba dispuesta a defender la causa de los que sufrían y de los oprimidos; sentía doblemente cada golpe que caía sobre los demás. La más profunda simpatía por todos los humillados y agraviados era el motor de su vida activa y vibraba en cada una de sus palabras, incluso en sus más elevadas abstracciones teóricas. Pero ese sufrimiento colectivo no podía ser remediado con asistencia individual o paliativos. Su profunda sensibilidad se vio reforzada muy pronto por su agudísimo intelecto. Ya había reconocido lo que escribiría a su amigo Hans Diefenbach mucho más tarde, tras el estallido de la Guerra Mundial: que cuando las crecientes dimensiones convierten una desgracia en un drama de la historia mundial, entonces debe prevalecer el juicio histórico objetivo, y todas las demás consideraciones deben pasar a segundo plano. Y, para ella, el juicio histórico significaba la búsqueda del origen común de todos los fenómenos individuales, de las fuerzas motrices del desarrollo y por la síntesis capaz de resolver los conflictos.

En los pequeños círculos del partido *Proletariat* el talento natural de Rosa debió ser enérgicamente cultivado. Allí se encontró con una pequeña élite de obreros ilustrados que cuidaban el legado teórico de *Proletariat*. Entre ellos conoció la literatura clandestina, de la cual hacían parte con certeza los escritos de Marx y Engels, que se convertirían en la base de su visión de la vida. Hacia el final de su estancia en Varsovia, un soplo de aire fresco volvió a circular en el movimiento de los trabajadores. Se formaron nuevos círculos en las fábricas. Rosa Luxemburg probablemente participó en la fundación de una nueva organización, la Liga de los trabajadores polacos; en todo caso, ella estuvo muy estrechamente vinculada a esa Liga desde sus comienzos en 1889.

Sin embargo, ese año tuvo que abandonar Polonia. Su actividad en círculos revolucionarios había sido descubierta por la policía. La amenaza del encarcelamiento, y tal vez del destierro a Siberia, se cernía sobre ella. En todo momento estuvo dispuesta a asumir las consecuencias de sus actos. Sin embargo, sus camaradas pensaron que, en lugar de vivir exiliada en Siberia, sería mejor que se marchara a estudiar al extranjero y, desde ese punto de vista, seguir sirviendo al movimiento. Martin Kasprzak organizó la fuga. Contrabandistas debían conducir a Rosa Luxemburg a través de la frontera ruso-alemana. En el pueblo fronterizo surgieron dificultades para llevar a cabo el plan. Kasprzak recurrió entonces a una estrategia. Buscó al sacerdote católico local y le explicó que una muchacha judía tenía el ardiente deseo de convertirse al cristianismo, pero que sólo podía hacerlo en el extranjero debido a la vehemente resistencia de sus parientes. Rosa Luxemburg desempeñó tan hábilmente su papel en el piadoso engaño que el sacerdote le prestó la ayuda necesaria. Escondida bajo la paja en el carro de un campesino, Rosa Luxemburg cruzó la frontera rumbo a la libertad.

## 2. El destino de Polonia

### Zürich

De Varsovia a Zürich, ese fue el camino para salir de la mazmorra del absolutismo y entrar en el país más libre de Europa, de las brumosas y sofocantes tierras bajas al aire fresco y los imponentes paisajes montañosos. Zürich era el centro de confluencia más importante de la emigración polaca y rusa; su Universidad era el *alma mater* de la juventud revolucionaria. En su mayoría, se trataba de personas que, a pesar de su juventud, ya habían experimentado el lado serio de la vida; habían estado en la cárcel, habían sufrido el exilio y habían sido arrancados de sus familias y del medio social del que provenían. Vivían apartados de la juventud estudiantil burguesa, cuyo objetivo en la vida era una carrera segura y una cómoda subsistencia. Estos jóvenes emigrados trabajaban seriamente en los estudios que habían elegido, pero no pensaban tanto en su futuro como en el futuro de la humanidad. En su colonia, hombres y mujeres eran respetados por igual. Prevalecía el librepensamiento y, al mismo tiempo, una moral rigurosamente ascética. Había muchas privaciones, así como una solidaridad natural y sin sentimentalismos.

Estos estudiantes no malgastaban su tiempo en borracheras. Discutían incansablemente, sin poner jamás, término definitivo a los debates sobre la filosofía, el darwinismo, la emancipación de la mujer, Marx, Tolstoi, el destino de la *obshchina*, el último vestigio del comunismo agrario ruso, las perspectivas y el significado histórico del desarrollo capitalista en Rusia, los resultados de los métodos de *Narodnaya Volya*; de Bakunin, Blanqui y las formas de lucha revolucionarias, la desmoralización de la burguesía occidental; la caída de Bismarck y la lucha victoriosa de la socialdemocracia alemana contra las leyes de excepción *antisocialistas (Ausnahmegesetz)*, la liberación de Polonia; las teorías de Lavrov y Chernyshevsky, y la “traición” cometida por Turguéniev en su novela *Padres e hijos*—, Spielhagen y Zola; miles de “cuestiones” y siempre el mismo tema: la revolución. Poco pan y mucho té, frías buhardillas llenas de humo de cigarrillo, rostros absortos en acaloradas discusiones, gestos excitados, exuberancia y romanticismo. Muchos de estos jóvenes serían mas tarde condenados a pudrirse en las cárceles del Zar o en los páramos de Siberia. Otros estaban destinados, tras la euforia de la emigración suiza, a convertirse en puntales del Estado como propietarios de fábricas, abogados, médicos, profesores o periodistas en algún rincón de Rusia. Sólo unos pocos vivenciarían activamente las tormentas revolucionarias con las que todos soñaban.

Rosa Luxemburg vivía en los márgenes de aquella emigración bohemia. Reaccionaba con una sonrisa irónica a estos debates que no llevaban a ninguna parte. Un voraz deseo de trabajo la absorbía. Se alojó con la familia de Lübeck, un demócrata social alemán expatriado en virtud de las leyes antisocialistas. Lübeck se ganaba la vida a duras penas como escritor. Lübeck alimentó los conocimientos de ella sobre el movimiento obrero alemán y ella le ayudó con su trabajo literario, escribiendo de vez en cuando algún artículo en su lugar. En poco tiempo pasó a gobernar el hogar un tanto desatendido de Lübeck.

En la Universidad de Zürich Rosa Luxemburg se matriculó primero en ciencias naturales. Lo que sentía por el mundo de las plantas y los animales era más que un interés, era casi una pasión, y este mundo seguía siendo un refugio cada vez que buscaba distraerse de la lucha política. Sin embargo, su vocación era la política, por lo que en poco tiempo, para 1892 pasó al estudio de las ciencias políticas. El plan de estudios oficial de la Universidad no ofrecía gran cosa. La economía política está demasiado ligada a los intereses de clase para que pueda ser una ciencia libre de presupuestos y prejuicios, ni siquiera en la medida en que pueden conseguirlo los estudios en otros campos de investigación. Y la economía alemana, que solo comenzó después del florecimiento de la doctrina clásica, llegó al mundo ya lisiada, y el miedo frente a las consecuencias sociales de las conclusiones científicas definitorias mantuvo a sus corifeos siempre en las regiones más bajas de la economía vulgar.

Julius Wolf ocupó la cátedra de Economía política en Zürich. Era el tipo de profesor alemán que trabaja con incansable diligencia sobre montañas de material, pero nunca dejó de ser ecléctico, ni logró alcanzar una visión completa y coherente de la sociedad. Rosa Luxemburg, por el contrario, siempre buscó esa síntesis, el conocimiento de las razones fundamentales. Ella estudió intensivamente a los economistas clásicos, Adam Smith, Ricardo y Marx, y por esa vía, desarrolló un profundo desprecio por el típico profesor alemán, el «burócrata teorizador que desmembra la materia viva de la realidad social en sus fibras y partículas más diminutas, las reordena y categoriza según procedimientos y criterios burocráticos, y las entrega en este estado destrozado, ya sin vida, como material científico para la actividad administrativa y legislativa de los consejeros privados».<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke* III, Berlín 1925, p. 249.

No pudo abstenerse de hacer sentir al buen profesor la superioridad que ella no demoró en adquirir. Su amigo y condiscípulo Julian Marchlewski ha descrito en sus memorias (desgraciadamente inéditas) cómo la sátira de la joven estudiante le complicaba la vida al profesor Wolf. Ella solía urdir pequeñas conspiraciones antes de las clases del seminario: estipulaban preguntas que serían hechas al profesor con total candidez, entonces, cuando Wolf resultaba completamente enredado sin remedio, Rosa Luxemburg se levantaba y demostraba la insuficiencia profesoral punto por punto. Al parecer, Julius Wolf aceptó el malicioso juego con el humor necesario; en un esbozo autobiográfico rindió un gran reconocimiento a su mejor alumna.<sup>16</sup>

Paralelamente a sus estudios, Rosa Luxemburg participó activamente en el movimiento obrero de Zürich y en la intensa vida intelectual de los líderes de la emigración política. Entró en contacto con los principales marxistas rusos: con Pavel Akselrod, el Néstor de la socialdemocracia rusa, que en la época apenas existía como idea; con Vera Zasulich, y György Plejánov, el más inspirado seguidor de Marx de su época. Aunque veía a Plejánov con admiración, siempre fue cuidadosa de sus opiniones. También conoció a Parvus Gelphand, que estudiaba en Basilea, con el que tenía mucha afinidad por su imaginación vivaz y productiva, su comprensión de la política práctica y su gran activismo. Se relacionó aún más estrechamente con varios compañeros de estudios que ya habían obtenido méritos en el movimiento socialista polaco, entre ellos Julian Marchlewski-Karski y Adolf Warszawski-Warski.

## Leo Jogiches

De la mayor importancia para su desarrollo intelectual y político, y para su vida personal, fue la amistad con Leo Jogiches, que llegó a Zürich en 1890. La vida de ese hombre extraordinario, que tendría un papel destacado en el movimiento de los trabajadores rusos y polacos, y que más tarde asumiría un rol protagónico en la *Spartakus bund* alemana, permaneció en la oscuridad conspirativa incluso para aquellos que actuaron bajo su liderazgo. Él también sería víctima de un asesinato político en Berlín, sólo unos meses después que su gran amiga, en marzo de 1918. Ese hombre reservado, nunca habló de su pasado. Lo poco que se sabe de su juventud procede casi exclusivamente de Z. Rejzin, que entrevistó a compañeros de juventud de Jogiches sobre sus primeros años de vida política.

<sup>16</sup> Autobiografía de Julius Wolf, en *Die volkswirtschaftliche Lehre der Gegenwart (La enseñanza económica nacional del presente)*, Leipzig 1924, p. 12.

Leo Jogiches, nacido en 1867 en Vilna, procedía de una rica familia judía. Su abuelo había sido considerado un gran erudito del Talmud, pero su padre era ilustrado y bastante *rusificado*. En la familia casi no se hablaba yiddish. Cuando aún estaba en el instituto (Gymnasium), Leo empezó a hacer propaganda revolucionaria entre sus compañeros. Abandonó prematuramente los estudios para dedicarse por completo al trabajo político. Hacia 1885 fundó los primeros círculos revolucionarios en Vilna. A. Gordon, del *Bund*<sup>17</sup>, lo considera el primer dirigente y verdadero fundador del movimiento obrero en Vilna. Por entonces, los grupos eran aún muy pequeños, pues no había muchos trabajadores y el declive de *Narodnaya Volya* había agobiado fuertemente los movimientos de oposición entre la juventud intelectual. Sin embargo, de este pequeño movimiento de Vilna surgieron muchos líderes conocidos. Entre ellos estaba Charles Rappaport, que se convirtió en un teórico renombrado del Partido Socialista Francés; también Józef Piłsudski, más tarde dictador polaco. El hermano de Lenin, que fue ahorcado en 1891 como miembro de la *Narodnaya Volya*, mantenía contacto en San Petersburgo con los círculos estudiantiles de Jogiches.

Jogiches gozaba de una gran reputación entre sus seguidores. Uno de sus camaradas ha dicho: «Era un polemista muy inteligente y capaz. En su presencia, siempre teníamos la impresión de que no se trataba de una persona cualquiera. Dedicaba toda su existencia a su trabajo como socialista, y sus compañeros le idolatrabán». Con gran rigor, el se autoimponía lo que consideraba necesario para el trabajo revolucionario. Dormía en el duro suelo para estar preparado para el catre de la prisión. Trabajaba como cerrajero. No hacía eso por un impulso de auto-humillación, como lo había hecho la generación anterior de revolucionarios para «mezclarse con el pueblo», sino para comprender mejor a los trabajadores e influenciarlos de manera más efectiva. Al mismo tiempo, procuró tener contacto con los militares el ejército y organizó un círculo de oficiales rusos. Desde muy pronto desarrolló una inclinación por la actividad conspirativa más estricta que regiría toda su vida. Aprendió grabado y composición tipográfica. Se impuso a sí mismo la más rígida disciplina, que promovió entre sus compañeros de lucha, a los cuales exigía la más estricta observancia de las reglas conspirativas.

Tenía un conocimiento exhaustivo que le convirtió en maestro de sus camaradas, a los que exigió el mismo celo en el aprendizaje. Karl Radek recordó más tarde cómo, en medio de la agitación de la Revolución de 1905, Leo le obligó a estudiar las obras de viejos autores cuyos nombres eran prácticamente desconocidos.

<sup>17</sup> Los *bundistas* eran miembros de la Unión Judía de trabajadores de Lituania, Polonia y Rusia, llamada en yiddish: *Algemeyner Yidisher Arbeter Bund in Lite, Poyln un Rusland*, conocida como *Bund* [Liga], fundada en 1897.

Pronto la policía empezó a sospechar de sus actividades; fue detenido por primera vez en otoño de 1888 y encarcelado en la Ciudadela de Vilna. En 1889 fue detenido nuevamente entre mayo y septiembre, e incluso después de su liberación permaneció bajo vigilancia policial. Se suponía que tenía que hacer el servicio militar. Consideró que, como sospechoso político, no tendría posibilidades de actuar entre los militares. Además, temía por su temperamento en tales circunstancias. Ya en el local de reclutamiento decidió huir. Cuentan que fue llevado fuera de la ciudad en una carreta cubierto con una capa de arcilla. En el invierno de 1890 llegó a Zürich con documentos que le identificaban como León Grossowski. Políticamente se afilió al grupo de marxistas rusos que se había formado en el exilio en torno a Akselrod y Plejánov.

Disponía de recursos financieros considerables, que puso al servicio de la propaganda socialista. Propuso a Plejánov la fundación de un periódico, que éste aceptó con la esperanza de que esta publicación pudiera servir de palanca para un verdadero movimiento socialdemócrata en Rusia. Además, el propio Plejánov se vería por fin liberado del miserable trabajo de ganarse el pan de cada día —se ganaba la vida escribiendo cartas<sup>18</sup>— y podría desarrollar su gran talento como teórico y propagandista. Elaboraron un contrato que fracasó cuando llegó la hora de decidir quién sería el jefe político de la revista. Plejánov era un hombre mayor, tenía una personalidad autoritaria, ¿cómo iba a dejar un arma tan importante en manos de un muchachito rico que aún no había probado su valía? Sin embargo, Leo Jogiches tenía conciencia de su propio valor y no estaba dispuesto a entregar su propia creación en manos de un extraño, ni a subordinarse; él mismo era dominante rayando casi la tiranía. Por ello, abandonó el movimiento panruso y se lanzó de lleno al movimiento polaco, donde muy pronto se convirtió en el organizador y líder indiscutible, una personalidad a la altura de los grandes líderes obreros rusos.

Conoció a Rosa Luxemburg poco después de su llegada a Zürich, y su trabajo en común se transformó en una alianza para toda la vida. A primera vista esta pareja resultaba extraña: Rosa, con su temperamento intempestivo y su talento genial prodigado generosamente; y aquel hombre, León, cuyo ser era el rigor intelectual y la disciplina, que para sí y para los demás sólo tenía la ciencia del deber, casi hasta el grado de la pedantería, que estaba dispuesto a sacrificarse a sangre fría a sí mismo y a los demás en aras de la causa, y que sólo en raros y fugaces momentos permitía intuir la profundidad de sus sentimientos. En la misión de sus vidas, ese contraste de temperamento y de carácter constituyó el mayor incentivo

<sup>18</sup> El nivel de escolaridad era insignificante entre los trabajadores de la época. (N. Ed.)

para ambos, y da testimonio en favor de su grandeza y de la fuerza de carácter de ambos, el que su unión pudiera perdurar sin que se desgastasen mutuamente; de hecho, más bien realizaba sus capacidades. Clara Zetkin, que los conoció a ambos íntimamente, atestigua que Leo Jogiches era el crítico y juez incorruptible de Rosa Luxemburg y de su obra, su conciencia teórica y práctica; el que podía ver más lejos y la animaba, mientras que Rosa conservaba una visión más penetrante y creativa. Y es profundamente cierto lo que Clara Zetkin ha dicho sobre Jogiches:

«Era una de esas personalidades muy masculinas –un fenómeno extremadamente raro en estos días– que puede tolerar una gran personalidad femenina en leal y feliz camaradería, sin sentir que su crecimiento y desarrollo son grilletes para su propio ego».

Esta camaradería no perdió ni un ápice de su fuerza, ni siquiera en los últimos años, cuando sus sentimientos recíprocos habían cambiado.

## **El Partido Proletariat**

Ciertamente, mucho de lo mejor de Jogiches se vio expresado en la obra vital de Rosa Luxemburg. Pero es imposible marcar los límites de esta contribución. Tampoco sabemos cuál de los dos dio los primeros pasos decisivos e impulsó la visión política que ellos elaboraron, y que determinaría la futura actuación de ambos. Pero incluso teniendo en cuenta el hecho de que Leo se mantuvo deliberadamente en un segundo plano, renunciando conscientemente a su cuota de reconocimiento público, la seguridad personal de Rosa en cuestiones científicas y teóricas es, sin embargo, una prueba de que al menos en este campo ella fue la más fuerte, la más generosa y creativa.

Fue justo en el momento de su encuentro inicial cuando se hizo necesaria una revisión del pensamiento socialista y el establecimiento definitivo de sus propios puntos de vista. El socialismo internacional se encontraba en el umbral de una nueva fase de desarrollo. La fundación de la nueva Internacional en 1889 en París fue la expresión externa de la consolidación interna del movimiento socialista. En Francia, el período caótico que siguió a la derrota de la Comuna había terminado, aunque media docena de tendencias diferentes seguían luchando entre sí. En Inglaterra, junto a las viejas *trade unions* fosilizadas, despuntaban nuevos sindicatos que agrupaban a los trabajadores no cualificados, que rechazaban la tradición liberal-laborista de colaboración de clases y reanudan la lucha de clases. Para entonces en Alemania se derogaron las leyes antisocialistas. El movimiento

obrero volvía a ser reconocido en el terreno jurídico burgués, caían las barreras que limitaban a su expansión organizativa y dos tendencias en extremos opuestos atacaban la política tradicional del partido: las “juventudes” radicales (*Jungen*), de tendencia semianarquista, a la izquierda, y los reformistas a la derecha. Al mismo tiempo, el movimiento sindical, cada vez más fuerte, plantea nuevas cuestiones y tareas.

El socialismo polaco también había entrado en crisis. El movimiento socialista polaco había surgido en 1877, en un momento en que el capitalismo polaco, mimado por el zarismo, estaba embriagado por un éxtasis; los beneficios que ascendían al 100% del capital accionario no eran inusuales, y la tasa media alcanzada se situaba entre el 45% y el 50%. Estas orgías de “acumulación primitiva” se celebraban sobre las espaldas de un proletariado que cumplía jornadas de trabajo servil durante catorce, o quince horas al día, sin protección estatal alguna contra la explotación más desenfrenada y carente de cualquier medio de autodefensa.

En esta situación, jóvenes estudiantes levantaron la bandera socialista. Su líder era Ludwik Waryński, un hombre audaz, con una amplia visión política y talento organizativo. Junto a él estaban entre otros, Kazimierz Dłuski, Stanisław Mendelsohn y Simon Dickstein. Ellos actuaban junto a los trabajadores, creando pequeños círculos, fundando cajas para financiar la resistencia, que sirvieron de punto de partida para la formación de sindicatos ilegales, organizaron las primeras huelgas y difundieron el mensaje socialista entre la vanguardia de la clase obrera. Las dificultades eran gigantescas. Esos grupos fueron disueltos reiteradamente. A las oleadas de detenciones siguieron juicios masivos. Durante los primeros cuatro años, 120 miembros fueron encarcelados o deportados, una grave sangría para una organización ilegal que trabajaba en las condiciones del absolutismo ruso.

Aún así, el movimiento se desarrollaba. En 1882, los diferentes círculos y comités obreros se unieron para formar el Partido Socialista Revolucionario “*Proletariat*”. En 1883, el partido fue el alma de un verdadero movimiento de masas, provocado por un insolente decreto del jefe de policía de Varsovia, que equiparaba a las trabajadoras de las fábricas con las prostitutas, y las obligaba a someterse a exámenes humillantes. Un llamamiento de *Proletariat* movilizó a las masas obreras. En la fábrica de tejidos de Żyrardów, 6.000 obreros se declararon en huelga. Aunque fueron reprimidos sangrientamente por los militares, el oprobioso decreto tuvo que ser retirado y los obreros tomaron conciencia de su primer éxito contra el régimen absolutista.



Warynski estableció entonces relaciones con *Narodnaya Volya* en Petersburgo, que desembocaron en una alianza militante formal en marzo de 1884. Sin embargo, el propio Waryński ya había sido arrestado antes [1883], y una cadena continua de arrestos masivos quebró la espina dorsal del partido *Proletariat*. En diciembre de 1885 el partido fue juzgado ante un consejo de guerra. Waryński esbozó su programa en un discurso de defensa inspiradamente enérgico y audaz, 4 de los acusados fueron condenados a muerte, 23 a largas penas de trabajos forzados y unos 200 fueron desterrados por decisión administrativa. El 28 de enero de 1886 fueron ahorcados los primeros mártires del movimiento socialista polaco: Piotr Bardowski, Stanisław Kunicki, Stanisław Ossowski y Jan Pietrusiński. Waryński, que había sido condenado a 16 años de trabajos forzados, murió lentamente en la fortaleza de Schlüsselburg [1889]. El partido se desangró. Cuando Rosa Luxemburg se unió a una célula de *Proletariat*, un año después del gran proceso de Varsovia, sólo quedaban restos de la organización.

Desde el comienzo, en términos de principios programáticos, el Partido Socialista Revolucionario *Proletariat*, tenía una gran ventaja en relación al movimiento revolucionario en Rusia. Surgió en el período en que *la Narodnaya Volya* llegaba a su auge y obtuvo sus mayores triunfos, despertando esperanzas tan fantásticas que incluso Marx esperaba que ellos consiguieran derrocar al zarismo. Pero *Narodnaya Volya* no era el partido del proletariado, ni en acción política ni en conciencia. El movimiento revolucionario ruso seguía enzarzado en la disyuntiva de si Rusia tendría que recorrer el mismo camino hacia el socialismo a través del capitalismo que el “degenerado y corrupto” Occidente, o si la vieja comunidad campesina, ya en un estado de avanzada decadencia, proporcionaría sería terreno fértil para una organización socialista de la sociedad rusa. Como dijo Rosa Luxemburg en una ocasión, «la existencia física de la clase obrera rusa todavía tenía que desprenderse del insípido lenguaje de las estadísticas oficiales de la industria; cada proletario como número estadístico, por así decirlo, tenía que ser conquistado por medio de acaloradas polémicas».

Así pues, *Narodnaya Volya* era un movimiento de intelectuales, sin punto de apoyo en las masas populares, sin noción real del proceso social y sin ni siquiera un programa claro sobre la futura configuración de Rusia. Era un pequeño grupo de personas que, con temeridad magnánima, se presentó al duelo contra el absolutismo y, empuñando el revolver y la bomba, intentó conquistar en el combate la libertad de un pueblo de cien millones de personas.

Todo lo que pudo haber de idealismo, entrega, sacrificio y vigor se veía concentrado en pureza resplandeciente en Scheljabov, Kilbaltchitch, Sofía Peróvskaia, Vera Figner y sus compañeros de lucha. Sin embargo, al igual que Kilbáltchitch se inmoló al matar al zar [Alejandro II, el 1 de marzo de 1881], el día del triunfo de *Narodnaya Volya* se convirtió en el día de su derrota decisiva. El método demostró ser equivocado. El mayor heroísmo individual no puede lograr aquello que sólo pueden conquistar las mayorías populares: la liberación.

En el conocimiento de la realidad social y de los presupuestos de la lucha de liberación, el Partido *Proletariat* era tan superior a *Narodnaya Volya* como el desarrollo social de Polonia era superior al de Rusia central. Reconocía el capitalismo como un hecho y se declaraba el partido de la clase obrera, tanto en el nombre como en sus concepciones fundamentales. Quería librar la lucha de liberación como una lucha de las masas trabajadoras. Enfatizaba enérgicamente su carácter internacional, rompía con las tradiciones del antiguo movimiento revolucionario polaco y rechazaba la independencia de Polonia como objetivo político. «No queremos ni una *Szlachta-Poland* ni una Polonia democrática. Y no sólo no queremos eso, sino que estamos convencidos de que esa exigencia es un absurdo». En opinión del líder de *Proletariat*, el patriotismo polaco convertiría inevitablemente a la clase obrera en un apéndice de las demás clases. Sin embargo, el problema era en realidad separarla de las otras clases, despertar la conciencia de su propia misión. Según un llamamiento programático de noviembre de 1882:

«Visto que no hay manera de conciliar los intereses de los explotados con los de los explotadores, y en ninguna circunstancia pueden ambos recorrer el mismo camino de una ficticia unidad nacional; y en cambio, en contraposición, los intereses de los trabajadores urbanos son comunes a los de la población campesina, el proletariado polaco se separa completamente de las clases privilegiadas y entra en la lucha como clase independiente, distinta en cuanto a sus aspiraciones económicas, políticas y éticas.»

Los compañeros de lucha más cercanos de la clase obrera no se encontraban en la sociedad polaca, sino en el movimiento revolucionario Ruso. Y la cuestión nacional de Polonia sería resulta en el marco de la revolución socialista internacional. Esa revolución derrocaría con el zarismo, al dominio burgués, y llevaría al poder al proletariado, que pondría en práctica el socialismo. El partido no consideraba la revolución burguesa en Rusia como una etapa en el camino al socialismo. Sólo Waryński, con mucho el pensador más avanzado del partido, comprendió a tuestas la necesidad de conquistar las libertades democráticas para que la clase obrera pudiera desarrollarse cultural y organizativamente.

El partido *Proletariat* estuvo activo entre la clase obrera durante unos cinco años. Creó círculos de formación y comités obreros en diversas localidades de Polonia; dirigió huelgas, incluida la gran huelga de los trabajadores textiles de febrero de 1883, y creó los núcleos iniciales del futuro movimiento sindical. Los obreros polacos ya eran capaces de asestar duros golpes aislados, pero aún estaban demasiado atrasados para una organización unificadora. El partido sólo conseguía atraer a una pequeña élite. Se sumaron a eso los repetidos golpes de la policía, que privaron al partido de su liderazgo y no sólo lo desorganizaron, sino que también lo desorientaron. La alianza con *Narodnaya Volya* se convirtió en un lastre fatal. Las concepciones fundamentales de *proletariat* entraban en contradicción irreconciliable con las tácticas terroristas de *Narodnaya Volya*. Para que la alianza no se convirtiese en letra muerta, *Proletariat* tuvo que aceptar métodos terroristas y una táctica blanquista que implicaba que la revolución podía lograrse mediante una conspiración en nombre de la clase obrera y no mediante acciones de masas de la propia clase obrera. El partido degeneró en una organización conspirativa, planeando ajusticiamientos y expropiaciones junto con *Narodnaia Volya*, que nunca fueron puestos en práctica. Al mismo tiempo se vio arrastrado con el colapso de *Narodnaya Volya*, y lo único que pudo salvarse fueron aquellos pequeños círculos en los que Rosa Luxemburg pasó sus años de aprendizaje político.

## Contra el blanquismo

En 1888, hubo un nuevo ascenso del movimiento obrero. El Partido *Proletariat* se reorganizó. Una vez más dirigió su atención a las masas trabajadoras. Se fundaron fondos de resistencia para los trabajadores de las fábricas como un nuevo punto de partida hacia la formación de sindicatos. Otro resultado de estos esfuerzos fue la fundación de la Federación de Trabajadores Polacos. Esta organización limitaba casi exclusivamente sus actividades a la defensa de los intereses económicos de la clase obrera y, en ocasiones, rechazaba en parte la acción política. Era análoga a la tendencia “economicista” que surgió en el joven movimiento socialista de Rusia una década más tarde. *Proletariat* y la *Federación* llevaron a cabo acciones conjuntas, sobre todo la celebración del Primero de Mayo de 1892, cuando 8.000 obreros se declararon en huelga en Varsovia y hasta 60.000 en Lodz. La huelga de Lodz tuvo un final sangriento. Una masacre perpetrada por los cosacos causó 46 muertos y más de 200 heridos. Ambos grupos sufrieron persecuciones por parte de la policía y, finalmente, en 1893, un acercamiento programático condujo a la fusión del partido *Proletariat*, la Liga Obrera Polaca y dos grupos más pequeños en el Partido Socialista Polaco (PPS). El órgano de este partido era la *Sprawa*

*Robotnicza (La causa obrera)*, fundada en 1893 y publicada en París. Su fundador fue Leo Jogiches, su editor Adolf Warski y la mentora intelectual, la joven Rosa Luxemburg.

La fundación del nuevo partido exigía urgentemente una revisión de las ideas heredadas de sus precursores. Con su pasión y persistencia características, Rosa Luxemburg había estudiado en Zúrich la historia de Polonia, sus movimientos revolucionarios nacionalistas y socialistas, así como los fundamentos teóricos del movimiento obrero internacional. Los resultados de ese trabajo, hecho para el movimiento obrero polaco, quedaron registrados en el primer documento significativo que tenemos de su pluma: un amplio informe escrito del Partido Socialista Polaco presentado en el Tercer Congreso de la Internacional Socialista, reunido en Zúrich en 1893.

El documento trataba en primer lugar sobre la táctica “socialdemócrata”,<sup>19</sup> es decir, marxista, del movimiento obrero polaco. Para ello, Rosa Luxemburg tuvo que luchar en dos frentes: contra el anarquismo blanquista y contra el reformismo, contra las tradiciones de *proletariat* y contra las tendencias economicistas de la *Federación de Trabajadores Polacos*. Se oponía a la idea blanquista de que el derrocamiento del zarismo sería idéntico a la revolución socialista, y estaba en contra de una táctica que pretendía socavar el absolutismo mediante una conspiración, una táctica que pretendía apoyarse en las masas en caso de necesidad, pero que, de hecho, sustituía a las masas por la iniciativa de un grupo de élite. Las propias masas tenían que dirigir la lucha. Pero, ¿cómo ganarlas para la lucha? Generalizando sus conocimientos algo más de la cuenta, Rosa Luxemburg escribió:

«El pueblo comprendió finalmente que el papel del partido socialdemócrata reside en su dirección consciente de la lucha de masas contra la sociedad existente, una lucha que debe tener en cuenta las necesidades vitales en el interior de la sociedad capitalista. El pueblo comprendió que las luchas económicas por los intereses cotidianos de la clase obrera, la lucha por una forma democrática de gobierno, son una escuela por la que el proletariado debe pasar necesariamente antes de estar en condiciones de derrumbar el actual orden social.»

<sup>19</sup> Antes del estallido de la Primera Guerra Mundial y del hundimiento de la IIª Internacional, el término *socialdemócrata* significaba simplemente “socialista revolucionario”. Sólo después de la fundación de la Tercera Internacional (Comunista), la “socialdemocracia” se identificó y equiparó totalmente con el reformismo.

Ella explicó cómo la clase obrera, en su lucha por mejores salarios, contra las inhumanas jornadas de trabajo y contra el vergonzoso sistema de castigos vigente en las fábricas, necesariamente se enfrentaría a las restricciones y a la oposición del régimen absolutista, y cómo tendría que encabezar la lucha por las libertades democráticas. Al hacer eso, ofreció una visión estrictamente objetiva de la situación real de la clase obrera. Cuando los socialdemócratas polacos afirmaron que en la Polonia prusiana no era posible formar sindicatos, sino sólo un partido político de polacos, escribió el 27 de septiembre de 1893 a su amigo ruso Krichevskii: «¿Tu lo comprendes? Y eso en un país donde las masas están completamente indiferentes y silenciosas, y donde sólo se las puede poner en movimiento apelando a sus intereses inmediatos, ¡a través de luchas salariales!» Y se quejó de que incluso Bebel sucumbiera a esas falsas ideas. Se negaba a aceptar los deseos como realidad. Siempre estaba dispuesta a utilizar las más pequeñas indicativas para iniciar un movimiento. Pero no quería que el partido se viera absorbido por la lucha diaria, sino que tuviera en cuenta que todo el curso de su desarrollo futuro sería el resultado de su percepción de la historia y que cada paso de su actividad práctica fuese orientado hacia el objetivo final. No sólo la revolución burguesa le parecía una etapa objetivamente inevitable en el desarrollo total de Rusia, sino que también los derechos democráticos que debían conquistarse en esta revolución y la lucha misma por estos derechos eran para ella los medios por los que la clase obrera maduraría intelectual, moral y organizativamente en preparación para la lucha por el control del poder estatal.

Hoy esta opinión puede parecer obvia. Pero no lo era en aquella época. Incluso años más tarde, los adversarios de Rosa Luxemburg en el movimiento polaco, a los que ella llamaba “socialpatriotas”, aún consideraban que la idea de una lucha sindical organizada en Polonia era pura utopía; creían que tal empresa destruiría cualquier partido. Ellos, decían, perseguían utopías reales. La importancia de la concepción de Luxemburgo de aquel periodo se puede ver en el hecho de que hasta el día de hoy se libren encarnizadas batallas en el seno del movimiento obrero sobre el significado de la guerra cotidiana a pequeña escala y su relación con el objetivo final. Sin embargo, ya en los años noventa, Rosa Luxemburg elaboró nada menos que el fundamento teórico de una estrategia socialista militante. Dicha teoría podría haberse construido en un santiamén a partir de pistas ocasionales, generalmente ignoradas, dejadas por Marx y Engels. Pero, de hecho, toda la actividad sindical y parlamentaria de la socialdemocracia en Europa occidental descansaba sobre una base puramente empírica, y los peligros de esto se harían evidentes muy pronto en el movimiento reformista. Fue un logro asombroso para una mujer de 23 años, que luchó contra el absolutismo como

exiliada política, en unas circunstancias en las que las ideas románticas florecían como la mala hierba. Fue el fruto de un serio estudio de las teorías revolucionarias y de la historia, pero también la expresión de un certero instinto político.

## La cuestión nacional como problema estratégico

Ella tendría que pasar por una segunda prueba de fuerza. La cuestión nacional polaca tendría que ser resuelta por el movimiento de los trabajadores. El partido *Proletariat* había rechazado la independencia de Polonia como objetivo inmediato de la lucha socialista. Pero en la crisis que vivía el movimiento obrero polaco en aquellos años, los viejos camaradas de lucha de Waryński, Mendelsohn, la señora Janowska, Daszyński y otros, fueron los que volvieron a levantar la bandera de la independencia de Polonia. Sin duda, el partido *Proletariat* no había fundamentado suficientemente su posición; su concepción descansaba más en una base cosmopolita que en una base internacional marxista. La opinión de que la cuestión nacional polaca sería resuelta por la inminente revolución socialista ya había sido rechazada Rosa Luxemburg, dado que percibía la revolución burguesa como una etapa inevitable. Así pues, el problema consistía ahora en examinar si sería correcto que el movimiento socialista polaco rechazara por completo la idea de hacer de la liberación nacional del país el objetivo en torno al cual girasen sus aspiraciones. Si esta táctica resultase correcta, de ello resultaría una ruptura con la política sustentada por Marx y Engels –los viejos maestros del socialismo científico, a quienes Rosa Luxemburg consideraba las máximas autoridades– política defendida hasta la muerte de Marx, que Friedrich Engels seguía sosteniendo (1893), y que se había convertido en un dogma de la socialdemocracia de Europa occidental.

En el mencionado informe al Congreso de Zúrich, Rosa Luxemburg expuso en pocas frases su punto de vista, desvelando los elementos de su concepción general sobre la cuestión nacional polaca. Ella, retomó el problema una y otra vez, examinando siempre nuevos aspectos de la relación entre la lucha proletaria y la lucha por la liberación nacional, y defendiendo sus conclusiones en numerosos y exhaustivos trabajos polémicos. Para resolver este problema, realizó estudios de amplio alcance. Durante décadas trabajó en una historia de Polonia, que probablemente concluyó en su celda de la prisión durante la Guerra Mundial. Sin embargo, el manuscrito se perdió, junto con otras obras importantes, en las tormentas de la Revolución Alemana; tal vez incluso fue destruido por la soldadesca. Sólo se conserva el esqueleto de esta obra. Franz Mehring utilizó el

manuscrito de Luxemburg para las notas explicativas de su edición de los ensayos de Marx y Engels de los años 1848-49,<sup>20</sup> y no es difícil distinguir la influencia intelectual de Rosa Luxemburg en su obra. También existe un estudio suyo sobre el capitalismo en Polonia,<sup>21</sup> que se ha convertido en la base de toda la investigación posterior en historia económica polaca. Con este trabajo obtuvo el doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad de Zürich. Estas investigaciones históricas se valió Rosa Luxemburg para elaborar su propia posición sobre la cuestión nacional polaca.

El apoyo a la lucha polaca por la independencia nacional era algo obvio para la democracia europea occidental, desde la insurrección polaca de 1830-31, es decir, mientras existió una democracia militante y progresista. Y hasta que Rosa Luxemburg apareció en escena, para el movimiento socialdemócrata la restauración de Polonia había tenido la fuerza de un dogma, ante la cual la actitud de Waryński y sus amigos constituía la manifestación de una herejía incomprensible. Este dogma se basaba en la política que Marx y Engels habían mantenido consecuentemente desde la década de 1840. Para ellos, el movimiento revolucionario nacionalista de Polonia había sido el ariete lanzado contra las murallas de la reacción europea, la Rusia zarista.

El zarismo había sido el núcleo de la *Santa Alianza*, que durante décadas sofocó cualquier manifestación de libertad en el continente. Era el sostén de todas las potencias feudales dominantes en Europa Central. Contra las fronteras del imperio zarista se abatieron las olas revolucionarias de 1848. Fue la potencia del poder zarista lo que empujó al rey prusiano a emprender acciones contrarrevolucionarias, su presión reaccionaria llegó hasta el punto de llevar incluso a un hombre como Humboldt a exigir en 1844 que el gobierno de Guizot deportara a Karl Marx de Francia. Con la supresión de los ejércitos libertarios húngaros en 1849, las tropas rusas liquidaron definitivamente la revolución. Al año siguiente, el propio zar intervino en los asuntos internos alemanes obligando a Friedrich Wilhelm IV, bajo amenaza del uso de métodos violentos, a firmar el Tratado de Olmütz y renunciar así a su intento de unificar Alemania. Cualquier reforma democrática importante en el continente europeo parecía imposible mientras esa sombría potencia oriental permaneciera siempre dispuesta a recurrir a sus ejércitos cosacos.

<sup>20</sup> Franz Mehring, *Aus dem Literarischen Nachlaß von Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle (Escritos literarios de Karl Marx)*, V. III. Stuttgart, Dietz, 1902.

<sup>21</sup> Rosa Luxemburg, *Die industrielle Entwicklung Polens (El desarrollo industrial de Polonia)*, tesis doctoral, Leipzig, 1898.

Por esta razón, Marx y Engels habían concentrado su atención en Rusia. Para ellos, forzar su retirada y debilitarla era el requisito previo para cualquier progreso político decisivo en Occidente. En 1848 llamaron a la guerra contra Rusia como única garantía de la victoria de la revolución; para ellos la victoria de la idea nacional polaca era sinónimo de la victoria de la democracia en Alemania. Tras la derrota de la revolución, la restauración de Polonia continuó siendo para ellos un postulado de la política democrática y proletaria. En una carta dirigida a los delegados del Consejo Central Provisional del Primer Congreso de la Internacional, celebrado en Ginebra en 1866, Marx respondió a la pregunta de por qué los obreros de Europa debían ocuparse de la cuestión polaca:

«a) ... En primer lugar, porque los escritores y agitadores de la burguesía se han puesto de acuerdo para silenciarlo, aunque defienden todo tipo de otras nacionalidades del continente, incluso Irlanda. ¿Por qué esta conspiración de silencio? Porque tanto aristócratas como burgueses ven en la sombría potencia asiática como el último baluarte contra el avance de la clase obrera. Ese poder sólo podrá ser realmente neutralizado exitosamente con la restauración de Polonia sobre una base democrática.

b) En vista del cambio de la situación actual en Europa Central, especialmente en Alemania, es más necesario que nunca tener una Polonia democrática. Sin ella, Alemania se convertirá en la avanzadilla de la *Santa Alianza*; con ella, en aliada de la Francia republicana. El movimiento obrero se verá continuamente interrumpido, frenado y retrasado mientras no se resuelva esta gran cuestión europea.

c) La clase obrera alemana tiene el deber especial de tomar la iniciativa en esta cuestión, porque Alemania es cómplice de la partición de Polonia<sup>22</sup>.»

Ciertamente la opinión de Marx era que ninguna nación que oprime a otra puede ser realmente libre. Pero no fueron las genéricas ideas nacionalistas las que le movieron a tomar posición en la cuestión polaca. Al igual que Engels, era muy escéptico en relación al derecho de autodeterminación de los pueblos; y veía al movimiento nacionalista checo como una vertiente del paneslavismo reaccionario. Su defensa de una Polonia democrática autónoma estaba determinada por su estrategia política.

Rosa Luxemburg también abordó la cuestión desde el punto de vista de la estrategia política. Revocó los postulados de política exterior de Marx y Engels, que entretanto habían quedado firmemente anclados en las mentes de los

<sup>22</sup> Karl Marx-Friedrich Engels, *Werke (Obras)* XVI, Berlín (Este) 1962, p. 198.



marxistas, que los aceptaban como determinaciones de la ley natural sin molestarse en examinarlos críticamente. Pero los cambios de orientación y la evolución de la sociedad en general en Europa había alterado profundamente los supuestos de la llamada *política marxista*. Precisamente en aquellos años en que Rosa Luxemburg llegó a un entendimiento propio al respecto de esa cuestión, se firmó la alianza entre la República Francesa y el absolutismo ruso. Esto indicaba que Francia ya no era un altar que mantuviera viva la llama sagrada de la revolución y que Rusia ya no era el bastión de la reacción en el sentido antiguo.

Es verdad que todas las fuerzas reaccionarias de Europa aún procuraban apoyarse en Rusia. Sin embargo, ya no era la amenaza directa de las bayonetas lo que aseguraba la influencia rusa, sino la diplomacia, contra la cual un Estado-tapón no podría servir de ayuda y solo podía romperse con el derrocamiento del zarismo. El dinero ruso ya no fluía en las cancillerías europeas; por el contrario, el franco francés y el marco alemán fluían hacia Rusia para financiar su industria bélica. Los cimientos de la fortaleza principal de la reacción tenían ahora que ser apuntalados por todos lados. Justo cuando el zarismo estaba siendo más fuertemente amenazado por *Narodnaya Volya*, Bismarck firmó el Tratado de Reaseguro [1887], que ofrecía respaldo y cobertura a la diplomacia rusa en política internacional. Al no renovarse tres años más tarde, la alianza con Francia ocupó su lugar. De este modo, el zarismo consiguió revitalizarse con la energía suficiente de Francia y Alemania, preparándose para la lucha contra la revolución inminente.

La razón más profunda de la política de Marx era el carácter aparente inamovible del absolutismo en Rusia, donde las relaciones sociales parecían haberse mantenido estáticas durante siglos. El zarismo se basaba principalmente en la economía campesina de subsistencia y en la servidumbre asociada a ella. Mientras esta economía de subsistencia permaneciera intacta, las grandes insurrecciones campesinas fracasarían. Sin embargo, debido a su política de poder, el zarismo tuvo que hacer todo lo posible para promover el desarrollo capitalista en Rusia. La sociedad rusa se estaba desintegrando, y la secuencia inevitable fue la emancipación de los siervos en 1861. El campesino fue empujado a la economía mercantil. Al mismo tiempo, se vio arruinado por las cargas fiscales. Luego, además, cuando la competencia estadounidense entró en el mercado europeo de cereales, trayendo consigo la primera crisis agraria internacional, el ya precario estado del sistema de propiedad terrateniente a gran escala colapsó. La terrible hambruna y el brote de peste de 1891-1893 constituirían el factor decisivo que puso en evidencia el proceso de putrefacción del régimen absolutista. El castillo feudal se desmoronaba. Una nueva clase se estaba desarrollando en Rusia, el proletariado, una clase que aún no estaba en el centro de la escena, pero que,

como reconocieron marxistas y con ellos Rosa Luxemburgo, derribaría los muros del absolutismo. En Europa occidental ya no había potencias democrático-burguesas dispuestas a sacudir el yugo de la reacción rusa. Pero, era en la propia Rusia donde las fuerzas que iban a dar un golpe definitivo, contra esa potencia tenebrosa. Por estas razones, era necesario reorientar la estrategia política revolucionaria.

El objetivo de la estrategia marxista ya no existía. Sin embargo, tampoco existía un medio decisivo para lograrlo: la revolución nacionalista en Polonia. La nobleza era la abanderada de las insurrecciones nacionales. La aristocracia polaca, en particular, había quedado profundamente impresionada por las ideas democráticas de Occidente, y sus representantes más progresistas lucharon como los oficiales más competentes en todas las arenas de la lucha revolucionaria a lo largo del siglo XIX hasta los días de la Comuna de París.

Sin embargo, la clase en sí no es idéntica a sus representantes individuales. Y no puede separarse de su propia sombra. El objetivo de la nobleza no estaba en el futuro, sino en el pasado, como fue el caso de los aristócratas Sickingens y Hüttens en la época de la Reforma alemana. Como clase era anticapitalista, porque su aliado básico quería restaurar el antiguo dominio feudal de la nobleza feudal, razón por la cual sus insurrecciones fracasaron. Sólo podrían haber tenido éxito si la nobleza hubiera sido capaz de ganarse la lealtad entusiasta de los contingentes campesinos, y sólo una revolución campesina podría haberlo conseguido.

Desde 1846, esa revolución agraria fue repetidamente anunciada por los dirigentes democráticos del partido aristocrático, pero nunca concretada. Al final fue el propio zarismo el que la llevó a cabo, tras la insurrección de 1863, aboliendo los últimos vestigios de la servidumbre en Polonia. De este modo, la economía campesina de subsistencia también fue destruida en Polonia. La nobleza fue despojada de su supremacía social. El capitalismo comenzó a florecer como una semilla en un invernadero.

La nueva burguesía asumió la dirección de la sociedad polaca. También se apoderó del programa nacionalista como legado, primero para desvitalizarlo y luego para enterrar apresuradamente el cadáver. Esta burguesía debía su existencia al hecho de que el zarismo fomentó enormemente el desarrollo del capitalismo. En el imperio zarista la burguesía polaca encontró el gran mercado que necesitaba. La separación de Rusia o la restauración de una Polonia independiente habrían sido la sentencia de muerte para esta clase. Así pues, su

objetivo no era —a diferencia del de la burguesía de otros países— la unidad nacional y la independencia. Al subyugarse a sí misma, intentó utilizar el absolutismo para sus propios fines. Es cierto que miles de burgueses polacos se opusieron individualmente a la rusificación de Polonia, pero la burguesía como clase no lo hizo. Cuanto más aumentaban sus beneficios y más enérgicamente actuaba la clase obrera polaca, más leal se volvía la burguesía al opresor de su propia nación. Sólo en un estrato de la población sobrevivió la idea nacional: en la intelectualidad. Sin embargo, ésta no representaba ninguna fuerza social real; en el mejor de los casos, proporcionaba oficiales, pero no tropas, y al final su impotencia la sumió en el puro aventurerismo.

¿Y la clase obrera? ¿Cómo podía asumir el legado nacionalista, cuando veía a los “líderes de la nación”, la burguesía, como su enemigo mortal, contra el que tenía que luchar por cada centímetro de espacio vital? ¿Y cómo podía la clase obrera construir un Estado nacional burgués polaco en contra de los intereses vitales de la propia burguesía, y más aún en una Polonia partida en tres pedazos y sometida a una triple dominación extranjera?

«Para conquistar la independencia de Polonia, el proletariado polaco no sólo tendría que romper el dominio de los tres gobiernos más poderosos de Europa, sino que también tendría que ser lo suficientemente fuerte como para superar las condiciones materiales de existencia de su propia burguesía. En otras palabras, a pesar de su posición como clase esclavizada, tendría que adoptar al mismo tiempo la posición de clase dominante y utilizar su dominio para crear un nuevo Estado de clase que, a su vez, sería el instrumento de su mayor opresión<sup>23</sup>.»

Si el proletariado polaco tuviera la fuerza para ello, también la tendría para la revolución socialista; y sólo ésta ofrecería las condiciones previas para una solución de la cuestión nacional Polaca, aceptable para la clase obrera. Así pues, según la concepción de Rosa Luxemburg, la independencia nacional no podía ser el objetivo inmediato del proletariado polaco. Pues la clase obrera no debía fijarse metas que fuesen deseables, sino metas que correspondieran al curso objetivo de ese desarrollo social para el que existieran los requisitos materiales previos. La clase obrera no debe perseguir utopías, sino adoptar una política de línea dura (*Realpolitik*), no una política realista en el sentido tradicionalmente estrecho, pusilánime y cobarde de la política pequeñoburguesa, sino una política que luche

<sup>23</sup> Rosa Luxemburg, *Neue Stromungen in der polnischen sozialistischen Bewegung in Deutschland und Osterreich* (Nuevas tendencias en el movimiento socialista polaco en Alemania y Austria), *Neue Zeit*, Año 14, 2 vols, pp. 176, 206.

por el objetivo revolucionario final con coherencia inflexible y la máxima determinación.

Cuando Rosa Luxemburg expuso públicamente por primera vez estas ideas, se encontró sobre todo con la furiosa resistencia tanto de los elementos nacionalistas entre los polacos como de todos aquellos elementos del movimiento obrero que se aferraban a lo que se consideraba la tradición marxista. Karl Kautsky, considerado la mayor autoridad marxista de su época, estaba de acuerdo con los puntos esenciales de su argumentación, pero no con su esencia. La principal objeción que planteó fue que la tendencia antinacional de la burguesía polaca que había señalado Rosa Luxemburg no era más que fraseología: un fenómeno temporal. Precisamente en la década de 1890 comenzó una lucha encarnizada entre la industria rusa y la polaca, y el Estado zarista interfirió en esta última con todos los medios políticos y económicos a su alcance contra los intereses de la industria polaca. Según Kautsky, como resultado de esta lucha, la burguesía se vería obligada a retomar la causa de la independencia nacional, y a reunir en torno a sí a la pequeña burguesía, los campesinos y la intelectualidad.

«Sobre la tumba del viejo movimiento feudalista por la restauración de Polonia, empieza a surgir tras un breve intervalo, un nuevo movimiento nacionalista polaco prometedor y vigoroso que surge del desarrollo moderno.<sup>24</sup>»

Rosa Luxemburg sometió esta expectativa a un minucioso examen en su tesis doctoral y la desenmascaró como una ilusión. Ella señaló que el capitalismo ruso y el polaco estaban unidos por una fuerte solidaridad de intereses, que dependían el uno del otro y se beneficiaban mutuamente. Sin duda, la *bellum omnium contra omnes* (guerra de todos contra todos) prevalecía aquí, como ocurre en toda economía capitalista. Una parte de esta guerra generalizada fue la disputa entre los barones de Lodz y los reyes del algodón de Moscú, en la que, naturalmente, «el trivial objeto algodonero de la disputa se envuelve en un manto ideológico y nacionalista».<sup>25</sup>

Sin embargo, las medidas zaristas aducidas como prueba de las políticas económicas antipolacas tenían como objetivo impedir que la industria polaca adquiriera materias primas extranjeras y se viera obligada a utilizar materias primas rusas. Y, por último, la política expansionista de Rusia vinculaba a la industria polaca con el zarismo aún más fuertemente que a la industria rusa, porque estaba mejor equipada para la expansión del mercado. Y así murieron las últimas esperanzas de una regeneración de la idea nacionalista en Polonia.

<sup>24</sup> Karl Kautsky, "Finis Poloniae?", *Neue Zeit*, Año XIV, 2 vols, p. 519.

<sup>25</sup> Rosa Luxemburg, *Die industrielle Entwicklung Polens*, p. 69.

Sin embargo, había un medio capaz de promover la transformación de Polonia de una utopía en una realidad política: la guerra. Pero para los fines políticos de Rosa Luxemburg este medio estaba fuera de discusión. No era el pacifismo lo que la movía a excluir el factor de la guerra de sus cálculos políticos. Sabía muy bien que las guerras son inevitables mientras exista el dominio de clase. Pero en aquel momento explicó que, dado que no se podía prever la alineación de fuerzas en una guerra futura, ciertas expectativas podrían determinar la táctica a adoptar durante la guerra, pero no el programa previsto para la lucha diaria en tiempos de paz. Más tarde, en el período de los conflictos imperialistas de las grandes potencias, consideró la especulación en torno a la guerra como la forma más peligrosa de aventurerismo, que acabaría convirtiendo al proletariado polaco en un ejército mercenario de uno u otro de los frentes imperialistas.

Cuando Rosa Luxemburg, por todas estas razones, se declaró contraria a la consigna de la restauración de Polonia, se podría llegar fácilmente a la conclusión de que no concedía ninguna importancia a la libertad nacional del pueblo polaco, que aceptaba despreocupadamente la opresión nacional del pueblo polaco. De hecho, este planteamiento se hizo y parecía estar respaldado por ciertas declaraciones enérgicas realizadas en el fragor del debate. Pero, ¿cómo podía imputarse esto a alguien cuyo espíritu rebelde había sido despertado por la política de rusificación del zarismo? Rosa nunca se cansó de luchar contra la opresión nacional de los polacos, tanto en el imperio ruso como en Alemania y Austria. Pero cuando reconoció que la revolución nacional polaca se había convertido en una utopía, vio no obstante la liberación de la nación polaca incluida en un objetivo superior. Ahora la tarea más urgente no consistía en arrancar Polonia a Rusia, sino en derrocar al propio absolutismo ruso. No sólo era un objetivo más amplio, sino que elevaba las miras revolucionarias del plano nacional al internacional y social. Hacia 1905 se hizo evidente que la tarea más elevada de derrocar al zarismo estaba en peligro por el objetivo más estrecho de la restauración de Polonia. Rosa confrontó la aparente, pero en realidad imposible, unidad del proletariado y la burguesía en Polonia con la unidad de los proletariados de todas las naciones dentro de Rusia.

La realización de la libertad de los polacos debía buscarse en la república democrática rusa, en la integración voluntaria de la comunidad de pueblos libres de toda Rusia. La revolución victoriosa traería a todos los pueblos oprimidos por Rusia la autonomía cultural, el derecho a un amplio autogobierno, una escuela polaca, la lengua polaca oficial, la jurisdicción en la lengua polaca oficial, en otras palabras, la eliminación de toda discriminación contra el pueblo polaco por parte de la dominación extranjera y la certeza del libre florecimiento de la cultura

polaca. De este modo, la solución efectiva y realista de la cuestión nacional de Polonia se incluyó en el gran objetivo estratégico que Rosa Luxemburg fijó para la clase obrera polaca, y con el tiempo este objetivo estratégico fue reconocido por casi todos los teóricos marxistas importantes.

Un contraste absoluto con el supuesto «repudio de los intereses nacionales polacos» fue una nueva revisión de la tradición marxista que Rosa Luxemburg emprendió también en los años noventa, como resultado de la cual fue ahora tanto más difamada como enemiga obstinada del pueblo polaco. Cuando la insurrección de los griegos en la isla de Creta en 1896 volvió a plantear la cuestión turca, se pronunció decididamente a favor de la liberación nacional de los diversos pueblos sometidos por los turcos: griegos, serbios, búlgaros, armenios. Una extraña contradicción con su actitud sobre la cuestión polaca. ¿Cómo podían ser conciliadas?

Fue la inversión de exactamente la misma contradicción contenida en la política de Marx y Engels, una contradicción que encontró su solución entonces, como ahora, en una estrategia política coherente. Como en el caso de Polonia, la creación o el mantenimiento de un baluarte contra el absolutismo ruso en los Balcanes y en las fronteras rusas de Asia Menor era fundamental para la política de Marx y su juicio sobre las cuestiones nacionales. En la esquina sureste de Europa y Oriente Próximo, Turquía montaba guardia contra Rusia. Sus propios intereses vitales le obligaba a oponerse a cualquier avance ruso. Por lo tanto, en opinión de Marx, los intereses generales de la democracia europea exigían la preservación del imperio otomano, sobre todo porque las corrientes nacionalistas de los Balcanes habían sido envenenadas por las ideas reaccionarias del paneslavismo y los pequeños Estados existentes no eran más que puestos de salida e instrumentos de voluntad débil del poder zarista. Así, durante la guerra de Crimea, Marx apoyó resueltamente a los turcos contra Rusia y denunció la débil conducción de la guerra por Francia e Inglaterra. En 1878 volvió a defender la integridad territorial de Turquía:

«porque una derrota rusa aceleraría enormemente esa agitación social cuyos elementos están presentes a escala masiva en Rusia y, por tanto, aceleraría también la revolución en toda Europa».<sup>26</sup>

En opinión de Rosa Luxemburg, sin embargo, ya no era necesario que las potencias extranjeras actuaran como comadronas de la revolución rusa. Confiaba en las fuerzas revolucionarias dentro de la propia Rusia, y éstas sólo necesitaban

<sup>26</sup> En una carta de *Consejo* enviada a W. Liebknecht el 4 de febrero de 1878. Fitzgerald

tiempo para desarrollarse. Turquía, por otra parte, se estaba convirtiendo cada vez más en el centro de las tormentas de Europa. Su mera existencia como potencia opresora mantenía vivo el podrido imperio austro-húngaro. La dominación extranjera turca frenaba el desarrollo de los pueblos culturalmente superiores y económicamente avanzados de los Balcanes, y la burguesía de estos pueblos representaba realmente sus aspiraciones nacionales de independencia. ¿Pero qué hay de la influencia del zarismo en los Balcanes? Rosa Luxemburg estaba segura de que el desprendimiento del yugo turco no lo fomentaría. Al contrario. La influencia rusa sólo sería fuerte mientras los pueblos balcánicos estuvieran oprimidos; en cuanto pudieran formar Estados nacionales libres, sin embargo, sus propios intereses nacionales y estatales les empujarían a formar un frente contra Rusia.

Así, Rosa Luxemburg no aceptó ningún dogma ni fórmula universalmente aplicable para la solución de las cuestiones nacionales. Como lo expresó más tarde:

«Los Estados nacionales y el nacionalismo son por naturaleza cáscaras vacías en las que cada época histórica y las relaciones de clase de cada país vierten su contenido material particular»<sup>27</sup>.

En su opinión, todos los movimientos nacionales en el período de las revoluciones burguesas, ya sea en Alemania o en Italia, en Polonia, en los Balcanes, en Irlanda o en la India, debían ser analizados cuidadosa e individualmente. Estos movimientos nacionales podían ser históricamente progresistas o reaccionarios, dependiendo de las relaciones sociales existentes y de las condiciones internacionales, así como del carácter y los intereses de la clase o clases que los apoyaban. En consecuencia, la actitud de los partidos socialistas ante las tendencias nacionales podría cambiar. En cualquier caso, los intereses de la revolución proletaria debían estar por encima de cualquier otra consideración. Por estas razones Rosa Luxemburg se negó a considerar el derecho de autodeterminación como fórmula general para todos los pueblos del mundo capitalista.

Más tarde, Rosa Luxemburg se enfrentó violentamente con Lenin sobre esta cuestión de la autodeterminación, y durante mucho tiempo el conflicto impidió que se cumpliera una de sus esperanzas en la lucha contra el zarismo: la afiliación organizativa del partido polaco a la socialdemocracia rusa. Sus puntos de vista opuestos derivaban básicamente del hecho de que las circunstancias habían colocado a las dos grandes líderes de la clase obrera en posiciones diferentes.

<sup>27</sup> Rosa Luxemburg, *Die russische Revolution (La revolución rusa)*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt am Main 1963, p 83.

Rosa Luxemburg actuaba en nombre de la clase obrera de un pueblo oprimido: tenía que evitar que la lucha de clases proletaria fuera tergiversada y anegada por tendencias nacionalistas y, por lo tanto, tenía que conceder la mayor importancia a una alianza de lucha de las clases obreras polaca y rusa. Por el contrario, Lenin se movía en el medio panruso, como miembro de un pueblo que oprimía a un «centenar de pueblos». Para unir las fuerzas revolucionarias de todos estos pueblos contra el absolutismo, tuvo que reconocer inequívocamente los intereses nacionales de los pueblos oprimidos por los panrusos, incluido el derecho a la completa separación política de Rusia. Por esta razón insistió en la fórmula del derecho de autodeterminación de todos los pueblos, un derecho que Marx y Engels nunca reconocieron y que Rosa Luxemburg demostró con argumentos convincentes que era inaplicable a la situación dada, aunque se convertiría en un factor psicológico importante para la socialdemocracia rusa. Rosa Luxemburg no reconoció el aspecto psicológico de esta cuestión. En su afán por mantener la línea general de la estrategia socialista en Polonia, también subestimó el papel que podía desempeñar la cuestión nacional en los grandes movimientos populares.

Hasta qué punto Lenin estaba de acuerdo con Luxemburg en su solución del problema estratégico para Polonia se desprende de la gran discusión que tuvo lugar en 1916 entre él y varios opositores al derecho de autodeterminación (Karl Radek, Hermann Görter, Henriette Roland-Holst). Refiriéndose a la cuestión polaca, escribió:

«Estar a favor de una guerra europea pura y simplemente para restablecer Polonia sería nacionalismo del peor tipo; colocaría los intereses del pequeño número de polacos por encima de los intereses de los cientos de millones de personas que sufrirían en tal guerra. Ejemplos de tales nacionalistas son los partidarios del ala derecha del PPS, que son socialistas sólo de palabra; comparados con ellos, los socialdemócratas polacos son cien veces más correctos en su actitud. Proponer ahora la consigna de la independencia polaca, en el estado actual de las relaciones entre los países vecinos imperialistas, sería, en realidad, perseguir utopías, caer en el nacionalismo más mezquino y olvidar los requisitos previos de la revolución europea, e incluso los de las revoluciones rusa y alemana. [...]

No es una paradoja, sino un simple hecho que el proletariado polaco como tal puede servir a la causa del socialismo y la libertad, incluyendo también el socialismo polaco y la libertad polaca, sólo si libra una lucha conjunta con el proletariado de los países vecinos contra los nacionalistas polacos de mente estrecha. No debemos negar los grandes servicios históricos prestados por los socialdemócratas polacos en la lucha contra esta gente [...]



La situación es, sin duda, muy confusa, pero hay una salida que permitiría a todos los implicados seguir siendo internacionalistas, y es que los socialdemócratas rusos y alemanes exigieran la “libertad de separación” incondicional para Polonia, y los socialdemócratas polacos luchasen por la unidad de la lucha proletaria tanto en los países pequeños como en los grandes, sin establecer para una época determinada la consigna de la independencia polaca.<sup>28»</sup>

A pesar de algunas reservas que deben expresarse sobre ciertos argumentos presentados por Lenin en las discusiones sobre el derecho de autodeterminación, su juicio general fue correcto, a saber, que los opositores nacionalistas de Rosa Luxemburg en Polonia se limitaron a reiterar las palabras de Marx sin comprender su espíritu, y que la propia Rosa era bastante correcta en su política polaca, pero que tendía demasiado a generalizar en otros lugares su solución correcta de la cuestión nacional en Polonia. Este es un destino que los pioneros de la teoría sólo pueden evitar con dificultad.

Pero, después de todo, ¿era correcta su solución? ¿No lo ha demostrado la historia? Rosa Luxemburg había declarado que la independencia de Polonia en condiciones capitalistas era una utopía y, sin embargo, se fundó una Polonia independiente. Sin embargo, tenía razón. De hecho, la idea de querer realizar una Polonia independiente por medios revolucionarios le parecía utópica y fatal para la clase obrera polaca. Apenas podía prever qué nuevas relaciones territoriales surgirían de [una guerra que provocaría] el colapso de media Europa y, por supuesto, rechazó esta solución tanto por principio como por los medios necesarios para llevarla a cabo. Tenía razón al predecir que la corriente nacionalista del movimiento socialista polaco se vería inevitablemente desmoralizada por su actitud política. Así quedó demostrado en la Revolución Rusa de 1905, y volvió a revelarse en la dictadura reaccionaria de Piłsudski y sus “coroneles” después de 1921. Y tenía razón al decir que la estrategia revolucionaria internacional no debía adoptar ningún objetivo que convirtiera a Polonia en un baluarte de la Europa capitalista contra la revolución en el Este. Fue “refutada” por la historia del mismo modo que los demócratas radicales de 1848 que lucharon por una república de la Gran Alemania que incluyera a Austria fueron “refutados” por la creación por Bismarck de una Alemania prusiana semi-absolutista, que cerró el camino al progreso histórico en Europa Central durante medio siglo y, finalmente, condujo a la Guerra Mundial y a la derrota alemana.

<sup>28</sup> N. Lenin y G. Zinoviev, *Gegen den Strom (Contra la corriente)*, 1921, pp. 407-409.

Con su solución de la cuestión nacional de Polonia y de los pueblos subyugados por los turcos Rosa Luxemburg cuestionó los postulados de la política exterior de Marx. Con ello demostró ser una verdadera discípula de Marx. Esto es lo que distingue a los epígonos de los sucesores creativos de los grandes pensadores. Los primeros asumen piadosamente los productos acabados del trabajo mental de sus maestros como fórmulas rígidas y las defienden a pesar de las condiciones transformadas; los segundos captan el espíritu real de sus grandes modelos manteniendo una actitud libremente crítica hacia ellos, y como maestros aplican ellos mismos los métodos de sus propios maestros a las cambiantes condiciones. Los aspectos esenciales del método en el caso de Rosa eran el rechazo de todos los meros deseos y esperanzas, la comprensión del proceso histórico objetivo y la influencia activa de la clase obrera en la configuración de este proceso, del mismo modo que el físico trata de dominar la Naturaleza: estudiando sus leyes y subordinándose a ellas.

Este primer gran logro político de Rosa Luxemburg fue tanto más significativo cuanto que no sólo odiaba el absolutismo ruso desde el fondo de su corazón, sino que estaba estrechamente asociada con cada fibra de su ser a la cultura del pueblo polaco. Fue una internacionalista *por excelencia*, y si su patriotismo polaco estalló una y otra vez, nunca fue, sin embargo, en un sentido nacionalista de miras estrechas. Su revisión de la táctica marxista en la cuestión polaca fue, por tanto, el triunfo de un intelecto crítico incorruptible sobre los fuertes sentimientos personales.

## **La fundación de la socialdemocracia polaca**

Rosa Luxemburg era muy consciente de su propia fuerza intelectual. Sus cartas de principios de los años 1890 revelan ya esa confianza en sí misma que más tarde sorprendió a muchos, despertó y agravó enemistades políticas. Sin embargo, esta confianza ilimitada en sí misma, dispuesta a no hacer concesión alguna en cuestiones de principio, le era muy necesaria para mantenerse firme en las violentas disputas en las que se vio inmersa inmediatamente después de su primera aparición pública en la escena política.

La unificación de todos los socialistas polacos en el PPS duró poco. En otoño de 1892 se había formado en París una "Liga Extranjera de Socialistas Polacos". A ella pertenecían los antiguos dirigentes del Partido *Proletariat*, que entonces adoptaron la consigna de la restauración de Polonia, que hasta entonces habían rechazado. No consiguieron transmitir sus nuevos puntos de vista a los cuadros

del interior de Polonia. El contraste en las perspectivas políticas y en la actitud táctica que determinó, era tan grande que ya no era posible la afiliación común a un mismo partido. Sin embargo, la lucha no se zanjó mediante ninguna discusión objetiva de los puntos en cuestión. Incluso después de que los puntos de vista opuestos se volvieran irreconciliables debido a la completa separación organizativa del grupo socialdemócrata de Rosa Luxemburg, de los “socialpatriotas”, no tuvo lugar ninguna discusión a fondo.

Los puntos de vista del bando contrario sobre la cuestión nacional no eran coherentes internamente; no habían sido muy meditados y se basaban casi exclusivamente en la emoción. Al principio se contentaron con repetir los argumentos de Marx y Engels, pero a la larga no surtieron efecto ni en los obreros avanzados de Polonia ni en la Internacional. Buscando una posición teórica mejor, algunos de ellos representaron la restauración de Polonia como una consigna que se realizaría con la victoria de la revolución socialista. Con ello se acercaban mucho a la posición de Rosa Luxemburg, pero la consigna perdía por completo su carácter de foco central de la lucha cotidiana en Polonia. Otros afirmaban que la debilidad del movimiento obrero ruso hacía ilusoria cualquier esperanza de obtener la “libertad política” en Rusia; por lo tanto, la idea de una alianza con la socialdemocracia rusa era completamente inútil: el proletariado polaco sólo podía hacerse fuerte sobre una base puramente nacional. Otros recurrían a interpretaciones muy confusas de la perspectiva histórica y de la táctica a adoptar. Casi todos ellos despreciaban con arrogancia nacionalista a los rusos y a los demás pueblos oprimidos de Rusia. Con tan pobres armas era difícil entrar en la arena contra una luchadora como Rosa Luxemburg.

La lucha contra el joven grupo socialdemócrata se llevó a cabo, por lo tanto, a través de intrigas, insinuaciones y difamaciones. Comenzó en 1893 con una campaña de provocación contra Kasprzak, el primer mentor de Rosa Luxemburg. Kasprzak, llevaba años yendo y viniendo de las cárceles alemanas y rusas, lo que había arruinado su salud, pero el líder gallego Daszyfiski y sus amigos lo difamaron como agente de la *Ojhrana* [la policía secreta rusa zarista]. Durante decenios fue prácticamente condenado al ostracismo a causa de esta acusación, y el hecho de que fuera completamente rehabilitado por comités de investigación creados por la Internacional no puso fin a la misma, hasta que su muerte en la horca puso fuera de toda duda su lealtad a la causa socialista revolucionaria<sup>29</sup>.

<sup>29</sup> En el verano de 1905 Kasprzak fue descubierto en una imprenta secreta por la policía de Varsovia. Tras resistirse al arresto con su propia pistola, fue condenado a muerte y ejecutado en noviembre de 1905.

Este método de lucha alcanzó su punto álgido en el Tercer Congreso de la Internacional Socialista en Zúrich en 1893. La “Asociación de Socialistas Polacos en el Extranjero” –una organización de fugitivos, estudiantes, etc.– estuvo representada por diez delegados, entre ellos Mendelssohn, Jankowska, Perl y Daszyński, que ya gozaban de cierta reputación internacional y mantenían estrechas relaciones con las figuras más destacadas de la Internacional. Los miembros de la delegación socialdemócrata pertenecían a la generación más joven; eran prácticamente desconocidos en los círculos socialistas internacionales y, por tanto, se encontraban en una posición débil desde el principio. El mandato de Karski fue anulado, aunque era el único presentado por la verdadera organización de la Polonia rusa. Rosa Luxemburg fue delegada de *Sprawa Robotnicza*, bajo el nombre de Kruszynska. Sus adversarios se insinuaron encubiertamente contra ella y, en particular, contra el director del periódico, Warski (Michalkowski). Fue creada una atmósfera asfixiante de sospechas, mentiras y acusaciones. Rosa Luxemburg la atravesó. Sin mostrar la menor timidez en presencia de los ilustres jefes de los partidos socialistas del mundo, esta joven desconocida defendió su causa tomando la ofensiva. Con un gesto de la mano dejó de lado todas las mezquinas intrigas sobre la cuestión de los mandatos y fue directamente al corazón de las diferencias políticas, logrando un primer éxito moral. Emile Vandervelde [líder socialista belga, 1866-1938] recordó más tarde sus impresiones sobre su discurso:

«Rosa, tenía 23 años en aquella época, era poco conocida, excepto en algunos círculos socialistas de Alemania y Polonia [...] Sus adversarios se encontraron en una situación difícil frente a ella. Aún puedo verla: cómo se levantó del mar de delegados y saltó a una silla para hacerse oír mejor. Bajita, esbelta, delicada, con un vestido de verano que cubría hábilmente sus defectos físicos, defendió su causa con tal magnetismo en la mirada y con palabras tan ardientes que cautivó y se ganó a la gran mayoría del congreso, que levantó la mano a favor de la aceptación de su mandato.»

La impresión general que da Vandervelde de memoria cuarenta años después es probablemente correcta. Sin embargo, en un punto se equivoca: no fue este entusiasta pleno el que decidió su mandato, sino una comisión que posteriormente lo rechazó por nueve votos contra siete. La decisión se hace inteligible una vez que conocemos el hecho de que en el Congreso dos figuras muy poderosas acudieron en ayuda de los “socialpatriotas” polacos: György Plejánov y Friedrich Engels. Plejánov desconfiaba mucho del grupo de Luxemburg, por un lado por su antiguo conflicto con León Jogiches, pero sobre todo porque su grupo había surgido del partido *Proletariat*. Se trataba de un viejo asunto que se creía zanjado

desde hacía tiempo. Plejánov se había desvinculado en 1877 de *Narodnaya Volya* cuando éste recurrió a la acción terrorista contra el zarismo, y desde entonces había luchado contra este partido. El partido *Proletariat*, sin embargo, había formado más tarde una alianza con *Narodnaya Volya* y se había convertido así en adversario del Grupo para la “Liberación del Trabajo” de Plejánov, precursor de la socialdemocracia rusa. Engels, que participó en el Congreso, valoraba mucho el juicio de Plejánov y, naturalmente, desconfiaba de una línea política que renegaba del objetivo de la independencia nacional de Polonia, objetivo que él seguía persiguiendo resueltamente.

La intolerancia de los viejos dirigentes polacos en el Congreso, y en particular el rechazo del mandato de Karski, provocaron la ruptura del Partido Socialista Polaco. Toda la organización de Polonia se separó del PPS y creó el “Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia”, que a partir de entonces estuvo bajo la dirección de Rosa Luxemburg y Leo Jogiches. El fracaso de su partido no desanimó a los dirigentes del ahora socialpatriota PPS; de hecho, intensificó su rabia. En el Congreso de Londres de 1896 volvieron a intentar que se anularan los mandatos de sus oponentes, y por los mismos métodos. Aunque entretanto las acusaciones contra Warski habían sido refutadas por un comité de investigación presidido por el viejo revolucionario ruso Peter Lavrov, éstas volvieron a surgir. También se difundió la historia de que Rosa Luxemburg gozaba de un favor especial del comandante de la gendarmería de Varsovia, el coronel Markgravski. En el Congreso, Daszyński tronó con furia ciega contra los dirigentes del nuevo partido:

«No podemos tolerar que nuestro movimiento sufra por culpa de canallas como Rosa Luxemburg, Urbach, etc. Lucharemos con todos nuestros medios contra esta vergüenza que mancha nuestro movimiento; los desenmascaremos y los derrotaremos. Debemos librar a nuestro ejército internacional de esta banda de sabuesos publicistas que pretenden destruir nuestra lucha por la libertad<sup>30</sup>.»

Pero esta vez, ni siquiera las palabras contundentes surtieron efecto. Rosa Luxemburg se anotó un triunfo: una resolución propuesta por los dirigentes del PSP sobre la restauración de Polonia fue rechazada y, en su lugar, se aceptó una resolución sobre el derecho a la autodeterminación, Rosa Luxemburg tuvo la satisfacción de ver cómo una resolución propuesta por los dirigentes del PPS sobre la restauración de Polonia era rechazada por el Congreso, y en su lugar se adoptaba una resolución sobre el derecho de autodeterminación, resolución que

<sup>30</sup> *Internationaler Sozialistischer Arbeiter- und Gewerkschaftskongress*, (Congreso Internacional Socialista de Trabajadores y Sindicatos), Londres 1898, Actas, p. 18.

estaba formulada de tal manera que pudiera ser aceptada por los socialdemócratas polacos. De nuevo en 1900 se intentó expulsar a Luxemburg del V Congreso de la Internacional en París, un intento que sólo puede calificarse de lamentable, porque Rosa Luxemburg no sólo tenía en su poder las actas de los hombres de Posen [Poznan] y de la Alta Silesia, sino también una de los obreros de Varsovia, con 218 firmas, entre ellas las de 27 presos políticos; Además, los organizadores del Congreso le habían encomendado la redacción del importante informe sobre el militarismo.

Insinuaciones calumniosas e inventadas e insultos groseros dirigidos a esa “mujer intrigante y ambiciosa” y a esa “mujer histérica” constituyeron el ruidoso acompañamiento de la política polaca de Rosa Luxemburg. —la expresión de los sentimientos nacionales heridos de sus oponentes, que eran demasiado conscientes de su inferioridad intelectual. Cuando Luxemburg publicó sus artículos sobre la cuestión oriental, incluso el viejo Wilhelm Liebknecht la atacó con una carta en la que no refutaba ninguno de sus argumentos, pero en la que le lanzaba toda una retahíla de invectivas escogidas, llegando incluso a hacer la apenas velada acusación de que había sido comprada por la Okhrana rusa —una acción que, algo más tarde, el viejo admitió que era errónea y lamentó.

Todo esto no hacía más que deslumbrar a Rosa Luxemburg. En la argumentación política podía ser extremadamente mordaz y su ironía era a menudo cáustica, pero siempre iba al grano. El lodo que le arrojaban era tan ineficaz que en sus escritos no aparece ni rastro de un esfuerzo por repelerlo. Habría estado de acuerdo con Goethe:

*¡Wirbelwind und trocknen Kot,*

*Lass sie drehn und stäuben!*

*[Torbellino de estiércol seco,*

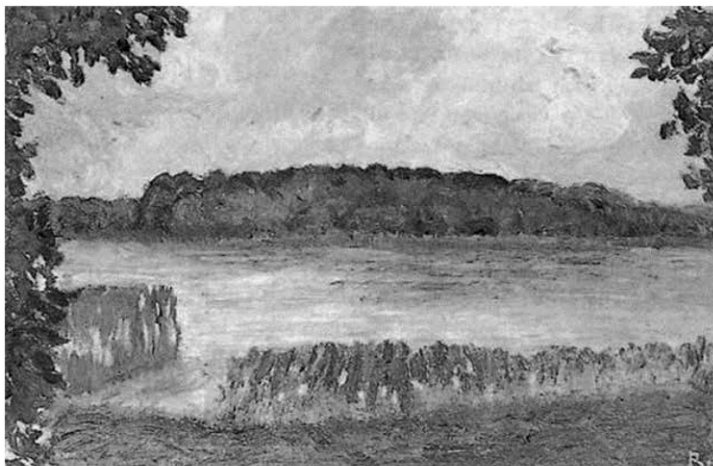
*¡Que se conviertan en polvo!]*

Con sus amigos era sensible y comprensiva; con sus adversarios, en cambio, entablaba combate, y entonces su única preocupación era luchar siempre con la mayor destreza posible.

Otras experiencias fueron más amargas. El movimiento obrero polaco, a cuya cabeza se encontraba, se desarrolló bastante favorablemente al principio, pero pronto tuvo que sufrir todas las penurias que acosan a los partidos ilegales. Las detenciones se sucedieron a tal escala que en 1896 sólo quedaban escasos restos de la organización, e incluso el periódico *Sprawa Robotnicza* tuvo que suspender su publicación. No fue hasta 1899 cuando el movimiento volvió a florecer, lo que

brindó al joven Dzierzynski<sup>31</sup> la oportunidad de desarrollar sus energías y su capacidad organizativa. Consiguió que el movimiento lituano aceptara las ideas de Rosa Luxemburg y que la socialdemocracia lituana se uniera a la polaca en el “Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania” (SDKPIL).

Rosa Luxemburg aprovechó los difíciles años de estancamiento en Polonia sobre todo para continuar sus estudios y terminar su tesis doctoral sobre “El desarrollo industrial de Polonia”. Al mismo tiempo, participó activamente en el movimiento obrero suizo y apareció como colaborador, especialmente sobre cuestiones polacas, en la prensa socialista. En la revista teórica dirigida por Kautsky, *Neue Zeit*, publicó algunos de sus artículos más importantes: “Nuevas tendencias del movimiento socialista polaco en Alemania y Austria” (1896), “Patriotismo social en Polonia” (1896) y “Paso a paso: La historia de las clases burguesas en Polonia” (1897). Estas obras llamaron mucho la atención, tanto por su riqueza temática como por su brillante forma. Este debut en la revista socialista más respetada le proporcionó no sólo una fama temprana, sino también una nueva oleada de calumnias e invectivas por parte del PPS. En 1897 pasó varios meses en Francia, donde estableció estrechos contactos con los líderes marxistas del movimiento obrero francés: Jules Guesde, Edouard Vaillant, Allemane y otros. Entabló una amistad especialmente estrecha con Vaillant, el comunero que había estudiado en Alemania y que había llevado al movimiento blanquista francés al campo marxista.



Pintura de Rosa Luxemburgo, 1908.

<sup>31</sup> Feliks Dzierzynski, más tarde destacado bolchevique y jefe de la *Cheka* (la policía de seguridad soviética).

### 3. En defensa del marxismo

#### En las filas de la socialdemocracia alemana

Los años de aprendizaje de Rosa Luxemburg habían llegado a su fin. Había completado sus estudios con un doctorado en la Universidad de Zúrich. Dirigir el ilegal SDKPyL desde Suiza pudo haber conmocionado a una organizadora como Jogiches, pero ella se sentía impulsada a emprender nuevas tareas y a establecerse de forma independiente. Sus amigos políticos probablemente coincidían con ella en la gran importancia de propagar sus ideas en Alemania. El ímpetu para emprender esa labor procedía probablemente de aquellos amigos que ya llevaban allí una vida activista: Parvus, Warski, Karski, etc.

La Alemania de la década de 1890 era la tierra de un movimiento obrero en pleno desarrollo, una tierra en la que el interés por las cuestiones teóricas y tácticas era extremadamente vivo; el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) y los sindicatos alemanes, en virtud de la fuerza y el respeto que inspiraban, eran los pilares más importantes del movimiento obrero internacional. En el Este, Alemania encerraba vastas zonas, antiguamente polacas, con una población mayoritariamente de habla polaca; en estas zonas, concretamente en la Alta Silesia y en la provincia de Posen, existían organizaciones socialdemócratas y sindicatos legales, con su propia prensa, etc. Aquí había tareas que justificaban la mayor concentración de esfuerzos: representar y defender en este suelo los puntos de vista de los socialdemócratas polacos, y ganar así influencia en los círculos dirigentes del SPD y, por tanto, en la Internacional; crear bases y, siempre que fuera posible, establecer aquí contactos con el partido ilegal en la Polonia rusa. Empezar semejante camino parecía tanto más tentador cuanto que los socialpatriotas polacos se movían activamente en Alemania, aprovechando todas las oportunidades para buscar y encontrar reconocimiento y apoyo incluso en los más altos niveles de los comités del partido.

Sin embargo, como extranjera, Rosa Luxemburg no podía realizar esta tarea. Los extranjeros tenían estrictamente prohibido ejercer cualquier actividad política, sobre todo en Prusia, y más aún en las zonas fronterizas.

Por ello, para guardar las apariencias, se casó con Gustav Lübeck, hijo de sus viejos amigos Karl y Olympia [el 19 de abril de 1898]. Adquirió así la ciudadanía prusiana y estuvo algo más protegida de la policía prusiana, que habitualmente actuaba como secuaz de los zaristas.



Rosa Luxemburg llegó a Berlín en mayo de 1898. Era un año electoral: toda la atención de la socialdemocracia se centraba en las próximas elecciones al Reichstag, las segundas desde la derogación de las leyes antisocialistas [1890]. Inmediatamente se puso en contacto con la ejecutiva del partido y ofreció sus servicios como agitadora entre los polacos de Alta Silesia durante la campaña electoral. Sus intervenciones en congresos internacionales y sus artículos sobre temas polacos en *Neue Zeit*, *Sächsische Arbeiterzeitung* y *Vorwärts* no la hacían desconocida. Su propuesta fue aceptada, y poco después debutaba “en las fosas más oscuras” de la Alta Silesia. Al principio se sintió muy frustrada, ya que en Suiza ella y Leo habían soñado que, con su talento como oradora, causaría sensación en grandes reuniones masivas en las grandes ciudades alemanas y llevaría sus puntos de vista particulares directamente a un público muy amplio. Pero esta primera gira de agitación entre los mineros y obreros metalúrgicos polacos de Königshütte, Katscher, Gleiwitz, etc., resultó ser un gran éxito. Sus oyentes, que no eran fáciles de conmovir, le llevaban flores y no querían dejarla marchar. Feliz, informó a Jogiches del buen contacto y de cómo la había refrescado y hecho más segura de sí misma. Sin embargo, su reacción fue de enfado, porque temía perderla.

A su regreso a Berlín, se retiró completamente para dedicarse a los artículos que publicaba en la prensa socialdemócrata. Era muy exigente con su trabajo. A sus amigos de Zürich, Robert y Mathilde Seidel, les escribió muy gráficamente al respecto (23 de junio de 1898):

«¿Sabes lo que me preocupa ahora? No me satisface la forma en que la gente del partido suele escribir los artículos. Son todos tan convencionales, tan acartonados, tan cortantes. En comparación, las palabras de [Ludwig] Borne suenan como si vinieran de otro mundo. Lo sé, el mundo es diferente ahora, y otros tiempos quieren tener otras letras (*Lieder*). Pero al menos éstas eran “letras” de verdad. Nuestros garabatos no suelen ser letras, sino zumbidos, sin color ni resonancia, como el tono de una rueda de motor. Creo que la causa reside en el hecho de que, cuando la gente escribe, en su mayoría, se olvida de profundizar en sí misma y de sentir toda la importancia y la verdad de lo que está escribiendo. Creo que cada vez, cada día, en cada artículo, hay que volver a vivir la cosa, hay que sentirla, y entonces surgirían palabras nuevas –que salgan del corazón y llegen al corazón– para expresar la vieja cosa conocida. Pero uno se acostumbra tanto a una verdad que recita las cosas más profundas y más grandes como si fueran el “Padre Nuestro”. Tengo la firme intención, cuando escribo, de no olvidarme nunca de entusiasmarme con lo que escribo y de estar en comunión conmigo

misma. Y por eso de vez en cuando leo al viejo Borne: me recuerda fielmente mi promesa...<sup>32</sup>»

Esta fuerza de voluntad explica sin duda también que en poco tiempo consiguiera hacerse un espacio en el movimiento socialdemócrata. A través de su trabajo literario, ya estaba en contacto con Karl Kautsky, el “Papa del marxismo”, en Zürich, y esta asociación se convirtió en una amistad duradera con él y su familia, en particular con su esposa, Luise. Pronto se sintió a gusto en el círculo de August Bebel, Paul Singer y Franz Mehring.

Se sintió atraída por Clara Zetkin, a la que conocía de los congresos internacionales, porque compartían los mismos intereses intelectuales y el mismo temperamento. Clara se unió al movimiento siendo una joven profesora, incluso antes de que se aprobaran las leyes antisocialistas [1878]. Cuando Ossip Zetkin fue expulsado por violar esas leyes, ella le siguió al exilio en París. Se interesó especialmente por los problemas de las mujeres en general y de las obreras en particular. En un informe al Congreso Fundador de la Segunda Internacional, celebrado en París en 1889, fue la primera en dar a la cuestión de la mujer una interpretación marxista, que determinó el punto de vista socialista durante mucho tiempo. A su regreso a Alemania en 1891, se le confió la dirección del periódico femenino socialista *Die Gleichheit (La Igualdad)*, que convirtió en una importante publicación periódica. Rosa y Clara entablaron una alianza de amistad que perduró a lo largo de todas sus luchas políticas.

Sólo en el caso de su relación con el viejo Liebknecht, un antiguo rencor los mantuvo separados, pero finalmente consiguió ganarse incluso su reconocimiento y simpatía. Parvus, como director del *Sächsische Arbeiterzeitung [Periódico de los Trabajadores de Sajonia]* en Dresde, le abrió el camino hacia la prensa diaria del partido alemán. Intereses intelectuales, militancia y temperamento comunes crearon un fuerte vínculo, sobre todo entre ella y Bruno Schoenlank, el fundador del *Leipziger Volkszeitung, [Gaceta Popular de Leipzig]* que había liberado a la prensa socialdemócrata de la estrachez de los pasquines sectarios, elevado considerablemente su nivel cultural. Erudito en economía e historia, enérgicamente activo y muy sensible a todos los fenómenos de la vida social, Schoenlank era un periodista nato. Pero Rosa Luxemburg tenía una base teórica más sólida y un dominio más seguro de las decisiones tácticas. Podía dirigir su atención más allá de los acontecimientos cotidianos, a su relación con el contexto de la sociedad en su conjunto y a las tendencias generales del desarrollo. Por estas mismas razones, Schonlank trató de ganársela para su periódico, su tempera-

<sup>32</sup> *Z Pola Walki*, n° 1, Varsovia 1959.

mento vivaz (inusual para los estándares alemanes), su lengua afilada y sus ideas que quitaron el polvo de la rutina de los ojos de la gente, e iluminaron y ampliaron el horizonte.

Rosa Luxemburg despertó más desconfianza que confianza entre los “padres del partido”, como ella se refería irónicamente a los dirigentes del partido. Pero pronto quedó claro que no se trataba de un relámpago en la noche o de un meteoro de brillo fugaz, sino de una personalidad imbuida de un serio sentido de la responsabilidad y entregada a la causa de la clase obrera con cada fibra de su ser. En poco tiempo, su fuerte influencia sobre la mayoría de los líderes del partido fue indiscutible. Al trabajar con los demás, daba más de lo que recibía. A veces, Mehring cambiaba un juicio político precipitado cuando Rosa Luxemburg publicaba su opinión al respecto. Ella animó a Kautsky a subir a la arena para defender los principios del partido; de él sabemos, por ejemplo, que sus opiniones probolcheviques sobre las grandes cuestiones de la Revolución Rusa de 1905 se formaron esencialmente en discusiones con ella. En el pasado, Schonlank se había desviado a veces de la línea, pero Rosa Luxemburg le volvió a poner freno. Cosechó reconocimiento y admiración. Schonlank sólo expresaba la opinión de todos los que estuvieron en estrecho contacto e intercambiaron ideas con ella, cuando declaró que, a pesar de su juventud, Rosa había demostrado en todo momento un juicio político acertado y la capacidad de ver a través de los trucos y subterfugios de los oponentes. Semejante capacidad sólo se adquiere, por lo general, tras una larga experiencia política, y era tanto más sorprendente cuanto que, hasta entonces, Rosa apenas se había aventurado fuera de los círculos de la emigración ruso- polaca; apenas estaba familiarizada con el funcionamiento de un gran partido, con todas sus luchas internas, y sólo ahora empezaba a participar activamente en la política práctica. Su perspicacia política era innata e instintiva.

Su fama de oradora extraordinaria se había extendido rápidamente. Las solicitudes llegaban de todas partes. Más de un organizador local debió de poner cara larga (para su diversión privada), calculando ya el alcance del fracaso seguro que le esperaba, cuando al encontrarse con esta frágil mujercita en la estación de tren. Pero cada discurso era un triunfo. No es que fuera una agitadora en el sentido habitual: evitaba el patetismo y apelaba más a la razón de sus oyentes que a sus emociones. Pero los sacaba del círculo limitado de sus ideas habituales para llevarlos a perspectivas más amplias y los arrastraba con su fiereza y toda su enérgica personalidad. De cada una de sus conferencias podría haber dicho: *veni, vidi, vici*.

Pero en medio de esta alegría también hubo momentos amargos. Algunos años más tarde, después de haber pasado de nuevo por una desagradable experiencia de intrigas mezquinas, escribió a Bebel<sup>33</sup> quejándose de que desde el principio había recibido una “acogida peculiar” en el campo socialdemócrata alemán, y no sólo por parte de quienes se oponían a sus opiniones. Lo atribuyó a su condición de extranjera, de forastera („*nicht de la maison*”). La verdadera razón era probablemente aún más maliciosa: era importante resistirse a ella sobre todo porque era una mujer, una mujer que se atrevía a inmiscuirse en los asuntos masculinos de la política. Y no sólo eso: no se contentaba con pedir modestamente la opinión de los “políticos prácticos” (*Praktiker*), sino que era lo bastante “descarada” como para desarrollar sus propios puntos de vista y, lo que era peor, exponer argumentos tan convincentes que los demás tenían que capitular a regañadientes. Esta mezquindad de espíritu no tardó en provocar su primera derrota.

En septiembre de 1898 Parvus y Marchlewski fueron expulsados de Sajonia y condicionaron sus futuras colaboraciones en la *Sächsische Arbeiterzeitung* a que Rosa Luxemburg se hiciera cargo de la dirección del periódico. Ella encontró su herencia en un estado desordenado. Cansado de los numerosos conflictos con sus colegas, Parvus se había limitado finalmente a escribir sus editoriales diarios y había dejado que la redacción hiciera lo que quisiera. Rosa, sin embargo, quería dar al periódico una política uniforme. Como redactora jefa, intervino en los distintos departamentos e introdujo innovaciones: por ejemplo, creó una sección de actualidad económica. La vieja forma de hacer las cosas debía dar paso a un enfoque vivo, intelectual y activista. Por si esto no fuera suficientemente “monstruoso”, Georg Gradnauer había lanzado una polémica vehemente, pero pobremente argumentada, contra Rosa Luxemburg en *Vorwärts* (publicado en Berlín). Rosa Luxemburg se atrevió a replicar objetivamente en el *Sächsische Arbeiterzeitung*. Gradnauer era diputado del Reichstag por Dresde, por lo que criticarle era tabú, al menos en el periódico local del partido. El asunto se convirtió en una rebelión de la redacción contra el problemático jefe. Los dirigentes del partido que controlaban el periódico permitieron que los compañeros de Rosa la censuraran e incluso le negaron el derecho a defenderse con su propio nombre de los ataques. Los gallardos camaradas se quedaron bastante asombrados cuando ella les lanzó su dimisión.

<sup>33</sup> *Einige Briefe Rosa Luxemburgs' (Algunas cartas de Rosa Luxemburg), Boletín del Instituto Internacional de Historia Social, Leiden 1952, N.º 1. Carta del 11 de octubre de 1902.*

Gradnauer no pudo ocultar su triunfo. En *Vorwärts* se burló de que el intento de Rosa Luxemburg de dirigir un periódico del partido hubiera terminado con su precipitada retirada. En el *Leipziger Volkszeitung* (26 de septiembre de 1899), Rosa Luxemburg respondió sin rodeos: *Vorwärts* no era capaz de expresar opiniones, porque no tenía opiniones, y ninguno de sus redactores dejaría el trabajo por voluntad propia. «Hay dos clases de organismos vivos: los que tienen columna vertebral y, por lo tanto, también caminan, a veces incluso corren, y los que no la tienen y, por lo tanto, sólo se arrastran y se aferran». Rosa no soportaba a los rastreros invertebrados en política.

Fue entonces que se trasladó a Berlín, donde dirigió la *Wirtschaftliche und sozialpolitische Rundschau* (*Revista Económica y Social*) como servicio informativo, escribiendo bajo el seudónimo de “ego”. Trabajó principalmente para la revista teórica *Neue Zeit* y el *Leipziger Volkszeitung*. En torno a este último periódico, Schonlank había reunido a un brillante grupo de colaboradores. Sin embargo, fue sobre todo Rosa Luxemburg quien dio al periódico su carácter marxista y realzó su reputación entre los periódicos socialistas.

## El reformismo avanza

La época en que Rosa Luxemburg empezó a participar activamente en el movimiento obrero polaco se caracterizó por la creciente ola del socialismo internacional. Esta transición a una nueva fase la había impulsado a realizar sus primeras investigaciones independientes. Al mismo tiempo, se estaba produciendo una transformación en la estructura y la política de los grandes Estados capitalistas, cuyos rasgos característicos eran claramente visibles hacia finales de la década de 1890. Más tarde, en su *Folleto Junius* (*Juniusbroschüre*), escrito en la cárcel [en 1915], Rosa Luxemburg describió la situación de la siguiente manera:

«El desarrollo capitalista, que se estableció en una Europa recién estructurada tras el período de guerra de los años 60 y 70, y que –sobre todo en el periodo de recuperación tras la larga depresión que había seguido a los febriles años de especulación financiera temeraria y al pánico de 1873– alcanzó un cenit sin precedentes en la prosperidad de los años 90, abrió un nuevo *periodo de Tormenta y Estrés* [*Sturm und Drangperiode*] para los Estados de Europa: un periodo de rivalidad en su expansión hacia los países y zonas *no capitalistas* del mundo. Ya en los años 80 se hizo sentir un nuevo y particularmente fuerte impulso hacia las conquistas coloniales. Inglaterra se hizo con el control de Egipto y creó para sí un poderoso imperio colonial

en Sudáfrica; Francia ocupó Túnez en el Norte de África y Tonkín en Extremo Oriente; Italia se afianzó en Abisinia; Rusia consolidó sus conquistas en Asia Central y avanzó hacia Manchuria; Alemania adquirió sus primeras colonias en África y en los Mares del Sur; y, por último, Estados Unidos se unió al círculo y adquirió “intereses” en Extremo Oriente al tomar posesión de las Islas Filipinas. Este período de desgarro febril de África y Asia desencadenó una cadena casi ininterrumpida de guerras sangrientas, que comenzó con la guerra chino-japonesa de 1895, continuó con la gran expedición china y terminó con la guerra ruso-japonesa de 1904.

Todos estos acontecimientos, ocurridos en rápida sucesión, crearon nuevos antagonismos en todas direcciones fuera de Europa: entre Italia y Francia en el norte de África, entre Francia e Inglaterra en Egipto, entre Inglaterra y Rusia en Asia Central, entre Rusia y Japón en Extremo Oriente, entre Japón e Inglaterra en China, entre Estados Unidos y Japón en el Pacífico. Era un océano agitado, un vaivén de antagonismos agudos y alianzas temporales, de relaciones tensas y distensiones. Y cada pocos años la guerra amenazaba con estallar entre las potencias europeas, pero se aplazaba una y otra vez...

En Alemania se puede observar el ascenso del imperialismo, aglomerado como estaba en un período de tiempo muy corto, en su forma más pura. Allí, el auge sin parangón de la industria y el comercio a gran escala desde la fundación del Reich [1871] produjo dos formas características y peculiares de acumulación capitalista en los años 80: el crecimiento más vigoroso de los cárteles en Europa y el sistema bancario mejor desarrollado y más concentrado de todo el mundo. Los cárteles han organizado la industria pesada —es decir, la rama de la actividad capitalista con un interés directo en los contratos gubernamentales, en el armamento y en las empresas imperialistas (construcción de ferrocarriles, explotación de minas, etc.)— como el factor más influyente en el Estado. Los bancos han comprimido el capital financiero hasta convertirlo en un poder firmemente organizado y siempre rebotante de la mayor energía, un poder que dirige y gobierna autocráticamente la industria, el comercio y el sistema crediticio del país; igualmente decisivo en la empresa privada como en la pública; ilimitado y errático en sus poderes de expansión; siempre hambriento de beneficios y actividad; impersonal y, por tanto, generoso, temerario y sin escrúpulos; internacional por su propia naturaleza; y, debido a estos factores predisponentes, preparado para utilizar el escenario mundial como escenario de sus acciones.

Si a estos se añadiera el régimen personal más fuerte con la mayor iniciativa errática y el parlamentarismo más débil, incapaz de oponerse; junto con todas las capas burguesas unidas en oposición absoluta a la clase obrera y atrincheradas detrás del gobierno, entonces era una conclusión inevitable que este imperialismo joven, robusto y desinhibido, entrando con un apetito prodigioso en la escena mundial, en un momento en que el mundo ya estaba prácticamente dividido, estaba destinado a convertirse en un factor incalculable de malestar general.

Esto ya estaba prefigurado por la radical agitación de la política militar del Reich. En 1898 y 1899 dos proyectos de ley naval, uno tras otro, señalaron de forma sin precedentes una repentina duplicación de la flota de combate, con un tremendo programa de construcción de armamento naval calculado para casi dos décadas. Esto significó no sólo una amplia transformación de las políticas financieras y comerciales del Reich –los derechos de aduana introducidos en 1902 fueron sólo la sombra que siguió a los dos proyectos de ley navales–. Otra consecuencia lógica fue la transformación de su política social y de todo el sistema interno de relaciones de clase y de partido. Las leyes navales significaron sobre todo un cambio demostrativo en el curso de la política exterior que había prevalecido desde la fundación del Reich. La política de Bismarck se había basado en el principio de que el Reich era y debía seguir siendo una potencia terrestre [...] pero ahora se diseñaba una política completamente nueva: Alemania debía convertirse en la primera potencia en tierra y mar. Esto marcó el punto de inflexión de la política continental de Bismarck *Weltpolitik* [política mundial], defensiva a otra ofensiva como objetivo de la carrera armamentista.<sup>34</sup>»

Esta descripción *post festum* del periodo es, naturalmente, más redonda de lo que debió parecer a los contemporáneos la imagen de la década de 1890. Pero ya entonces se percibían los rasgos esenciales de la nueva época. El aumento del armamento naval, la guerra chino-japonesa, la guerra hispano-estadounidense, la guerra de los Boers y la invasión de China por las potencias europeas exigían un nuevo examen de toda la situación social y política. En el movimiento socialdemócrata alemán, las obras de Kautsky, las investigaciones de Parvus, los escritos de agitación de Wilhelm Liebknecht y los numerosos discursos de Clara Zetkin expusieron con considerable claridad el nuevo fenómeno y sus fuerzas subyacentes, y se proclamó que el mundo capitalista había entrado en un nuevo

<sup>34</sup> *Die Krise der Sozialdemokratie (Juniusbroschüre) (La crisis de la socialdemocracia – El folleto Junius)*, en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften II*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt del Meno 1966.

período de catástrofes políticas, tanto internas como externas, en que una guerra mundial despuntaba amenazadoramente.

Sin embargo, había otros que no estaban dispuestos a prestar atención a los nubarrones que se avecinaban. Para ellos, el sol parecía cálido y pintaban un cuadro idílico del futuro desarrollo social. Según ellos, el capitalismo había dejado atrás sus locos y rapaces años de juventud y se había vuelto manso y razonable. Durante más de dos décadas –salvo leves convulsiones–, no se había producido ninguna de las crisis que, según Marx, asolaban la economía cada diez años. Se había iniciado un periodo de prosperidad creciente. Desde 1870 no se había producido ninguna guerra en suelo europeo, excepto en ese centro de tormentas que son los Balcanes. El movimiento obrero ya no estaba proscrito. El joven Guillermo había prometido una “monarquía social” de legislación social y laboral protectora. La democracia avanzaba en todas partes. La socialdemocracia alemana obtuvo sus mayores éxitos electorales. Los sindicatos se fortalecieron y los salarios subieron. Las cooperativas obreras ganaron terreno como “islas socialistas” dentro de la economía capitalista. Estos fenómenos dieron lugar a una nueva corriente dentro del movimiento obrero, un reformismo consciente, formulado como sistema teórico.

En el movimiento obrero alemán, como en los movimientos en otros lugares coexistieron opiniones radicales y reformistas. Pero la socialdemocracia alemana era un movimiento especial. Se originó una década y media después de la semirrevolución de 1848 y, por tanto, carecía de experiencia revolucionaria. Toda su actividad se dirigió a obtener las reformas burguesas que habían sido abandonadas por la oposición burguesa, y esta práctica, incluso más que su credo socialista, determinó su verdadero carácter. Al mismo tiempo, sin embargo, tuvo que enfrentarse a un Estado semiabsolutista que se limitaba a enmascararse bajo formas democráticas y que perseguía al movimiento obrero con brutales métodos policiales. La Socialdemocracia estaba en antagonismo irreconciliable con aquel Estado, pero sus luchas políticas se dirigían más contra los Junkers que contra la burguesía.

Y, finalmente, numerosos elementos burgueses radicales afluyeron al movimiento socialdemócrata, porque no habían encontrado oportunidad de hacer efectivas sus ideas en los partidos burgueses; tendían a reforzar el ala reformista del SPD. Esta situación contradictoria determinó el carácter del partido: aparentemente radical en su comportamiento político, pero esencialmente reformista en sus postulados. Con el tiempo, su radicalismo exterior se acentuó. Las leyes anti-socialistas habían intensificado los antagonismos hacia el Estado existente, y las



ideas marxistas ganaban cada vez más terreno en el partido, es decir, en la medida en que la situación general lo permitía, es decir, sin que se captara el carácter revolucionario de estas concepciones. Había una condición previa subyacente a la propia existencia del partido: debido al hecho de que en la situación política dada por entonces, cualquier acuerdo con el Estado habría significado capitular ante él, la socialdemocracia tenía que preservar el carácter de partido de oposición radical. Por ello, el partido veló celosamente para no verse comprometido con el reformismo por medio de declaraciones públicas.

Friedrich Engels, el consejero del socialismo internacional y el devoto guardián de las ideas marxistas murió en 1895. Su muerte eliminó un fuerte obstáculo para el avance del oportunismo; de hecho, el “maduro y esclarecido” Engels se convirtió ahora en el testigo jurado de la política reformista. Su última obra fue una Introducción al libro de Marx sobre la revolución francesa de 1848, *La lucha de clases en Francia*. Esta Introducción es uno de los documentos más importantes sobre la estrategia marxista. “El General”, como llamaban a Engels por sus conocimientos militares, sostenía que la vieja táctica de las barricadas, basada en una estrategia defensiva de desgaste del ejército enemigo, había quedado anticuada por el desarrollo de la técnica militar moderna y el moderno urbanismo. Las futuras insurrecciones tendrían que adoptar un carácter muy diferente, y ser llevadas a cabo por grandes masas del pueblo en una ofensiva impetuosa contra las fuerzas militares del enemigo. Esto exigiría un esclarecimiento mucho más profundo y una organización de la clase obrera más firme de lo que se había logrado hasta entonces. Había que condenar cualquier intento de insurrección. Durante mucho tiempo, la socialdemocracia internacional tendría que limitarse a utilizar todas sus posibilidades legales; debería seguir el ejemplo del SPD, que había convertido el sufragio en un instrumento de emancipación.

El Ejecutivo del SPD consideraba esta “Introducción”, por su carácter revolucionario, como un documento que podía ofrecer a la reacción en Alemania una nueva excusa para tomar medidas represivas, sobre todo teniendo en cuenta que en ese mismo momento estaba pendiente en el Parlamento (Reichstag) un proyecto de ley contra las actividades subversivas (*Umsturzgesetz*), destinado a aplastar a la socialdemocracia.

Por ello, la dirección del partido recortó todas las frases y palabras del manuscrito que hacían referencia a futuras luchas armadas. Desde el principio Engels protestó contra la castración de su “Introducción”, pero —luego se dijo—, se sometió a las consideraciones tácticas del momento. Así fue como esta “Introducción” a *La lucha de clases*, que había sido *corregida*, pasó a la historia

como el “Testamento de Friedrich Engels”: «una condena de todas las formas de violencia y de todas las revoluciones futuras, y una glorificación de la legalidad, bajo la cual los partidos de la clase obrera “desarrollarían músculos fuertes y mejillas rubicundas, y tendrían vida eterna”». <sup>35</sup> No fue hasta 1924 que Riazánov [jefe del Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú] redescubrió el manuscrito y publicó el texto original.

Los libros tienen su destino y se convierten en el destino mismo. El “Testamento” de Engels en su forma publicada clamaba claramente por una revisión de la concepción marxista de la historia, y como el ejecutivo del partido ocultó obstinadamente su manipulación del manuscrito, la “Introducción” se convirtió en un argumento revelador en manos de los reformistas. Incluso los radicales quedaron fuertemente impresionados por ella. Aunque Kautsky sabía por Engels que algo iba mal en el texto, no conocía toda la verdad. Incluso Parvus adoptó el “Testamento”, con su condena de la violencia, como base de sus intentos de radicalizar la política socialdemócrata. Rosa Luxemburg fue la única que nunca aceptó el significado falsificado del documento y se negó rotundamente a considerar que representara las verdaderas opiniones de Engels.

Fue un hombre del círculo inmediato de Engels quien llevó a cabo la “Revisión del marxismo”: Eduard Bernstein. Nacido en Berlín en 1850, se unió al movimiento socialdemócrata en su juventud, incluso antes de la aprobación de las leyes antisocialistas, y le prestó grandes servicios durante el período de persecución. Como editor del *Sozialdemokrat*, publicado durante esos años en Londres, había pasado, bajo la influencia de Engels, de ser un pequeñoburgués moralista a un socialista radical. Al mismo tiempo, sin embargo, se había visto influido por las condiciones imperantes en Inglaterra: la amplia base democrática, la política de colaboración económica llevada a cabo por los sindicatos y los puntos de vista social-reformistas de los fabianos. Aquel estudio de la revolución francesa de 1848 conmocionó su naturaleza fundamentalmente pequeñoburguesa cuando reconoció con horror que la política de los Clubes Radicales de Auguste Blanqui, coincidían en puntos esenciales con la de Marx. Y fue en esta política revolucionaria donde vio la derrota final de la revolución. De 1896 a 1898 escribió una serie de artículos en *Neue Zeit* sobre “Problemas del socialismo”, atacando con creciente determinación los principios fundamentales del marxismo. Al principio no se comprendió la importancia de sus ensayos, y no surgió ninguna posición contraria hasta que un socialista inglés, Belfort Bax, hizo la llamada a la batalla: «Bernstein ha abandonado por completo el objetivo final del movimiento

<sup>35</sup> Marx-Engels, *Studienausgabe in*, Fischer-Bücherei, Frankfurt am Main 1966, p 238.

socialista en favor de las ideas actuales del liberalismo y el radicalismo burgueses». Se oyeron rumores en el movimiento socialdemócrata alemán, pero Bernstein seguía siendo sostenido por Wilhelm Liebknecht, Schoenlank y Kautsky. Pero entonces Bernstein pronunció la frase fatal: “El objetivo final, sea cual sea, no significa nada para mí; el movimiento lo es todo” (*Das Endziel, was immer es sei, ist mir nichts, die Bewegung alles*). Parvus dio la voz de alarma en el *Sächsische Arbeiterzeitung*. Así surgió la gran controversia con Bernstein, que mantuvo a la socialdemocracia alemana en suspenso durante años. Fue exactamente en ese período cuando Rosa Luxemburg comenzó su actividad en el partido alemán.

La controversia con Bernstein marcó el comienzo de la crisis más difícil y prolongada de la historia de la socialdemocracia internacional de preguerra. Convocó al campo de batalla a todos los teóricos y políticos prácticos marxistas. Parvus, Kautsky, Mehring, Bebel, Clara Zetkin y Rosa Luxemburg en Alemania; Plejánov, que defendía el materialismo histórico sobre todo en el terreno de la filosofía, en Rusia; Antonio Labriola en Italia; Jules Guesde e incluso Jean Jaurès en Francia. El temperamento tormentoso de Jaurès, inflamado por las tradiciones de la gran Revolución Francesa, le llevó a rechazar los puntos de vista sobrios y pedantes de Bernstein, aunque en realidad estaban estrechamente relacionados con los suyos.

## Una visión del mundo

En estas batallas intelectuales, Rosa Luxemburg ocupó un lugar destacado. A pesar de ser la más joven, superó a todos sus compañeros en su espíritu militante, en su seguridad en el uso de las armas políticas y en la profundidad de sus ideas. Superó incluso al famoso Kautsky, considerado el administrador de la herencia marxista tras la muerte de Engels, y de un solo golpe se convirtió en una figura central del movimiento obrero internacional. Incluso sus adversarios la admiraban. Un tal Max Schippel [uno de los partidarios de Bernstein] había recibido tal paliza de sus manos en cuestiones económicas y militares que, en su total confusión, se enredaba cada vez más en su propio pensamiento turbio. No obstante, declaró que valoraba sus obras por su «vivo espíritu militante, sus honestas convicciones y su estimulante dialéctica» y que seguía «con admiración las conclusiones que culminaban en un nivel cada vez más alto y en una sucesión cada vez más rápida». Y, en efecto, su fuerza residía en reflexionar sobre todas las cuestiones hasta el fondo y en estar dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias. Un argumento que utilizó repetidamente contra sus oponentes

fue el siguiente: ¡los hechos tienen su lógica incluso cuando las personas no la tienen! Consideraba que su principal tarea era hacer consciente la lógica de los hechos, y no desarrollar una lógica formal del pensamiento.

Tenía un método característico para abordar todas las discusiones teóricas y políticas: nunca partía de posiciones fijas a favor de las que luego buscaba pruebas. Sólo en contadas ocasiones invocaba las opiniones de los expertos reconocidos, ya que iba en contra de su esencia intelectual desarrollar sus ideas citando dogmáticamente a los grandes maestros. Su mayor inspiración era investigar partiendo de la realidad social concreta, para poder aplicar la fuerza del movimiento de los trabajadores al proceso histórico con la mayor eficacia posible.

Al mismo tiempo, Rosa Luxemburg se oponía decididamente a todo empirismo, tanto en las convicciones políticas como en la acción política. Toda su política y toda la política del partido, al menos en la medida en que ella tenía alguna influencia, estaba determinada por el análisis científico. Su instrumento era el método de investigación marxista. Al igual que Marx, consideraba la historia como un proceso en el que las fuerzas de clase luchaban entre sí por sus propios intereses, cuya configuración era el resultado del desarrollo de relaciones económicas objetivas. Para ella, el marxismo no era un modelo teórico que resolviera todas las cuestiones de una vez por todas. Por el contrario, ha asumido la tarea, en cada etapa de desarrollo, de reexaminar el curso de la revolución económica con sus repercusiones en los intereses, concepciones, objetivos y acción política de los grupos sociales, con el fin de mantener el dominio intelectual sobre el proceso global y encontrar las decisiones políticas correctas en cada situación que surgiera. De acuerdo con su visión, también la postura moral y política de la clase obrera en cada situación individual, sería sustancialmente determinada por este proceso social general. Era firme en su convicción de que el marxismo científico había establecido la inevitabilidad y la necesidad histórica del socialismo, y que era posible hablar de socialismo científico precisamente porque Marx había demostrado que el colapso inevitable del capitalismo por efecto de una “ley natural” del orden social.

Algunos críticos de Rosa Luxemburg la han acusado de “objetivismo” por estas opiniones, es decir, de considerar la historia como un proceso en el que las fuerzas objetivas se imponen con una especie de poder fatalista, sin dejar espacio para que opere la voluntad de los individuos o de las clases sociales. Esto no sólo es falso, sino que precisamente en este aspecto Rosa Luxemburg fue decisivamente más allá de las concepciones habituales que tenían los epígonos de Marx y

Engels en su época. Para estos las “relaciones económicas” se habían convertido un poder casi místico, sobrenatural, que se imponía con ciega fatalidad por encima de los hombres y al margen de su voluntad. Olvidaron por completo que las relaciones económicas no son más que las relaciones en las que entran los seres humanos en el proceso de producción y que, por tanto, son el resultado de las actividades y las luchas humanas. Se daba una interpretación obtusa y mecánica a las palabras de Marx:

«Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con las que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas desde el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos».<sup>36</sup>

Rosa Luxemburgo nunca se cansó de invertir la frase:

«Los hombres no hacen la historia según su voluntad, pero sin embargo la hacen ellos mismos. La acción del proletariado depende del grado de madurez del desarrollo social, pero el desarrollo social no es independiente del proletariado. Es, en igual medida, su fuerza motriz y su causa, así como su producto y su consecuencia. Sus propias acciones forman parte de la historia y contribuyen a determinarla. La acción misma del proletariado es un factor determinante de la historia. Y aunque no podemos saltar sobre las etapas del desarrollo histórico más de lo que un hombre puede saltar sobre su sombra, sin embargo podemos acelerar o retardar ese desarrollo.

[...] Por eso Friedrich Engels llama a la victoria definitiva del proletariado socialista el salto de la humanidad del reino animal al reino de la libertad. Ese “salto” está ligado también a las leyes de bronce de la historia, a los mil eslabones del desarrollo anterior, doloroso y demasiado lento. Pero nunca podría realizarse si la chispa de la voluntad consciente de la gran masa del pueblo no surgiera del conjunto de condiciones materiales previas acumuladas por el desarrollo).<sup>37</sup>»

<sup>36</sup> Karl Marx, *Der Achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte* (El 18 Brumario de Luis Bonaparte), *Die Revolution*, cap. 1. N.Y. 1852. C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas en tres tomos*, Ed. Progreso, Moscú, t. 1. pp. 404-498

<sup>37</sup> *Juniusbroschüre*, en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften II*, p. 30.

Marx había formulado sus palabras contra los mecanicistas sistematizadores y los voluntaristas de la política. Rosa Luxemburg invirtió la afirmación y subrayó el hecho de que, en efecto, los hombres hacen su propia historia. Para resistir la postura indolente de no intervención en el desarrollo social, Rosa Luxemburg confrontó a la clase obrera, a su partido y a sus dirigentes con la responsabilidad que todos ellos tenían ante su propio destino. De los políticos ella exigía el empeño del científico naturalista que investiga las leyes de la naturaleza para someterse a ellas y aprender así a dominar las fuerzas de la naturaleza. Como protagonistas de la historia, deberían tener el lema: ¡en el principio fue la acción! Pero la acción debe estar determinada por el conocimiento del proceso histórico. Ella delimitó su propia visión, su principio vital y su esencia escribiendo sobre Marx en una ocasión:

«Del mismo modo que en el propio Marx, el perspicaz analista histórico estaba inseparablemente unido al audaz revolucionario, el hombre de pensamiento y el hombre de acción, apoyándose y complementándose mutuamente, así —por primera vez en la historia del movimiento obrero moderno— el marxismo, como teoría del socialismo, unió el conocimiento teórico con la energía revolucionaria del proletariado, el uno iluminado y fecundado por el otro. Ambos aspectos pertenecen por igual al núcleo interno del marxismo; separados el uno del otro, cada uno transforma al marxismo en una triste caricatura de sí mismo.» (*Die Internationale* 1915)

Ella se mantuvo igualmente libre de aquel tosco marxismo vulgar, que se arroga la tarea de explicar la rica y variada vida social de un pueblo a partir de una tabla de estadísticas económicas y de sacar conclusiones precipitadas sobre el desarrollo futuro. Ella sabía «que sobre la velocidad del desarrollo burgués inciden, además de los factores puramente económicos, factores políticos e históricos que inciden de manera tan determinante que podrían echar por tierra cualquier teoría elaborada sobre el plazo de vida del orden capitalista»<sup>38</sup>

Con fuerza visionaria fue capaz de captar todo el gran proceso histórico, en el que la técnica, la organización de la producción y la distribución, las tradiciones históricas, las conquistas científicas, las concepciones y preceptos jurídicos, las medidas estatales, etc. inciden para obstaculizar o impulsar la ciclópea lucha de clases, pero en el que, a largo plazo, los factores económicos se imponen y determinan la organización de la sociedad. Por ello, nunca aceptó acríticamente los fenómenos superficiales de la vida social cotidiana, e investigó las fuerzas motrices bajo la superficie, llegando a menudo a conclusiones que, frente a sus

<sup>38</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke III*, p. 269.

contemporáneos, parecían anomalías puramente especulativas, pero que, no obstante, fueron brillantemente comprobadas por el curso real de la historia.

## Reforma y revolución

Este método de ver la historia brilla con especial intensidad en su texto *Reforma social o revolución*. El ensayo apareció en dos series de artículos en el *Leipziger Volkszeitung*, la primera en septiembre de 1898 en respuesta a los artículos de Bernstein en *Neue Zeit*, la segunda en abril de 1899 contra el libro *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*.<sup>39</sup>

La controversia con Bernstein giraba en torno al carácter fundamental del movimiento socialista obrero. Esta disputa había existido desde el principio mismo del movimiento y fue la razón de la división en dos grandes agrupamientos. El libro de Bernstein desembocaba aconsejando a la socialdemocracia que tuviese el coraje «de emanciparse de una fraseología de hecho obsoleta y [...] mostrar lo que ella es en realidad: un partido socialista democrático de reforma». Esto planteaba la pregunta: “¿reforma o revolución?” O más correctamente, la cuestión de la relación entre reforma y revolución. Ese es el tema no sólo del pequeño panfleto con el que Rosa Luxemburg debutó en la socialdemocracia alemana, sino también de todos sus trabajos más importantes durante media década de lucha intelectual. Los reformistas exaltaban la búsqueda constante de nuevas reformas por la vía legal como un método lento, mas seguro, de la *Realpolitik*, mediante el cual la sociedad ase desembolvería gradualmente hacia el socialismo, al mismo tiempo que la revolución les parecía un medio que quizás fuese para enfrentar al absolutismo, pero que bajo el régimen democrático sólo podía ser predicado por entusiastas peligrosos. Frente a este punto de vista contrapuesto al suyo, Rosa Luxemburg sostuvo: ¡tanto la reforma como la revolución! Y abordó este problema fundamental de un modo que puso de manifiesto con especial intensidad su enfoque dialéctico y polémico:

«La reforma legislativa y la revolución no son métodos diferentes de desarrollo histórico que puedan elegirse a voluntad del buffet de la historia, así como uno opta por salchichas frías o calientes. La reforma legislativa y la revolución son diferentes *momentos* [factores] del desarrollo de la sociedad de clases. Se condicionan y complementan mutuamente y a la vez se excluyen recíprocamente, como los polos Norte y Sur, como la burguesía y el proletariado.

<sup>39</sup> “Los requisitos previos del socialismo y las tareas de la socialdemocracia”, publicado en Stuttgart en 1899; en inglés con el título *Evolutionary Socialism*, Nueva York 1909.

Cada constitución legal es *producto* de una revolución. En la historia de las clases, la revolución es un acto de creación política, mientras que la legislación es la expresión política de la vida de una sociedad que ya existe. La reforma no posee una fuerza propia, independiente de la revolución. En cada periodo histórico la obra reformista se realiza únicamente en la dirección que le imprime el ímpetu de la última revolución, y prosigue mientras ese impulso se haga sentir. Más concretamente, la obra reformista de cada periodo histórico se realiza únicamente en *el marco* de la forma social creada por la revolución. He aquí el meollo del problema.

Es básicamente erróneo y va en contra del proceso histórico concreto, presentar la obra reformista como una revolución a largo plazo y la revolución como una serie condensada de reformas. La revolución social y la reforma legislativa no difieren por su *duración* sino por su *esencia*. Todo el secreto de las transformaciones históricas mediante el uso del poder político reside precisamente en la transformación de los cambios meramente cuantitativos en una nueva cualidad, más concretamente, en el pasaje de un periodo histórico de un orden social a otro.

Es por ello que quienes se pronuncian a favor del método de la reforma legislativa en lugar de la conquista del poder político y la revolución social en oposición a éstas, en realidad no optan por una vía más tranquila, calma y lenta hacia el mismo objetivo, sino por un objetivo diferente. En lugar de tomar partido por la instauración de una nueva sociedad, lo hacen por la modificación superficial de la vieja sociedad.

Por lo tanto, quien se manifiesta por el camino de la reforma jurídica, *en lugar y en oposición* con la conquista del poder político y la transformación de la sociedad, en realidad no elige un camino más calmo, seguro y lento hacia el *mismo* objetivo, sino un objetivo totalmente *diferente* [...]

En otras palabras, la democracia es indispensable, no porque haga *superflua* la conquista del poder político por el proletariado, sino, por el contrario, porque hace que la conquista del poder sea *necesaria* y en tanto es la única vía posible. Cuando Engels, en su prefacio a las *Luchas de clase en Francia*, revisó la táctica del movimiento obrero y presentó la lucha legal como opuesta a las barricadas, no estaba —*como dejan claro todas las líneas del prefacio*—, no con la cuestión de la conquista definitiva del poder político, sino con la cuestión de la actual lucha cotidiana; no con la actitud del proletariado hacia el Estado capitalista en el momento de su toma del poder



estatal, sino con su actitud en el marco del Estado capitalista. En otras palabras, Engels orientaba al proletariado *oprimido* y no al proletariado victorioso. [...]

La propia necesidad de la toma del poder político por el proletariado nunca estuvo en duda ni para Marx ni para Engels. A Bernstein le correspondió considerar el gallinero del parlamentarismo burgués como el órgano destinado a llevar a cabo la mayor metamorfosis de la historia mundial: el pasaje de la sociedad *capitalista en socialista*.<sup>40</sup>

Así, Rosa Luxemburg no se oponía a las reformas. Para ella, la lucha por las reformas –por la mejora del nivel de vida, por la protección del trabajo y por la ampliación de los derechos democráticos en el ámbito del Estado burgués– como medio de preparar a la clase obrera para la revolución, de educarla, de organizarla y de hacerla comprender, por la experiencia práctica, que el Estado capitalista debe ser derrocado para que el proletariado pueda liberarse de las cadenas de la esclavitud asalariada:

«Sólo en la alta mar de la vida política, solamente en la amplia lucha contra el Estado contemporáneo, en la adecuación a la multiciplidad de la realidad viva, el proletariado podrá entrenarse y orientarse en un criterio social-demócrata. Es en ese sentido que es energicamente compelido por la vida con una fuerza irrefutable.<sup>41</sup>»

Sin embargo, en su opinión, el socialismo no surgiría automáticamente y en cualquier circunstancia de la lucha diaria por las reformas. Estaba de acuerdo con la evaluación de Lenin de la “espontaneidad” –es decir, la lucha directa de los trabajadores contra los efectos del capitalismo, una lucha no guiada por ninguna teoría socialista– tal como la exponía durante ese mismo periodo en su lucha contra el “economicismo”, [la subordinación de la actividad política a la lucha sindical] en Rusia. En las políticas de las *trade unions* inglesas, por ejemplo, ella no sólo veía la carencia de todo esfuerzo consciente y coherente hacia el socialismo, sino que las consideraba un camino que se desviaba de ese objetivo y llevaba al extravío. Y éste era su juicio sobre el reformismo en general, es decir, sobre cualquier intento que pretendiese sustituir la revolución por una serie interminable de reformas. Ella afirmaba que la lucha sindical por la mejora de las condiciones de la clase obrera y por las reformas sociales, así como la lucha parlamentaria por las reformas democráticas, sólo adquirirían un carácter

<sup>40</sup> *¿Sozialreform oder Revolution? (Reforma o revolución)*, en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften* I, pp. 113-119.

<sup>41</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke* III, p. 281.

revolucionario si su objetivo final es el socialismo.

Ya en 1893, en su informe al III Congreso de la Internacional Socialista en Zürich, ella había fundamentado teóricamente la relación entre la lucha cotidiana y el objetivo del socialismo, defendiendo la necesidad de la actividad reivindicativa diaria en pos de la conquista de objetivos, aún incluso los más modestos, contra los elementos blanquistas del movimiento socialista polaco. Ahora ella daba más nitidez y contundencia a sus antiguas opiniones: estableció el principio estratégico de que la lucha diaria del proletariado debe estar orgánicamente ligada con su objetivo final.

«Cada solución de una tarea cotidiana debe ser tal que conduzca al objetivo final, no que se aleje de él. Y por *objetivo final* no entiendo, como ha dicho [Wolfgang] Heine, tal o cual concepción de algún estado futuro, sino *lo que debe preceder al establecimiento de cualquier sociedad futura, a saber, la conquista del poder político....*»<sup>42</sup>

Rosa Luxemburg hizo de este principio fundamental la base de la actividad política proletaria en su conjunto, así como de sus propias decisiones tácticas. A menudo lo utilizó como piedra de toque para demostrar la inutilidad de ciertas propuestas y medidas prácticas. Exactamente en aquel año de 1898, el diputado Wolfgang Heine había intentado demostrar el valor práctico de la política de Bernstein, indicando lo que la clase obrera podría ganar si estuviera dispuesta a votar a favor de conceder cañones al gobierno a cambio de libertades civiles. Si tal política fuera aplicada por un partido burgués, no habría la menor objeción. Pero, en vista a la toma del poder, esa “política de compensaciones” (*Kompensationspolitik*) estaba condenada al fracazo. Porque todo lo que se podía obtener de ella tácticamente, como un éxito momentáneo, se convertiría necesariamente en un ‘caballo de troya’. En su favor se sacrificaba o dificultaba la victoria final. El enemigo dispondría de cañones con los que bombardear todas las conquistas democráticas. Pero aunque se dijera que el Estado no dependía de la socialdemocracia para armarse, la presencia de esta disposición en la clase obrera, y en su partido, nublaría necesariamente la conciencia del antagonismo fundamental a este Estado, al militarismo y a la política capitalista de conquista, vaciaría intelectualmente a la clase y al partido y los incapacitaría para las luchas decisivas. Este principio estratégico de Rosa Luxemburg ha sido confirmado una y otra vez por la experiencia, incluyendo, por supuesto, los numerosos reveses que se produjeron cuando fue ignorado.

<sup>42</sup> Rosa Luxemburg, ‘Rede auf dem Stuttgarter Parteitag 1898’ (Discurso en el Congreso del Partido de Stuttgart 1898), *Gesammelte Werke III*, p. 127.

A finales de la década de 1890, la cuestión de la reforma o la revolución debió de aparecer como un problema puramente teórico, ya que las perspectivas de una revolución en Europa Occidental en un futuro previsible eran muy escasas. Sin embargo, el análisis de Rosa Luxemburg sobre la relación entre reforma y revolución condujo a una conclusión práctica que ha demostrado tener una importancia decisiva para el contenido y el carácter de la lucha proletaria cotidiana. La liberó de los tanteos empíricos y de la experimentación, y le dió una dirección y un objetivo.

## Capitalismo domesticado

Bernstein había atacado al marxismo en su conjunto. En particular, había afirmado que la idea del colapso inevitable del sistema económico capitalista había sido refutada por la experiencia. El capitalismo —decía— había demostrado ser muy adaptable y las crisis económicas habían sido reducidas a leves fluctuaciones en la tendencia general de prosperidad. La anarquía del modo de producción capitalista estaba siendo superada cada vez más por el sistema crediticio y por los *cartels* y *trusts*. La formación de sociedades accionarias, de responsabilidad limitada, estaba llevando a una democratización de la propiedad del capital, ejemplificada particularmente en el sistema de pequeñas acciones que prevalecía en la economía inglesa. Por último —según Konrad Schmidt, un conocido teórico socialista en cuestiones económicas, que se sumó a las opiniones de Bernstein—, debido a la acción de los sindicatos y a las reformas sociales, los propietarios del capital se verían cada vez más relegados al papel de meros administradores: al final, los capitalistas se verían desgastados y la gestión de las fábricas les sería arrebatada.

Tales opiniones apuntaban directamente al núcleo de las ideas de Rosa Luxemburg. Si las contradicciones del capitalismo no se intensificaban y si, de hecho, el capitalismo se estaba “adaptando progresivamente a sus propias condiciones de existencia”, entonces el socialismo dejaba de ser objetivamente necesario, pues ya no tendría una base científica, sino sólo ética, y la clase obrera ya no tendría ni siquiera ese interés vital que la impulsa a derrocar el orden social capitalista. En resumen, el socialismo volvería a ser lo que era antes de la época de Marx: utópico.

Al examinar la cuestión, Rosa Luxemburg constató que Bernstein consideraba los fenómenos económicos desde el punto de vista de la economía política vulgar (*Vulgarökonomie*), es decir, desde el punto de vista del capitalista individual

aislado en su empresa. A él, el crédito si puede realmente ayudarle a superar situaciones críticas en determinadas circunstancias. Pero los efectos del sistema crediticio sobre el capitalismo en su conjunto son muy diferentes. Las crisis económicas tienen su origen en la contradicción entre la tendencia permanente de los capitalistas al incremento de la producción y la limitada capacidad del mercado para consumir bienes. El crédito, sin embargo, producía el efecto de aumentar enormemente la capacidad de producción y, por tanto, de proporcionar la fuerza motriz que impulsaba incesantemente la producción más allá de las limitaciones del mercado capitalista. Pero, a la primera señal de estancamiento económico, el crédito se contre y se muestra ineficaz e inútil cuando más se necesita; reclama cobertura recurriendo al dinero que se había puesto en circulación intensificando así la crisis. Lejos de servir como medio para mejorar la adaptabilidad del capitalismo, agrava las contradicciones internas del capitalismo favoreciendo la concentración del capital en forma de sociedades anónimas por acciones y de crédito comercial, debilitando la capacidad competitiva de las pequeñas empresas contribuyendo así a su destrucción, al separar la producción de la propiedad, acentuando cada vez más la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la propiedad capitalista.

«Por lo tanto, la primera manera de aumentar la adaptabilidad del capitalismo... debería ser, por tanto, *abolir* el crédito, anularlo. Tal como existe hoy en día, el crédito no es un medio de adaptación, sino un medio de destrucción, y su efecto es altamente revolucionario.»<sup>43</sup>

¿Y qué hay de los *cárteles* y *trusts*? Rosa Luxemburg reconocía que se había investigado muy poco sobre estos fenómenos, y que hasta finales del siglo XIX no habían alcanzado su poderosa posición en la gran industria. Sin embargo, ya estaba claro que sólo podrían reducir sustancialmente la anarquía capitalista si se convertían prácticamente en la forma productiva capitalista generalizada. Mientras tanto, su función consistía en elevar la tasa de ganancia de una rama de la industria a expensas de otras, mediante la eliminación de la competencia. Pero incluso en esto sólo tuvieron éxito en el mercado nacional; en el mercado mundial intensificaron la competencia y la anarquía. Además, los *cárteles* y los *trusts* sólo logran aumentar la tasa de sus beneficios mediante un recurso extremo, a saber, inutilizando una parte del capital acumulado, un fenómeno usualmente restringido a tiempos de crisis económica. Como señaló Rosa Luxemburg, «un remedio así se parece a la enfermedad como un huevo se parece a otro». La discusión promovida Su argumento desembocó en una idea que trató más tarde en su libro *La Acumulación del Capital*:

<sup>43</sup> ¿Reforma social o revolución? en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften I*. p. 59

«Si el mercado capitalista comienza a encogerse debido al máximo desarrollo y agotamiento del mercado mundial por parte de los países capitalistas competidores –y obviamente no se puede negar que tal situación se producirá tarde o temprano– entonces la ociosidad parcial forzada del capital alcanzará tales dimensiones que la medicina se convertirá de repente en la propia enfermedad, y el capital, ya fuertemente socializado (*vergesellschaftet*) a través de la regulación, volverá a convertirse en capital privado [...] (Los *cárteles* y *trusts*) agudizan la contradicción entre el carácter internacional de la economía mundial capitalista y el carácter nacional del Estado capitalista, teniendo como efecto colateral una guerra arancelaria generalizada, llevando al extremo los antagonismos entre los Estados capitalistas individuales.<sup>44</sup>»

A continuación, Rosa Luxemburg examinó la historia de las crisis económicas, constatando que todas las crisis hasta 1873 eran consecuencia de la enorme expansión de la producción en el mercado mundial, y llegó a la conclusión de que todavía no configuraban el tipo de crisis económica que Marx visualizó en su teoría:

«En conjunto, este esquema se aplica más bien a una economía capitalista plenamente desarrollada, en la que el mercado mundial se presupone como algo ya dado. Sólo así las crisis son susceptibles de repetirse, como resultado del movimiento interno del proceso de producción e intercambio, y se vuelven mecánicas, como es asumido por el análisis marxista, es decir, sin la necesidad de un motivo externo tal como una convulsión repentina en las relaciones productivas y de mercado. Cuando atendemos a la situación económica actual, nos vemos obligados a admitir que aún no hemos entrado en esa fase de plena madurez capitalista presupuesta en el esquema marxista de la periodicidad de las crisis. El mercado mundial está aún en fase de desarrollo [...] Por esa razón, si por un lado, dejamos atrás las abruptas y repentinas aperturas de nuevas regiones al sistema económico capitalista, como ocurrió periódicamente hasta los años 90, trayendo consigo las crisis que conocemos hasta ahora –las crisis de la juventud, por así decirlo–, por otro lado, todavía no hemos llegado a esa fase de desarrollo y agotamiento del mercado mundial que produciría esos terribles choques periódicos de las fuerzas productivas contra los límites del mercado capitalista, es decir las reales crisis de vejez del capitalismo [...]

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 60 y ss.

Sin embargo, de esas mismas condiciones que provocan la actual ausencia temporal de crisis (1873-1890) se deduce precisamente que nos acercamos inevitablemente al principio del fin, al comienzo del período de las crisis finales del capitalismo. Un día, cuando el mercado mundial esté más o menos plenamente desarrollado y ya no pueda ampliarse repentinamente, y si la productividad del trabajo sigue avanzando, tarde o temprano comenzarán los choques periódicos entre las fuerzas productivas y las barreras del mercado, y, debido a su recurrencia, éstos serán naturalmente cada vez más violentos, duros y tormentosos. Ahora bien, si hay algo que puede acercarnos a esta fase, establecer rápidamente el mercado mundial y agotarlo con la misma rapidez, son precisamente aquellos fenómenos que Bernstein considera como “medios de adaptación” del capitalismo: el sistema de crédito y las grandes organizaciones empresariales (*cárteles* y *trusts*)<sup>45</sup>.

Estas palabras fueron escritas en 1898. Dos años más tarde estalló una crisis cuyos efectos fueron más devastadores precisamente en aquellas industrias –por ejemplo, en la industria eléctrica– en las que el sistema crediticio y los cárteles estaban más desarrollados. Bernstein fue refutado. Sólo en un aspecto la historia tomó un curso diferente: la reconversión del capital cartelizado (*kartelliert*) en capital privado en tiempos de crisis fue sólo un fenómeno temporal que, a largo plazo, en realidad forzó la creación de aún más trusts. Sin embargo, treinta años más tarde, su audaz predicción se cumplió en la primera de esas terribles “crisis de la vejez”, que condujeron al desmembramiento del mercado mundial, a la guerra arancelaria permanente, a la autarquía y a la marcha blindada de las grandes potencias que se apresuraron a redistribuirse los mercados y los recursos de materias primas. He allí la comprobación de la genialidad de Rosa Luxemburg, que asociaba un profundo conocimiento científico con una intuición visionaria.

Debemos señalar aquí que en la segunda edición de su folleto *Reforma o Revolución*, publicado en 1908, Rosa Luxemburg tachó los pasajes que se referían a las perspectivas de un mercado mundial plenamente desarrollado. Le bastaba con establecer que las crisis de 1900 y 1907 habían quebrado los pilares que parecían sostener la teoría de Bernstein. Y, por lo visto, su conciencia crítica no toleraba que una hipótesis concebida en el fragor del entusiasmo creativo pudiera sostener sin ser cuidadosamente verificada. Ella se propuso alcanzar esa verificación en 1912, en su *La Acumulación del Capital*.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 64 y ss.

## Los trabajos de Sísifo

Con la refutación de la teoría de la “adaptación” de Bernstein quedó prácticamente destruida toda esperanza de un debilitamiento constante de los antagonismos de clase. En esta obra, en la que se intenta señalar las líneas maestras del pensamiento de Rosa Luxemburg, podemos prescindir de los detalles de sus argumentación contra las fantasías teóricas de Bernstein. Fueron los propios acontecimientos los que lo refutaron por completo. Las esperanzas de Bernstein y sus seguidores de que, como resultado de la continua lucha de clases, la explotación capitalista sería progresivamente superada, parecían estar bien fundadas. En todos los países capitalistas, y particularmente en Alemania, la década de 1890 había marcado el comienzo de un poderoso auge del movimiento sindical. En grandes oleadas de huelgas, los obreros alemanes recuperaron el tiempo perdido en el período de las Leyes Antisocialistas de Bismarck, cuando el movimiento de oposición fue suprimido casi por completo por la represión; y en estas luchas los sindicatos alemanes se convirtieron en una verdadera potencia. Fue un teórico menospreciado por los “políticos realistas” de los sindicatos (*Realpolitiker*) –Parvus– quien había destacado el importante papel que debían desempeñar los sindicatos en la lucha de clases socialista, criticando la subestimación de su valor por parte de algunos dirigentes del partido. En esta cuestión, Rosa Luxemburg estaba sin duda completamente de acuerdo con Parvus, su estrecho colaborador político en aquella época. Pero ahora el problema era luchar contra ciertas ilusiones relacionadas con el auge de los sindicatos. En su libro, Bernstein había declarado que, en la lucha entre salarios y tasa de ganancia, los sindicatos lograrían reducir gradualmente la tasa de beneficios de forma que al final, no quedaría plusvalía y cesaría la explotación capitalista. Ahora se hacía necesario delimitar los límites de la lucha sindical.

Rosa Luxemburg constato que, esencialmente los sindicatos no constituyen armas de ataque contra la explotación capitalista, sino para la defensa organizada de la clase trabajadora. Estos órganos permiten luchar contra la tendencia a la depauperización (*Verelendungstendenz*) que se hace sentir de manera constante en el orden económico capitalista, aunque no siempre consiga imponerse. Estos al fin, no son más que otro medio de realización de la ley capitalista de los salarios –es decir, la compra y venta de la fuerza de trabajo al precio de mercado– en lugar de instrumentos para derogarla. Los trabajadores no deben dejarse engañar por éxitos momentáneos:

«Si consideramos periodos más largos del desarrollo social, es imposible cerrar los ojos ante el hecho de que, en general, nos acercamos a tiempos de crecientes dificultades para el movimiento sindical, más que a tiempos de victoriosa exhibición de poder. Una vez que el desarrollo industrial haya alcanzado su cenit y se inicie la “fase descendente” (*absteigende Ast*) del capitalismo, la lucha sindical será doblemente difícil. En primer lugar, las condiciones objetivas del mercado para la venta de fuerza de trabajo se deteriorarán, ya que la demanda de fuerza de trabajo aumentará más lentamente y la oferta más rápidamente que en la actualidad. En segundo lugar, para recuperar sus pérdidas en el mercado mundial, el capital recurrirá cada vez más a la reducción de la cuota de ganancia del producto antes detenida a los trabajadores. Después de todo, la reducción de los salarios es uno de los principales medios para compensar la caída de los márgenes de ganancia»<sup>46</sup>

De hecho, las dificultades predichas por Rosa Luxemburgo surgieron mucho antes de que se iniciara la fase descendente del desarrollo económico. Incluso antes de la Primera Guerra Mundial, la formación de *trusts* y de asociaciones patronales militantes hizo retroceder a los sindicatos de las industrias más importantes (industria pesada, astilleros, etc.) a un estado de impotencia casi total. Sólo la voracidad del capital por la fuerza de trabajo cualificada en aquel tormentoso período de auge económico y carrera armamentística impidió un rápido descenso de los salarios.

Sin embargo, Rosa Luxemburg no se contentó con señalar la tendencia general del desarrollo; sus conocimientos teóricos la impulsaron a definir con mayor nitidez los límites de la lucha sindical:

«Gracias a los procesos objetivos que actúan en la sociedad capitalista, (la lucha sindical) se transforma en una especie de trabajo de Sísifo. Sin embargo, este esfuerzo es indispensable para que el trabajador obtenga el salario que le corresponde en la situación dada del mercado de trabajo, para que funcione la ley capitalista de salarios y para que se paralice o, para ser más exactos, se debilite la eficacia de la tendencia depresiva del desarrollo económico. Pero la transformación propuesta de los sindicatos en un instrumento para la reducción gradual de los beneficios en favor de los salarios presupone, sobre todo, las siguientes condiciones sociales: en primer lugar, un freno a la proletarianización de las capas medias de la sociedad y al crecimiento de la clase trabajadora, y en segundo lugar, un

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 71 y ss



freno al crecimiento de la productividad del trabajo, es decir, en ambos casos... *una vuelta a condiciones precapitalistas.*»<sup>47</sup>

¡Trabajo de Sísifo! La expresión provocó estallidos de indignación entre los dirigentes sindicales. No examinaron su significado, ni prestaron atención a la línea argumental de Luxemburg (que, por supuesto, habría exigido algún conocimiento de la teoría marxista). La interpretaron en el sentido de que todo el trabajo sindical era absolutamente inútil. No se dieron cuenta de lo mucho que valoraba a los sindicatos cuando les asignó la tarea de proteger el nivel de vida de la clase obrera contra la tendencia inherente al modo de producción capitalista a la depauperación, y contra un deslizamiento total hacia el abismo. Para ellos, Rosa Luxemburg se convirtió en la más odiada y vilipendiada “enemiga de los sindicatos”.

Cuando Karl Kautsky adoptó en 1908, la expresión ‘*trabajo de Sísifo*’ en su libro *El Camino Hacia el Poder (Der Weg zur Macht)*, en la acepción de Luxemburg, la Comisión General de los Sindicatos respondió con la publicación de la obra *Trabajo de Sísifo o Resultados positivos*, denunciando con amargo odio a Kautsky y otros “anarcosocialistas del mismo molde que Rosa Luxemburg”, mostrando que seguían sin haber comprendido las palabras de Marx y el sentido de aquella expresión. El estrecho límite de entendimiento del especialista se resistía a reconocer los límites de su especialidad. Kautsky, por cierto, no tardó mucho en descargar también sobre Rosa Luxemburg el apelativo de “anarcosocialista” cuando empezó a liquidar sus opiniones revolucionarias.

<sup>47</sup> *Ibid*, p. 104.

## 4. La conquista del poder político

### Los límites del parlamentarismo

Rosa Luxemburg analizó la institución de la democracia, como lo hizo con todos los fenómenos sociales: como producto de procesos históricos. Llegó a la conclusión de que considerar la democracia como lo había hecho Bernstein, es decir, como la “gran ley fundamental de todo desarrollo histórico”, era absoluta y completamente erróneo, y no era más que una generalización pequeñoburguesa, superficial y mecánica de las características de una corta etapa de ese desarrollo, es decir, desde aproximadamente 1870. También descubrió que no existía ninguna relación intrínseca entre el desarrollo capitalista y la democracia, y que la forma política de gobierno era siempre el resultado de la suma de factores internos y externos, y que, con esta salvedad, podía ir desde una monarquía absoluta hasta una república democrática.<sup>48</sup>

¿Y el parlamentarismo? Mientras los reformistas esperaban a que se impusiera, Rosa Luxemburg veía claros signos de su decadencia. A esta decadencia contribuyeron tanto la colisión entre las fuerzas de clase proletarias y las burguesas, como la política mundial burguesa, que «está sumergiendo toda la vida económica y social de los países capitalistas en un torbellino de incalculables e incontrolables disturbios, conflictos y transformaciones internacionales, en medio de los cuales los parlamentos burgueses son zarandeados impotentes como restos flotantes en un mar embravecido»:

«El parlamentarismo está muy lejos de ser el programa absoluto del desarrollo democrático, o de algo tan noble como el progreso humano; es más bien la *forma histórica característica de la dominación de clase de la burguesía* y –esto es sólo la otra cara de este *dominio de clase– de su lucha con el feudalismo*. El parlamentarismo burgués sólo seguirá vivo mientras continúe el conflicto entre la burguesía y el feudalismo. Una vez apagado el fuego animador de esta lucha, el parlamentarismo perderá su *razón de ser histórica* desde el punto de vista de la burguesía. Sin embargo, durante un cuarto de siglo, la tendencia general del desarrollo político en los países capitalistas ha sido hacia un *compromiso entre la burguesía y el feudalismo*. La difuminación de las diferencias entre los *whigs* y los *tories* en Inglaterra, y entre los republicanos y los aristócratas clericales-monárquicos en Francia es el producto y la expresión de este

<sup>48</sup> Rosa Luxemburg, *Politische Schriften*, I (*Escritos políticos*, t. I), p. 107.

compromiso. En Alemania el mismo compromiso ya estaba presente en el nacimiento de la emancipación de la burguesía como clase.»<sup>49</sup>

Las luchas partidarias de la burguesía habían dado paso a las disputas entre camarillas y, en consecuencia, los rasgos particulares del parlamentarismo, las grandes personalidades y los grandes oradores desaparecían de la escena. Al fin y al cabo, “la batalla oratoria como táctica parlamentaria sólo suele ser útil para un partido militante que busca el apoyo del pueblo”. La decadencia del parlamentarismo burgués ya era bastante evidente en aquella época para cualquiera que se tomara la molestia de examinar el desarrollo de los procesos históricos en su conjunto. Aun cuando, después de la Primera Guerra Mundial se produjo una especie de renacimiento del parlamentarismo, sólo habría de tratarse de un último destello que el fascismo extinguiría en la mayoría de los países del continente europeo.

¿Era éste un motivo suficiente para que la socialdemocracia negase simplemente el parlamentarismo? Rosa Luxemburg consideraba las elecciones parlamentarias como una oportunidad para el desarrollo de la propaganda socialista y para evaluar su influencia en las masas populares. Al parlamento en sí lo consideraba como la tribuna ampliamente audible e internacionalmente visible desde la cual se podía despertar al pueblo. Pero no insistió únicamente en la agitación: la tarea de un parlamentario socialista consistía también en participar en el trabajo legislativo positivo, siempre que fuera posible con éxito práctico, una tarea que se haría cada vez más difícil con el fortalecimiento de la representación del partido en el parlamento. La socialdemocracia sólo podría cumplir correctamente esta tarea si conservaba la conciencia de su papel como partido de oposición y, al mismo tiempo, encontraba el justo medio entre la negación sectaria y el parlamentarismo burgués, recordando siempre que su verdadera fuerza estaba fuera del parlamento, en las masas proletarias. Pero, sobre todo, era necesario renunciar sin reservas a la ilusión de que un partido de la clase obrera podría dominar a un Estado capitalista por mayoría de votos en el parlamento, es decir, únicamente por medios parlamentarios.

<sup>49</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, III (*Obras Completas*), p. 390 y ss.

## Un experimento de gobierno

No cabía realizar en Alemania una prueba práctica y definitiva de las teorías reformistas mientras subsistiera la situación semiabsolutista. Sin embargo, se pusieron a prueba en Francia, en un momento en que la disputa teórica en la socialdemocracia alemana había alcanzado su punto álgido, situación en que las opiniones de Rosa Luxemburg sobre el parlamentarismo debieron someterse a juicio.

En junio de 1899, el socialista Alexandre Millerand entró en el gabinete Radical de Waldeck-Rousseau junto con aquel carnicero de la Comuna, el General Gallifet. Su acción fue celebrada como un punto de inflexión en la historia mundial. Jaurès alabó el valor de los socialistas franceses al arrojar a uno de los suyos “a la fortaleza del gobierno burgués”, y los reformistas de toda la Internacional manifestaron su acuerdo cuando Jaurès justificó la medida en términos teóricos: el desarrollo de la sociedad capitalista hacia el socialismo había alcanzado una fase de transición en la que el proletariado y la burguesía ejercían conjuntamente el gobierno político, y la participación de los socialistas en el gobierno era la expresión externa de este gobierno.

Rosa Luxemburg siguió este experimento con la mayor atención y lo criticó en investigaciones minuciosas que revelaron un asombroso conocimiento tanto de la historia política francesa como de la situación por la que atravesaba el país en aquellos momentos. Juzgó el significado general de la gran crisis política que azotaba a Francia con más serenidad y precisión que cualquiera de los dirigentes del partido directamente implicados. Incluso en los contados casos en los que su caracterización de las condiciones existentes resultó ser desmedida, sólo se estaba anticipando a la evolución futura. Tanto en su análisis como en sus conclusiones tácticas, demostró una vez más su conocimiento de la anatomía de la sociedad burguesa, de sus leyes de desarrollo y de los requisitos de la lucha proletaria.

Desde mediados de la década de 1880, Francia se había visto sacudida por crisis continuas, empezando por la de Boulanger, en la que un general se había hecho con poderes dictatoriales, pasando por el gran escándalo de corrupción relacionado con la construcción del Canal de Panamá, hasta el *affaire* Dreyfus. Las condiciones generales se asemejaban a las de los tiempos de intrigas fascistas: un nacionalismo descarado; ataques antisemitas; provocaciones de la prensa; peleas callejeras; la ocupación cómica de un barrio residencial, “Fort Chabrol”, por una facción anti-Dreyfus; culminando en un ataque al Presidente de la República por

parte de la *jeunesse dorée*<sup>50</sup> (jóvenes ricos ociosos). Parecía haber sonado la hora final de la República.

Rosa Luxemburg reconoció, sin embargo, la confusión, y en su opinión el alboroto que estaba dividiendo a Francia en dos bandos no tenía nada que ver con la existencia de la República en sí, sino con una lucha entre las fuerzas clericales-militaristas de la reacción y los radicales burgueses por el control de la República. Pero no aconsejó en absoluto a los socialistas que se mantuvieran al margen de la lucha. Condenó la pasividad sectaria del partido de Jules Guesde, que proponía la consigna “*¡Ni l’un, ni l’autre!*”. (¡Ni los unos, ni los otros!) y que explicaba que, al igual que la gente no debería tener que elegir entre el cólera y la peste, tampoco debería tener que elegir entre las formas corruptas burguesas de derecha o de izquierda. Celebró que Jaurès se lanzara impetuosamente a la lucha, pero lamentaba que no supiese mantener la línea de demarcación entre el campo burgués y el proletario. Del movimiento socialista, en cada crisis política, exigía activismo y firme adhesión a los principios, y trabajo duro para avanzar políticamente y salvaguardar el camino que conduce al objetivo final.

Su actitud ante el experimento de Millerand es característica de su enfoque. Inmediatamente después de su entrada en el gobierno, escribió un artículo en el *Leipziger Volkszeitung* [“*Eine taktische Frage*” (*Una cuestión táctica*), 6 de julio de 1899] en el que trataba toda la cuestión del gobierno y el poder bajo el prisma de los principios generales del marxismo. En cada uno de los momentos críticos sucesivos examinó los hechos de aquel experimento con el mayor detalle, sacando conclusiones tácticas cuya importancia iban mucho más allá del caso Millerand. Desde entonces, la experiencia de la política de coalición de la socialdemocracia alemana [1919-33], de la política gubernamental de MacDonald en Gran Bretaña [1924, 1929-31, 1931-35] y, finalmente, del Frente Popular francés [1936] han corroborado estas conclusiones hasta tal grado que la crítica de Rosa Luxemburg parece profética en todos los puntos. En su análisis no falta ningún rasgo esencial de estos acontecimientos posteriores.

Con todo, el movimiento reformista aplaudió la puesta en práctica de las ideas de Bernstein, Jaurès había justificado la participación de los socialistas en el gobierno afirmando que su partido tenía que ocupar todos los puestos en cada oportunidad que se le presentara. Rosa Luxemburg estaba de acuerdo, con la

<sup>50</sup> La “*Juventud Dorada*”. El término se refiere a la juventud reaccionaria posrevolucionaria, predominantemente de los estratos más bajos de la burguesía francesa, especialmente la parisina, también llamada *muscadins* (los que huelen a almizcle), de la nobleza perseguida y también de la capa de nuevos ricos proveedores del ejército, que tras el final del *Terror* y la ejecución de Robespierre (1794) se convirtieron en opositores de los jacobinos. [N. Ed.]

condición de que fuesen puestos desde los que se pudiese sostener la lucha de clases contra el Estado burgués. El Parlamento ofrecía tales puestos, pues allí el partido, incluso en la oposición, podía representar los intereses de su clase. El gobierno, sin embargo, no permitía ninguna oposición real: todos sus participantes tenían que operar desde una base común, la del Estado burgués. Por lo tanto, en determinadas circunstancias, el representante del radicalismo burgués más extremo podía trabajar junto con el reaccionario más convencido. Sin embargo, un verdadero opositor de principios al orden establecido estaría destinado a fracasar en sus intentos de oponerse al gobierno, o bien tendría que desempeñar las funciones diarias necesarias para la supervivencia permanente de la maquinaria estatal burguesa y, por tanto, dejar de ser socialista. Un socialdemócrata que, como miembro del gobierno, se esforzara por obtener reformas sociales y, al mismo tiempo, apoyara al Estado burgués en su conjunto, estaría, en el mejor de los casos, reduciendo su socialismo al nivel de la política democrático-burguesa o de la política obrerista burguesa:

«En la sociedad burguesa, a la socialdemocracia, por su propia naturaleza, *le corresponde un papel predeterminado el de partido de oposición*; y sólo puede erigirse como *partido gobernante* sobre las ruinas del Estado burgués»<sup>51</sup>.

¿Esta idea central excluía cualquier tipo de cooperación con la democracia burguesa? En modo alguno, según Rosa Luxemburg. Gracias a su posición entre la burguesía y el proletariado, la pequeña burguesía (que en esencia proporciona los cuadros políticos a la democracia burguesa actual) tenía muchos objetivos en común con la clase obrera. Pero fuera cual fuera la alianza, la clase obrera debía asegurar su hegemonía.

«En el período actual, sin embargo, el proletariado está llamado a ser el elemento dirigente, dominante; la pequeña burguesía un satélite incidental y no a la inversa. En otras palabras, allí donde el camino del partido socialista coincide por un trecho con el de la democracia burguesa, tiene el deber no de confinar su propia lucha al terreno que comparte con la pequeña burguesía, sino, por el contrario, de superar sistemáticamente las aspiraciones de los partidos pequeñoburgueses.»<sup>52</sup>

<sup>51</sup> *Ibid*, p. 273.

<sup>52</sup> *Ibid*, p. 336.

Y esto es precisamente lo que resulta imposible de llevar a cabo desde dentro del gobierno de un Estado burgués. Allí, bajo la presión de los poderes capitalistas, el radicalismo burgués dicta el carácter y los límites de la política de los ministros socialistas y, por tanto, del Partido Socialista. Y en todas las cuestiones sociales y democráticas, este radicalismo ha demostrado ser poco fiable, incluso desde el punto de vista de su propio programa, sus exponentes siempre susceptibles a dar un viraje hacia la reacción, y poco dispuestos a ir más allá de lo estrictamente necesario para neutralizar la presión de las masas populares.

Tras los intentos iniciales de Millerand de poner en marcha reformas sociales, el gobierno anunció una “pausa” y luego procedió a revocar incluso las aparentes concesiones a sus aliados socialistas y adoptar brutales medidas reaccionarias. Todo intento de resistencia por parte de los socialistas fue sofocado con la amenaza de disolver la coalición gubernamental y dejar el campo libre a los reaccionarios. Así resultó que el principio del “mal menor” determinó toda la política socialista y obligó al partido a comprometerse cada vez más. Se hizo cada vez más dependiente del gobierno, que a su vez obtuvo mayor independencia de éste, y la crítica socialista del estado de cosas existente se transformó en una mera exhibición de los “amplios horizontes” del socialismo, sin influencia alguna en la política práctica del gobierno.

Jaurès y sus amigos ensalzaron exhuberantemente las reformas sociales propuestas por Millerand como ministro de Comercio. Las consideraban «esquejes socialistas plantados en suelo capitalista, que darían frutos maravillosos». Incluso los discursos del ministro se convirtieron en «los momentos más grandes y fructíferos jamás registrados por la historia del socialismo y de la República». Rosa Luxemburg resumió los comentarios sobre esta política reformista en la siguiente aclamación:

«De un plumazo, el clásico país del *laissez faire* (*Manchester turn*<sup>53</sup>) se sitúa ahora en la cumbre del progreso; la clase obrera francesa, la Cenicienta de ayer, se presenta ahora ante nosotros como la orgullosa princesa. Está claro que sólo un ministro socialista podría haberse sacado semejante milagro de la chistera.»

Sin embargo, un examen de las actividades reformistas en Francia demostró que su objetivo esencial era ocultar y difuminar los antagonismos sociales.

«La protección simultánea de los intereses de trabajadores y empresarios, los primeros mediante concesiones ilusorias, los segundos mediante concesiones materiales, encuentra su expresión palpable en la elaboración

<sup>53</sup> ‘Manchesterismo’, ‘Escuela de Manchester’ [N. Ed.]

simultánea de medidas conciliadoras destinadas a contentar a los trabajadores sobre el papel y a proteger al capital con la férrea realidad de las bayonetas<sup>54</sup>.»

Así, una iniciativa para acortar la jornada laboral terminó en realidad en el alargamiento de la jornada laboral de los niños, y un resto de esperanza de una futura reforma. Del mismo modo, la medida destinada a garantizar el derecho a la huelga acabó encadenando la acción obrera a pesados grilletes legales. Y la era de la reforma culminó con una masacre de trabajadores en huelga.

Encontramos la misma imagen en toda la política de los gabinetes de coalición. La lucha contra los perversores de la justicia [*Justizverbrecher*] en el caso Dreyfus, que se suponía que era la principal tarea del gabinete, terminó con una vergonzosa amnistía general tanto para la víctima como para los criminales. La lucha por acabar con la confesionalidad del Estado terminó en amorosas ofrendas a la Iglesia Católica. La política exterior se distinguió por la participación francesa en la expedición de las potencias europeas contra China, por una expedición contra Turquía para imponer diversas exigencias de la banca francesa y, finalmente, por el fervoroso entusiasmo tumultuoso de los elementos republicano-monárquico-imperialistas durante la visita del zar Nicolás II.

Rosa Luxemburg extrajo conclusiones de las experiencias ministeriales francesas: la tan célebre “política práctica” demostró ser muy poco práctica para la clase obrera, paralizada y atada de pies y manos por la participación del Partido Socialista en el gobierno, por lo tanto, no podía hacer sentir la fuerza de su propio poder. La “poco fructífera” oposición, sin embargo, había resultado ser la verdadera “Realpolitik”<sup>55</sup> para la clase obrera, ya que:

«lejos de imposibilitar reformas prácticas, tangibles e inmediatas de carácter progresista, una política de oposición basada en principios es el único medio real de que los partidos minoritarios en general y el Partido Socialista en particular, puedan obtener conquistas prácticas.»

La participación en el gobierno había llevado a la escisión completa y a la paralización del movimiento obrero, y había empujado a un gran número de trabajadores a alejarse bruscamente de la política y del parlamentarismo, y acercarse a las ilusiones del sindicalismo ultraradical.

<sup>54</sup> *Ibid*, p. 326 y ss.

<sup>55</sup> “Política verdaderamente realista” [N. Ed.]



Jaurès que fue el más firme partidario de la política de coalición y su más ardiente defensor incluso ante las críticas de Rosa, sin embargo, diez años después del acto inaugural de este experimento, maldecía a Millerand y a otros dos ministros socialistas, (Briand y Viviani) y los señalaba como «traidores que se habían dejado utilizar en favor del capitalismo».

La serie de artículos de Rosa Luxemburg sobre el experimento de Millerand constituyen uno de los documentos más imponentes de toda la literatura socialista. Están escritos con un lenguaje en el que la indignación por la desgraciada política analizada jamás explota<sup>56</sup>, sino que se reafirma, la máxima mordacidad se manifiesta en su antítesis, en la confrontación entre apariencia y realidad, entre los heroicos juramentos y las capitulaciones lamentables.

Su lógica formidable basada exclusivamente en hechos hace imposible la huida, y las conclusiones finales tienen una fuerza universal contra cualquier intento de servir la causa del socialismo con los medios del poder estatal capitalista. La crítica realizada por Rosa Luxemburgo no impidió que se repitiese este tipo de experimentos. Si, en su momento, la política de Millerand sólo causó grandes dificultades al movimiento obrero sin que se produjese una catástrofe, se debió únicamente a que el capitalismo se encontraba todavía en un periodo ascendente, lo que permitió que la clase trabajadora tuviese tiempo de rehacerse.

Pero lo que en Francia comenzó como una lamentable farsa, terminó en Alemania como una tragedia. Qué visión tan amplia, que fuerza de intuición la de Rosa Luxemburg para reconocer en 1901 que tales políticas creaban los requisitos sociales para los especuladores cesaristas, y declarar: «Jaurès, el incansable defensor de la República, es quién prepara el terreno para el cesarismo –suena como una broma de mal gusto, pero, hablando en serio, el curso cotidiano de la historia está sembrado de bromas de este tipo».<sup>57</sup>

Treinta y dos años más tarde, los frutos de una política que seguía el modelo del experimento de Millerand fueron cosechados en suelo alemán: ¡Hitler!

<sup>56</sup> Kautsky, que en aquella época defendía prácticamente las mismas posiciones de Rosa Luxemburg, atacó a Millerand y Jaurès con mucho mas fuerza. Aunque eso no le impidió, dos décadas mas tarde, defender la política de coalición de la socialdemocracia alemana con los mismos argumentos y, muchas veces, con las mismas palabras que Jaurès uso para defender la política de coalición francesa, aunque la coalición alemana fuese mucho mas peligrosa.

<sup>57</sup> *Ibid*, p. 355.

## Último recurso<sup>58</sup>

En sus polémicas contra Bernstein y Jaurès, Rosa Luxemburg había expuesto no sólo la ineptitud y el carácter utópico de las ideas y las políticas reformistas, sino también la amenaza que representaban para el movimiento obrero. Y cuando los reformistas preguntaron ¿qué nos queda entonces para la realización del socialismo y para la conquista del poder político si no es la violencia?, Rosa Luxemburg aceptó fríamente. Todo examen profundo de la táctica revolucionaria, después de todo, se topa con la cuestión de la violencia, y el problema surgió en cada momento a lo largo de todo el curso de la discusión con los reformistas. Rosa Luxemburg lo abordó de manera más exhaustiva en una polémica con Emile Vandervelde en relación con la huelga general belga de 1902.

En el movimiento socialdemócrata alemán, la política de rechazar el uso de la violencia en la lucha política se había convertido prácticamente en un dogma. Wilhelm Liebknecht, cuya lengua a menudo iba por delante de sus ideas, había declarado en una ocasión que la violencia estaba siempre al servicio de la reacción, una observación que se repetía gustosamente bajo cualquier pretexto. Se apeló a la Introducción de Engels a *Luchas de Clases en Francia* de Marx como confirmación de la afirmación de Liebknecht. Bernstein sentenciaba que lo que él llamaba la *sobreestimación de la violencia creadora en la transformación de la sociedad* era un vestigio blanquista incrustado en el marxismo. También en Francia, Jaurès empleó toda su elocuencia para abogar por la acción legal como única forma de alcanzar el poder político. Pero la influencia más fuerte no provenía de la propaganda ejercida por la autoridad de los dirigentes, sino los efectos de la dinámica organizativa electoral y de la acción parlamentaria, que durante décadas había sido la única actividad permanente de la socialdemocracia internacional. La polémica cobró tal cause que Georg von Vollmar llegó a declarar, —envuelto en duelo oratorio con Rosa Luxemburg—, en referencia a la última gran insurrección proletaria europea, que a los obreros parisinos les habría ido mejor si se hubieran ido a casa a dormir en lugar de tomar las armas y crear la Comuna.

Rosa Luxemburgo comenzó por desenmascarar el malentendido superficial y pequeñoburgués que se escondía (*spiessburgerlich*) tras la teoría legalista. Aquella mujer a la que todos los “políticos realistas” tachaban constantemente de fantasiosa, demostró una vez más su realismo insobornable y, al mismo tiempo, su talento pedagógico. En abierta polémica con Vandervelde escribió:

<sup>58</sup> “*Ultima Ratio*”.

«¿Cuál es en realidad toda la función de la legalidad burguesa? Si un “ciudadano libre” es apresado por otro en contra de su voluntad y confinado a la fuerza en pequeños, estrechos e incómodos barracones durante algún tiempo, cualquiera es capaz de ver que esto constituye un acto de violencia. Pero sin embargo, siempre y cuando esta operación sea dictada por la autoridad de un libro impreso conocido como Código Penal y la habitación sea una celda de las “reales prisiones prusianas”, entonces se convierte inmediatamente en un acto de pacífica legalidad.

Si un hombre es obligado por otro contra su voluntad a matar sistemáticamente a sus semejantes, entonces se trata evidentemente de un acto de violencia. Sin embargo, en cuanto a este mismo proceso se le llama “servicio militar”, el buen ciudadano es engañado haciéndosele creer que puede respirar en la paz de la legalidad mas plena. Si se priva a una persona contra su voluntad de una parte de sus bienes o ingresos, nadie duda de que se ha cometido un acto de violencia, pero si el proceso se denomina “impuestos indirectos”, nos encontramos con que se trata del simple *ejercicio de la ley*.

En pocas palabras, lo que se nos presenta como legalidad burguesa no es más que la violencia de la clase dominante, una violencia elevada al rango de obligatoria desde el comienzo. Una vez que los actos individuales de violencia han sido elevados al carácter de normas obligatorias, entonces el proceso se refleja en la mente del jurista burgués (y no menos en la mente del oportunista socialista) no como realmente es, sino al revés: el “orden legal” aparece como una creación independiente de la “justicia” abstracta, y la violencia coercitiva del Estado como una mera consecuencia, una mera “sanción” de la ley. En realidad, la legalidad burguesa (y el parlamentarismo como legalidad en potencia) es en sí misma, por el contrario, sólo una forma social particular que expresa la violencia política de la burguesía, una violencia que ha surgido de la base económica.»<sup>59</sup>

Así, lejos de ser destronada por la “legalidad”, la violencia es al mismo tiempo su base y su reaseguro. Y la benevolente idea de vencer a los poderes dominantes utilizando sus propias formas jurídicas —es decir, la idea de que la legalidad que hace de la violencia de la burguesía la norma social imperante, puede convertirse en un arma mortífera contra la propia burguesía— no es más que fantasía.

<sup>59</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke IV*, Berlín 1928, p. 361 y ss.

Según Rosa Luxemburg, detrás de la ilusión legalista de desterrar la violencia se oculta la idea de que pueden hacerse revoluciones a voluntad, la creencia de que la revolución puede hacerse o interrumpirse dependiendo de si se la considera ventajosa, superflua o perjudicial. Y sólo en la mente de un policía o de ciertos historiadores cabe una representación de la historia en la que los violentos movimientos populares son producto de las decisiones de los líderes o de los partidos. La revolución es, en todos los casos, inherente al proceso de desarrollo histórico. Poco importaba que la socialdemocracia alemana reivindicase la dudosa distinción de haberse librado de la creencia en la revolución violenta como único método para librar la lucha de clases y como medio válido en todo momento, para instaurar el orden socialista. De ningún modo podía considerarse eliminado el problema de la violencia en general, ni la violencia revolucionaria como medio de la lucha proletaria. La lucha cotidiana por el parlamento y en el parlamento sólo tendría éxito si estaba respaldada por la violencia latente de la clase obrera:

«La violencia es y sigue siendo la *ultima ratio* (el último recurso) incluso para la clase obrera, la ley suprema de la lucha de clases, siempre presente, a veces de forma latente, a veces de forma activa. Siempre y cuando intentamos revolucionar las mentes mediante la actividad parlamentaria o de cualquier otro tipo, es para que, cuando finalmente sea necesario, la revolución pueda mover no sólo las mentes sino también los puños<sup>60</sup>.»

También en este aspecto, Rosa Luxemburg reflexionó sobre las ideas de los reformistas hasta sus últimas y lógicas consecuencias, y como una Cassandra, advirtió del espectro inminente de lo que llegó a llamarse fascismo:

«Si la socialdemocracia aceptara realmente el punto de vista oportunista –renunciando definitivamente al uso de la violencia y comprometiendo a las masas trabajadoras a seguir incuestionadamente el camino de la legalidad burguesa–, entonces toda su actividad parlamentaria y su lucha política en general tarde o temprano colapsarían miserablemente, dejando el campo abierto al dominio absoluto de la violencia reaccionaria<sup>61</sup>.»

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 366.

<sup>61</sup> *Ibid.*

## La alegría en la lucha<sup>62</sup>

Es en estas polémicas con los reformistas que Rosa Luxemburg nos da los elementos decisivos de sus puntos de vista sobre el desarrollo histórico de la sociedad capitalista, sobre la naturaleza de la lucha de clase proletaria y sus exigencias tácticas y estratégicas. Sólo podemos lamentar que su vida se apagara antes de elaborar la visión del mundo que rigió sus acciones en forma de libro compacto. A pesar de su gran erudición, de su formación como científica, nunca practicó el ejercicio de profesora convencional y nunca tuvo el deseo de escribir resúmenes para discípulos aplicados. Fue, ante todo, una luchadora, que se subordinaba al orden del día y a la situación del combate. La polémica era a la vez un arma y un medio de presentar sus ideas, y su genio nunca brilló de manera más creativa que cuando tuvo a su oponente frente al filo de su espada. Le encantaban las escaramuzas intelectuales.

Escribiendo a Karl Kautsky desde una celda de la prisión de Zwickau para animarle a que pasase al ataque en la batalla política ella describía sus propios sentimientos en la militancia:

«Pero debes hacerlo con placer y alegría, no como si fuera un tedioso *intermezzo*, porque el público siempre sabe percibir el ánimo de los combatientes, y la alegría en la batalla da a la polémica una clara resonancia y asegura la superioridad moral».<sup>63</sup>

De hecho, esta alegría brilla en todos sus escritos polémicos, especialmente en su panfleto *Reforma Social o Revolución*.

Cierta vez, cuando todavía coqueteaba con el marxismo, el profesor Sombart escribió que en cada relectura del *Manifiesto Comunista* se podían descubrir nuevos pasajes hermosos e ideas sorprendentemente profundas e inesperadas. Esto es exactamente lo que ocurre con *Reforma Social o Revolución*. Cada nueva lectura aporta nuevas ideas y soluciones a los problemas, que incluso veinte o treinta años después de haber sido formulados podrían considerarse completamente nuevos. Las profecías resultan cumplidas. Apenas algunos puntos de la argumentación deberían ajustarse al tiempo y las nuevas experiencias. Sin duda, la necesidad de desandar los mismos caminos argumentativos de sus adversarios impidió que el texto siguiera la estructura clásicamente unitaria del *Manifiesto*.

<sup>62</sup> Traducido del alemán en la edición brasileña *“Prazer na luta”*, Boitempo, 2019. La edición Italiana traduce *“La gioia di combattere”*. La edición española de 1976 traduce *“Compañeros de lucha”*, la edición en inglés traduce *“A fighting spirit”*, (“Espíritu de lucha”).

<sup>63</sup> Cartas a Karl y Luise Kautsky, 1 septiembre de 1904. *Op. cit.*

Algunos elementos no fueron desarrollados, mientras que algunos aspectos de la cuestión tuvieron que ser examinados con gran detalle. Además, la autora abordó el problema en dos ocasiones diferentes: primero, en respuesta a los artículos de Bernstein en *Neue Zeit*<sup>64</sup>, y medio año más tarde en respuesta a sus *Premisas del Socialismo*.<sup>65</sup> Sin embargo, *Reforma o Revolución Social* es un todo integral, tan naturalmente crecido como un árbol con dos troncos, que brota de las raíces de una concepción del mundo rigurosamente cohesionada y sin concesiones.

En el partido, pero también mucho más allá, los artículos en el *Leipziger Volkszeitung* causaron verdadera sensación. En Leipzig la gente se apresuró a conseguir el periódico, y en todas partes, sobre todo en los círculos del partido, los artículos se discutieron apasionadamente.

No cabe duda de que esta obra estaba fuertemente influida por el *Manifiesto Comunista*, por la audacia de sus ideas, sus amplias perspectivas y la monumentalidad de su estilo. Sin embargo, como ocurre con todos los grandes artistas que han asimilado el arte de sus maestros predecesores, las influencias y los estímulos aparecen sublimados en una nueva creación. Esto también fue característico de la actitud de Rosa Luxemburg con la *weltanschauung*<sup>66</sup> marxista. La encarnaba en cuerpo y alma de modo que podía elaborar críticamente sus análisis de forma creativa y por derecho propio, sin necesidad de apelar a la autoridad de Marx y Engels. Comprendía perfectamente el carácter revolucionario de esa *visión del mundo*, mucho más que los marxistas alemanes, considerados en aquella época como los verdaderos herederos del espíritu de Marx. Esto es claramente evidente si se compara *Reforma Social o Revolución* con *Bernstein y el Programa Socialdemócrata* de Kautsky.<sup>67</sup> Su libro era un examen pedante de las afirmaciones de Bernstein, una mera confrontación con el presente, una defensa de las antiguas y veneradas tradiciones. La obra de Rosa Luxemburg mostraba un dominio intelectual del proceso histórico y una firme conciencia de las grandes convulsiones que se avecinaban, motivada por su indomable voluntad de acción revolucionaria.

Este contraste no es pura casualidad. La interpretación marxista de la historia debía su concepción no sólo al genio de sus creadores, sino también a las condiciones históricas particulares que prevalecían justo antes de la revolución de marzo de 1848, una situación que exigía la superación de los problemas teóricos desde un punto de vista nuevo y revolucionario. Los epígonos europeos

<sup>64</sup> *Leipziger Volkszeitung*, (*Gazeta Popular de Leipzig*) septiembre de 1898

<sup>65</sup> *Voraussetzungen des Sozialismus*, abril de 1899

<sup>66</sup> *Weltanschauung* no tiene traducción literal al castellano. Habitualmente se traduce “cosmovisión” o “visión del mundo”.

<sup>67</sup> Publicado en Stuttgart, 1899

occidentales de Marx y Engels habían desarrollado sus ideas en un período de relativa calma, cuando la historia fluía como un arroyo lento y las cataratas distantes permanecían ocultas a los ojos acostumbrados a las amplias llanuras. Su marxismo carecía de la pulsión revolucionaria. Incluso alguien como Mehring, que superaba a todos los demás en temperamento combativo y en comprensión histórica, tenía ciertos límites en su capacidad de percepción, como demostró su defensa acrítica de Lassalle. Como revolucionaria ruso-polaca, Rosa Luxemburg también creció en una situación “pre-Marzo” (*vormärzlich*): la revolución se acercaba; y determinaba ya por entonces la política del momento, y planteaba problemas que no podían resolverse siguiendo las viejas líneas tradicionales. Por ésto fue capaz de reconocer los principios revolucionarios del marxismo y de ver la situación de Europa Occidental de forma muy diferente a la rutinaria mirada de los observadores nativos. Esta situación histórica explica también por qué, desde finales de la década de 1890, fueron los rusos quienes avanzaron cada vez más a la vanguardia de las filas marxistas y quienes desempeñaron un papel cada vez más importante en cuestiones teóricas.

Cuando Rosa Luxemburg emprendió la lucha contra el reformismo tenía casi treinta años, la misma edad que Marx y Engels al concluir su “autocomprensión” (*Selbstverständigung*) cuando se pusieron de acuerdo y elaboraron su teoría del materialismo histórico. Es una edad en la que el individuo ha desarrollado las características esenciales de su personalidad y ha creado su propia imagen del mundo. La conciencia madura y enérgica de los escritos de Luxemburg en este período se expresan con una frescura juvenil que incluso aún hoy viene a nuestro encuentro; un espíritu militante y una audaz seguridad en sí misma, que le permiten desarrollar los argumentos sin dudar, hasta alcanzar sus conclusiones lógicas.

## Escaramuzas

«La defensa de los principios puede hacerla cualquiera, incluso un ignorante; no requiere nada», había afirmado Vollmar durante las controversias. De ese modo se expresaba toda la arrogancia con la que el sujeto pragmático observa al teórico, al que considera fuera de la realidad del mundo y un condicionante permanente de la acción. Sin embargo, la experiencia práctica demostraba ya entonces cuántos conocimientos y sabiduría son necesarios para dirigir el navío del movimiento de los trabajadores; en general, muy deficiente en conocimientos teóricos. Rosa Luxemburg también reconoció que un período de calma política

favorecía la propagación del reformismo y, por lo tanto, intentó cortar el peligro de raíz. En varios de sus artículos exigió la expulsión de Bernstein del partido y reprochó a los dirigentes del partido que le hicieran demasiadas concesiones, aunque ellos estuviesen mucho mejor situados que nadie para ver claramente la amenazas latentes en la posición de Bernstein. En una carta dirigida a Bebel el 31 de octubre de 1898, escribió:

«...Está claro para mí, por supuesto, que las opiniones de Bernstein ya no están de acuerdo con el programa de nuestro partido, pero es muy doloroso pensar que podríamos tener que abandonar toda esperanza en él. Sin embargo, me sorprende –si usted ve el asunto de la *misma manera que yo*– que usted y el camarada Kautsky no hayan querido aprovechar la atmósfera favorable creada por el Congreso del Partido para abrir un debate inmediato y enérgico, sino que, en lugar de ello, hayan inducido a Bernstein a escribir otro panfleto, que no hará más que alargar toda la discusión... Si Bernstein está realmente perdido, entonces el partido tendrá que hacerse a la idea –por dolorosa que sea– de tratarlo en adelante como a Schmöller<sup>68</sup> o a cualquier otro socialreformista.<sup>69</sup>»

Sin embargo, los dirigentes del partido no estaban dispuestos a adoptar medidas enérgicas. Se empeñaban en mantener las “viejas tácticas victoriosas”. Aunque al hacer eso, sintieran más miedo que confianza al pensar en los futuros terremotos anunciados por Rosa Luxemburg. Mientras, nueve décimas partes de los miembros del Partido apoyaban a los “maximalistas”, pero no eran capaces de reconocer la profundidad de los antagonismos. De todos modos, las cosas parecían ir muy bien. Tras el Congreso del Partido en Dresde, de 1903, incluso Rosa Luxemburg creía que la niebla reformista se había disipado, por eso mismo insistió en la «depuración del partido de todas los elementos desintegradores que han aparecido como resultado de los últimos cinco años de su historia». Sin embargo, probablemente se había dejado escapar el mejor momento para tal operación. El reformismo reclutaba cuadros fuertes entre los principales funcionarios del partido y ocupaba altos cargos ejecutivos en los sindicatos. Cualquier intervención en ese momento –pensaban–, llevaba aparejado el riesgo de una escisión. Y no cabía pensar en ello porque a pesar de los puntos de vista profundamente antagónicos, en general todavía era posible llevar a cabo una política unificada. Las condiciones constitucionales en Alemania impedían experimentos reformistas como los que eran posibles en los países democráticos.

<sup>68</sup> Profesor Gustav Schmoller, reformista social liberal y uno de los llamados *Kathedersozialisten* (socialistas académicos).

<sup>69</sup> Boletín n° 1 del Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam. 1952.



Así, los reformistas tuvieron que contentarse con desafiar al partido mediante compromisos inútiles con los grandes capitalistas liberales-nacionalistas o con el Centro Católico, almorzando con los monarcas de los Estados del sur de Alemania, y fanfarronadas por el estilo. Como resultado, cada año se reanudaban insufribles debates en la prensa y en los congresos del partido, pero no conducían a nada.

Rosa Luxemburgo solamente tomaba parte en estos duelos verbales si ofrecían la ocasión de elaborar un punto de vista general de la situación. Por lo demás, trabajaba intensamente para el movimiento polaco, que desde 1898 daba señales de un renacimiento. En noviembre de 1899, la dirección del partido le propuso integrar la redacción de *Vorwärts*. Lo rechazó. Sus experiencias en Dresde con el *Sächsische Arbeiterzeitung* le bastaban por el momento. Además, sus relaciones con el redactor jefe, el viejo Wilhelm Liebknecht, seguían siendo tensas, y tenía claro que, si aceptaba la oferta, pronto entraría en conflicto con su política tan impresionista. Habría sido un asunto mucho más serio que una discusión con un Gradnauer, no sólo por las consecuencias objetivas, sino también porque ella respetaba profundamente al viejo "Soldado de la Revolución". Cuando el anciano le extendió su mano en señal de paz en el último año de su vida, ella aceptó encantada.

Su vida personal estaba subordinada a su trabajo de escritora, a su participación en congresos nacionales e internacionales y a sus giras como conferencista. En 1900, Jogiches se trasladó a Berlín. Así comenzó un período de estrecha colaboración intelectual y política en las tareas que les requerían sus camaradas y la situación en Polonia. La creación de una revista teórica, inspirada en *Neue Zeit*, fue su primera preocupación, y para comienzos de 1903 salió a la calle la *Revista Socialdemócrata (Przegląd Socjaldemokratyczny)*. Luxemburgo y Jogiches eran los pilares intelectuales; los colaboradores eran marxistas importantes y conocidos internacionalmente. Jogiches escribía bajo el pseudónimo de Jan Tyska, nombre que mantendría en adelante en su trabajo político. Rosa Luxemburgo escribía sobre todo con su propio nombre, pero también bajo diferentes pseudónimos como R. Kruszynska, R. K. Maciej Rozga, M. R., Josef Chmura, Spartakus y X. Right, en los dos primeros números (enero-febrero de 1903), publicó con su propio nombre una brillante retrospectiva histórica sobre el movimiento obrero socialista polaco: "En memoria del [Primer] *Proletariat*".<sup>70</sup> Con esta obra no sólo intentaba mantener vivo el recuerdo de aquella heroica vanguardia, sino sobre todo transmitir a las jóvenes generaciones las lecciones que debían extraerse del naufragio de ese movimiento, para fortalecer y afianzar a sus propios camaradas.

<sup>70</sup> *En Memoria del Partido Proletariado*. Rosa Luxemburgo, *Obra Escogidas*, T. 1, *Escritos Políticos*, traducción de Bolívar Echeverría, México. 1981, pp. 134-180

El 30 de octubre de 1901, murió Bruno Schonlank, el redactor jefe de *Leipziger Volkszeitung*. La organización del partido en Leipzig confió la dirección del periódico a Rosa Luxemburg. Cuando se conoció la noticia de su nombramiento, toda la prensa burguesa comenzó a vociferar. La extrema derecha pidió a la policía que fuese expulsada del país. El periódico burgués de izquierdas *Vossische Zeitung* exigió que la dirección ejecutiva del SPD expulsara a «esa Doña Rosa Luxemburg que se cree llamada a ser la abanderada de la revolución roja». El clérigo nacionalista socialcristiano Friedrich Naumann, en coro con el *Frankfurter Zeitung*, lanzó un grito contra “Rosa la sangriena”, y sus hermanos reformistas del partido se unieron al concierto con palmas y tambores. Unos meses más tarde tuvieron la satisfacción de enterarse de que Rosa Luxemburg abandonaba la redacción del *Volkszeitung*. La Comisión de Prensa se había negado a concederle a ella –ja una mujer!– las atribuciones que había otorgado a Schonlank, autoridad que había hecho del periódico de Leipzig el órgano más notorio de la prensa socialista internacional, y que Rosa Luxemburg consideraba absolutamente necesaria para la creación de un periódico militante, dispuesto a luchar con unidad de espíritu. Hay que señalar que, aunque los buenos socialistas de Leipzig estaban desmesuradamente orgullosos de su bandera roja, en el fondo de sus corazones brillaba la tranquila esperanza del gallardo soldado Švejk<sup>71</sup> de un «progreso moderado dentro de los límites de la disciplina del partido».

A partir de octubre de 1902, Rosa Luxemburg interrumpió también sus colaboraciones en el periódico. Las razones no están muy claras. Se sabe que muchos de sus artículos fueron tirados a la papelera y que ella señaló a su sucesor como redactor jefe, Franz Mehring, de no haber defendido explícitamente sus intereses. Al parecer, ésta fue la primera discusión violenta entre ambos. Más tarde, en una carta a su amigo Diefenbach, Rosa lo relataba humorísticamente mientras le contaba cómo había conocido al poeta Friedrich Hebbel:

«...Oh, Hanneselein, yo conocí a Hebbel mucho antes de conocerle a usted. De hecho, tomé prestadas sus obras de la biblioteca de Mehring en aquella época en que nuestra amistad conocía su época más calida y el barrio cercano entre Steglitz y Friedenau<sup>72</sup> (donde yo aún vivía) presentaba un paisaje tropical donde pastaban *Elephas Primigenius* y las esbeltas jirafas arrancaban el verde follaje de las palmeras fénix. En aquella época [...] leí *Agnes Bernauer*, *María Magdalena*, *Judith*, *Herodes* y *Mariamne*. Sin embargo, no llegué más lejos porque el clima tropical de repente tuvo que

<sup>71</sup> Personaje del libro de Jaroslav Hašek, *El buen soldado Švejk*. [N. Ed.]

<sup>72</sup> Ambos son suburbios de Berlín.

dar paso al primer gran período glacial, y mi gorda Gertrud<sup>73</sup> tuvo que hacer una peregrinación hasta Steglitz cargando un cesto de ropa lleno de regalos recibidos y libros prestados, en respuesta a una carga similar que acababa de llegar a Friedenau –algo que ocurría invariablemente cada vez que nos enemistábamos.»<sup>74</sup>

En la amistad, Rosa Luxemburg seguía el lema: “¡todo o nada!” y Franz Mehring era un hombre susceptible y rencoroso. No es de extrañar que a menudo chocaran y rompieran relaciones. Incluso el difícil periodo de la Guerra Mundial no transcurrió sin problemas entre ellos. Sin embargo, el respeto recíproco por los logros intelectuales del otro, sus temperamentos semejantes y, finalmente, sus objetivos y enemigos comunes les reunieron una y otra vez. Su primera desavenencia duró cerca de un año. Y no fue hasta que Mehring fue atacado en el Congreso del Partido de Dresde en 1903 por un grupo de revisionistas, que lanzaron ignominiosas calumnias contra él, y se encontró casi proscrito del partido durante bastante tiempo, que ella dejó a un lado cualquier rencor para colocarse resueltamente a su lado.

Muy diferente era su relación con Jean Jaurès, y con ese ejemplo se refuta la afirmación de que no tenía consideración hacia nadie que no compartiera sus puntos de vista, y que no sentía por ellos más que repulsión, odio y malicia. Es cierto que podía ser extremadamente dura con cualquiera que, tras una postura arrogante, solo ocultara su vacío intelectual o sus oscuras intenciones. Pero frente un adversario digno podía conceder el uso de palabras excesivamente afiladas y decirse a sí misma: *¡á la guerre comme á la guerre!* Incluso de Jaurès.

Pero aunque no mitigaba en absoluto la fuerza de sus argumentos, su tono frente a él adquiría un insólito matiz conciliador, algo casi inaudito en sus polémicas con otros. Apreciaba su personalidad, el alto vuelo de su pensamiento, –incluso cuando se equivocaba–, su profundo entusiasmo y su incondicional entrega a la causa del proletariado. Después de uno de sus discursos, quizás para aplacar su propia conciencia rebelde y crítica, comentó: «Lo que dice ese hombre está errado, pero no puedes evitarlo, tienes que aplaudir. Él es arrebatador».

En el Congreso Internacional de Amsterdam de 1904, sostuvo con él una enconada controversia sobre el ministerialismo y la “*collaboration des classes*”. Sin embargo, después de que Jaurès pronunciara su discurso, no había traductor para él. Rosa salió al paso traduciendo del francés al alemán los dardos dirigidos

<sup>73</sup> Gertrud Zlottko, la cuidadora de la casa de Rosa. [N. Ed.]

<sup>74</sup> Rosa Luxemburg, *Carta a Hans Diefenbach*, Wronke na P., 5 de marzo, 1917. *Briefe an Freunde* (Cartas a los amigos), p. 81 y ss.

contra ella. Al darle las gracias, Jaurès declaró: «Camaradas, habéis visto que las luchas internas no siempre son un obstáculo para la cooperación». Lo cierto es que Rosa Luxemburg siempre estuvo dispuesta a este tipo de “colaboración”, sobre todo con un hombre de la talla de Jaurès.

Naturalmente, el fiscal no tardó en interesarse por esta mujer que utilizaba un lenguaje que ponía en peligro los “*intereses nacionales*”. En 1900 Rosa Luxemburg publicó un panfleto en polaco titulado *En defensa de la nacionalidad*, en el que incitaba enérgicamente a la resistencia contra los intentos oficiales de germanizar la Polonia prusiana. Esto dio lugar a un proceso contra ella acusada de haber insultado al Ministro de Cultura prusiano. El “delito” fue castigado con una multa de 100 marcos. En julio de 1904 fue condenada a tres meses de prisión por supuestamente haber ofendido al emperador Guillermo II al decir [en un discurso durante la campaña electoral de 1903 para el Reichstag]: «El hombre que afirma que la vida de los trabajadores alemanes es buena y está asegurada no tiene ni idea de la realidad».

Casi había terminado de cumplir su condena en Zwickau, cuando murió el rey Alberto de Sajonia, y se le concedió incluso a ella el favor de una amnistía general. Se rehusó terminantemente a dejar la “hospitalaria celda” indignada de que pudiera pensarse de que ella, una republicana, iba a permitir que un rey le regalase nada. Finalmente cedió a la coacción oficial y partidaria y recuperó la libertad. Esto sucedía tres meses antes de que comenzase la primera gran ofensiva del pueblo ruso, contra la inmensa prisión que era el absolutismo ruso.



7. 8. 15

o Liebe Gertrud,

Sie haben mir mit der kleinen Sendung  
 viel Freude gemacht, ebenso wie mit  
 den 3 kleinen Botschen, die früher ge-  
 kommen sind. Ich freue mich vor allem,  
 dass Sie fleißig malen u. Fotobilder ma-  
 chen. Von der Klappe sind drei Bilder  
 (Das blaue Stück Fluss oder Kanal, Der  
 flache Strand mit den zwei Ländchen  
 u. die Waldpartie mit dem goldglänzenden  
 Strudel) sehr opt.; auch Besen jedoch ge-  
 fällt mir eines von den winzigen Bot-  
 schen: Das grüne mit d. Froschbecken; ich  
 finde es ausgesprochen. So sehr es mir  
 sehr gut, werde ich nächstens mal diese

Carta de Rosa Luxemburgo para Gertrud Zlottko, 7 de agosto de 1915.

## 5. La Revolución Rusa de 1905

### Rusia despierta

El “*Domingo Sangriento*”<sup>75</sup> del 22 de enero de 1905 marcó el inicio de la primera Revolución Rusa. A los marxistas rusos no les tomó por sorpresa, habían previsto y anunciado su llegada, y definido su carácter. Ya en el congreso inaugural de la II Internacional, celebrado en París en 1889, Plejánov había proclamado que la revolución que se avecinaba contra el zarismo sería una revolución obrera o no sería una revolución. Eso fue en una época en que todavía se discutía si el capitalismo se impondría en Rusia, un período en que la clase obrera rusa apenas empezaba a desarrollarse. Sólo en Polonia, que económicamente era prácticamente un país extranjero, existía un movimiento obrero. En Rusia, las ideas socialistas se limitaban por entonces a pequeños círculos de intelectuales que solo esporádicamente incorporaban obreros asalariados.

El giro decisivo se produjo en 1896. La coronación de Nicolás II resultó ser el punto de partida accidental. En la coronación, el 18 de mayo, el dedo de la historia garabateó un *mene, mene, tequel*<sup>76</sup> en la pared para la autocracia rusa: el inminente colapso de la fe que las masas depositaban en el absolutismo y la primera aparición del proletariado en la arena histórica. En el campo de Khodynka, cerca de Moscú, muchos centenares de personas, que formaban parte de la inmensa multitud que había acudido a saludar al nuevo zar con la esperanza de recibir regalos, murieron aplastadas y pisoteadas. En San Petersburgo, sin embargo, 40.000 obreros se declararon en huelga, porque no estaban dispuestos a sacrificar sus salarios durante los tres días de la coronación en el altar del zarismo. La huelga fue reprimida. Sin embargo, ya para enero de 1897 estalló otra huelga que proporcionó a la clase obrera su primer gran éxito: una jornada laboral máxima legal de once horas y media. El equilibrio zarista se había roto y la propaganda socialdemócrata penetró en las masas proletarias. Lenin comenzó a actuar en San Petersburgo y eso significó en buena medida, que el socialismo en Rusia pasó del terreno de la pura teoría al de la acción; de pequeños círculos se convirtió en un movimiento político. En 1898, un pequeño grupo de personas fundó el Partido Socialdemócrata Ruso.

<sup>75</sup> Véase: Máximo Gorki, *El Domingo Rojo*. El libro n.º 287 en ésta *Colección Socialismo y Libertad*

<sup>76</sup> *Mene, mene, tequel, parsín*: palabras supuestamente escritas por Dios en la pared del palacio de Belsazar, el último rey de Babilonia; capítulo 5, versículos 25-28, del libro bíblico de Daniel. Estas palabras se han convertido históricamente en sinónimo de mal augurio, de presagio fatal. [N. Ed.]

Siguieron años de trabajo clandestino en todo el país, y sus efectos se manifestaron repentinamente en violentas explosiones. En marzo de 1902 estalló una huelga de masas en Batum, seguida inmediatamente después por gigantescas manifestaciones en Nizhni Nóvgorod y Saratov. En diciembre de 1902, toda la población activa de Rostov del Don se declaró en huelga general; así fue cómo, por la determinación de las masas, la libertad de reunión y de expresión fue conquistada por primera vez en la historia rusa. Los años 1903-04 trajeron consigo conmociones sociales que sacudieron todo el sur de Rusia. Las huelgas generales se extendieron de una ciudad a otra: de Bakú a Tiflis, Batum, Elisavetgrad, Odessa, Kiev, Nikolayev y Ekaterinoslav. Estas luchas se diferenciaban de las huelgas de Europa Occidental por su espontaneidad, su amplitud, la rápida superación de las luchas sectoriales y el paso de los objetivos puramente económicos a los políticos. Todas tenían un carácter revolucionario, no por sus diversos puntos de partida, sino por su ímpetu y el choque con el poder estatal. La mayoría de las huelgas terminaron en sangrientas batallas callejeras. A ellas se sumaron numerosas insurrecciones campesinas locales contra los terratenientes. 1902-04 fueron años de desarrollo del proceso revolucionario.

La guerra ruso-japonesa de 1904-05 provocó brevemente una nueva oleada de chovinismo entre las amplias masas, y durante un tiempo el movimiento obrero quedó relegado a un segundo plano. Pero entonces llegaron las pesadas derrotas en los campos de batalla de Manchuria, revelando y acelerando el estado de descomposición del régimen absolutista. Las derrotas pusieron en primer plano a la burguesía liberal: en banquetes y congresos, en largos discursos, anuncios y manifiestos, se hicieron débiles demandas de libertades democráticas. Parecía como si los terratenientes, industriales y abogados liberales hubieran tomado en sus manos el liderazgo del movimiento de oposición para forzar la concesión de las reformas más necesarias. Pero en diciembre de 1904, cuando el absolutismo respondió con algunas serias amenazas, toda aquella oposición considerada respetable a los ojos de la "sociedad" se derrumbó.

Al mismo tiempo, la clase obrera declaraba la huelga general en Bakú. Apenas unos días más tarde, a mediados de enero de 1905 se produjo una huelga en la fábrica Putilov de San Petersburgo. Iniciada en protesta por el despido de dos obreros, la huelga se extendió rápidamente y el 20 de enero ya contaba con 140.000 huelguistas y había adquirido un claro carácter político. La ironía de la historia quiso que este poderoso levantamiento fuese dirigido por una organización sindical (la Asamblea de Trabajadores Rusos) que había sido fundada por Subatov, el jefe de policía de Moscú, con el propósito de mantener a los trabajadores alejados de la influencia de la socialdemocracia, y que no fuese un

conocido revolucionario quien estuviera a su cabeza, sino un dudoso aventurero, el sacerdote (*pope*) Gueorgi Gapon. Pero en la retaguardia de Subatov y Gapon, los más activos eran los agitadores socialdemócratas; llevando las ideas revolucionarias a las masas encendidas, empujando y abriendo el camino.

En la conciencia de las masas trabajadoras el zar seguía siendo el *padre del pueblo*, quien podía y debía ayudar. A él querían acudir para presentar sus quejas; de su mano paternal esperaban recibir los derechos que necesitaban para sobrevivir. El domingo 22 de enero de 1905, 200.000 trabajadores marcharon hacia el Palacio de Invierno portando retratos del zar e iconos sagrados. Llevaban consigo una petición en la que describían sus penurias y señalaban la opresión y la degradación bajo las que gemía toda la nación. Pedían una amnistía general, libertades civiles, la separación de la Iglesia y el Estado, la jornada de ocho horas, un salario mínimo, la entrega de tierras al pueblo y la convocatoria de una asamblea constituyente basada en el sufragio universal. Aunque le suplicaban devotamente, su súplica terminó con una brusca amenaza; las manos entrelazadas implorantes se convirtieron en puños cerrados:

«Estos son, Majestad, nuestros principales deseos. Dad la orden y jurad cumplirlos, y haréis a Rusia feliz y gloriosa, y vuestro nombre quedará grabado en nuestros corazones y en los de nuestros descendientes para la eternidad. Pero si no concedes ni atiendes nuestras súplicas, moriremos aquí, en esta misma plaza ante tu palacio [...] Que nuestra vida sea el sacrificio por Rusia, que ya ha sufrido demasiado. No lamentaremos entonces esa ofrenda, la haremos gustosos».

Hicieron su sacrificio. Marcharon hacia el palacio, directo a una trampa bien preparada. 2.000 hombres, mujeres y niños murieron fusilados, 4.000 resultaron heridos. Pero el baño de sangre que destinado a desterrar para siempre toda idea de rebelión de las mentes de la clase obrera rusa se convirtió en el bautismo de sangre de la revolución. Las salvas de infantería procedentes de la Isla Vasílievski<sup>77</sup> despertaron a todo el proletariado ruso. A finales de enero, una oleada de huelgas que involucró a más de un millón de trabajadores se extendió por toda Rusia. La revolución había comenzado.

Bajo la impresión aún reciente de los acontecimientos, Rosa Luxemburg escribió sobre esa "Peregrinación rogatoria del proletariado" (*Der Bittgang des Proletariats*), en *Neue Zeit* de febrero de 1905:

<sup>77</sup> Vassily-Ostrov (Васильевский остров) es una isla del distrito de San Petersburgo.



«La historia real es, como la naturaleza, mucho más extraña y rica en sus caprichos que la razón clasificadora y sistematizadora [...] La humilde “súplica” de las masas populares al Zar consistía en nada menos que pedir muy gentilmente a Su Sagrada Majestad que, en su calidad de monarca de todos los rusos, se decapitase con sus propias manos. Era una súplica al autócrata para que pusiera fin a la autocracia. Era el modernísimo ímpetu de clase de un proletariado maduro y sumamente serio aferrado a un pintoresco cuento de hadas. [...] Bastó con que las masas encendidas diesen con la idea, formalmente infantil, pero en realidad espantosa, de verse cara a cara con el padre de la patria y de querer hacer realidad el mito de un “reino o imperio social”, para que el movimiento se transformase con lógica de hierro en un combate a muerte de dos enemigos irreconciliables, en el conflicto entre dos mundos, en la batalla de dos edades de la historia.»

Rosa Luxemburg saludó con júbilo el despertar del pueblo ruso que, sobresaltado por la balacera frente al Palacio de Invierno, enardecido por los latigazos de los cosacos, se levantó por millones para organizar la primera huelga general de Rusia. Todo lo que había hecho hasta entonces –las investigaciones científicas, las polémicas intelectuales, la formación y organización de cuadros revolucionarios, la lucha tenaz contra las fuerzas Estatales, para llevar algo de esclarecimiento a los trabajadores– todo fuese guiado por la idea constante de revolución. Y ahora estaba ahí. Su poderosa fuerza la impulsaba al frente de combate, quería sumergirse en el gran océano de las masas que hacían historia en la gran encrucijada de aquel cambio de época.

Pero aunque no hubiera estado confinada en una cama de enferma durante largas semanas, como en aquel momento, sabía que no podía ceder a ese impulso. Había aprendido a controlar su ardiente temperamento y a no ceder a las inclinaciones románticas. Ahora pertenecía al estado mayor del partido, y las condiciones no favorecían todavía el traslado del cuartel general a Polonia. Las exigencias que se le planteaban no podían cumplirse en las trincheras, donde los acontecimientos locales del momento nublaban la visión del conflicto en su conjunto. Sus tareas consistían en interpretar el significado de los acontecimientos, definir los próximos objetivos del movimiento, examinar los medios y métodos utilizados en la lucha y enseñar aprendiendo. También implicaban una reconsideración de las líneas centrales que habían guiado a la socialdemocracia polaca y rusa en sus preparativos para la revolución, y su puesta a prueba frente a la realidad revolucionaria.

## La organización del partido

La socialdemocracia rusa había anhelado, esperado y profetizado esta contienda de dos mundos, esta batalla de dos edades de la historia. Sin embargo, desde el punto de vista organizativo, político y estratégico, no estaba preparada para ella. De hecho, cuando ya se estaban produciendo las escaramuzas previas de la revolución, los socialdemócratas se dividieron en dos partes que nunca podrían volver a unirse de nuevo y que finalmente conformaron dos corrientes enemigas irreconciliables.

La proclama inaugural de la socialdemocracia rusa en 1898 no había sido en realidad más que una definición: la tarea de crear un partido. Numerosos círculos pequeños y completamente autónomos seguían existiendo en toda Rusia con muy poca conexión entre sí y sin ninguna estabilidad ni unidad. Cuando Lenin abandonó Rusia, lo hizo con el objetivo de remediar esta situación. En 1900 se fundó el periódico *Iskra* (*Chispa*); su consejo de redacción estaba formado por los “viejos”, Plejánov, Akselrod y Vera Zassúlich, y los “jóvenes”, Lenin, Martov y Potresov. Más tarde, Trotsky se unió al consejo tras su fuga de su destierro en Siberia.

El objetivo principal de *Iskra* era preparar un nuevo congreso del partido, con el propósito de crear un partido realmente eficaz, bien organizado y con un programa marxista. Para ello, primero era necesario aclarar las cuestiones teóricas generales. Para empezar, saldar finalmente las cuentas con los *narodniki* (populistas), que se oponían al marxismo, negaban la inevitabilidad del desarrollo capitalista en Rusia y profesaban un socialismo utópico basado en la comunidad campesina. Mientras tanto, producto de las experiencias de las huelgas de 1896-97 surgiría dentro de los círculos marxistas rusos una nueva corriente que defendía la conclusión de que la socialdemocracia debía limitar sus actividades a organizar a la clase obrera para la lucha económica y a liderar esa lucha; limitándose políticamente a abogar por reformas sociales dentro del marco del régimen establecido. Sólo así, se decía, podría seguir siendo un movimiento puramente obrero. Además, la socialdemocracia debía dejar la lucha política general y la realización de la revolución burguesa a la burguesía, de modo que, tras la victoria de ésta, pudiera utilizar las nuevas bases para fundar un movimiento obrero según las líneas habituales de Europa Occidental. Ésta tendencia recibió el nombre de “economicismo”.<sup>78</sup>

<sup>78</sup> También traducido “Economismo”. «El viejo “economicismo”, el de 1894 a 1902, razonaba así. ‘Los populistas han sido refutados. El capitalismo ha triunfado en Rusia. Por consiguiente, no hay que pensar en revoluciones políticas’. Deducción práctica: “a los obreros, la lucha económica; a los liberales, la lucha política”...». V. I. Lenin, *Acerca de la naciente tendencia del “economismo*

El grupo *de Iskra*, y en particular Lenin, condenaron muy duramente estas ideas, considerándolas una negación de la naturaleza socialista y revolucionaria de la lucha de clases, en la que la lucha diaria por los salarios y las reformas sociales era sólo el medio para un fin, sólo la preparación de la clase obrera para tareas aún mayores. Para el grupo *Iskra*, la socialdemocracia debía despertar en la clase obrera de la conciencia de su misión: convertirse en la vanguardia de todas las clases oprimidas y en la protagonista precursora del progreso histórico en su conjunto, por encima de sus intereses inmediatos. Sólo la lucha política con objetivos revolucionarios daría al movimiento de los trabajadores un carácter socialista.

En estas discusiones teóricas Rosa Luxemburg se situó del lado de los *Iskristas*, aun cuando uno de los líderes de la corriente “economicista”, Krichevski, perteneciera a su círculo de amistades más íntimo en Zürich.

Sin embargo, se opuso con vehemencia a Lenin en relación a la forma organizativa que debía tener la socialdemocracia rusa. En varios artículos y en *¿Qué hacer?*, Lenin había tratado este punto, y parecía que el grupo de *Iskra* estaba completamente de acuerdo con él. Sin embargo en el verano de 1903, durante el segundo Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso celebrado en Bruselas y Londres, las fuertes controversias en relación a las concepciones organizativas defendidas por Lenin provocaron finalmente la división del partido. Una verdadera batalla homérica tuvo lugar en los interminables debates acerca del artículo 1.º del estatuto, una disputa que puede parecer absurda al lector europeo occidental de las actas y de la literatura publicada tras el Congreso del Partido. Éstas pueden dar la impresión de una lucha cuerpo a cuerpo por meras palabras, en un aterrador derroche de sutileza<sup>79</sup>.

Para entender estos debates, es necesario tener en cuenta el estado del movimiento socialdemócrata en aquel momento, con su inestable y anárquica red de círculos, y las condiciones en las que tenía que operar una organización partidaria ilegal bajo el absolutismo. Al mismo tiempo, es necesario comprender que en las discusiones sobre los Estatutos se estaban agudizando profundos antagonismos políticos, antagonismos que por entonces sólo podían intuirse pero

*imperialista*”. Escrito entre agosto-septiembre de 1916. Publicado en *Bolshevik*, n.º 15. 1929. [N. Ed.]

<sup>79</sup> Se consideraron dos formulaciones del Capítulo 1.º:

La propuesta de Mártov: “*Se considerará Miembro del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso a todo aquel que, aceptando su programa, trabaje activamente para llevar a cabo sus tareas bajo el control y la dirección de los órganos del partido*”.

La propuesta de Lenin: “*Se considerará Miembro del partido a todo aquel que acepte su programa y apoye al partido tanto de forma material como a través de la colaboración personal en una de las organizaciones del partido*”.

que no se expresaban aún con claridad en torno un único argumento. Lenin intuía que se avecinaban graves peligros y quería prevenirlos organizando el Partido con más firmeza. Era consciente de las tremendas tareas a las que se enfrentaría el Partido en la Revolución que se avecinaba, y quería convertirlo en un ferreo instrumento de lucha. Finalmente, estaba convencido de que sólo él, de entre todo el grupo de *Iskra*, sería capaz de dirigir el partido con la confianza y la determinación necesarias. La forma tan impersonal y objetiva con que llegó a esta conclusión explica su inflexibilidad en esta cuestión.

La redacción de las dos propuestas para el párrafo I de los Estatutos apenas deja entrever el antagonismo. Es cierto que MártoV proponía un Partido de contornos indefinidos de acuerdo con el estado real del movimiento, y con gran autonomía para los grupos locales; un partido de agitación que uniese amplia y flexiblemente a todos los que se definieran socialistas. Lenin, sin embargo, creía que era importante superar la autonomía y el aislamiento de los núcleos locales, y evitar así los peligros inherentes a la vulgarización excesivamente simplista y osificada de las ideas, e incluso su regresión política.

Quería un partido firme y estrechamente organizado que, como vanguardia de la clase, estuviese estrechamente ligado a ella, pero al mismo tiempo claramente delimitado; un partido jerárquicamente estructurado que incluyera diversos órganos (comités de partido, células de fábrica, círculos de formación política, etc.), pero cuyo núcleo estuviera formado por revolucionarios profesionales a tiempo completo. El Partido debía estar organizado desde arriba hacia abajo y dirigido por un Comité Central responsable únicamente ante el Congreso del Partido y con poderes políticos y organizativos casi ilimitados. Esa omnipotencia del Comité Central fue subrayada aún más por la Comisión de Estatutos del Congreso, que le dio plenos poderes para organizar los Comités subordinados del Partido a su discreción, para disolverlos a voluntad y para decidir las tareas de los miembros de dichos comités (los revolucionarios profesionales). Al final, por tanto, incluso la responsabilidad del Comité Central ante el Congreso del Partido podía convertirse en una mera ficción.

En el Congreso, Martov venció a Lenin en este punto. Pero cuando el punto de vista radical prevaleció en los debates sobre el Programa del Partido, varios grupos reformistas abandonaron las sesiones del Congreso, y el grupo de Lenin obtuvo así la mayoría de los votos que determinaban los miembros de los órganos centrales. Poco después se produjo un cambio de alineación en estos órganos políticos: Plejánov se unió a MártoV, ayudándole así a obtener de nuevo la mayoría, la consecuencia de ésto fue la escisión del partido. De acuerdo con la

votación final del Congreso del Partido, quedaron definidas dos tendencias pasaron a llamarse bolcheviques (mayoritarios) y mencheviques (minoritarios).

Tras la escisión, Lenin publicó un libro, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, en el que criticaba enérgicamente las actas del Congreso del Partido y trataba en particular la cuestión organizativa. Lenin argumentó su punto de vista centralista con la mayor mordacidad. Parecía como si quisiera provocar a sus oponentes, e hizo declaraciones muy atrevidas, por ejemplo: «El Burocratismo contra el democratismo: eso es, de hecho, lo que significa el principio organizativo de la socialdemocracia revolucionaria frente al criterio organizativo de los oportunistas». Rosa Luxemburg respondió al libro de Lenin, simultáneamente en *Iskra* y en *Neue Zeit* (julio de 1904), con un artículo titulado “Cuestiones organizativas en la socialdemocracia rusa”<sup>80</sup>. En aquel momento, la obra apenas causó impresión en el movimiento obrero de Europa Occidental; a lo sumo, causó asombro por el hecho de que los rusos se pelearan por unas ideas tan peculiares. Más tarde adquirió gran importancia en los debates que tuvieron lugar en el movimiento obrero internacional tras la conquista del poder por los bolcheviques en Rusia.

Rosa Luxemburg estaba de acuerdo con Lenin en que el partido revolucionario debía ser la vanguardia de la clase obrera, organizado de forma centralista; en el que la voluntad de la mayoría se haría efectiva mediante una estricta disciplina en la acción. Pero rechazaba el centralismo a ultranza. En su opinión, la socialdemocracia era el primer movimiento político de la historia que contaba con la acción independiente de las masas. Por esto la socialdemocracia necesitaba un tipo de organización completamente diferente que el adoptado, por ejemplo, por las organizaciones blanquistas. Cuando Lenin caracterizó a los socialdemócratas revolucionarios como «jacobinos indisolublemente ligados a la organización del proletariado con conciencia de clase», olvidó, declaró ella, que el antagonismo entre socialdemocracia y el blanquismo no se agotaba en el contraste entre la organización y la conciencia de clase del proletariado, por un lado, y la conspiración de una pequeña minoría, por otro. La diferencia entre el blanquismo y la socialdemocracia consistía más bien en que no existía un nexo inherente entre la vida cotidiana de las masas populares y la actividad conspirativa del blanquismo. Por esta razón, el blanquismo podía, y de hecho debía, aislar su organización de las masas populares. Al mismo tiempo, las actividades de los blanquistas se basaban en un plan concebido idealmente de antemano, por el que los miembros de la organización se convertían necesariamente en instrumentos de una voluntad previamente determinada —un Comité Central investido de

<sup>80</sup> “*Problemas Organizativos en la Socialdemocracia*”, traducido y publicado en *El Sudamericano*, octubre 2020.

amplias atribuciones y que exigía la obediencia ciega de todos los órganos individuales:

«Las condiciones de la actividad socialdemócrata son fundamentalmente diferentes. Esta actividad elemental surge históricamente de la lucha de clases. Por tanto, se desarrolla de acuerdo con la lógica contradicción dialéctica en la que el ejército proletario recluta sus fuerzas en el curso de la propia lucha, y es en la lucha donde adquiere la conciencia de cuál es su misión. Organización, esclarecimiento y lucha no son, pues, momentos aislados, separados mecánica y cronológicamente, como los entendía el movimiento blanquista; sino sólo aspectos diferentes de un mismo proceso. Por un lado, aparte de los principios generales de la lucha, no puede haber una táctica de lucha socialdemócrata prefijada hasta el último detalle, que pueda ser impuesta a los miembros por un Comité Central. Por otra parte, el propio proceso de lucha en la creación de la organización provoca una fluctuación continua de la esfera de influencia socialdemócrata.

De ello se deduce que la forma organizativa socialdemócrata no puede basarse en la obediencia ciega y en la subordinación mecánica de los militantes del partido a un poder centralizado [...] El carácter del centralismo socialdemócrata debe ser, por tanto, esencialmente distinto del centralismo blanquista. Este centralismo socialdemócrata no puede ser otra cosa que la imperiosa concentración de la voluntad de la vanguardia ilustrada y combativa del proletariado frente a sus grupos e individuos por separado. Es, por así decirlo, un “auto-centralismo” de la sección dirigente del proletariado; es el gobierno de la mayoría dentro de su propia organización partidaria»<sup>81</sup>.

Rosa Luxemburgo consideraba que el poder absoluto del Comité Central suponía un peligro para el propio desarrollo de la lucha. La experiencia en Rusia y en otros países demostraba que toda nueva forma de lucha no había sido “inventada” por los dirigentes, sino que había surgido de la iniciativa creadora de las masas. «También en este caso, —escribió—, la acción inconsciente precedió a la acción consciente; la lógica del proceso histórico objetivo precedió a la lógica subjetiva de los que la soportaban». Hizo la significativa observación de que, en ese proceso, la dirección organizativa tendía *naturalmente* a desempeñar un papel fuertemente conservador. En principio desarrollará los nuevos métodos de lucha hasta sus últimas consecuencias, pero luego se convertirá en un baluarte contra nuevas innovaciones a gran escala. Un ejemplo especialmente claro de ello lo encontramos en la socialdemocracia alemana, cuya dirección ofreció una

<sup>81</sup> Rosa Luxemburg, *Die russische Revolution (La Revolución Rusa)*, p. 28

resistencia casi insuperable a cualquier intento de ir más allá de la rutina parlamentaria, elaborada hasta el último detalle, hacia nuevas formas de lucha:

«Sin embargo, esta inercia se explica en gran medida por el hecho de que también es muy difícil presentar los contornos y las formas tangibles de una situación política que aún no existe, es decir, imaginaria, en el vacío de la especulación abstracta. Además, para la socialdemocracia no es tan importante prever y elaborar fórmulas completas para la táctica futura como preservar en el partido una correcta apreciación histórica de cada forma de lucha prevaeciente, predecir un vivo sentimiento de la relatividad de la fase dada de la lucha y de la necesaria intensificación de los factores revolucionarios desde el punto de vista del objetivo final de la lucha de clases proletaria. Sin embargo, invertir a la dirección de un partido con tales poderes absolutos de carácter *negativo*, como quiere hacer Lenin, intensificaría de manera francamente artificial y peligrosa el conservadurismo necesariamente inherente a todo organismo de este tipo.»<sup>82</sup>

No cabe duda de que Rosa Luxemburg concedió especial importancia a estos argumentos en relación a Lenin. Ya entonces veía en él —y más tarde en los bolcheviques— una peligrosa rigidez en la argumentación, cierto escolasticismo en sus ideas políticas y una tendencia a ignorar el movimiento vivo de las masas, o incluso a coaccionarlas para que aceptaran planes tácticos preconcebidos. Esto violaba completamente su sentido dialéctico del proceso político. Ella había identificado tal rigidez y estrechez entre los guesdistas franceses y consideraba estas tendencias como un serio obstáculo para la acción política.

El propio Lenin estaba lo suficientemente seguro de sí mismo para no sucumbir a este peligro. Más tarde, al recordar los debates de 1903, admitió abiertamente en uno de sus escritos posteriores que había adoptado esa forma rígida y exagerada de argumentar para recalcar a sus seguidores las verdades políticas decisivas. En cualquier caso, cuando había que tomar grandes decisiones, demostraba una elasticidad táctica que no se habría sospechado por sus escritos. Sus camaradas, sin embargo, manifestaron esa inercia conservadora, denunciada por Rosa Luxemburg, en casi todos los momentos históricos en los que se les dejó tomar decisiones por iniciativa propia, por ejemplo, durante la formación de los soviets obreros en 1905 y al estallar la revolución en 1917 [antes del regreso de Lenin a Rusia].

<sup>82</sup> *Ibid*, p. 32.

Según Rosa Luxemburg, la única garantía para que la táctica socialista no se convirtiera en fórmulas rígidas era mantener vivas en el partido las fuerzas capaces de ejercer la crítica en el marco de los principios marxistas y asegurar un control efectivo de los órganos del partido desde abajo. Así llegó a la siguiente conclusión:

«El ultracentralismo defendido por Lenin nos parece, en todo su carácter, sostenido no por un espíritu creador positivo, sino por un estéril espíritu de vigilante nocturno. Su preocupación principal consiste, sobretodo en *controlar* la actividad partidaria más que en *fecundarla*, en *restringuir* el movimiento más que en *desemvolverlo*, en *importunar*lo más que en *unificarlo* (*Zusammenziehung*).»<sup>83</sup>

Rosa Luxemburg valoraba extraordinariamente el papel creador de las masas y creía que se podía realizar en el seno del partido permitiendo una libertad ilimitada de crítica a todos los órganos superiores del partido. Consideraba esta libertad de crítica como la forma de evitar la osificación, y como el resorte vivo en el que podrían curarse todas las insuficiencias del movimiento. En su opinión, era deber de la dirección del partido cumplir la voluntad de la mayoría e influir en la formación de esa voluntad mediante el uso de sus conocimientos mas profundos, pero no imponer su propia voluntad a la organización de forma dictatorial. Habló sin rodeos contra cualquier intento de que una dirección del partido omnipotente desempeñara el papel de una providencia divina: «Los errores cometidos por un movimiento obrero realmente revolucionario son históricamente inconmensurablemente más fructíferos y más valiosos que la infalibilidad del mejor “comité central” que jamás haya existido».<sup>84</sup>

## Lenin y Luxemburg

Lenin respondió en un artículo a las críticas que ella hizo de sus ideas en aquella época destinado a *Neue Zeit*. Curiosamente, no abordó el contenido positivo de su crítica, sino que se limitó a rebatir su validez. No era partidario del centralismo absoluto, sino de las reglas elementales necesarias en toda organización partidista imaginable. En su análisis, Rosa Luxemburg había ignorado el Congreso del Partido y los hechos de la lucha partidaria. La parte principal de su réplica estaba dedicada a las luchas internas del movimiento socialdemócrata ruso, y éstas fueron descritas de una manera que debió hacerlas totalmente ininteligibles para cualquiera que no estuviera familiarizado con el tema. No es de extrañar, por

<sup>83</sup> *Ibid*, p. 33.

<sup>84</sup> *Ibid*, p. 44.



tanto, que Kautsky, editor de *Neue Zeit*, se negara a publicar el artículo, que no apareció hasta dos décadas más tarde en la revista *Leninski Sbornik*.<sup>85</sup>

Posteriormente, Lenin ridiculizó a menudo la idea de Luxemburg de la “organización como proceso”. Sin embargo, él mismo estaba destinado a experimentar este hecho, a saber, que los cambios en las formas organizativas están sujetos al proceso de desarrollo del movimiento en su conjunto. Cuando la Revolución Rusa de 1905 conquistó la libertad de asociación, él mismo dio al partido una forma que tenía poco que ver con el ultracentralismo que había recomendado. Presionado por el gran aumento del número de miembros del partido, aceptó incluso el restablecimiento de la unidad del partido, y aunque la mayoría pasó así una vez más a manos de los oportunistas, se sometió a sus decisiones incluso en cuestiones muy importantes.

Esto nos lleva directamente a la cuestión de si la forma actual de gobierno en la Unión Soviética y la situación en los Partidos Comunistas son el resultado del principio organizativo de Lenin. En primer lugar, es necesario hacer algunas observaciones. El propio Lenin explicó que en su libro *Un paso adelante...* había exagerado deliberadamente su exigencia de centralismo para contrarrestar la anarquía reinante en el partido ruso en aquel momento. Cuando se establecieron las tesis organizativas para los partidos de la IIIª Internacional (Comunista) en 1920, insistió en que eran demasiado “rusas” para adaptarse a las condiciones de Europa Occidental. Y estas tesis se basaban, de hecho, en el “centralismo democrático” y preveían la libertad de crítica y el control de la dirección del partido desde abajo. Es cierto que cuando el Partido Comunista del propio Lenin conquistó el poder, el control centralista se ejercía muy enérgicamente, pero eso se debía a que la Guerra Civil [1918-21] exigía una organización cuasi militar del partido. Sin embargo, durante aquellos años en que Lenin estuvo al timón del Estado soviético, las grandes decisiones políticas no fueron dictadas en absoluto desde arriba, sino que se forjaron en vigorosas luchas intelectuales. Y Lenin, que alguna vez había escrito frívolamente sobre «la burocracia como principio de la socialdemocracia revolucionaria», finalmente llegó antes de su muerte a considerar la lucha contra la burocracia del Estado y del partido como una de las tareas más urgentes de la socialdemocracia, y dictó sus ideas al respecto como una especie de testamento.

<sup>85</sup> *Compendio Lenin*, 36 vols, Leningrado/Moscú 1925-59. Reimpreso en Rosa Luxemburg, *Ausgewählte Reden und Schriften (Discursos y escritos seleccionados)*, Dietz Verlag, Berlín oriental. 1951.

Un examen de toda la evolución desde 1903 llevaría a la siguiente conclusión: las viejas ideas ultracentralistas de Lenin tuvieron obviamente un efecto en la práctica de los bolcheviques en la medida en que ayudaron a superar las objeciones y la resistencia a un centralismo exagerado. Sin embargo, estos puntos de vista fueron modificados continuamente y en diferentes direcciones por las tareas y las condiciones de la lucha. También en este caso la realidad resultó ser más fuerte que cualquier teoría preconcebida. Y las grotescas formas de vida de las organizaciones comunistas oficiales del presente tienen su origen no tanto en una teoría creada hace décadas como en el declive de la Revolución Rusa, cuyo síntoma más importante ha sido la construcción de una burocracia de partido que ejerce un dominio ilimitado del poder el Estado y se guía por unas ideas sociales determinadas e intereses especiales singulares.

El papel sintomático de los puntos de vista organizativos de Lenin se ve así exagerado y distorsionado si se relacionan simplemente pasajes de sus escritos de 1902 y 1904 con los resultados de décadas de desarrollo. Por otra parte, hay que ser cauteloso a la hora de pensar que Rosa Luxemburg imaginaba el partido como una colección suelta de personas con ideas afines. Es cierto que apoyaba firmemente la libertad de expresar opiniones y críticas en el seno del partido como una necesidad vital, como la única forma segura de combatir los peligros de la rigidez y la degeneración, pero también subrayaba mucho que esta libertad tenía que estar limitada por los principios marxistas comúnmente compartidos en el seno del partido. Al mismo tiempo, valoró muy positivamente la unidad del partido y del movimiento obrero, y celebró el hecho de que en las filas de los socialdemócratas alemanes hubiera espacio para opiniones muy divergentes. «Un partido grande y serio no se divide por causa causa de artículos de periódico o fidelidades políticas aisladas.» Sin embargo, afirmaba que el acuerdo general sobre el objetivo final no era suficiente como base de la unidad del partido; también era necesaria una praxis política conjunta. Se opuso resueltamente «contra la indefinición de los límites entre el contingente central consciente de los objetivos y las masas populares no organizadas».

Se tomó muy en serio la cuestión del centralismo del partido; en la Internacional luchó contra todos los intentos de las fracciones parlamentarias de afirmar su autonomía y eludir el control y las decisiones políticas del partido en su conjunto, y ella misma fue muy enérgica a la hora de hacer respetar la voluntad del Comité Central en el partido polaco.

En esta primer controversia entre ella y Lenin –si se tienen en cuenta diversos factores de fondo–, se ponen de manifiesto las diferencias características entre estas dos grandes personalidades dirigentes. Luxemburgo subestimó el poder de la organización, sobre todo cuando las riendas de la dirección estaban en manos de sus oponentes. Confiaba demasiado en la presión de las masas revolucionarias para hacer cualquier corrección en la política del partido. La visión política total de Lenin antes de 1917 muestra rastros de influencias blanquistas poco claras y de un voluntarismo exagerado, aunque lo superó rápidamente cuando se enfrentó a situaciones concretas. Exagerando, puede decirse que Rosa se preocupaba más por el proceso histórico en su conjunto y derivaba de él sus decisiones políticas, mientras que la mirada de Lenin estaba más concentrada en el objetivo final y buscaba los medios para llevarlo a cabo. Para ella, el elemento decisivo era las mayorías populares; para él, el partido, que quería modelar como punta de lanza de todo el movimiento. Él aparece como el Jefe del estado mayor de un ejército bien formado, ella como abanderada al frente de una amplia línea de frente de un ejército de clase.

## **La naturaleza de la revolución de 1905**

La socialdemocracia rusa se había dividido en 1903, aparentemente por rivalidades personales y diferencias muy exageradas sobre la cuestión de la organización. Sin embargo, cuando la revolución se hizo realidad, se hizo evidente que detrás de la división había profundos antagonismos que hasta entonces sólo se habían sentido vagamente. Ahora era necesario que el movimiento se decidiera sobre el carácter, el objetivo y la estrategia de la revolución.

En términos generales, dentro y fuera de las filas socialdemócratas, estaba muy generalizada la opinión de que la Revolución Rusa sería una revolución burguesa, cuyo objetivo sería el derrocamiento del absolutismo y la conquista de las libertades democrático-burguesas. Pero bajo este postulado general se escondían profundas diferencias ideológicas. Las distintas agrupaciones democrático-burguesas, los social-revolucionarios y algunos teóricos del PPS se dejaron llevar por los acontecimientos, sin intentar ningún análisis más profundo de las condiciones sociales. La mayoría de los dirigentes mencheviques sacaron la conclusión generalizada de que, dado que la revolución en cuestión era burguesa, su dirección y, más tarde, el poder gubernamental pertenecían por derecho a la burguesía. La clase obrera debía limitarse a apoyar los esfuerzos de la burguesía por alcanzar el poder; más allá de eso, debía «ejercer una presión revolucionaria sobre la voluntad de la burguesía liberal y radical», y «obligar a las capas superiores de la sociedad a llevar la revolución burguesa a sus conclusiones

lógicas».<sup>86</sup> Así pues, pensaban que la tarea de la socialdemocracia consistía en presionar a la burguesía radical, pero que el propio movimiento debía permanecer en el marco de la política burguesa y no luchar con sus propias armas por los objetivos del proletariado, ni siquiera arrebatar a la burguesía la dirección de la gigantesca lucha. Cualquier intento de sobrepasar de estos límites resultaría fatal. Llevaría a la burguesía al campo de la reacción y con ello fracasar la revolución.

La izquierda socialdemócrata –los bolcheviques, Parvus, Trotsky, Rosa Luxemburg y Kautsky (que estaba fuertemente bajo su influencia)– reprochó a los defensores de esta táctica por utópica y reaccionaria. Examinaron las experiencias de revoluciones anteriores y señalaron que la gran Revolución Francesa fue guiada a la victoria sólo porque bajo la dirección jacobina el elemento plebeyo –las masas pequeño-burguesas y proletarias del pueblo– tomó el poder y arrancó el feudalismo de sus raíces más profundas incluso contra la oposición de la propia burguesía. La Revolución de 1848 en Alemania fracasó precisamente porque la burguesía, temerosa del proletariado, que apenas daba sus primeros pasos políticos vacilantes, se alió con el absolutismo justo después de la primera tormenta salvándolo de la destrucción. La burguesía rusa estaba todavía más dispuesta a seguir el mismo curso, y además muy rápidamente, porque entretanto, desde 1848, la fuerza del proletariado internacional e incluso del proletariado ruso habían crecido enormemente.

Esta experiencia histórica sugería que la Revolución Rusa sólo podría triunfar si el proletariado lograba hacerse con la dirección, con la hegemonía. El análisis de la situación concreta no podía sino confirmar este punto de vista. El imperio zarista albergaba en su seno las contradicciones sociales más flagrantes. En la agricultura existía una gran variedad de métodos de producción, desde el minifundio labrado con el arado de madera medieval hasta la moderna explotación a gran escala del terrateniente “liberal”. En las ciudades existía una pequeña burguesía que nunca había conocido el apogeo de su *status* profesional, porque no podía competir con la artesanía cacera de los campesinos; y simultáneamente la moderna y concentradísima industria moderna<sup>87</sup> que, como un semillero, había sido especialmente fomentada por el absolutismo.

<sup>86</sup> A. S. Martynov, *Dos dictaduras*, 1904.

<sup>87</sup> La preocupación industrial a gran escala estaba relativamente mucho más desarrollada en Rusia que en Alemania, que marchaba a la cabeza de los países capitalistas de Europa. Así lo demuestra la siguiente comparación:

Empresas:	Imperio Alemán Censo 1895		Rusia Censo 1902	
	Nº de empresas	Obreros	Nº de empresas	Obreros
51-1.000 trabajadores	18.698	2.595.536	6.334	1.202.800
más de 1.000 trabajadores	255	448.731	458	1.155.000

Incluso de este esbozo de la estructura económica rusa se desprenden diferencias significativas en las actitudes de clase en comparación con situaciones revolucionarias anteriores. Con mayor rapidez que en Occidente, el liberalismo burgués desapareció y la burguesía tuvo que buscar un acuerdo con los antiguos poderes debido a su estrecha relación con el régimen absolutista y por temor a la clase obrera. La pequeña burguesía urbana no estaba en absoluto en condiciones de desempeñar el papel dirigente que había tenido en las revoluciones anteriores. Carecía de voluntad política y vegetaba de forma apagada y perezosa; lo más que cabía esperar era que se dejara arrastrar por el ímpetu de la revolución. En otros países y en épocas anteriores, la labor de educar políticamente a la clase obrera había sido realizada por la pequeña burguesía, pero en Rusia había sido llevada a cabo por la intelectualidad revolucionaria, organizada en los diversos partidos socialistas. El campesinado, por su parte, ansiaba la tierra y luchaba por liberarse de las opresivas cargas del absolutismo; era, por tanto, revolucionario. Sin embargo, la acción campesina se limitaba necesariamente al ámbito local. El campesinado no podía asumir la dirección de toda la lucha; al contrario, él mismo necesitaba un liderazgo. Y Rosa Luxemburg previó que, una vez satisfechas sus urgentes necesidades sociales, caería presa de la reacción. Así pues, la única clase capaz de llevar adelante la revolución hasta el final era la clase obrera. Es cierto que en relación con la población total de Rusia era más débil que la clase obrera de los países capitalistas a gran escala. Pero al menos estaba concentrada en grandes contingentes en enclaves políticamente cruciales y de hecho ya había demostrado su fuerza en luchas de proporciones gigantescas. Además, las relaciones sociales internacionales también tuvieron su efecto en Rusia. El hecho de que la burguesía occidental hubiese renunciado a la lucha por las ideas liberales y desertado al campo de la reacción solo podía abalar la resolución de la burguesía rusa. Al mismo tiempo, la actitud de la clase obrera rusa reflejaba el vigor y la madurez del proletariado internacional. De estas consideraciones Rosa Luxemburg dedujo la siguiente conclusión:

«Claro está que los objetivos inmediatos del actual levantamiento ruso no van más allá de una concepción democrático-burguesa del Estado y el resultado final de la crisis, que muy probablemente se prolongará durante bastantes años en un movimiento de flujo y reflujo, no será posiblemente más que una lamentable reestructuración constitucional. Y a pesar de esto, la revolución que está condenada a dar a luz esta monstruosidad política.»

«La Revolución Rusa, formalmente hablando, producirá en Rusia lo que las Revoluciones de Febrero y Marzo [1848] produjeron en Europa Occidental y Central hace medio siglo. Al mismo tiempo, sin embargo –y sólo porque es un fragmento tardío y rezagado de las revoluciones europeas– es un tipo muy especial en sí misma. Rusia entra en la escena revolucionaria mundial como el país políticamente más atrasado. Precisamente y sólo por esta razón, contrariamente a todas las opiniones generalizadas, la revolución es la portadora más significativa del carácter clasista proletario de todas las revoluciones que ha habido hasta el momento.<sup>88</sup>»

Así, Rosa Luxemburg era mucho más escéptica que los mencheviques en su estimación del resultado probable de la revolución. Pero esto no mermaba su resolución. Valoraba más el proceso revolucionario en sí que su resultado inmediato; por primera vez el proletariado desempeñaría el papel dirigente y decisivo, y sus intereses y sus métodos de lucha determinarían el carácter de la revolución. Por tanto, planteó a la clase obrera la tarea de actuar, no como tropa auxiliar del liberalismo, sino como vanguardia del movimiento revolucionario y como clase que, aunque determinaba su política sin dejar de depender de las demás clases, derivaba, no obstante, esa política exclusivamente de sus propias tareas e intereses de clase. Así, en una revolución *formalmente* burguesa, la contradicción entre sociedad burguesa y absolutismo sería suplantada por el antagonismo entre orden social burgués y proletario.

El carácter de la revolución se expresaría también en el objetivo estratégico planteado por el partido socialista, es decir, en la cuestión del gobierno revolucionario. Para los mencheviques estaba claro que, tras el derrocamiento del zarismo, este gobierno revolucionario sólo podía ser un gobierno burgués. En la conferencia de su partido en mayo de 1905 explicaron que tenían que adoptar una posición que, en la lucha contra la política inconsistente y egoísta de los partidos burgueses, les protegiera de ser absorbidos por la democracia burguesa. Por tanto, la socialdemocracia no debía aspirar a hacerse con el poder en el gobierno provisional ni a compartirlo con otros, sino que tenía que seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria más radical. Esta actitud, creían los mencheviques, era prueba de su adhesión singularmente firme a los principios marxistas, y apelaban a la resolución adoptada por el Congreso de Amsterdam de la Internacional en 1904, que había condenado el “ministerialismo”, y el ejercicio de atribuciones ejecutivas mediante la participación de los socialdemócratas en el gobierno de los Estados burgueses. Citaban con tono de advertencia la observación de Engels de que si los socialistas llegasen al poder en una situación

<sup>88</sup> Rosa Luxemburg, *Neue Zeit*, enero de 1905

poco madura, podrían: «aún en interés del propio movimiento, apoyar los intereses de otra clase, ajena a ellos, y engatusar a su propia clase con trampas y promesas, confundidos de que los intereses de esa clase ajena son en realidad sus propios intereses. Quienes caigan en esta tortuosa posición estarán irremediablemente perdidos.»<sup>89</sup>

La actitud y la argumentación de los mencheviques parecían audazmente radicales y rigurosamente principistas hasta un grado extremo. Esto, sin embargo, es un excelente ejemplo de cómo un principio táctico, que imparte un carácter definido a una política en una situación histórica definida, puede tener la significación y el efecto opuestos en otra situación, básicamente distinta.

Fue Lenin quien desenmascaró a los mencheviques y los expulsó de su parapeto pseudo “marxista”. ¿Cómo era posible que alguien pudiese equiparar la participación de la clase obrera en una revolución democrática y en sus órganos de poder, con su participación en un gobierno que se opone a una revolución socialista? La advertencia de Engels, sin embargo, sólo debería servir para proteger a los marxistas de una evaluación equivocada de la situación general; ayudaría a limitar los objetivos y la propaganda a lo prácticamente alcanzable. Lenin veía la posibilidad de esto en una «dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado», en un gobierno revolucionario compuesto por socialistas y representantes de un partido campesino (que sin duda habría de constituirse); tal gobierno crearía dictatorialmente las bases de un Estado democrático-burgués.

Parvus, Trotsky y Rosa Luxemburg estaban completamente de acuerdo con los esfuerzos de Lenin por contrarrestar el programa menchevique de abstención total de la participación gubernamental. Pero se separaron de él por los objetivos. Consideraban su “dictadura democrática” como un intento de forzar violentamente el proceso revolucionario en el curso deseado. Con el asentimiento de Trotsky, Parvus anunció: «El gobierno proletario-revolucionario será un gobierno de la clase obrera. Si la socialdemocracia está a la cabeza del movimiento revolucionario del proletariado ruso, entonces este gobierno será socialdemócrata».

Rosa Luxemburg definió su actitud básica ante estas cuestiones en artículos aparecidos en la publicación polaca *Przegląd Socjal-demokratyczny* (*Revista*

<sup>89</sup> Friedrich Engels, *Der Deutsche Bauernkrieg* (*La guerra campesina en Alemania*), Berlín 1908, p. 106. [El libro n.º 130 en ésta *Colección Socialismo y Libertad*.]

*socialdemócrata*). En su opinión, la consigna de Lenin no podía hacerse realidad, sobre todo por dos razones. Ciertamente tenía razón al oponerse a los mencheviques por su escolasticismo encorsetado al considerar al campesinado simplemente como una clase reaccionaria, contraria a las realidades de la experiencia rusa. Sin embargo, pasó por alto la gran diferenciación social dentro del campesinado como clase, y también el hecho de que ciertamente, y probablemente muy pronto, se apartaría de la revolución. Sobre todo, Lenin se equivocó con respecto a la actitud de la clase obrera. Ningún poder sobre la tierra podría impedir que el proletariado utilizara su autoridad política para sus propios intereses, independientemente de los límites del orden social burgués. Un gobierno de socialistas que intentara confinar la actividad de la clase obrera dentro de estos límites tendría necesariamente que tomar la lucha contra su propia clase, preparando inevitablemente el camino para la contrarrevolución.

Por este motivo, la socialdemocracia debía buscar aliados entre el campesinado y confiar en su acción revolucionaria para lograr el derrocamiento del absolutismo. Además debía asumir el poder ejecutivo en sus propias manos, armar inmediatamente a las masas revolucionarias del pueblo y organizar a la clase obrera armada en unidades militares. Rápidamente y por medios dictatoriales tenía que llevar a cabo todas las medidas fundamentales necesarias para la transformación política y económica de la sociedad. Una vez hecho esto, se podía convocar una asamblea constituyente por sufragio general. Además, mientras este parlamento elaboraba la constitución, el gobierno revolucionario debía asegurarse el poder dictatorial y las masas populares debían permanecer armadas para impedir que el parlamento se deslizara por la vía contrarrevolucionaria y, eventualmente, para actuar contra el parlamento. Pensaba en las experiencias del largo Parlamento durante la Revolución Inglesa y de la Convención Nacional durante la Revolución Francesa. Sin duda, en general no era partidaria de encorsetar los objetivos políticos en una fórmula rígida, ya que los consideraba siempre el resultado de un complejo proceso de desarrollo. Sin embargo, probablemente para diferenciarla de la “dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado” de Lenin, acuñó la consigna: “dictadura revolucionaria del proletariado apoyada en el campesinado”.

A Rosa Luxemburg no le cabía la menor duda de que las condiciones en Rusia aún no estaban lo suficientemente maduras como para que el proletariado retuviera indefinidamente el poder político en sus manos. Sin embargo, el derrocamiento del absolutismo sólo le parecía posible como resultado de la victoria del proletariado como clase, que conduciría inevitablemente a la toma del poder. Y el absolutismo sólo podía ser derrocado si la clase obrera y su partido dirigente



orientaban toda su política hacia este objetivo. Indudablemente, una vez en posesión del poder, la clase obrera aplicaría medidas que romperían las barreras del orden social burgués, apuntalando así su fuerza y entrando en conflicto con las “posibilidades” sociales. Esta política provocaría la hostilidad de las demás fuerzas sociales y acabaría sucumbiendo a la contrarrevolución. La única manera de evitar este destino sería abandonar por completo la política revolucionaria. Sólo sometiéndose serena y resueltamente a estas necesidades históricas, la socialdemocracia podría llevar la revolución a la victoria, liberar a la sociedad rusa de las trabas del atraso, tener una influencia progresiva más allá de las fronteras de Rusia y aportar conquistas duraderas al movimiento obrero internacional.

## **Escaramuza en la retaguardia**

Los acontecimientos de 1905 confirmaron paso a paso esta audaz concepción. Durante todo ese año la clase obrera dictó a todas las demás fuerzas sociales las pautas a seguir. Inmediatamente después del ‘Domingo Sangriento’, el 22 de enero, surgieron poderosas oleadas de huelgas políticas de masas en toda Rusia. En nombre de toda la sociedad, la clase obrera levantó el puño contra el absolutismo. En todas partes la exigencia de libertades civiles y de una Asamblea Constituyente se extendieron como un reguero de pólvora. Tomadas por sorpresa, las autoridades parecían completamente indefensas ante esta irrupción. La victoria parecía cercana. En Varsovia se levantaron barricadas. Pero éste era sólo el principio. La gigantesca ola de huelgas políticas se dividió en innumerables riachuelos de pequeñas huelgas que ya no perseguían grandes objetivos políticos, sino puramente económicos: salarios más altos, jornadas laborales más cortas, y mejores condiciones de trabajo. La antinomia entre sociedad burguesa y absolutismo fue sustituida por la contradicción proletariado y capital.

En marzo, el movimiento recibió un nuevo impulso como consecuencia de las derrotas de los ejércitos zaristas en Manchuria. La clase obrera arrastró a sectores cada vez más amplios de la población a la vorágine revolucionaria. En todas los rincones del imperio estallaron huelgas obreras, acompañadas de huelgas estudiantiles. Los campesinos incendiaban las propiedades de los terratenientes. En Tiflis, las tropas se amotinaron por primera vez. En abril, los marineros de la Flota del Báltico se manifestaron en San Petersburgo. En las provincias bálticas estallan disturbios campesinos. El 1<sup>ro</sup> de mayo se registraron grandes huelgas y manifestaciones en las ciudades industriales. En aquel mes se producen enfrentamientos entre manifestantes y militares en Varsovia y Kalisz, la destrucción de la flota rusa por los japoneses en el estrecho de Tsushima, la fundación de la «Unión

del Pueblo Ruso» (los famosos *Cien Negros*) y pogromos. En junio, una huelga general y luchas con barricadas en Varsovia; la insurrección del acorazado *Potemkin*, el motín de las tropas en Libau, Riga y otros lugares; disturbios campesinos y atentados. En julio se produjo un motín en Jherson [Ucrania], huelgas de ferroviarios y disturbios campesinos en las provincias bálticas. En agosto, el ministro del Interior, Bulygin, publicó un manifiesto en el que anunciaba la convocatoria a una Duma (Consejo de Estado) con derechos extremadamente limitados y la concesión de un sufragio que excluía al grueso de los obreros y campesinos. En septiembre, la socialdemocracia rusa decide boicotear la Duma. En octubre estalló una huelga general política que comenzó en Moscú, se extendió a millones de personas y paralizó la vida económica y el aparato del Estado durante semanas, culminando en la primera gran victoria: el 30 de octubre el zar hizo público un manifiesto en el que proclamaba la introducción de ciertas libertades civiles y la convocatoria de una Duma basada en el sufragio indirecto por distritos.

Durante este periodo, todo el imperio zarista se convirtió en un caldero burbujeante en el que todas las fuerzas sociales –obreros, campesinos, estudiantes y soldados– llegaron al punto de ebullición. Pero ¿dónde estaba la burguesía, supuestamente destinada a tomar la iniciativa y liderar la obediencia de las demás clases en esa revolución burguesa? Solo se la podía encontrar trotando en la retaguardia, desgarrada entre el miedo y la esperanza, enredada en peticiones y congresos cuya crónica es tan insignificante que la historia apenas ha tomado nota de ellas. La clase obrera era la fuerza dirigente, barriendo y arrastrando todo a su paso, y la huelga general era el arma eficaz de la revolución. La hegemonía del proletariado se manifestó en la formación del Soviet de Diputados Obreros de San Petersburgo (26 de octubre), que se convirtió en la dirección central de la lucha y, al mismo tiempo, demostró ser el embrión de los futuros órganos públicos del poder revolucionario. Para ese momento, las predicciones de los socialistas de izquierda se habían cumplido de forma asombrosamente dinámica y contundente. ¿Y los mencheviques? Sus dirigentes se mostraron escépticos y se dejaron llevar por la corriente, pero los militantes de base cooperaron con los bolcheviques en miles de comités, y juntos impulsaron y guiaron el movimiento.

Rosa Luxemburg vivía entonces en Berlín y trabajaba con todas sus energías a

pesar de su mala salud. Aunque algunos de los planes que mencionaba en sus cartas no pudieron llevarse a cabo, sus logros durante esos meses fueron notables. Estudió de cerca los acontecimientos políticos para aprender de primera mano del proceso histórico. En una serie de panfletos y artículos escritos en idioma polaco interpretó y explicó el significado de los acontecimientos históricos contemporáneos para quienes los estaban viviendo y protagonizando. A partir de fenómenos caóticos y contradictorios creó una imagen clara, indicando las próximas etapas del desarrollo, combatiendo enérgicamente las ilusiones y las ideas erróneas que prevalecían en el campo revolucionario, poniendo freno al romanticismo y la impaciencia, utilizando las aún escasas experiencias de las luchas iniciales para resolver cuestiones tácticas candentes con intuición creativa y concentrar la voluntad del partido en las tareas más urgentes.

Al mismo tiempo, ella actuó con más energía que de costumbre en el movimiento proletario internacional y en el movimiento alemán, con el fin de esclarecer el significado de los acontecimientos rusos para el movimiento obrero en su conjunto. La revolución rusa había fortalecido la conciencia revolucionaria de los obreros alemanes predisponiéndolos a la acción. En enero, los mineros de la cuenca del Ruhr, que durante 15 años se habían sentido indefensos ante el poder abrumador del capital, se declararon en huelga. Fue una gran lucha en torno a reivindicaciones puramente económicas, pero tuvo sin embargo un carácter político, porque apuntaba más allá de los Stinnes y Thyssen, al propio Estado, y al cabo de cuatro semanas logró arrancar al menos una promesa de reformas serias. Los trabajadores alemanes se vieron impulsados por una intensa sed de información sobre la Revolución Rusa. En todo el país querían escuchar a Rosa Luxemburg y la serie de innumerables reuniones y conferencias en las que habló como vocera de la Revolución Rusa se convirtió en una gira triunfal. Debido a la presión de las masas entusiastas, ahora se le permitía hablar incluso en plataformas sindicales, lo que hasta entonces había sido territorio vedado para ella. Clara Zetkin contribuyó en gran medida a hacer posible la conquista de su amiga; con la misma energía se había lanzado a la vanguardia de la labor de propagación de las ideas de la Revolución Rusa.

Otro resultado de los acontecimientos en Rusia fue que el viejo antagonismo entre reformistas y radicales estalló de nuevo, pero esta vez estos últimos tomaron la ofensiva. La derecha socialdemócrata reveló una incapacidad sintomática para comprender los problemas de la Revolución Rusa. Sus portavoces estaban, por supuesto, entusiasmados con ella, pero aunque se enorgullecían de su marxismo, no eran capaces de interpretar la revolución en términos de lucha de clases. La consideraban una consecuencia del "alma rusa". La justificaban sólo

como un caso excepcional, como una lucha contra un régimen despótico, pues consideraban que tal lucha carecía de sentido en un Estado constitucional asentado sobre una base jurídica estable. En otras palabras, decían que la Revolución Rusa no era más que un espectáculo interesante para los demócratas europeos, y que no tenían por qué sacar de ella ninguna conclusión sobre su propio futuro. La política de la socialdemocracia rusa, partido hermano en la Internacional, era un libro cerrado para ellos. Reconocieron su simpatía por los cadetes liberales (demócratas constitucionales) y los socialrevolucionarios. Apenas si prestaban atención a las enérgicas acciones de las masas proletarias, pero se entusiasaban con los golpes efectistas de atentados a gobernadores y grandes duques.

Rosa Luxemburg se sintió profundamente provocada por el antagonismo de estas opiniones con sus propias ideas. Se burlaba de los que pretendían captar el sentido de la revolución

«con frases sobre témpanos agrietados; estepas interminables; almas apáticas, dolientes y cansadas y otras estrepitosas expresiones literarias dignas de un periodista burgués cuyo conocimiento de Rusia se deriva de la última representación de la obra de Gorki, *Los bajos fondos*, o de un par de novelas de Tolstoi y que se extiende glosando los problemas sociales de ambos hemisferios con una fatuidad ecuánime y bienintencionada.»

Le causó un profundo disgusto que esas insípidas tonterías engrosaran las columnas de *Vorwärts*. Y debió de alegrarse mucho cuando su crítica, meramente incidental, desencadenó una batalla medio en broma, medio en serio, sobre el materialismo dialéctico y la concepción “ético-estética” de la historia, en la que sus amigos Mehring y Kautsky llevaban la voz cantante.

Para ella era más importante extraer lecciones de la experiencia rusa, que podría servir para la lucha del proletariado de Europa Occidental en un futuro previsible. La gran lección de la Revolución Rusa estaba contenida en la huelga política de masas, y Rosa Luxemburg esperaba que diera sus frutos en la siguiente etapa del movimiento obrero alemán y de Europa Occidental. Desde hacía años se esforzaba por obtener el reconocimiento de esta arma, pero sin lograr una impresión especialmente profunda. Ya en 1904, el Congreso del Partido alemán había rechazado una moción de Karl Liebknecht<sup>90</sup> y Clara Zetkin para examinar la viabilidad de esta forma de lucha. Pero ahora, debido al ejemplo ruso, las masas

<sup>90</sup> “En Favor de la Huelga Política de Masas”, «La Huelga de Masas: ¡El Método de Lucha Específicamente Proletario! Contribución a la discusión de la propuesta 110(2) del Congreso del SPD celebrado en Bremen en 1904.»

trabajadoras se mostraron receptivas a la idea, y se inició un gran debate sobre la cuestión. En vano los dirigentes sindicales trataron de impedir este “juego con fuego”. El Congreso Sindical de Colonia (mayo de 1905) condenó casi unánimemente la idea de la huelga de masas. Sin embargo, el Congreso del SPD celebrado en Jena en otoño de 1905 promovió la huelga política como un arma que, en determinadas condiciones, podía ser empleada incluso por la clase obrera alemana.

La resolución del Congreso del Partido de Jena fue una victoria para Rosa Luxemburg. Pero no la satisfizo. A pesar de que el auge de la militancia del partido se manifestó con fuerza, el contenido positivo de la resolución quedó muy por debajo de sus expectativas, ya que estaba totalmente orientado a salvaguardar el parlamentarismo. Por otra parte, el círculo de camaradas más cercanos a ella resultó ser muy reducido. Ni siquiera Bebel era uno de ellos. En su discurso en el Congreso de Jena, Rosa Luxemburg declaró, entre otras cosas:

«Cualquiera que escuche aquí las intervenciones anteriores en el debate sobre la cuestión de la huelga política de masas debe tener ganas de agarrarse la cabeza y preguntarse: “¿Estamos viviendo realmente en el año de la gloriosa Revolución Rusa, o llevamos diez años de retraso?”.

[...] Las revoluciones anteriores, especialmente la de 1848, han demostrado que en situaciones revolucionarias no hay que contener a las masas, sino a los parlamentarios y abogados, para que no traicionen a las masas y a la revolución. [...] Frente a toda esta medicocridad debemos decirnos a nosotros mismos que para nosotros las palabras finales del *Manifiesto Comunista* no son una mera frase bonita para utilizar en reuniones públicas, sino que hablamos muy en serio cuando gritamos a las masas: “Los obreros no tienen nada que perder, salvo sus cadenas; tienen un mundo entero que ganar”<sup>91</sup>.

Sus palabras irritaron a Bebel, hasta el punto de que protestó irónicamente: “Al escuchar todo eso, no pude evitar echar un par de miradas a la punta de mis botas para ver si no estaban ya manchadas de sangre”. De vez en cuando, el viejo soldado se revelaba como el escurridizo sindicalista que siempre había sido en realidad. Es interesante señalar, por cierto, que el fiscal utilizó estas mismas palabras como prueba para acusar a Rosa Luxemburg de incitación a la violencia, y un año más tarde fue condenada a dos meses de prisión por el tribunal de Weimar (*Landgericht*) por este delito.

<sup>91</sup> R. Luxemburg, *Ausgewählte Reden und Schriften* II (*Escritos y discursos escogidos*, t. II), p. 244.

Sin embargo, la Revolución Rusa había encendido las pasiones incluso dentro del Comité Ejecutivo del Partido. Bajo la presión de la organización del distrito de Berlín, que estaba profundamente descontenta con los titubeos de *Vorwärts*, se atrevió, por primera vez, a arremeter contra la derecha. Seis redactores de la revista, con Kurt Eisner y Gradnauer (antiguo enemigo de Rosa Luxemburg) a la cabeza, fueron despedidos y sus puestos ocupados por radicales, entre ellos Rosa Luxemburg. Leo Jogiches, que por entonces dirigía el movimiento polaco desde Cracovia, recibió una carta de Rosa Luxemburg en la que le expresaba sus dudas sobre la nueva redacción:

«Los recién llegados son peores escritores, pero con más «garra», al menos serán *“kosher”*. Es la primera vez desde que el mundo es mundo que *Vorwärts* experimenta con la formación de un gabinete de redacción completamente radical. Ahora los izquierdistas tienen que demostrar que la izquierda tiene capacidad de gobernar (*regierungsfähig*)...»

De hecho, demostraron ser demasiado “capaces de gobernar”, es decir, demasiado leales a la línea oficial del partido, para complacer el gusto de Rosa a largo plazo. Pero antes de que esto se hiciera demasiado obvio, la propia Rosa estaba activa en un campo de batalla muy diferente.



IMAGEN DE VARSOVIA CERCA DEL AÑO 1900

## 6. En la línea de fuego

### Varsovia

«Rosa Luxemburg, esa gallarda y heroica mujer, no cree correcto exponerse a los peligros de la revolución proletaria, pero seguirá predicando la revolución con esa chirriante retórica suya... Rosa Luxemburg no arriesgará su propio cuello, asunto que consideramos bastante comprensible y humano. Pero, ¡qué descaro que una mujer polaca, que tiene buen cuidado de evitar los peligros en su patria, incite a los trabajadores alemanes a la revolución! ¿Qué haría esta galante dama en el improbable caso de que sus discursos y artículos desencadenasen realmente una insurrección en Alemania? ¿Se quedaría aquí o se marcharía a como refugiada otro lugar de la escena “internacional”?»

Así escribía el pastor Friedrich Naumann en su periódico *Die Hilfe (La ayuda)*, el mismo hombre que años antes, muy lejos del teatro de operaciones, había incitado a los “portadores de la cultura alemana” (*Kulturträger*) a realizar actos de vandalismo contra los chinos. Durante meses, la arenga “¡A Polonia!”, recorrió la prensa alemana; ampliamente aceptada por los reformistas, que aun repetían el estribillo mucho después de que Rosa se incorporase de forma activa al frente revolucionario.

En cuanto se cumplieron dos condiciones –una mejora suficiente de su salud y una situación que exigía la presencia de la dirección del partido directamente en el campo de batalla– ella abandonó Alemania. Lo hizo en contra de los deseos de sus propios camaradas y a espaldas del Comité Ejecutivo del SPD, que, por razones políticas y personales, difícilmente la habría dejado partir. Utilizando el pasaporte de una camarada berlinesa, Anna Matschke, cruzó clandestinamente la frontera con la Polonia rusa a finales de diciembre de 1905.

Fue un viaje lleno de riesgos. En Rusia se libraba la lucha decisiva entre la revolución y el absolutismo. Cuando quedó claro que detrás del Manifiesto de Octubre del zar no había más que la necesidad de ganar tiempo para un nuevo ataque a las masas revolucionarias, la clase obrera recurrió por última vez a la huelga general. En Moscú había estallado un levantamiento. No había trenes circulando. El régimen zarista movilizaba todas las tropas que parecían aún leales y las concentraba contra las grandes ciudades.

En la frontera germano-polaca se interrumpió el tráfico ferroviario. Un intento de llegar a Varsovia por la línea directa vía Toruń y Aleksandrovo se malogró. Rosa tuvo que dar un gran rodeo a lo largo de la frontera hasta łowo. Allí también los trenes estaban parados. Y no había posibilidad de continuar el viaje a caballo, —lo que en cualquier caso habría sido una aventura muy peligrosa. Entonces se enteró de que un tren de tropas debía partir hacia Varsovia y decidió viajar en él. Fue la única civil apretujada entre soldados y armas que debían hacer entrar en razón a la rebelde ciudad de Varsovia. A pesar del intenso frío de diciembre, el tren no tenía calefacción. Tampoco estaba iluminado, para evitar, en la medida de lo posible, ser descubierto por la población. Avanzaba a gatas, por miedo a descarrilar; existía la posibilidad de que los trabajadores en huelga destruyeran la vía. Cuando el tren pasaba por las estaciones, se veían soldados preparados. Y en estas condiciones de continua tensión nerviosa, Rosa tuvo que enfrentarse a la posibilidad de ser descubierta en cualquier momento durante los dos días que duró el viaje. Así sucedió que la contrarrevolución llevó a la dirigente de la revolución con custodia militar hasta su objetivo.

Varsovia estaba bajo la ley marcial. En el centro de la ciudad reinaba un silencio sepulcral. Los soldados patrullaban por todas partes. Los obreros continuaban en huelga general, pero ésta terminó sin alcanzar sus objetivos. El levantamiento de Moscú fue aplastado. Sin embargo, Rosa Luxemburg estaba llena de confianza. Escribió a Kautsky el 2 de enero:

«En todas partes se respira vacilación y una actitud expectante. La causa de todo esto, sin embargo, es la simple circunstancia de que la *mera huelga general como tal (blosse Generalstreik) ha cumplido su papel*. Ahora solo la lucha callejera directa y general puede decidir las cosas, pero aún no estamos preparados para ello.»

Todavía nadie a ambos lados de las barricadas reconocía que en ese momento el punto álgido de la revolución ya había pasado. Todas las reuniones públicas estaban prohibidas. Sin embargo, los obreros se reunían en las fábricas sin interferencias y escuchaban a los agitadores de los diversos partidos, pues las fábricas eran sus bastiones. Las organizaciones obreras están prohibidas. Sin embargo, los sindicatos crecían a pasos agigantados. Los periódicos revolucionarios estaban prohibidos, pero el periódico del movimiento socialdemócrata polaco, *Czerwony Sztandar* (Bandera Roja), aparecía a diario. Se imprimía en secreto por equipos de tipógrafos clandestinos, y con frecuencia se cambiaba la localización de las imprentas. A menudo, las imprentas comerciales eran asaltadas y la impresión del periódico se llevaba a cabo por la fuerza, incluso a punta de pistola.



A veces, para mantener las apariencias, incluso los impresores que estaban dispuestos a hacer el trabajo exigían que también ellos fueran allanados y ‘coaccionados’. Y todos los días, a pesar de la policía y los militares, los chicos de los periódicos del proletariado recorrían las calles al grito de ‘*¡Czerwony Sztandar!*’.<sup>92</sup>

Sin embargo, las dificultades de los revolucionarios aumentaban cada día que pasaba. El fracaso de la huelga y la derrota del levantamiento en Moscú habían infundido nuevos ánimos a la reacción. El aparato del Estado volvió a consolidarse. La Policía, que había perdido la seguridad en medio de la atmósfera general, percibió las ligeras vacilaciones de los trabajadores y atacó con más energía. Las fuerzas represivas fueron empujadas por la prensa burguesa, que adoptó una postura rabiosa contra los revolucionarios. Las organizaciones socialdemócratas fueron acosadas, y casi a diario se producían redadas y detenciones policiales. A los detenidos se les amenazaba con fusilarlos. Los camaradas dirigentes estaban agobiados por una carga de trabajo aplastante: además de las arengas en las fábricas y en los cuarteles, y de publicar media docena de periódicos para satisfacer las diversas necesidades del movimiento, tenían que superar nuevas dificultades y adoptar nuevas medidas organizativas a cada hora. En esta caótica confusión Rosa Luxemburg consideró que su deber principal era ayudar al movimiento a lograr una comprensión de la situación en su conjunto, así como claridad en cuanto a los objetivos inmediatos. Para ello escribió un folleto titulado “*En la hora revolucionaria ¿Y ahora qué?*”<sup>93</sup>. (*Z doby rewolucyjnej. Co dalej?*), el tercero de una serie de tres ensayos en polaco bajo el mismo título. Los dos anteriores habían sido escritos en abril y mayo de 1905 en Berlín.

## La insurrección armada

El movimiento revolucionario había comenzado con más fuerza en Polonia que en el resto de Rusia. El nivel de industrialización era más alto y el antagonismo nacional contra el zarismo hacía más activa a la pequeña burguesía urbana. Las grandes manifestaciones comenzaron ya en marzo de 1904 y se fueron extendiendo mes a mes. La policía y el ejército actuaron contra el movimiento con esa especial brutalidad característica del dominio extranjero. En otoño de 1904, el PPS (Partido Socialista Polaco) decidió ofrecer resistencia armada a la policía. El 13 de noviembre se libraron encarnizados combates en Varsovia. A principios de

<sup>92</sup> Años más tarde a finales de Diciembre de 1918 “*Die Rothe Fahne*”, fundado por Paul Frölich en Hamburgo, se convirtió en el periódico oficial del Partido Comunista Alemán (KPD). [N. Ed.]

<sup>93</sup> Rosa Luxemburgo, *Obras Escogidas*, t. I, Ed. Era. México. 1981, pp. 257-283 y 289-311

enero de 1905 estallaron combates en Łódź, Radom, Siedlce; y después del ‘Domingo Sangriento’ hubo huelgas –a menudo acompañadas de violentos enfrentamientos– en Łódź, Vilna, Kovno, Bialystock, Dombrowa, Zawierce, Czestochowa.

El PPS se enorgullecía de tener la iniciativa y el liderazgo en este movimiento, y probablemente así fue. Reunía en sus filas a importantes sectores de la clase obrera y estaba mejor organizado que el SDKPyL (Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania). Los acontecimientos parecían justificar su estrategia de lucha revolucionaria por la independencia de Polonia, y ya se regocijaba de su victoria: «El PPS hará frente a sus enemigos internos y externos. También hará frente a esas camarillas perturbadoras patrocinadas por gente que no es necesaria e importada a Polonia desde el extranjero, gente que ni siquiera sabe hablar polaco [...] y que recibieron protección para entrar furtivamente en Polonia»<sup>94</sup> Este comentario iba dirigido directamente a Tzsyka (Jogiches), que desde 1904 había estado dirigiendo el trabajo ilegal del SDKPyL desde Cracovia y que, sin duda, había advertido reiteradamente a su organización contra la colaboración con los aventureros del PPS.

Así pues, a los dirigentes del PPS no les faltaba autoafirmación ni un odio intenso. Sin embargo, ellos eran políticos románticos que siempre veían la realidad a través de gafas color de rosa, es decir, como ellos querían verla. Durante décadas habían considerado al pueblo polaco como la nación revolucionaria *por excelencia*, y se habían burlado arrogantemente de quienes esperaban gestas revolucionarias de los bárbaros y serviles rusos, ucranianos, georgianos, etc. Por esta razón, habían considerado completamente imposible el derrocamiento del zarismo y habían buscado la salvación de Polonia en su separación forzosa de Rusia. No confiaban en las fuerzas de clase del imperio zarista, sino que imaginaban que la liberación sería una acción militar al estilo de la revuelta de 1863, y siempre basaban sus especulaciones únicamente en una situación internacional favorable. Esto explica también por qué su líder, Piłsudski, viajó a Japón inmediatamente después del estallido de la guerra ruso-japonesa para suplicar al Mikado ayuda armamentística y financiera.

Cuando, en contra de sus expectativas, toda Rusia se levantó contra el absolutismo, los dirigentes del PPS se vieron arrastrados durante un breve periodo por el movimiento general. Pero todo el carácter de esta revolución les era ajeno. En consecuencia, su romanticismo revolucionario se desbordó inmediatamente

<sup>94</sup> Ladislaus Gumplowicz en *Sozialistische Monatshefte* (Cuadernos Socialistas Mensuales), marzo de 1905.

después de los primeros grandes acontecimientos. En la primavera de 1905, el periódico del partido, *Robotnik* n.º 59, (*Trabajador*), afirmaba: «Poseemos ya fuerzas revolucionarias. Ahora queremos conquistar los *medios*, formar destacamentos combatientes, procurarnos armas y pertrechos, y pronto conquistaremos las libertades políticas». En su opinión, las tareas más importantes eran organizar militarmente a sus seguidores y, si era posible, a todo el pueblo polaco, comprar armas en el extranjero y fabricar bombas.

Rosa Luxemburg consideraba este punto de vista como un grave peligro para la revolución. El primero de sus artículos titulados “¿Y ahora qué?” estaba dedicado a este tema. Tal concepción era una consecuencia típica de los partidos cuya vinculación al movimiento obrero era puramente verbal. Al fin y al cabo, también la burguesía consideraba las luchas sociales como una mera cuestión de fuerza bruta. Si se preguntaba al propietario medio de una fábrica o a un miembro de la *szlachta* (alta burguesía) por qué consideraba imposible la reconstrucción de Polonia, respondería: ¿De dónde sacaremos la fuerza para enfrentarnos a las fuerzas del ejército del invasor? El PPS, sin embargo, confiaba en su capacidad para crear esta fuerza militar. Simplemente trasladó las opiniones de los círculos putchistas conspirativos a la clase obrera, y pensó que mediante un plan u otro podría armar a los trabajadores y dar un golpe de mano. Ciertamente, el absolutismo sólo sería derrocado por una insurrección general, pero las propias masas tendrían que procurarse las armas necesarias desarmando a los militares, asaltando los arsenales, etcétera. Tales acciones, sin embargo, sólo podrían desarrollarse como resultado de un prolongado movimiento revolucionario de masas:

«En las revoluciones populares, lo que cuenta no es el Comité del Partido bajo el mando de un líder todopoderoso y brillante, ni el pequeño círculo que se autodenomina *organización de combate*, sino las amplias masas que entregan su sangre. Los “socialistas” pueden pensar que las masas del pueblo trabajador deben ser entrenadas bajo sus órdenes para la lucha armada, pero, en realidad, en toda revolución son las propias masas las que encuentran los medios de lucha más adecuados en cada circunstancia determinada<sup>95</sup>.»

La socialdemocracia debía limitarse a hacer lo que fuese posible en cada momento. En el mejor de los casos, debía dirigir todos sus esfuerzos a conseguir que los trabajadores del partido y los grupos de trabajadores estuvieran armados

<sup>95</sup> Rosa Luxemburg, ‘*Co Dalej?*’, n.º 1, (*En la hora revolucionaria ¿Y ahora qué?*), *Czerwony Sztandar*, Abril de 1905. [Rosa Luxemburgo, *Obras Escogidas*, t. I, Ed. Era. México. 1981, pp. 257-267]

para resistir las brutalidades del poder estatal. Pero hacer creer a los trabajadores que el partido les proporcionaría armas suficientes para atacar a los militares y luchar contra el ejército permanente significaba en la práctica, un engaño a las mayorías trabajadoras.

¿Había que esperar con las manos cruzadas a que estallasen las luchas en las calles y abandonar la preocupación por miles de vidas de obreros en manos del destino? Por supuesto que no. Pero para prepararse para estas luchas Rosa Luxemburg consideraba solo un método (que debe haber asombrado a todos aquellos que la difamaron en su momento como blanquista, bakuninista o “Rosa la sangrienta”): la agitación.

Agitación sobre todo en el campo. Ganarse a los jornaleros agrícolas y a los campesinos, no para una lucha directamente militar, sino para captar su sensibilidad para el socialismo y despertar en sus pechos el fuego de la revuelta y la voluntad de liberarse:

«Hemos de llevar al campo el estandarte de la lucha de clases sin esconder nuestras exigencias políticas tras cobardes y ambiguas alusiones al patriotismo. Tenemos que mostrarles todas las facetas de sus existencias proletarias y semiproletarias, explicarles sus intereses y principalmente lo que tienen en común con las masas trabajadoras de toda Rusia: ¡el derrocamiento del absolutismo!»<sup>96</sup>

De este modo, el movimiento revolucionario podría generalizarse; el absolutismo se debilitaría al verse obligado a dispersar sus fuerzas por todo el imperio.

La tarea actual no era la formación de destacamentos de combate para un ataque frontal, sino la agitación entre los soldados. Fue precisamente aquí donde se manifestó el fracaso de las consignas social-patrióticas. Obviamente, no se podía abordar a los soldados rusos estacionados en Polonia con una causa que no fuera expresamente la suya. Los socialistas tenían que apelar a sus intereses de clase como obreros y campesinos. La agitación socialista atraería a un sector de los militares al frente revolucionario y haría vacilar a otros, erosionando así la fuerza y la disciplina del ejército.

«Tenemos que armar al proletariado, tanto a los campesinos como a los soldados con el armamento del que nosotros disponemos: el esclarecimiento de sus intereses económicos y políticos de clase.»

<sup>96</sup> *Ibid.*

El entusiasmo por los meros actos de violencia de individuos aislados estaba fuera de lugar:

«Hay dos maneras de acelerar la revolución y desorganizar el gobierno. La guerra con Japón, los tunguses en Manchuria, el hambre y las malas cosechas, la pérdida de crédito en las bolsas europeas, están desorganizando al gobierno. Estos factores son independientes de lo que puedan hacer las masas populares. El lanzamiento de bombas por parte de individuos entra en la misma categoría. Otro método es la participación de las masas populares, que no depende del azar: huelgas generales; huelgas parciales; sabotaje en la industria, el comercio y el transporte; levantamientos militares; detención de trenes por huelguistas, etc. Lanzar una bomba supone tanto peligro para el gobierno como matar una mosca. Solo las personas incapaces de pensar medio y largo plazo, consideran que los atentados con bombas pueden causar algo más que una impresión momentánea... Sólo las acciones de masas como táctica de resistencia y boicot representan un verdadero peligro para el absolutismo. No sólo desorganizan el orden dominante, sino que organizan al mismo tiempo las fuerzas políticas que derrocarán al absolutismo y crearán un nuevo orden. Este es el único camino de la socialdemocracia. La agitación conquistará el campo. Socavará la disciplina en el ejército; llamará a las más amplias masas a la lucha frontal; y generará las fuerzas para construir barricadas, procurarse armas, obtener victorias parciales aquí y allá, y finalmente reunir y arrastrar a todos a la lucha.»<sup>97</sup>

Para Rosa Luxemburg, las tareas de un partido revolucionario no residían ni en las hazañas de individuos ni en los golpes de mano de pequeñas minorías. El factor decisivo era la agitación, la conquista de las mentes de la gente para el socialismo de tal manera que su voluntad de alcanzar el socialismo pasara, por así decirlo, de la cabeza a los puños y se descargasen en acciones de masas. Esa fue la actitud sostenida por Marx en París al comienzo de la Revolución de 1848, cuando se opuso a la aventurada intención de [Georg] Herwegh de reunir tropas de voluntarios para llevar la revolución a Alemania por la fuerza de las armas. La principal preocupación de Luxemburg era que la revolución alcanzara una madurez orgánica; esto podía lograrse siguiendo y alimentando la propia dinámica de los acontecimientos, que era el papel de la dirección. Sabía muy bien que el partido tendría también tareas técnicas definidas que cumplir en la preparación de la insurrección. En enero de 1906, en un momento en que ya no creía que la huelga general como tal fuera suficiente para llevar al movimiento a

<sup>97</sup> *Ibid.*

la victoria, y consideraba que había comenzado el periodo de insurrección de masas, escribió en el tercer folleto de la serie “¿Y ahora qué?”:

«La fase iniciada de las luchas abiertas, armadas, impone a la socialdemocracia la obligación de armar dentro de lo posible las líneas de vanguardia de los combatientes, la reflexión de los planes, y la evaluación de las condiciones de la lucha callejera y, sobre todo, el aprovechamiento de las experiencias y lecciones de la sublevación armada en Moscú. Pero no es en estos preparativos *técnicos* para las sublevaciones armadas –aunque sean importantes e indispensables– donde yace la garantía *principal* de la victoria del pueblo en el choque abierto con el ejército. Finalmente, lo decisivo no será la pequeña minoría de la clase obrera organizada en divisiones de lucha que se dedica especialmente a la lucha revolucionaria clandestina, sino las masas más amplias del proletariado. Solamente su combatividad, sus movilizaciones organizadas y disciplinadas, su heroísmo masivo, pueden asegurar a la revolución callejera la victoria final. Sólo a fanfarrones revolucionarios de la especie conspirativa, se les puede ocurrir organizar a la masa entera del proletariado en divisiones de lucha. Las masas obreras sólo pueden organizarse en el terreno de la lucha de clases diaria y constante, económica y política. Los sindicatos socialdemócratas y las uniones, la agitación intensa en las ciudades y en el campo, la formación de asociaciones entre los militares a nivel de los cuarteles, éste es el trabajo de preparación más importante, trabajo fundamental para la victoria futura en la lucha de calles. La organización y la instrucción de las masas obreras con base en sus tareas generales como clase y, simultáneamente, en las tareas específicas planteadas por el momento presente, ofrece, en *primer lugar*, la posibilidad de fortalecer para siempre los éxitos de la lucha de clases que ya corroyeron al absolutismo y, de esta manera, asegurar la revolución contra el retorno de la reacción al poder; en *segundo lugar*, posibilita la preparación del “material explosivo” de la revolución actual que es la madurez política del proletariado y que, donde quiera que está concentrado, siempre vuelve a producir nuevos estallidos, nuevas formas y nuevos progresos repentinos de la lucha misma en otros lugares; finalmente en *tercer lugar*, la posibilidad de crear en las masas este ambiente de lucha y esta voluntad de victoria a todo precio que harán inevitables los choques armados tarde o temprano, y a la vez, la posibilidad de guiar los movimientos de las masas en estos choques.<sup>98</sup>»

<sup>98</sup> *Co Dalej?!*, n.º 3, Varsovia 1906. *Czerwony Sztandar*, Abril de 1905. [En la hora revolucionaria ¿Y ahora qué? Rosa Luxemburgo, *Obras Escogidas*, t. I, Ed. Era. México. 1981, pp. 310-311]

Rosa Luxemburg no imaginaba el levantamiento como un ataque frontal contra las fuerzas armadas del Estado. En su opinión, el requisito previo para la insurrección era una profunda desmoralización de las tropas; la agitación allanaría el camino para ello, y la lucha misma completaría el proceso. La victoria de la insurrección dependía también de la deserción de importantes sectores de las tropas que pasarían a engrosar las filas revolucionarias.

El contenido de los dos panfletos arriba citados está en flagrante contradicción con la imagen de las ideas de Rosa Luxemburg dibujada por ciertos “bolcheviques” malintencionados<sup>99</sup>. Una comparación textual de los escritos de Lenin y Luxemburg sobre este punto podría llevar a la conclusión de que coincidían en todos los aspectos. Sin embargo, eso sería erróneo: abordaron la cuestión desde una perspectiva diferente, como demuestra la siguiente declaración de Lenin:

«No cabe duda de que aún nos queda mucho, muchísimo, por hacer por la educación y la organización de la clase obrera. Pero ahora se trata de saber dónde debe estar el centro de gravedad de esta ilustración y organización. ¿Debe estar en los sindicatos y las organizaciones legales o en la insurrección armada y la creación de un ejército revolucionario y un gobierno revolucionario?<sup>100</sup>.»

Lo mismo puede demostrarse en un pasaje de “¿Qué hacer?” de Lenin, donde dice que el partido debe crear una red de agentes organizados militarmente cuyo trabajo en el momento del levantamiento ofrezca la mayor probabilidad de éxito:

«La capacidad de estimar correctamente la situación política general y, en consecuencia, también la capacidad de elegir el momento oportuno para el levantamiento, se desarrollarían precisamente en ese trabajo [...] Precisamente tal trabajo estimularía finalmente a todas las organizaciones revolucionarias de todas partes de Rusia a mantener vínculos permanentes y, al mismo tiempo, estrictamente conspirativos entre sí [...] Fuera de esto es imposible discutir colectivamente los planes para el levantamiento y tomar las medidas colectivas necesarias en la víspera del levantamiento, ambas cosas deben mantenerse en el más estricto secreto.»

<sup>99</sup> Véase, por ejemplo, Jemeljan Jaroslowski, *Rosa Luxemburg y la cuestión de la Insurrección*. El autor sólo menciona pasajes al azar del texto de Luxemburg y saca conclusiones precipitadas. Es evidente que desconoce sus dos escritos básicos sobre el tema.

<sup>100</sup> V. I. Lenin, *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, julio de 1905.

Sin embargo, al igual que Rosa Luxemburg, Lenin también aprendió de las experiencias de la insurrección de Moscú. Así, ambos desarrollaron sus ideas en una dirección similar. Mientras que Rosa al principio puso todo su énfasis en la actividad espontánea de las masas y –según parece– sólo reconoció la gran importancia de la organización y la dirección conscientes como resultado de los acontecimientos de 1905, Lenin partió primero de una concepción conspirativa y luego reconoció sus limitaciones. Antes del “ensayo general” de 1905, le parecía que la tarea de la dirección de la lucha consistía en crear una organización capaz de elegir el momento oportuno para la insurrección, y que tendría que actuar «sin esperar ayuda de nadie, y hacerlo todo por sí misma». Ahora veía de hecho que los obreros pasaban del arma de la huelga a la insurrección armada superando a los jefes de la organización, «el logro más alto de la Revolución Rusa». Los puntos de vista de ambos teóricos se acercaban tanto que apenas parecía haber diferencia entre ellos. Sin embargo, se desarrollaron a partir de puntos de partida diferentes, y este hecho es significativo para comprender ciertas diferencias, muy esenciales, en su pensamiento político.

La historia se ha pronunciado sobre estas dos concepciones de la insurrección armada. En todas las revoluciones, las unidades de combate adscritas a los partidos revolucionarios y organizadas según líneas conspirativas han sido, en el mejor de los casos, más que la columna vertebral para las masas combatientes.

En el peor de los casos, siempre que la situación no ha llegado a un punto crítico como esperaban, se han convertido inevitablemente en un peligro para el partido al amenazar con desencadenar acciones putchistas o tomar el control del partido por la fuerza de las armas, y han debido ser disueltos en pos de la salud del partido. En general los levantamientos de 1905-06 se acercaron más a la imagen que Rosa Luxemburg tenía en mente. La insurrección de diciembre en Moscú fue iniciada espontáneamente por las masas. La dirección del levantamiento (el Soviet de Diputados de los Soldados) desempeñó esencialmente el rol de asesorar militarmente a las escuadras obreras. La insurrección de febrero de 1917 fue una acción completamente espontánea de los obreros y soldados de Petrogrado. Por el contrario, las acciones revolucionarias del 7 de noviembre de 1917 fueron preparadas sistemáticamente y ejecutadas según un plan definido. Fue llevado a cabo casi exclusivamente por tropas del ejército regular; esto fue posible porque una parte significativa de los soldados rasos –en Petrogrado la parte preponderante con diferencia– ya estaba del lado de la revolución y presionaba para la acción, y el resto de los soldados vacilaba en su apoyo al antiguo régimen. Podemos ver un desarrollo similar también en la gran Revolución Francesa: una acción espontánea el 14 de julio de 1789 que sacudió el absolutismo hasta sus



cimientos, y una acción sistemáticamente planificada el 10 de agosto de 1792 que conquistó la victoria decisiva.

Es obvio que en un movimiento revolucionario en ascenso la importancia de la organización crece junto con la iniciativa de la dirección, y que la victoria depende en gran medida de estos factores en el momento culminante del movimiento. El tratamiento de este problema por Rosa Luxemburg muestra un rasgo característico que aparece a menudo en sus escritos. La cuestión de la sublevación sólo la examinó realmente en detalle cuando y en la medida en que adquirió importancia práctica durante la Revolución Rusa. Más tarde, cuando se ocupó de las consecuencias de la Revolución en sus escritos sobre Europa Occidental, profundizó en la cuestión de la huelga de masas<sup>101</sup>, que era un tema candente allí; sólo mencionó la cuestión de la insurrección armada de forma casual. No cabe la menor duda de que meditó las consecuencias de cada una de sus decisiones tácticas hasta sus últimas consecuencias. Sin embargo, era consciente de que cada nueva experiencia le aportaría nuevas ideas, y cada nueva situación, nuevas posibilidades y exigencias. Por lo tanto, la mayoría de las veces se limitaba a aclarar sus opiniones sobre el siguiente paso táctico. De este modo, preservó para sí misma y para el movimiento cierta flexibilidad en la acción política.

## La socialdemocracia polaca y el Partido Socialista Polaco

En el segundo de sus panfletos “¿Y ahora qué?” (publicado en mayo de 1905), Rosa Luxemburg abordó el notable fenómeno de la desintegración de la primera gran huelga política de masas de enero de 1905 en innumerables huelgas aisladas de carácter económico que dominaron entonces la escena de la lucha durante meses. Planteó una cuestión que ocupaba entonces la mente de todos los revolucionarios conscientes:

«De ahí resulta para todo camarada consciente la pregunta: ¿no fue acaso esta transición a las huelgas económicas una desintegración momentánea de la energía revolucionaria, *un repliegue*? Porque, ¿las huelgas económicas no son acaso una inútil pelea con el capital, una vana pérdida de fuerza, y no se debería mejor, por consiguiente, *actuar en contra* de semejante desintegración de una huelga general, rompiéndola de modo breve y perentorio, mientras dura todavía en toda su plenitud como manifestación política?»<sup>102</sup>.

<sup>101</sup> Rosa Luxemburg, *Huelga de masas, Partido y Sindicatos*. Petrogrado, septiembre de 1906 [Rosa Luxemburg, *Obras Escogidas*, t. I, Ed. Era. México. 1981, pp. 311-375]

<sup>102</sup> *Co Dalej?*”, n.º 2, 1905, [*Ibid.*, pp. 268-283]

Rosa Luxemburg veía la solución del problema en la comprensión del doble carácter de la revolución. Era una revolución burguesa en lo que respecta a las libertades políticas, la república y la forma parlamentaria de gobierno. Al mismo tiempo, sin embargo, tenía un carácter proletario porque era la clase obrera quién la lideraba y la partidaria más enérgica de la acción revolucionaria, porque imponía sus métodos de lucha en el combate, convirtiéndose en el factor social más importante. Esta fuerza emergente tenía que expresarse necesariamente en una lucha directa contra el capital para mejorar las condiciones de la clase obrera, independientemente de los efectos que esta acción pudiera tener en la actitud política de la burguesía. Según Rosa Luxemburg, la socialdemocracia no debía oponerse en ningún caso a estas huelgas económicas, sino que debía tratar de encausarlas hacia la corriente principal de la revolución. También consideraba el estallido de estas huelgas como una prueba de que sería imposible contener a la clase obrera dentro de los límites del orden económico burgués una vez conquistado el poder del Estado en el curso de la revolución.

Al mismo tiempo, advirtió del peligro de juzgar sistemáticamente todas las huelgas económicas con el mismo rasero. La fiebre huelguística que se apoderó repentinamente de las grandes masas de trabajadores era algo muy distinto de la huelga habitual en una sola fábrica. Mucho más importante que la obtención inmediata de mejoras en las condiciones económicas de la clase obrera era el fenómeno de que durante estas huelgas se habían incorporado por primera vez a la lucha estratos completamente nuevos: los obreros industriales de las ciudades de provincia, el ejército de oficinistas y miembros de ciertas profesiones intelectuales, y la gran masa del proletariado sin tierra junto con el campesinado proletarizado. Para Rosa Luxemburg, estas huelgas económicas significaban una enorme ampliación de la esfera de lucha que, a la larga, contribuiría a asegurar la revolución. La tarea de la socialdemocracia era, por tanto, agrupar las reivindicaciones de estas huelgas en torno a la consigna central de la jornada de ocho horas, para crear un movimiento de masas unificado, que a su vez, se reinsertaría orgánicamente en la lucha política.

Esta afirmación iba dirigida una vez más al PPS, que sólo participaba de mala gana en las huelgas económicas para no perder todo vestigio de influencia sobre las masas, al mismo tiempo que se quejaba de la degeneración de la revolución en un mero movimiento por reivindicaciones salariales. Intentando actuar como si fuera mucho más revolucionario que el Partido Socialdemócrata, al que acusaba de desviar con rodeos a la clase obrera. En realidad, las dos concepciones básicas que habían estado luchando entre sí en el movimiento socialista polaco desde 1893 fueron puestas aquí a prueba por la historia: el punto de vista del PPS, que

aspiraba a lograr la restauración política de una Polonia independiente; y el punto de vista de Rosa Luxemburgo, que declaraba que el derrocamiento del absolutismo vendría a través de una revolución en la que el proletariado polaco se aliaría con el proletariado ruso, estableciendo juntos su hegemonía sobre las demás fuerzas revolucionarias. Se hizo evidente que la primera concepción correspondía a la fantasía de intelectuales nacionalistas pequeñoburgueses, mientras que la segunda era la verdadera expresión del proceso histórico desde el punto de vista de la clase obrera.

El PPS debería haberse dado cuenta muy pronto de que la verdadera revolución no consistía en el lanzamiento de bombas y en las acciones *putchistas* de pequeños destacamentos combatientes, sino en las acciones de masas de millones de personas. Pero persistió en resistirse a estas ideas y, como consecuencia, perdió rápidamente la dirección de la lucha. Durante un tiempo se vio arrastrado por el SDKPyL. Los simpatizantes proletarios del PPS se limitaron a seguir las consignas socialdemócratas y obligaron a sus dirigentes a hacer lo mismo. El resultado fue una profunda división en la dirección del propio PPS. Los nacionalistas puros, los “socialpatriotas”, vieron con horror que sus esperanzas de una Polonia independiente se desvanecían con la misma rapidez con que avanzaba la Revolución Rusa. Así, contrariados por los propios acontecimientos, acabaron volviéndose bruscamente contra la revolución.

Ya en junio de 1905, la dirección del PPS se opuso abiertamente a la huelga general que había estallado en Varsovia y Lodz y que había llevado a la lucha de barricadas. Lanzaron un grito contra los dirigentes del SDKPyL a los que acusaban de haber empujado a las masas a la huelga con la única intención de hacer propaganda partidaria. De este modo reconocían sin quererlo su pérdida de influencia sobre la clase obrera en favor del SDKPyL, lo que significaba una pérdida de influencia incluso sobre los miembros proletarios de su propio partido. Sin embargo, lo peor estaba por llegar. Después de la gran huelga general en todo el imperio ruso en diciembre de 1905, Daszyński, el líder y diputado parlamentario del Partido Socialista de Galitzia y jefe reconocido del PPS en las tres regiones del país, publicó una “Carta Abierta” [3-5 de enero de 1906] en el diario *Naprzod* (Adelante) de Cracovia. En esa Carta, atacaba violentamente cualquier llamado a huelga general en territorio polaco. Afirmaba que en un momento en que la aparato estatal zarista atravesaba su crisis más grave, los polacos debían perseguir sus propios objetivos y utilizar sus propios métodos de lucha. Tenían que vivir su propia vida y liberarse de los movimientos que se originaban en otros lugares y, por consiguiente, tenían otros objetivos que amenazaban con corromper o incluso destruir la vida polaca. El objetivo de los polacos –decía–, era

conseguir la independencia de Polonia. La posibilidad de una victoria por la vía armada se hacía cada vez más evidente. El pueblo polaco tenía que prepararse para esta lucha y no malgastar precipitadamente sus fuerzas en la persecución de objetivos ajenos, o sea, en pos de la victoria de una revolución panrusa. En la Rusia zarista propiamente dicha, una huelga general podía ser un arma adecuada e incluso victoriosa y duradera; en Polonia podía ser fatal. ¿Qué sentido tenía una huelga en la línea ferroviaria Varsovia-Viena, que no era propiedad del Estado, sino de capitalistas polacos? En pos de la quimera de la liberación nacional, Daszyński negaba la existencia de los intereses de la clase obrera. Desafiando los hechos evidentes, afirmaba que “en Rusia no luchaban clases, sino pueblos”. Soñaba con la unión de todo el pueblo polaco en pos de la independencia nacional; y este sueño era aún más fantástico, teniendo en cuenta que la *gran burguesía* polaca no vacilaba ni un momento en su lealtad al absolutismo ruso, e incluso el partido nacionalista burgués, la *Democracia Nacional*, había renunciado a la idea de una insurrección nacionalista y de la independencia polaca. La realidad mostraba con claridad que una revolución nacional sólo era concebible en el marco de una revolución social. Los dirigentes del PPS fueron los únicos que se aferraron a la idea de la independencia nacional y lo situaron por encima de todo. Daszyński, Piłsudski y sus partidarios se aferraban así a la última posibilidad de alcanzar sus objetivos: separarse incondicionalmente de la Revolución Rusa, mediante una insurrección nacionalista coincidente con el momento de la victoria de la Revolución rusa. Así, los dirigentes del PPS, que apenas un año antes habían alardeado de ser los verdaderos dirigentes del proletariado polaco, se veían ahora obligados por necesidad lógica a desvincularse del proletariado y a abandonar el socialismo. En el momento de su gran prueba crítica, su concepción nacionalista los había sumido en la más absoluta confusión e impotencia política.

La “Carta abierta” de Daszyński, ampliamente analizada por Rosa Luxemburg<sup>103</sup>, provocó una crisis en el PPS. En febrero de 1906 se produjo una escisión en el Congreso del Partido. La gran mayoría del partido apoyó al ala izquierda, que abandonó la consigna de la independencia polaca y adoptó en esencia el programa del Partido Socialdemócrata (PSPyL). Bajo la dirección de Piłsudski, las “Organizaciones de combate” (*Bojowka*) se separaron del partido y se denominaron “PPS-Fracción Revolucionaria”. La estrategia de Rosa Luxemburg había conquistado todo el movimiento obrero polaco, una victoria completa tras doce años de lucha intelectual. Fue una victoria que demostró su profunda e incorruptible visión del proceso histórico y su firmeza de carácter, que le permitió mantenerse firme una vez convencida de la solidez de la política que defendía.

<sup>103</sup> *Czerwony Sztandar*, [Bandera Roja] 16 y 27 de enero de 1906

La “Fracción Revolucionaria” se hundió en el puro aventurerismo en el período reaccionario que siguió. Los *Bajowka* se dedicaron a las “expropiaciones”, los asaltos a taquillas de ferrocarril, oficinas de correos, tiendas de licores, etc., y finalmente se hundieron en el bandidaje. En un ensayo de 1909 en el que expresaba rabia, indignación y, al mismo tiempo, una profunda comprensión humana, Rosa Luxemburg describió la gran degeneración de este movimiento que se hizo evidente en los consejos de guerra de sus miembros en 1907-08:

«Los bandidos comunes comparecen junto a los obreros revolucionarios ante los consejos de guerra. Estos bandidos se aferran al movimiento de clase del proletariado, figuran estadísticamente como víctimas de la contrarrevolución, se sientan junto a los obreros revolucionarios en las celdas de las prisiones y mueren en la horca cantando la “Bandera Roja”. Un gran número de estos bandidos fueron antaño obreros revolucionarios y miembros de los diferentes partidos socialistas. Por último, lo que es aún peor: la revelación de que el bandidaje, la provocación, el espionaje y la actividad revolucionaria se entremezclan a veces en un mismo proceso, y de que están implicados círculos obreros. ¿Cómo pudo surgir esa comunión entre el drama de la revolución proletaria y la acción del *lumpen proletariado* contra la propiedad privada, que actuó en sentido opuesto a ella?»<sup>104</sup>

Rosa Luxemburg encontró la respuesta a esta pregunta en las terribles privaciones de incontables masas populares durante el período contrarrevolucionario, y en la falta de criterio político de la “Fracción Revolucionaria”, que se hundió en las profundidades del terrorismo político.

Cuando se hizo evidente la absoluta bancarrota de este tipo de acción revolucionaria, su inspirador y líder, Josef Piłsudski, decidió intentar conseguir la independencia polaca por otros medios. En 1909, cuando la guerra entre Austria-Hungría y Rusia parecía inminente como consecuencia de la anexión austro-húngara de Bosnia, Piłsudski llegó a un acuerdo con el gobierno austro-húngaro, por el que fundó brigadas polacas de fusileros (*Strzelcy*) para proporcionar cuadros a una futura Legión Polaca, y las puso, junto con él mismo, bajo el Estado Mayor del Ejército de los Habsburgo. Esto marcó la ruptura definitiva de los social patriotas con el movimiento obrero, y su alineamiento con el frente imperialista.

Este deslizamiento completo del socialismo nacionalista polaco hacia el campo de las potencias reaccionarias había sido predicho por Rosa Luxemburg ya al

<sup>104</sup> Rosa Luxemburg, “Pomnik hanby” (Monumento a la vergüenza), *Przegląd Socjaldemokratyczny* (*Revista socialdemócrata*), julio de 1909.

comienzo de su campaña contra la dirección del PPS. Su teoría no podía haber encontrado una confirmación más rotunda. La consecuencia inmediata de esta evolución fue la afiliación de la socialdemocracia polaca al partido ruso en la primavera de 1906. A partir de ese momento, la proclamación del derecho de autodeterminación de los pueblos por parte de la socialdemocracia rusa no representaba ningún peligro para la estrategia revolucionaria en Polonia; juntos, el principio de autodeterminación y la política de la clase obrera polaca formaban una unidad dialéctica.

## En prisión

En el transcurso de 1905, no sólo la socialdemocracia polaca se convirtió en el líder indiscutible de la clase obrera polaca, sino que la propia Polonia marchó a la cabeza de la revolución, superada en actividad sólo temporalmente por San Petersburgo y Moscú. La razón principal de ello fue, por supuesto, la mayor industrialización de Polonia. Pero, además, la revolución se vio favorecida por la firmeza política del SDKPyL, garantizada por la superioridad intelectual de Rosa Luxemburg. Leo Jogiches, que había llegado a Varsovia bajo el nombre de Otto Engelmann, desarrolló sus grandes dotes organizativas y mantuvo unido al partido de forma estrictamente disciplinada. Contaba con el apoyo de un destacado grupo de revolucionarios: Feliks Dzierzynski, que junto con el ruso Petrienko dirigió la organización militar del partido; Warski, Karski, Radek, Aussem, Hanecki, Malecki, Donski, Irene Semkowska, Unszlicht, Leder, Brodowski, personas que prestaron destacados servicios a la Revolución Rusa después de 1917. En 1901 el partido apenas contaba con 1.000 miembros; en 1905 había crecido hasta los 25.000 y en 1907 alcanzaba los 40.000 aproximadamente. Publicaba periódicos en polaco, alemán e yiddish, distribuía folletos en ruso al ejército de ocupación, organizaba sindicatos y dirigía huelgas y luchas con barricadas.

Claro está que estas tareas conllevaban sacrificios. Especialmente después de la huelga de diciembre se intensificaron las persecuciones por parte de la policía y las detenciones se hicieron más frecuentes. El 4 de marzo de 1906 Rosa Luxemburg y Leo Jogiches fueron detenidos en casa de la condesa Walewska. La policía de Varsovia había sido puesta sobre la pista por informes de informadores procedentes de Alemania y, después de sus detenciones, artículos incendiarios en la prensa reaccionaria alemana, sobre todo en el conservador *Post*, proporcionaron material para la acusación de la fiscalía. Al principio, Rosa y Leo fueron puestos bajo custodia bajo sus nombres falsos, Matschke y Engelmann. Sin embargo, la policía ya tenía una pista sobre su verdadera identidad. Una semana después, tras encontrar una foto de Rosa en poder de su hermana, ésta tuvo que

levantar el “velo” que ocultaba su identidad. Hasta junio la policía no tuvo indicios de la verdadera identidad de Leo, y sólo en agosto consiguieron desvelar su alias, de nuevo gracias a la denuncia directa del *Post*.

Rosa fue recluida en la prisión policial del Ayuntamiento de Varsovia. Las condiciones eran terribles: eran como las que se pueden imaginar al comienzo de los periodos reaccionarios, cuando la policía sale a cazar hombres y vacía las cárceles cada hora. En una carta a Kautsky, Rosa describía esta “idílica” situación:

«Me encontraron en una situación bastante embarazosa. Pero olvidémonos de eso. Aquí estoy, sentada en el Ayuntamiento, donde están encerrados los “políticos”, los delincuentes comunes y enfermos mentales. Mi celda, que es una pequeña joya en este entorno (una celda individual ordinaria para una persona en tiempos normales), contiene ahora 14 inquilinos, afortunadamente casi todos políticos. A ambos lados hay dos grandes celdas dobles, cada una con unos 30 presos, unos encima de otros.... Ahora todos dormimos como reyes en camas de tablas, uno enfrente del otro, uno al lado del otro, apiñados como sardinas, pero nos va bien, siempre y cuando no nos llegue música extra, como ayer, por ejemplo, cuando nos llegó una nueva compañera, una judía completamente loca, que no nos dio ni un momento de descanso durante 24 horas con sus gritos y sus recorridos por todas las celdas, y que provocó que varias políticas estallaran en respuestas histéricas. Hoy por fin nos hemos librado de ella y sólo tenemos que lidiar con tres tranquilas “*myschuggene*” (enfermas mentales). Salir a pasear por el patio es algo bastante poco habitual aquí, pero durante el día las puertas de las celdas se dejan abiertas, y se nos permite pasear todo el día por el pasillo, mezclarnos con las prostitutas y escuchar sus encantadoras cancioncitas y expresiones, y disfrutar de los olores que emanan de las letrinas igualmente abiertas.»

La salud de Rosa ya se había resentido considerablemente por el exceso de trabajo de los meses anteriores, y vivir en esas celdas hacinadas y apenas ventiladas pronto la enfermó gravemente. Además, estaba debilitada por las huelgas de hambre, la única arma que tenían las presas en su lucha por unas condiciones más soportables. Por último, pero no menos importante, estaban también los tormentos psicológicos. El 11 de abril Rosa fue trasladada al tristemente célebre Pabellón X de la Ciudadela de Varsovia, donde aparentemente las condiciones eran algo mejores. Sin embargo, el severo grado en que Rosa sufría bajo ellas es evidente en una carta que escribió a Sonja Liebknecht, la esposa de Karl, en febrero de 1917:

«...Hacía mucho tiempo que nada me estremecía tanto como el breve informe de Martha sobre tu visita a Karl, cómo lo vieron tras las rejas y cómo les afectó eso. ¿Por qué no me lo contaste? Sabes que tengo derecho a saber todo lo que te hace sufrir, y no me quitarán mis derechos ni pienso renunciar a ellos. El episodio me recordó vívidamente, por cierto, mi primer reencuentro con mis hermanos y hermanas hace diez años en la Ciudadela de Varsovia. Allí el prisionero es exhibido en una verdadera jaula de alambre doble, es decir, una jaula más pequeña se encuentra libremente dentro de otra más grande, de modo que el prisionero y su visitante tienen que conversar a través del vacilante dibujo de la red de alambre doble. Yo estaba tan débil que el comandante de la fortaleza (un capitán de caballería) prácticamente tuvo que llevarme a la sala de visitas; me agarré con las dos manos a la red de alambre de la jaula, lo que sin duda intensificó la impresión de ser un animal salvaje en un zoológico. La jaula estaba en un rincón bastante oscuro de la sala, y mi hermano apretó su cara contra la malla metálica. “¿Dónde estás?”, preguntaba una y otra vez, enjugándose las lágrimas detrás de las gafas que le impedían ver. —¡Con qué gusto y alegría me sentaría ahora en la jaula de Luckau para ahorrárselo a Karl!»<sup>105</sup>

Pero debieron superar experiencias aún peores. Hubo días en que se erigió la horca en el patio de la fortaleza, y un silencio agonizante se apoderó de toda la prisión hasta que se oyeron los pasos de los prisioneros condenados y del comando de ejecución, y la marcha fúnebre resonó en todas las celdas. Y, con palabras ominosamente graves y ceremonias especiales, a menudo se sacaba a los revolucionarios de sus celdas para no volver jamás. Sin el beneficio de un procedimiento legal o un veredicto, sus vidas eran borradas a través de “canales administrativos”. En una ocasión, Rosa pareció correr la misma suerte. Leo Jogiches, reservado y poco sentimental, relató la incidencia tras su muerte. Le ataron los ojos y se la llevaron. Pero resultó ser sólo un interrogatorio; el inusual procedimiento se debió a un error o a un acto deliberado de crueldad mental. Preguntada más tarde qué sintió en aquel momento, Rosa respondió: “Me avergoncé porque sentí que palidecía.”

Estaría lejos de la realidad creer que Rosa estaba abatida por todos estos males y horrores. Sabía que su situación era, según sus propias palabras, “bastante grave”, es decir, condenadamente grave; estaba enferma y su pelo empezaba a encanecer. Sin embargo, sus cartas desde esta prisión respiran una alegría natural y están llenas de anécdotas divertidas y de autoironía. Le encantaba convivir con

<sup>105</sup> R. Luxemburg, *Carta a Sophie* [Sonia] *Liebknicht, Cartas desde la cárcel*, Dietz Verlag, Berlín (oriental), 1946.



el peligro. Aunque su cuerpo estaba débil y su salud amenazaba con quebrarse, sus fuerzas intelectuales y psicológicas estuvieron a la altura del peligro y trascendieron todos los sufrimientos y las amenazas del destino. Era capaz de desafiar a sus opresores y se alegraba cuando lograba burlarlos. Vio visitantes a través de la malla metálica de la jaula que más tarde describió. Los gendarmes encargados de la vigilancia no podían hablar con las prisioneras y, cuando se atrevían a hacerles algún recado, eran trasladados sin contemplaciones a un batallón de castigo. La prisión estaba dentro de los muros de la fortaleza; las autoridades se esmeraron y emplearon medios brutales para aislarla del mundo exterior. Sin embargo, Rosa seguía en contacto permanente con la lucha exterior. No sólo sabía lo que ocurría en el partido polaco para poder intervenir con consejos e instrucciones, sino que también recibía noticias fiables del “Polo Norte” (el código de San Petersburgo) sobre la evolución interna del movimiento socialdemócrata allí, noticias que desgraciadamente no informaban más que de una gran confusión y de la falta de decisión y vigor. «Allí es donde me gustaría ir lo antes posible.... ¡Maldita sea! (*Kreuzhageldormerwetter*) ¡Creo que los sacudiría a todos hasta que despertasen!»

Las noticias no sólo llegaban del exterior, y los mensajes de Rosa, enviados de contrabando a sus compañeros de prisión y al mundo exterior, no eran los únicos productos de su pluma que circulaban. Tras cuatro semanas de encarcelamiento, pudo informar de que había terminado su tercer panfleto; los dos primeros ya habían sido sacados de contrabando e impresos. Además, escribió artículos para *Czerwory Sztandar*. Kautsky le sugirió que todo el mundo se partiría de risa si algún día tenía la oportunidad de contar sus “recuerdos de viaje”. Me hacen mucha gracia todas las ‘cosas inapropiadas’ (*Unanständigkeiten*) que me llevo a diario de aquí y que me devuelven uno o dos días después “negro sobre blanco”. El logro es aún mayor si se tiene en cuenta que, en medio del tumulto de las discusiones, las riñas de los delincuentes “comunes” y los ataques de ira de los presos “*myschuggene*”, Rosa sólo podía trabajar sin ser molestada de 9 de la noche a 2 de la madrugada. Como el pandemónium de los demás empezaba ya a las 4 de la mañana, el trabajo se hacía a costa de su sueño.

El encarcelamiento oprímía a Rosa. Sus familiares, por supuesto, movían cielo y tierra para conseguir su liberación. Se habían dirigido a la Ejecutiva del SPD y esperaban, dada su nacionalidad alemana, una intervención del gobierno alemán en su favor. Rosa se quejó de esta intercesión: «Desgraciadamente, cualquiera que esté en la cárcel se convierte inmediatamente en pupilo no sólo de las autoridades, sino incluso de sus propios amigos». En cualquier caso, quería que Billow, Canciller del Reich, se mantuviera al margen del asunto, porque entonces

no podría decir lo que pensaba de él y de su gobierno con la libertad que le gustaría. Su nacionalidad alemana supuso un gran quebradero de cabeza para el fiscal de Varsovia, ya que en aquella época aún no se había extinguido el respeto por los documentos con validez internacional. Finalmente, basándose en la opinión de expertos jurídicos, se llegó a una decisión: El matrimonio de Rosa con Lübeck era válido en Alemania, pero como no había sido celebrado por un rabino, no era válido en Rusia, de modo que aunque era alemana en Alemania, seguía siendo rusa en Rusia.

En junio, una comisión médica informó: «Luxemburgo padece anemia, síntomas histéricos y neurasténicos, catarro estomacal e intestinal y dilatación hepática. Necesita tratamiento hidropático y balneario en condiciones higiénicas y dietéticas adecuadas». El 28 de junio fue puesta en libertad sobre la base de este diagnóstico, pero se le ordenó permanecer en Varsovia. Tuvo que pagar una fianza de 3.000 rublos<sup>106</sup>. Un segundo informe médico señalaba la absoluta necesidad de tratamiento. El 31 de julio se le permitió salir de Varsovia.

Sin embargo, hubo razones para su inesperada liberación distintas de las que constan en los documentos oficiales del caso. El aparato policial ya se había desmoralizado mucho durante la revolución. Altos funcionarios habían sido sobornados y, además, la Organización de Lucha del Partido Socialdemócrata había hecho saber a la Ojhrana que cualquier daño que le ocurriera a Rosa sería vengado.

Rosa fue primero a San Petersburgo, donde conoció a Akselrod, con quien se enzarzó en violentas discusiones sobre tácticas revolucionarias. Después permaneció cerca de un mes en Kuokkala, Finlandia. Desde allí visitó a Parvus y Leo Deutsch en la tristemente célebre Fortaleza de Pedro y Pablo, donde se preparaban para ser trasladados al exilio en Siberia. Fue en Kuokkala donde Rosa escribió su panfleto *Huelga de Masas, Partido y los Sindicatos*, que resumía las lecciones de la Revolución Rusa para la clase obrera alemana. Pero Rosa estaba ansiosa por lanzarse a la lucha intelectual en Alemania. Había un obstáculo: estaba pendiente una acusación basada en su discurso en el Congreso del SPD celebrado en Jena en 1905. Sabía que se había llegado a un acuerdo entre la policía rusa y la alemana para trasladarla a un punto de la frontera alemana incluso antes del comienzo de la siguiente sesión parlamentaria. Esto sugería su detención inmediata. Ni que decir tiene que no tenía muchas ganas de volver a la custodia del Estado tan pronto.

<sup>106</sup> La fianza la pagó probablemente la Ejecutiva del SPD. En cualquier caso, Rosa fue acusada más tarde en círculos internos del partido (pero ocasionalmente también públicamente) de mostrar una ingratitud abismal porque se atrevió a atacar a la Ejecutiva del partido en cuestiones tácticas.

En septiembre partió hacia Alemania y viajó casi sin parar al Congreso del Partido en Mannheim. Algún tiempo después consiguió tomar urgentes vacaciones de recuperación en Maderno, en el Lago di Garda: “Sol, paz y libertad, las mejores cosas de la vida, excepto sol, tormenta y libertad”.

Mientras tanto, Leo Jogiches permaneció en el pabellón X de la Ciudadela de Varsovia. Hasta agosto había podido mantener su alias. Se le concedió la libertad bajo fianza, pero por alguna razón se le retiró de nuevo. El 14 de noviembre de 1906, Skalon, un notorio comisario del distrito militar de Varsovia, auténtico sabueso de la dictadura, elevó una acusación contra él y Rosa:

«Según una investigación llevada a cabo por la Gendarmería, se han presentado cargos contra el *Kleinhbürger* [ciudadano de clase media-baja] Leo Jogiches (alias Otto Engelmann) y la hija de comerciante Rosalía Luxemburg (alias Anna Matschke) que en 1906 se unieron a la Organización de combate del Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania, una organización que tiene como objetivo derrocar por medio de un levantamiento armado la forma monárquica de gobierno en Rusia, tal y como se establece en las leyes fundamentales, y de este modo obtener la autonomía de Polonia –un delito tal y como se establece en el §102 del Código Penal. Por el mencionado acto criminal el *Kleinhbürger* Leo Jogiches (alias Otto Engelmann) y la hija del ministro Rosalie Luxemburg (alias Anna Matschke)... siendo entregado por mí al Tribunal Militar de Varsovia.»

El 10 de enero de 1907 comenzó el juicio de Jogiches. Rosa Luxemburg se había negado a comparecer ante el tribunal. Al principio del proceso se produjo un incidente que determinó la conducta de Leo durante todo el juicio. El presidente del tribunal, un general, se dirigió a él con “*du*” (tú), como correspondía a un hombre de su rango social dirigirse a un “*Kleinhbürger*”, de acuerdo con el antiguo sistema de castas. Leo y sus abogados protestaron. El tribunal decidió, dado que Jogiches era considerado súbdito ruso, rechazar la demanda de los abogados y retirarles el derecho de defensa si volvían a plantear cuestiones de disciplina. Leo se negó a declarar y permaneció en silencio durante los tres días que duró el juicio. Fue declarado culpable de desertión militar (cometida en 1891 al marcharse al extranjero) y alta traición, y condenado a ocho años de trabajos forzados. Rosa Luxemburg habría recibido un trato similar, y para ella habría significado una condena a muerte.

El 5 de abril de 1907, justo antes de ser enviado a Siberia, Jogiches se fugó de la cárcel. La fuga fue una obra maestra de ingenio. Fue sobre todo su hábil manera de manejar a la gente, junto con la ayuda de Hanecki, lo que le permitió ganarse a un gendarme para su empresa. Varias semanas más tarde se encontraba entre los participantes en el Congreso de Londres del Partido Socialdemócrata Ruso, e inmediatamente después, de vuelta en Berlín, volvió a ocupar su lugar en la dirección del SDKPyL.

## **Críticas a la revolución**

Cuando Rosa Luxemburg hizo el balance del primer año de revolución, estaba llena de confianza. Esperaba un nuevo aumento de la actividad proletaria, una desintegración cada vez más profunda del Estado zarista y del aparato militar, y levantamientos en la ciudad y en el campo, culminando finalmente en un levantamiento general de masas, lo suficientemente fuerte como para asestar el golpe de gracia al absolutismo. Los acontecimientos de 1906 parecen confirmar esta perspectiva. Manifestaciones, huelgas, disturbios campesinos, insurrecciones y motines estallaron una y otra vez, demostrando que la llama de la revolución no se había extinguido. Al mismo tiempo, sin embargo, se intensificaba el terror oficial del poder absolutista: pogromos, expediciones punitivas (sobre todo en las provincias bálticas), fusilamientos en masa, consejos de guerra sumarísimos, ejecuciones y un flujo cada vez mayor de exiliados a Siberia. Los obreros perdieron gradualmente las posiciones que habían conquistado a los capitalistas en la revuelta revolucionaria; al final, las huelgas fueron neutralizadas con gigantescos *lock-outs* patronales.

Estaba claro que diciembre de 1905, con la huelga general y el levantamiento de Moscú, había sido el punto álgido de la oleada revolucionaria. Aunque las masas revolucionarias seguían siendo capaces de dar fuertes golpes, era evidente que perdían progresivamente la iniciativa; el centro de los acontecimientos se desplazaba de la acción de masas a las escaramuzas parlamentarias. A pesar de la reaccionaria ley electoral, el partido liberal de los Cadetes (Demócratas Constitucionales) obtuvo una gran victoria en las elecciones (marzo de 1906), y su intento de desarraigar el absolutismo por medios parlamentarios hizo brotar nuevas esperanzas entre los socialistas de derechas de Rusia. Rosa Luxemburg había profetizado que la Duma se convertiría en la hoja de parra del absolutismo, y que sería una Duma cosaca. Y era cierto: tal acción parlamentaria sólo reflejaba la agonía de la revolución. El absolutismo estaba preocupado por equilibrar las

fuerzas de clase a su favor: disolvió la primera Duma en junio de 1906, gobernó sin parlamento hasta marzo de 1907, disolvió la segunda Duma en junio de 1907, y luego hizo elegir una tercera Duma sobre la base de un sufragio aún más injusto, de modo que estaba dominada por reaccionarios empedernidos. La contrarrevolución extendía su manto por toda Rusia.

Más tarde, en el *Juniusbroschure* [*Folleto Junius*], Rosa Luxemburg analizó el declive de la revolución:

«Dos causas explican por qué, a pesar de su inigualable despliegue de energía revolucionaria, claridad de objetivos y tenacidad, la revuelta rusa de 1905-06 sufrió una derrota. La primera radica en el carácter inherente de la propia revolución: en el enorme programa histórico y la masa de problemas económicos y políticos que puso al descubierto, algunos de los cuales, como la cuestión agraria, son completamente insolubles en el marco de nuestro orden social actual; y en la dificultad de crear un Estado moderno para el dominio de clase de la burguesía contra la resistencia contrarrevolucionaria de toda la burguesía del imperio. Desde este punto de vista, la revolución fracasó porque era una revolución proletaria con tareas burguesas, o, si se prefiere, una revolución burguesa con métodos de lucha proletario-socialistas, una colisión de dos épocas entre truenos y relámpagos, fruto del retraso en el desarrollo de las relaciones de clase en Rusia, así como de su exageración en Europa Occidental. Del mismo modo, desde este punto de vista, la derrota de 1906 no representa la bancarota de la revolución, sino simplemente el cierre natural de su primer capítulo, al que seguirán inevitablemente otros capítulos. La segunda causa era de naturaleza externa; residía en Europa Occidental: Una vez más, la reacción europea se apresuró a socorrer a su protegida en apuros<sup>107</sup>.»

La derrota de la revolución provocó una gran confusión en el movimiento socialista ruso y, en menor medida, en el SDKPyL, que seguía estando firmemente organizado y era ideológicamente coherente. Era natural que en el nuevo periodo de ilegalidad las organizaciones se redujeran y que las masas trabajadoras volvieran a caer en la apatía política. Sin embargo, resulta muy inquietante que un gran número de intelectuales abandonen la política. Además, empezaron a aparecer todo tipo de aberraciones en la socialdemocracia. Entre los bolcheviques, algunos grupos se refugiaron en especulaciones filosóficas (machismo)<sup>108</sup> e

<sup>107</sup> *Juniusbroschure* en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften* II, p. 93 y ss. [Folleto «Junius» o *La crisis de la Socialdemocracia*]

<sup>108</sup> De Ernst Mach (1838-1916), físico y filósofo idealista austriaco. La filosofía idealista subjetiva de Mach considera las cosas como complejos de elementos de la experiencia, carentes de base

incluso en el misticismo (“búsqueda de Dios”). También se propusieron teorías que, de haberse llevado a la práctica, habrían conducido al aventurerismo puro y duro (por ejemplo, el otsovismo<sup>109</sup>, una política que exigía la retirada de la fracción de la Duma del partido y el boicot de la Duma por principio). Los mencheviques, que no habían encontrado ninguna oportunidad de hacer realidad sus ideas tácticas durante el gran periodo de la revolución, sucumbieron ahora al derrotismo. Declararon que la revolución estaba absolutamente acabada y, en consecuencia, creían que los socialistas debían acomodarse a la nueva situación. Un fuerte grupo llegó incluso a exigir la liquidación de las organizaciones ilegales del partido, lo que era prácticamente sinónimo de la disolución del partido en su conjunto.

Se reanudaron las acaloradas discusiones sobre los problemas revolucionarios fundamentales, en las que se retomaron las viejas teorías enriquecidas por las experiencias de 1905-06. Rosa Luxemburgo participó en ellas más de lo que exigían las propias necesidades del movimiento polaco.

Entre los mencheviques fue Cherevanin<sup>110</sup> quien, en dos obras, examinó la revolución. Llegó a la conclusión de que la clase obrera, y con ella la socialdemocracia, no habían respetado suficientemente el carácter burgués de la revolución; sus acciones tormentosas y sus ataques directos al capital habían empujado a la burguesía a los brazos de la reacción, provocando así el hundimiento de la revolución. Sin embargo, tuvo que admitir que, en vista de las relaciones de clase dadas, no se podía obligar a la clase obrera ni a desempeñar el papel de esbirro de la burguesía ni a sacrificar sus propios intereses de clase. Lógicamente, por tanto, una táctica menchevique ‘correcta’ también habría fracasado. Llegó a la peculiar conclusión de que en las circunstancias dadas no era factible en absoluto una política obrera correcta, y reveló así la impotencia e inutilidad del punto de vista menchevique.

material, y la materia como una serie física de fenómenos derivados de la serie psíquica primaria. El propio Mach comenzó a desarrollar la teoría filosófica idealista como físico, en parte por la incapacidad de los eruditos burgueses de extraer conclusiones pertinentes de los descubrimientos más modernos de la física, y en parte por razones de clase, por el odio burgués al socialismo y a la clase obrera. La filosofía de Mach resonó con fuerza entre los “marxistas” de Europa occidental, como Friedrich Adler y Otto Bauer, y de Rusia, como Bogdánov, Bazárov, Lunatchárski, Yuchkiévitch, Valentínov y otros. Lenin, en *Materialismo y empiriocriticismo*, hizo una exposición y crítica exhaustivas de la teoría de Mach y de sus partidarios.

<sup>109</sup> En ruso, отозвать /otozvat , retirar. [N. Ed.]

<sup>110</sup> N. Cherevanin, *Das Proletariat und die russische Revolution (El proletariado y la revolución rusa)*, Stuttgart, 1908.

Incluso en este periodo, Lenin fue coherente en su punto de vista, abogando por una dictadura democrática del proletariado y el campesinado. Trotsky continuó desarrollando su teoría de la revolución permanente, particularmente en artículos publicados en 1908 en la revista de la socialdemocracia polaca. Llegó a la conclusión de que, aunque la revolución se enfrentaba directamente a los objetivos burgueses, no debía conformarse con ellos. De hecho, la revolución sólo podría resolver sus tareas burguesas inmediatas si el proletariado tomaba el poder. Pero una vez ocurrido esto, el proletariado no podía limitarse a llevar a cabo la revolución burguesa. Para asegurar sus objetivos, la vanguardia proletaria tendría que interferir no sólo con la propiedad feudal, sino también con la propiedad burguesa. Entonces entraría en conflicto no sólo con la burguesía, sino también con amplios sectores del campesinado. Así pues, las contradicciones a las que se enfrentaba un gobierno obrero en un país atrasado sólo podían resolverse internacionalmente, en el terreno de la revolución proletaria mundial. Obligado por la necesidad histórica a reventar el marco democrático-burgués de la Revolución Rusa, el proletariado victorioso tendría entonces que romper su marco de Estado-nación, es decir, esforzarse conscientemente por hacer de la Revolución Rusa el preludio de la revolución mundial.

Rosa Luxemburg definió su actitud ante estas cuestiones y puntos de vista en varios extensos trabajos en los que analizaba el curso de la revolución y la contrarrevolución. Atacó los puntos de vista de los mencheviques, en particular en dos grandes discursos pronunciados en el Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso celebrado en Londres en mayo de 1907, ambas obras maestras de la oratoria polémica. Sus opiniones fueron resumidas de la forma más gráfica en un discurso pronunciado por Leo Jogiches en diciembre de 1908 en el Congreso del SDKPyL. Tras hacer un resumen de las ideas mencheviques, abordó los puntos de vista de Lenin. Lo que sigue representa lo esencial de sus palabras.

«Según los bolcheviques, los intereses de las clases proletaria y campesina en la revolución eran idénticos. Si se mantenía lógicamente este punto de vista, entonces, al menos durante un tiempo, todos los esfuerzos debían dirigirse a formar un partido proletario-burgués. Pero entonces, en una determinada fase de la revolución, la «dictadura del proletariado y del campesinado» podría convertirse en un arma contra el proletariado y la revolución. Los bolcheviques se adelantaron a los mencheviques gracias a su mayor sentido del desarrollo histórico; demostraron que no eran doctrinarios al tener en cuenta la gran fuerza potencial del campesinado. El error de los bolcheviques era que sólo veían el aspecto revolucionario del campesinado. En este sentido, representaban la antítesis de los mencheviques, que, para justificar su propia

concepción de una revolución dirigida por la burguesía, sólo veían el aspecto reaccionario del campesinado.

Sin embargo, la historia no podía hacer nada con esquemas muertos. En realidad, ellos (Jogiches y sus amigos), los bolcheviques y un sector de los mencheviques luchaban por la dictadura del proletariado –los mencheviques a pesar de sus puntos de vista erróneos. Sería difícil formular la posición de forma más abstracta y menos dialéctica que los bolcheviques. En el fondo de su concepción había algo así como un avance militar según un plan preconcebido. En realidad, sin embargo, el contenido vital del propio proceso histórico estaría determinado por su propio curso y por sus propios resultados, es decir, por objetivos, a pesar de e independientemente de los objetivos subjetivos de sus participantes. El carácter mismo de las clases y de los partidos cambiaba bajo la influencia de los acontecimientos momentáneos y de las nuevas situaciones. Él (Jogiches) no temía que los puntos de vista de los bolcheviques condujeran a peligrosas concesiones al campesinado. Confiaba en el sano espíritu proletario que subyacía en todas sus ideas.

Él y sus camaradas eran partidarios de la dictadura del proletariado basada en el campesinado. Sin duda, las actitudes de Parvus y Trotsky estaban estrechamente relacionadas con los puntos de vista que prevalecían en su partido. Pero el partido no aceptaba la idea de la revolución permanente, que basaba su táctica no en la Revolución Rusa, sino en los efectos de esa revolución en el extranjero. No es posible basar una táctica en combinaciones que no pueden estimarse adecuadamente en el momento. Tales horóscopos se determinan de forma demasiado subjetiva.»

Así, tanto Leo Jogiches como Rosa Luxemburg fueron más reservados en su juicio que Trotsky, Rosa, sin embargo, reconoció muy prontamente que la dictadura proletaria que tenía en mente sólo podría asegurarse mediante la victoria de la clase obrera en los países capitalistas avanzados; en su defecto, tendría que enfrentarse a la contrarrevolución.

La actitud de Rosa Luxemburg hacia el campesinado es importante, sobre todo porque ciertos anti-luxemburgistas han afirmado una y otra vez que ella subestimó o incluso ignoró la importancia del campesinado en la revolución. Esto es totalmente erróneo. En numerosos escritos, Rosa Luxemburg señaló enfáticamente la cuestión agraria como el quid de la revolución debido a la importancia del movimiento campesino en cualquier toma del poder por la clase obrera. En el Congreso del partido ruso de 1907, atacó especialmente los puntos de vista de



Plejánov y los mencheviques sobre la cuestión campesina, tachándolos de estériles y esquemáticos. Aunque a menudo comparaba a los bolcheviques con los franceses Guesdistas, encontrando sus teorías demasiado estrechas y rígidas en muchos aspectos, estuvo en gran medida de acuerdo con su política práctica a lo largo de esos años, e incluso con sus perspectivas revolucionarias más amplias. Siempre insistió en que una convulsión tan poderosa como la que estaba destinada a producirse en Rusia no podría llegar a su fin en una oleada rápida: contaba con un largo periodo revolucionario en el que las derrotas y los reflujos serían inevitables. Pero sabía y subrayaba el hecho de que la reacción que se instauraría después de 1905-06 ni restablecería el viejo poder del absolutismo con sus viejas relaciones de clase ni resolvería las grandes cuestiones políticas tan bien como para poder desarrollarse en paz y tranquilidad. Para ella la revolución no estaba muerta. Resurgiría con más fuerza que nunca. En 1912 fue una de las primeras en observar el nuevo ascenso de la marea revolucionaria, que volvería a ser sofocada por la guerra mundial para reaparecer en 1917 con un impulso aún más fuerte hacia su objetivo revolucionario.



**Herbario creado durante su prisión en Berlín**

## 7. Una nueva arma

### Decepción

«...Me muero de ganas de ponerme a trabajar y empezar a escribir; entre otras cosas, estoy extasiada ante la perspectiva de sumergirme en la discusión sobre la huelga general. Sólo unos días más de paciencia hasta que consiga un techo seguro y mejores condiciones de trabajo, porque aquí parece que no hay fin a las idas y venidas a la gendarmería, la fiscalía y otras agradables instituciones similares.

La última “trifulca” (*Krachle*) en el partido me hizo reír y –perdón–, ¡encima me río como el mismísimo diablo! Oh! oír hablar de los acontecimientos que han sacudido el mundo entre Lindenstrasse y Engelufer<sup>111</sup> y que han desencadenado semejante tormenta! ¡Imaginar cómo se vería *aquí* esa misma “tormenta”! ¡Qué grandes tiempos vivimos! Los llamo grandiosos porque plantean gran cantidad de problemas, *enormes* problemas; provocan sin embargo, y estimulan “la crítica, la ironía y un significado más profundo”; despiertan pasiones; y sobre todo –son tiempos fecundos y preñados que dan a luz a cada hora, y no dan a luz ratones muertos, ni siquiera mosquitos muertos (*krepierete*), como en Berlín, sino cosas gigantescas, como crímenes gigantescos (véase *el gobierno*), desgracias gigantescas (véase *la Duma*), estupideces gigantescas (véase *Plejánov y compañía*), etcétera. Estoy entusiasmada con la idea de que pronto podrá esbozar un bonito retrato de todos estos gigantescos acontecimientos, especialmente, por supuesto, en el NZ [*Neue Zeit*]. Así que resérvame una habitación adecuadamente gigantesca.»<sup>112</sup>

Entusiasmada por la gran experiencia vivida y por el trabajo que tenía por delante, Rosa Luxemburg se apresuró a regresar a Alemania tras su liberación de la cárcel de Varsovia. Su entusiasmo no decayó en lo que respecta a la Revolución Rusa. Pero cuanto más se acercaba a su segunda patria, la patria de la social-democracia alemana, más desanimada se sentía. En Finlandia recibió su primer saludo alemán en forma de un ejemplar del *Vorwärts*. La trivialidad de los artículos, la estrechez de miras de los puntos de vista y la torpeza de las ideas expresadas por estas plumas de izquierda “*kosher*” la hicieron suspirar: «¡Me sentí desdichada en Plevna! como el zar ante la perspectiva de enfrentarse a los turcos en 1877.» Luego, apenas llegada a Alemania, asistió al Congreso del

<sup>111</sup> La sede del SPD estaba en la Lindenstrasse, la de los sindicatos en la Engelufer.

<sup>112</sup> Carta a Emmanuel y Mathilde Wurm, Varsovia 18 de julio de 1906, en Rosa Luxemburg, *Briefe an Freunde* [Cartas a los amigos], p. 43.

Partido en Mannheim, donde respiró la sofocante intensidad de la atmósfera que rodeaba a los líderes del movimiento obrero alemán, y se sintió como pez fuera del agua.

En efecto, la fresca brisa del Este que había aireado durante un tiempo la sede del partido había decaído. Inclinada al derrotismo desde el principio, la dirección del partido, como un barómetro sensible, había registrado inmediatamente el desarrollo regresivo de la revolución rusa después de las luchas de diciembre. El aumento de las actividades obreras en favor del sufragio general en el “reino rojo” de Sajonia<sup>113</sup> y en Hamburgo había sido suprimido. Después de algunos ruidos de sables por parte del gobierno, el Ejecutivo del Partido había convertido inmediatamente en inocua una gran manifestación convocada en apoyo de la Revolución Rusa en el aniversario del *Domingo Sangriento*, privándola de todo significado revolucionario. En febrero de 1906, después de haber discutido las implicaciones de la resolución de huelga de masas aprobada por el Congreso del Partido de Jena, el Ejecutivo del Partido y la Comisión General de los sindicatos llegaron a un acuerdo secreto para que la resolución quedara en papel mojado. De hecho, la dirección sindical se había apoderado prácticamente del partido, y el Congreso del Partido en Mannheim no hizo más que confirmar la consigna general: ¡hacia atrás!

Rosa Luxemburg se tomó muy en serio esta evolución. Incluso en Jena había tenido la sensación de que los antiguos dirigentes del partido tenían opiniones totalmente diferentes a las suyas. El Congreso de Mannheim le dejó claro que no se trataba de aberraciones temporales y que en el futuro tendría que considerar a Bebel y a la gran mayoría de los cuadros dirigentes del partido como enemigos. Respondiendo a principios de 1907 a Clara Zetkin, que había expresado su inquietud por la futura política del partido, declaró:

«Desde mi regreso de Rusia, me siento bastante aislada. [...] Siento la irresolución y la mezquindad de todo nuestro partido de forma más evidente y dolorosa que nunca. Sin embargo, no puedo exaltarme tanto sobre estas cosas como tú, porque ya he visto con terrible claridad que estas cosas y estas personas no pueden cambiarse hasta que la situación sea completamente diferente, e incluso entonces —he reflexionado fríamente sobre el asunto antes de llegar a esta conclusión— sólo tendremos que contar con la inevitable resistencia de tales pueblos si queremos dirigir a las

<sup>113</sup> En las elecciones al Reichstag de 1903, el SPD ganó todas las circunscripciones de Sajonia con una excepción, pero en la propia Sajonia, es decir, en las elecciones a la Dieta sajona, el sufragio de tres clases, en vigor desde 1896, excluía de hecho a los candidatos del SPD de la *Dieta* (parlamento territorial).

masas. La situación es simplemente ésta: August [Bebel], y aún más los demás, se han consumido completamente en nombre del parlamentarismo y en las luchas parlamentarias. Cada vez que ocurre algo que trasciende los límites del parlamentarismo, se desesperan por completo; no, peor aún, hacen todo lo posible para que todo vuelva al molde parlamentario, y atacarán furiosamente como “enemigo del pueblo” a cualquiera que quiera ir más allá de estos límites. Creo que las masas, y más aún la gran masa de camaradas, están interiormente cansadas del parlamentarismo. Acogerían con alegría una brisa fresca en la táctica del partido; sin embargo, los viejos expertos (*Autoritäten*), y más aún la capa superior de redactores, diputados y dirigentes sindicales oportunistas, son un peso muerto. Nuestra tarea ahora es simplemente contrarrestar el estancamiento causado por estos expertos siendo lo más contundentes posible en nuestra protesta, sabiendo que es probable, dependiendo de las circunstancias, que no sólo los oportunistas sino también el Ejecutivo y August [Bebel] luchan contra nosotros. Mientras se trató de defenderse contra Bernstein y compañía, August y compañía soportaron nuestra presencia y nuestra ayuda –ya que, después de todo, lanzaron una ofensiva contra el oportunismo, entonces los antiguos, junto con Ede [Bernstein,] Vollmar, y David, están en nuestra contra. Así es como yo veo las cosas, pero ahora vayamos al punto principal: ¡manténganse bien y no se entusiasmen demasiado! Nuestras tareas tomarán años!<sup>114</sup>»

En la lucha para la que se estaba pertrechando, Rosa Luxemburgo contaba con el apoyo de las masas trabajadoras y con el desarrollo objetivo de la situación dentro y fuera del país. En el Congreso de Jena se reflejó el estado de ánimo de las masas socialdemócratas. Además, en las numerosas reuniones públicas en las que habló sobre la Revolución Rusa y sus lecciones para Europa Occidental, pudo comprobar, por el serio interés y entusiasmo de los asistentes, que el espíritu revolucionario no se había extinguido entre las bases del partido como había ocurrido en sus estratos superiores. En Austria, la Revolución Rusa había desencadenado un vigoroso movimiento de masas; y justo entonces, hacia finales de 1906, el proletariado austriaco cosechaba su primer gran éxito, el sufragio general.

Rosa Luxemburg era ciertamente más prudente que Trotsky a la hora de estimar los efectos de la Revolución Rusa en los grandes países capitalistas.

<sup>114</sup> *Illustrierte Geschichte der Deutschen Revolution* (Historia ilustrada de la Revolución alemana), Berlín 1929, p. 62.

Pero estaba firmemente convencida de que el ascenso del proletariado ruso había marcado el comienzo de una nueva época histórica. Las catástrofes predichas en su examen de las fuerzas motrices sociales en el mundo capitalista en *Reforma social o revolución* estaban a punto de madurar poderosamente. La disputa entre Francia y Alemania por Marruecos había agitado, por primera vez, la cabeza de Medusa de la guerra europea. La política imperialista internacional revelaba su verdadero naturaleza. Despuntaba la era de las guerras y las revoluciones. Ayudar a la clase obrera a prepararse intelectual y moralmente para las luchas que se avecinaban, era para Rosa Luxemburg su tarea más importante.

## La huelga política de masas

El problema, sobre todo, era aprender las lecciones de las experiencias de la Revolución Rusa en la medida en que pudieran ser de valor, en el presente capítulo de la historia, para el proletariado de Europa Occidental, en particular el de Alemania. La Revolución Rusa se diferenció de todas las revoluciones anteriores por la aparición de las grandes masas con esa arma proletaria característica que es la huelga, de hecho la huelga en la que participan millones de personas, ya no sólo por el salario y el pan, sino por grandes objetivos políticos. Rosa Luxemburg había sido activa durante mucho tiempo a favor de la huelga política de masas, pero ahora se dio cuenta de su plena significación como arma específica del proletariado en tiempos de efervescencia revolucionaria.

La idea de la huelga general es muy antigua. Ya en 1839, los cartistas ingleses la consideraron –bajo el eslogan “El mes sagrado”– como el arma con la que podrían exigir el sufragio general de la burguesía y abrir así el camino al socialismo. En su Congreso de Bruselas de 1868, la Primera Internacional proclamó la “huelga de los pueblos contra la guerra”. El Congreso de Ginebra de la Alianza Internacional de Bakuninistas, celebrado en septiembre de 1873, proclamó que la huelga general era el arma para acabar con la burguesía y derrocarla. Los sindicalistas franceses también consideraban la huelga general como arma principal del proletariado; ni la lucha de barricadas de la revolución burguesa, ni el parlamentarismo de los políticos, sino la acción pacífica de brazos cruzados llevarían a la clase obrera a la victoria. Todo esto eran ilusiones altisonantes, caracterizadas por una estimación errónea de la relación real entre la fuerza real de las fuerzas revolucionarias y sus objetivos, una estimación basada en la esperanza de que la mera propaganda podría provocar una huelga general y mantenerla hasta que la burguesía finalmente capitulara.

Mientras tanto, había huelgas reales de grandes masas de personas pero de un modo bastante diferente. En 1891, 125.000 obreros dejaron sus herramientas en Bélgica, no para derrocar la sociedad burguesa con un arma puramente económica, sino para obtener una mayor libertad política en el marco de ese orden social mediante el sufragio general.

Aunque este primer intento fracasó, un segundo impulso en 1893, en el que participaron 250.000 huelguistas, logró una mejora del sufragio que abrió las puertas del Parlamento a los representantes de la clase obrera belga. Sin embargo, aún no se había conseguido la igualdad del sufragio. Con este fin, el Partido Laborista belga, en alianza con los liberales, lanza otra huelga general en 1902. Participaron 350.000 obreros, pero en el Parlamento los liberales dejaron en la estacada a sus socios y la huelga fracasó. Ese mismo año, los obreros suecos llevaron a cabo una gran huelga-manifestación a favor de un sufragio universal. En Francia, 160.000 mineros se declararon en huelga y atrajeron a la lucha a muchos otros trabajadores. En 1903, los ferroviarios holandeses iniciaron una huelga política que desembocó en la proclamación de una huelga general. En septiembre de 1904, una oleada de huelgas tremendamente violentas que alcanzaron proporciones gigantescas se extendió por Italia; la intensidad fue tal que se produjeron peleas callejeras en varias ciudades. Así pues, hubo todo tipo de experiencias con la huelga política de masas antes de que se revelara todo su significado en la Revolución Rusa.

En los dos países capitalistas más importantes de Europa, sin embargo, la idea de una huelga general se consideraba muy fríamente. En Inglaterra, la idea parecía haber sido enterrada con el movimiento cartista. En Alemania, tras el gran experimento belga de 1893, tanto Bernstein como Kautsky habían contemplado la idea de una huelga general como arma para defender los derechos políticos de la clase obrera. En 1896, cuando las nociones golpistas ganaban terreno entre los reaccionarios alemanes, Parvus propuso la idea de la huelga política como medio de hacer que los trabajadores pasaran de una posición defensiva a una ofensiva. Pero éstas seguían siendo puramente académicas. La inmensa mayoría de los dirigentes socialdemócratas seguía pronunciando el axioma: ¡la huelga general es un disparate general! Y las pocas veces que consideraron necesario exponer sus argumentos, recurrieron a las palabras de Friedrich Engels, que había rechazado firmemente la idea de huelga general propagada por los anarquistas. En 1873, en su panfleto *Los bakuninistas en acción*,<sup>115</sup> Engels había atacado la idea de que la huelga general, al matar de hambre a las clases poseedoras, las obligaría a contra-

<sup>115</sup> Marx-Engels, *Studienausgabe* III, 1966, p. 160.

atacar a los trabajadores, que de ese modo tendrían derecho a hacer un levantamiento armado. Señaló que incluso los propios bakuninistas pensaban que, para llevar a cabo este experimento adecuadamente, era necesaria la organización completa de la clase obrera y unas arcas bien llenas. Aquí el fallo del plan era evidente, porque ningún gobierno aceptaría tales preparativos, y:

«En contrapartida, los acontecimientos políticos y los excesos de las clases dominantes provocarían la liberación de los trabajadores mucho antes de que el proletariado estuviera en condiciones de crear esta organización ideal y estos colosales fondos de reserva. Si alguna vez los tuviera no necesitaría el rodeo de la huelga general para alcanzar sus objetivos».<sup>116</sup>

Cuando la huelga general belga de 1902 terminó en derrota, la mayoría de los socialdemócratas alemanes que se preocupaban por las cuestiones tácticas consideraron que era una confirmación del veredicto de Engels. Incluso los radicales declararon que el experimento era el último suspiro de la táctica bakuninista: tales experimentos de poder eran absurdos; conducían a conflictos armados y al abandono de los cauces legales; y además –así distorsionaban las ideas de Engels– la clase obrera tendría el poder mucho antes de tener fuerza suficiente para conducir una huelga general victoriosa.

Rosa Luxemburg tenía una visión completamente diferente. Al comienzo de la lucha belga ya criticaba duramente las condiciones en que se había iniciado y, tras analizar la situación en profundidad, sacó conclusiones que nadie más se atrevió a enunciar. No es que hubiera sido un error recurrir a la huelga general, sino que había sido un error dejar que los liberales prescribieran la forma de llevarla a cabo. De este modo, los trabajadores en huelga se habían convertido en meros figurantes de una representación en el escenario parlamentario. La renuncia, en aras de la legalidad, a todas las reuniones y manifestaciones de huelga, y el confinamiento de los trabajadores militantes en sus propios hogares, les había robado ese importante sentimiento de su propia fuerza masiva y les había hecho flaquear. La esencia de una huelga general era que era un presagio, la primera etapa de una revolución callejera. Pero era precisamente este carácter el que los dirigentes huelguistas belgas habían eliminado con gran celo.

<sup>116</sup> *Illustrierte Geschichte der Deutschen Revolution*, Berlín, 1929.

Durante mucho tiempo se consideró que éste era el veredicto final de Engels sobre la huelga general. La publicación de las cartas que escribió a Victor Adler y Karl Kautsky en 1893 demuestra que no era así. En aquel momento, en el partido austriaco había un fuerte apoyo a la huelga general para asegurar el sufragio universal. Aunque en las condiciones austriacas existentes Engels se oponía decididamente a tal prueba de fuerza, no rechazaba por principio el arma de la huelga general.

«Una huelga general forjada de *antemano* dentro de los grilletes de la legalidad es como una manifestación de guerra con cañones cuya carga ha sido arrojada a un río a la vista del enemigo. El consejo dado con toda seriedad por *Le Peuple* de que los huelguistas deberían amenazar a sus enemigos “con los puños en los bolsillos” no asustaría ni a un niño, por no hablar de una clase que lucha a muerte por mantener su dominio político. Así sucedió que las meras páginas de paros laborales del proletariado belga en 1891 y 1893 fueron suficientes para romper la resistencia de los clericales, sino sólo porque éstos tenían razones para temer una súbita transformación de la calma en tormenta, de las huelgas en revolución. También en esta ocasión si los líderes no hubieran descargado sus armas de antemano, si no hubieran convertido la marcha de guerra en un desfile de domingo por la tarde, y si no hubieran convertido el estruendo de la huelga de la huelga general en la efervescencia de un petardo.<sup>117</sup>»

La actitud de Rosa Luxemburg ante el problema de la huelga política —la primera vez que se enfrenta a este problema— demuestra una vez más su negativa a aceptar simplemente el punto de vista convencional sólo porque se basaba en la palabra del amo. Examinó escrupulosamente la concepción de Engels y descubrió que «sólo se ajustaba a la teoría anarquista de la huelga general, es decir, a la teoría de la huelga general como medio de introducir la revolución social, en contraste con la consecución del mismo fin mediante la lucha política diaria de la clase obrera». Ella consideraba que ambas cosas podían ir de la mano, que eran complementarias en determinadas situaciones. En segundo lugar, la huelga general es un arma de carácter fuertemente revolucionario. Suponía una mayor militancia entre las masas trabajadoras; no podía tratarse según las reglas de las luchas cotidianas a pequeña escala, sino que implicaba consecuencias revolucionarias que, si se pasaban por alto, podían desembocar en una derrota desmoralizadora.

El auge general del ardor revolucionario que se produjo como efecto psicológico de la Revolución Rusa, y el ejemplo directo de las gigantescas huelgas de masas en Rusia, destruyeron las barreras intelectuales que habían impedido a la mayoría de los socialdemócratas alemanes sentir simpatía alguna por la idea de la huelga política. El resultado fue una interesante constelación de opiniones divergentes.

<sup>117</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke* IV, p. 341 y ss.



Con pocas excepciones, los dirigentes sindicales persistieron en rechazar la huelga política por principio. Hasta entonces, nunca habían considerado la idea de la huelga general más que como un producto deformado del temperamento romántico de la raza latina, que había que pasar por alto encogiéndose de hombros. Pero como la clase obrera alemana ya no parecía inmune a esas ideas destructivas, abrieron una ruidosa ofensiva contra los “apóstoles de la huelga de masas” y los “revolucionarios románticos”. Esto alcanzó su punto culminante en el Congreso de Sindicatos de Colonia (1905) con el lema: «¡Los sindicatos necesitan paz y tranquilidad por encima de todo!» Los delegados condenaron incluso la mera discusión de la cuestión como algo peligroso y, peor aún, como jugar con fuego. Los motivos eran claros: los dirigentes sindicales temían perder su independencia táctica del partido, temían que sus bien repletas arcas fueran saqueadas, e incluso temían la destrucción de sus organizaciones por parte del gobierno como resultado de tal confrontación. Además, se oponían totalmente a “experimentos” que pudieran perturbar su ingenioso sistema de escaramuzas diarias con los empresarios. Un grupo relativamente pequeño de dirigentes de partidos reformistas les apoyaron porque oían la revolución detrás de la huelga de masas y querían a toda costa para impedir que se derribaran las barreras legales. Uno de sus portavoces, el abogado Wolfgang Heine, consultó minuciosamente el código penal y declaró ilegal la huelga política, porque violaba tanto los párrafos relativos al incumplimiento de contrato como los relativos a la alta traición, y era, por tanto, un pecado venial y mortal contra el orden social burgués.

Muchos otros políticos reformistas, por el contrario, apoyaban incondicionalmente la idea de la huelga política de masas: la consideraban un arma para defender el sufragio general ejercido en las elecciones al Reichstag, continuamente amenazado, y quizá para conseguir un sufragio similar para las dietas provinciales alemanas. Algunos de ellos esperaban incluso que esa táctica diera lugar a un régimen verdaderamente parlamentario y se cumplieran así sus sueños más audaces: la conquista paso a paso del poder político mediante una política de coalición. Entre ellos estaban Eduard Bernstein, Friedrich Stampfer y Kurt Eisner. Estaban entusiasmados con la idea de la huelga política, sobre todo porque la consideraban un arma que podía sustituir a la lucha de barricadas y, además, parecía un arma pacífica.

Estrechamente aliados a ellos estaban la mayoría de los diputados, redactores y funcionarios que se agrupaban en torno al Comité Ejecutivo del Partido y que más tarde se denominaron a sí mismos el “Centro Marxista”. Rechazaban la idea de trabajar junto con los partidos burgueses en un gobierno de coalición, pero

esperaban obtener, sobre la base de un sufragio realmente democrático, una mayoría parlamentaria con la que llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad. También para ellos la huelga de masas era un sustituto de la insurrección armada. Ya en octubre de 1903, Rudolf Hilferding había expresado las opiniones de este grupo en *Neue Zeit*, como se parafrasea a continuación.

Ahora que la lucha con barricadas se había vuelto imposible, la retención de la fuerza de trabajo era el único medio de coerción de que disponía el proletariado para oponerse a la violencia coercitiva del Estado. Los obreros debían estar siempre preparados para lanzar una huelga general en defensa del sufragio general, o un día sus enemigos podrían hacer repentinamente imposible toda actividad parlamentaria. La huelga general debía convertirse en el factor regulador de la táctica socialdemócrata, reguladora en la medida en que todo proletario debía estar dispuesto a defender los logros de su clase utilizando su poder sobre los procesos productivos vitales de la sociedad; reguladora, además, en la medida en que la huelga general no debía sustituir al parlamentarismo, sino más bien proteger de los ataques las actividades políticas del proletariado; y reguladora, por último, en la medida en que la idea de la huelga general debía seguir siendo meramente una idea, si era posible. Así pues, la huelga general seguía siendo un instrumento puramente defensivo al servicio de una política que consistía en apretar el puño y esperar ansiosamente que no se presentara nunca la ocasión de tener que utilizar ese instrumento.

Todos estos defensores de la idea de la huelga de masas la imaginaban como una acción que sería decidida de forma ordenada por la dirección organizadora y llevada a cabo de acuerdo con reglas definitivamente establecidas por un ejército de trabajadores marchando al paso, estrictamente disciplinados y subordinados a la voluntad de sus líderes.

La concepción de Karl Kautsky parecía fundamentalmente distinta de todas estas ideas: nunca sería posible, en un Estado rígidamente organizado como la Alemania prusianizada, forzar las concesiones políticas o incluso rechazar los golpes reaccionarios mediante una huelga general. Si los trabajadores recurrían a esta arma, tenían que estar preparados para ir hasta el final y alcanzar el poder del Estado. La huelga general era un arma revolucionaria, sólo aplicable en una situación revolucionaria. Cuando desarrolló por primera vez estas ideas (*Neue Zeit*, febrero de 1904), también consideraba la huelga general como el arma revolucionaria que sustituiría al levantamiento armado. Sin embargo, las experiencias de la Revolución Rusa le convencieron de que la insurrección armada como arma política no debía ser desechada, y que una huelga general podía muy

bien culminar en una insurrección armada. Estas opiniones parecían coincidir plenamente con las de Rosa Luxemburg. De hecho, estaba muy influido por ella. Sin embargo, más tarde se hizo evidente una profunda diferencia. Kautsky siempre estaba dispuesto a sacar conclusiones revolucionarias si éstas se referían a otros países, al pasado o a un futuro lejano. Su tesis de la huelga general como arma revolucionaria significaba en realidad adoptar una actitud de espera hasta que, algún día, el destino histórico hiciera surgir la revolución.

## Huelga de masas, partido y sindicatos

En el Congreso del Partido de Jena de 1905, Rosa Luxemburg, como ya sabemos, se sintió profundamente decepcionada por las perspectivas limitadas, las ideas estereotipadas y el espíritu perezoso que caracterizaron los debates. No estaba de acuerdo con la resolución de Bebel por dos motivos: porque limitaba la aplicación de la huelga de masas a la defensa del sufragio general y porque obligaba al partido a utilizar esta arma en caso de ataque al sufragio. No obstante, junto con los demás miembros de izquierda, votó a favor de la resolución. En una carta a Henriette Roland-Holst [2 de octubre de 1905], explica su actitud:

«Estoy totalmente de acuerdo contigo en que la resolución de Bebel ofrece una interpretación muy unilateral y plana de la cuestión de la huelga de masas. Cuando la conocimos en Jena, algunos de nosotros decidimos oponernos a ella durante la discusión para poder defender la huelga de masas, no como una receta mecánica para una posición política defensiva, sino como una forma elemental de acción revolucionaria. Sin embargo, el solo discurso de Bebel bastó para dar un nuevo giro al asunto, y aún más la actitud de los oportunistas (Heine, etc.). Como en varias ocasiones anteriores, los de “extrema izquierda” (*ausserste Linke*) nos vimos obligados a luchar, no contra Bebel (a pesar de importantes diferencias con él), sino junto con él contra los oportunistas. Habernos pronunciado directamente contra la resolución de Bebel en medio de aquella discusión en Jena habría sido un error táctico por nuestra parte. Se trataba más bien de mostrar nuestra solidaridad con Bebel y luego dar a su resolución un color revolucionario a lo largo de la discusión. Y sin duda lo conseguimos, aunque el informe del periódico sólo da una idea vaga de ello. De hecho, en la discusión, la huelga de masas fue tratada, incluso por Bebel (aunque puede que no se diera cuenta), como una forma de lucha revolucionaria de masas, y el espectro de la revolución dominó claramente todo el debate, así como el Congreso... Podemos estar muy satisfechos de este resultado táctico<sup>118</sup>.»

<sup>118</sup> Henriette Roland-Holst, *Rosa Luxemburg, ihr Leben und Wirken*, (*Rosa Luxemburg, su vida y su obra*), Zürich 1937, p. 218.

Esperaba que el debate posterior en la prensa desarrollara la lógica inherente a la consigna de la huelga de masas. Pero esta esperanza se desvaneció cuando la Revolución Rusa dejó de ejercer su influencia incendiaria. En los interminables debates de prensa que siguieron, la idea se fue diluyendo cada vez más. El entendimiento alcanzado entre el Ejecutivo del Partido y la Comisión General de los sindicatos convirtió la resolución de Jena en un cuchillo sin mango ni hoja. Inmediatamente después de su salida de Varsovia, Rosa Luxemburg decidió, durante su estancia en Finlandia, desarrollar su propia concepción del asunto confrontando las fórmulas mecanicistas que rondaban la mente de todos con las experiencias vivas de las luchas rusas. Su folleto *“Huelga de masas, Partido y Sindicato”* apareció justo a tiempo para el Congreso del Partido de Mannheim en otoño de 1906.

Este folleto revela cómo Rosa Luxemburg se formó su opinión sobre las formas y métodos de acción y la táctica multifacética de la lucha obrera, y cómo logró resolver problemas en una época en que apenas existían las condiciones elementales para su solución, por ejemplo, la cuestión de la relación entre la lucha diaria en defensa de los intereses de la clase obrera y la lucha mayor por la realización del socialismo. Fue precisamente en el debate sobre la huelga de masas cuando se hizo evidente que la mayoría de los teóricos del partido habían construido esquemas en sus cabezas mediante los cuales todas las dificultades previstas podían superarse fácilmente y el éxito estaba garantizado, siempre que se siguieran las reglas establecidas. Rosa Luxemburg no calculó ni construyó ninguna solución patentada para las dificultades futuras. Ella extrajo sus ideas de la experiencia vivida y de un análisis detallado del proceso histórico de formación de los conflictos de clase, sin perder nunca de vista el proceso en su conjunto. Al mismo tiempo era capaz de ver más allá de los acontecimientos inmediatos del día con un poder casi visionario, de excluir las circunstancias accidentales debidas únicamente a la situación dada, y de resumir los factores generalmente válidos para una fase particular del desarrollo de tal manera que su imagen de la realidad palpataba con vida.

La obra nació de su gran experiencia en el frente revolucionario. Los martillazos de la Revolución Rusa reverberan a través de ella. Las luchas de masas cobran vida, las luchas que asolaron toda Rusia en la década anterior con sus extraños giros y torsiones, los saltos hacia adelante y el hundimiento ocasional del movimiento en un aparente letargo, la peculiar falta de proporción entre los acontecimientos insignificantes y la grandiosa escala de las luchas, el enredo de motivos económicos y políticos en las huelgas, los éxitos y las derrotas. La obra es un poderoso fresco de la lucha de las grandes fuerzas sociales, pintado con un

raro poder de delineación, en una intensidad de color y de sentimiento de la dinámica de la historia.

Su análisis de los acontecimientos llevó a Rosa Luxemburg, en primer lugar, a ciertas conclusiones generales que son fundamentales para su concepción especial de la huelga de masas:

«En lugar del esquema rígido y hueco de una árida “acción” política llevada a cabo a instancias de las más altas autoridades del partido según un plan cauteloso, vemos un fragmento de la vida palpitante, hecho de carne y hueso que no puede ser separado del gran marco de la revolución, porque está conectado a todos los azares de la revolución por mil venas.

La huelga de masas, tal y como se nos muestra en la Revolución Rusa, es un fenómeno tan cambiante que refleja todas las fases de la lucha política, todas las etapas y factores de la revolución. Su aplicabilidad, su eficacia, los factores que rodean sus orígenes se alteran continuamente. De repente abre nuevas y amplias perspectivas en momentos en que la revolución parece haberse atascado, pero también puede fracasar justo cuando se cree que se puede contar con su éxito con absoluta certeza. A veces surge sobre todo el imperio como una ola gigante, a veces se rompe en una red gigante de riachuelos, a veces burbujea de la tierra como un manantial fresco, a veces se filtra de nuevo en la tierra. Huelgas políticas y económicas, huelgas masivas y huelgas parciales, huelgas de manifestación y huelgas militantes, huelgas generales en sectores industriales concretos y huelgas generales en ciudades concretas, luchas salariales pacíficas y batallas callejeras, barricadas... todo ello se entrelaza inextricablemente, codo con codo, cruzándose, desbordándose... un mar de fenómenos en perpetuo movimiento y cambio. Y la ley del movimiento es clara: no reside en la huelga de masas en sí o en sus peculiaridades técnicas, sino en la relación de fuerzas sociales y políticas en la propia revolución. La huelga de masas no es más que la forma de la lucha revolucionaria en un momento dado, y cada cambio de la relación de las fuerzas contendientes, en el desarrollo del partido y las divisiones de clase, y en la posición de la contrarrevolución, todo esto afecta inmediatamente a la huelga de mil maneras invisibles y apenas controlables. Sin embargo, la huelga en sí misma apenas se detiene, sólo cambia sus formas, su extensión, su efecto. Es el latido vivo de la revolución y, al mismo tiempo, su fuerza motriz más poderosa. En otras palabras, la huelga de masas, tal como nos la ha mostrado la Revolución Rusa, no es un ingenioso método para aumentar el efecto de la lucha

proletaria, sino la forma en *que se mueven las masas proletarias, la forma que adopta (Erscheinungsform) la lucha proletaria en la revolución real.*<sup>119</sup>»

¿No generalizó Rosa Luxemburg demasiado a partir de la experiencia de la Revolución Rusa? ¿No confundió inexcusablemente huelga de masas y revolución? ¿No confundió arbitrariamente dos cosas esencialmente diferentes, la huelga económica y la huelga política? Naturalmente, ella sabía que las huelgas de manifestación y las huelgas de masas aisladas llevadas a cabo con un propósito político definido son de gran importancia. Pero una huelga-demostración cuya duración está limitada desde el principio no es la lucha de clases ampliamente desarrollada, de la misma forma que una demostración naval, no es la guerra naval. Al igual que una manifestación naval puede servir de apoyo a la acción diplomática, la huelga de manifestación puede servir de apoyo a los medios parlamentarios y puramente económicos de presión de que dispone la clase obrera en determinados momentos de gran tensión social. Las huelgas de masas aisladas, sin embargo, no se inician y se llevan a cabo de acuerdo con un plan, sino que estallan espontáneamente —por ejemplo, las dos huelgas belgas de 1891 y 1893, y la gran oleada italiana de 1904. En el curso de estas huelgas surgieron características típicamente revolucionarias de una situación que era revolucionaria, aunque no pudiera cristalizar plenamente sus potencialidades. Para Rosa Luxemburg eran fases preliminares de la verdadera huelga revolucionaria y, como tales, de gran importancia. En cualquier caso, la huelga de masas no era el producto artificial de una táctica deliberada, sino un fenómeno histórico natural. Por ello, consideraba el concepto de «huelga de masas puramente política, con el que la gente prefiere operar, como un esquema teórico sin vida». También rechazó la idea de utilizar la huelga de masas como palanca para liberar al movimiento en cualquier punto muerto. Si faltaban los requisitos previos para las acciones elementales, cualquier intento de desencadenarlas artificialmente tendría consecuencias fatídicas, ya que «en realidad, no es la huelga de masas la que produce la revolución, sino la revolución la que produce la huelga de masas». Esta concepción es también la que subyace en su respuesta a la pregunta sobre el origen, la iniciativa y la organización de la huelga de masas:

«Si la huelga masiva no es un acto aislado, sino la expresión de un período de la lucha de clases, y si este período es idéntico a la fase revolucionaria de esa lucha, entonces está claro que la huelga de masas no puede ser convocada a voluntad, incluso si la decisión de hacerlo puede haber venido de los niveles más altos del partido socialdemócrata más fuerte. Mientras la

<sup>119</sup> Rosa Luxemburg, *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften (Huelga de masas, partido político y sindicatos)*, en *Politische Schriften I*, p. 172.

socialdemocracia no tenga el poder de escenificar y convocar revoluciones a su antojo, ni siquiera el mayor entusiasmo e impaciencia por parte de las tropas socialdemócratas bastarían para inaugurar un verdadero período de huelgas de masas como un poderoso movimiento del pueblo. [...] Una huelga de masas nacida de la pura disciplina y entusiasmo desempeñaría, en el mejor de los casos, el papel de un mero episodio, un síntoma del estado de ánimo combativo de la clase obrera, y luego la situación volvería a ser la de la tranquila vida cotidiana. Por supuesto, incluso durante la revolución, las huelgas masivas no caen exactamente del cielo. Tienen que ser provocadas de un modo u otro por los trabajadores. La decisión y la resolución de la clase obrera también desempeñan un papel; de hecho, la iniciativa y el liderazgo subsiguiente recaerán en el núcleo socialdemócrata organizado y más ilustrado del proletariado. Sin embargo, la iniciativa y la dirección por sí solas no son suficientes, ya que entonces se limitan en su mayoría a aplicarse a actos aislados, huelgas aisladas, cuando el período revolucionario ya ha comenzado, y normalmente dentro de los límites de una sola ciudad [...] El elemento de la espontaneidad ha desempeñado [...] un gran papel en todas las huelgas de masas rusas sin excepción, ya sea como fuerza motriz o como elemento de contención. La razón de esto no es que la socialdemocracia en Rusia sea todavía joven y débil, sino que en cada acto particular de la lucha intervienen tantos factores incalculables –económicos, políticos y sociales; generales y locales; materiales y psíquicos– que ningún acto de este tipo puede definirse y tratarse como un problema aritmético. [...] En resumen, en las huelgas de masas rusas el elemento espontáneo ha desempeñado un papel tan predominante no porque el proletariado ruso no esté “escolarizado”, sino porque las revoluciones no se aprenden en la escuela<sup>120</sup>.»

Sin embargo, si la huelga de masas no es un producto artificial y no puede decidirse al azar, sino que se impone como una necesidad histórica con toda la impetuosidad de la espontaneidad de las masas detrás de ella, entonces es bastante inútil preocuparse mucho de antemano por el aprovisionamiento y la ayuda a los huelguistas y a las víctimas. La historia no se pregunta si estos requisitos se han cumplido o no:

«En el momento en que comienza un período de huelga de masas realmente serio, todas las previsiones y “calculos de gastos” se convierten en algo así como un intento de vaciar el océano con una taza de té. Es realmente un océano de terribles privaciones y sufrimientos, el precio

<sup>120</sup> *Ibid*, p. 180 y ss.

pagado en cada revolución por las masas proletarias. Y la solución que da el período revolucionario a esta dificultad aparentemente insuperable [de proporcionar apoyo material a los huelguistas] es desatar tal cantidad de idealismo entre las masas, que parecen insensibles a los sufrimientos más agudos.»<sup>121</sup>

¿Era posible, entonces, que el debate sobre la huelga de masas, con el fraccionalismo y los enfrentamientos violentos resultantes, tuviera algo más que importancia académica, si el estallido de la huelga de masas era tan sumamente independiente de la voluntad de cualquier organización, si su curso estaba determinado por tantos factores incontrolables y si la propia huelga era el producto de procesos históricos inconscientes? Según Rosa Luxemburg, era ciertamente absurdo decidir de antemano responder a un ataque contra el sufragio general con una huelga general, ya que era totalmente imposible prever cómo reaccionarían las masas en tal caso. El intento de limitar la huelga de masas al papel de arma puramente defensiva debió de parecerle un retroceso ante las verdaderas tareas a las que se enfrentaba el partido. En su opinión, aunque la decisión espontánea de las masas dependía de innumerables factores que no podían conocerse de antemano, el partido podía y debía asumir la responsabilidad de un factor esencial: la claridad definitiva sobre el carácter de la lucha proletaria en general y de la huelga de masas en particular, y el fortalecimiento de la voluntad de lucha. El partido debía asegurarse de antemano de que tanto él como las masas eran conscientes de las consecuencias probables y calculables de tales acontecimientos históricos, y regular a largo plazo sus propias actividades en consecuencia:

«La socialdemocracia es la vanguardia más ilustrada y más consciente de la clase proletaria. No puede ni debe cruzarse de brazos y esperar de manera fatalista la llegada de una “situación revolucionaria”, ni esperar a que caiga del cielo un movimiento espontáneo del pueblo. Por el contrario, debe ahora, como siempre, *adelantarse* al desarrollo de las cosas y tratar de *acelerarlo*. Sin embargo, no puede hacerlo dando de repente y al azar la “señal” para una huelga de masas (no importa si el momento es correcto o no), sino, sobre todo, dejando claro a los estratos proletarios más amplios el inevitable *inicio* de este período revolucionario, los *factores sociales* inherentes (*soziale Momente*) que conducen a él y las *consecuencias políticas* del mismo<sup>122</sup>.»

En otro pasaje:

<sup>121</sup> *Ibid.*, p. 182.

<sup>122</sup> *Ibid.*, p. 199.



«Dar a la lucha una consigna, una dirección; organizar la *táctica* de la lucha política de tal manera que en cada momento de la lucha la totalidad de la fuerza disponible, desatada y activa del proletariado pueda aplicarse y expresarse en la actitud militante del partido, y que la táctica socialdemócrata, en consonancia con su resolución e incisividad, nunca se hunda *por debajo* del nivel de la relación real de fuerzas, sino que se adelante a ellas: ésta es la tarea más importante de la “dirección” en el período de huelgas de masas. Y esta dirección se convertirá automáticamente en la dirección técnica de la lucha. Una táctica socialdemócrata consecuente, decidida y progresista despierta en las masas un sentimiento de seguridad, confianza en sí mismos y deseo de militancia. Una táctica vacilante y débil, basada en una baja estimación de la fuerza proletaria, paraliza y confunde a las masas. En la primera situación las huelgas de masas estallan “espontáneamente” y siempre “en el momento oportuno”; en la segunda, incluso los llamamientos directos a la huelga de masas emitidos por la dirección a veces resultan un fracaso<sup>123</sup>.»

## Dirigentes sin vocación

Si antes podía parecer que Rosa Luxemburg asignaba un papel muy subordinado a la dirección de la clase obrera en una huelga de masas, después de esta discusión no cabía duda de que consideraba su papel de gran importancia. En su opinión, la dirección no debía entrar en acción para preparar las necesidades técnicas inmediatas de la lucha, sino que a lo largo del periodo que acababa de comenzar el carácter y la dirección de la política del partido en general serían decisivos para el estallido y el impacto de las grandes luchas que se avecinaban. Los dirigentes de la socialdemocracia alemana estaban agotados en la rutina de las luchas económicas cotidianas y de las escaramuzas parlamentarias; ¿podrían estar a la altura de esta tarea? Rosa Luxemburg no se hacía ilusiones al respecto. Entre sus adversarios en este debate, destacaba sobre todo el tipo de funcionarios obreros que le resultaban más repugnantes: personas que combinaban la complacencia intelectual, la estrechez de miras y la falta de entusiasmo con una arrogancia llamativa. Estos burócratas, que se consideraban a sí mismos como los únicos expertos competentes y, sin embargo, desde cualquier punto de vista histórico, eran despreciables, aparecieron con fuerza en el Congreso Sindical de Colonia en 1905. Rosa Luxemburg fustigó entonces su «autocomplaciente estrechez de miras, radiante y segura de sí misma, que se regocijaba y se embriagaba de sí misma y se consideraba muy por encima de todas las experiencias del

<sup>123</sup> *Ibid.*, p. 183 y ss.

movimiento obrero internacional<sup>124</sup>.» En los años transcurridos desde entonces, este tipo de burócratas había adquirido, sin duda, una influencia cada vez mayor sobre el destino del movimiento obrero alemán y había sometido a su control al ejecutivo del Partido. Cuando Rosa Luxemburg escribió su folleto sobre la huelga de masas, sintió la necesidad de devolver a estos obstinados opositores de una política revolucionaria actualizada al lugar que les correspondía. Analizó al líder sindical como un arquetipo y, aunque contuvo su animosidad, ésta estalló con vehemencia aquí y allá.

En este debate sobre la huelga de masas, sin embargo, se ocupó sobre todo de aclarar precisamente las cuestiones que más interesaban a los sindicatos. Aparte del miedo a la revolución, los dirigentes sindicales habían planteado dos objeciones: ¿era posible una huelga de masas mientras la gran mayoría de la clase obrera siguiera sin organizarse y, por tanto, sin poder garantizar que las decisiones se tomaran? ¿se llevaría a cabo de forma disciplinada? ¿Y no se derrumbarían las organizaciones sindicales ante semejante tarea? Rosa Luxemburg consideraba que estas preguntas eran un producto más de esa concepción esquemática de la huelga general como una acción que se decidía arbitrariamente y se dirigía según reglas elaboradas inteligentemente. Si la organización casi perfecta de la clase obrera fuera un requisito previo para cualquier huelga política, entonces sería ridículo incluso contemplar una huelga de este tipo; además, entonces se deduciría que todas las huelgas de este tipo en el pasado debieron tener lugar sin que se hubieran cumplido sus requisitos previos básicos.

En que tiempo los sindicatos alemanes contaban con unos 1.500.000 afiliados, alrededor de una décima parte de toda la clase obrera. La gran masa de trabajadores no cualificados apenas estaba cubierta. Además, los responsables sindicales consideraban que la sindicalización de importantes categorías de la clase obrera –por ejemplo, los trabajadores temporales y los asalariados estatales, los trabajadores agrícolas, etc.– estaba completamente fuera de los alcances de la Organización. Rosa Luxemburg, sin embargo, creía que precisamente estos estratos proporcionarían el gran cuerpo militante para desencadenar una huelga de masas. Todos los grandes experimentos con esta arma habían demostrado ser una poderosa palanca de organización de masas; en particular, la revolución rusa había demostrado que el fermento revolucionario de una huelga de masas despertaba precisamente a esos millones de las capas atrasadas y hasta entonces inertes a la conciencia de clase y a la organización sindical. No tenía ninguna duda de que la situación revolucionaria en Rusia tendría el mismo efecto excitante en los países capitalistas desarrollados de

<sup>124</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke* III, p. 391.

Europa Occidental. Mientras que los guardianes de los sindicatos alemanes temían que sus organizaciones se hicieran añicos como una porcelana frágil y valiosa en el torbellino revolucionario, ella estaba convencida de que saldrían de ese torbellino frescos, rejuvenecidos y vigorosos, más fuertes que nunca. Además, un período revolucionario en Alemania alteraría incluso el carácter de la lucha sindical, y aumentaría su potencial hasta tal punto que las escaramuzas de guerrilla que hasta entonces habían librado los sindicatos parecerían, en comparación, un juego de niños.

En su panfleto, atribuyó las ideas estrechas y esquemáticas de los parlamentarios y de los dirigentes sindicales a su especialización en particular y a sus tareas cotidianas, a menudo muy difíciles, que les impedían ver los horizontes más amplios de la lucha. Sus esfuerzos por hacerles comprender la concepción dialéctica de la historia y sus amplias perspectivas tropezaron con el mismo obstáculo; los dirigentes sindicales, en particular, consideraron que todo lo que había en sus explicaciones que iba más allá de sus propias experiencias no eran más que efluvios de un romanticismo revolucionario o de un odio salvaje a los sindicatos. Al no preocuparse seriamente por los problemas planteados, cayeron sobre Rosa Luxemburg y su panfleto con un tremendo alboroto.

El folleto se imprimió por primera vez en edición limitada para los delegados al Congreso del Partido de Mannheim. La autora cedió entonces a la presión del Comité Ejecutivo del Partido y suprimió algunas frases especialmente agudas. La prensa reformista y sindicalista se alegró de la “capitulación” de Rosa. El asunto es digno de mención, porque le dio a Franz Mehring la oportunidad de decir públicamente lo que Rosa Luxemburg como teórica significaba para el movimiento obrero internacional:

«La camarada Rosa Luxemburg hizo gala de esa misma “digna objetividad” (*vornehme Sachlichkeit*) (de la que se enorgullecían los reformistas) al abstenerse de palabras agudas —a pesar de todos los ataques amargos y poco objetivos dirigidos contra ella por cierto sector de la prensa sindical— cuando parecían aumentar las posibilidades de alcanzar un acuerdo objetivo. Y por eso ahora se burlan de ella, no por la prensa burguesa, que tiene predilección por provocarla con sus tonterías, sino por un sector de la prensa socialdemócrata. Eso no está nada bien, y menos aún porque esta burla de mal gusto al intelecto más brillante de todos los herederos científicos de Marx y Engels sólo puede, en última instancia, tener su origen en el hecho de que es una mujer quien lleva este intelecto a sus espaldas.»<sup>125</sup>

<sup>125</sup> F. Mehring, *Neue Zeit*, julio de 1907.

## Una teoría de la espontaneidad

Especialmente en su folleto sobre la huelga de masas, pero también en muchas ocasiones posteriores, Rosa Luxemburg subrayó que los movimientos revolucionarios no podían ser “fabricados” (*gemacht*), no surgían como resultado de una decisión de los funcionarios del partido, sino que estallaban espontáneamente y bajo determinadas condiciones históricas. Aunque este punto de vista ha sido confirmado una y otra vez por la experiencia histórica real, no ha impedido que se haya formulado una grave acusación contra Rosa a este respecto. Se ha tergiversado su punto de vista hasta convertirlo en una caricatura de sí misma y se ha afirmado que Rosa Luxemburg creó una teoría de la espontaneidad y fue víctima de un misticismo, o incluso de una mitología de la espontaneidad. Grigori Zinóviev<sup>126</sup> fue el primero en hacer esta afirmación, obviamente para aumentar la autoridad del Partido Comunista Ruso en la Internacional Comunista. Otros la desarrollaron y repitieron tan a menudo que se ha convertido en un axioma histórico. Para aclarar la actitud de esta gran mujer revolucionaria hacia la actividad revolucionaria, es necesario examinar más de cerca estos desagradables ataques.

La acusación reza así: la negación o al menos la depreciación censurable del papel dirigente del partido en la lucha de clases; un culto acrítico de las masas; una sobreestimación de los factores impersonales y objetivos del desarrollo; una negación o subestimación de la importancia de la acción consciente y organizada; y, por último, un énfasis excesivo en el automatismo y el fatalismo del proceso histórico. De todo ello se deduce que Rosa Luxemburg consideraba que el partido no tenía *razón de ser alguna*.

Ahora bien, tales reproches dirigidos a una luchadora como Rosa Luxemburg son realmente grotescos. Ella estaba llena de un impulso tan obstinado de actuar, y de incitar a otros –tanto individuos como masas– a actuar, que el lema de su vida fue: ¡Al principio fue la acción! Incluso podía sentir pena por no haber sido más energicamente activa, como Ulrich von Hutten [el humanista protestante, 1488-1523].

*Mich reut, dass ich in meine Fehden trat  
 ¡Con scharfren Streichen nicht undküh'n'rer Tat!*

[Me arrepiento de no haberme metido en mis rencillas  
 ¡Con golpes más afilados y actos más audaces!]

<sup>126</sup> Compañero de armas de Lenin y presidente de la III Internacional Comunista. Ejecutado en 1936 como opositor a Stalin tras un juicio amañado en Moscú.

Y ésta es la mujer que supuestamente había abrazado la filosofía de que la historia seguía su curso, indiferente a toda la humanidad, y dejaba a los hombres que se resignaran al destino. En una de esas cartas impresionistas que revelan algo de su ser interior (su carta a Karl Kautsky, fechada el 13 de julio de 1900), recordaba el sentimiento deprimente que se apoderaba de ella cada vez que miraba las cataratas del Rin, y en un tono ligeramente malicioso dirigido contra el propio Kautsky escribió:

«Cada vez que [...] veo ese espantoso espectáculo, el chapoteo del rocío, la blancura de la caverna acuosa, y oigo ese rugido ensordecedor, se me retuerce el corazón, y algo en mí dice: ahí está el enemigo. ¿Estás asombrado? Por supuesto, es ese enemigo –la vanidad humana– que se imagina ser otra cosa y de pronto se derrumba en la nada. Un efecto similar, dicho sea de paso, se consigue con una imagen del mundo que reduce todos los acontecimientos, como hizo Ben Akiba, a: “siempre fue así”, “mejorará por sí mismo”, etc., y que, en consecuencia, representa al hombre con su voluntad, su capacidad y sus conocimientos como superfluos. [...] Por eso detesto esa filosofía, *mon cher Charlemagne*<sup>127</sup>, y me atengo a la idea de que sería mejor que la gente tuviera que sumergirse en las cataratas del Rin y hundirse como una cáscara de nuez que asentir sabiamente y dejar que las aguas sigan corriendo, como hicieron en tiempos de nuestros antepasados y seguirán haciendo después de nuestra época.»

Así pues, ¡es mejor lanzarse a las cataratas del Rin que renunciar a intentar controlar el curso de la historia! Por supuesto, ni siquiera sus críticos pudieron pasar por alto esa obstinada voluntad de actuar, y en ocasiones tuvieron que admitir: de acuerdo, pero la actividad política de Rosa Luxemburg estaba en flagrante contradicción con sus teorías. Es ciertamente una objeción extraña para una mujer cuya aguda mente guiaba y gobernaba todas sus acciones. Sin embargo, cometió un “error”. Mientras escribía, no pensó en los críticos sabios que corregirían sus ideas después de su muerte, utilizando docenas de citas sacadas de contexto para demostrar su “teoría de la espontaneidad”. Escribió para su época y para un movimiento obrero alemán cuya organización había pasado de ser un medio a un fin. Una vez, en un Congreso del Partido, comentó que la gente no podía saber de antemano cuándo estallaría una huelga de masas. Robert Leinert [un conocido sindicalista] dijo que, por supuesto, el Ejecutivo del Partido y la Comisión General lo sabrían. Pero no expresaba más voluntad de actuar que los demás que hablaron en el mismo sentido. Temían mucho que una

<sup>127</sup> “*Mi querido Carlo Magno*”.

gran lucha pusiera en peligro la organización. Detrás de su explicación –mitad excusa y mitad convicción– de que la clase obrera debía estar completamente organizada antes de lanzar cualquier huelga política, se escondía el deseo de evitar e impedir cualquier lucha de este tipo. Rosa Luxemburg era consciente de ello, por lo que hizo especial hincapié en el factor de la espontaneidad en todas las luchas de carácter revolucionario, con el fin de preparar tanto a las masas como a sus dirigentes para los acontecimientos que se avecinaban. Debería haber sido inmune a las interpretaciones erróneas porque era suficientemente clara sobre lo que entendía por espontaneidad. En una ocasión, para rechazar la idea de una huelga general preparada por la dirección del partido, llevada a cabo metódicamente como cualquier huelga ordinaria por salarios más altos, y privada de todo su tormentoso carácter revolucionario, señaló el ejemplo de las huelgas belgas de 1891 y 1893:

«La diferencia es que las huelgas de masas de la década de 1890 fueron movimientos espontáneos nacidos de una situación revolucionaria, de una intensificación de la lucha y de la energía extremadamente excitada de las masas trabajadoras. No fueron espontáneas en el sentido de caóticas, sin rumbo, ingobernables o sin líderes. Por el contrario, en ambas huelgas la dirección estaba completamente de acuerdo con las masas: marchaba a su cabeza y estaba al mando del movimiento precisamente porque sentía de cerca el latido de las masas, se adaptaba a ellas y no era más que su portavoz, la expresión consciente de sus sentimientos y luchas<sup>128</sup>.»

Así pues, la espontaneidad de tales movimientos, tal como la define Rosa Luxemburg, no excluye la dirección consciente, sino que, por el contrario, la exige. Más aún. En su opinión, esa espontaneidad que se le imputa y que sus críticos tachan de fatalismo no cae simplemente del cielo. Esto ya lo hemos demostrado y podríamos apilar citas en su apoyo. En 1910, cuando los obreros alemanes iniciaron un movimiento para presionar por una reforma del sufragio prusiano, exigió que el Ejecutivo del Partido elaborara un plan para llevar a cabo nuevas acciones, y ella misma hizo sugerencias. Rechazó la política de “esperar a los acontecimientos elementales” y exigió que la acción continuara como una poderosa ofensiva política. Durante la Guerra Mundial señaló en su *Folleto Junius* lo importante que podía ser el parlamento, como única tribuna libre, para desencadenar acciones de masas si personas como Liebknecht dominaban su uso de forma sistemática y decidida. Y su esperanza en las masas no le ocultó la importancia del papel y la tarea del partido. En 1913, cuando atacaba la “estrategia de desgaste” defendida por Kautsky, escribió:

<sup>128</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke* IV, p. 380.

«Los líderes que se queden atrás serán sin duda apartados por las masas en la tempestad. Sin embargo, para un filósofo solitario puede estar bien sentarse y esperar tranquilamente este resultado gratificante como una indicación segura de que “el momento está maduro”, pero para la dirección política de un partido revolucionario sería un signo de pobreza, de quiebra moral. La tarea de la socialdemocracia y de sus dirigentes no es dejarse arrastrar por los acontecimientos, sino adelantarse conscientemente a ellos, tener una visión de conjunto de la tendencia de los acontecimientos, acortar el período de desarrollo mediante una acción consciente y acelerar su desarrollo.

Rosa Luxemburg ciertamente subestimó la influencia retardataria que una organización puede ejercer sobre las masas si sus dirigentes se oponen a la lucha, y quizás sobrestimó la actividad elemental de las masas, esperándola antes de lo que realmente ocurrió. Hizo las cosas que le importaban para espolear a la dirección socialdemócrata alemana. Y la sobreestimación de las masas es el “error” inevitable de todo verdadero revolucionario; surge del deseo apasionado de avanzar y del profundo reconocimiento de que las grandes conmociones históricas tienen que ser logradas por las masas. Pero su fe en las masas no era en absoluto mística. Conocía sus debilidades y tuvo muchas oportunidades de observar sus vicios en periodos de actividad contrarrevolucionaria. Sus sentimientos hacia las masas quedan claros en una carta que escribió a Mathilde Wurm desde la cárcel el 16 de febrero de 1917, después de haber estado atormentada durante más de dos años por la idea de que las masas no habían estado a la altura de la ocasión histórica:

«Todo tu argumento contra mi lema: “Aquí estoy yo, no puedo hacer otra cosa” equivale a decir: eso está muy bien, pero la gente es demasiado cobarde o demasiado débil para ese heroísmo; *ergo*, debemos adaptar nuestras tácticas a sus debilidades según el principio: *chi va piano, va sano* (lento pero seguro). Qué visión tan estrecha de la historia, mi querido corderito! No hay nada más cambiante que la psicología humana. Sobre todo porque la psique de las masas siempre alberga –como *Thalassa*, el mar eterno– todo tipo de posibilidades latentes: la calma sepulcral y la tormenta furiosa, la cobardía más baja y el heroísmo más feroz. Las masas son siempre lo que *deben* ser, lo que las condiciones históricas hacen de ellas, y siempre están a punto de convertirse en algo totalmente distinto de lo que parecen ser. Es un buen capitán de barco, en efecto, el que dirigiera un rumbo de acuerdo con la apariencia momentánea de la superficie del agua y no supiera deducir de las señales en el cielo y en el mar si se avecina o no una

tormenta. Mi querida niña, la “decepción de las masas” es siempre la actitud más vergonzosa que puede tener un dirigente político. Un verdadero gran líder ajusta su táctica no de acuerdo con el estado de ánimo momentáneo de las masas, sino de acuerdo con las leyes de hierro del desarrollo histórico. Se aferra a su táctica a pesar de todas las decepciones y, por lo demás, deja que la historia haga madurar su obra.»

No hay ni un ápice de verdad en la afirmación de que Rosa Luxemburg defendía una mitología de la espontaneidad. Esta teoría es en sí misma un mito, fabricado con fines políticos particulares y utilizado por funcionarios mezquinos y estrechos de miras, que obedecen a quienes están por encima de ellos y, al mismo tiempo, creen que pueden mandar y amedrentar impunemente a un partido.

La incapacidad de reconocer el carácter dialéctico de la necesidad histórica ha inducido a menudo a error a personas bienintencionadas. Ciertamente, Rosa Luxemburg creía en la existencia de “leyes de hierro del desarrollo histórico”, pero para ella los ejecutores de estas leyes eran los seres humanos, las masas en todos sus millones, sus organizaciones y sus líderes, con todas sus fortalezas y debilidades, sus acciones y sus fracasos. Según la actividad de estas masas y de sus organizaciones (el Estado, el partido, etc.), estas leyes se cumplen más o menos rápidamente, directa o indirectamente. Y aunque el curso de la historia toque fondo, antes de escalar las alturas siempre creará de nuevo las condiciones que aseguren su desarrollo según estas leyes. Para Rosa Luxemburg, el próximo gran viraje de la historia sería el derrocamiento del capitalismo, una necesidad histórica que la clase obrera debía asumir como su objetivo consciente y llevar a cabo. Tenía todo el temperamento impetuoso de un Harry Hotspur<sup>129</sup>, pero lo sometía a la disciplina de sus conocimientos para poder reunir eficazmente la paciencia necesaria para dejar que las cosas y los seres humanos maduraran para los hechos decisivos que se avecinaban.

No tardó en reconocer que el auge internacional que había dado la Revolución Rusa de 1905 al movimiento obrero se había agotado. Y aunque el debate sobre la huelga de masas continuó, apenas participó en él. Los debates puramente académicos sobre cuestiones tácticas no eran de su gusto. Sólo cuando las masas volvieron a ponerse en movimiento, volvió a intervenir en el debate para incitar a que se tradujese en acción.

<sup>129</sup> Personaje de fuerte temperamento en la tragedia *Henrique IV* de William Shakespeare.



## 8. El fin del capitalismo

### La Escuela del Partido

En 1906, el SPD creó una escuela del partido en Berlín. Cada invierno, hasta el estallido de la Guerra Mundial, una treintena de camaradas y sindicalistas, elegidos por sus organizaciones de distrito, siguieron cursos de ciencias sociales y de trabajo práctico de agitación. La escuela era una expresión de la fuerza organizativa del movimiento obrero y una consecuencia de la necesidad de asegurar un suministro de redactores, agitadores y otros funcionarios cualificados para el movimiento. Entre los profesores estaban Franz Mehring, Rudolf Hilferding, Hermann Duncker, Arthur Stadthagen, Emmanuel Wurm, Gustav Eckstein y Hugo Heinemann, la mayoría de ellos partidarios del ala radical del partido.

Aunque parece que Rosa Luxemburg fue incluida en el profesorado desde el principio, no participó, sin embargo, en la primer serie de cursos, tal vez porque se negó a hacerlo por razones propias o porque los sindicatos se opusieron a ello. Pero la policía prusiana obligó a cambiar el profesorado: amenazó a Hilferding, que era austriaco, con la expulsión si continuaba con sus actividades docentes, por lo que se retiró. A sugerencia de Kautsky, Rosa Luxemburg fue contratada a partir de 1907 para cubrir la vacante, y se le asignó el curso de economía, una introducción a la economía política de Karl Marx.

Fue una profesora excepcional. Y no sólo por su absoluto dominio de la materia: también poseía un talento didáctico natural muy considerable. Ya debía parte de su éxito como escritora y conferenciante a este talento, pero ahora tenía la oportunidad de desarrollarlo plenamente. No era una tarea fácil. *El Capital* de Marx, que constituía la base del curso, no es un libro de texto popular; una correcta comprensión de sus enseñanzas presupone una profunda formación en ciencias económicas y sociales. Los alumnos, sin embargo, procedían de los más variados orígenes: junto a jóvenes novatos que sólo tenían una ligera idea del socialismo, pero que se habían distinguido de una forma u otra en su trabajo para el partido, había viejos trabajadores y experimentados militantes del partido. Representaban una gran variedad de ocupaciones: mecánicos, carpinteros, decoradores, mineros, secretarios de partido, sindicalistas, amas de casa, intelectuales. La mayoría de ellos sólo conocían el socialismo a través de panfletos de agitación y no estaban acostumbrados al pensamiento sistemático. Desde la primera lección, Rosa Luxemburg logró establecer un estrecho contacto con sus alumnos. Nunca les daba lecciones ni les prometía respuestas prefabricadas, sino que les obligaba a elaborar sus propias ideas y conclusiones.

Comenzó el curso abordando los distintos sistemas económicos, sus rasgos característicos, sus transformaciones y las causas de las mismas. A este respecto, se examinaron las teorías económicas más importantes antes y después de Marx. Finalmente, tras largas semanas dedicadas a la elaboración de un cuadro completo del desarrollo real de las relaciones de producción e intercambio, y de su reflejo en las ciencias sociales burguesas, la clase se abrió camino a través de las enseñanzas marxistas, utilizando *El Capital* como texto básico. A lo largo del curso, Rosa Luxemburg limitó el material que impartía en sus clases a los hechos y conceptos más necesarios. Sabía cómo hacer que sus alumnos utilizaran sus propias mentes e imaginaciones y, planteando siempre nuevas objeciones y preguntas, sometía sus conocimientos e ideas a una prueba exhaustiva hasta que eran capaces de formarse una imagen de la vida tal como era en realidad. Así, sobre todo, el desarrollo real de sus procesos de pensamiento dependía de los propios alumnos. Y no sólo se ocupaba de los alumnos superdotados: siempre tenía a todos bajo su hechizo. Y si algún soñador lograba eludirla, le despertaba sin falta con una pregunta certera y le ayudaba a superar la vergüenza con un comentario enérgico, restableciendo así su relación con la clase. De este modo creaba un ambiente cargado de tensión, en el que todos los alumnos podían desarrollar sus capacidades intelectuales, y un espíritu de creatividad entusiasta y emulación mutua. Mientras aparentemente seguía las ideas de sus alumnos y les obligaba a comprenderlas hasta sus últimos detalles, en realidad guiaba sus esfuerzos de forma perceptible hacia el objetivo deseado. Después de semejante gimnasia intelectual, los propios alumnos se asombraban de sus nuevas percepciones y de su comprensión clara y precisa de ideas que no les habían llegado de fuera como dogmas ajenos, sino que eran adquisición intelectual obtenida por ellos mismos.

La gran habilidad de Rosa Luxemburg en el trato con la gente le fue muy útil en estas clases. Naturalmente, como personalidad intelectual, superaba a sus alumnos en conocimientos y en la fuerza de su pensamiento, pero cuando trabajaba con ellos, estas cualidades quedaban tan relegadas a un segundo plano que nadie se sentía oprimido por ellas, es decir, hasta que se acababa la hora y se rompía el hechizo. Sólo entonces, al reflexionar sobre la lección, sus alumnos se sentían abrumados por el impacto de su superioridad. Les inculcó el desprecio por el diletantismo científico y el pensamiento cobarde, y les obligó a mostrar respeto y entusiasmo por los logros científicos. Su trabajo con ella les aportó a los alumnos de Rosa Luxemburg no sólo una ganancia intelectual sino también un despertar moral. Algunos de ellos habían llegado a la escuela del partido llenos de prejuicios y con la determinación de no dejar que los convirtiera en herejes como

ella. Ni que decir tiene que se los ganó a todos, e incluso los que más tarde se convirtieron en sus oponentes en el movimiento obrero nunca dejaron de mostrarle su gratitud o su respeto. De este modo, conquistó a la gente y la inspiró con la riqueza de las ideas marxistas y la voluntad de luchar por la realización de estas ideas.

## Introducción a la Economía Política

De su actividad docente en la escuela del partido surgieron dos obras importantes: la *Introducción a la Economía Política*<sup>130</sup> y *La acumulación de capital*. Desgraciadamente, de la primera sólo tenemos fragmentos. Por una carta escrita por Rosa Luxemburg el 28 de julio de 1916, desde la prisión militar de mujeres (*Barnimstrasse*) en Berlín, al editor del partido, I. H. W. Dietz, conocemos el plan general de toda la obra, que debía incluir los siguientes capítulos:

1. ¿Qué es la economía?
2. El Trabajo comunitario (*Die gesellschaftliche Arbeit*).
3. Perspectivas económico-históricas: La sociedad comunista primitiva.
4. Perspectivas económico-históricas: Sistema Económico Feudal.
5. Perspectivas económico-históricas: La ciudad medieval y el gremio artesanal.
6. Producción de materias primas.
7. El trabajo asalariado.
8. El beneficio del capital.
9. La crisis.
10. Las tendencias del desarrollo capitalista.

En el verano de 1916 estaban listos para la imprenta los dos primeros capítulos, y todos los demás ya en borrador. Sin embargo, entre sus restos literarios sólo se encontraron los capítulos 1, 3, 6, 7 y 10. Estos fueron publicados en 1925 por Paul Levi, lamentablemente con muchos errores, alteraciones arbitrarias y la omisión de notas importantes. Si hoy dispusiéramos del libro completo, tendríamos todo el material que trató en sus cursos en la escuela del partido.

De los fragmentos que quedan podemos ver que la obra es el producto de un prolongado y siempre repetido proceso aclaratorio, un proceso en el que Rosa Luxemburg, a través de su contacto cotidiano con sus alumnos, llegó a reconocer

<sup>130</sup> El libro n.º 140 en esta *Colección Socialismo y Libertad*

todas las dificultades que otros podrían encontrar al tratar de entender el material, y logró superarlas. El resultado es una presentación cristalina del desarrollo económico y sus problemas. El lenguaje es el de la gente, pero no es ese estilo popular que evita las dificultades aplanando y simplificando los problemas, sino una sencillez directa que sólo se encuentra en los escritos de alguien que tiene una visión viva y un dominio intelectual completo de las cosas. Es este lenguaje realista el que conduce fácilmente al lector de una etapa de conocimiento a la siguiente, y fascina incluso a quienes están familiarizados con el tema, revelándoles perspectivas nuevas e inesperadas, y ofreciéndoles nuevas soluciones.

De los fragmentos y de los temas de los capítulos que faltan se desprende claramente que el libro debía ser una presentación condensada de todas las enseñanzas económicas de Karl Marx. Pero Rosa Luxemburg no siguió a los primeros divulgadores de Marx; ni siquiera se aferró a sus métodos de presentación, derivados de las categorías económicas elementales. Esbozó las grandes etapas de la historia económica y social de la humanidad y entrelazó todo ello con una crítica de las teorías sociales que han sido el reflejo intelectual de esta historia. Y lo hizo de forma mordaz. En la escuela del partido había tratado de encontrar la solución a los problemas analizando a fondo, junto con sus alumnos, sus respuestas erróneas o parcialmente correctas hasta que la verdad se hizo visible; en el libro adoptó en gran medida el mismo método, pero aquí fueron los errores, las estupideces y los sofismas mezquinos de las grandes luminarias del pensamiento económico los que le proporcionaron material de trabajo. Le ofrecieron otra buena ocasión para dar una buena paliza a las viejas pelucas. Con el mismo placer con el que Lassalle atacó en su día a Julian Schmidt, despellejó a las viejas veneradas autoridades y desenmascaró sus revelaciones aparentemente profundas como retórica hueca. Detrás de las insuficiencias científicas de sus oponentes percibía la debilidad moral del enemigo de clase, y disfrutaba golpeándolo.

Sin embargo, los duros golpes que asestó a los economistas ortodoxos no son meros arabescos destinados a hacer más vívida su presentación, ni siquiera excesos polémicos. Al contrario, están estrechamente relacionados con el tema. En primer lugar, pretenden mostrar precisamente cómo las autoridades ortodoxas de las ciencias sociales se ven influidas y entorpecidas en sus juicios por los intereses históricos de su clase; pero, además, se supone que la economía siempre ha sido un arma en la lucha de clases.

Rosa Luxemburg demuestra cuán necesaria se hizo la economía como ciencia cuando el modo de producción de la sociedad capitalista oscureció las relaciones económicas reales anarquizándolas, mediante la competencia y el sistema monetario, y las mostró como en un espejo distorsionado. Además, demuestra que esta ciencia nació como un arma de la burguesía contra el feudalismo y que, como tal, alcanzó grandes logros; pero que, con el auge del movimiento obrero, se convirtió en una defensora a ultranza del orden existente, y sus exponentes fueron liquidando gradualmente sus logros intelectuales más decisivos hasta que ellos mismos –en la medida en que aún se esforzaban por llegar a conclusiones teóricas– se refugiaron en una especie de misticismo económico o incluso en payasadas pseudocientíficas (de las que Sombart es un prototipo). Y, por último, aunque muestra que la *Crítica de la economía política* de Marx representa un arma en manos del proletariado en la lucha de clases, también señala que un «orden económico planificado, conscientemente organizado y dirigido por toda la población trabajadora» ya no necesitará la economía como ciencia.

El lector aprende sobre el origen, el desarrollo, la función y la disolución final de todos los órdenes económicos y sociales, empezando por el comunismo primitivo y siguiendo por el capitalismo moderno, cuya mecánica interna se pone al descubierto y cuya caída, como resultado de sus propias contradicciones inherentes, se considera inevitable. Así, junto a una historia y un análisis de los problemas económicos teóricos, ofrece también un repaso histórico de las teorías burguesas y socialistas sobre la sociedad examinadas desde el punto de vista histórico-materialista.<sup>131</sup>

## La acumulación de capital

Rosa Luxemburg trabajó varios años en su *Introducción a la Economía Política*. Su actividad docente en la escuela del partido, su trabajo de agitación en favor de la socialdemocracia alemana, los debates tácticos con sus adversarios en el partido y una enorme cantidad de trabajo para los movimientos polaco y ruso aplazaron una y otra vez la conclusión del libro. A principios de 1912, cuando intentó concluir la obra, al menos en forma de esbozo, tropezó con una dificultad inesperada:

<sup>131</sup> *Einführung in die Nationalökonomie* (Introducción a la Economía Política), en Rosa Luxemburg *Ausgewählte Reden und Schriften I*, Berlín, (Este) 1951.

«No conseguí describir con suficiente claridad el proceso total de la producción capitalista en todas sus relaciones prácticas, ni sus limitaciones históricas objetivas. Tras un examen más detenido, llegué a la conclusión de que no se trataba sólo de una cuestión de representación, sino que también se planteaba un problema relacionado con el contenido teórico del volumen II de *El Capital* de Marx y que, al mismo tiempo, incide en la práctica de la política imperialista actual y en sus raíces económicas.»

Y, como explica en el prólogo, así fue como llegó a escribir *La acumulación de capital*. Para ser comprendido correctamente, el problema teórico con el que tropezó exige un conocimiento muy exacto de la teoría marxista y no puede explicarse en términos breves. Todo lo que se puede intentar aquí es dar una idea general del mismo. A este respecto, los tiempos que estamos viviendo nos facilitarán la comprensión. En 1929, la economía mundial se vio sacudida por una profunda crisis sin parangón en la historia del capitalismo. Estalló justo después de que se hubieran reparado las destrucciones causadas por la Guerra Mundial, se hubieran atado los hilos rotos del mercado mundial y un corto, pero poderoso período de “prosperidad” hubiera despertado un nuevo optimismo. Sin embargo, incluso este período de auge de 1924-28 tuvo rasgos inquietantes que lo diferenciaron de los períodos de auge anteriores a la guerra. Sobre todo, en los países capitalistas más importantes (EE.UU., Gran Bretaña, Alemania, etc.), el desempleo era muchas veces mayor en el punto álgido del auge que en el punto más bajo de cualquier período de crisis anterior a la guerra, y la capacidad productiva de las plantas industriales ya no se utilizaba plenamente. La crisis iniciada en 1929 duró tantos años como una crisis duraba antes meses. Provocó cifras de desempleo entre diez y veinte veces superiores a las de antes de la guerra y el cierre de sectores enteros de producción. La sobreproducción alcanzó proporciones tan monstruosas que el hambre en medio de la abundancia se convirtió en un tópico, y la devaluación de los productos y del capital, por enorme que fuera, ya no resultó suficiente (como en crisis anteriores) para despejar el camino hacia un nuevo auge económico, de modo que las autoridades tuvieron que recurrir a la medida desesperada de destruir grandes cantidades de productos básicos. Después de que la crisis hubiera asolado la economía mundial durante años, la producción empezó a aumentar durante un breve período, pero esto no afectó a toda la economía mundial. Además, la causa más importante de esta recuperación fue el fantástico programa de rearme de los estados fascistas. Mientras tanto, los países seguían políticas cada vez más aislacionistas y proteccionistas y lanzaban guerras de conquista cada vez más opresivas. Una nueva guerra mundial amenazaba con convertirse en una fatalidad inevitable.

La pregunta que se plantea es: ¿cómo se produce una evolución tan catastrófica? ¿Es accidental? ¿Es culpa de los capitalistas o de los gobiernos, individuales o colectivos, que podrían haberlo evitado? ¿O se trata de una ley inherente a la mecánica del capitalismo?

Junto con muchos otros marxistas, Rosa Luxemburg estaba convencida de que las guerras se desarrollan a partir del carácter esencial del orden social capitalista. Más allá de eso, llegó a la conclusión de que las mismas causas que provocan la guerra moderna también destruyen las condiciones esenciales para la existencia continuada del sistema económico capitalista. Y predijo que el colapso final del capitalismo se produciría precisamente en crisis económicas y políticas como las que hemos estado presenciando. Pero en su *Introducción a la Economía*, basada en *El Capital* de Marx, no consiguió descubrir esa ley histórica inherente. ¿Era errónea su convicción o eran inadecuadas las enseñanzas de Marx? Esa era la pregunta, y era de tremenda importancia, ya que la visión total de las cosas de Rosa dependía de la respuesta. Toda su actividad política se basaba en el conocimiento científico: en ella estaba profundamente arraigada la idea de que el socialismo sólo podría hacerse realidad si era posible demostrar científicamente que el capitalismo sería destruido por sus propias contradicciones immanentes.

La dificultad surgió con el problema de si el sistema económico capitalista (que superaba a todos los demás sistemas económicos en su tremenda dinámica de crecimiento y expansión) podía desarrollarse sin obstáculos. La ciencia económica no discute el hecho de que esta posibilidad de desarrollo continuo es una condición esencial para el capitalismo. En los sistemas económicos anteriores, la producción se realizaba para el uso directo, y las cosas producidas eran consumidas por el amo y el esclavo. Las malas cosechas, las guerras y las epidemias podían provocar a veces catástrofes. Sin embargo, las crisis derivadas de las leyes immanentes del orden económico –crisis de sobreproducción, hambruna generalizada en medio de la abundancia, destrucción masiva de mercancías útiles en un esfuerzo por restablecer por la fuerza las condiciones “normales” de producción– eran bastante desconocidas. El sistema económico capitalista debe satisfacer las necesidades sociales de un modo u otro, pero eso no es la fuerza motriz de la producción capitalista. La motivación es el beneficio. El beneficio surge del plus trabajo, es decir, de la cantidad de fuerza de trabajo empleada por el trabajador por encima de la cantidad necesaria para satisfacer sus propias necesidades esenciales. Sin embargo, el beneficio se materializa en las mercancías producidas, y sólo puede “realizarse” cuando el capitalista encuentra suficientes compradores para ellas. El capitalista que tiene más posibilidades de vender sus mercancías y, por tanto, de obtener beneficios, es el que puede

producir más barato. La competencia resultante obliga al capitalista individual a mejorar y perfeccionar sus medios de producción; si retrocede en la carrera, está perdido. Cada nuevo avance técnico trae consigo un aumento de las fuerzas productivas y de las masas de mercancías producidas, pero al mismo tiempo el número de trabajadores empleados disminuye, al menos relativamente, y en consecuencia también el número de clientes que pagan. Cuanto más poderosas se vuelven las fuerzas productivas, más “manos” se vuelven superfluas. El resultado inevitable es un ejército cada vez mayor de trabajadores sin empleo, cuya existencia a su vez tiende a deprimir los salarios, limitando así aún más la capacidad del mercado. Gracias al látigo de la competencia, el sistema económico capitalista se ve obligado a producir cada vez más. El resultado es inevitablemente la aparición de crisis periódicas durante las cuales los métodos productivos que han demostrado no ser capaces de satisfacer las demandas de la competencia son eliminados y se destruyen grandes valores de capital. Una vez ocurrido esto, el proceso vuelve a empezar, pero esta vez con una desproporción aún más llamativa entre las fuerzas productivas y la cantidad de fuerza de trabajo necesaria para suministrarlas, de modo que los riesgos son mayores.

Así describía Marx el curso del desarrollo económico capitalista. Además, a pesar de las fluctuaciones, el ejército de reserva de desempleados debía ser cada vez mayor, los salarios debían reducirse al final hasta un nivel de subsistencia y las crisis debían sucederse con creciente rapidez y devastación. Sin embargo, estas conclusiones teóricas parecían contradecir la realidad. A partir de la década de 1860, los salarios de los trabajadores europeos aumentaron sin cesar y el ejército de reserva de parados se redujo. Las crisis, los ataques apopléjicos que debían señalar la proximidad del fin del capitalismo, se hicieron cada vez más débiles, y la prosperidad capitalista parecía ir en aumento. En un esfuerzo por encontrar una salida a esta contradicción, muchos de los seguidores de Marx trataron de dar a algunas de sus palabras un significado que obviamente no tenían. Este fue el caso, en particular, de sus afirmaciones sobre el empobrecimiento progresivo de la clase obrera, la intensificación de las contradicciones sociales y el inminente colapso de la economía capitalista. Frente a estas nuevas interpretaciones, Rosa se aferró a las teorías de Marx. Contra Bernstein, declaró que las crisis que Marx tenía en mente se producirían en una fase posterior del desarrollo capitalista, y que su actual ascenso desenfrenado era sólo una fase pasajera, aunque ya hubiera durado más de medio siglo. Estaba convencida de que el desarrollo capitalista tropezaría tarde o temprano con barreras insuperables y se estrellaría contra ellas.

Y entonces, en el tomo II de *El Capital* de Marx, encontró un pasaje que, si su



razonamiento era sólido, echaría por tierra toda su concepción. Se refería a la posibilidad de una acumulación progresiva de capital, una expansión ilimitada de la producción. A primera vista, el proceso de acumulación de capital parece muy sencillo. El capitalista utiliza la parte de su plusvalía realizable que no consume para comprar maquinaria, materias primas y fuerza de trabajo adicional; de este modo, se invierte nuevo capital en el sistema económico. Sin embargo, si se considera el sistema económico capitalista en su conjunto, el proceso de acumulación, aparentemente sencillo, se convierte en un proceso complicado que escapa al control del capital individual. En cualquier fase concreta de la producción, hay que producir una gran variedad de productos para satisfacer las necesidades de consumo de la población, para renovar los medios de producción desgastados, y para realizar nuevas inversiones. Al mismo tiempo, estos distintos tipos de mercancías deben guardar una cierta relación entre sí en lo que respecta a su valor, y deben encontrar clientes que paguen. Así, los productores de maquinaria, materias primas, etc. deben producir mercancías de acuerdo con sus propias necesidades y las de los productores de bienes de consumo en cada nuevo período de producción. Mientras tanto, los productores de bienes de consumo deben haber conseguido vender sus propias mercancías para poder pagar los medios de producción y la fuerza de trabajo que quieren utilizar en la nueva fase de producción. En el orden capitalista anárquico y sin plan de la sociedad, estas relaciones y muchas otras igualmente necesarias están determinadas por la afluencia de nuevos capitales a determinadas industrias, o por la caída de los precios, la depreciación del capital, la bancarrota, las crisis y otros factores semejantes.

Ahora bien, Marx ilustró estas relaciones de valor, a menudo conflictivas, en las que tienen lugar la expansión de la producción capitalista y la acumulación de capital por medio de un modelo muy ingeniosamente construido. Partió, como hizo invariablemente en todas sus investigaciones económicas, de la existencia supuesta de una sociedad que produce de manera exclusivamente capitalista, que no tiene vestigios de factores económicos precapitalistas que compliquen su funcionamiento y que está formada exclusivamente por capitalistas (y sus parásitos que viven de la plusvalía) y trabajadores. Según su modelo, cada mercancía encuentra su perseguidor, y el proceso de acumulación avanza en este medio puramente capitalista sin restricciones ni límites, como si obedeciera a una ley económica de movimiento perpetuo. Sin embargo, el modelo hacía incomprendible la profecía de Marx de crisis cada vez más intensas en la sociedad capitalista. La opinión, defendida por primera vez por Bernstein, de que los trusts podrían superar las crisis regulando la producción parecía justificada. Desde 1815

los grandes economistas han debatido violentamente si es posible un desarrollo ilimitado del capitalismo, si, sobre todo, siempre será posible encontrar clientes que paguen por el volumen constante y enormemente creciente de mercancías. En el último enfrentamiento sobre esta cuestión del desarrollo capitalista, justo antes de que Rosa Luxemburg entrara en escena, los optimistas parecían haber obtenido una victoria completa sobre la base del modelo de Marx. El punto en cuestión en esta última disputa era si el capitalismo en Rusia era una fase de desarrollo inevitable y viable o no.

El modelo de Marx también resultó ser un escollo para Rosa Luxemburgo cuando quiso demostrar la inevitabilidad del colapso capitalista. Hasta entonces, todos los teóricos habían aceptado el modelo sin examinarlo realmente. Sin embargo, Rosa descubrió lo siguiente: en primer lugar, que Marx no había concluido su investigación sobre el problema de la acumulación, sino que se había quedado a mitad de camino, y, en segundo lugar, que en su modelo no había tenido en cuenta el problema de la acumulación.

Supuso que el valor de la fuerza de trabajo, es decir, la suma de los salarios, aumentaría en la misma proporción que el valor de los medios de producción. Sin embargo, el proceso de expansión de la producción, por supuesto, no se desarrolla de tal manera que cada nueva fase de la producción requiera nuevos equipos, maquinaria, etc., del mismo tipo que los antiguos a los que sustituye; puede ser que requiera maquinaria mejorada, técnicas más avanzadas y una racionalización más profunda. El resultado es, como hemos visto, que el valor de los medios de producción aumenta progresivamente a un ritmo más rápido que el valor de la fuerza de trabajo empleada. En su modelo, Marx no había tenido en cuenta este desplazamiento constante de las relaciones de valor. Una vez incluido este factor, los productores de bienes de consumo se enfrentan a un difícil dilema: o bien deben abandonar progresivamente la acumulación de su plusvalía realizada y consumirla ellos mismos, salvo una parte cada vez menor –un procedimiento que invertiría todo el sentido del modo de producción capitalista, ya que detendría la expansión de la producción y, por tanto, provocaría el estancamiento de la economía–, o bien deben aceptar el hecho de que una proporción cada vez mayor de los bienes de consumo que producen no podrá encontrar compradores que paguen por ellos. Unas cantidades cada vez mayores de bienes de consumo invendibles, junto con un ejército de reserva de desempleados en constante aumento, tal combinación, cada vez más intensificada, resultaría ser la causa de las crisis económicas capitalistas.

Hasta la Primera Guerra Mundial, los capitalistas encontraron una salida al dilema creado por la contradicción entre el aumento de las fuerzas productivas y la disminución relativa del poder adquisitivo comercializando cantidades cada vez mayores de mercancías entre los estratos sociales que no utilizaban los modos de producción capitalistas (campesinos, artesanos urbanos), o en zonas donde el modo de producción estaba atrasado (colonias). Pero cuanto más penetraba el capitalismo en este “espacio no capitalista”, más se aceleraba el proceso de acumulación. Todo esto explica la existencia de ciertos fenómenos sociales que no podían conciliarse con las teorías de Marx, especialmente la disminución temporal de las crisis y la reducción del ejército industrial de reserva.

Rosa Luxemburg descubrió la solución del problema de la acumulación en esta penetración capitalista en zonas no capitalistas. Demostró que el capitalismo no podría existir si no existiera esta posibilidad de expansión. Al mismo tiempo, y a pesar del modelo descrito anteriormente, todavía podía recurrir a Marx. Es cierto que en *El Capital*, que examinaba todas las cuestiones relativas a la mecánica del capitalismo, había postulado la existencia de una sociedad puramente capitalista con el fin de elaborar las leyes de la producción capitalista en las condiciones más puras posibles, al igual que la ley de la caída de los cuerpos sólo puede demostrarse en el vacío. Sin embargo, también subrayó el hecho de que el empuje capitalista hacia zonas no capitalistas era uno de los medios más eficaces para superar las crisis económicas, y que el capitalismo perecería inevitablemente cuando ya no hubiera posibilidad de ampliar el mercado capitalista.

Rosa Luxemburg vinculó esta idea al problema de la acumulación capitalista, y éste es el gran logro de su obra principal. Es cierto que en su argumentación cometió una serie de errores que fueron descubiertos después de su muerte por Bujarin<sup>132</sup>. Fritz Sternberg rectificó entonces su teoría de la acumulación en uno o dos puntos y la aplicó con éxito a otras cuestiones económicas<sup>133</sup>.

<sup>132</sup> N. Bujarin, “Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals“ (*El imperialismo y la acumulación de capital*) en *Unter dem Banner des Marxismus*, 1925.

<sup>133</sup> Fritz Sternberg, *Der Imperialismus (El imperialismo)*, Berlín, 1926.

## El imperialismo y la teoría de la acumulación de capital

Rosa Luxemburg no se contentó con investigar el problema teórico de la acumulación. Sin duda, sus estudios sobre las sociedades comunistas primitivas, su decadencia y su vandálica destrucción por la invasión de la “civilización” europea la ayudaron a resolver el problema. En su *Introducción a la Economía Política* ya había descrito este proceso, tomando como ejemplos el imperio inca, la India y la antigua *obshchina* rusa (comuna aldeana). Ahora retomaba el tema desde el punto de vista de la incursión capitalista en economías no capitalistas. Dividió este proceso en tres fases: la lucha del capital contra la economía natural (sociedad primitiva autosuficiente), que comienza con el origen del capital en el feudalismo y pronto se extiende más allá de los límites del área geográfica inmediata; la lucha contra la economía simple productora de mercancías; y, por último, la lucha competitiva del capital en el escenario mundial por las restantes condiciones de acumulación (es decir para los mercados restantes).

Con odio ardiente esboza la lucha contra la economía natural y contra los que la libran, esos autodenominados “portadores de cultura” que, rapaces, sedientos de poder y convencidos de los valores de su civilización y su cultura, pisotean a otros pueblos, aniquilan antiguas culturas y destruyen sus productos de los que dependen cinco millones de personas, siembran el hambre y la muerte masiva y barren pueblos enteros de la faz de la tierra. Todo esto lo hacen sin recato, de forma flagrante, hipócrita y brutal, para preparar el terreno en el que pueda prosperar la semilla capitalista.

Ella describe este proceso cruel y sangriento, tomando India y Argelia como ejemplos. Muestra la conquista de los mercados por la “paz y el comercio”, tomando el ejemplo de China desde la ‘Guerra del Opio’ hasta la campaña internacional contra los Boxers. Utilizando la historia de Estados Unidos, Canadá y Sudáfrica, expone cómo se privó a los nativos rojos y negros de tierra, libertad y vida; cómo la economía natural (primitiva) fue exprimida por la economía simple de producción de mercancías; y, por último, cómo el capital se trasladó y expulsó a los agricultores nativos de una zona a otra. Apenas había un delito enumerado en el código penal, incluidos el rapto de esclavos, la caza de cabezas y la masacre, que no se cometiera en esta convulsión económica con el fin de obtener plusvalía. «La ruina de la artesanía independiente por la competencia capitalista es un capítulo en sí mismo, que no por ser más discreto es menos penoso». Y llega a la siguiente conclusión general:

«El resultado general de la lucha entre el capitalismo y la economía simple productora de mercancías es el siguiente: el capital ocupa el lugar de la economía simple productora de mercancías después de haber sustituido la economía natural por la economía productora de mercancías. Así pues, si el capitalismo vive de las estructuras no capitalistas, es más exacto decir que vive de su ruina; y si necesita incondicionalmente estas zonas no capitalistas para la acumulación de capital, en realidad las necesita como *suelo nutricio* de los que alimentarse y a los que succionar para llevar a cabo esta acumulación. Desde un punto de vista histórico, la acumulación de capital es un proceso metabólico entre los modos de producción capitalista y precapitalista [...] En consecuencia, la acumulación de capital no puede existir sin estas estructuras no capitalistas, de la misma manera que éstas no pueden seguir existiendo a lo largo del tiempo.[...]

Por lo tanto, la suposición que Marx hizo en su modelo de acumulación está de acuerdo sólo con la tendencia histórica objetiva del proceso de acumulación y su resultado teórico. Pero aquí nosotros llegamos a un callejón sin salida. Una vez alcanzado el resultado final –que, sin embargo, sigue siendo una mera construcción teórica–, la acumulación se hace imposible: la realización y capitalización de la plusvalía se convierte en una tarea imposible. En cuanto el modelo marxista de reproducción ampliada se corresponde con la realidad, el desenlace –los límites históricos del proceso de acumulación, el fin del modo de producción capitalista– está a la vista». <sup>134</sup>

A medida que la incursión capitalista avanza más y más hacia zonas no capitalistas, se ve empujada a recurrir a métodos cada vez más eficientes. Este empuje no sólo ayuda a encontrar un mercado para modalidades que serían invendibles en el marco ordinario de la producción capitalista, realizando así plenamente la plusvalía, sino que al mismo tiempo estimula el proceso de acumulación, aumentando así las fuerzas productivas y reproduciendo de nuevo a una escala cada vez mayor las contradicciones fundamentales. El capitalismo no puede esperar a que se hayan ganado nuevos mercados para sus comodidades mediante los métodos tradicionales del engaño, el fuego y la espada. Comienza a exportar capital junto con sus mercancías, y a trasplantar la producción capitalista más moderna a países que todavía se encuentran en la fase más profunda de la economía natural. De este modo, sin embargo, también crea nuevos competidores para sí misma, a pesar de sus esfuerzos obstinados por impedir por medios

<sup>134</sup> Rosa Luxemburg, *Obras completas* VI, pp. 334-335.

políticos el surgimiento de cualquier industria en los países coloniales. El espacio disponible para la expansión se vuelve cada vez más limitado. Antes los ladrones capitalistas cazaban codo con codo, pero ahora empiezan a pelearse entre ellos por el espacio no capitalista que aún no ha sido confiscado y por su redistribución. Esta es la era del imperialismo.

«El imperialismo es tanto un método histórico de prolongar la vida del capitalismo como el medio más seguro y rápido de limitarlo objetivamente. Esto no significa, por supuesto, que este punto final se alcance inevitable y metódicamente. Sin embargo, la tendencia hacia este punto final del desarrollo capitalista ya está tomando formas que indican que la fase final del capitalismo será un período de catástrofes.»<sup>135</sup>

Y volvió a resumir sus ideas en el párrafo final:

«El capitalismo es el primer sistema económico con poder de propaganda, un sistema que tiende a extenderse por todo el planeta y a desplazar a todos los demás sistemas económicos. Sin embargo, también es el primer sistema de este tipo que no podría existir solo, sin otros sistemas económicos que le proporcionen un entorno y un suelo fértil. Así, al mismo tiempo que se convierte en un sistema universal, es aplastado por su incapacidad inherente para ser un sistema de producción universal. Es una contradicción histórica viva en sí misma; su proceso de acumulación es una expresión de la continua solución y, al mismo tiempo, agravamiento de la contradicción. Al llegar a un determinado nivel de desarrollo, esta contradicción sólo puede resolverse aplicando los principios del socialismo, ese sistema económico que es universal y armonioso por su propia naturaleza, porque no tiene como objetivo la acumulación, sino la satisfacción de las necesidades vitales de la propia humanidad trabajadora mediante el desarrollo de todas las fuerzas productivas del planeta»<sup>136</sup>.

<sup>135</sup> *Ibid*, p. 361.

<sup>136</sup> *Ibid*, p. 380.

## El ataque de los epígonos

*La acumulación de capital* fue un gran logro: Rosa Luxemburg había resuelto un problema con el que los economistas habían luchado durante todo un siglo, desde la primera gran crisis económica de 1815; un problema que había resistido incluso a las fuerzas intelectuales de Marx. La visión de la historia que la inspiró y le dio confianza en su propio juicio teórico y político: el socialismo tenía que llegar no sólo porque era el ideal de masas populares cada vez mayores, sino porque el propio capitalismo se encaminaba hacia su destrucción final. Al mismo tiempo, el imperialismo había sido reconocido como un fenómeno históricamente necesario, y con ello se había cerrado el camino, al menos teóricamente, a las ilusiones y subterfugios en los que incluso destacados marxistas se entregaban entonces, y se había despejado el camino para comprender las tremendas convulsiones que se avecinaban. Su logro fue tanto más notable cuanto que no se había dejado disuadir ni por la gran prosperidad de la economía capitalista en aquellos años, prosperidad debida precisamente a la tremenda incursión capitalista en zonas no capitalistas, ni por la aparente inminencia de una solución pacífica de las más importantes controversias imperialistas entre las grandes potencias. Cinco años más tarde, el 12 de mayo de 1917, en una carta escrita a su amigo Hans Diefenbach desde la prisión de Wronke, describía el entusiasmo creativo con el que había concebido y compuesto su obra maestra:

«El período en que escribí *Acumulación* es uno de los más felices de mi vida. Vivía realmente como en un estado de embriaguez, día y noche sin ver nada más que este problema que se desarrollaba tan maravillosamente ante mí, y no sé qué me proporcionaba más placer: el proceso de pensar, en el que reflexionaba sobre una cuestión complicada mientras caminaba lentamente arriba y abajo por la habitación [...] o la plasmación de los resultados en forma literaria sobre el papel. ¿Sabe que escribí las 30 galeradas de una sola vez en cuatro meses –¡algo inaudito! –¿Y que envié el borrador a la imprenta sin leerlo ni una sola vez?»

A pesar de la brillante forma literaria del libro, sus capítulos puramente teóricos exigen mucho del lector y presuponen un dominio de la economía en general y de la teoría marxista en particular. Rosa Luxemburg sabía que había escrito sólo para una élite muy reducida y que la obra «desde este punto de vista era un lujo y bien podría haberse impreso en el mejor papel hecho a mano». Sin embargo, no podía esperar la reacción que suscitó el libro en sus propios círculos. Las únicas autoridades en teoría marxista que reconocieron su valor fueron Franz Mehring y Julian Marchlewski, y lo hicieron con gran entusiasmo. Pero toda una horda de

personas, competentes e incompetentes por igual, criticaron duramente *La acumulación del capital*, críticas que a veces degeneraron en un burdo desgarró del libro.

En cualquier caso, los críticos ignoraron en gran medida la propia ciencia económica. La mayoría de ellos declaró con toda franqueza que el asunto que había causado tantos problemas a Rosa Luxemburg no existía en absoluto. Por supuesto, señalaron el modelo de Marx como prueba matemáticamente impecable de que el proceso de acumulación podía seguir su alegre curso en condiciones puramente capitalistas. No hicieron caso de su prueba de que el modelo de Marx era inadecuado dados los supuestos económicos de todo su análisis del capitalismo. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que los críticos se enredaran en las más vehementes contradicciones entre ellos en puntos cruciales, demostrando así al menos que el problema no estaba tan completamente resuelto como pretendían.

Además, los críticos que hicieron algún intento serio por su cuenta de presentar la dinámica del proceso de acumulación cayeron víctimas de los errores más groseros. Otto Bauer, que hizo el esfuerzo más serio por abordar el problema, declaró que el aumento natural de la población era la base para la continuación sin problemas del proceso de acumulación, una idea que el propio Marx ya había rechazado con desprecio. Pero cuando Bauer amplió el modelo marxista para adaptarlo a las condiciones reales y esenciales del sistema capitalista de competencia económica, descubrió que, efectivamente, era imposible que los capitalistas realizaran la totalidad de su plusvalía en el marco de una sociedad puramente capitalista. De este modo, confirmó la teoría de Luxemburg. Pero sólo hasta cierto punto, ya que intentó resolver el problema simplemente transfiriendo el excedente de mercancías no realizables del sector de bienes de consumo al sector de bienes de producción. A esto Rosa Luxemburg respondió lacónicamente: «No se pueden comprar acciones de minas de cobre con un lote de velas de sebo invendibles o fundar una nueva fábrica de ingeniería con un stock de chanclos invendibles». En el punto crítico, Bauer había pasado por alto el hecho de que el proceso de acumulación no sólo implicaba valores, sino también objetos tangibles que se ajustaban a categorías definidas, y que ambos debían ordenarse adecuadamente.

En 1915, cuando Rosa Luxemburg fue condenada a ocio involuntario en la cárcel de mujeres de *la Barnimstrasse* de Berlín, se dedicó a analizar a fondo los argumentos de sus críticos en un trabajo de gran agudeza y considerable humor, aunque también con ocasional acritud. Se titulaba *Die Akkumulation des Kapitals*



*oder was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben. Eine Antikritik (La acumulación del capital o lo que los epígonos han hecho con la teoría marxista. Una Anticrítica)*, y del altar erigido por sus críticos para el sacrificio de sus teorías, no quedó ni una piedra sobre otra. Al mismo tiempo, utilizó esta *Anticrítica* para presentar de nuevo su propia visión de todo el problema, pero en una forma más popular, a fin de atraer a un círculo más amplio de lectores. La obra es una obra maestra de la investigación científica y la presentación de un problema, y su propio veredicto sobre ella es justo: «La forma se ha hecho muy simple, sin ningún accesorio, sin ninguna coquetería o deslumbramiento; es sencilla; todo se reduce a grandes rasgos; “desnudo”, me gustaría decir, como un bloque de mármol».

Tras la muerte de Rosa, Bujarin publicó una crítica de su teoría de la acumulación. Como ya hemos mencionado, de hecho logró descubrir varios puntos débiles en su presentación. En varios pasajes de su libro, Rosa afirma, de manera evidentemente errónea, que la acumulación de capital es la acumulación de capital monetario, que es lo que importa a los capitalistas. En realidad, la acumulación de capital monetario es sólo un eslabón del proceso de acumulación. La culminación de cada período de acumulación está marcada por la inversión de capital en el propio proceso productivo en forma de nuevos medios de producción y de salarios para la fuerza de trabajo adicional. Tal vez este error —es difícil entender cómo lo cometió Rosa— la llevó a sobrevalorar el papel mediador del dinero en el proceso de realización de la plusvalía y, además, a creer en la completa imposibilidad de intercambiar directamente los valores a acumular entre los productores de bienes de producción y los de bienes de consumo. Bujarin tenía razón al criticar esto. Sin embargo, rechazó toda la teoría de Rosa Luxemburg con demasiada precipitación. Una revisión más cuidadosa de los supuestos subyacentes al proceso de acumulación muestra que una parte de la plusvalía que se acumula en el sector de los bienes de consumo no puede realizarse en el marco de una sociedad puramente capitalista. Y esta parte crece a medida que mejoran los métodos de producción, a medida que la utilización de los medios de producción aumenta a un ritmo sistemáticamente superior al ritmo al que se gasta la nueva fuerza de trabajo, característica esencial de la acumulación capitalista.

Bujarin creía haber refutado toda la teoría de Luxemburg. Sin embargo, su propia solución resultó ser una confirmación indirecta de su tesis crucial. En su intento de presentar el proceso de acumulación de capital en una sociedad puramente capitalista, supuso la existencia de un “capitalismo de Estado” que produce según un plan, y concluyó:

«En caso de un “error de cálculo” con respecto a los bienes de consumo para los trabajadores, este excedente podría distribuirse entre los trabajadores como “sobrealimentación”, o podría destruirse por completo. También en el caso de un error de cálculo en la producción de artículos de lujo, la “salida” está clara. Por lo tanto, en este caso no podría producirse ninguna crisis de sobreproducción.»

La solución de Bujarin es sorprendente. Se nos presenta aquí un “capitalismo” que no es anarquía económica, sino una economía planificada en la que no hay competencia, sino un trust mundial general, y en la que los capitalistas no tienen que preocuparse por la realización de su plusvalía, porque pueden simplemente utilizar los productos invendibles como sobrealimentación. «En general, el proceso de producción se desarrolla sin problemas». En realidad, basta con eliminar hipotéticamente todas las condiciones ordinarias del problema –la anarquía de la producción, la competencia, la necesidad de vender las mercancías producidas para realizar la plusvalía... y el problema ya no existe. «La crisis, según Rosa Luxemburg, sería inevitables incluso en nuestra hipotética sociedad capitalista de Estado. Sin embargo, hemos demostrado, por el contrario, que las crisis no podrían existir allí.»<sup>137</sup> Esa no era la opinión de Rosa Luxemburg, de hecho, dadas las premisas de Bujarin, probablemente habría estado completamente de acuerdo con él. Sólo que ella nunca habría llamado “puramente capitalista” a una sociedad en la que los capitalistas vivían en paz unos con otros, tomaban el mando y vivían de la grasa de la tierra, mientras que un ejército de esclavos del Estado y (porque en tales circunstancias, el ejército de reserva de mano de obra desempleada debe necesariamente aumentar enormemente) un amplio estrato de desposeídos constituían el receptáculo voraz de toda la producción excedente. Una sociedad así puede corresponder al ideal de los dictadores fascistas, pero no es “capitalismo puro” en el sentido marxista. Así, la crítica de Bujarin a la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburg resulta ser el argumento más sólido a favor de su afirmación de que las zonas no capitalistas son, después de todo, necesarias para la acumulación capitalista.

Varios críticos, y en particular Bujarin, creían estar jugando una carta eficaz contra Rosa Luxemburg cuando señalaban las enormes posibilidades de expansión capitalista en zonas no capitalistas. Pero la creadora de la teoría de la acumulación ya había eliminado el aguijón de este argumento al subrayar repetidamente que los estertores del capitalismo llegarían inevitablemente mucho antes de que su tendencia inherente a ampliar sus mercados hubiera

<sup>137</sup> N. Bujarin, *op cit*, I, p. 254.

llegado a sus límites objetivos. No se trataba en absoluto de un subterfugio por su parte para salvar una teoría insostenible. Abordando las contradicciones generales del capitalismo en su panfleto *Reforma social o revolución* –diez años antes de que llevara estas contradicciones a una negación común en *La acumulación de capital*– había escrito:

«Es cierto que incluso la táctica socialdemócrata dominante no consiste en esperar a que el desarrollo de las contradicciones capitalistas alcance su máxima intensidad y en esperar aún más a que se produzca un cambio repentino. Por el contrario, basamos nuestra línea simplemente en la tendencia de este desarrollo, una vez que se ha determinado, y luego llevamos las consecuencias de este desarrollo hasta sus límites en nuestra lucha política; esa es la esencia misma de cualquier táctica revolucionaria.»<sup>138</sup>

Las posibilidades de expansión no son un concepto geográfico: no es el número de kilómetros cuadrados lo decisivo. Tampoco son un concepto demográfico: no es la comparación estadística de las poblaciones capitalistas y no capitalistas lo que indica la madurez del proceso histórico. Se trata de un problema socio-económico, y hay que tener en cuenta todo un complejo de intereses, fuerzas y fenómenos contradictorios: el impulso de las fuerzas productivas, la fuerza política de las potencias capitalistas, las fricciones entre los diversos modos de producción, la aceleración y el retraso de la expansión por la competencia entre las potencias imperialistas, la lucha entre la industria pesada y la industria textil en la industrialización de las colonias (India), el mantenimiento de los intereses dominantes de las metrópolis sobre las colonias, las revoluciones coloniales, las guerras imperialistas, las revoluciones en los países capitalistas y todas sus consecuencias, las convulsiones en el mercado de capitales, la incertidumbre política en amplias zonas (China), y muchos otros factores. En la actualidad, ahora que las fuerzas productivas se han desarrollado enormemente, los factores que retrasan la expansión se han vuelto tan eficaces que ya han provocado una profunda dislocación económica, social y política, e indican claramente el declive del capitalismo. Teóricamente es muy posible imaginar un nuevo impulso capitalista que podría proporcionar más espacio a las fuerzas productivas e introducir un nuevo período de prosperidad general. Pero esto es sólo en teoría.

Cuando Rosa Luxemburg sacó sus conclusiones para la lucha de la clase obrera, demostró una vez más que no sucumbió al fatalismo ciego al desvelar las leyes históricas del desarrollo capitalista:

<sup>138</sup> *¿Reforma social o revolución?* en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften* I, p. 86.

«Aquí, como en otros momentos de la historia, la teoría presta todo su servicio al mostrarnos la *tendencia* de la evolución y el fin lógico hacia el que se dirige. Sin embargo, el actual período de desarrollo histórico no puede llegar a este fin, como tampoco pudo llegar a sus últimas consecuencias ningún período anterior. Cuanto más interviene la conciencia social, encarnada esta vez en el proletariado socialista, como factor activo en el juego de fuerzas ciegas, tanto menos *necesario es* que se alcance este fin. Y, también en el caso presente, una comprensión correcta de la teoría marxista ofrece a la conciencia social los impulsos más fructíferos y el incentivo más poderoso.»<sup>139</sup>



<sup>139</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke* VI, p. 479.

## 9. La lucha contra el imperialismo

### El problema político

*La Acumulación de Capital* hizo algo más que resolver un abstracto problema científico: también demostró que el imperialismo, con todos sus fenómenos concomitantes: —la rivalidad de los Estados capitalistas por las colonias y las esferas de influencia, por las posibilidades de inversión para el capital europeo y por los recursos de materias primas; la exportación de capital; los elevados aranceles protectores; el papel predominante del capital bancario y fiduciario; la carrera armamentística, etc.— no era un subproducto accidental de ciertas medidas políticas, ni servía meramente a los intereses de estrechas camarillas capitalistas (industrias armamentísticas). Para Rosa Luxemburg, estas conclusiones eran de gran importancia para la política de la clase obrera:

«Como siempre en estos casos, sólo la comprensión teórica exacta del problema hasta sus raíces puede dar a nuestra práctica en la lucha contra el imperialismo la claridad de objetivos y la fuerza de choque indispensables para la política del proletariado<sup>140</sup>.»

En el SPD se produjeron acalorados debates sobre esta cuestión de principios, que dieron lugar a una situación muy curiosa. Los “reformistas” apenas se implicaron en la disputa sobre el libro de Rosa, *La Acumulación*. Algunos de ellos, de hecho los que reconocieron muy francamente su apoyo al imperialismo alemán (Schippel, Leuthner, Quessel, Maurenbrecher, Winnig y otros), aceptaron de buen grado la tesis de que el imperialismo era inevitable e históricamente necesario. Argumentaban que un verdadero marxista no podía volverse contra el progreso histórico, sino que tenía que impulsarlo, sobre todo porque el libre desarrollo de las fuerzas productivas era una condición previa para el socialismo. Estos hombres bienintencionados confundían la posición de la burguesía con la del proletariado en el proceso histórico. Pasaban por alto el hecho de que, aunque la explotación capitalista era históricamente necesaria e históricamente progresiva en comparación con formas anteriores y más primitivas de explotación, los socialistas seguían oponiéndose fundamentalmente al capitalismo.

Sin embargo, la mayoría de los dirigentes del partido adoptaron una postura muy diferente. Cuanto más se acercaban los peligros del imperialismo, más intentaban escapar de ellos escondiendo la cabeza bajo el ala. Kautsky desarrolló su propia teoría para adaptarse al caso. Admitía que la expansión del capitalismo avanzaba

<sup>140</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke* VI, p. 397.

sin freno y la aprobaba. Sin embargo, según él, esta expansión no era imperialismo. Este último era un método particular de expansión, violento, utilizado sólo por pequeños grupos capitalistas (el capital bancario y el militar), pero no beneficiaba a la clase capitalista en su conjunto, y ciertamente no beneficiaba a la industria pesada. El poder político se estaba convirtiendo en un instrumento cada vez menos adecuado para impulsar la expansión económica. Los gastos en la carrera armamentista no hacían sino reducir los fondos disponibles para la inversión de capital en Turquía, China, Persia, etc. Por consiguiente, la mayoría de la clase capitalista se opondría cada vez con más fuerza a una política de violencia imperialista, y cabía esperar que las potencias capitalistas se apartaran cada vez más del imperialismo y volvieran a una política de *laissez-faire* y de puertas abiertas.

Ya era evidente, incluso cuando Kautsky empezaba a desarrollar esta teoría, que la experiencia contradecía todas estas afirmaciones y expectativas. Lo que es francamente grotesco es el hecho de que se aferrara a ella e incluso la profundizara durante la Guerra Mundial. Fue un caso perfectamente claro de huida intelectual de la cruel realidad. Y Rosa Luxemburg pensaba sobre todo en Kautsky, el “súper experto” entre bastidores, cuando, en su búsqueda de una tendencia política que uniera a los críticos de *La acumulación de capital*, escribió en su *Anticrítica*:

«La creencia en la posibilidad de acumulación en una “sociedad capitalista aislada”, la creencia en que “el capitalismo es concebible incluso sin expansión”, es la fórmula teórica de una cierta tendencia táctica definida. Esta concepción tiende a considerar la fase del imperialismo no como una necesidad histórica, no como la contienda decisiva entre el capitalismo y el socialismo, sino como la invención maliciosa de cierto número de interesados. Está empeñada en convencer a la burguesía de que el imperialismo y el militarismo son perjudiciales incluso desde el punto de vista de los intereses burgueses, y en aislar así al supuesto puñado de partes beneficiarias, para poder formar un bloque entre el proletariado y las amplias capas de la burguesía con vistas a “amortiguar” el imperialismo, matarlo de hambre mediante un “desarme parcial”, y “eliminar su aguijón”. Al igual que el liberalismo en su periodo de decadencia apeló de los monarcas menos ilustrados a los más ilustrados, el “Centro marxista” quiere apelar de la burguesía de mente cerrada a la burguesía de mente abierta para disuadirla del curso desastroso del imperialismo a una política de tratados internacionales de desarme, de la lucha por la dictadura mundial de la espada a una federación pacífica de estados nacionales democráticos.

El conflicto general para resolver el antagonismo histórico-mundial entre proletariado y capital se transforma en la utopía de un compromiso histórico entre proletariado y burguesía para la “mitigación del antagonismo imperialista entre los Estados capitalistas”<sup>141</sup>.»

## Contra la amenaza de guerra

La táctica de la socialdemocracia alemana estaba en consonancia con su valoración básica del imperialismo. A pesar de sus declaraciones antiimperialistas, a veces muy violentas, en el Reichstag, apoyó la política exterior alemana en todas las cuestiones decisivas. Sólo criticó los “excesos” de esta política, por ejemplo los actos provocadores de Wilhelm II y su ministro de Asuntos Exteriores, Kiderlen-Wächter. La socialdemocracia alemana apoyaba una política de “penetración pacífica” en las zonas coloniales porque se negaba a considerar las consecuencias sangrientas del imperialismo.

Los imperialistas del campo socialdemócrata siguieron su curso. Algunos de ellos hablaron abiertamente de la inevitable contienda militar con Gran Bretaña, aunque en 1913 Quessel propuso una alianza con Gran Bretaña para llegar a un acuerdo sobre el reparto pacífico del mundo, en particular de África. Se opusieron resueltamente al colonialismo, y Eduard David llegó a considerarlo “parte integrante de los vocación cultural universal del movimiento socialista”. Trataron todas las cuestiones imperialistas desde el punto de vista de un pueblo gobernante cuyo único deber era seguir una política de “despotismo del bienestar”.

El “Centro Marxista” del partido no tomó la ofensiva en asuntos de política exterior, pero estaba lleno de esperanza. Ya en 1911 Bernstein consideraba infundados los temores de guerra: la necesidad de paz era universal, y las garantías pacíficas de los principales hombres de Estado podían considerarse auténticas. La carrera armamentística era una anomalía sin justificación nacional ni económica. La mejor manera de evitar la guerra era el desarme general, los tribunales internacionales de arbitraje, las alianzas y la formación de los Estados Unidos de Europa. En resumen, el “centro marxista” apelaba a la buena voluntad de la burguesía imperialista más que a la voluntad socialista del proletariado.

<sup>141</sup> *Ibid*, p. 480 y ss.

Rosa Luxemburg se pronunció resueltamente contra toda esta política, y fue apoyada por los demás miembros de izquierda del partido, aunque la eficacia de su buena voluntad se vio en situaciones mermada por su falta de visión concreta de las cosas. Declaró el principio general de que la socialdemocracia nunca debía tomar partido en las disputas de política exterior de las grandes potencias, porque su objetivo era siempre el saqueo y la subyugación de los pueblos, independientemente de la máscara diplomática que pudieran ponerse. La clase obrera debe seguir siempre su propia política exterior guiada por sus propios intereses internacionales y revolucionarios. Para Rosa, la primera tarea en cualquier conflicto internacional era desnudar los intereses capitalistas ocultos tras él y mostrar sus consecuencias. Ella misma lo hizo con una extraordinaria agudeza de miras, abarcando siempre todo el campo de la política mundial y sin perder de vista los complicados problemas que se planteaban. Desbarató sin piedad tanto las pretensiones pacifistas de la diplomacia burguesa como las ilusiones pacifistas de la socialdemocracia. En 1911, cuando la propuesta de Edward Grey de una limitación general del armamento contaba con la aprobación de los sectores socialistas, ella argumentó que:

«El militarismo está estrechamente relacionado con el colonialismo, la política arancelaria y la política mundial en su conjunto. Por tanto, si todos los Estados actuales quieren poner fin, seria y sinceramente a la carrera armamentista, deben empezar a dismantelar sus políticas comerciales y a renunciar a sus expediciones coloniales de rapiña, así como a su política de mantener esferas de influencia en todo el mundo; en resumen, tanto en política exterior como interior, deben empezar a hacer exactamente lo contrario de lo que es ahora la esencia misma de la política capitalista de Estado de clase.»<sup>142</sup>

Rosa Luxemburg no escribía a menudo sobre cuestiones de política exterior; sólo lo hacía cuando la confusión en el campo marxista hacía imperativo aclarar un problema concreto y encauzar la táctica del partido por el camino correcto. Estableció las directrices para juzgar el imperialismo y esbozó la posición socialdemócrata respecto a los diversos fenómenos económicos y sociales en la lucha de las potencias capitalistas por el mercado mundial, haciendo así una contribución muy fructífera a la prensa socialdemócrata alemana en cuestiones de política exterior. Surgieron varias ideas principales sobre la táctica del partido: la política imperialista no podía superarse en el marco del capitalismo porque surgía de los intereses vitales del orden social capitalista. Por tanto, toda lucha

<sup>142</sup> R. Luxemburg, *Friedenutopien* ("Utopías de paz"), *Liepziger Volkszeitung*, 6 de mayo de 1911



contra el imperialismo debía dirigirse contra el propio orden social. Imperialismo o socialismo, ¡ésa era la cuestión! Cualquier intento de llegar a soluciones parciales de los actuales conflictos de política exterior conduciría inevitablemente a apoyar a un Estado imperialista contra otro, y por regla general esto significaba fraternizar con la burguesía nacional en su oposición a otras naciones y abandonar los intereses de la clase obrera internacional. Una política de este tipo conducía sin falta al fango del nacionalismo y terminaba por enredarse en una guerra imperialista. Todas las formas de intentar salvar la paz sobre la base de la sociedad burguesa —en particular, la propaganda a favor de la expansión pacífica, el desarme, los tribunales internacionales de arbitraje, las alianzas, las políticas coloniales “civilizadoras”, etc.— fueron rechazadas, o bien una ilusión o bien de hecho, una reivindicación mediante el camuflaje de la política de violencia del imperialismo; en cualquier caso, nublaron la visión y debilitaron la fuerza de la clase obrera.

La lucha contra el imperialismo y el militarismo debía llevarse a cabo fortaleciendo la solidaridad internacional de la clase obrera, mostrando el poder consolidado de la clase obrera internacional en todas las crisis políticas mundiales y luchando contra las repercusiones políticas internas del imperialismo y el militarismo, los impuestos oprimentes, el aumento del coste de la vida, la reducción de la política social y de la democracia— para conquistar los derechos democráticos. Rosa Luxemburg, y con ella el ala izquierda del SPD, consideraba que el desarrollo social estaba lo suficientemente maduro como para que en cualquier gran convulsión futura el socialismo —es decir, en términos políticos, la conquista del poder por la clase obrera— figurara en el orden del día inmediato. Había llegado el momento de que el partido fuera más allá de su política anterior de mera agitación y organización y emprendiera grandes acciones de masas. Más que nunca, el partido debía estar decidido a pasar a la ofensiva.

Tras la Revolución Rusa de 1905, las potencias europeas se habían agrupado en dos bandos: la Triple Alianza (Alemania, Austria e Italia) y la Triple Entente (Gran Bretaña, Francia y Rusia). El conflicto de Marruecos de 1906 puso de manifiesto por primera vez el peligro de guerra en Europa. El miedo a la guerra se apoderaba cada vez más de las masas. Cómo evitar una guerra y cómo actuar en ella se convirtieron en cuestiones candentes para la Internacional. En 1907, en el Congreso de Stuttgart, se abordaron por primera vez de manera fundamental, considerando la naturaleza de la guerra imperialista. Como representante del Partido Socialdemócrata de toda Rusia, Rosa Luxemburg fue miembro de la comisión encargada de elaborar una resolución sobre la actitud del partido ante la guerra. Se opuso firmemente a las propuestas (apoyadas por los delegados

franceses y británicos) que pedían la proclamación de una huelga general y la negativa general a hacer el servicio militar si estallaba la guerra, porque estaba en contra de hacer promesas que no se pudieran cumplir cuando llegara la hora de la verdad. Su objetivo era conseguir que la Internacional se pronunciara claramente contra la guerra y que los partidos se comprometieran a aplicar una política revolucionaria decidida y adecuada al poder de la clase obrera. Junto con Lenin y Mártoov, redactó una resolución que, en consulta con Bebel, fue modificada y reformada hasta que quedó en una forma que no podía dar al fiscal alemán ningún motivo para una acusación, o quizás incluso para la supresión del SPD. Los pasajes decisivos de esta resolución eran:

«En caso de amenaza de guerra, es deber de los trabajadores y de sus representantes parlamentarios en los países implicados en hacer todo lo posible para evitar el estallido de la guerra mediante la adopción de medidas adecuadas, que, por supuesto, pueden modificarse o intensificarse en función de la exacerbación de la lucha de clases y de la situación política general.

Si, a pesar de todo, estalla la guerra, su deber es abogar por su rápido fin y utilizar la crisis económica y política provocada por la guerra para movilizar a las distintas capas sociales y acelerar el derrocamiento del dominio de clase capitalista.»

Con palabras cautelosas, realistas y sin romanticismo, pero con la claridad necesaria en cuanto a los objetivos y el carácter de la política, la resolución indicaba una línea de acción, y fue aceptada por el Congreso con gran entusiasmo y sin oposición. ¿Creía Rosa Luxemburg seriamente que se cumpliría? Sabía que en la Internacional había bastantes nacionalistas que la considerarían una fórmula vacía. Sin embargo, confiaba en que los dirigentes socialistas radicales, sobre todo los del Ejecutivo del SPD, superarían sus debilidades, de modo que en el momento crítico estarían a la altura de las circunstancias.

## **La lucha por el sufragio igualitario**

No pasó mucho tiempo antes de que ciertos acontecimientos parecieran justificar esta expectativa; por primera vez en su historia, la socialdemocracia alemana movilizó a las masas trabajadoras para una ofensiva política. El punto de ataque estaba bien elegido. El país capitalista más moderno de Europa estaba gobernado por un gobierno semiabsolutista apuntalado por la podrida clase Junker prusiana,

y el anacronismo era cada vez más evidente. Esta clase monopolizaba los niveles superiores del aparato dirigente y de la maquinaria administrativa, y apuntalaba su posición sobre todo a través de la Dieta prusiana, en la que disponía de una mayoría afianzada, gracias a un sistema electoral que dividía a la población en tres clases según el pago de impuestos, poniendo así, de hecho, el poder político en manos de un número ínfimo de votantes ricos. En 1908 la socialdemocracia consiguió por primera vez seis escaños al obtener 600.000 votos, los conservadores, con 4.180.000 votos, obtuvieron 212 escaños.

Ese mismo año se produjo el primer asalto extraparlamentario de la clase obrera al bastión de los Junkers. Por primera vez, los trabajadores prusianos se manifestaron en las calles desafiando las prohibiciones policiales y consiguieron que Guillermo II pronunciara al menos un discurso real anunciando la reforma electoral. Sin embargo, pasaron dos años antes de que se hiciera ningún intento de cumplir esta promesa, y el canciller, Bethmann-Hollweg, presentó entonces una llamada *reforma* que era más bien una provocación a la clase obrera.

Académicos, funcionarios jubilados, altos funcionarios, etc. –un pequeño estrato de “portadores de cultura”– debían pasar a la siguiente clase electoral. Esta “reforma” fue la señal para una enérgica acción de la clase obrera, que también recibió la simpatía de sectores de la clase media-baja. Todos los domingos de febrero y marzo de 1910, las calles de las grandes ciudades fueron escenario de manifestaciones multitudinarias. En las provincias se produjeron frecuentes choques sangrientos con la policía, pero el derramamiento de sangre no hizo más que enardecer la militancia de las masas. En Berlín, el Jefe de la policía, Traugott von Jagow (posteriormente uno de los líderes del Putsch de Kapp contra la República de Weimar en 1920), emitió proclamas amenazadoras al estilo napoleónico. Se convocó a las tropas y se las ejercitó en cargas de caballería por las calles de Berlín. Sin embargo, los organizadores socialdemócratas hicieron su trabajo con tanta eficacia que Herr von Jagow sufrió una derrota moral tras otra. Cientos de miles de personas se congregaban siempre donde menos se les esperaba. El poder del SPD sobre la clase obrera parecía casi ilimitado. Aunque estas acciones directas no consiguieron su objetivo inmediato de lograr el sufragio igualitario en Prusia, al menos hubo que abandonar la propuesta de Bethmann-Hollweg y se aseguró el derecho a manifestarse en las calles.

Fue la primera victoria política tangible de la clase obrera alemana, y fue ganada por las masas, que estaban realmente en un estado de ánimo jubiloso, dispuestos a pasar a la ofensiva. Al mismo tiempo, los mineros se preparaban para una gran lucha salarial y 200.000 obreros de la construcción resistieron durante tres largos

meses a un cierre patronal, una lucha que se saldó con la victoria gracias a su determinación, resistencia y hábiles tácticas. Rosa Luxemburg consideraba la lucha por la reforma electoral como la base para una prueba de fuerza aún mayor. Una huelga política le parecía el arma más aconsejable para intensificar la acción en favor del sufragio igualitario y evitar así que se estancara en la inercia. «En una situación como la actual, las largas demoras, las largas pausas entre las acciones individuales de la lucha y la indecisión en la elección de las armas y la estrategia de la lucha ulterior equivalen casi a una batalla perdida»<sup>143</sup>. Esta opinión estaba obviamente extendida en el partido. Numerosas “organizaciones” (Breslau, Halle, Königsberg, Renania, etc.) exigieron la convocatoria de una huelga general. En Kiel y en Frankfurt-Hanau ya se habían producido breves huelgas-manifestación. A principios de marzo, el Ejecutivo del Partido consultó a la Comisión General de los sindicatos sobre la propuesta de una huelga-manifestación general, pero decidió no convocarla.

Rosa Luxemburg era muy consciente de las dificultades de la situación: una clase que nunca había llevado a cabo una gran lucha común, y que durante años había estado acostumbrada a recibir del SPD todas sus consignas ya hechas, tendría dificultades para dar el salto de las manifestaciones a la huelga política. Por ello, exigió que el Comité Ejecutivo del Partido elaborara un gran plan de acción que incluyera, por el momento, huelgas-manifestaciones de duración limitada. Al mismo tiempo, propuso que la huelga general se sometiera a debate para evaluar el grado de compromiso militante de las masas.

Estaba claro, a pesar de su vigor, que el movimiento por la reforma del sufragio sería sólo un episodio pasajero en el período de grandes luchas de masas que Rosa Luxemburg veía ante la clase obrera alemana. Hasta ahora, el ala izquierda del partido había lanzado la consigna: *el socialismo contra el imperialismo*. Eso era bastante adecuado para el trabajo general de propaganda antiimperialista, porque dejaba claro el significado real de toda la época histórica. Sin embargo, como consigna para las luchas de masas inmediatas, el socialismo, e incluso la toma del poder político, era un objetivo demasiado lejano. Por lo tanto, dio otro paso táctico importante y sugirió la consigna de una república para resumir la propaganda y la acción del momento:

«La consigna de *una república* en la Alemania de hoy representa algo infinitamente más que un hermoso sueño de un “Estado popular” democrático, algo infinitamente más que una exigencia de doctrinarios con la cabeza en las nubes. Por el contrario, es un grito de guerra práctico

<sup>143</sup> *Ibid.*, IV, p. 511.

contra el militarismo, el navalismo, el colonialismo, la política mundial, la dominación junker y la prusianización de Alemania; es la consecuencia y el resumen drástico de nuestra lucha diaria contra todos estos diversos fenómenos de la reacción dominante<sup>144</sup>.»

La consigna, de hecho, significaba para Rosa Luxemburg aún más de lo que ella indicaba. No sólo era la «contraseña de la identidad de clase (*Klassenscheidung*), la consigna de la lucha de clases» para toda la lucha cotidiana. Si su interpretación de la Revolución Rusa se adaptara a las condiciones alemanas, se deduciría que el primer paso decisivo en una revolución alemana sería la abolición de la docena y pico de pequeñas monarquías en todo el país. Después, por supuesto, la propia revolución sería impulsada más allá de este primer punto de inflexión hacia la conquista del poder político por el proletariado. La consigna de la república no era, pues, una invención arbitraria, una idea espontánea, sino que unía todas las grandes luchas del momento con el objetivo final y surgía de su concepción global de la época histórica.

Incluso antes de que las manifestaciones sufragistas alcanzaran su punto álgido, resumió sus ideas en un largo artículo que envió a *Vorwärts*. Se lo devolvieron a principios de marzo de 1910 con la observación de que las instrucciones del partido prohibían cualquier propaganda a favor de una huelga política. También Kautsky, que al principio había aceptado el artículo para *Neue Zeit*, describiéndolo como “muy bueno y muy importante”, finalmente cedió a los dictados del Ejecutivo del Partido y se negó a publicarlo. Al final, el artículo fue recortado y publicado por partes en varios diarios del partido.<sup>145</sup>

El comportamiento de Kautsky fue una afrenta personal para Rosa Luxemburg. Ella era la principal colaboradora de *Neue Zeit*, y había sido su subdirectora durante mucho tiempo; de hecho, el gran respeto del que gozaba entre los socialistas radicales de toda la Internacional se debía en gran medida a su colaboración intelectual. Pero Kautsky no sólo se había plegado a las instrucciones del partido: su acción significaba un *giro político* y la ruptura de su alianza intelectual con Rosa Luxemburg. Esto quedó muy claro cuando publicó un artículo en *Neue Zeit* criticando rencorosamente el artículo que había rechazado y defendiendo puntos de vista que estaban en flagrante contradicción con los que había favorecido anteriormente en la revista y en sus escritos tácticos más importantes, el folleto *La revolución social* (2ª ed. 1907)<sup>146</sup> y el libro *El camino*

<sup>144</sup> *Ibid*, p. 559.

<sup>145</sup> *Ibid*, p. 509 y ss.

<sup>146</sup> Karl Kautsky, *Die soziale Revolution* (Berlín, *Vorwärts*, 1902; 2ª ed. 1907)

*hacia el poder* (1909)<sup>147</sup>. En este último había proclamado, en total acuerdo con Rosa Luxemburg, que «tenemos todas las razones para suponer que hemos entrado en un periodo de luchas por las instituciones del Estado y por el poder del Estado». Ahora, sin embargo, declaraba que tal punto de vista carecía de sentido: la única posición posible para el partido era una defensiva, una política de evitar la batalla, una “estrategia de desgaste”, al menos hasta las siguientes elecciones al Reichstag, dos años más tarde, que traerían una victoria aplastante para la socialdemocracia, una “catástrofe para todo el sistema de gobierno de la clase dominante”. Sólo esto llevaría a las condiciones propicias para una “estrategia de derrocamiento” final (*Niederwerfungsstrategie*), ya que ponía «la llave de esta portentosa situación histórica» en el bolsillo de la socialdemocracia. Así, según Kautsky, la situación revolucionaria no debía desarrollarse a partir de la poderosa actividad de las masas trabajadoras, sino de una hipotética catástrofe del sistema de gobierno provocada por las urnas. Cuando Rosa Luxemburg escribió a Clara Zetkin sobre los dirigentes del partido que intentaban, a cada gran giro de los acontecimientos, «volver a meter todo en el molde parlamentario» y que atacaban a todos los que querían ir más allá de estos límites como «enemigos del pueblo», había mencionado a Bebel, pero sin duda apenas había pensado en Kautsky a este respecto.

Posteriormente, el profundo distanciamiento, tanto personal como político, entre ella y Kautsky se hizo muy evidente. Al principio, Kautsky adujo varias excusas transparentes para no publicar la respuesta de ella a su acción, y fue necesaria una enérgica presión para que finalmente accediera a hacerlo. Atrapado en sus propias contradicciones, comenzó entonces una disputa en la que la difamó, acusándola de falsificación, y utilizando todos esos subterfugios literarios que son el recurso invariable de los renegados. En la disputa, que se prolongó de mayo a agosto de 1910, Rosa Luxemburg desplegó toda su brillante capacidad polémica. Sin embargo, era evidente que esta vez la movía más la amargura por el comportamiento de Kautsky que su habitual placer por el combate intelectual.

Franz Mehring también se puso del lado de Rosa en este episodio particular, e incluso Lenin defendió a Kautsky contra una “interpretación errónea” de su estrategia de desgaste, cuando los mencheviques pretendieron reivindicarla como un respaldo a su propia política. Sin embargo, Mehring pronto se acercó a la posición de Rosa y, tras el estallido de la Guerra Mundial, Lenin se dio cuenta conmovido de que la polémica entre Kautsky y Rosa Luxemburg a partir de 1910 no sólo había sido una cuestión de opiniones diferentes sobre la situación

<sup>147</sup> Karl Kautsky, *Der Weg zur Macht*. Berlin Vorwärts, 1909

política dada, sino que la actitud de Kautsky había significado su alejamiento de una verdadera política revolucionaria. No sólo se rompió la amistad entre Kautsky y Luxemburg, sino también la unidad de la mayoría radical del partido. El SPD se dividió en tres tendencias claras: los reformistas, que se inclinaban cada vez más por la política imperialista de la clase dominante; el llamado *centro marxista*, que pretendía mantener la política tradicional, pero que en realidad se acercaba cada vez más a la posición de Bernstein; y el ala revolucionaria, generalmente llamada los *radicales de izquierda (Linksradikale)*, encabezada por Rosa Luxemburg junto a Clara Zetkin, Franz Mehring, Karl Liebknecht, Karski (Julian Marchlewski), Karl Radek y Anton Pannekoek.

Toda la política del partido en el período anterior a la guerra, con sus grandes convulsiones internacionales, consistió en evasivas y repliegues, y en la creación de una ilusión tras otra. En el verano de 1911, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Kiderlen-Waechter, provocó una crisis diplomática al enviar el crucero *Panther* a Agadir en Marruecos (supuestamente para proteger los intereses alemanes allí) y puso a Europa al borde de la guerra. El Buró de la II Internacional hizo entonces un llamamiento a todos los partidos afiliados para que organizaran una acción conjunta contra el peligro de guerra. La Ejecutiva del SPD se negó, declarando que había sido informada por el Ministerio de Asuntos Exteriores de que Alemania no tenía intención de entrar en guerra, y expresando el temor de que el partido echara a perder sus posibilidades en las próximas elecciones al Reichstag si adoptaba una actitud demasiado enérgica contra la política colonial de su país. Sólo cuando Rosa Luxemburg dio la voz de alarma ante esta monstruosa línea de argumentación se organizó alguna acción —más bien poco convincente— contra la aventura de Marruecos.

Las elecciones al Reichstag de 1912 aportaron al partido un gran incremento del número de votos (de 3.259.000 en enero de 1907 a 4.250.000 en enero de 1911) y de escaños (de 43 a 110). Sin embargo, para la segunda fase de las elecciones, la Ejecutiva del Partido concluyó un vergonzoso compromiso con los progresistas de clase media [el Partido Popular Progresista], que prescribió la “atenuación” (*Dampfung*) de la campaña electoral y el abandono de toda propaganda independiente en un gran número de circunscripciones electorales prometedoras. Causó gran confusión en las filas del partido y fue ignorada en algunas de estas circunscripciones. Kautsky justificó esta política afirmando que se había producido una regeneración de la burguesía de izquierdas, provocada por un nuevo liberalismo basado en las “nuevas clases medias”. Además, consideró que el hecho de que la socialdemocracia no obtuviera ningún escaño parlamentario era un punto de inflexión en la historia mundial y declaró:

«Aunque no hayamos conseguido la posición dominante que esperábamos (él había soñado con al menos 125 escaños), hemos logrado condenar al gobierno y a la reacción a la impotencia».

Lo que ocurrió en realidad fue que, impulsados por sus intereses imperialistas, los liberales viraron cada vez más a la derecha, y ni el gobierno ni la reacción tuvieron ya motivos para temer una oposición real de la burguesía. Se produjeron graves retrocesos en la política social alemana y la reforma del sufragio prusiano fue enterrada. Por otra parte, cada año traía nuevos armamentos y nuevos impuestos para pagarlos. Después de todos los cálculos realizados en la pugna por los escaños parlamentarios, las gallinas habían vuelto al gallinero.

La política oficial de la socialdemocracia alemana se convirtió cada vez más en una huida de la realidad. Italia envió una expedición para asaltar Trípoli, las guerras de los Balcanes presagiaban la Guerra Mundial y la política exterior alemana en los Balcanes intensificaba aún más el peligro de guerra. Mientras tanto, los dirigentes del partido seguían soñando con la paz, y los miembros del partido en el Reichstag felicitaban al gobierno por su política exterior y alababan la “misión de paz” de la Triple Alianza. Al mismo tiempo, el ala imperialista del partido se hizo cada vez más franca y apoyó en el *Sozialistische Monatshefte* (Revista mensual socialista) la campaña de la prensa burguesa que agitaba el sentimiento nacionalista contra Gran Bretaña y Rusia.

En el verano de 1913, el gobierno presentó un proyecto de ley militar elaborado por Ludendorff, sin precedentes en la historia del armamento. Debía costar mil millones de marcos, tanto en gastos nuevos como en gastos corrientes. Sin embargo, el SPD se limitó a meras protestas parlamentarias; sus diputados en el Reichstag incluso votaron a favor de las medidas financieras necesarias para satisfacer las demandas militares, ya que esta vez éstas debían cubrirse con impuestos sobre la propiedad. Incluso miembros del ala izquierda del partido (Radek y Pannekoek) defendieron la aprobación de estas medidas. Pero sabiendo que los sentimientos nacionalistas e imperialistas habían movido a muchos de los miembros del Reichstag a votar a favor de las medidas fiscales, Rosa Luxemburg subrayó el principio de que, ante el peligro de guerra que se avecinaba, el partido no debía hacer nada que pudiera dar la impresión de que confiaba en el gobierno y aprobaba su política armamentística.



Los ataques de Rosa a toda esta política suscitaron un fuerte apoyo de las bases del partido, pero precisamente por esta razón sus oponentes hicieron intentos aún más furibundos de justificar sus puntos de vista. Kautsky la tachó a ella y a sus amigos de “accionistas de masas”, “anarcosindicalistas” y “rusos”, y habló ociosamente de “golpes de estado”, “intrigas obstruccionistas”, “golpismo” y “gimnasia revolucionaria”. En marzo de 1913, una conferencia nacional de prensa del partido tomó la decisión, vinculante para todos los editores, de abstenerse de criticar al Ejecutivo del partido y a los miembros parlamentarios del partido. Es cierto que la mayoría de los editores radicales del partido no acataron esta decisión, pero cuando Paul Lensch dimitió como editor del *Leipziger Volkszeitung* en el verano de 1913 y Hans Block ocupó su lugar, el periódico (el órgano más importante de la oposición radical) se sometió a los altos mandos del partido: tras quince años de colaboración permanente, Rosa Luxemburg fue expulsada de sus páginas. Mehring y Karski, que pertenecían a la redacción del *Leipziger Volkszeitung*, declararon su solidaridad con Rosa, después de haber sido animados a hacerlo por Clara Zetkin. Naturalmente, la ruptura se produjo con un gran roce personal. Sin embargo, no se trataba de una disputa literaria, sino de un episodio de profunda significación política. Como escribió Karski a Block el 16 de diciembre de 1913:

«La cuestión es la siguiente: nosotros tres (Luxemburg, Mehring, Karski), y muy especialmente yo mismo (lo que me gustaría subrayar), somos de la opinión de que el partido está atravesando una crisis interna mucho más grave que la que se produjo cuando surgió el revisionismo. Estas palabras pueden parecer duras, pero estoy convencido de que el partido amenaza con consumirse si las cosas siguen así. En un momento así, sólo hay una esperanza de redención para un partido revolucionario: la autocritica más aguda y despiadada que pueda concebirse.»

Para llevar a cabo esta tarea y dar mayor publicidad a sus opiniones, los tres fundaron la *Sozialdemokratische Korrespondenz* en diciembre de 1913. La publicación continuó durante la guerra y fue víctima de la censura militar. Además de artículos sobre cuestiones tácticas, Rosa Luxemburg escribió sobre todo acerca del militarismo, y concentró cada vez más sus esfuerzos en combatirlo. Cuando los generales alemanes en la ciudad fortaleza de Zabern (Saverne) en Alsacia-Lorena proclamaron la ley marcial y escenificaron una pequeña guerra –para proteger los trapos no precisamente limpios de un teniente menor– Rosa dirigió una campaña tan enérgica contra la camarilla militar que se ganó su odio eterno. Las autoridades no tardaron en perseguirla.

## Los tribunales entran en acción

El primer golpe fue asestado el 20 de febrero de 1914 por el tribunal de distrito [Landgericht] de Frankfurt del Meno, que acusó a Rosa Luxemburg de instigar a los soldados a la desobediencia. La base de la acusación era un discurso pronunciado en septiembre de 1913 en la región de Frankfurt, en el que había gritado: «Si esperan que levantemos las armas asesinas contra nuestros hermanos franceses u otros hermanos extranjeros, entonces digámosles ¡No, no lo haremos!» La acusación era, por supuesto, jurídicamente insostenible, como argumentaron irrefutablemente los abogados defensores, Paul Levi y Kurt Rosenfeld. El fiscal pidió un año de cárcel y su detención inmediata. Desde la época de las leyes antisocialistas no se imponía una pena semejante por un discurso de agitación. El comportamiento de Rosa fue característico: admitió haber pronunciado las palabras ofensivas, no intentó explicar su significado y, en lugar de defenderse, pasó a la ofensiva. Arremetiendo contra el fiscal, la casta de oficiales y el propio Wilhelm II, justificó la lucha contra el militarismo y la guerra. Atacó la idea del militarismo y de la obediencia servil de los soldados como base del poder estatal y declaró abiertamente su propia política sobre la guerra:

«Pensamos que no sólo el ejército, las “órdenes” de arriba y la obediencia ciega de abajo decidirán sobre el estallido y el resultado de la guerra, sino que la gran masa del pueblo trabajador decidirá y debe decidir. Somos de la opinión de que las guerras sólo pueden librarse mientras la clase obrera participe en ellas con entusiasmo, porque las considera justas y necesarias; o al menos las soporta pacientemente. En cambio, cuando la gran mayoría del pueblo trabajador llegue a la conclusión –y llevarla a esta conclusión, despertar esta conciencia, es justamente la tarea que nos proponemos los socialdemócratas–, cuando la mayoría del pueblo llegue a la conclusión de que las guerras son un fenómeno bárbaro, profundamente inmoral y reaccionario, hostil a los intereses del pueblo, entonces las guerras serán imposibles, aunque, por el momento, los soldados sigan obedeciendo las órdenes de sus superiores<sup>148</sup>.»

Y en respuesta a la exigencia del Fiscal de su detención inmediata:

«Para terminar, sólo unas palabras sobre el escandaloso ataque que se me ha hecho, un ataque que retrocede ante su autor. El fiscal ha dicho –y he tomado nota de sus palabras exactas– que pide mi detención inmediata,

<sup>148</sup> Discurso pronunciado el 20 de febrero de 1914, en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften II*, p. 10.

porque “sería incomprensible que el acusado no se diera a la fuga”. En otras palabras, estaba diciendo: “Si yo, el Fiscal, tuviera que cumplir un año de prisión, entonces intentaría escapar”. Señor, le creo; usted huiría. Un social demócrata no lo hace; se mantiene firme en sus actos y se ríe de sus castigos. Y ahora, ¡sentenciadme!<sup>149</sup>»

Fue condenada a un año de prisión, pero no fue detenida en el acto. Desde la sala del tribunal se dirigió directamente a una reunión de masas en la que los trabajadores de Frankfurt esperaban el resultado del juicio. Muy animada, Rosa tomó la palabra como una guerrera triunfante. Se burló del veredicto y de la sentencia defendiendo con valentía las mismas ideas que supuestamente debían ser rechazadas, apelando a la intensificación de la lucha contra el militarismo y la guerra imperialista. La sentencia represiva despertó una profunda indignación en toda la clase obrera alemana, y se le pidió que pronunciara un discurso en muchas reuniones, a las que asistió un número inusualmente elevado de personas. Fue el preludio de una gran campaña de propaganda contra el sistema de clases de la justicia, el militarismo y la violenta tormenta mundial cuyos nubarrones se cernían amenazantes.

Las cuestiones militares pasaban cada vez más a primer plano: una sentencia intimidatoriamente severa dictada por el Tribunal Militar de Erfurt, los casos cada vez más frecuentes de malos tratos a soldados y los suicidios entre las tropas intensificaron el interés de la opinión pública. En una ocasión, un socialdemócrata preguntó en una interpelación en el Reichstag (“*Kleine Anfrage*”) sobre ciertos abusos, y un portavoz del gobierno se negó a responder, argumentando con una arrogancia fría y grosera que los representantes del pueblo “no estaban autorizados” a tratar esos casos. En discursos enérgicos y por escrito en la *Sozialdemokratische Korrespondenz* del 4 de mayo de 1914, Rosa Luxemburg atacó esta “no autorización”. Un discurso en Friburgo, en el que habló «de los dramas que tienen lugar día tras día en los cuarteles de Alemania, aunque los gemidos de los agraviados rara vez llegan a nuestros oídos», sacó a la luz al ministro de la Guerra. La acusó de insultar al ejército. El caso provocó una tormenta. En respuesta a un llamamiento de la defensa, más de 30.000 víctimas y testigos de malos tratos militares se ofrecieron a declarar. Cuando el juicio estaba a punto de abrirse (poco antes de la guerra), los representantes del Ministerio de la Guerra tuvieron que suplicar humildemente su pospuesta para evitar que los miles de acusadores desfilaran por el estrado. Al final se archivó el proceso, pero la campaña del sistema judicial contra Rosa continuó. En junio de 1914 presentó

<sup>149</sup> *Ibid*, p. 17.

una resolución sobre la huelga política de masas en una reunión del partido en Berlín. Aunque su tono era bastante moderado y su contenido no iba más allá de lo que ella misma y otros habían dicho a menudo antes, ella y todos los firmantes de la resolución fueron acusados, e incluso se intentó detener a todos los que habían votado a favor de la resolución. Estaba claro que las autoridades pretendían amordazar esta voz revolucionaria contra el imperialismo. Llegó la guerra, y con ella nuevos procesamientos. Desde los días de Lassalle ninguna figura política en Alemania había sido tan sistemática y persistentemente acosada, y, como Lassalle, Rosa podía presumir de que su escudo estaba tachonado de acusaciones.

A pesar de su mala salud, que le causaba muchos problemas, la perspectiva de un largo encarcelamiento apenas la deprimía. De hecho, consideraba la persecución como una señal segura de que había cumplido bien con su deber. Lo que sí la deprimía era pensar que las tormentas amenazadoras que se avecinaban encontrarían a una generación cobarde y sin carácter en la dirección y la oficialidad del partido. Puso sus esperanzas en la generación más joven, cuyas mejores fuerzas ella misma había educado con su trabajo y sus escritos, la generación que consideraba a Karl Liebknecht su camarada y líder.

Debido a que durante su periodo de estudios y formación como abogado se había visto obligado a ajustarse exteriormente a las restricciones legales prusianas y a permanecer en un segundo plano, había entrado en la arena política bastante tarde. Pero entonces se había lanzado a la lucha con apasionada intensidad, haciendo gala de una gran independencia e iniciativa que los dirigentes del partido intentaron frenar, pero en vano. Fue uno de los creadores del movimiento juvenil socialista y, de hecho, fue quien le asignó tareas políticas que iban más allá de los objetivos puramente educativos, a saber, la lucha contra el militarismo. En 1906 publicó un folleto, *Militarismus und Antimilitarismus unter besonderer Berücksichtigung der internationalen Jugendbewegung (Militarismo y antimilitarismo con especial referencia al movimiento juvenil internacional)*, en el que transmitía a la juventud obrera alemana las experiencias, en particular, de los movimientos juveniles belga y sueco en la lucha antimilitarista, y elaboraba y justificaba un programa para esta lucha en Alemania. En el primer Congreso Internacional de la Juventud, celebrado en Stuttgart (1907), fue elegido, junto con Hendrik de Man<sup>150</sup>, Director de la Internacional de la Juventud. Inmediatamente

<sup>150</sup> En aquella época, el joven de Man era una de las esperanzas del ala radical de la Internacional. Sin embargo, en la Primera Guerra Mundial se convirtió en un nacionalista belga. Tras el derrocamiento del zar en febrero de 1917, fue con Vandervelde a Petrogrado para instar a las tropas rusas a seguir luchando del lado de la Entente. Tras la guerra se apartó del marxismo. Durante un tiempo fue profesor en Frankfurt, pero regresó a Bélgica tras la llegada de los nazis al

después, sin embargo, en octubre de 1907, fue juzgado por alta traición basándose en el panfleto mencionado, y condenado a dieciocho meses de prisión en una fortaleza. Se trataba de una alta distinción, ya que los juicios por alta traición contra socialdemócratas eran cada vez menos frecuentes. A partir de entonces, Karl ocupó también una posición especial en el partido, cuyos miembros sintieron la vitalidad de su extraordinario intelecto y su fuerte voluntad revolucionaria, y depositaron en él una confianza especial. En 1908 los obreros berlineses enviaron al prisionero de la fortaleza como su representante a ese parlamento de tres clases, la Dieta prusiana. En 1912 fue nombrado diputado del Reichstag por Potsdam-Havelland Oriental.

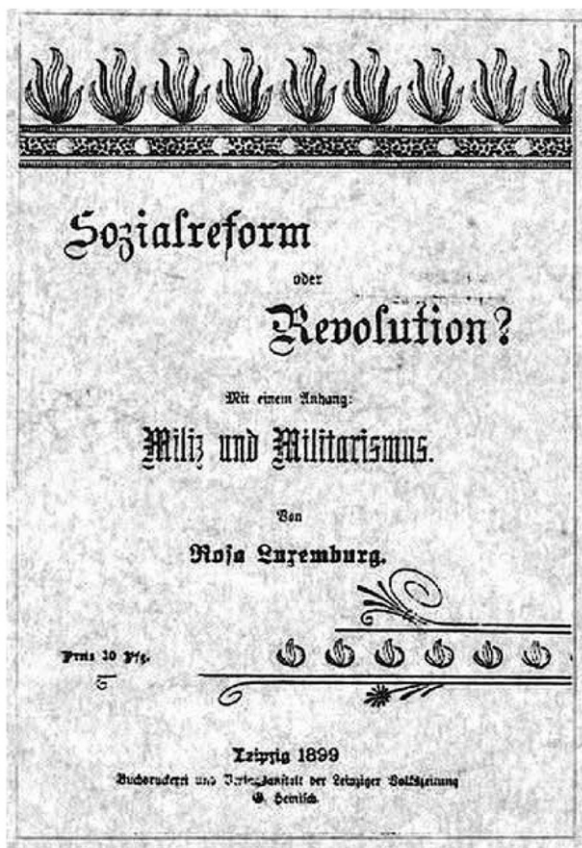
Liebknecht desarrolló una conciencia internacional más fuerte que la mayoría de los líderes del partido, lo que pronto le puso en estrecho contacto con el movimiento ruso. Fue uno de los intermediarios más importantes de los bolcheviques para su trabajo ilegal en Rusia. En 1904, junto con Hugo Hasse, prestó un gran servicio a la revolución rusa como uno de los abogados defensores en el llamado *Proceso de Königsberg*<sup>151</sup>, que el gobierno de Herr von Bülow había planeado como uno de sus servicios de esbirro para el zarismo y que se convirtió, en efecto, en una denuncia del absolutismo ante la opinión pública mundial. Ya en la década inmediatamente anterior a la Primera Guerra Mundial, sus logros superaron el nivel habitual del esfuerzo humano. Rosa Luxemburg describió su estilo de vida en una carta a Hans Diefenbach [30 de marzo de 1917]:

«Quizás sepa usted cómo ha vivido durante muchos años: prácticamente todo el día sin salir del parlamento, reuniones, comisiones, conferencias; corriendo y apresurándose, siempre listo para saltar del tren de cercanías al tranvía, y del tranvía a un coche; todos los bolsillos llenos de blocs de notas, los brazos llenos de los últimos periódicos que, por supuesto, nunca encuentra tiempo para leer; el cuerpo y el alma cubiertos de polvo de la calle, y, sin embargo, siempre con una sonrisa amable y juvenil en la cara.»

poder. Se convirtió entonces en un firme defensor de las políticas económicas planificadas, y llegó a ser Ministro y Presidente del Partido Obrero Belga. Aunque siguió siendo miembro de este partido, mostró tendencias cada vez más fascistas y colaboró con los nazis tras la ocupación de su país. Tras la guerra fue condenado *en rebeldía* a cadena perpetua por alta traición, pero más tarde fue amnistiado. En 1952 murió en un accidente en Suiza.

<sup>151</sup> El principal acusado en este juicio fue Otto Braun, el posterior Ministro Presidente de Prusia [durante la República de Weimar]. La acusación era por intento de alta traición, lenguaje insultante contra el zar y asociación con sociedades secretas ilegales, delitos que supuestamente se habían cometido contrabandeando escritos revolucionarios a través de la frontera rusa. Los principales acusados fueron absueltos y varios coacusados condenados a cortas penas de prisión.

De hecho, nunca parecía cansarse, pues además de todo esto, ya fuera hablando en reuniones, haciendo trabajo de oficina o actuando como abogado defensor en los tribunales, aún podía pasarse noches enteras debatiendo y bebiendo alegremente con los camaradas. Y aunque a veces el polvo de la calle le cubría el alma, no podía sofocar el genuino entusiasmo que impregnaba todas sus actividades. Era esta devoción a la causa, este temperamento apasionado y esta capacidad de entusiasmo lo que Rosa valoraba. Reconocía en él al verdadero revolucionario, aunque a veces discreparan en detalles de la táctica del partido. Trabajaron juntos y se complementaron muy bien, sobre todo en la lucha contra el militarismo y el peligro de guerra. Mientras que Rosa dio a la lucha su base teórica, Karl fue sin duda el líder en la acción. A partir de los últimos años antes de la guerra, iban a estar hombro con hombro, hasta la muerte.



## 10. Como una vela que arde por ambos extremos

### La mujer

Se acercaba la primera de las grandes catástrofes profetizadas por Rosa Luxemburg ya en el debate Bernstein. Diez años antes había saludado la revolución “tan alegremente como un héroe camino de la victoria”. Ahora, sin embargo, lo que le esperaba no era la lucha final por la liberación que tanto esperaba y anhelaba, sino un gran baño de sangre de los pueblos, para el que estaba preparada, pero que temía y detestaba. Y en lugar de que las masas se elevaran a las alturas del heroísmo en la causa de su propia emancipación, las vio engañadas, humilladas y arrastradas al matadero por la causa más bárbara. Comenzó para Rosa un tiempo de grandes pruebas y graves sufrimientos físicos y mentales, que exigían el compromiso de todas sus fuerzas. Consiguió desafiar a la desgracia. Aunque su salud era más frágil que nunca, estaba en la cumbre de sus facultades intelectuales. Su gran talento había madurado. El trabajo político nunca había sido para ella tan duro como para otros, que lo abandonaban apáticos e indiferentes. Había conservado su resistencia. Lejos de empañar la piedra preciosa de su carácter, sus experiencias le habían dado un pulido fino, y ahora iba a brillar con el mayor resplandor.

Durante años, su carácter fue distorsionado por el odio en lugar de ser halagado por el favor. Para sus enemigos era la “Rosa sangrienta”, y se encontró con la hostilidad de todos los sectores, desde los defensores a ultranza del beneficio capitalista hasta los que se dignaban mostrar su simpatía por sus pobres hermanos proletarios recogiendo en su nombre las migajas que caían de la mesa del gobernante, aunque en un momento dado podían ser suficientemente revolucionarios cuando se trataba del pasado remoto y de países lejanos, mientras que seguían considerando cualquier alteración del orden establecido de las cosas en su propio tiempo y país como anarquía criminal y nada más. Periodistas y caricaturistas metieron en la cabeza de sus lectores una imagen distorsionada de Rosa Luxemburg como una arpía, una incendiaria<sup>152</sup> [*Pétroleuse*];

<sup>152</sup> *Pétroleuses*: es el término francés utilizado para designar a las mujeres acusadas de haber provocado incendios con petróleo en 1871: sobre estos incendios históricamente se discutió largamente, no obstante, la consulta de los documentos oficiales de los juicios realizados por las autoridades de Versalles revela que estas acusaciones son infundadas, pues ninguna *communard* fue realmente condenada como incendiaria. Esta es una imagen creada por la burguesía reaccionaria, para la cual las *communards* eran mujeres misóginas enloquecidas, golfas sanguinarias y fanáticas incendiarias que, en los últimos días de la Comuna, con sus hijos inocentes sobre los hombros, habrían incendiado grandes predios de París. Con esta invención, la burguesía intentó esconder lo que realmente ocurrió, o sea, que decenas de miles de proletarios, mujeres y niños fueron masacrados en un mar de sangre, presos, y deportados en condiciones inhumanas.» *Las Pétroleuses: las mujeres que “incendiaron” la Comuna*. Laura Sguazzabia

y en los críticos meses revolucionarios de 1918-19 tal sugestión de masas se intensificó hasta un grado de histeria, creando así una atmósfera propicia para el asesinato de Rosa y Karl. No hay ni una palabra, nada de lo que Rosa escribió jamás podría justificar en lo más mínimo la cruel imputación hacia ella, a menos que uno pudiera reprocharle el haber expresado la simple verdad de que todo gran progreso histórico ha tenido que pagarse a un alto precio.

Cuando, después de su muerte, se publicaron sus cartas desde la cárcel, se produjo un vuelco en la opinión pública. Hubo muchos testimonios y auto-acusaciones de hombres y mujeres que ahora confesaban su profundo arrepentimiento por haber sido cómplices, aunque fuera indirectamente, de su asesinato, ya que en aquel momento se habían sentido gratificados por la noticia y ahora veían hasta qué punto habían sido engañados. Sin embargo, cualquier juicio sobre ella basado únicamente en estas cartas sería unilateral y, por tanto, erróneo. En ellas, la mujer sensible y artista casi oculta a la revolucionaria, pero es en este lado revolucionario de su carácter donde se revela toda la medida de su grandeza.

Físicamente no estaba hecha para el papel de heroína. Era pequeña y no muy proporcionada. Debido a su enfermedad de cadera en la infancia, caminaba desgarradamente. Sus afilados rasgos faciales eran marcadamente judíos: un rostro que denotaba una audacia y una determinación inusuales. Provocaba una respuesta inmediata, que repelía o fascinaba a la gente. Todo el mundo percibía la fuerza de su personalidad. En la conversación, su rostro reflejaba la gama de sus cambiantes impulsos y sentimientos, desde la meditación sincera hasta la alegría desenfadada, desde la simpatía y la amabilidad hasta la aspereza y el sarcasmo. Su frente era alta y bellamente perfilada, y alrededor de sus elocuentes labios se dibujaba a veces una línea de profunda melancolía. Sus ojos grandes, oscuros y brillantes dominaban todo su rostro. Eran muy expresivos, a veces escrutadores y penetrantes, a veces pensativos, a veces alegres o centelleantes de excitación. Reflejaban un intelecto siempre alerta y un alma indomable. Su voz era fina y resonante, y hablaba con claridad, con vocales puras y consonantes bien articuladas. Su dominio de la lengua alemana era absoluto, lo que le permitía expresar los matices más sutiles. Hasta el final de su vida conservó un ligero acento polaco, que daba carácter a su voz y añadía un toque especial a su humor. Como era sensible a los estados de ánimo de los demás, sabía cuándo callar y cuándo escuchar, así como hablar de las cosas triviales de la vida de forma natural, realista y animada. Todo esto hacía que cada momento privado con ella fuera un regalo especial.



Sin embargo, no era pródiga en tales regalos, excepto quizá con los niños, con los que era muy expansiva. Todos los niños de la calle donde vivía la conocían y la querían como a una amiga especial, y con los hijos de Kautsky podía retozar y jugar casi como si fuera uno de ellos, dedicándose a sus juegos con solemne seriedad y celo. Pero entre las personas que no pertenecían a su círculo íntimo de amistades solía mostrarse fría y reservada. Tal vez fuera para salvaguardar su libertad de acción en el caso de personas políticas con las que algún día pudiera tener tratos.

Sin duda, su distanciamiento se debía, al menos en parte, al gran valor que concedía a la amistad. No consideraba amiga a una persona antes de conocerla a fondo; y sus amistades no se basaban tanto en una completa armonía de opiniones políticas, como se ha afirmado, sino en el carácter. Cualquier duda que surgiera a este respecto conducía inevitablemente a una ruptura. Así, en el movimiento polaco, además de Leo Jogiches, sólo parece haber estado realmente unida a Julian Karski y Adolf Warski. Aunque Karl Radek era quizá el más dotado de sus discípulos (y de Leo), ella le mantuvo deliberadamente a distancia porque cierto cinismo bastante ostentoso que él adoptaba la repugnaba. En las cuestiones más importantes relativas a Rusia, estaba de acuerdo con Trotsky, pero no tenía una relación personal con él. Con Lenin, en cambio, se peleaba a menudo y se enfadaba amargamente, pero siempre le tuvo en la más alta estima. En el punto álgido de las luchas entre las facciones rusas, cuando hervía de rabia contra los bolcheviques, aún podía ensalzar a Lenin como un revolucionario de voluntad realmente fuerte, libre de toda afectación, y un hombre con el que siempre era un placer discutir. Y luego estaba Jaurès, el líder socialista francés: en todo el campo socialista uno difícilmente podría pensar en un antagonismo más agudo que el que existía entre su punto de vista y el de ella, y sin embargo ella siempre se sintió atraída por su poderosa personalidad. Cuando le atacaba, incluso cuando se burlaba de él, siempre se dejaba llevar por sus sentimientos de camaradería. Lo que valoraba en él salió a relucir una vez que escribió a Sonja Liebknecht sobre Rodin: «Debía de ser un hombre espléndido: franco y natural, rebosante de calidez e inteligencia; me recuerda forzosamente a Jaurès». Su juicio sobre el carácter humano distaba mucho de ser estrecho. Podía ser indulgente y pasar por alto las debilidades personales, incluso entre sus amigos. A éstos, sin embargo, les exigía sinceridad incondicional de carácter y principios políticos. Por eso sólo se relacionaba con unos pocos. En Alemania eran, sobre todo, Bebel, Mehring, Karl y Sonja Liebknecht, Mathilde Wurm, Marta Rosenbaum y varios artistas; mantenía lazos de amistad especialmente íntimos con la familia Zetkin, el joven médico Hans Diefenbach y los Kautsky.

Fue en este pequeño círculo donde se soltó por completo. A cada uno de sus amigos les ofrecía una gran comprensión, respondiendo a las necesidades individuales y aportando la riqueza de su carácter, ya fuera consuelo, inspiración, ánimo o alegría. Pero tenía una lengua afilada y un ingenio mordaz, y los utilizaba sin reparos. En una ocasión salió a pasear con Clara Zetkin y, enfrascadas en una discusión, se adentraron en la zona de peligro de un ejercicio militar con rifles. Más tarde, ambos fueron a casa de los Kautsky, donde estaban reunidos los “Padres del Partido”. El incidente fue relatado entre considerable diversión y especulaciones sobre las trágicas consecuencias que el episodio podría haber tenido si... Bebel intentó redactar un epitafio para las dos mujeres “asesinadas a tiros”, pero cuando se enredó en todos los superlativos, Rosa le interrumpió con el seco comentario de que simplemente debía escribir: «Aquí yacen los dos últimos hombres de la socialdemocracia alemana». El anciano reaccionó como si le hubieran dado un puñetazo en la nariz. En general, sin embargo, sus comentarios cáusticos se tomaban con más ligereza, sobre todo porque no se privaba de hacerlos a su costa. En tan íntima compañía, el ambiente era en general alegre y a veces exaltado casi hasta el exceso. La política no era su único interés: Rosa amaba la música y le gustaba cantar, en particular los *Lieder* de Hugo Wolf y las arias de Mozart. También le gustaba hablar de literatura. A veces podía soñar y entregarse al ensueño, pero tanto si hablaba en serio como si bromeaba, si era intelectual o juguetona, era capaz de crear una chispeante y efervescente atmósfera que envolvía a todos los que la rodeaban.

Al mismo tiempo, era una erudita seria y exigente, trabajadora, aunque sin la pedantería que a menudo se asocia con los académicos de las torres de marfil que se sumergen en los detalles de su tema y se vuelven ciegos a todo lo demás, a las realidades de la vida misma. Su naturaleza no tenía nada del fáustico exaltado en la literatura alemana; al menos, nada en el sentido de que los espectros del pasado no la perseguían, y no tenía necesidad de lidiar con inhibiciones y dudas espirituales. Pero sí tenía algo en común con Fausto: la necesidad imperiosa de comprender la vida, la búsqueda del conocimiento universal y la euforia del esfuerzo creativo. En todo momento hay que ser “cada vez más humanos”. Y su talento le permitió conquistar campos lejanos. La política y las ciencias que se ofrecieron como herramientas –economía e historia– no fueron suficientes para ella. Sin embargo, trabajó sin descanso para dominarlas, no sólo por sentido del deber, sino con el deseo de investigar a fondo todo el proceso de desarrollo social. También estudió geología y etnología, y sus especialidades favoritas eran la botánica y la ornitología. No se interesaba por estas ciencias, sino que se dedicaba a ellas con una auténtica pasión intelectual que le hacía olvidar todo lo demás, a

veces durante semanas e incluso meses. En la primavera de 1917 [30 de marzo] escribió a su amigo Hans Diefenbach:

«Cuánto me alegro de haberme lanzado a la botánica hace tres años, y de haberlo hecho con mi habitual ardor total, con mi habitual yo total, de modo que perdí todo interés por el mundo, la fiesta y mi trabajo, y una sola pasión me consumió día y noche: vagar al aire libre por los campos primaverales, recoger un puñado de plantas, y luego ordenarlas en casa, identificarlas y anotarlas en mis cuadernos. Pasé toda la primavera como si tuviera fiebre. ¡Cuánto sufría cuando me sentaba largo rato delante de una nueva plantita y no podía reconocerla ni clasificarla! En varias ocasiones estuve a punto de desmayarme, de modo que Gertrud se enfadaba y amenazaba con “quitarme” todas las plantas. Pero ahora me siento como en casa en este imperio verde, que he conquistado yo misma, por asalto y con pasión, y las cosas que aprehendes con tanto ardor echan raíces firmes en ti.»

A veces sus impulsos artísticos se apoderaban de ella de la misma forma apasionadamente exclusiva. Desde su infancia había hecho bocetos a lápiz y bolígrafo de animales, paisajes y retratos. De repente, sintió el deseo de pintar al óleo, por lo que se lanzó a la pintura al óleo y superó las dificultades técnicas sin que nadie le enseñara. Los pintores profesionales se asombraron del talento y el instinto artístico que revelaba su obra. En 1909 pintó un autorretrato, de un realismo descarnado, que demuestra una buena habilidad, aun a pesar del uso de colores chillones.

En todas estas actividades, como en la política, se manifiesta su incontenible energía, su afán por zambullirse en la vida, por vivirla al máximo, su necesidad de profundizar en los aspectos más polémicos. Quiso que su vida estuviese impregnada de creatividad, impulsar a los relegados y a los rezagados. La vida resonaba en ella como en Victor Hugo:

*Dans la tête un orchestra*

*Et dans l'âme une lyre.*

[*En la cabeza una orquesta*

*y en el alma una lira]*

Si el camino de la política le hubiera estado vedado, lo más probable es que se hubiera convertido en poeta. Sin duda, sus versos de la infancia surgieron de un impulso interior de expresión que buscó una salida apasionada una y otra vez a lo largo de su vida. Su primer artículo, un llamamiento para el Primero de Mayo, fue rechazado por Leo, porque inconscientemente ella lo había convertido en un

verso de ritmo bien medido. No sería de extrañar que, aún hoy, se descubrieran en algún lugar poemas desconocidos suyos, pues sentía una fuerte inclinación hacia la lírica. Sus cartas lo demuestran; muchas de ellas son pura poesía, sobre todo las escritas en la cárcel, cuando, hambrienta de los placeres de la vida, los buscaba y los encontraba en sus recuerdos. Pinta un cuadro tras otro; con unas pocas líneas recrea un paisaje ante nuestros ojos. Describe acontecimientos cotidianos e insignificantes con tal vitalidad cromática que el carretero, el vendedor de periódicos, la vieja vendedora del mercado, la floristería de enfrente e incluso los décimos de lotería expuestos en el escaparate del estanco nos hablan en un lenguaje familiar; respiramos el aire polvoriento y caluroso de un día de verano y experimentamos en todo ello el placer de un poema que celebra alegremente la vida. Y es capaz de describir gráficamente el sufrimiento de todas las criaturas del mundo con palabras profundamente conmovedoras. Sin embargo, sobre su propio sufrimiento no puede decir nada; a lo sumo consigue balbucear algunas palabras a sus amigos más íntimos. Pasa por alto su propio dolor en silencio.

No pudo desarrollar plenamente algunos de sus otros talentos, porque la actividad política y la investigación académica exigían casi siempre el compromiso de todo su ser. Así, una y otra vez son sus cartas desde la cárcel, durante las pausas en la lucha, las que muestran sus fuerzas y recursos ocultos. A cada paso se le ocurren ideas que merecen ser trabajadas: paralelismos históricos, características de los distintos periodos culturales, juicios sobre la poesía y los poetas, la música y los compositores, esbozados en pocas líneas, pero brillantes y profundos. Quería que el ensayo histórico y literario, cuyos maestros se encontraban en las tradiciones literarias inglesa y francesa, se convirtiera en una forma establecida también en la literatura alemana, y su amigo Diefenbach, buen conocedor de la literatura y excelente estilista, la animó a probar suerte en este campo. El ensayo debía ser «un retrato de la vida o de una época, esbozado en pocas líneas [...] que puede ser, al mismo tiempo, una experiencia realmente plena y encantadora»; tenía que estar impregnado de “gracia intelectual” y esbozado «con unas pocas pinceladas, artísticamente seleccionadas, que estimulen la fantasía del lector. Al igual que cuando las personas inteligentes se comunican en privado, las insinuaciones suaves son más agradables que el lenguaje burdamente contundente».<sup>153</sup>

De hecho, Rosa Luxemburg elaboró un ensayo de este tipo, el preámbulo de su traducción de las memorias de Wladimir Korolenko. Allí hizo revivir a Korolenko:

<sup>153</sup> Rosa Luxemburg, *Briefe an Freunde*, p. 103.

«un poeta sensible, al que le persigue toda su vida una experiencia infantil en un bosque susurrante, un paseo de niño en un atardecer oscuro por un campo desolado, un cuadro de paisaje con todos los matices de luz y sombra y de atmósfera; para quien el faccionalismo político en realidad sigue siendo siempre algo extraño y repulsivo.»

Continuó relatando cómo tuvo que pasar una década en el exilio y cómo finalmente dedicó su vida a la lucha contra la pobreza y la injusticia social, contra la corrupción y la opresión. A continuación, puso a Korolenko en un lugar destacado, con el telón de fondo de un monumental esbozo de la literatura rusa desde Pushkin hasta Gorki. Como era de esperar, recurrió a su visión marxista del mundo, revelando cómo el contraste entre la literatura rusa y la occidental contemporánea surgió de las diferentes condiciones sociales. Expuso todas las ideas místicas que durante mucho tiempo habían proliferado en las críticas europeas occidentales de la literatura rusa por lo que eran. Lejos de enturbiar la cuestión, su ensayo es una presentación clara, que hace igualmente inteligibles a los artistas, sus obras y su entorno social. Esta es la prueba de que el marxismo no es en absoluto el burdo modelo que sus oponentes hacen pasar por tal; en manos de un maestro se convierte en un instrumento para descubrir las fuerzas motrices de la creatividad artística y para producir una conciencia del poder moral del arte.

Además, para Rosa Luxemburg, la crítica estética no era un mero etiquetado o un juicio apresurado según criterios políticos:

«Los términos estereotipados como “reaccionario” o “progresista” siguen significando poco en el arte. Dostoievski, sobre todo en sus últimos escritos, es un reaccionario declarado, un místico grotesco que odia a los socialistas. Sus retratos de los revolucionarios rusos son caricaturas maliciosas. Las enseñanzas místicas de Tolstoi, al menos, sólo juegan con las tendencias reaccionarias. Y, sin embargo, las obras de ambos escritores tienen un efecto estimulante, edificante y liberador sobre nosotros. La conclusión es la siguiente: no es que su punto de partida sea reaccionario; no es que el odio social, la estrechez de miras, el egoísmo consciente de las castas y la adhesión al orden existente dominen sus pensamientos y sentimientos, sino todo lo contrario: están motivados por un amor ilimitado a la humanidad y un profundo sentimiento de responsabilidad por la injusticia social. De hecho, para un verdadero artista, la medicina social que prescribe es de importancia secundaria: es la fuente de su arte, su espíritu animador, y no el objetivo que se fija conscientemente, lo que tiene una importancia primordial.»<sup>154</sup>

<sup>154</sup> Rosa Luxemburg, *Introducción a Wladimir Korolenko, op cit*, p. 9 y ss.

Según ella, la fuente de poder del arte ruso, que, armado como Atenea, salió a la luz y dominó el campo durante un siglo, fue la lucha contra la oscuridad, la barbarie y la opresión. En su prefacio a la autobiografía de Korolenko, y en sus escritos sobre Tolstoi, Gorki y otros, analizó y presentó la esencia de este arte de forma magistral.

Había en Rosa Luxemburg, en su agudo intelecto, en su energía sin límites, en su intrepidez, en su confianza y asertividad, cualidades por entonces solo atribuidas a los hombres. Sin embargo, no tenía nada en común con esas criaturas nerviosas que interpretan el ‘papel de hombre’. De hecho, como no podía ser otra cosa que completamente natural, era toda una mujer. Ella misma consideraba que una mujer, como personalidad, no era la llamada “mujer sobresaliente”, sino “un corazón lleno de bondad y fuerza interior”. Y aunque esta no es una descripción exhaustiva de su carácter, esto es lo que ella era completamente. Con toda su fuerza, era tierna y simpática, sensible y servicial. Y a veces la embargaba el deseo de abandonar por completo el ajetreo de la lucha política. «Debe haber alguien que me crea cuando digo que caí en el remolino de la historia del mundo por pura casualidad, y que en realidad nací para cuidar gansos.»<sup>155</sup>

Tampoco sintió que su destino fuera acechar el escenario como una “gran mujer”. Jugaba y jugueteaba con desenfreno. En una ocasión se disfrazó de geisha y asistió a un baile de máscaras con buenos amigos. Apreciaba mucho el buen gusto literario, y sin embargo no dejaba de devorar media docena de novelas de suspenso, una tras otra. En cuanto a su moral, era liberal y de mente abierta, pero a veces salían a la luz prejuicios inofensivos y anticuados. La generación más joven se sorprendía y se alegraba de tener la oportunidad de sonreírle al menos una vez.

<sup>155</sup> Rosa Luxemburg, *Briefe an Karl und Luise Kautsky*, op. cit., p. 156.

## La militante

La carta desde la prisión que sin duda ha causado la impresión más profunda es una en la que habla del búfalo que fue arrastrado a Alemania como botín de guerra, quebrado al yugo y maltratado vergonzosamente ante sus propios ojos:

«Oh, mi pobre búfalo, mi pobre amado hermano, ambos estamos aquí tan impotentes y reducidos a la apatía; estamos unidos en nuestro dolor, impotencia y anhelo...»

A esto se suman las experiencias con otras pobres criaturas: mariposas medio congeladas que pone a la cálida luz del sol; y un escarabajo pelotero atacado por hormigas voraces, al que tiene que liberar de sus torturadores sólo para atormentarse ella misma con la sensación de que lo ha condenado a una muerte aún más lenta y dolorosa.

Una y otra vez irrumpe su simpatía por todas las criaturas que sufren, por el hombre y la bestia. Está más desarrollada en ella que en la mayoría de las personas; es una capacidad de profunda empatía con el dolor de los demás, de compartir directa y físicamente el sufrimiento con ellos, y la conmueve hasta lo más profundo. De esa compasión han surgido los grandes filántropos de todas las épocas. Siempre estaba dispuesta a ayudar y, cuando era necesario, a hacerlo con rapidez, pero sabía muy bien que lo que podía hacer no eran más que gotas en el océano. Y en la angustia del individuo nunca olvidó la miseria del mundo:

«¿Recuerdas el informe del Gran Estado Mayor sobre la expedición de Trotha<sup>156</sup> en el desierto de Kalahari? Y el traqueteo de los moribundos y los gritos delirantes de los hombres reseco resonando en la “majestuosa quietud del infinito”. ¡Oh! esa “majestuosa quietud del infinito”, en la que tantos gritos han resonado *¡sin ser escuchados!* Suena tan fuerte en mí que no puedo tener un rincón especial en mi corazón para el gueto: me siento en casa en el mundo entero, dondequiera que haya nubes y pájaros y lágrimas humanas.»<sup>157</sup>

<sup>156</sup> El informe del Estado Mayor trata de la campaña alemana de exterminio del pueblo Herero en el África sudoccidental alemana [Namibia] (1904-07). Los hereros fueron expulsados al desierto de Kalahari, donde todos ellos –hombres, mujeres y niños– murieron de sed.

<sup>157</sup> Rosa Luxemburg, *Briefe an Freunde*, *op cit*, p. 49. De una carta a Mathilde Wurm.

En su introducción a la autobiografía de Korolenko, Rosa Luxemburg se refirió con todo detalle a los sentimientos de “solidaridad con la miseria de las masas” y de “responsabilidad social” que se extendían por todas partes, siempre conmovió a los grandes escritores rusos. Y puede que se refiriera a sí misma cuando dijo de la literatura rusa: «Con desesperada fuerza sacudió las cadenas sociales y políticas de la época, lastimándose a sí misma y pagando honorablemente el precio de la lucha con la sangre de su corazón». Tal vez tuviera en mente la experiencia de sus propias luchas interiores cuando buscó el origen de la decadencia literaria de Leonid Andreyev en una «superabundancia de compasión social bajo la cual la capacidad de acción y resistencia se rompe inevitablemente». Su propia determinación y energía eran iguales a su solidaridad con las desgracias de las masas; la impulsaba una necesidad imperiosa de llegar al fondo de los fenómenos sociales, y nunca se acobardó ante las consecuencias finales de sus descubrimientos. Estos fueron los elementos de su militancia que la convirtieron en revolucionaria.

Estos elementos se entrelazaban y se manifestaban no sólo en sus orígenes y en sus ideas, sino también en todas sus actividades revolucionarias. En 1918, en plena tormenta revolucionaria, no olvidó cumplir una promesa hecha a sus compañeros de prisión apolíticos, y pidió públicamente que se aliviaran sus sufrimientos y se aboliera la pena de muerte (en *Rote Fahne*, diciembre de 1918), estableciendo así su norma rectora como luchadora revolucionaria:

«La actividad revolucionaria incesante, unida a una humanidad sin límites, es la verdadera fuerza vital del socialismo. Un mundo debe ser derribado, pero cada lágrima que ha corrido y que podría haber sido enjugada es una acusación; y un hombre que se apresura a realizar una gran hazaña y que pisa incluso un gusano por descuido insensible comete un crimen.»

Al mismo tiempo, sabía muy bien —mejor que los operadores del partido— que lo que estaba en juego en la actividad política era la vida y la felicidad humanas, y que la lucha exigiría resolución. Nunca eludió ninguna necesidad derivada de una tarea política si ello acertaba el camino hacia el objetivo final y evitaba sufrimientos aún mayores. Siempre fue muy consciente de su propia responsabilidad ante el pueblo, pero nunca intentó escudarse en ella, huir de las luchas necesarias y persuadir a las masas esclavizadas de que su yugo habitual era más ligero que los sacrificios que tendrían que hacer para quitárselo de encima. Para ella, la responsabilidad era el imperativo de la acción: era la disposición a tomar las decisiones necesarias; a mirar, pero también a saltar; y con férreo autocontrol a exigir sacrificios a los demás y a sacrificarse uno mismo por la causa. La serena



certeza de que su sentido de la responsabilidad nunca dejaría de guiarla era una de las raíces de esa firme confianza que suscitaba asombro (y a veces consternación) en todos los que estaban cerca de ella.

Esta firme convicción de su propio valor la impulsó a alcanzar logros aún mayores. Estaba unida a la pasión con la que se lanzaba a cada tarea y que latía en su trabajo político de principio a fin. Pero a pesar de la intensidad del fuego que ardía en su interior, Rosa Luxemburg era ante todo una mujer de pensamiento y voluntad. Su corazón estaba disciplinado por su cabeza: todas sus decisiones políticas tenían que ser defendidas ante el tribunal de la razón y justificadas teóricamente antes de ser llevadas a la práctica. Pensamiento y acción formaban una unidad indisoluble. Nunca descansó hasta que fue capaz de encajar todas las observaciones y experiencias del día en una imagen coherente del desarrollo social en su conjunto. Esto la obligó una y otra vez a profundizar en la confusa variedad de fenómenos y a buscar las contradicciones simples y básicas de la sociedad que operaban en la historia, para poder situar todos los factores aparentemente fortuitos de tiempo y lugar en la perspectiva adecuada. No se aferraba a ningún dogma, sencillamente porque tenía que comprender cosas que estaban en un estado de flujo, cambio y desarrollo continuos, y no daba por sentada ninguna afirmación, juicio o regla táctica, sólo porque hubiera sido válida alguna vez.

Para Rosa Luxemburg, el socialismo no era sólo una esperanza, sino el objeto fijo de una tremenda voluntad de acción. Por tanto, estaba preparada para aceptar cualquier consecuencia, por extrema que fuera, una vez que la reconocía como lógica e inevitable. Incluso cuando estas consecuencias podían ofenderla, nunca se le ocurrió 'dejar pasar el asunto'. En su pensamiento no había lugar para las concesiones, ni para el conflicto entre su trabajo teórico y su acción práctica.

Sólo esta actitud, fruto de una férrea autodisciplina, bastaba para hacerla muy superior a la mayoría de sus compañeros de armas. Además, poseía un poder visionario inusual. Lo puso al servicio del pensamiento marxista, pero al mismo tiempo lo dejó avanzar con audacia desenfrenada. Era la fuente de ese realismo creativo del que hacía gala una y otra vez, y también la razón por la que a menudo se la consideraba una soñadora. Lo que enseñaba parecía a menudo contradecir la realidad, porque no coincidía con los hechos tangibles del momento. Su teoría de la acumulación capitalista fue vehementemente atacada no tanto porque condujera a conclusiones políticas inoportunas, sino porque sus oponentes no tenían suficiente capacidad de razonamiento para pensar más allá del periodo contemporáneo de prosperidad capitalista.

La estrategia política a gran escala es imposible sin visión de futuro. Al igual que los grandes estrategas de la lucha de clases –Marx, Engels, Lenin, Trotsky–, se vio obligada a actuar como profeta una y otra vez; y, como ellos, sus predicciones a veces resultaron equivocadas, ya que nadie puede comprender y calcular correctamente todos los elementos del desarrollo futuro. A veces también se dejó llevar por la impaciencia revolucionaria. Sin embargo, cuando se examina cada caso en su justa medida, por lo general resulta que en el terreno más elevado de sus conocimientos, pasó por alto los desvíos, los giros y las vueltas en el camino del desarrollo, y divisó el objetivo final más cerca de lo que realmente estaba. Los fenómenos esperados, los conflictos de clase, etc., a veces no llegaban a madurar, porque nuevos factores modificaban el proceso histórico; sin embargo, al final, bajo nuevas condiciones, estallaban, y con más fuerza de la que jamás se hubiera podido imaginar. Esto sucedió con bastante frecuencia, demostrando así el triunfo de sus ideas fundamentales sobre las fuerzas motrices de la historia.

La tensión intelectual suponía para ella un deleite y una necesidad vital. La mayor exaltación de la vida era la lucha y, sobre todo, la lucha intelectual. Casi todos sus escritos son de naturaleza polémica. Incluso cuando estaba investigando un problema sentía la necesidad de encontrar un adversario a quien refutar y derrotar. Ella no precisaba la advertencia: «¡Hay que hacer las cosas con alegría...!» La alegría de la batalla era siempre suya en el estruendo de la polémica. La alegría de combatir proporcionaba siempre un timbre claro a sus palabras, y a ella, la superioridad moral. Siempre que tenía al contrario ante su afilada espada, brotaban de su espíritu las chispas más brillantes. Los más fuertes, los que, a su vez, eran luchadores, admiraban su arte, aunque hubiesen sido derrotados. Aquellas robustas almas del movimiento socialista, que ya eran veteranas en la lucha, no podían sino admirar su habilidad con la espada, incluso cuando eran las víctimas.

Un hombre como Plejánov le rindió homenaje público –su más agudo oponente en el Congreso de Londres de la Socialdemocracia Rusa [1907]– por la pasión, el brillo y la elegancia intelectual con que había preparado un ataque contra él en su discurso. Las almas mezquinas se quejaban de «la maldad» y «la saña» de Rosa y tomaron represalias. Sin embargo, ella sólo luchaba contra las opiniones, y sólo atacaba a su oponente de forma personal cuando le parecía necesario. Al igual que Marx, podía afirmar con resignación: «quien, al reñir, critica a su enemigo, tiene carácter, pero quien, a través de una verdadera crítica, insulte a su adversario, es una persona indigna». Los elementos más fuertes de su carácter –compasión, sed de conocimiento, voluntad de hierro, espíritu militante– se fundieron en un todo armonioso en sus ideas socialistas.

En un artículo necrológico, Clara Zetkin declaró:

«En Rosa Luxemburg la idea socialista era una pasión dominante y poderosa de la mente y del corazón, una pasión consumidora y creadora. Preparar la revolución, allanar el camino para el socialismo, esa era la tarea y la gran ambición de esta mujer excepcional. Vivir la revolución, luchar en sus batallas, era su mayor felicidad. Con fuerza de voluntad, abnegación y devoción, para las que las palabras son demasiado débiles, puso todo su ser y todo lo que tenía que ofrecer por el socialismo. Se sacrificó por la causa, no sólo en su muerte, sino a diario y a cada hora en su vida, el trabajo y la lucha de muchos años. [...] Ella era la espada, la llama de la revolución.»

Como ella misma admitió, la interpretación de la confesión de Ulrich von Hutten en el poema épico de Konrad Ferdinand Meyer „*Hut tens letzte Tage*“ (*Los últimos días de Kutten*) reflejaba sus pensamientos más íntimos:

¡Mich reut die Stunde, die nicht Harnisch trug!  
 ¡Mich reut der Tag, der keine Wunde schlug!  
 ¡Mich reut-ich streu mir Asche auf das Haupt–  
 Dass ich nicht fester noch an Sieg geglaubt!  
 ¡Mich reut, dass ich nur einmal ward gebannt!  
 ¡Mich reut, dass oft ich Menschen furcht gekannt!  
 ¡Mich reut-ich beicht es mit zerknirschem Sinn–  
 Dass ich nicht dreifach kühn gewesen bin!

¡Lamento la hora en que no llevé armadura!  
 Lamento el día en que no herí a nadie.  
 Me arrepiento de haberme echado ceniza en la cabeza...  
 ¡No creer más firmemente en la victoria!  
 ¡Lamento haber sido desterrado una sola vez!  
 Lamento haber conocido a menudo el miedo humano.  
 Lamento, y lo confieso con sentimiento contrito,  
 no haber sido tres veces más audaz.

Estas líneas están grabadas en la lápida de su amigo Bruno Schönlink. En una ocasión, citándolas en una carta a su secretaria, Mathilde Jacob, expresó el deseo de que fueran también su propio epitafio. En realidad, era su deseo secreto. Sin embargo, cuando volvió a verlas en blanco y negro, rehuyó su patetismo demasiado llamativo y desechó la idea en tono irónico:

«No me tomaste en serio, Mathilde, ¿verdad? Sí, riéte de ello. En mi tumba como en mi vida no habrá frases engreídas. Mi lápida sólo tendrá dos sílabas: “tsvee-tsvee” (*zwi-zwi*). Es la llamada de los herrerillos, y puedo imitarla tan bien que vienen corriendo enseguida. Suele ser un claro sonido fino, tan brillante como una aguja de acero. ¡Pero imagínate! Desde hace unos días hay un pequeño gorjeo en este *tsvee-tsvee*, una pequeña nota en el pecho. ¿Y sabes lo que eso significa? Es el primer susurro de la primavera. A pesar de la nieve, la escarcha y la soledad, nosotros, –los herrerillos y yo–, creemos en la llegada de la primavera. Y si no llego a experimentarlo por culpa de mi impaciencia, no lo olvides: en mi lápida no debe figurar nada más que “*tsvee-tsvee*”...»<sup>158</sup>

El gran epitafio, su protesta contra él y la forma en que lo formuló son todos de Rosa Luxemburg. Perderse en la suave contemplación de la naturaleza, abrazar a la humanidad con ardor, penetrar el mundo con su intelecto, vivir la vida plenamente y acelerar su ritmo en una lucha encendida de pasión: ése era su estilo de vida. Y su lema: «El hombre debe ser siempre como una vela que arde por ambos extremos».

En su devoción por la verdad científica, en su afán erudito, en el que aunaban fuerzas su brillante intuición y su tenaz voluntad de adquirir conocimientos, así como en su idealismo humanitario, se asemeja a esa otra gran polaca que fue Marie Curie. Pero ella era interiormente más libre, más relajada y sin el ascetismo de la gran científica. Como revolucionaria, tenía la profunda sensibilidad, la naturaleza artística, el entusiasmo, la pasión, la ardiente militancia y el ilimitado espíritu de sacrificio de Louise Michel. Sin embargo, su profundo conocimiento de las condiciones de la lucha, su visión científica del mundo y su seguro instinto político la elevan por encima de la “Virgen Roja”. Los grandes talentos de su corazón y de su intelecto y una ardiente voluntad de acción se unieron en ella en una armonía plena. Nuestro siglo no volverá a verlos conjugados como en ella.

## La escritora

Los polacos que leen los escritos polacos de Rosa Luxemburg se entusiasman con su estilo literario, con su fuerza y su belleza resplandeciente, y la sitúan entre los grandes maestros de su lengua. Los alemanes que conocen mínimamente su obra en alemán lo comprenden. Ella misma, que evitaba escribir en ruso porque creía que no lo dominaba lo suficiente, siempre sintió una ligera desconfianza hacia su

<sup>158</sup> Carta a Mathilde Jacob.

alemán. Temía todo el tiempo que su polaco se colara y afectara a su estilo. Sin embargo, sus recelos no eran necesarios: escribía un alemán claro y magistral. Aparte de sus primeros escritos, sólo cierta rigidez muy infrecuente en la construcción de las frases nos recuerda que el alemán no era su lengua materna. Había asimilado el espíritu de la lengua, y todo su vocabulario le resultaba fácil de manejar; ni siquiera los modismos populares le planteaban problemas, y sabía cómo utilizarlos para dar color y fuerza a sus argumentos.

Como el martillo en la mano del artesano se convierte en una prolongación de su brazo, para ella el lenguaje formaba parte de su ser. A veces escribía frases largas y muy complicadas pero nunca sucumbió al peligro que acecha a los escritores alemanes, a saber, dejar que el hilo de las ideas se enrede en una maraña de oraciones subordinadas. Sus frases surgen de sus ideas; incluso cuando son complicadas, discurren con libertad y naturalidad y, por tanto, son claras. El gran talento propagandístico de Rosa es evidente en su prosa: nunca impone sus ideas a sus lectores; busca convencer; es sobre todo maestra, rara vez agitadora. Su manera de ver el mundo y sus problemas –siempre captando los fenómenos complejos y profundos de la vida, y en particular de la vida social, como un todo y como un proceso continuo– se revela en sus escritos. Sin embargo, su presentación nunca es pedante. Siempre resuena en ella el eco de la realidad, y siempre se percibe el temperamento ardiente y enérgico de la autora.

El desarrollo de su estilo muestra la autodisciplina de la artista. Al principio es colorista, brillante; más tarde la forma se vuelve “muy sencilla, sin ninguna coquetería”, como ella misma describió una vez en su *Anticrítica*, escrita en 1915, a su amigo Hans Diefenbach. En la misma carta [8 de marzo de 1917], escribió con evidente placer sobre la “herejía” que era ahora su gusto y que «valoro lo simple, lo tranquilo y lo grandioso tanto en el trabajo científico como en el arte, y por lo tanto, por ejemplo, ahora encuentro el tan elogiado primer volumen de *El Capital* de Marx un horror debido a su sobrecarga de ornamentos rococó en el estilo hegeliano»<sup>159</sup>. Es probable que ella misma tuviera que luchar siempre contra la tentación de sobrecargar su estilo de ornamentación. Su vivo intelecto podía hacer fácilmente asociaciones complejas y sorprendentes, y evocar un torrente de imágenes verbales, pero se mantenía a en la línea de coherencia gracias al tacto artístico. Además, pensaba a menudo en agudas antítesis, pero nunca las presentaba en esa forma antitética que tiene el efecto de fuegos artificiales crepitantes, brillantes, pero también cegadores.

<sup>159</sup> *Cartas a los amigos, op. cit.*

Como la mayoría de los grandes estilistas, adoraba los contrates, la palabra-imagen; encajaba en el flujo de sus ideas con la misma facilidad con la que le venía a la mente mientras las formaba. Sobre todo, le servía para la polémica, porque descubría rápidamente los puntos débiles de sus oponentes y siempre tenía a mano las armas del ingenio y la ironía. Sus escritos estaban repletos de estos recursos por ejemplo, cuando hablaba del político burgués cuyo destino era «encontrarse una y otra vez agarrado sólo a la borla de su gorro de dormir cuando siempre cree que está agarrado a la estrella más brillante». Sus imágenes respiran vida, están bien pulidas y son completas. Por lo general, culminan en un punto que, o bien se enciende como un signo de exclamación deslumbrante, o bien se apaga como un suspiro irónico que se desvanece. Así, una vez concluyó una descripción del desenlace de la tragicomedia política del episodio Millerand con la siguiente frase: «E incluso las moribundas lámparas de gas del auditorio empezaron a oler bastante mal». Toda la atmósfera del fiasco está ahí; y el cuadro se convierte en plástico y tridimensional cuando, en sus palabras finales, muestra cómo Jaurès persistía en tocar las viejas melodías optimistas de los primeros días del ministerialismo socialista, incluso cuando los sueños florecientes habían sido destrozados hacía tiempo por el granizo de la experiencia:

«Las melodías de Jaurès son ya como las viejas arias de las óperas de Verdi: antaño, en la soleada Italia, estos gorjeos estaban en boca de todos los alegres aprendices de zapatero de ojos oscuros como la promesa de la primavera de un pueblo, pero ahora chirrían con espantosa monotonía desde el mecanismo muerto de un organillo: *¡Tempipassati!* El propio organillero mira al espacio con aire de aburrido distraído mientras gira la manibela. Y vemos que es sólo la mano experta la que lo mueve; falta el espíritu.»<sup>160</sup>

Sus metáforas y alegorías siempre tienen los pies en el suelo, o casi siempre. De vez en cuando, una imagen demasiado atrevida puede fallar, pero su escritura nunca cae en picado de lo sublime a lo ridículo, como le ocurrió a menudo a ese otro gran artista literario que fue Lassalle. Fue él quien gritó una vez sobre la “Furia de los fundamentos jurídicos rotos” (*Erinye des gebrochenen Rechtsbodensy*). Ella era inmune a tales absurdos. No sólo tenía el tacto del que tan a menudo carecía Lassalle, sino que también odiaba todo lo que oliera a patetismo. Sólo la monumentalidad del relato de un hecho chocante tras otro confiere a su estilo patetismo y una nota profundamente conmovedora. Y cuando los acontecimientos son tan violentos y la tragedia tan aplastante que el patetismo se impone, recurre a la disonancia de la ironía. Sus escritos durante la Guerra

<sup>160</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke* III, p. 375.

Mundial están especialmente marcados por ella. Su *Juniusbroschüre* comienza con esta imagen:

«Se acabó el frenesí. Atrás quedó el alboroto patriótico en las calles; la caza de los automóviles extranjeros repletos de oro; el torrente de telegramas falsos; los pozos envenenados con gérmenes de cólera; los estudiantes rusos lanzando bombas a todos los puentes ferroviarios; los aviones franceses sobrevolando Nüremberg; los excesos del público olfateador de espías en las calles; la aglomeración de gente en los cafés, donde la música atronadora y las canciones patrióticas agitaban el aire; poblaciones enteras formando una chusma, dispuestas a denunciar, a maltratar a las mujeres, a gritar hurra; una atmósfera de asesinato ritual, un aire de Kischineff, en el que el policía en la esquina de la calle era el único representante de la dignidad humana.»<sup>161</sup>

Escribía regularmente para los periódicos, pero no era una periodista de diario. No se dejaba atar a ese yugo: día tras día, a machacar comentarios sobre discursos ministeriales, proyectos de ley parlamentarios, conflictos diplomáticos, etc. Casi siempre eran problemas teóricos o tácticos los que la movían a escribir. Casi siempre eran problemas teóricos o tácticos los que la movían a escribir. Sin embargo, las pocas piezas puramente periodísticas que escribió podrían encontrar un lugar en cualquier colección de obras maestras del periodismo.

Estos artículos sacaban los acontecimientos del día de su entorno “natural” y los situaban en un amplio contexto social; exponían el fenómeno aislado como un síntoma del orden social, o utilizaban una herida para ilustrar la agonía de la humanidad. Cuando el Monte Pelée, en la isla de Martinica, entró en erupción en 1902, esbozó un cuadro conmovedor de las erupciones de la política mundial que devastaron no sólo una ciudad individual, sino países enteros una y otra vez con brutal regularidad. Cuando, tras cincuenta años de tregua, la nueva legislación alemana aumentó ligeramente la protección del trabajo infantil, arrancó la máscara de la hipocresía de la sociedad que, en nombre de la familia, permitía y, de hecho, obligaba legalmente a los trabajadores de las industrias artesanales «a explotar el trabajo de sus propios hijos más que el de otros niños»<sup>162</sup>. Y durante las fiestas navideñas de 1911, más de 150 desempleados y otros marginados sociales enfermaron en los pabellones de Berlín por beber alcohol venenoso, y más de la mitad de ellos murieron. Esto la inspiró a escribir una acusación en el estilo incisivo y nítido de Swift, pero en ella su profunda simpatía por la miseria absoluta de estos parias y su odio e indignación por «un

<sup>161</sup> *Juniusbroschüre* en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften* II, p. 19.

<sup>162</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke* IV, p. 157.

orden social que da lugar a tales horrores» alcanzaron cotas de verdadero patetismo. Y, sin embargo, ni una sola palabra en todo el ensayo es exagerada.<sup>163</sup>

## La oradora

La renuncia al mero deslumbramiento por sí mismo es más clara allí donde la tentación de entregarse a él es mayor: en la oratoria. Rosa Luxemburg era una oradora fascinante, pero nunca se entregó a la mera retórica. Era cuidadosa en el uso de grandes palabras y gestos; lograba su efecto puramente por el contenido de sus discursos, aunque para ello contaba con la ayuda de una voz de tono plateado, rica y melodiosa que podía llenar, sin esfuerzo, una gran sala. Nunca hablaba con notas, y prefería caminar despreocupadamente por el estrado porque así se sentía más cerca de su público. Podía establecer contacto en unas pocas frases y, a partir de ese momento, mantenía a su público completamente bajo su hechizo. Como ocurre con todos los grandes oradores, la inspiración tenía un efecto casi visible en ella, que daba ese toque final a sus ideas y una fuerza conmovedora a sus palabras.

Nunca trató de ganarse al público apelando simplemente a su estado de ánimo momentáneo; sólo en contadas ocasiones apeló a sus sentimientos. Su objetivo era siempre que el público reconociera la verdad de lo que decía, para que ese reconocimiento condujera a la acción. Mantenía a sus oyentes gracias a la lógica ineludible de su exposición y a su capacidad para expresar la esencia de las cosas de la manera más sencilla. Nunca hablaba por encima de sus posibilidades. Una imagen cautivadora, un símil sorprendente, eran a menudo suficientes para iluminar a un público sobre un punto previamente oscuro, o para llenar de nueva vida repentina una idea que se había convertido en una fórmula rígida. Lo que sus oyentes habían percibido antes sólo vagamente se convertía en una certeza cuando ella hablaba. Las relaciones entre las cosas y los aspectos nuevos se aclaraban y se abrían horizontes más amplios. La gente se sentía elevada de la monotonía de la vida cotidiana al reino superior de las ideas. Y lo que fue realmente singular: la oradora se desvaneció casi por completo en el fondo durante el discurso. Sus ideas eran tan fascinantes que los oyentes sólo oían la voz alta y clara que las expresaba, hasta que algún comentario especialmente elocuente les sacaba del hechizo. Sin embargo, lo que fascinaba al público era la persona, la personalidad compacta que había detrás del discurso; el vigor intenso; la armonía de sentimientos, propósitos y pensamientos; la claridad, audacia y aptitud de sus ideas; y el temperamento bien disciplinado.

<sup>163</sup> *Ibid*, p. 160.



Esta personalidad salía de repente a la palestra, a la luz, por así decirlo, cuando Rosa tenía la suerte de encontrar un adversario. Con su ardor polémico a flor de piel, empleaba todo su talento y determinación para derribarlo. Aprovechaba inmediatamente los puntos débiles de su oponente, en el punto en que su lógica le abandonaba, y lo ponía en jaque con habilidad. En sus memorias de Rosa Luxemburg, publicadas en 1919 en *Der Kampf* (Viena), Max Adler se refirió al efecto de tales discursos combativos:

«En esta frágil mujercita vivía una fuerza revolucionaria indomable que, una y otra vez, a pesar de los muchos burlones y odiadores con los que también ella tuvo que lidiar, hacía que los oyentes de los congresos del partido quedaran hechizados por su temperamento ardiente, y movía incluso a sus oponentes a unirse a los ruidosos aplausos. Sin embargo, era característico de ella que su intelecto nunca perdiera el control de su temperamento, de modo que el fuego revolucionario con el que siempre hablaba también se mezclaba con una fría reflexión, y el efecto de este fuego no era destructivo, sino cálido e iluminador.»

El efecto fue, por supuesto, aún mayor en las reuniones públicas que en los congresos del partido, donde los bandos enfrentados ya estaban más o menos firmemente establecidos desde el principio y el espíritu partidista era fuerte.

El ingenio de Rosa, su presencia de ánimo y su instintiva comprensión del momento psicológico se pusieron de manifiesto con especial claridad en un incidente que tuvo lugar durante la campaña electoral de 1907. Estaba hablando sobre colonialismo y política exterior en uno de los grandes salones del distrito Hasenheide de Berlín. Estaba abarrotado. Un teniente de policía y un viejo agente ("*ein Blauer*" –lit. un hombre de azul) estaban presentes en el estrado para observar los procedimientos, [de acuerdo con las leyes vigentes sobre reuniones públicas, de modo que si el oficial lo consideraba oportuno podía declarar clausurada la reunión en cualquier momento]. El joven teniente estaba evidentemente muy nervioso, y en varias ocasiones empezó a tomar el casco. Rosa comprendió la situación y cada vez que cambiaba rápidamente de tema, dejaba al teniente confundido. Y cuando por fin parecía a punto de hacer un movimiento disuasorio, ella se dirigió directamente a él, prometiendo con un fino sentido de la ironía mantener tanto la forma como el contenido de su discurso dentro de los límites permitidos por el reglamento de la policía. Procedió a describir la aburrida vida de las capas pequeñoburguesas que oscilan en la gran lucha entre el capital y el trabajo, y que finalmente son aplastadas. Señaló sus esperanzas eternamente defraudadas, sus ilusiones infantiles y su existencia sin alegría. A continuación, se

refirió a la estrechez de la vida del burócrata, mostrando cómo un funcionario del Estado está estrangulado por las normas, todo su ser está unido a las ruedas dentadas de la máquina represiva del Estado, su herramienta y su víctima al mismo tiempo. Explicó el conocido dicho de Marx de que la burguesía transformó al médico, al abogado, al sacerdote, al poeta y al hombre de ciencia en sus jornaleros. «Y tú también», se dirigió al teniente de policía, «no eres más que un mero instrumento al servicio de la burguesía y de su explotación del pueblo, lo sepas o no». Sus palabras llegaron directamente al corazón y a la mente de sus oyentes. Todo el auditorio estaba tenso de emoción. Una observación particularmente enérgica y contundente desencadenó entonces un estallido de aplausos tempestuosos, y se vio que el viejo policía de bigote poblado, el robusto *Blauer*, aplaudía junto con el resto. Cuando el orador hablaba de cosas que le tocaban tan de cerca, de la nada de su vida, se olvidaba de todo lo demás, del hecho de que estaba de servicio, de su tarea, de sí mismo; pertenecía a las masas de la sala, y se unía a los aplausos con sus grandes manos de matón... hasta que divisó el rostro horrorizado y atónito de su teniente. Sus brazos cayeron automáticamente a los lados. Ahora, todavía visiblemente emocionado, volvía a ser un funcionario, pero durante unos minutos había sido un hombre del pueblo con el pueblo.

En los días anteriores a la Guerra Mundial –una época que transcurrió sin grandes convulsiones, una época en la que las masas tendían a considerar las condiciones políticas existentes como un estado de cosas permanente– Rosa Luxemburg dejó claro que, para alcanzar los altísimos objetivos del socialismo, eran inevitables grandes luchas. Ella despertó el entusiasmo de las masas por este período de revuelta que se avecinaba, y les hizo ver la verdad y la autenticidad de su advertencia y exhortación: «¡Preparaos para dar al socialismo no sólo vuestro voto, sino también vuestra vida!»



Huelga de masas, Partido y Sindicatos (1906)

## 11. LA GUERRA

### El cuatro de agosto

El 28 de junio de 1914 cayó una chispa en el polvorín de Europa. El príncipe heredero Francisco Fernando, heredero del trono de Austria-Hungría, fue asesinado, junto con su esposa, en Sarajevo por nacionalistas serbios. Sin embargo, la tensión desatada por el suceso pronto se desvaneció. Las nubes de tormenta parecieron pasar, igual que se habían agrupado y dispersado en 1905-06 tras el incidente de Marruecos, en 1909 tras la anexión de Bosnia, en 1911 tras los incidentes de Marruecos y Trípoli, y en 1912-13 tras las guerras balcánicas. El nudo más peligroso del antagonismo imperialista —el existente entre Gran Bretaña y Alemania— parecía a punto de deshacerse; las dos potencias estaban llegando a un acuerdo que abarcaba toda una serie de cuestiones coloniales. Entonces, el 23 de julio, la monarquía de los Habsburgo envió un ultimátum a Serbia, un ultimátum que había sido reformulado siete veces para excluir cualquier posibilidad de aceptación y forzar así una guerra. El 25 de julio, Austria-Hungría, apoyada y alentada por el gobierno alemán, declaró la guerra a Serbia. El 29 de julio se ordena una movilización parcial en Rusia.

Los días 29 y 30 de julio, el Buró de la Internacional Obrera se reunió en Bruselas para tomar posición sobre la guerra austro-serbia y el peligro de guerra general. Estuvieron presentes la mayoría de los dirigentes conocidos de los partidos socialistas europeos: Jaurès, Guesde y Vaillant (Francia); Keir Hardie (Gran Bretaña); Akselrod (Rusia); Luxemburg (Polonia); Haase y Kautsky (Alemania); Morgari y Angelica Balabanoff (Italia); Victor y Friedrich Adler (Austria); Vander-velde (Bélgica); Troelstra (Holanda).

Nunca se publicó un informe sobre las deliberaciones de este consejo al más alto nivel del movimiento obrero internacional. Al parecer, se trataron como un peligroso secreto diplomático. Sólo algunos de los participantes hicieron públicas algunas indicaciones sobre lo ocurrido, que dan una imagen deprimente. La cuestión de qué línea debían adoptar los partidos socialistas respecto a la guerra no se trató, obviamente, en todas sus implicaciones significativas, pero sólo se habló de ello. Seis años después de la conferencia, Kautsky escribió:

«Es curioso que a ninguno de los que estuvimos allí se nos ocurriera preguntar qué había que hacer si la guerra estallaba realmente de antemano<sup>164</sup>; ¿qué actitud deberían adoptar los partidos socialistas en esta guerra?»<sup>165</sup>.

<sup>164</sup> Es decir, antes del Congreso de la Internacional previsto para agosto de 1914 en Viena. Nota de Frölich

Eso no es del todo correcto. El debate estuvo probablemente dominado por la cuestión de cómo debía comportarse el partido austriaco en la guerra austro-serbia que ya había estallado. Y la actitud de Victor Adler puso a la conferencia en un callejón sin salida. Ya en 1912, en el Congreso de Paz de la Internacional de Basilea, Adler había expresado la esperanza de que cualquier estallido del crimen de guerra significaría automáticamente el principio del fin del dominio de los criminales. Ahora, con el espíritu completamente destrozado, sólo podía balbucear:

«La guerra ya está sobre nosotros. Hasta ahora hemos luchado contra la guerra todo lo que hemos podido. Los obreros también hicieron todo lo posible contra las intrigas bélicas. Pero no esperéis de nosotros ninguna otra acción. Estamos en estado de guerra. Nuestra prensa está censurada. No he venido aquí para hacer un mitin, sino para decirles la verdad: cuando cientos de miles de personas marchan hacia las fronteras y la ley marcial impera en el país, aquí no es posible ninguna acción<sup>166</sup>.»

Cuando Friedrich Adler fue juzgado por atentar contra la vida del conde Stürgkh<sup>167</sup>, también describió sus impresiones sobre la reunión de la Oficina Internacional. En aquel momento, dijo, sintió por primera vez que sus opiniones diferían de las de su padre. Antes de la reunión, Victor Adler había tenido una discusión con Jules Guesde en la que el primero había subrayado que Austria-Hungría tendría un frente no sólo contra Serbia, sino también contra Rusia, Italia, Rumania, etc. Guesde dijo: *“Et la frontière ouvrière?”* (¿Y el frente obrero?), a lo que su padre respondió a la defensiva: *“Non, non, non”*, lo que significaba que la socialdemocracia austriaca no opondría resistencia al liderazgo de guerra de la clase dominante. Friedrich Adler también contó que cuando Bruce Glasier, del Partido Laborista Independiente (ILP), atacó a los austriacos por su actitud, su padre se burló de él y señaló la inactividad del proletariado inglés durante la Guerra de los Bôers. «Su discurso causó una impresión muy deprimente en todo el mundo, especialmente en los alemanes y los franceses, y también en mí. El informe de Victor Adler insufló entonces a la conferencia un espíritu de absoluta pasividad»<sup>168</sup>.

<sup>165</sup> Karl Kautsky, *Vergangenheit und Zukunft der Internationale (Pasado y futuro de la Internacional)*, Viena 1920.

<sup>166</sup> Según el relato de Friedrich Adler, relatado a Max Ermers, Victor Adler, Viena 1932.

<sup>167</sup> El fusilamiento del ministro austriaco Stürgkh, uno de los principales responsables de la provocación de la guerra, por Friedrich Adler (1879-1960) el 21 de octubre de 1916 pretendía ser una señal para que el proletariado austriaco emprendiera una lucha contra la guerra. La condena a muerte inicial de Adler fue conmutada por 18 años de prisión, y tras el estallido de la revolución en Austria fue amnistiado. Su vida política posterior estuvo dedicada especialmente a la reedificación de una Internacional socialista.

<sup>168</sup> Friedrich Adler, *Vor dem Ausnahmegericht (Ante el tribunal especial)*, Jena 1923.

Aunque estos informes dicen muy poco sobre el desarrollo de la conferencia en sí, revelan su estado de ánimo general. Como hemos visto, Victor Adler, el portavoz de un partido que ya estaba siendo puesto a prueba —su autoridad dentro de su propio partido superaba con mucho la de los dirigentes de otros partidos—, declaró que se sometería a la voluntad de los instigadores de la guerra sin mostrar ninguna voluntad de lucha. Los demás dirigentes del partido, a quienes los acontecimientos habían concedido un breve respiro para tomar su decisión, seguían aferrados a las ideas y resoluciones de la Internacional y trataban de arrancar a Adler de su ánimo de capitulación. Sin embargo, no trataron de hacer nada más que eso, y algunos de ellos ya debían sentir que ellos mismos seguirían a Adler dentro de unos días. Así pues, los participantes eludieron tomar cualquier decisión sobre la política de guerra general de la Internacional. Las resoluciones de la conferencia demuestran cuán equivocadamente estimaron el *tempo* de la historia: el próximo Congreso de la Internacional, que debía reunirse a finales de agosto en Viena, fue reprogramado para comenzar el 9 de agosto en París. Mientras tanto, los proletarios de todos los países debían «no sólo continuar, sino intensificar sus manifestaciones contra la guerra, por la paz y por el arbitraje para resolver el conflicto austro-serbio».

No se sabe nada de las actividades de Rosa Luxemburg en esta conferencia. Sin embargo, si tenemos en cuenta todo lo que sabemos de ella, no cabe duda de su posición básica. En cuanto a los argumentos que utilizó y las reivindicaciones concretas que planteó, no sabemos nada. Sólo podemos deducir de un episodio hasta qué punto los procedimientos sacudieron su confianza en la Internacional.

Tras la reunión de la Oficina Internacional, se celebra en Bruselas una gran concentración contra la guerra. El *Cirque Royal* se llenó y miles de personas se apostaron a las puertas. El comienzo de la asamblea se retrasó un poco porque la Oficina no había conseguido terminar sus asuntos a tiempo.

Mientras tanto, los trabajadores discuten en la sala los últimos acontecimientos. Se respiraba optimismo y buen humor. No se atreverán a hacerlo y, aunque lo hicieran, ¡tenemos la Internacional! Un obrero entonó una canción revolucionaria, y las masas de la sala y de fuera se unieron con entusiasmo. Por fin llegaron los miembros del Buró y comenzó la reunión. Vandervelde y Hugo Haase tomaron la palabra y fueron recibidos con fuertes aplausos. Con su encendida elocuencia, Jaurès cautivó a las masas, que le interrumpieron con una tormenta de aplausos tras otra. Entre otras cosas, dijo: «Los franceses tenemos el deber de insistir en que el gobierno francés exhorte enérgicamente a Rusia a mantenerse al margen del conflicto. Y si Rusia no lo hace, entonces es nuestro deber decir: “¡Sólo

conocemos un pacto, el pacto que nos une a la humanidad!» Jaurès se dirigió entonces directamente a Rosa Luxemburg: «Permítanme saludar a esa valiente mujer, Rosa Luxemburg, que llena los corazones del proletariado alemán con la llama de sus ideas». Su discurso entusiasmó a todo el auditorio, que le tributó una ovación interminable, como si no fuera a terminar nunca, «una *manifestación* elevada e inolvidable», como la describió *Le Peuple* de Bruselas.

¿Y Rosa Luxemburg? Llegó más tarde que los demás representantes del partido. Su rostro estaba pálido y era evidente que intentaba controlar una fuerte agitación interior. En el estrado, donde estaban sentados los miembros de la Oficina Internacional, permaneció de pie durante largo rato y miró en silencio a la multitud. Después se sentó y ocultó la cara entre las manos. Los miembros de la Oficina se le acercaron dos veces y le hablaron en tono apremiante. Ella sacudió la cabeza enérgicamente y sólo dijo una palabra: «¡No!» Se había anunciado que iba a hablar, y Vandervelde, el presidente, dijo: «Con mucho gusto le habría dado la palabra a Rosa Luxemburg, pero me gustaría evitarle el esfuerzo». Jaurès interrumpió: «Sólo descansará en la cárcel». Vandervelde continuó: «Sin embargo, quiero saludar a la valiente luchadora alemana que tanto significa para el proletariado alemán en la situación actual. Como Rosa Luxemburg, esa peligrosa enemiga del Estado, no quiere tomar la palabra, se la cedo a Troelstra». Aunque Rosa fue asediada una y otra vez por la multitud, se quedó sentada, inmóvil y ensimismada, con una profunda tristeza escrita en su rostro.<sup>169</sup>

Esta es una Rosa a quien nadie conoce. ¿Que estuviera cansada —aquella que normalmente tenía que encogerse de hombros ante la fragilidad y la enfermedad para presentarse ante las masas? ¿Que ahora no sintiera el impulso ni confiara en sus fuerzas para inspirar y enardecer a los demás? En un momento así. ¿Que ella, que nunca se derrumbaba, se derrumbara ante una catástrofe mundial cuya magnitud comprendía mejor que nadie? Imposible. Su obstinada negativa a hablar tenía otras razones, y éstas se imponen con tal fuerza que no puede haber error en tomarlas.

Gracias a las lecciones de la historia, y especialmente a la experiencia de la guerra ruso-japonesa, estaba familiarizada con los efectos cegadores y desconcertantes que el nacionalismo tenía sobre las masas populares en el momento de la guerra. Sabía que la resistencia a la matanza de los pueblos supondría una ardua lucha

<sup>169</sup> En la primera edición de este libro, el relato de FP sobre el mitin se basaba en las “memorias” de un miembro de la Oficina Internacional de la época [una referencia a las memorias de Angelica Balabanoff, publicadas en alemán como *Erinnerungen und Erlebnisse*, Berlín 1927, y en inglés como *My Life as a Rebel*, Londres 1938]. Sin embargo, en lo que respecta al comportamiento de Rosa Luxemburg, esta fuente no era exacta, y el presente relato se basa en el informe de *Le Peuple* (Bruselas) y en los testimonios proporcionados por varios de los participantes en la reunión.

cuesta arriba, con un alto precio. Era consciente de la enormidad de la tarea que la Internacional se había impuesto al aceptar su resolución contra el militarismo en el Congreso de Stuttgart de 1907; era consciente de cuánto sentido de la responsabilidad, cuánta abnegación y cuánto valor exigiría esta tarea a los partidos y a sus dirigentes. Durante los trabajos del Buró Internacional, había intentado mirar profundamente en el corazón de los dirigentes de los partidos, y en la actitud de Victor Adler y de la socialdemocracia austriaca había reconocido el síntoma de una enfermedad que aquejaba a toda la Internacional. Aunque todavía no podía asimilar en toda su extensión la catástrofe, aunque no pudiera creer que los partidos socialistas se pasarían, casi sin excepción, al campo enemigo, sin embargo, una cosa estaba perfectamente clara para ella: la mayoría de los partidos no pasarían la prueba, sino que, en el mejor de los casos, dejarían que la tempestad mundial se desencadenara a su alrededor sin oponer resistencia ni emprender acción alguna. Por eso miró con tanto interés a la masa de gente que había en la sala, gente que seguía mirando a la Internacional con esperanza y fe. ¿Podría hablarles? ¿Podría decirles la terrible verdad, destruir su fe y provocar el pánico? Por razones psicológicas y políticas, no podía hacerlo. Pero también le habría sido imposible comprometerse con una mentira, fingir optimismo, reforzar las vanas esperanzas de las masas, engañarlas. Por eso guardó silencio.

El 31 de julio, tanto Austria-Hungría como Rusia ordenaron la movilización total, tras lo cual el gobierno alemán envió a San Petersburgo un ultimátum con un plazo límite de doce horas. Se proclama el estado de guerra en Alemania. En una atmósfera de opresiva ansiedad, mientras se esperaba la detención de todos los líderes del partido en cualquier momento, el Comité ejecutivo del Partido se reunió con representantes de los miembros socialdemócratas del Reichstag para discutir su posición sobre la concesión de créditos de guerra. Haase y Ledebour querían votar en contra de los créditos, pero todos los demás estaban a favor de su aceptación, aunque la opinión predominante era que entre los miembros del partido en el Reichstag los radicales de izquierda terminarían imponiéndose a toda la fracción. Se decide enviar a Hermann Müller a París para discutir la posibilidad de una acción conjunta de los socialistas franceses y alemanes. Esa misma noche Jean Jaurès es asesinado en París.

Al día siguiente, 1 de agosto, Hermann Müller se reunió con los dirigentes del partido francés. No se discutió ni la lucha contra la guerra, ni la continuación de la lucha de clases durante la guerra si ésta llegaba, sino simplemente la cuestión de los créditos de guerra. Müller declaró que los diputados socialdemócratas alemanes votarían probablemente en contra de los créditos; había una ligera posibilidad de que se abstuvieran, pero en ningún caso votarían a favor.



Los dirigentes socialistas franceses adujeron que se trataba de una guerra defensiva para Francia y que, por tanto, debían votar a favor de los créditos de guerra. Müller replicó que, cuando estallara la guerra, apenas sería posible determinar quién atacaba y quién defendía, y que las causas más profundas de la guerra había que buscarlas en la política de expansión imperialista y en la carrera armamentística, que todas las potencias habían llevado a cabo con la misma obstinación durante décadas. Así, argumentó en el marco de los puntos de vista aceptados por la Internacional Socialista; sin embargo, nadie, ni él ni nadie, mencionó siquiera las claras resoluciones y políticas preestablecidas por dicho organismo. El representante belga, Huysmans, intentó incluso convencer a Müller de que sería mejor para los socialistas alemanes abstenerse en la votación sobre los créditos de guerra que votar en contra. La discusión puso claramente de manifiesto el desconcierto de los dirigentes socialistas franceses ante la idea de que sus coligados alemanes pudieran tomar medidas demasiado radicales. Ya no eran capaces de pensar internacionalmente, y ya se estaban alineando con su gobierno y marchando a la guerra, pero seguían ansiosos por preservar cierta apariencia de unidad internacional.

Mientras se desarrollaban estos debates, Alemania declaró la guerra a Rusia, y a continuación se sucedieron rápidamente las decisiones que incendiaron toda Europa. El 3 de agosto, los diputados socialdemócratas alemanes del Reichstag se reunieron para decidir su posición respecto a los créditos de guerra. De los 111 111 diputados, sólo 15, entre ellos Liebknecht, Haase, Ledebour, Rühle y Lensch, pidieron el “no”. Su moción de minoría de hacer constar su voto negativo fue rechazada. El 4 de agosto, los diputados cierran filas para votar a favor de los créditos de guerra. Incluso Karl Liebknecht se somete a la disciplina de partido.

Esta votación causó consternación en el movimiento obrero internacional, y al principio la noticia fue desmentida en muchos lugares. El periódico del partido socialista rumano declaró que era una monstruosa mentira, e incluso Lenin pensó que el número de *Vorwärts* que contenía el informe de la sesión del Reichstag era una falsificación emitida por el Estado Mayor alemán. Todos los radicales de izquierda del partido tenían claro que, aunque el fracaso de otros partidos en la Internacional no significaría necesariamente un desastre total, el fracaso del partido alemán como principal partido socialista significaría la victoria del nacionalismo en toda la línea y el colapso total de la Internacional. Tal cosa era imposible de creer, imposible de comprender. Pero se creyó el rumor, difundido por esas mismas fechas, de que Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht habían sido juzgados en consejo de guerra y fusilados.

Este presagio de los atroces hechos del 15 de enero de 1919 demostró quiénes eran considerados por amigos y enemigos en Alemania como los verdaderos revolucionarios.

## Bajo la bandera de la rebelión

La decisión de su partido fue un duro golpe para Rosa Luxemburg, mucho más que la conmoción de la conferencia de Bruselas. La actitud de la socialdemocracia austriaca era, al menos por el momento, de sumisión pasiva, mientras que la ejecutiva del partido alemán y los diputados del partido en el Reichstag –cualquiera que fuera la razón alegada– indicaban su consentimiento a la guerra y su justificación de la misma; se alineaban con el frente imperialista. No es cierto, como afirmaba Kautsky, que “en los últimos años antes de la guerra” ella hubiera sostenido la opinión de que «el estallido de la guerra sería respondido por el proletariado con la revolución». Sabía por la experiencia de la guerra ruso-japonesa lo difícil que era para la clase obrera dar el gran salto de la guerra a la revolución. Su enfático rechazo a la idea de que la Internacional se comprometiera a convocar una huelga general al estallar la guerra y la redacción de la resolución de Stuttgart demuestran que veía las cosas con más sensatez de lo que afirmaba Kautsky. Además, «en los últimos años antes de la guerra», Kautsky difícilmente podría haber tenido la oportunidad de discutir esta cuestión con ella. Sin embargo, le parecía increíble que la clase obrera alemana se dejara conducir al matadero sin el menor intento de resistencia, y que todos los largos años de trabajo, de educación y de ilustración, parecían haber sido aniquilados en el espacio de una hora. La capitulación de la socialdemocracia alemana, su deserción al campo imperialista, el consiguiente hundimiento de la Internacional, de hecho el aparente hundimiento de todo su mundo, destrozaron su espíritu.

Por un momento, probablemente la única vez en su vida, la desesperación se apoderó de ella. Pero sólo un instante. Inmediatamente se recompuso y, con un acto de voluntad, superó su repentina sensación de debilidad. La noche del mismo día en que la dirección socialdemócrata concluyó su alianza con el Kaiser y su Estado Mayor, el 4 de agosto, un pequeño grupo de camaradas se reunió en el piso de Rosa Luxemburg. Entre ellos estaban los ancianos Franz Mehring y Julian Marchlewski-Karski. Decidieron emprender la lucha contra la guerra y contra la política bélica de su propio partido. Ese fue el comienzo de la rebelión que pasó a la historia bajo la bandera de *Spartakus*. Desde Stuttgart, Clara Zetkin se declaró dispuesta a colaborar con el grupo, y Karl Liebknecht no tardó en unirse también. Se había apresurado a reconocer cuán equivocado había estado al suponer que la

decisión a favor de los créditos de guerra había sido sólo un momento de debilidad temporal para el partido, y ahora estaba dispuesto a asumir todas las consecuencias de una resistencia impopular. En toda Alemania, y en particular en los barrios obreros de Berlín, en Wurtemberg, en Sajonia, en Renania y el Ruhr, y en los puertos industriales del norte, había camaradas que seguían fieles a los colores del partido. Lentamente, a tientas, se unieron –barbas grises que habían luchado en los días de las leyes antisocialistas, jóvenes y mujeres– y así comenzó, tanto en público como en la clandestinidad, la lucha contra la guerra.

Para Rosa Luxemburg siguieron meses en los que cada día traía nuevas malas experiencias. Lo que había comenzado como una resignada sumisión al destino entre los dirigentes de la Internacional se convirtió rápidamente en un frenesí de patriotismo. La dignidad socialista fue pisoteada en la prensa. De la noche a la mañana, los redactores olvidaron lo que sabían perfectamente antes de 1 de agosto: que la guerra no sería una guerra nacional de defensa, que todas las grandes potencias tenían su parte de responsabilidad en su estallido, que surgía de profundos antagonismos imperialistas y servía a fines depredadores. Estos eran los mismos hombres que habían prometido solemnemente cien veces y más, de palabra y por escrito, luchar contra una guerra así sin rehuir las consecuencias. Ahora vertían un aluvión de fé, absolviendo a sus gobernantes de toda culpa, incitando a sus lectores contra los pueblos extranjeros y colmando de halagos al Estado que les había perseguido sólo el día anterior y al Kaiser que les había injuriado. Acordaron la paz civil, la *Burgfrieden* (tregua intrapartidista), que entregó a los trabajadores y trabajadoras, atados de pies y manos como esclavos asalariados de los capitalistas y como carne de cañón del Estado Mayor.

Y a diario llegaban noticias de nuevas deserciones del campo socialista internacional. Cuando Scheidemann, vanidoso como un pavo real, daba saltos mortales con su patetismo patriótico; cuando Südekum se convertía en propagandista del imperialismo alemán en los países neutrales; y cuando los viejos enemigos de Rosa de los sindicatos confraternizaban en banquetes con los grandes magnates como Stinnes y Thyssen, todo esto no hacía más que reforzar el desprecio que Rosa sentía desde hacía tiempo por ellos. Pero Plejánov, que antes había predicado un levantamiento revolucionario contra la guerra, se había convertido ahora en el abanderado del zarismo contra la barbarie prusiana. Guesde, el “riguroso marxista”, había entrado en el gabinete de guerra francés. Incluso Vaillant, el viejo amigo de Rosa, había sufrido una recaída en su antiguo nacionalismo blanquista y veía a la Francia de 1914, con la aureola de 1793, como la nación revolucionaria *por excelencia*. Hacía tiempo que se había separado de aquel otro compañero de armas de su juventud, Parvus, desde los días de las

guerras de los Balcanes, cuando había amasado una considerable fortuna especulando como partidario de los turcos.

Ahora se había convertido en asesor del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y organizador del comercio de Alemania con Escandinavia y los Balcanes. En un momento dado se atrevió a buscarla, pero Rosa, sintiendo su visita como una bofetada en la cara, le mostró la puerta sin palabras. Cunow, redactor jefe de *Vorwärts* y miembro del grupo “*kosher*” con el que había asumido la dirección del órgano central del partido en 1905, competía ahora con el austriaco Karl Renner en la poda del marxismo con fines imperialistas. Tras vacilar un poco, Paul Lensch, antiguo redactor jefe del *Leipziger Volkszeitung*, que siempre se había enorgullecido de ser el discípulo y escudero de Rosa, también desertó al campo enemigo; alabó la economía de guerra alemana —ese sistema organizado de semi-inanición— como una victoria de las ideas socialistas, y la guerra de Alemania contra Gran Bretaña —el “déspota del mercado mundial”— como la revolución. Konrad Haenisch, antaño la entusiasta trompeta de los radicales de izquierda, cantaba ahora “*Deutschland, Deutschland über alles*” hasta la extenuación. Y Karl Kautsky hizo todo lo que pudo para cubrir la vergüenza del movimiento socialista con una red de lugares comunes, sofismas y tergiversaciones. Afirmó [en octubre de 1914 en *Neue Zeit*] que era imposible determinar el carácter de la guerra porque no había estallado de la manera normal:

«Normalmente, los estados formulan sus demandas, declaran la guerra y luego se movilizan. Esta vez la movilización no se ordenó a causa de la guerra, sino que la guerra se declaró a causa de la movilización, y no se determinarán los objetivos (por los que se suponía que se había hecho la guerra) hasta que no se conozca el resultado de la guerra».

Y descartó con ligereza el colapso de la Internacional con la brillante afirmación: «No es [la Internacional] un arma eficaz en tiempo de guerra; es esencialmente un instrumento de paz». Es decir, la paz en un doble sentido: ¡la lucha por la paz y la lucha de clases en tiempos de paz! La teoría socialista abdicó voluntariamente y exigió que la clase obrera, como factor político, hiciera lo mismo.

Rosa Luxemburg consideró que su tarea inmediata era organizar la resistencia contra la política de guerra del SPD y se esforzó más que nunca en la organización de Berlín, tanto entre las bases como en sus órganos dirigentes. Los primeros éxitos fueron mayores de lo que cabía esperar, dada la desertión de la mayoría de los altos y medios cargos del partido. En todas partes se vio que había al menos fuertes minorías opositoras, y en la gigantesca circunscripción de Niederbarnim la

mayoría de los miembros del partido estaban en la oposición. Sin embargo, ante la doble opresión de la censura militar y del partido, las tendencias opositoras apenas encontraban salida pública para sus opiniones. Los obreros sin liderazgo de las provincias que se oponían a la guerra, pero que aún no tenían clara su posición, se vieron obligados a menudo a ceder el paso a los hábiles defensores de la política de la Ejecutiva del SPD. ¿Cómo se les podía animar y proporcionar argumentos eficaces? Todavía había 15 diputados en el Reichstag que se habían pronunciado en contra de los créditos de guerra; una manifestación pública de ellos demostraría a los resistentes a la guerra que no estaban solos. Además, demostraría a la opinión pública extranjera que en Alemania se estaba luchando contra la guerra. Clara Zetkin describió más tarde los esfuerzos realizados en este sentido en su prefacio a una nueva edición del *Folleto Juniusbroschüre* de Rosa Luxemburg:

«La lucha debía comenzar con una protesta contra la votación de créditos de guerra por parte de los diputados socialdemócratas del Reichstag, pero tenía que llevarse a cabo de tal manera que no fuera estrangulada por las astutas artimañas de las autoridades militares y la censura. Además, y sobre todo, la trascendencia de una protesta de este tipo se vería sin duda reforzada si desde el principio contaba con el apoyo de un buen número de conocidos socialdemócratas. Por ello, nos esforzamos en formularla de modo que suscitara la solidaridad del mayor número posible de camaradas dirigentes que habían criticado duramente, incluso mordazmente, la política del 4 de agosto en el Reichstag y en pequeños círculos privados. Esta consideración nos costó muchos quebraderos de cabeza, mucho papel, muchas cartas y telegramas, y un tiempo precioso, y al final todo para nada. De todos aquellos críticos de la mayoría socialdemócrata, sólo Karl Liebknecht se unió a Rosa Luxemburg, Franz Mehring y a mí para desafiar al ídolo desmoralizador y destructor del alma en que se había convertido la disciplina del partido.

Se jugó al mismo juego cuando el gobierno alemán volvió a exigir créditos adicionales al Reichstag. Al principio, un buen número de diputados socialdemócratas se declararon dispuestos a votar públicamente contra la guerra. Sin embargo, a medida que se acercaba la fecha fijada para la votación, el pequeño grupo de disidentes fue menguando. En las innumerables discusiones sobre la cuestión, Rosa Luxemburg y sus camaradas tuvieron que esforzarse para arrancar todas las promesas de pronunciarse en contra de los créditos y luego para conseguir todos los votos negativos. Las excusas con las que los aspirantes a héroes se desvinculaban de cualquier acción

disidente llegaban hasta la franca admisión de cobardía personal, y es comprensible cómo creció el desprecio de Rosa Luxemburg por las debilidades de las criaturas humanas. El día de la votación sólo quedaba un hombre: Karl Liebknecht. Quizá eso fuera bueno. Que un solo hombre, una sola persona, hiciera saber en una tribuna observada por todo el mundo que se oponía a la locura general de la guerra y a la omnipotencia del Estado, fue una luminosa demostración de lo que realmente importaba en aquel momento: el compromiso de toda la personalidad en la lucha. El nombre de Liebknecht se convirtió en un símbolo, en un grito de guerra que se oía por encima de las trincheras, cuyos ecos crecían cada vez más por encima del choque de armas en todo el mundo y que animaba a muchos miles de combatientes contra la masacre mundial. Aquel 2 de diciembre de 1914 surgió en Alemania un frente revolucionario contra la guerra, y a partir de ese día la alianza revolucionaria de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg se hizo indisoluble.»



### ***Die Internationale***

La actividad política de Rosa Luxemburg en los primeros meses de la guerra fue significativamente diferente de la de Lenin en Suiza en el mismo período. La diferencia se debía, no a ninguna divergencia fundamental en sus puntos de vista generales sobre la guerra y la política socialista, sino a las condiciones concretas en las que tenían que trabajar. Lenin era un emigrado político, que vivía en un país neutral y, por tanto, estaba casi completamente aislado de las masas rusas. Su trabajo estaba destinado a una pequeña élite de hombres y mujeres bien

versados en la teoría socialista, y por ello pudo ir directamente al corazón de los principales problemas planteados por la guerra. Rechazó la consigna de paz por ser demasiado indefinida y pasiva: tendía a volver a depositar las esperanzas de las masas obreras en la buena voluntad de sus gobernantes, los mismos que habían provocado la matanza. Incluso la exigencia de una “paz democrática” no atacaba las condiciones que inevitablemente darían lugar a la guerra una y otra vez. Si los socialistas realmente querían actuar en el espíritu de la resolución de Stuttgart de la Internacional y se esforzaban por «utilizar la crisis económica y política provocada por la guerra para despertar a los diversos estratos sociales y acelerar el derrocamiento del dominio de clase capitalista», entonces –como explicó en mordaz antítesis– su tarea básica era la «transformación de la guerra imperialista en una guerra civil», la propagación, organización y preparación de la guerra civil. Criticó a Kautsky con especial vehemencia, y está claro que tras la agudeza de sus ataques subyacía su amargura por haber sido engañado una vez defendiendo a Kautsky frente a Rosa Luxemburg. Escribió a Schliapnikov en octubre de 1914:

«Rosa Luxemburg tenía razón; hace tiempo que se dio cuenta de que Kautsky era un teórico al servicio del tiempo, al servicio de la mayoría del partido, al servicio del oportunismo en definitiva. No hay nada en el mundo más pernicioso y peligroso para la independencia intelectual del proletariado que la horrible autosatisfacción y la vil hipocresía de Kautsky, que lo pasa todo por alto e intenta adormecer la conciencia despertada en los obreros con sofismas y verborrea pseudocientífica.»

Por el contrario, la preocupación de Rosa Luxemburg era producir un efecto directo en las masas y asegurar alguna acción, por modesta que fuera al principio. Para ello tuvo que encontrar las líneas de acercamiento y reconocer las condiciones psicológicas del momento. Lo que escribió en esos primeros meses de guerra (o lo que sus amigos escribieron), y lo que explicó en innumerables debates y en reuniones internas del partido, se limitaron principalmente a un análisis de las causas de la guerra y su carácter, y a cuestiones internas del partido, en particular la cuestión de la disciplina:

«La disciplina que sus miembros deben al partido en su conjunto, es decir, a su programa, es más importante que la disciplina directa a una organización concreta dentro del partido. De hecho, sólo esta disciplina más amplia justifica la subordinada y, al mismo tiempo, describe sus límites naturales.»

De todos los diputados socialdemócratas, Liebknecht, al votar en contra de los créditos de guerra, había sido el único que había respetado la disciplina del partido, y el hecho era que desde el estallido de la guerra se cometían continuamente las más graves infracciones de la disciplina al amparo de la ley marcial, «infracciones de la disciplina en la medida en que los órganos individuales del partido, en lugar de servir a la voluntad del partido en su conjunto, es decir, al programa del partido, doblegaban esta voluntad por su propia voluntad».

A largo plazo, sin embargo, esa labor educativa basada únicamente en las necesidades del momento no podía ser suficiente. Había que arrancar de raíz los problemas y presentarlos a un público más amplio. Para ello era necesaria una especie de revista y, tras grandes esfuerzos y muchas decepciones, los insurgentes consiguieron convencer a la editorial del partido en Düsseldorf para esta audaz empresa. En la primavera de 1915 apareció *Die Internationale* bajo la dirección conjunta de Rosa Luxemburg y Franz Mehring. Entre sus colaboradores estaban Clara Zetkin, August Thalheimer, Kate Duncker, Paul Lange y Heinrich Strobel. Su nivel intelectual era extraordinariamente alto. Mehring analizó la actitud de Marx y Engels ante el problema de la guerra y extrajo de ella conclusiones aplicables a la guerra actual. Zetkin se ocupó de la posición de la mujer en tiempos de guerra, y Lange analizó la *política burguesa* de los sindicatos. Como en todas las publicaciones legales del grupo de oposición, también en este caso la lucha contra la guerra se llevó a cabo principalmente criticando la política de guerra del partido oficial, para que los colaboradores estuvieran al menos algo protegidos de la censura y la persecución. Bajo su propio nombre, Rosa Luxemburg escribió un artículo titulado “La reconstrucción de la Internacional” y, bajo el pseudónimo de Mortimer, otro titulado “Perspectivas y proyectos”, una crítica de un libro de Kautsky.<sup>170</sup>

En su primer artículo, señalaba el hecho de la abdicación política de la socialdemocracia alemana el 4 de agosto y el colapso simultáneo de la Internacional. Durante una década, las alternativas –socialismo e imperialismo– habían resumido adecuadamente la orientación política de la socialdemocracia. Sin embargo, en el momento en que la elección entre estas alternativas se habían convertido en una realidad política. La socialdemocracia había concedido la victoria al imperialismo sin oponer resistencia. Como representante del “centrismo marxista”, como teórico de un grupo atascado en un lodazal, Kautsky había contribuido sustancialmente a este colapso. Cuando declaró que la Internacional no era un arma en tiempos de guerra, cuando Friedrich Adler observó

<sup>170</sup> Karl Kautsky, *Nationalstaat, imperialischer Staat und Staatenbund (Estado Nacional, Estado Imperial y Liga de Estados)*, Nürnberg 1914.



tristemente que el silencio parecía ser el único comportamiento digno del socialismo durante la guerra, entonces la defensa de tales teorías era un acto voluntario de autocastración. Dicho de otro modo:

«En tiempos de paz, lo más importante es la lucha de clases en el interior de cada país y la solidaridad internacional en el exterior; en tiempos de guerra, lo más importante es la colaboración de clases en el interior y la lucha entre los trabajadores de diferentes países en el extranjero. En la versión de Kautsky, el llamamiento histórico-mundial del *Manifiesto Comunista* ha sido objeto de una enmienda sustancial, y ahora dice así: “¡Proletarios de todos los países, uníos en tiempos de paz, pero degollaros unos a otros en la guerra!”. Así hoy: “Con cada disparo un ruso –icon cada golpe un francés!” Y mañana, después del tratado de paz: “¡Abracémonos todos los millones y besemos con el mundo entero!” –ya que la Internacional es “esencialmente un instrumento de paz”, pero “no un arma eficaz en tiempo de guerra”<sup>171</sup>.»

De este modo, la profunda amargura de Rosa se desahogó con una agudeza que marcó todos sus escritos durante la guerra. Sin embargo, al mismo tiempo pensaba en el futuro: era absurdo pretender que después de la guerra la Internacional pudiera surgir de nuevo como una organización para la lucha de clases a menos que el proceso de resucitarla sobre esa base comenzara allí mismo durante la guerra. La Internacional o bien tenía que revisar completamente sus viejas tácticas de paz, proclamar la colaboración de clases en lugar del conflicto de clases y trabajar por los intereses imperialistas de la burguesía, o bien tenía que abandonar toda la política seguida desde el 4 de agosto. El primer paso en la dirección correcta era una lucha por la paz, pero tendría que ser una lucha real, no declaraciones solemnes en el parlamento “contra toda política de conquista” y simultáneamente contra el belicismo. Y con lucha por la paz no se refería en absoluto a la elaboración de hermosos programas para el futuro, como el desarme, la abolición de la diplomacia secreta, el libre comercio general con las colonias y una Sociedad de Naciones:

«Si algo ha demostrado el colapso del 4 de agosto, es la gran lección histórica de que la única garantía eficaz de la paz y el único baluarte contra la guerra es la vigorosa voluntad del proletariado que aplica una política de clase inquebrantable y mantiene lealmente su solidaridad internacional a través de todas las tormentas del imperialismo; y no los deseos piadosos, las recetas hábilmente inventadas y las exigencias utópicas dirigidas a las clases dominantes. [...]

<sup>171</sup> Rosa Luxemburg, *Ausgezählte Reden und Schriften* II, Berlin (Este) 1951, p. 522 y ss.

Esta también es una situación de o lo uno o lo otro: o Bethmann-Hollweg o Liebknecht; o el imperialismo o el socialismo, el socialismo tal como lo entendía Marx.<sup>172</sup>»

Y, en conclusión, Rosa señaló la causa profunda del fracaso de la socialdemocracia y, al mismo tiempo, la única esperanza decisiva para el renacimiento de la Internacional:

«Enfrentada a su mayor prueba histórica, que además había visto y predicho en todos los puntos esenciales con la certeza de un científico natural, [la socialdemocracia] demostró no tener nada del segundo elemento vital del movimiento obrero: la vigorosa voluntad no sólo de *comprender*, sino también de *hacer* historia. A pesar de sus conocimientos ejemplares y de su fuerza organizativa, la socialdemocracia se vio atrapada por el torbellino de la corriente histórica de los acontecimientos, en un abrir y cerrar de ojos giró como un armatoste sin timón y empujado por los vientos del imperialismo, en lugar de dirigir un rumbo contra estos vientos y abrirse camino hacia la seguridad de la isla del socialismo[...] Un colapso histórico de primer orden, que complicó y retrasó peligrosamente la liberación de la humanidad del dominio del capitalismo[...] La Internacional puede renacer y puede obtenerse una paz que corresponda a los intereses de la clase proletaria, pero sólo a partir de la autocrítica del proletariado y de su conciencia de su propio poder [...] El camino hacia este poder –no las resoluciones en papel– es simultáneamente el camino hacia la paz y el camino hacia la reconstrucción de la Internacional<sup>173</sup>.»

Este artículo es de extraordinaria importancia para una estimación de la actitud táctica de Rosa Luxemburg en aquella época. Evidentemente, cada argumento político está cuidadosamente sopesado, en primer lugar, para poner a prueba el margen de expresión que aún dejaba la censura militar y, en segundo lugar, para decir todo lo que los elementos radicales del movimiento obrero alemán aún estaban dispuestos a recibir. Por lo tanto, el artículo no es en absoluto una expresión completa de las ideas de Rosa. Solo un registro del colapso de la Internacional, con algunos golpes duros, un rechazo a la mayoría de los dirigentes del partido, los social-imperialistas. El grueso de su ataque se dirigió contra Kautsky. Está claro que consideraba inevitable la ruptura final con los *socialistas de guerra*, tanto a nivel nacional como internacional.

<sup>172</sup> *Ibid*, pp. 528 y 530.

<sup>173</sup> *Ibid*, p. 530 y ss.

Sin embargo, no estaba dispuesta a precipitarse. Instruyó a los que ardían de impaciencia para que no se dejaran guiar por el estado de ánimo del momento. Mientras hubiera cierta libertad de movimiento y posibilidades de trabajo dentro del partido, había que aprovecharlas. Ahora, la gran tarea consistía en reconquistar, mediante una labor pedagógica, el mayor número posible de miembros para una política guiada por consideraciones internacionales. Esta labor educativa era mucho más eficaz si se llevaba a cabo desde dentro que desde fuera del partido. En aquel momento Rosa creía que no se produciría un enfrentamiento dentro del partido hasta después del final de la guerra, tras el regreso de los camaradas del frente. Esta expectativa se frustró pronto, porque la Ejecutiva del SPD respondió a la creciente resistencia de los miembros del partido a su política suprimiendo paso a paso la democracia del partido.

En aquellos primeros años de la guerra, las líneas de demarcación incluso dentro de la dirección del partido no estaban nada claras. Una y otra vez Rosa comprobó que el comportamiento de Kautsky confirmaba el hecho de que estaba irrevocablemente perdido para el partido revolucionario que se estaba desarrollando. Sin embargo, entre los dirigentes del partido, e incluso entre los diputados, había personas que seguían indecisas y que podían dejarse llevar por los acontecimientos hacia la izquierda. Por eso, aunque no estaban dispuestos a sacar las conclusiones que ella misma consideraba “necesarias”, mantuvo la alianza con el grupo en torno a Georg Ledebour, Hugo Haase y Adolf Hoffmann. Esta política de aplazamiento de la confrontación la obligó a estar dispuesta a hacer concesiones en cuestiones organizativas y, en determinadas circunstancias, a aplazar acciones políticas. Sin embargo, estableció una condición inalterable: no imponerse a sí misma ninguna restricción propagandística; continuaría no sólo librando una lucha implacable contra la política de guerra del Ejecutivo del Partido, sino también exponiendo públicamente cualquier falta en las filas de la oposición.

Aunque Lenin estaba esencialmente de acuerdo con su actitud, él y Luxemburg parecían tener opiniones divergentes sobre la orientación de la propaganda general.<sup>174</sup> Lenin rechazó decididamente la simple consigna de “Paz”, mientras que Rosa la convirtió en el centro de su agitación política. Sin embargo, se opuso claramente a los partidarios de hacer un llamamiento a la paz a las clases dominantes, y fue en ese llamamiento donde Lenin vio el gran escollo de una consigna general de paz. Rosa hablaba sólo de la lucha de clases, y no de la revolución ni de la guerra civil, cosas ambas en las que Lenin hacía hincapié. Sin embargo, está claro que ella sostenía la opinión de que “una paz que corresponda

<sup>174</sup> N. Lenin y G. Zinoviev, *Gegen den Strom*, [A contracorriente] Hamburgo, 1921, p. 24.

a los intereses de la clase proletaria” sólo podía obtenerse mediante la toma del poder.

En “Perspectivas y proyectos” (*Die Internationale*, abril de 1915) Rosa casi hizo pedazos el nuevo libro de Kautsky, en particular sus puntos de vista sobre el imperialismo. Es interesante observar que rechazó firmemente su intento de equiparar la “democracia moderna”, como objetivo del socialismo, con el régimen parlamentario:

«¿No ha sostenido siempre la socialdemocracia que “la democracia plena, no la democracia formal, sino la democracia real y efectiva”, sólo es concebible cuando se ha hecho realidad la igualdad económica y social, es decir, un orden económico socialista, y que, en cambio, la “democracia” de un Estado nacional burgués es siempre, en última instancia, más o menos una patraña?»

El primer número de *Die Internationale* estaba destinado a abrir un examen sistemático de todos los problemas del movimiento obrero movimiento suscitado por la guerra. Sin embargo, inmediatamente después de la publicación de su primer y único número, la revista fue prohibida y el fiscal acusó de alta traición a Mehring, Luxemburg, Zetkin, el editor y el impresor.

## **Un año en una cárcel de mujeres**

Cuando apareció *Die Internationale* en abril de 1915, Rosa Luxemburg ya había cumplido dos meses de la condena que le impusieron en Franckfurt el año anterior. Ya antes del estallido de la guerra se encontraba mal de salud, y la conmoción de los acontecimientos empeoró tanto su estado que tuvo que ser hospitalizada. Debido a su enfermedad, la fecha en la que debía comenzar su condena se pospuso hasta el 1 de marzo de 1915. El 19 de febrero tenía previsto viajar a Holanda con Clara Zetkin para ultimar los preparativos de una conferencia internacional de mujeres destinada a establecer contactos internacionales más firmes. Sin embargo, la víspera de su partida fue detenida repentinamente y conducida a la prisión de mujeres de la Barnimstrasse de Berlín. Como revolucionaria peligrosa, se suponía que iba a ser enterrada viva durante toda la guerra y, de hecho, su encarcelamiento duraría con breves interrupciones hasta que fue liberada por la Revolución de 1918. En una carta a su amiga y secretaria, Mathilde Jacob, describe su primer día en prisión:

«Ni siquiera el viaje en el “carro verde” me conmocionó; después de todo, había experimentado exactamente el mismo viaje en Varsovia. De hecho, era una situación tan sorprendentemente similar que inició un tren de diversos pensamientos alegres. Sin duda, esta vez había una diferencia: los gendarmes rusos me habían escoltado con gran respeto como a un “político”, mientras que la policía berlinesa declaró que le importaba *un bledo* quién era yo y me metió en el coche con mis nuevos “colegas”. Ah, bueno, todo esto son nimiedades; al final no olviden nunca que la vida hay que tomársela con serenidad y alegría. Por cierto, para que no se hagan una idea exagerada de mi heroísmo, confesaré, arrepentida, que cuando tuve que desnudarme y someterme a un cacheo por segunda vez aquel día, apenas pude contener las lágrimas. Por supuesto, en el fondo, estaba furiosa conmigo misma por semejante debilidad, y aún lo estoy. También aquella primera noche, lo que realmente me consternó no fue la celda ni mi repentina exclusión de la tierra de los vivos, sino –¡adivinen!– el hecho de tener que acostarme sin camisón y sin haberme peinado. Y, para no omitir una cita de los clásicos: ¿recuerdan la primera escena de “María Estuardo”, cuando le quitan a María sus baratijas? “Prescindir de los pequeños adornos de la vida”, dice su nodriza, Lady Kennedy, “es más duro que afrontar grandes pruebas”. (Búsquenlo; Schiller lo expresó mejor que yo.) Pero, ¿adónde me llevan mis pensamientos errantes? *Gott strafe England*<sup>175</sup> y que Él me perdone por compararme con una reina inglesa.»<sup>176</sup>

Esta vez Rosa fue a la cárcel de mala gana. En noviembre escribió a Diefenbach: «Hace seis meses lo esperaba como si fuera una fiesta, pero ahora el honor recae sobre mí tanto como la Cruz de Hierro sobre tí». Sabía lo mucho que la necesitaban fuera. Al principio, como prisionera política, parece haber sido tratada con cierta laxitud, ya que no sólo consiguió escribir el *Juniusbroschüre* a escondidas, sino también sacarlo de contrabando en abril de 1915. Sin embargo, parece ser que transcurrieron seis meses antes de que consiguiera hacer llegar más escritos políticos al mundo exterior. Es posible que se viera sometida a normas más estrictas como resultado de un encuentro que tuvo con un detective de la policía cuya insolencia la llevó a arrojarle algo a la cabeza. Por este incidente, en cualquier caso, se le impuso un castigo adicional: diez días más de prisión y cuatro semanas de aislamiento.

<sup>175</sup> “Que Dios castigue a Inglaterra”, saludo utilizado por los patriotas alemanes durante la guerra.

<sup>176</sup> De una carta inédita a Mathilde Jacob.

No es difícil imaginar cuánto pesaba sobre ella la presión mortal de la vida carcelaria, con qué impaciencia tiraba de sus cadenas. Fuera, la matanza mundial se prolongaba, cobrándose víctimas y produciendo sufrimientos indescriptibles; el hambre de las masas crecía y la moral se desmoronaba. Al principio de su encarcelamiento había alimentado la esperanza de que cuando la liberaran la guerra habría terminado, pero pronto tuvo que renunciar a ella. A pesar de los informes de una victoria alemana tras otra, tras cada nueva batalla no se vislumbraba el final de la matanza. La dirección socialdemócrata oficial había renunciado hacía tiempo a sus escrúpulos originales, y el nacionalismo campaba a sus anchas en el partido. El pueblo ya se regocijaba en la esperanza de la victoria y la conquista, y 1915 fue el año más negro para el movimiento revolucionario. Los seguidores de Rosa de la oposición, que seguían trabajando con los representantes del "Centro Marxista", no hicieron ningún progreso intelectual. Ella misma debió sentirse profundamente decepcionada por la debilidad de las ideas expresadas en las publicaciones de la oposición cada vez que tuvo la oportunidad de leerlas en la cárcel. Es cierto que en junio de 1915 se dio un paso adelante con la presentación a la Ejecutiva del SPD de una petición de protesta firmada por unos 1.000 funcionarios del partido. Pero carecía de impulso, de ideas claras; y, lo más importante, no fue seguida de ninguna acción. La Conferencia Internacional de Mujeres de Berna (marzo de 1915), organizada por Clara Zetkin, no tuvo una gran acogida. No hasta septiembre de 1915, cuando la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald allanó el camino para un movimiento internacional contra la política de guerra, la oposición en Alemania recibió un nuevo impulso. En octubre, las amas de casa de Berlín y otros lugares se manifestaron contra el aumento del coste de la vida, y estaba claro que la perspectiva de otro invierno de guerra preocupaba enormemente a las masas.

A todo el movimiento de oposición le faltaba gente con fuego y energía. Sobre todo, faltaba la propia Rosa Luxemburg. Incluso sus compañeros de armas más cercanos habían sido casi todos arrebatados del frente revolucionario al frente de guerra. Karl Liebknecht fue uno de los reclutados, y sólo cuando el Reichstag estaba en sesión pudo abandonar la zona de guerra e intervenir directamente en las actividades del movimiento. Bombardeó al gobierno con una lluvia de "interpelaciones", (*Kleine Anfrageü*), haciendo uso de la única arma parlamentaria que le quedaba para desenmascarar los métodos y objetivos imperialistas de los señores de la guerra para que las masas aguzaran el oído. También publicó varios panfletos cuya despiadada claridad y tono agresivo causaron sensación, en particular el titulado: "¡El principal enemigo está en casa!" Clara Zetkin fue detenida en julio de 1915 y, cuando fue liberada en octubre, estaba peligrosamente

mente enferma. En Berlín, Wilhelm Pieck, Ernst Meyer y Hugo Eberlein, y en Stuttgart Friedrich Westermeyer<sup>177</sup>, fueron detenidos y no puestos en libertad durante muchos meses.

Los informes que llegaban a Rosa Luxemburg del mundo exterior rara vez eran alentadores, y las frecuentes malas noticias eran terriblemente dolorosas. Sin embargo, ella soportó estoicamente todos estos golpes: «Me he entrenado para mantener una ecuanimidad tan firme que me trago todo con el semblante más alegre sin pestañear». Se entregó de lleno al trabajo, escribió su *Anticrítica*, un ajuste de cuentas con sus críticos sobre la cuestión de la acumulación, trabajó en su *Introducción a la Economía* y comenzó a transcribir las memorias del difunto Korolenko.

Hasta finales de 1915, su celda no pareció abrirse lo suficiente como para permitirle comunicarse con el mundo exterior y con el movimiento revolucionario: consiguió entablar una correspondencia secreta con Liebknecht, de la que aún existen algunos fragmentos.<sup>178</sup> Inmediatamente tomó la iniciativa política. Karl y ella estaban de acuerdo en que la alianza con los “fantasmas tambaleantes” (*Wankende Lemuren*) del “Centro marxista” se había convertido en un obstáculo para el esclarecimiento y la acción revolucionarios. A instancias de Karl, el día de Año Nuevo, 1916, se celebró en Berlín una conferencia nacional de elementos de izquierda, y el nombre *Spartakus*, que se adoptó como una especie de pie de imprenta para sus publicaciones, se convirtió posteriormente en el nombre por el que se conocía generalmente al nuevo grupo. Rosa Luxemburg elaboró una lista de “principios rectores” que logró eludir la mirada suspicaz de las autoridades carcelarias y llegar a la conferencia, donde se convirtió en el programa básico de la organización durante toda la guerra.

A mediados de febrero, Rosa recuperó por fin la libertad que la dictadura militar había dejado en Prusia. Sin embargo, la experiencia de volver a respirar aire libre fue casi demasiado para ella al principio. El año de encarcelamiento con sus tormentos psicológicos, cuyo dolor nunca pudo compartir ni expresar, la había debilitado considerablemente. Le invadió el *horror pleni*, el miedo a las multitudes, pero éstas la rodearon desde el primer día en un número tan abrumador que no había forma de repelerlas. Las mujeres de Berlín con las que había trabajado la habían apoyado durante la guerra, y simplemente querían

<sup>177</sup> Westmeyer pertenecía al estrecho círculo de amigos de Clara Zetkin y Rosa Luxemburg. Hombre de visión política y actividad incansable, fue el líder del ala radical del partido en Württemberg. Fue él quien –incluso antes del estallido de la guerra– acuñó el dicho: “¡El principal enemigo está en casa!” Murió durante la guerra.

<sup>178</sup> Publicado en *Unter dem Banner des Marxismus*, Heft 2, 1925.

mostrarle su admiración y su amor; llenas de alegría por su liberación, de simpatía por sus sufrimientos y de gratitud por sus esfuerzos en su nombre, le prepararon una recepción. Y entonces se le acercaban amigo tras amigo, pero lo único que ella conseguía eran frases desgarradas, ya que el esfuerzo de la conversación era demasiado para ella. Su primer día de libertad se convirtió en una tortura. Y a partir de entonces no tuvo descanso ni paz. En seguida se vio envuelta en el torbellino de la vida política activa, con sus interminables discusiones y reuniones, de las que sólo podía recuperarse escribiendo. Tuvo que hacer acopio de toda su energía para seguir adelante y llevar al límite sus debilitadas fuerzas para llevar a cabo las tareas más exigentes. Sin embargo, siguió gastando sus fuerzas hasta que las puertas de la prisión volvieron a cerrarse tras ella.

### **El *Juniusbroschüre***

A su salida de la cárcel, encontró el manuscrito de su ensayo “La crisis de la socialdemocracia” intacto sobre su mesa. Las dificultades técnicas de publicar material ilegal, y la detención o condena de la mayoría de los funcionarios del partido cercanos a ella, habían impedido que se imprimiera. Estos obstáculos se superaron rápidamente, y en abril de 1916 —un año después de su redacción— se publicó la obra. Aunque sólo pudo distribuirse en secreto, la demanda obligó a imprimir varias ediciones, una tras otra, y se convirtió en la coraza intelectual de miles de militantes ilegales.

Rosa había querido publicarlo con su propio nombre. Sin embargo, sus amigos la convencieron de que un gesto tan valeroso no merecía, en ningún caso, las privaciones de una nueva prisión, por lo que eligió un pseudónimo: *Junius*. El tan abusado pseudónimo del gran campeón inglés de la libertad contra los planes absolutistas del rey George III adquirió así un nuevo brillo: aquí estaba el mismo conocimiento íntimo de los hechos políticos, la misma trinchera polémica, el mismo peso abrumador de los argumentos y el mismo lenguaje enérgico y elegante, aunque esta vez era aún más vehemente y apasionado, como correspondía a la monstruosidad de los acontecimientos.

El panfleto comienza con un poderoso acorde, con la indignación expresándose en un frío sarcasmo. Rosa describe un mundo en el que la matanza masiva de seres humanos se había convertido en una tediosa rutina cotidiana, en el que los negocios florecían en las ruinas y en el que la vil caza de oportunidades de lucro se alababa como expresión del mismo patriotismo que llevaba a otros a morir como héroes en el campo de batalla. Muestra cómo la devastación de países enteros fue acompañada por el desgarramiento y la destrucción tanto de los valores



culturales genuinos como de los ídolos de la sociedad burguesa, y pinta un retrato de esta sociedad cuando revela su verdadero rostro: «no cuando, circunspecta, limpia y respetable, se burla de la cultura, la filosofía y la ética, la ley y el orden, la paz y la justicia, sino [cuando aparece] como una bestia rapaz, como un aquelarre de brujas de la anarquía, como un hedor pestilente para la cultura y la humanidad». Niega la traición de la socialdemocracia internacional a la causa socialista, y no perdona ni siquiera a los trabajadores concienciados que ahora abandonan sus ideales para seguir con fe ciega los tambores de guerra de sus líderes. El ensayo está lleno de agudas antítesis, y cada frase suena como el chasquido de un látigo.

Sin embargo, la obra no es un mero panfleto. Como en todos sus escritos, sus sentimientos son comedidos, su indignación se mantiene bajo control. Su objetivo es ilustrar, persuadir y resolver los problemas planteados por la guerra. La obra se convierte así en una guía de la historia moderna y de la estrategia proletaria. El impulso imperialista de las grandes potencias, que ya había descrito a grandes rasgos en los capítulos históricos de *La acumulación de capital*, lo desmenuaba ahora a través de todos los enredos de la *política exterior* de las últimas décadas. Mostró cómo cada uno de los dos campos imperialistas se vio en camino a una colisión como resultado de los acontecimientos y los enredos de los intereses nacionales, antagónicos, hasta que el nudo creado ya no pudo deshacerse sino que tuvo que cortarse con la espada. Al hacerlo, puso al descubierto la esencia misma de esta guerra:

«La guerra mundial que comenzó oficialmente el 4 de agosto fue la misma [...] que los parlamentarios socialdemócratas, los periódicos y los panfletos habían tachado mil y una veces de desvergonzado crimen imperialista que no tenía nada que ver ni con la cultura ni con la democracia, con los intereses nacionales, sino que, por el contrario, se oponía diametralmente a ambos<sup>179</sup>».

Sólo pequeños Estados, como Bélgica y Serbia, libraban formalmente una guerra defensiva, pero incluso ellos no eran más que peones en la gran partida de ajedrez de la política mundial. Sumidos en la guerra, se convirtieron inmediatamente en miembros de uno de los consorcios beligerantes mundiales. Su situación no podía juzgarse aisladamente del conjunto de la situación ni según consideraciones formales. Es «el entorno histórico del imperialismo actual el que determina una y otra vez el carácter de la guerra para cada uno de los países implicados».<sup>180</sup>

<sup>179</sup> *Juniusbroschüre* en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften* II, p 84 y ss.

<sup>180</sup> *Ibid*, p. 125.

Así, rechazó resueltamente la idea de copiar en esta guerra la actitud que los partidos democráticos habían adoptado en las guerras nacionalistas de épocas anteriores. Incluso el criterio que había sido decisivo para Marx y Engels hasta la década de 1890 ya no era aplicable. Ellos habían exigido que en todos los grandes conflictos de su época el proletariado se pusiera del lado de la potencia cuya victoria sirviera mejor tanto al progreso cultural de la humanidad como a los intereses del proletariado internacional en su conjunto. Rosa demostró que ambos bloques de poder luchaban por la conquista y la subyugación, y que la victoria de cualquiera de ellos tendría consecuencias perniciosas para la clase obrera internacional. Por lo tanto, la clase obrera no debe ponerse del lado de ninguno de estos bloques de poder, sino que debe permanecer unida internacionalmente en la lucha contra el imperialismo.

Rosa incluso había llegado a pensar que en la época del imperialismo ya no podría haber guerras nacionales en el sentido antiguo y estricto, un planteamiento que Lenin atacó muy acaloradamente en su crítica del *“Juniusbroschüre”*.<sup>181</sup> Hizo especial hincapié en el gran papel que las guerras nacionalistas de defensa libradas por los pueblos oprimidos contra las potencias imperialistas estaban destinadas a desempeñar en la época de la revolución mundial proletaria. La idea de Lenin abrió nuevos caminos, y no hay duda de que Rosa Luxemburg habría estado de acuerdo con ella sin reservas. Lo que ella había querido decir era que sólo las guerras nacionalistas dentro del campo imperialista ya no eran posibles, y no que las guerras nacionalistas fueran imposibles por completo, y el propio Lenin admitió que tal vez eso era lo que ella quería decir.

Sin embargo, es otra idea la que causa más sorpresa al principio. Se refería a la cuestión de la defensa nacional y, contradiciendo aparentemente su argumentación habitual, declaró que, de hecho, era deber de la socialdemocracia defender al país en una gran crisis, y reprochó al partido alemán haber «dejado a la patria en la estacada en la hora de mayor peligro», precisamente lo que sus dirigentes se enorgullecían de no haber hecho. La aparente contradicción se resuelve fácilmente: Rosa se refería al ejemplo de las guerras jacobinas y la Comuna de París, y a una hipotética guerra franco-rusa no imperialista contra Alemania, tal y como la describe Friedrich Engels en 1892, y señaló que «cuando Engels hablaba de *defensa nacional* en línea con la política socialdemócrata, no se refería al apoyo al gobierno militarista prusiano de los *Junkers* y a su Estado Mayor, sino a una acción revolucionaria siguiendo el ejemplo de los jacobinos franceses». Está claro que aludía a *la defensa de la patria tras la toma del poder por la clase obrera*, y que *reprochaba a la socialdemocracia que abandonara la lucha de*

<sup>181</sup> V. Lenin y G. Zinoviev, *Gegen den Strom*, cit, p. 415 y ss.

*clases y obstaculizara así esa toma del poder.* Como en otras partes de esta obra, ella no hablaba con su habitual lenguaje explícito de la conquista revolucionaria del poder, pero todo el contexto muestra claramente lo que quería decir. Probablemente, mientras escribía la obra, seguía pensando en su publicación legal; de ahí la circunspección en la elección de sus palabras. Por esta razón, a sus lectores también les resultaba difícil seguir su línea de pensamiento, y debieron sentirse aún más confusos cuando relacionó sus ideas con un programa de acción que culminaba con el «lema de una gran república alemana unida». Estaba reviviendo la idea que había defendido en 1910 como posible palanca de la revolución. Aunque sin duda era correcta en 1910, en condiciones de guerra podía utilizarse fácilmente para justificar la *política socialista* de guerra en los países democráticos. Una república burguesa alemana seguiría inevitablemente también una política imperialista, de modo que la consigna no contenía una solución verdaderamente socialista del problema de la guerra.

Rosa Luxemburg hizo todo lo posible para sofocar cualquier peligro de confusión derivado de esta consigna, desmontando la leyenda de la misión liberadora con la que ambos bandos imperialistas intentaban ganarse el apoyo de las masas. ¿Acaso no era el objetivo de la Entente liberar al mundo del “kaiserismo”? ¿Y no era la tarea de Hindenburg llevar la revolución a Rusia a punta de bayonetas alemanas? Con golpes contundentes, arrancó la bandera democrática de las manos de los aspirantes a la conquista del mundo y despedazó la leyenda liberadora de los líderes socialdemócratas alemanes. A su vez, señaló la transformación del papel político exterior del zarismo y mostró el fatídico efecto de la guerra en la renacida revolución rusa:

«La guerra fue desencadenada por Viena y Berlín, y enterró la revolución rusa bajo las ruinas, tal vez durante años. Las “culatas de fusil alemanas” no han aplastado al zarismo; han aplastado a sus adversarios. Han ayudado al zarismo proporcionando a Rusia la guerra más popular que ha tenido en un siglo. Esta vez todo ha tenido el efecto de dar al gobierno ruso el nimbo de la justificación moral: la provocación de la guerra por Viena y Berlín, claramente visible para todo el mundo fuera de Alemania; el *Burgfrieden* en Alemania y el delirio nacionalista desatado por él; el destino de Bélgica; la necesidad de correr en ayuda de la República Francesa: nunca el absolutismo ha tenido una posición tan escandalosamente favorable en una guerra europea. La bandera de la revolución, que ondeaba esperanzada, se hundió en la vorágine salvaje, pero se hundió honorablemente, y se levantará de la lúgubre matanza para ondear de nuevo, a pesar de los “culatazos alemanes”, a pesar de la victoria o la hazaña del zarismo en los campos de batalla<sup>182</sup>».

<sup>182</sup> *Juniusbroschüre* en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften* II, p. 96 y ss.

¿Y las perspectivas? Con serena certeza, a pesar de los informes diarios de victorias de las Potencias Centrales, predijo el colapso de Austria-Hungría y Turquía; y a pesar de la proclamada hermandad de las ‘Potencias Aliadas y Asociadas’, profetizó la rivalidad entre Japón, por un lado, y Gran Bretaña y EE.UU., por el otro, en las luchas por China. Sin embargo, la paz sería igualmente fatídica para los trabajadores de todos los países, tanto si sus gobiernos eran victoriosos como derrotados, a menos que fuera una paz dictada por la «intervención revolucionaria del proletariado». Sólo había una manera de preparar esta intervención y de llevarla a cabo: la continuación y la intensificación de la lucha de clases.

Y concluyó el trabajo con una presentación e interpretación de los monstruosos acontecimientos del día en un pasaje de poder casi visionario:

«La furia actual de la bestialidad imperialista en los campos de Europa ha tenido aún otro efecto para el que el “mundo civilizado” no ha tenido ojos horrorizados, ni corazón estremecido: la *matanza y destrucción masiva del proletariado europeo*. Nunca una guerra ha acabado con capas sociales enteras hasta este punto; nunca en los últimos cien años se ha apoderado de tal manera de todos los grandes y viejos países civilizados de Europa. Millones de vidas humanas han sido aniquiladas en los Vosgos, en las Ardenas, en Bélgica, en Polonia, en los Cárpatos, en la Save; millones han sido mutiladas. Pero nueve décimas partes de estos millones son los trabajadores de la ciudad y del campo. Es nuestra fuerza, nuestra esperanza, que está siendo segada en parcelas como la hierba bajo la hoz. Son las fuerzas más educadas, más inteligentes y mejor entrenadas del socialismo internacional, los portadores de las tradiciones más sagradas y del heroísmo más audaz del movimiento obrero moderno, la vanguardia de todo el proletariado mundial –los obreros de Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania y Rusia– los que ahora están siendo amordazados y masacrados a montones. [...] Lo que está ocurriendo ahora es una matanza masiva sin precedentes que está reduciendo cada vez más la población obrera adulta de todos los principales países civilizados a mujeres, ancianos y lisiados, un derramamiento de sangre que amenaza con hacer que el movimiento obrero europeo se desangre hasta morir. [...]

Es un crimen aún más vil que la destrucción de Lovaina y de la catedral de Reims. Es. [...] un golpe mortal contra la fuerza que lleva el futuro de la humanidad en sus entrañas, la única fuerza que puede salvar los tesoros del pasado, y llevarlos a una sociedad mejor. Aquí el capitalismo revela su verdadero rostro de muerte; así traiciona al mundo que ha constuído para sí, y muestra que ha perdido su derecho histórico a existir, que su permanencia en el poder ya no es compatible con el progreso de la humanidad. [...]

«*¡Deutschland, Deutschland über alles! ¡Viva la democracia! ¡Viva el Zar y el Eslavismo! ¡Diez mil tiendas de campaña garantizadas según las especificaciones! Cien mil kilos de tocino, sucedáneos del café, entrega inmediata!*». Los dividendos suben y los proletarios bajan. Y con cada uno de ellos se hunde en la tumba un luchador del futuro, un soldado de la revolución, un salvador de la humanidad del yugo del capitalismo.

Cesará la locura y el espectro sangriento del infierno solo desaparecerá cuando los obreros de Alemania y Francia, de Inglaterra y Rusia despierten por fin de su frenesí, se tiendan mutuamente la mano de la fraternidad y ahoguen el coro bestial de las hienas imperiales con el viejo, poderoso y atronador grito de guerra del trabajo: “*¡Proletarios de todos los países, uníos!*”<sup>183</sup>.

## **Spartakus**

Por su convincente línea argumental y su conmovedor lenguaje, *el Juniusbroschüre* es el documento más poderoso publicado contra la guerra y la política bélica. Su contenido muestra que fue diseñado para la propaganda de masas. Aún hoy es más que un documento histórico: es el hilo de Ariadna en el laberinto de nuestro tiempo. Sin embargo, entre el día en que se terminó y el día en que se publicó había transcurrido un año, un año durante el cual el movimiento contra la guerra había madurado, de modo que se hicieron necesarias instrucciones concretas para la acción revolucionaria. Éstas se dieron en las “Tesis” (*Leitsätze*) o «Principios rectores relativos a las tareas y deberes de la socialdemocracia internacional», redactados por Rosa cuando aún estaba en prisión y publicados como apéndice del *Juniusbroschüre*.

<sup>183</sup> *Ibid.*, p. 149 y ss.

Los “Principios rectores” servían al propósito consciente de separar a los partidarios de Luxemburg y Liebknecht del sector vacilante e indeciso de la oposición alemana. Sus conclusiones tácticas eran especialmente enfáticas en su rechazo de los «planes utópicos y, en el fondo, reaccionarios» de naturaleza puramente pacifista (tribunales de arbitraje internacionales, desarme, libertad de navegación, con federaciones, etc.) en los que los partidarios de Kautsky y Hugo Haase depositaban sus esperanzas. La proclama era perfectamente clara:

«El imperialismo, última fase de la vida y máximo desarrollo del dominio político mundial del capitalismo, es el enemigo mortal común del proletariado de todos los países. Para el proletariado internacional, la lucha contra el imperialismo es al mismo tiempo una lucha por el poder político dentro del Estado, el conflicto decisivo entre el socialismo y el capitalismo. El objetivo final del socialismo sólo se logrará si el proletariado internacional se opone al imperialismo en un frente único y adopta la consigna «guerra contra la guerra» haciendo de este precepto su política práctica, haciendo acopio de toda su fuerza y del máximo espíritu de abnegación<sup>184</sup>».

De allí también se deducen consecuencias de tipo organizativo. El movimiento revolucionario debía separarse completamente de los elementos que se habían rendido al imperialismo. Había que crear una nueva internacional obrera, una organización de tipo superior a la que acababa de derrumbarse, una organización «con una concepción uniforme de los intereses y las tareas proletarias, y con una táctica uniforme y la capacidad de actuar tanto en la guerra como en la paz». Se concedió la máxima importancia a la disciplina internacional:

«El “centro de gravedad” de la organización del proletariado como clase reside en la Internacional. En tiempo de paz, la Internacional debe decidir la táctica de sus secciones nacionales sobre las cuestiones del militarismo, la política colonial, la política comercial y las celebraciones del Primero de Mayo; también debe decidir la táctica general a seguir en tiempo de guerra.

La obligación de cumplir las resoluciones de la Internacional prevalece sobre todas las obligaciones organizativas.

El único medio de defender hoy todas las libertades nacionales reales es la lucha de clases revolucionaria contra el imperialismo. La patria de los proletarios de todos los países es la Internacional Socialista, y todo debe subordinarse a su defensa<sup>185</sup>».

<sup>184</sup> *Ibid*, p. 154 y ss.

<sup>185</sup> *Ibid*, p. 156 y ss.

Estos “principios rectores” suscitaron violentas discusiones en el seno de la oposición. Eran completamente inaceptables para la tendencia derechista de Kautsky, mientras que los seguidores más izquierdistas de Georg Ledebour se oponían sobre todo al estricto compromiso con la disciplina internacional que contenían. Pero Rosa Luxemburg se mantuvo inflexible precisamente en este punto: la socialdemocracia había fracasado porque no había desarrollado un espíritu internacionalista y porque la vieja internacional no había sido una organización realmente unida, ni en la conciencia ni en la acción de sus miembros. Entre todos los grandes líderes socialistas, fue la internacionalista consumada, tanto en pensamiento como en sentimiento. Lo que escribió durante los debates de entonces no era mera propaganda, sino una auténtica declaración de sus ideales fundamentales: «La fraternidad mundial de los trabajadores es la cosa más santa y elevada de la tierra; es la estrella que me guía, mi ideal, mi patria. Antes perdería mi vida que ser infiel a este ideal!».<sup>186</sup> A menudo se la acusó de intervenir en las luchas internas de otros partidos, pero en realidad consideraba que esa intervención era algo perfectamente natural.

Para ella, el proletariado internacional era un solo cuerpo que actuaba unido, y ahora su firme objetivo era lograr esta unidad en la realidad. Cualquiera que se negara a trabajar por ello le demostraba que se encontraba en un terreno totalmente distinto.

De este modo se trazó la línea de demarcación dentro de la oposición y la extrema izquierda se agrupó en torno a Luxemburg y Liebknecht. Una conferencia celebrada a mediados de marzo de 1916 demostró que se habían desarrollado cuadros bastante destacados en torno a aquellos pocos individuos que habían enarbolado la bandera de la rebelión en la socialdemocracia alemana en el verano de 1914. Asistieron delegaciones de la mayoría de las zonas industriales: de Berlín, Sajonia, Turingia, Alemania Central, Frankfurt, Württemberg y Renania. Del norte de Alemania, de Baviera y de la Alta Silesia llegaron declaraciones de solidaridad. Sobre todo, las Juventudes Socialistas, que habían celebrado una conferencia secreta en Jena en Pascua de 1916, apoyaron mayoritariamente a *Spartakus*. Este auge del movimiento significó un aumento de la carga de trabajo para Rosa, pero lo soportó alegremente: había que mantener una extensa correspondencia; las discusiones, incluso las más vitales, parecían interminables; y tuvo que viajar mucho, sobre todo a las provincias, para promover el trabajo de organización.

<sup>186</sup> *Entweder-Oder* (O lo uno o lo otro), panfleto ilegal producido durante la guerra.

También tenía la tarea, poco habitual en ella, de frenar a los impacientes. Muchos consideraban intolerable permanecer en un partido que se había convertido en abanderado del Estado Mayor y cuyos dirigentes empezaban a destruir los derechos democráticos de los miembros, privando a las organizaciones locales del control sobre los periódicos locales y expulsando a los miembros de la oposición de la representación del partido en el Reichstag. Estos camaradas presionaron a favor de un partido nuevo y completamente independiente, pero Rosa se opuso resueltamente. Reconocía que su objetivo debía ser formar un partido revolucionario, pero mientras les fuera posible trabajar dentro del viejo partido sin abandonar sus principios, debían hacerlo; bajo ninguna circunstancia debían dejar voluntariamente a los miembros de base en manos de líderes renegados. Así, durante mucho tiempo consideró que su tarea era impedir la creación de sectas y, al menos por el momento, reunir a sus seguidores como una tendencia organizada dentro del partido.

Además, pensaba que había que intentar movilizar a las masas trabajadoras para que actuaran contra la guerra, algo que Liebknecht, en particular, estaba ansioso por conseguir. Se eligió el Primero de Mayo de 1916 para la primera prueba de fuerza, y *Spartakus* movilizó en las fábricas de Berlín para una manifestación en la Potsdamer Platz. Fue un gran éxito. A las ocho de la mañana, una densa multitud de trabajadores –casi diez mil– se reunió en la plaza, que la policía ya había ocupado con mucha antelación. Karl Liebknecht, de uniforme, y Rosa Luxemburg estaban en medio de la manifestación y fueron recibidos con vítores por todas partes. Entonces sonó la voz de Liebknecht: *¡Abajo la guerra! ¡Abajo el gobierno!* La policía se abalanza sobre él y lo arranca de entre la multitud. Rosa, que intentaba protegerle, se interpuso en su camino, pero fue apartada bruscamente. La indignación cundió entre las masas y se intentó liberar a Karl, pero la policía montada se impuso. Durante las dos horas siguientes a la detención de Liebknecht, las masas se arremolinaron en torno a la Potsdamer Platz y las calles adyacentes, y se produjeron numerosas refriegas con la policía. Por primera vez desde el comienzo de la guerra había aparecido en las calles de la capital una resistencia abierta contra ella. Se había roto el hielo.

La sola aparición de Liebknecht demostró una vez más la gran importancia del ejemplo personal. En un momento de enorme tensión –cuando el SPD estaba desmoralizado (lo que también significaba la desmoralización de la clase obrera), y las masas eran impotentes y habían perdido toda confianza en sus líderes–, los individuos tenían que dar un paso al frente y demostrar con su abnegación que, al menos con ellos, las palabras y los hechos eran idénticos, y que los hechos aún eran posibles. Karl y Rosa fueron conscientes de la necesidad de dar ejemplo y se arriesgaron a todo.



Tras la detención de Karl, la *Spartakusbund* (*Bund* = liga), como se llamaba ahora, se embarcó en una campaña propagandística de intensidad extraordinaria. Se produjeron y distribuyeron por todo el Reich panfletos tras panfletos. La propia Rosa escribió toda una serie de ellos, explicando la lucha de Liebknecht a los trabajadores en un lenguaje conmovedor y llamándoles a seguir su ejemplo. El propio Liebknecht apoyó la campaña utilizando los únicos medios que tenía a su alcance: bombardeó a las autoridades judiciales militares con declaraciones que empezaban con la frase formal: «Con respecto a la investigación contra mí...», y que aparentemente pretendían ser declaraciones de autodefensa. En realidad, no intentó defenderse y convirtió estos alegatos en una acusación contra la política de guerra de Alemania. Cada uno de estos documentos salió de la cárcel y fue impreso por la *Spartakusbund* y distribuido en grandes cantidades por todo el país. El resultado fue que miles de personas se unieron a la lucha contra la guerra.

Además, muchos miles de personas que hasta entonces habían apoyado a los líderes socialdemócratas se apartaron de ellos. En particular, el comportamiento de los miembros del partido en el Reichstag contribuyó a esta evolución. Cuando las autoridades judiciales militares exigieron que el Reichstag levantara la inmunidad parlamentaria de Liebknecht, los partidos burgueses se apresuraron, por supuesto, a manifestar su entusiasta acuerdo. Es cierto que los diputados socialdemócratas abogaron por el mantenimiento de su inmunidad, pero no sin calumniarle al mismo tiempo. Ni siquiera defendieron sus derechos parlamentarios; en cambio, declararon que era un soñador inofensivo. El diputado Eduard David añadió: '¡Un perro que ladra no muerde!' Rosa Luxemburg replicó que al menos Liebknecht no actuaba «como un abogado, ni como un formalista, sino como un verdadero socialdemócrata». En un folleto titulado "(Política de perros)" (verano de 1916) escribió:

«Perro es aquel que lame las botas del amo que le ha dado patadas durante décadas.

Perro es aquel que mueve alegremente la cola con el bozal de la ley marcial en el hocico y mira directamente a los ojos de los señores de la dictadura militar mientras gime suavemente pidiendo clemencia.

Perro es aquel que ladra roncamente a un hombre en su ausencia, incluso a un hombre encadenado, y actúa así como perro de presa de quien esté en el poder en ese momento.

Perro es alguien que, a las órdenes de su gobierno, reniega, calumnia y pisotea toda la historia de su partido y todo lo que ha considerado sagrado durante una generación.»

El 28 de junio de 1916, Karl Liebknecht es condenado a dos años y seis meses de trabajos forzados. El día del juicio se produjeron grandes manifestaciones en Berlín y el día de la sentencia 55.000 obreros de la fábrica de municiones se declararon en huelga. Al mismo tiempo, hubo manifestaciones en Stuttgart y huelgas en Braunschweig y Bremen. La huelga política, supuestamente imposible en tiempos de paz con una organización fuerte y unida, y tachada de anarcosindicalismo y romanticismo revolucionario, se hizo realidad en tiempos de guerra, a pesar de que los huelguistas fueron amenazados con trabajos forzados o con las trincheras. En la medida en que la voluntad y la iniciativa espontáneas de las masas necesitaban que se les proporcionara un objetivo, las huelgas fueron obra de los *espartaquistas*. Aunque los partidarios organizados del movimiento *Spartakus* eran aún poco numerosos, ya se hacían oír. El *Burgfrieden* (paz interior) había perdido su fuerza domesticadora. El frenesí nacionalista había llegado a su fin. Comenzaba el despertar.

Pero el militarismo alemán se vengó: muchos centenares de militantes de *Spartakus* fueron detenidos. Las fábricas fueron “peinadas”, y miles de personas fueron reclutadas como castigo, pero como resultado de este movimiento las ideas revolucionarias fueron llevadas a todas las partes del frente. Se dictaron sentencias cada vez más severas y se celebraron juicios masivos. Por el momento, los militares podían atribuirse una victoria. Como el movimiento político en las fábricas se vio privado temporalmente de sus líderes, no hubo acciones de protesta cuando Liebknecht fue condenado por un tribunal militar superior a cuatro años de trabajos forzados. Sin embargo, sus magníficas palabras: «Ningún general ha llevado nunca un uniforme con tanto honor como yo llevaré el traje de convicto», causaron una profunda impresión en la gente. El hombre solitario de la cárcel de Luckau, que remendaba zapatos en la prisión de Luckau, se convirtió así en un símbolo para la conciencia de la nación.

## Barnimstrasse, Wronke, Breslau

El 10 de julio de 1916 Rosa Luxemburg también fue detenida de nuevo. Años más tarde, el general Ernst von Wrisberg, testigo en un sensacional proceso político, declaró que su detención se había producido a petición directa de un diputado socialdemócrata. Poco después, Franz Mehring, de setenta años, también fue encarcelado. Ernst Meyer, que acababa de salir de la cárcel, también fue encarcelado en agosto. Julian Karski fue internado en un campo de concentración. Pero todo esto no paralizó a *Spartakus*: Leo Jogiches tomó las riendas. Su criterio político, su experiencia conspirativa, su energía, su estricta disciplina y su gran carisma pusieron nuevos medios y personas al servicio del movimiento, y el trabajo avanzó con paso firme. Las *Spartakusbriefe* (*Briefe* = cartas) aparecieron ahora con una regularidad infalible, ya no mecanografiadas, como al principio, sino impresas, para un círculo más amplio de lectores. Ya no eran el mero boletín informativo de un pequeño grupo político, sino una revista política, que iluminaba y diseccionaba los acontecimientos mundiales, un arma para despertar a las masas. Desde la cárcel, Rosa Luxemburg escribía regularmente para cada número, a veces tres cuartas partes de un número entero. De alguna manera, sus manuscritos salieron al exterior y los muros de la fortaleza no pudieron menguar el sonido de su voz.

Esta vez Rosa no había sido detenida ni por una sentencia ni por un juicio pendiente. «Prisión preventiva», así se llamaba este espléndido dispositivo con el que se revivían las tradiciones de la Bastilla en la Alemania de la guerra. Teóricamente, como prisionera política, invitada de honor del Estado, se le permitían todas las libertades personales dentro de la prisión, pero no el primer derecho de todo prisionero: saber cuándo acabaría su condena. En virtud de una orden de «prisión preventiva», ninguna prisionera podía permanecer detenida más de tres meses, pero cada tres meses llegaban con puntualidad prusiana nuevas órdenes de detención, auténticas *lettres de cachet*.<sup>187</sup> A la prisionera se le permitía ocuparse de lo que quisiera, pero no de lo que realmente quería, es decir, de política. Se le permitía comunicarse sin trabas con el mundo exterior por medio de cartas, que, sin embargo, estaban censuradas; y recibiendo visitas, que, sin embargo, estaban limitadas a una al mes, a saber, alguien que el Estado Mayor General considerara digno. Incluso tenía que pagar por su estancia en este hospitalario lugar. Todo esto parecía bastante respetable, un castigo de honor, aunque en muchos aspectos era peor que la detención penal.

<sup>187</sup> *Lettres de cachet*: cartas cerradas con el sello real en las que los reyes franceses (anteriores a 1789) exigían el encarcelamiento o el destierro de una persona. [N. Ed.]

La primera estación fue de nuevo la prisión de mujeres de Berlín, cuyo departamento de «prisión preventiva» había sido bautizado como «Militär-Frauengewahrsam Barnimstrasse» (Prisión Militar de Mujeres de Barnimstrasse). Allí se encontraba en un entorno conocido, custodios conocidos. Sin embargo, las autoridades militares debieron sospechar que estaba en contacto con camaradas del exterior, por lo que decidieron imponerle medidas de aislamiento más estrictas. Hasta que pudieron encontrar un lugar más seguro para ella, la enviaron de la Barnimstrasse a la Jefatura de Policía de Berlín. Era un infierno: once metros cúbicos, sucios, infestados de alimañas, desordenados y amueblados de la forma más primitiva, porque las celdas eran sólo lugares de paso temporal para las prisioneras que esperaban ser trasladadas a cárceles normales. No había luz artificial, y en las semanas de otoño las celdas quedaban a oscuras a las cinco o seis de la tarde. Durante toda la noche resonaban en los pasillos pesadas pisadas, sonaban las llaves y se golpeaban las puertas de hierro cuando llegaban nuevos presos a cualquier hora. Además, se oía la música infernal de los trenes urbanos que pasaban atronadoramente y sacudían todo el edificio. «El mes y medio que pasé allí me dejó canas en la cabeza y grietas en los nervios de las que nunca me recuperaré», escribió Rosa<sup>188</sup>.

A finales de octubre de 1916 fue trasladada a la prisión fortaleza de Wronke, situada en un lejano rincón de la provincia de Posen. Al menos había paz y tranquilidad, por lo que la vida en la cárcel era algo más llevadera. La puerta de la celda permanecía abierta todo el día, y en el patio Rosa podía cuidar de sus propios maceteros de flores y escuchar el canto de los pájaros. Era casi idílico, pero en julio de 1917 la volvieron a desarraigar, esta vez a Breslau (Wrocław). La prisión era un edificio lúgubre. Salvo breves “paseos”, estaba encerrada en su celda todo el día. En el estrecho patio de la prisión solía permanecer pegada a los muros, donde entraba un poco de sol, y sus ojos, ávidos de un poco de color, buscaban el verde de las briznas de hierba marchita que lograban abrirse paso entre las losas. Este fue el mundo en el que Rosa pasó tres años y cuatro meses de guerra (incluido el período de 1915), hasta que la revolución de noviembre de 1918 forzó la apertura de las puertas de la prisión y la liberó.

Afuera, el mundo estaba en llamas. Rosa ardía en una apasionada voluntad de actuar, de enseñar, de incitar a la acción para colocar las bases de un mundo nuevo en el caos de este crepúsculo de los dioses; y estaba confinada a esta isla de los muertos, viviendo en el aire enrarecido de una campana de cristal, en una soledad opresiva y un silencio plomizo en el que durante semanas apenas oía el

<sup>188</sup> R. Luxemburg, *Briefe an Freunde*, [Cartas a los amigos] p. 120.

sonido de su propia voz. Con horrible claridad veía los cuerpos desgarrados en las trincheras, la suerte de millones de seres; sentía la creciente miseria de las masas, la muerte de los niños, la atrofia de toda una generación, el embrutecimiento general y el desmoronamiento de la cultura. Pero ninguna privación, ninguna fuerza, ningún dolor podía quebrantar su voluntad. Con los sentidos bien despiertos y el gesto estoico, permaneció inquebrantable.

Buscaba la alegría en el canto de los pájaros, en cada pequeña flor, entre las hormigas que construían sus túneles entre las piedras, en el abejorro que una vez se coló en su celda, en la mariposa casi congelada a la que pudo devolver la vida, y en los cúmulos de nubes amontonados en la mancha de azul celeste visible para ella. Vivía fantaseando con sus amigos de fuera y se preocupaba por ellos. Cada carta que recibía la leía con detenimiento, entre líneas, sintiendo la tensión mental del remitente en cada palabra pusilánime. A todos les servía de apoyo. A Mathilde Wurm ella le escribió: «Tranquilízate, siempre seré tu brújula, porque tu recta naturaleza te dice que yo poseo el más imperturbable juicio». Y a Sonja Liebknecht: «Querida Soniuschka, debes estar tranquila y serena a pesar de todo. Así es la vida y así debemos tomarla, con valentía, impertérritos y sonrientes... a pesar de todo». Sabía ponerse en el lugar de los demás y conocer sus necesidades individuales. Incluso tenía un estilo especial para cada corresponsal: A Sonja le escribía con ternura protectora, dándole ánimos y consuelo; a Luise Kautsky, con camaradería y un ligero toque de fría ironía; a Clara Zetkin, con un tono de serena certeza, indicativo de su profunda amistad, que surgió de la armonía de sus ideas y de su duradera asociación en la lucha revolucionaria; con Diefenbach, charlaba alegremente, a menudo jugando a fondo, y está claro que simplemente intentaba colmarle de cosas agradables para distraerlo del peligro que sabía que corría. Todas sus cartas contienen maravillosos esbozos de sus recuerdos y experiencias.

En la soledad y monotonía de su vida en prisión, los libros eran naturalmente un consuelo y un refugio. Al menos en este aspecto era privilegiada en comparación con los presos comunes: se le permitía leer todo lo que el censor autorizara. Aplacó su hambre de cosas bellas devorando la literatura clásica y moderna de Francia, Inglaterra, Rusia y Alemania. Se sumergió en las ciencias naturales. Pero, por muy apasionadamente que se dedicara a todo ello, todo era mero recreo. Lo principal era su trabajo. En la cárcel volvió a trabajar en su *Introducción a la Economía*, en su traducción de Korolenko, en una historia de Polonia y, más tarde, en su análisis de la Revolución Rusa. Al mismo tiempo, seguía con atención los acontecimientos mundiales y la evolución del movimiento obrero internacional. Cada «día de correos» tenía artículos listos para su publicación, que salían de la prisión como contrabando bajo la mirada de los funcionarios inspectores. Ahora

encontraba la perspectiva adecuada, la distancia justa, y tenía tiempo para reflexionar a fondo sobre los problemas y formular sus ideas. De este modo, sus artículos se convirtieron en pequeñas obras maestras, tanto si trataban de las intrigas de los Scheidemann, de la creación de una «Polonia independiente» como nueva reserva de carne de cañón, o del farol de la paz del presidente Wilson. Y una y otra vez insistió en la necesidad de la acción revolucionaria independiente de las masas, como en esta carta de *Spartakus* de abril de 1917:

«La política pacifista de los socialistas se resume actualmente en estas sencillas palabras: ¡Trabajadores! O bien los Gobiernos burgueses firman la paz de la misma forma en que iniciaron la guerra y entonces, sea cual sea el resultado de la guerra, el imperialismo seguirá siendo la potencia dominante, en cuyo caso habrá, inevitablemente, nuevos rearmes y guerras que nos conduzcan a la ruina, la reacción y la barbarie, o desencadenáis un levantamiento revolucionario de las masas luchando por el poder político para poder dictar vuestra paz en el interior y en el exterior. Una de dos, o imperialismo y decadencia más o menos rápida de la sociedad o lucha por el socialismo como única salvación. No existe una solución intermedia»<sup>189</sup>

Sus esperanzas estaban puestas en ese levantamiento del pueblo y clamaba por él con ardiente impaciencia. Mientras tanto, mostraba a los obreros las fatídicas consecuencias que su inacción tendría para toda la humanidad. Pero no era pesimista. Incluso ahora confiaba plenamente en que la historia seguiría su curso, sabiendo que incluso los obreros alemanes de uniforme «—la carne de cañón más robusta, más inteligente, políticamente educada, organizadamente disciplinada y teóricamente instruida»— se levantarían algún día. Y seguía esperando ese día con impaciencia. Una vez escribió a una amiga:

«La historia del mundo parece una insípida novela de *suspense* barata en la que el sensacionalismo escabroso y los episodios que hielan la sangre se superan unos a otros en aras del efecto. Sin embargo, una novela así no debe dejarse de lado sin más. No dudo ni por un momento de la dialéctica de su historia, ¡y conmueve!»

Irradiaba alegría “en cantidades inagotables”, y estaba llena de gozo (aunque apenas sabía por qué); buscaba la razón en la vida misma: «Hay una hermosa cancioncilla de la vida en el áspero crujido de la arena mojada bajo las lentas y pesadas pisadas del centinela —sí uno sólo sabe escucharla correctamente.»<sup>190</sup> Sin embargo, esta vida le pasó factura: la matanza, la devastación y la destrucción en

<sup>189</sup> *Carta de Espartaco*, de abril de 1917, en *Spartakusbriefe*, Berlín (oriental).

<sup>190</sup> *Briefe aus dem Gefängnis* (Cartas desde la cárcel), p 56.

el exterior, el triunfo de la barbarie, el embrutecimiento de la vida, el hielo cobarde de los hombres obligados a ser héroes por mandato, el pisoteo de todo lo que ella consideraba sagrado; además, su propia impotencia, su encarcelamiento y su soledad –golpe tras golpe– trastornaron su equilibrio interior y minaron su energía. Durante siete meses mantuvo su robusta disposición habitual, pero al octavo sus nervios cedieron. La atormentaban sentimientos depresivos. Una sombra que cayera sobre ella la hacía estremecerse, y cualquier pequeña excitación, incluso placentera, la sacudía profundamente. Entonces, cuando su voluntad y su hambre de vida parecían triunfar de nuevo, en el otoño de 1917 un terrible golpe –esta vez, un golpe muy personal: Hans Diefenbach murió en combate. El impacto de la noticia dejó una herida abierta que nunca llegó a cicatrizar del todo. Pero cuando logró superar el primer y agudo dolor de la pena, encontró consuelo en las palabras que había escrito a Diefenbach al principio de la guerra, y ahora expresaba estos mismos pensamientos a Sonja Liebknecht:

«Sabes, Sonitschka, cuanto más dura, y cuanto más la bajeza y la monstruosidad de las cosas que suceden cada día sobrepasan todos los límites y todas las medidas, más tranquila y más firme me vuelvo. Del mismo modo que no se pueden aplicar normas morales a los elementos –una tormenta, una inundación o un eclipse de sol–, aquí también sólo se les puede considerar como algo dado, como objeto de investigación y conocimiento.»<sup>191</sup>

Un año antes, en una carta a Luise Kautsky, había afirmado con especial contundencia que ese mismo principio de vida la había mantenido en pie durante el hundimiento de todo su mundo.

«Todos los que me escriben también se quejan. No encuentro nada más ridículo que eso. ¿No comprenden que la desgracia general (*Dalles*) es *demasiado grande* para quejarse de ella? Pero cuando el mundo entero se va al garete, entonces trato simplemente de *comprender* qué y por qué ha sucedido, y, habiendo cumplido con mi deber, entonces me siento de nuevo tranquila y de buen humor. *Ultra posse nemo obligatur* (uno no está obligado a hacer lo imposible). [...] Abandonarse por completo a las penas del día es del todo incomprensible e intolerable. Fíjate, por ejemplo, en la fría compostura con la que Goethe se las arreglaba para mantenerse al día. Y ten en cuenta lo que tuvo que vivir: la gran Revolución Francesa, que, vista de cerca, debe haber parecido una farsa sangrienta y completamente inútil;

<sup>191</sup> Carta a Sophie [Sonia] Liebknecht, Breslau, 16 de nov. 1917.

y luego de 1793 a 1815 una cadena ininterrumpida de guerras, cuando el mundo volvió a parecer un manicomio abierto de par en par. ¡Y con qué calma y ecuanimidad intelectual prosiguió todo ese tiempo sus estudios sobre la metamorfosis de las plantas, sobre cromatología y sobre mil y una cosas más! No te exijo que escribas poesía como la de Goethe, pero seguro que todo el mundo puede adoptar su concepción de la vida –la universalidad de los intereses, la armonía interior– o al menos esforzarse por alcanzarla. Y si usted dice algo así como: pero Goethe no era un luchador político, entonces yo digo: un luchador político tiene aún más necesidad de tratar de estar en la cima de las cosas; de lo contrario, se hundirá hasta las orejas en cualquier asunto insignificante... por supuesto, me refiero a un luchador de muy alto calibre.»<sup>192</sup>



**Rosa y Louise Kautsky (1909)**

<sup>192</sup> *Idem.*, Carta a Luise Kautsky, *Wronke na P.*, Fortaleza, 26 de Enero 1917



## 12. Rusia 1917

### El primer triunfo

El estallido de la guerra había aislado a Rosa Luxemburg de los movimientos obreros polaco y ruso, aunque probablemente tuvo la satisfacción de enterarse a tiempo de que su propio partido en Polonia no había sido víctima de la desmoralización general, sino que se había mantenido fiel al espíritu de sus ideas. Josef Piłsudski y Daszyński intentaron inmediatamente poner al pueblo polaco bajo el mando de la maquinaria de guerra austrohúngara, con la esperanza de recibir polacos «en dependencia» en feudo de los Habsburgo y los Hohenzollern. El 2 de agosto de 1914, sin embargo, el SDKPyl, junto con el ala izquierda del PPS y el *Bund*, emitió una proclama conjunta:

«El proletariado declara la guerra a sus gobiernos y opresores. [...] En su lucha por los derechos nacionales, el proletariado polaco derivará sus reivindicaciones del conjunto de la política de clases Polaca. Para llevar a cabo estas reivindicaciones, el proletariado polaco debe conquistar el poder político y tomarlo en sus manos.»

El antiguo partido de Rosa Luxemburg se mantuvo inquebrantablemente fiel a este programa, tanto contra el absolutismo ruso como contra los generales alemanes, y tanto bajo el régimen de uno como bajo el régimen del otro, el Pabellón X de la Ciudadela de Varsovia, donde había sido encarcelada en 1906, era la residencia habitual de los dirigentes socialdemócratas polacos.

Entre los socialdemócratas rusos –tanto en Rusia como en el extranjero– los bolcheviques demostraron ser el núcleo duro del movimiento revolucionario ruso. Sólo al principio hubo un cierto grado de vacilación, pero fue en la periferia del partido y se superó rápidamente. En 1914 los miembros bolcheviques de la Duma fueron expulsados a causa de su actividad revolucionaria. Entre los mencheviques se encontraban muchos matices de opinión, desde los internacionalistas hasta los que ahora defendían la patria zarista. Después de superar las dificultades del período de reacción que siguió a la Revolución de 1905, el movimiento revolucionario había progresado constantemente en Rusia. En julio de 1914 volvieron a levantarse barricadas en las calles de San Petersburgo.

La guerra hizo retroceder momentáneamente la revolución. La burguesía se regocijó en la esperanza de la conquista extranjera, los campesinos creyeron que significaba nuevas tierras bajo el arado y las masas trabajadoras simplemente se confundieron, pero sólo por un tiempo. A principios de 1915 se produjeron

nuevas huelgas y manifestaciones que iniciaron, detrás de la larga línea del frente, un proceso que iba a acabar con el absolutismo. Las severas derrotas militares revelaron el estado de desorganización de la maquinaria de guerra rusa y la desmoralización del aparato estatal. La Corte estaba siendo devorada por las intrigas. Las privaciones aumentaron rápidamente en todo el país. A medida que los obreros se volvían más audaces en su actividad, la burguesía también entraba en acción, con la esperanza de que aún podría asegurar la victoria tomando el poder político en sus propias manos. En su intento de asegurar una reforma a gran escala, asistió sin saberlo al nacimiento de una revolución social. El 25 de febrero de 1917 (9 de marzo) los obreros de Petrogrado se sublevaron con éxito en alianza con los soldados, y se formó el Soviet (Consejo) de Diputados Obreros y Soldados. En realidad, ya estaba en posesión del poder político, pero aún le faltaba confianza en sus propias fuerzas. En la exuberancia de sus esperanzas democráticas, entregó el poder ejecutivo a un gobierno burgués encabezado por el príncipe Lvov.

La Revolución Rusa fue el primer triunfo de las ideas de Rosa Luxemburg, la realización de aquello por lo que había pasado buena parte de su vida luchando, y la promesa, también, de la revolución en Alemania. Ahora le resultaba doblemente difícil estar encarcelada y atada. [El 27 de mayo de 1917] escribió a Diefenbach:

«Puedes imaginar hasta qué punto me han conmovido las noticias procedentes de Rusia. Muchos de mis viejos amigos que han estado pudriéndose en los calabozos de una prisión durante años, en Moscú, San Petersburgo, Orel y Riga pasean ahora libremente por las calles. ¡Hay que ver cómo alivia eso mi permanencia forzosa en este lugar! ¿Curioso el *change de Places*, verdad? Pero me alegro mucho y celebro la libertad de cualquiera, aunque eso no ha supuesto más que el empeoramiento de mis propias oportunidades...»<sup>193</sup>.

En algún momento pensó en exigir su deportación a Rusia, pero no sabemos si finalmente abandonó la idea o si hizo la petición y fue rechazada.

A partir de entonces, la Revolución Rusa ocupó el lugar central en todos sus pensamientos, y se sintió presa de una creciente impaciencia. Obsesionada por la ansiedad de que los rusos sucumbieran en su aislamiento a sus propias dificultades internas y al poder superior de la contrarrevolución extranjera, hizo un llamamiento a la insurrección de la clase obrera alemana para salvar la

<sup>193</sup> *Cartas a los amigos, op. cit.*

Revolución Rusa. El primer efecto visible de la Revolución Rusa en Alemania fue muy prometedor: a mediados de abril de 1917 se extendió por todo el país una oleada de enormes huelgas de obreros de las fábricas de munición. Sólo en Berlín se declararon en huelga más de 300.000 obreros. El Estado Mayor estaba muy alarmado, y su hombre de contacto con la SPD, el general liberal Wilhelm Groener, acuñó la expresión: «¡El que hace huelga es un canalla!», que fue tomada como un insulto por los trabajadores hambrientos y esclavizados. Una vez más, todos los sospechosos de ser radicales fueron sacados de las fábricas y enviados al frente. Esto paralizó de nuevo el movimiento durante un tiempo, y la brigada de bomberos socialdemócratas volvió al trabajo para apagar las llamas de la revuelta. Incluso los dirigentes del recién creado Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD) se declararon en contra de lo que denominaron “experimentos revolucionarios”: Alemania no era Rusia, y la lucha por la libertad en el país debía librarse en una plataforma parlamentaria. En respuesta, Rosa arremetió contra ellos con argumentos punzantes, y cuanto más duraba la depresión y la pasividad de los obreros, más vigorosa e implorante sonaba su voz con el llamamiento: “¡Adelante! ¡Adelante! ¡Salvad la revolución rusa poniendo fin a la guerra y emancipándoos!”

Ahora hizo todo lo posible por estudiar los acontecimientos en Rusia, pero el material del que disponía era escaso. Naturalmente, los periódicos alemanes presentaban una imagen distorsionada de la situación, y *Le Temps* y *The Times*, de los que recibía copias de vez en cuando, apenas lo hacían mejor. A veces cometía errores de detalle, por ejemplo cuando sobrestimaba la fuerza política de la burguesía rusa. Y, al igual que Lenin había confiado en Kautsky, ahora tenía una confianza injustificada en los mencheviques, que, esperaba, alcanzarían una mayor estatura con la revolución. ¿Acaso la Revolución Francesa no había forjado grandes figuras históricas a partir de hombres pequeños? Sin embargo, sus opiniones generales sobre el carácter y los objetivos de la revolución coincidían con las de los bolcheviques. Los esbozó en su primer ensayo sobre “La revolución en Rusia”:

«La revolución en Rusia ha vencido al absolutismo burocrático en la primera fase. Sin embargo, esta victoria no es el final de la lucha, sino sólo un débil comienzo. Por un lado, la burguesía tarde o temprano retrocederá de su puesto momentáneamente avanzado de liberalismo resuelto; esto se desprende con lógica inevitable de su carácter reaccionario general y de su antagonismo de clase con el proletariado. Por otra parte, la energía revolucionaria del proletariado ruso, ahora que se ha despertado, debe —con la misma lógica inevitable— volver al camino de la acción democrática y social

extrema, y revivir el programa de 1905; el establecimiento de una república democrática, la jornada laboral de ocho horas, la expropiación de la gran propiedad, etc. Pero, sobre todo, la tarea más urgente del proletariado socialista ruso, indisolublemente ligada a todas las demás, es poner fin a la guerra imperialista.

En este punto, el programa del proletariado revolucionario ruso se transforma en la más enconada oposición a la imperialista, que aún sueña con Constantinopla y se aprovecha de la guerra. La acción por la paz en Rusia, como en todas partes, sólo puede llevarse a cabo de una manera: como lucha de clases revolucionaria contra la burguesía nativa, como lucha por el poder político en el Estado. Estas son las perspectivas ineludibles para el desarrollo ulterior de la Revolución Rusa<sup>194</sup>».

Confiaba plenamente en la lógica histórica interna de los acontecimientos en Rusia, y el hecho de que socialrevolucionarios y mencheviques entraran en el gobierno burgués no la hizo vacilar en su convicción:

«El ministerio de coalición es una medida a medias que carga al socialismo con toda la responsabilidad, sin ni siquiera empezar a permitirle la plena posibilidad de desarrollar su programa. Es un compromiso que, como todos los compromisos, está finalmente condenado al fiasco.»

La dictadura del proletariado era inevitable. Pero fue precisamente este hecho el que convirtió la Revolución Rusa en un candente problema internacional:

«Si no recibe a tiempo el respaldo de una revolución proletaria internacional, la dictadura del proletariado en Rusia está condenada a sufrir una derrota estrepitosa, en comparación con la cual el destino de la Comuna de París parecerá probablemente un juego de niños.»

Sin embargo, no consideró esta perspectiva como una razón para frenar la revolución en Rusia. La ley de la revolución es marchar siempre hacia adelante. Cualquier vacilación, cualquier estancamiento garantizaría la victoria de la contrarrevolución, allanando el camino para un periodo de sangrienta venganza por parte de las clases dominantes. Sólo si el proletariado internacional se unía al frente de lucha de sus hermanos rusos podría salvarse la revolución. Hasta entonces, los obreros rusos continuarían su lucha por el poder independientemente del resultado.

<sup>194</sup> *Spartakusbriefe*, (*Cartas de Spartakus*), abril de 1917. Berlín (Este) 1958, p. 303 y ss.

Al abordar el trágico dilema de la Revolución Rusa, Rosa hizo especial hincapié en el problema central del momento: la cuestión de la paz. En un largo artículo titulado “Cuestiones candentes del día”, publicado en *Spartakusbriefe* en agosto de 1917, expuso las desesperadas contradicciones resultantes de la ofensiva de julio de Kerensky:

«... toda continuación activa de la guerra, toda nueva ofensiva militar de los rusos, no sirve –según la lógica del estado objetivo de las cosas en este momento– a la defensa de la Revolución Rusa, sino más bien a los intereses del imperialismo de la Entente. Ninguna fórmula de paz, por radical y democrática que sea, puede borrar el hecho evidente de que cada acción militar emprendida por Rusia beneficia a los objetivos bélicos de Inglaterra, Francia e Italia, es decir, aunque la República Rusa afirme estar librando una guerra puramente defensiva, en realidad está participando en una guerra imperialista, y, en la práctica, aunque apela al derecho de las naciones a la autodeterminación, está ayudando e instigando el dominio del imperialismo sobre las naciones extranjeras.

Sin embargo, ¿cuál es la situación ahora que Rusia se niega a tomar ninguna ofensiva y se limita militarmente a una actitud pasiva y expectante, limitándose a permanecer en estado de alerta sólo para protegerse de posibles ataques alemanes? Con esta pasividad, que en sí misma es sólo una medida a medias, una forma de evitar el problema de la guerra y no de ponerle fin, ha prestado incalculables servicios al imperialismo alemán al permitirle concentrar sus principales fuerzas contra el frente occidental y, hasta cierto punto, cubrir su retaguardia en el este. Así, la República Rusa se encuentra entre Escila y Caribdis. [...]

Por su carácter histórico y sus causas objetivas, la actual guerra mundial es una contienda internacional entre las potencias imperialistas, y la mejor voluntad del mundo no puede convertirla en su contrario en ninguna parte del mundo ni en ningún país, es decir, en una guerra democrática de defensa nacional. Atrapada por la rueda de la catástrofe imperialista mundial, la República Rusa no puede eludir por sí sola las consecuencias de esta catástrofe; no sólo no puede salir de la rueda por sí sola, sino que ni siquiera la rueda puede detenerse por sí sola. Sólo una revolución mundial proletaria puede liquidar la guerra mundial imperialista. Las contradicciones en que se ve inextricablemente envuelta la Revolución Rusa no son sino la expresión práctica de la antítesis fundamental entre la política revolucionaria del proletariado ruso y las políticas cadavéricas (*Kadaverpolitik*) del proletariado

européo, entre la acción consciente de clase de las masas populares en Rusia y la traición de las masas trabajadoras alemanas, inglesas y francesas a sus propios intereses de clase y al socialismo<sup>195</sup>.»

Está claro que Rosa Luxemburg no se dedicó a estudiar la Revolución Rusa con un mero entusiasmo autocomplaciente. Analizó la situación con despiadada mordacidad, tomó cuidadosa nota de los peligros amenazantes y ni por un momento se permitió consolarse con la cobarde esperanza de que un milagro pudiera resolver las crueles contradicciones. Veía claramente que sólo la acción de las masas en otros lugares podría romper el nudo, pero en cada palabra se puede sentir cómo la desgarraba la idea agónica de que la insurrección de los trabajadores en otros países podría llegar demasiado tarde para ser eficaz.

Consideraba que todos los discursos y resoluciones santurriones sobre la paz, destinados a engañar al proletariado para que siguiera soportando la matanza, eran uno de los mayores obstáculos para el desarrollo de sus fuerzas, y le parecía que incluso la conferencia internacional de paz convocada en el verano de 1917 por el Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado en Estocolmo, se convertiría en otro intento más de embaucar a las masas para que aceptaran la guerra. Pensó que si se celebraba esta conferencia —una conferencia que sería monopolizada por los social-imperialistas de todos los países en guerra— cualquier intento de aclarar la situación se ahogaría en el insalvable confusionismo de los conceptos y objetivos políticos:

«Lo que realmente se está preparando en todo este embrollo no es la paz, sino la reconciliación mutua entre los socialistas “neutrales” y los “beligerantes”, la absolución mutua y una amnistía general por los pecados del pasado, y la restauración de la vieja Internacional como *casa de tolerancia* para la traición socialista<sup>196</sup>.»

La farsa de Estocolmo resultaría ser el trabajo preliminar para un futuro congreso diplomático de las potencias beligerantes. Los socialistas que preparaban el camino para un acuerdo entre los gobiernos capitalistas estaban totalmente ciegos ante el hecho obvio de que cualquier paz negociada entre los gobiernos existentes sería inevitablemente una paz negociada contra el proletariado y a sus expensas; sería un acuerdo que pondría en peligro su propia existencia. La consigna oficial de la conferencia —paz sin anexiones ni indemnizaciones— era la fórmula de una prueba de fuerza abortada e indecisa entre las potencias imperialistas del núcleo guerrerrista, la fórmula para un respiro en el que preparar

<sup>195</sup> *Ibid.*, p. 353 y ss.

<sup>196</sup> *Ibid.*, p. 359.

el siguiente asalto. Sobre todo, respondía a los intereses del imperialismo alemán, mientras que los gobiernos de la Entente esperaban aún una victoria militar decisiva. Era la fórmula para la restauración del *statu quo* anterior, «y este *statu quo* incluye todas las viejas fronteras y todas las viejas relaciones de poder en el exterior y, por supuesto, también todas las viejas relaciones de poder en el interior: el dominio de la clase burguesa, el Estado capitalista y el imperialismo como poder predominante y fundamento general».

Así, los preparativos de la paz de Estocolmo no fueron sino una continuación de la política del 4 de agosto, la abdicación del proletariado como clase con política y estrategia de acción propias, la continuación de sus servicios lacayos a las clases dominantes y al imperialismo. Desde el 4 de agosto, los partidos socialistas habían sido el medio más eficaz de paralizar a las masas, es decir, un factor contrarrevolucionario; y no hacían más que cumplir fielmente esta función cuando se esforzaban por lograr un acuerdo entre los gobiernos beligerantes y el restablecimiento del imperialismo en su posición de poder anterior a la guerra<sup>197</sup>.

Una vez más, su profecía se cumplió. El gobierno alemán de los Junkers promovió el intento de explorar las posibilidades de paz en Estocolmo concediendo a la delegación socialdemócrata alemana todas las facilidades posibles. Sin embargo, las potencias democráticas occidentales (Inglaterra y Francia) prohibieron a sus socialistas asistir a la conferencia, y la empresa decayó. El artículo “Cuestiones candentes” es un ejemplo especialmente claro de la impresionante coherencia de la política de Luxemburg contra la guerra. Todo regateo sobre sus propias ideas, todo intento de burlar a la historia, toda esperanza de que se produzcan milagros, todo lo rechazó. Muy pocos de los grandes revolucionarios han tenido la fuerza necesaria para hacerlo.

## La Revolución de Octubre

Desde su tumba-prisión, Rosa Luxemburg siguió con gran inquietud la violenta lucha de clases que tenía lugar en Rusia. Sin embargo, pronto sintió que sus esperanzas se desvanecían. Al principio creía que la voluntad revolucionaria llevaría a los mencheviques a romper rápidamente con la burguesía y a tomar el poder, pero luego se dio cuenta de que los socialistas en el gobierno se convertían cada vez más en prisioneros de sus propios enemigos de clase. Estaban frenando la marea prometida de reformas urgentes a gran escala, continuando la política

<sup>197</sup> *Ibid*, p. 366 y ss.

de guerra imperialista y sometiendo a los bolcheviques a una campaña de terror, es decir, estaban dirigiendo un rumbo contrarrevolucionario. Para Rosa no cabía duda de que esta política conduciría directamente a la restauración del zarismo. Los generales ya estaban iniciando una guerra civil. Sin embargo, los obreros y soldados avanzaron contra las tropas del general Kornilov y, a fuerza de armas y propaganda, aplastaron a su ejército, la esperanza de la contrarrevolución. Así pues, la firme fe de Rosa en las masas no estaba equivocada. Expresó su aprobación sin reservas a los bolcheviques, que en la hora de la crisis dejaron a un lado toda su indignación por las persecuciones gubernamentales y se concentraron únicamente en la tarea de salvar la revolución. La victoria ante las puertas de Petrogrado liberó las energías de las masas en todo el país. Los campesinos se rebelaron contra sus terratenientes y en los lejanos centros industriales los soviets tomaron el poder. Se acercaba la hora decisiva. ¿Habría una fuerza capaz de encauzar el caótico movimiento de masas hacia el objetivo correcto?

El 25 de octubre de 1917 (7 de noviembre), los bolcheviques, con la ayuda de la milicia obrera y las tropas de Petrogrado, arrebataron el poder al Gobierno Provisional. La dictadura del proletariado, que Rosa Luxemburg había considerado desde el principio como el objetivo de la revolución, era ya una realidad. Pero su propio júbilo se vio rápidamente sofocado, pues casi simultáneamente a la noticia de la victoria se enteró de la muerte de Hans Diefenbach.

No hay nada en su pluma que nos muestre el efecto que tuvieron en ella las primeras noticias del éxito de la revolución bolchevique. A pesar de la conmoción que le causó la muerte de su compañero, probablemente logró reponerse lo suficiente como para escribir sobre el gran acontecimiento en uno de los *Spartakusbriefe*. Justo en ese momento, sin embargo, aparecía el periódico con menos frecuencia, debido a dificultades técnicas y a nuevas detenciones, y cuando por fin volvió a aparecer, hubo que hacer frente a grandes problemas derivados de la Revolución de Octubre. Ciertamente, Rosa acogió la revolución con entusiasmo; se sentía elevada por encima de las humillaciones de la época por la magnitud de este acontecimiento y por el audaz heroísmo con el que los bolcheviques habían intervenido en la historia mundial. Sin embargo, reconocía al mismo tiempo los inmensos peligros en los que la dictadura del proletariado, debido a su aislamiento, se vería inevitablemente envuelta. Una carta a Luise Kautsky del 24 de noviembre lo confirma:



«¿No te alegras por los rusos? Por supuesto, no podrán mantenerse en este aquelarre, no porque las estadísticas muestren que su desarrollo económico es demasiado atrasado, como ha deducido tu inteligente marido, sino porque la socialdemocracia en el Occidente altamente desarrollado consiste en una manada de cobardes lastimeros que están dispuestos a mirar en silencio y dejar que los rusos se desangren hasta morir. Pero un final así es mejor que “seguir viviendo para la patria”; es un acto de significación histórico-mundial cuyas huellas no se extinguirán por siglos.»

La primera decisión difícil a la que se enfrentaron los bolcheviques fue la relativa a la paz con Alemania. Sus expectativas de que el gran ejemplo de la Revolución Rusa llevaría a la arena a las cerradas filas del proletariado internacional se habían visto defraudadas, y la total desmoralización del ejército ruso hacía imposible una mayor resistencia. El poder militar de Alemania amenazaba con aplastar la revolución, pero una paz, aunque sólo durara muy poco tiempo, le concedería un respiro muy necesario. Para los rusos las alternativas eran: Brest-Litovsk o la caída.<sup>198</sup>

Rosa Luxemburg era consciente de la compulsión histórica bajo la que actuaban los bolcheviques. Sin embargo, tenía la impresión de que cedían con demasiada facilidad a las presiones de la situación, impresión que también tendría de ellos en algunas ocasiones posteriores. Si estaba en lo cierto, la moral de la revolución se vería inevitablemente minada, sus líderes perderían el control político y la propia revolución se hundiría en el oportunismo. Sus temores a este respecto eran tan fuertes que en el verano de 1918, basándose en informes de prensa, llegó a creer en la posibilidad de una alianza bélica ruso-alemana. No podía saber la seriedad con que los bolcheviques se enfrentaban al difícil problema; mientras se sometían a la abrumadora presión del momento, y se preparaban al mismo tiempo para una nueva guerra revolucionaria. Sobre todo, temía que los bolcheviques siguieran el juego diplomático alemán y reconocieran una paz dictada por la fuerza armada como una «paz democrática sin anexiones e indemnizaciones», con el fin de ganarse el favor del Estado Mayor alemán. Los revolucionarios habrían degenerado entonces en meros políticos, y el ácido disolvente de la desconfianza se extendería por todo el movimiento. Sin embargo, no tardó en reconocer su error y declarar: «Lenin y sus amigos no intentaron engañarse a sí mismos ni a los demás sobre los hechos; admitieron la capitulación con toda franqueza».

<sup>198</sup> «Las discusiones sobre la actitud que debía adoptarse ante la cuestión de la paz condujeron a la más grave crisis del Partido Bolchevique, que estuvo a punto de hundirse a sí mismo y a la Revolución». (Lenin, discurso sobre “La guerra y la paz”, pronunciado el 7 de marzo de 1918 en el VII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, reimpresso en Lenin, *Obras Completas*).

Así declaró públicamente su aprobación de la política de paz de Lenin, aunque no sin reticencias internas. Las consecuencias de Brest-Litovsk le parecían demasiado fatídicas. Al menos desde finales de 1915 estaba segura de la derrota de Alemania, aunque, por supuesto, ese resultado de la guerra no era su objetivo: ella luchaba por el aplastamiento de *todos* los imperialismos por el proletariado internacional. Sin embargo, se dio cuenta de que si la clase obrera de las grandes potencias europeas no podía reunir la fuerza suficiente para poner fin a la guerra mediante la revolución, la derrota de Alemania era la siguiente mejor solución. Una victoria militar del voraz imperialismo alemán bajo el bárbaro régimen del Junkerismo prusiano sólo conduciría a los más desenfrenados excesos de la manía de conquista, encadenando a toda Europa y a otros continentes, y haciendo retroceder a la humanidad en su búsqueda del progreso. Al mismo tiempo, una victoria alemana sería la victoria del pensamiento imperialista en el movimiento obrero internacional, completaría la desmoralización de la clase obrera y acabaría con la Revolución Rusa. A Rosa Luxemburg le parecía que la paz de Brest-Litovsk volvía a hacer posible tal victoria, y la perspectiva la obsesionaba terriblemente. Con más furia que nunca fustigó a los dirigentes de la clase obrera alemana por haber provocado esta situación, y trató con mayor vehemencia de impulsar a los obreros alemanes por el camino de la revolución:

«...sólo la actitud pertinazmente servil del proletariado alemán obligó a los revolucionarios rusos a firmar la paz con el imperialismo alemán como única potencia dominante en Alemania. Y sólo esta actitud servil *hizo posible* que el imperialismo alemán explotara la Revolución Rusa para sus propios intereses... La paz general no puede obtenerse sin el derrocamiento del poder gobernante en Alemania. Sólo lanzando una lucha de masas abierta por el poder político, la democracia y la república en Alemania podrá evitarse un nuevo estallido de genocidio y el triunfo de los anexionistas alemanes en el Este y en el Oeste. Los trabajadores alemanes están llamados ahora por la historia a llevar el mensaje de revolución y de paz de Oriente a Occidente. No basta con poner buena cara: ¡hay que arrimar el hombro!»<sup>199</sup>

No sólo la decisión de los bolcheviques de firmar el Tratado de Brest-Litovsk, sino también otras medidas políticas de los bolcheviques, llevaron a Rosa Luxemburg a tener serias dudas e inquietudes sobre el destino de la Revolución Rusa. A menudo sus opiniones diferían de las de sus amigos más cercanos, en particular de Paul Levi, que había asumido la dirección de *Spartakus* tras la detención de Leo Jogiches en marzo de 1918. Para convencer a estos camaradas y llegar ella misma

<sup>199</sup> *Cartas de Espartaco, Ibid*, pp. 409-410.

a comprender a fondo los problemas que se planteaban, comenzó a escribir en otoño de 1918 una crítica exhaustiva de la política bolchevique. El estallido de la Revolución alemana impidió la finalización de la obra, Paul Levi publicó los fragmentos recopilados en 1922.<sup>200</sup>

Esta obra está rodeada de leyendas. En su prefacio Paul Levi dijo que la sugerencia había venido de cierta parte (refiriéndose a Leo Jogiches) de que debía echarse al fuego, pero Clara Zetkin, en su obra *Um Rosa Luxemburgs Stellung zur russischen Revolution* (Sobre la actitud de Rosa Luxemburg ante la Revolución Rusa) (Hamburg 1922), ha dado muy buenas razones para descartar la afirmación de Levi. De hecho, Leo Jogiches se opuso a la publicación de la obra porque sabía que en ciertos puntos fundamentales Rosa había cambiado posteriormente de opinión, y que pensaba escribir un libro entero sobre la Revolución Rusa. Sin embargo, no cabe duda de que estaba a favor de incluir el folleto en una edición recopilatoria, aunque sólo fuera en aras de la exhaustividad. Además, habría sido difícil destruir la obra, porque el manuscrito era, por así decirlo, inexistente: nadie sabía dónde estaba; ni siquiera León lo tenía. Al final, Levi publicó la obra a partir de una copia inexacta e incompleta, y no del original. En enero de 1919, un camarada se llevó el manuscrito original para guardarlo y luego lo olvidó. No fue desenterrado hasta casi una década después, y Felix Weil publicó entonces las correcciones necesarias, y también adiciones muy importantes y extensas a la edición de Levi en el *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung* en 1928.<sup>201</sup>

Naturalmente, los revolucionarios en Alemania se dejaron llevar por los tremendos acontecimientos en Rusia y, por puro rencor contra la feroz cacería que ahora comenzaba contra los bolcheviques, tendieron a aceptar la política bolchevique demasiado acríticamente. Sin embargo, Rosa, que siempre se enfrentó a todo gran fenómeno histórico sin rehuir los resultados de su análisis, insistió en que, en lugar de ser irreflexivamente apologeticos, los camaradas activos debían estar constantemente alerta y ser críticos para que pudieran aprender a hacer un uso efectivo de las experiencias de la historia para su propia lucha. Temía (proféticamente) que, en su entusiasmo, los obreros alemanes aceptaran ciegamente el ejemplo ruso como una «autoridad intachable»; y se reía de la ansiosa sugerencia de que un examen crítico de la política bolchevique

<sup>200</sup> *La revolución rusa. Eine kritische Würdigung aus dem Nachlass von Rosa Luxemburg.* (La revolución rusa. A Critical Appreciation from the papers of Rosa Luxemburg) editado e introducido por Paul Levi, Berlín 1922. La edición (alemana) más reciente por Ossip K Flechtheim, 1963 (Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt am Main) de la que citamos.

<sup>201</sup> "Archivos para la historia del socialismo y del movimiento obrero", el llamado *Günbergarchiv*, editado por el Dr. Carl Günberg, miembro del *Institut für Sozialforschung* de Frankfurt .

«socavaría el prestigio y el fascinante poder del ejemplo del proletariado ruso, lo único que podría vencer la fatal inercia de las masas alemanas»:

«No es mediante la creación de un espíritu de júbilo revolucionario, sino más bien al contrario: sólo mediante la comprensión de toda la espantosa gravedad de la situación y de toda la complejidad de las tareas implicadas; sólo mediante la madurez política y la independencia intelectual; sólo mediante el desarrollo de la capacidad de juicio crítico entre las masas, una capacidad que, bajo los más variados pretextos, fue sofocada por la socialdemocracia alemana durante años –sólo así puede crearse en el proletariado alemán la capacidad de acción histórica.»<sup>202</sup>

En ningún momento tuvo la intención de lanzar una campaña contra los bolcheviques. Siempre fue parca en elogios, pero nunca habló de las personas o de un partido con tanto entusiasmo como lo hizo de los bolcheviques en esta obra. Decir que condenó toda la política bolchevique, incluida la Revolución de Octubre, y que rechazó la idea de la dictadura proletaria, justificando así la política de los mencheviques, es un mito que los reformistas han difundido con insistencia. Su panfleto no deja lugar a dudas. Al principio preguntaba si Kautsky y los mencheviques tenían razón al declarar que Rusia sólo estaba madura para una revolución burguesa, y respondía mostrando cómo en el campo revolucionario la lucha había comenzado inmediatamente en torno a los dos puntos centrales de la paz y la tierra, y cómo, en ambas cuestiones, la burguesía se había pasado a la contrarrevolución. Si la burguesía hubiera triunfado, su victoria habría sellado el destino de la democracia y de la república:

«La dictadura militar con un reino de terror contra el proletariado seguido de un retorno a la monarquía habrían sido las consecuencias inevitables.

De esto se puede juzgar cuán utópica, y fundamentalmente reaccionaria, era también la táctica por la que se dejaban guiar los socialistas rusos de la tendencia kautskista, los mencheviques. Insistiendo obstinadamente en la ficción del carácter burgués de la Revolución Rusa –porque, por el momento, ya se sabe, se supone que Rusia no está madura para la revolución–, se aferraron desesperadamente a su coalición con los liberales

En esta situación, debemos a la tendencia bolchevique el servicio histórico de haber proclamado, desde el principio, y de haber seguido con férrea coherencia la única táctica que podía salvar la democracia y alimentar la revolución. Todo el poder exclusivamente en manos de las masas obreras y

<sup>202</sup> *Ibid*, p. 48.

campesinas, en manos de los soviets: ésta era, en efecto, la única salida a las dificultades en que se había metido la revolución; era la espada que cortaba el nudo gordiano y permitía a la revolución salir del callejón sin salida hacia los campos libres y abiertos donde podía seguir desarrollándose sin trabas.

El partido de Lenin fue, pues, el único en Rusia que captó los verdaderos intereses de la Revolución en aquel primer período; fue el elemento que impulsó la Revolución y, por tanto, en este sentido, el único partido que siguió una política realmente socialista. [...] La situación real de la Revolución rusa se reducía en pocos meses a las siguientes alternativas: victoria de la contrarrevolución o dictadura del proletariado; Kaledin o Lenin. [...]

La determinación con la que, en el momento decisivo, Lenin y sus camaradas ofrecieron la única consigna que podía hacer avanzar a la Revolución... los transformó casi de la noche a la mañana de una minoría perseguida, vilipendiada y proscrita, –cuyos dirigentes se veían obligados a esconderse, como Marat, en los sótanos–, en los dueños absolutos de la situación. Todo lo que un partido en un momento histórico pueda reunir de coraje, energía, visión revolucionaria de futuro y coherencia, todo eso es lo que Lenin, Trotsky y sus camaradas han conseguido en abundancia. Todo el honor revolucionario y la capacidad de acción de que carecía la socialdemocracia en Occidente estaban representados en los bolcheviques. La insurrección de octubre no sólo salvó de hecho la Revolución Rusa, sino que también salvó el honor del socialismo internacional<sup>203</sup>».

## Crítica a los bolcheviques

Con palabras llenas de admiración Rosa Luxemburgo se situó, pues a favor de la Revolución de Octubre y de sus principios fundamentales. Investigó críticamente la política bolchevique en aspectos como la reforma agraria, el derecho de autodeterminación de las naciones, la democracia y el terror.

El antiguo programa agrario de los bolcheviques preveía la nacionalización de los latifundios como una de las primeras medidas socialistas. Los socialrevolucionarios se inclinaban por una inmediata distribución de las grandes fincas entre los campesinos, política de la que Lenin había dicho en 1905 que conduciría al predominio de una burguesía rural. En el momento en que los campesinos tomaron la iniciativa de llevar a cabo un reparto revolucionario de las tierras, los

<sup>203</sup> *Ibid*, p. 50 y ss.

bolcheviques dejaron de lado su programa y adoptaron el de los social-revolucionarios. De este modo, casi todas las tierras de las grandes fincas fueron repartidas entre los campesinos.

Rosa Luxemburg era consciente de las enormes dificultades relacionadas con la solución de la cuestión agraria, y sabía que sería imposible encontrar una solución ideal al principio de la revolución. Pero exigió que el principio general de un gobierno socialista fuera «tomar medidas que señalen el camino para proporcionar las condiciones preliminares básicas para una posterior reforma social de las relaciones agrarias». Como mínimo, debía evitarse todo lo que obstaculizara el camino hacia tales medidas. Desgraciadamente, lo que hacían los bolcheviques apuntaba en la dirección contraria, pues el reparto de la tierra por los campesinos cortaba el camino a las reformas socialistas: «amontona obstáculos insuperables a la transformación de las relaciones agrarias». Según ella, esta transformación dependía de dos cosas:

«En primer lugar, sólo la nacionalización de los latifundios, como concentración técnicamente más avanzada de los medios y métodos de producción agraria, puede servir de punto de partida para una economía agraria socialista. Sólo ésta ofrece la posibilidad de organizar la producción agrícola de acuerdo con grandes principios socialistas coherentes.

En segundo lugar, una de las condiciones de esta transformación es la supresión de la separación entre la agricultura y la industria (característica de la sociedad burguesa), a fin de que ambas se compenetren y se fusionen mutuamente y de que la producción agraria y la producción industrial se desarrollen según puntos de vista unificados. La nacionalización de las grandes y medianas propiedades, la unión de la industria y la agricultura, son los dos principios fundamentales de toda reforma económica socialista, sin los cuales no hay socialismo<sup>204</sup>».

La política bolchevique de distribución de la tierra, afirmó, lejos de eliminar las distinciones de propiedad, tendía de hecho a agudizarlas en ciertos aspectos. Aportaría los mayores beneficios a los campesinos ricos y a los usureros, que constituían la burguesía aldeana y llevaban las riendas del poder local en todas las aldeas rusas. Así, su efecto sería un desplazamiento del poder perjudicial para los intereses proletarios:

<sup>204</sup> *Ibid*, p. 55 y ss.

«Antes, una reforma agraria socialista habría tenido que enfrentarse, como mucho, a la oposición de una pequeña casta de latifundistas aristocráticos y capitalistas, así como a la de una pequeña minoría de la burguesía aldeana rica, cuya expropiación por las masas populares revolucionarias es un mero juego de niños. Ahora, sin embargo, después de la «okupación», el enemigo de todos los intentos de llevar a cabo la nacionalización de la agricultura es la masa enormemente creciente y poderosa de campesinos propietarios de tierras, que lucharán con uñas y dientes para defender su propiedad recién adquirida contra todo ataque socialista. La cuestión de la futura nacionalización de la agricultura —y, por tanto, de la producción en general en Rusia— se ha convertido en la cuestión del antagonismo y la lucha entre el proletariado urbano y las masas campesinas<sup>205</sup>».

Como se ha resumido anteriormente, los principios aquí expuestos son irrefutables. Pueden y deben servir de orientación a toda política de nacionalización. En Rusia, su solidez quedó demostrada en el curso de amargas y, de hecho, trágicas experiencias. Los intentos realizados por los bolcheviques en 1917 para resolver la cuestión agraria siguieron dando lugar a nuevas crisis sociales y económicas que, una década y media después de la Revolución de Octubre, condujeron a la creación de una situación parecida a la guerra civil, en la que el gobierno soviético reprimió, con una crueldad espantosa, a los campesinos que aún se aferraban a la propiedad privada. Hoy, el barco de la dictadura en Rusia no ha sido derrocado por una verdadera democracia de los trabajadores, sino que ha degenerado en un régimen autoritario, y debemos buscar en la regulación de las relaciones agrarias en 1917 una de las causas más decisivas.

Ciertamente, en otoño de 1917, los bolcheviques no previeron tal evolución. Sin embargo, su acción no estuvo determinada por el hecho de que no reconocieran los requisitos previos de una economía socialista. La propia Rosa Luxemburg señaló el factor determinante en unas pocas palabras clave, que, sin embargo, necesitan una explicación más detallada: «la consigna [de la distribución de la tierra] tomada de los tan difamados socialrevolucionarios, o más correctamente, del movimiento espontáneo del campesinado». Aparentemente Rosa no comprendió todo el significado de lo que implicaba este movimiento campesino. Parecía creer que los bolcheviques eran capaces de resistir la actividad espontánea de los campesinos o de guiarla hacia un objetivo históricamente superior. Pero esto los bolcheviques no podían hacerlo. Su política agraria fue algo que llevaron a cabo no por voluntad propia, sino debido a presiones

<sup>205</sup> *Ibid*, p. 58.

ineludibles. Si hubieran tratado de oponerse al reparto de la tierra en lugar de sancionarlo y regularlo, habrían tenido que librar una guerra civil contra los campesinos. Eso habría sido la ruina de la revolución. Fue precisamente en este dilema donde se reveló la profunda contradicción inherente a la naturaleza de la Revolución de Octubre, a saber, que era a la vez una revolución burguesa (campesina) y proletaria.

Como los bolcheviques se vieron obligados desde el principio de la revolución a hacer una gran y peligrosa concesión a los millones de campesinos revolucionarios por el bien de la revolución misma, no podían dejarse afectar por la crítica claramente dirigida de Rosa a su política campesina. Sin embargo, su crítica sirvió completamente al propósito principal de su panfleto: como advertencia contra la aceptación acrítica y la asunción de la práctica bolchevique como modelo para toda revolución socialista.

En un punto, sin embargo, Rosa Luxemburg parece haber errado en su enérgico ataque a la consigna relativa al derecho de autodeterminación nacional. Siempre se había opuesto a esta parte del programa socialdemócrata ruso con el argumento teórico irrefutable de que la real autodeterminación nunca podría realizarse en un mundo capitalista, sino sólo bajo el socialismo. Pero ahora se proclamaba en una revolución que tenía como objetivo el socialismo, y Lenin tenía razón en la práctica cuando afirmaba que un partido revolucionario de un país que oprimía a otras naciones tenía que proclamar este principio si quería obtener la unidad revolucionaria de todos los pueblos implicados. Y cuando la clase obrera rusa tomó el poder, tuvo que proclamar esta consigna en el marco de la revolución, porque era el único medio de impedir la caída de las zonas soviéticas y de recuperar al menos una parte del territorio perdido en la guerra (por ejemplo, Ucrania). Fue precisamente la política nacional de los bolcheviques bajo la dirección de Lenin la que ganó a millones y millones de personas para la revolución y les abrió de par en par las puertas de la cultura.

El punto central de la crítica de Luxemburg se refería a la democracia y una asamblea constituyente. Como en la cuestión agraria, argumentó desde el viejo punto de vista de los bolcheviques, que lanzaron la consigna "¡Todo el poder a los soviets!" y al mismo tiempo exigían la convocatoria de una asamblea constituyente. Fue incapaz de comprender el giro que dieron los bolcheviques al disolver el parlamento [6 de enero de 1918]. A la excusa de que este órgano ya no representaba el estado de ánimo revolucionario del pueblo desde las elecciones [celebradas a mediados de noviembre], replicó con el argumento que ya había presentado en 1905 para esta eventualidad: que podría haber sido disuelto y



reelegido sobre una nueva base. Casi parece, al menos a juzgar por algunos de los comentarios de Trotsky en aquel momento, que incluso los propios bolcheviques no tenían muy claro en aquel momento la importancia fundamental del paso que habían dado. La idea que determinó su política antes de la toma del poder y que Rosa Luxemburg aún mantenía –soviets y parlamento al mismo tiempo– habría conducido, en la práctica, a un dualismo que habría llevado inevitablemente a la ruptura del poder soviético. Había que elegir: ¡o una cosa o la otra! Y no cabe duda de que en la Revolución Rusa se impuso una ley histórica fundamental: así como la representación basada en los “estamentos del reino” era una expresión del feudalismo, y el parlamento una expresión del dominio de la burguesía, los soviets (consejos de obreros y soldados) eran la expresión de un Estado fundado no en ninguna forma particular de propiedad privada, sino en la propiedad colectiva y en los logros del trabajo. Durante la Revolución Alemana, Rosa Luxemburg rectificó completamente su opinión sobre este punto y rechazó la consigna sostenida por los Independentistas: ¡Consejos obreros y Parlamento!.

Es más que probable que Rosa Luxemburg, cuando escribió su crítica, no concediera tanta importancia a la institución del parlamento como podría parecer, y ciertas reservas así lo indican. El punto principal de su crítica no se refería sólo a una forma histórica concreta de democracia, sino a la democracia en general, a la democracia en su sentido más amplio. Al igual que en 1904, cuando se opuso a la idea de Lenin de una organización del partido excesivamente centralizada en la que toda la iniciativa, toda la sabiduría y todo el poder estuvieran en manos de un Comité Central, a principios del otoño de 1918 se opuso a la concentración de poder en el gobierno y en las altas esferas del partido, así como a la eliminación de cualquier iniciativa y control por parte de las masas populares. En aquel momento, esta evolución distaba mucho de ser tan pronunciada como lo fue más tarde. Las masas populares, a través de sus soviets, disponían aún de un enorme margen de acción y de una tremenda determinación para utilizarlo, que superaba con creces lo que se conoce como democracia en los países gobernados por parlamentos. Sin embargo, la concentración de poder ya había alcanzado una fase en la que un observador alerta y crítico podía ver claramente la tendencia futura de los acontecimientos, y Rosa consideraba esta concentración como la mayor amenaza para la Revolución. Sobre todo, temía que los portavoces de los bolcheviques hicieran de la necesidad virtud y crearan una teoría dudosa para justificar un desarrollo que había sido forzado por la pura y dura presión de los acontecimientos.

En su crítica hizo especial hincapié —y éste nos parece el punto más importante (y demasiado poco tenido en cuenta) de toda la discusión— en lo que llamó el error cardinal de la teoría Lenin-Trotsky. Al igual que Kautsky, los bolcheviques también se plantearon la pregunta: ¿democracia o dictadura? Pero llegaron a respuestas “opuestas”: Kautsky optó por la democracia burguesa y los bolcheviques por la dictadura en su sentido burgués, es decir, el gobierno de un puñado de personas. Rosa explicó la inevitabilidad de la dictadura:

«¡Sí! Dictadura. Pero esta dictadura consiste en una *manera particular de aplicar la democracia* y no en *suprimirla*, en una enérgica y decidida usurpación de los derechos y de las relaciones económicas bien arraigados en la sociedad burguesa; sin esta intervención no puede llevarse a cabo una transformación socialista<sup>206</sup>.

Cuando el proletariado toma el poder, no puede volver a seguir el buen consejo de Kautsky de prescindir de la transformación socialista de un país aduciendo que «el país no está maduro». Debe y tiene que emprender inmediatamente medidas socialistas de la manera más enérgica, inflexible y despiadada.

En otras palabras, debe ejercer una dictadura, pero una dictadura *de clase*, no de partido ni de camarilla, y *dictadura de clase* significa: a la vista del público más amplio, con la participación más activa y desinhibida de las masas populares en una dictadura de clase: democracia sin límites<sup>207</sup>.

A una observación hecha por Trotsky, «Como marxistas, nunca hemos sido idólatras de la democracia formal», respondió:

«De hecho, nunca hemos sido idólatras de la democracia formal. Tampoco hemos sido nunca idólatras del socialismo o del marxismo. ¿Se deduce acaso de esto que nosotros también podemos tirar el socialismo o el marxismo a la basura a la Cunow, Lensch y Parvus, si nos resulta incómodo? Trotsky y Lenin son la negación viva de esta cuestión. Nunca hemos sido adoradores de ídolos de la democracia formal. Lo que significa: nosotros siempre hemos distinguido el núcleo social de la forma política de *la democracia burguesa*; siempre hemos expuesto el núcleo amargo de la desigualdad social y la falta de libertad bajo la dulce cáscara de la igualdad formal y la libertad, no para rechazar esta última, sino para incitar a la clase obrera a no conformarse con la cáscara, sino a conquistar el poder político y

<sup>206</sup> *Ibid.*, p. 78.

<sup>207</sup> *Ibid.*, p. 77.

llenarlo con un nuevo contenido social. La tarea histórica del proletariado, una vez alcanzado el poder, es crear la democracia socialista en lugar de la democracia burguesa, no acabar con la democracia por completo<sup>208</sup>».

Para Rosa esto significaba no la restricción, sino la ampliación de la democracia. Significaba una democracia de orden superior que no se agota en elecciones ocasionales, sino que es la actividad directa de las masas. Una democracia así es «la vida política activa, desenfadada y enérgica de las masas populares más amplias». Rosa consideraba este poderoso despliegue de actividad popular como la esencia del socialismo, de hecho, como el instrumento y el objetivo del socialismo. Sólo educándose en la actividad democrática creadora podría la clase obrera elevarse al alto nivel cultural que necesitaba para cumplir su tarea y desprenderse de las debilidades y vicios característicos de una clase oprimida:

«La praxis del socialismo exige una transformación completa en el espíritu de las masas, degradado por siglos de dominación de la clase burguesa. Instintos sociales en lugar de instintos egoístas, iniciativa de las masas en lugar de inercia, voluntad que sea capaz de superar todos los padecimientos, etc., etc. El único camino que lleva a un renacimiento es la escuela misma de la vida pública, una democracia muy amplia sin la menor limitación, opinión pública. Es el gobierno del terror el que desmoraliza.<sup>209</sup>»

Solamente esa democracia activa y eficaz, esa autodeterminación, esa autogestión de las masas puede garantizar el cumplimiento de las medidas revolucionarias y el camino hacia el socialismo.:

«Sin embargo, si este es el caso, entonces está claro que el socialismo por su naturaleza no puede imponerse desde arriba ni introducirse por ukase.... Lo negativo, el derribo, puede decretarse; pero no lo positivo, la construcción. Nuevo territorio. Mil y un problemas. Sólo la experiencia es capaz de corregir y abrir nuevos caminos. Sólo la vida desinhibida y efervescente cae en mil nuevas formas e improvisaciones, ilumina las fuerzas creativas y corrige por sí misma todos los desatinos. La vida pública de los Estados con libertad limitada es tan inadecuada, tan pobre, tan esquemática, tan poco fructífera, precisamente porque, al excluir la democracia, cierra las fuentes vivas de toda riqueza espiritual y de todo progreso.»<sup>210</sup>

<sup>208</sup> *Ibid.*, p. 78.

<sup>209</sup> *Ibid.*, p. 74 y ss.

<sup>210</sup> *Ibid.*, p. 74.

Rosa estaba a favor de una campaña implacable para aplastar la resistencia contrarrevolucionaria y cualquier intento de sabotear las medidas sociales, pero no estaba dispuesta a que se suprimiera la crítica, ni siquiera la crítica hostil. Consideraba que la crítica sin restricciones era el único medio de evitar la osificación del aparato estatal hasta convertirlo en una auténtica burocracia. El control público y la libertad de prensa y de reunión eran, por tanto, necesarios:

«La libertad sólo para los partidarios del gobierno, sólo para los miembros de un partido, por numerosos que sean, no es libertad en absoluto. La libertad es siempre libertad para los que piensan diferente. No por ningún fanatismo por la “justicia”, sino porque todo lo que hay de instructivo, sano y purificador en la libertad política depende de esta característica esencial, y la “libertad” pierde efectivamente todo su significado una vez que se convierte en un privilegio.»<sup>211</sup>

Describió las consecuencias que inevitablemente tendría la ruptura de la democracia:

«Pero con la supresión de la vida política en todo el país, la vida en los soviets debe paralizarse cada vez más. Sin elecciones generales, sin libertad irrestricta de prensa y de reunión, sin la libre lucha de opiniones, la vida en cada institución pública se apaga y se convierte en una mera apariencia de sí misma en la que la burocracia permanece como único elemento activo. La vida pública se adormece poco a poco. Unas pocas docenas de líderes del partido, con una energía inagotable y un idealismo sin límites, dirigen y gobiernan. Entre ellos, una docena de mentes sobresalientes dirigen las cosas en realidad, y una élite de la clase obrera es convocada a las reuniones de vez en cuando para que aplaudan los discursos de los líderes y aprueben unánimemente las resoluciones propuestas, por lo que en el fondo se trata de un montaje de camarilla –una dictadura, sin duda, pero no la dictadura del proletariado: más bien la dictadura de un puñado de políticos, es decir, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido de un gobierno jacobino [...] todo régimen duradero basado en la ley marcial conduce sin falta a la arbitrariedad, y todo poder arbitrario tiende a depravar a la sociedad.»<sup>212</sup>

Cuando Rosa Luxemburg escribió estas reflexiones, la democracia en Rusia no se había apagado en absoluto. En el amplio imperio ruso permitió que se produjeran tremendos logros: en la creación de los rudimentos de una nueva organización de la sociedad, en la defensa de la Revolución y en la lucha contra las inimaginables

<sup>211</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>212</sup> *Ibid.*, pp. 75-76.

dificultades derivadas de la guerra y la agitación social. Sin embargo, en las restricciones reales impuestas a los procedimientos democráticos; en el crecimiento del dominio del partido, ya muy avanzado; y en la falta de controles democráticos sobre la dirección del Estado, Rosa reconoció los colosales peligros para el futuro desarrollo de la revolución. En efecto, éstos se manifestaron y ocurrieron cosas aún peores de las que ella había previsto. Además, también era muy consciente de que, en vista de las enormes tareas a las que se enfrentaban los bolcheviques, que tenían que luchar a diario con fuerzas hostiles simplemente para aferrarse al poder que habían conquistado, se verían sometidos a una presión casi irresistible para concentrar todo su poder, para reducir los peligros del momento restringiendo las libertades y dictando las medidas necesarias desde arriba. Tras describir los efectos de la actividad democrática de las masas, observó:

«Sin duda, así es exactamente como habrían procedido los bolcheviques si no hubieran sufrido las terribles presiones de la Guerra Mundial, la ocupación alemana y todas las dificultades anómalas concomitantes, circunstancias que inevitablemente habrían distorsionado cualquier política socialista, por muy imbuida que estuviera de las mejores intenciones y los mejores principios<sup>213</sup>».

En los primeros años de la revolución, los bolcheviques –dado que no estaban dispuestos a capitular– difícilmente podrían haber actuado de forma diferente bajo la presión y la tensión de sus circunstancias. Su error realmente grave fue hacer todo lo posible para justificar sus medidas, elevar lo que habían hecho a un principio de validez general y –a pesar de sus muchas garantías de lo contrario– negar y actuar contra los fundamentos de la democracia. Suprimieron las ideas democráticas en la conciencia de las masas y de los cuadros dirigentes, y así tiraron el tapón que podría haber evitado que la maquinaria estatal se deslizara hacia el autoritarismo. Rosa pretendía que su crítica hiciera sonar la alarma contra este peligro.

También comprendió que el “uso abundante del terror” –aunque le causaba un dolor ardiente y noches de insomnio– era el resultado de esa misma terrible presión. Lejos de condenar a los bolcheviques, señaló:

<sup>213</sup> *Ibid.*, p. 78.

«Todo lo que ocurre en Rusia es comprensible como una inevitable cadena de causas y efectos, cuyo punto de partida y piedra angular son: el fracaso del proletariado alemán en su ascenso a la ocasión y la ocupación de Rusia por el imperialismo alemán. [...] Por su decidida actitud revolucionaria, su energía ejemplar y su lealtad inquebrantable al socialismo internacional, [los bolcheviques] han logrado realmente todo lo posible en condiciones fundamentalmente difíciles<sup>214</sup>».

El objetivo de Rosa era simplemente advertir a los bolcheviques de que no hicieran de la necesidad virtud, de que no establecieran una teoría detallada sobre tácticas forzadas por circunstancias fatídicas y luego las recomendaran al proletariado internacional como tácticas socialistas modelo, dignas de emulación. Lo que estaba en juego no era tal o cual detalle táctico, sino la capacidad de acción y la voluntad de poder del proletariado:

«Esto es lo esencial y duradero de la política de los bolcheviques. En este sentido han prestado el inmortal servicio histórico de haber abierto el camino conquistando el poder político y planteando el problema de hacer del socialismo una realidad práctica. En Rusia el problema sólo podía plantearse; allí no podía resolverse. Y en *este* sentido el futuro pertenece en todas partes al “bolchevismo”<sup>215</sup>».

Esa afirmación es clara e inequívoca, y en un fragmento encontrado con el mismo manuscrito se encuentra el siguiente pasaje:

«“Bolchevismo” se ha convertido en el lema del socialismo para todos los esfuerzos de la clase obrera por tomar el poder. El servicio histórico del bolchevismo consiste en la ruptura del abismo social en el seno de la sociedad burguesa y en la profundización y agudización de las contradicciones de clase a escala internacional. Y en esta obra –como siempre ocurre con los grandes acontecimientos históricos– todos los errores y equivocaciones específicos del bolchevismo se hunden en la insignificancia<sup>216</sup>».

La obra de Rosa Luxemburg sobre la Revolución Rusa quedó inconclusa. ¿Sólo porque no tenía tiempo? Quizás también porque, mientras lo escribía, se dio cuenta de que su opinión sobre puntos importantes era un poco vacilante. En cualquier caso, sabemos que unas semanas después revisó varios detalles impor-

<sup>214</sup> *Ibid.*, p 79.

<sup>215</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>216</sup> *Ibid.*, p 86.

tantes. Adolf Warski, su compañero de armas polaco, ha publicado una carta que Rosa Luxemburg le escribió hacia finales de noviembre o principios de diciembre de 1918 en respuesta a ciertos recelos que él mismo había expresado sobre la política de los bolcheviques:

«Nuestro partido [en Polonia] está lleno de entusiasmo por el bolchevismo; sin embargo, al mismo tiempo se ha manifestado en oposición tanto a la Paz de Brest-Litovsk como a la propagación bolchevique de la consigna de “auto-determinación nacional”. Esto es entusiasmo unido a espíritu crítico, ¿qué más se puede pedir? Yo también compartía todas sus reservas y recelos, pero los he abandonado en las cuestiones más importantes, y en otras no he ido tan lejos como usted. El terrorismo indica ciertamente una gran debilidad, pero se dirige contra enemigos internos que basan sus esperanzas en la existencia del capitalismo fuera de Rusia, y reciben de él apoyo y aliento. Si llega la revolución europea, los contrarrevolucionarios rusos perderán no sólo este apoyo, sino –lo que es más importante, también su coraje. En resumen, el terror en Rusia es ante todo una expresión de la debilidad del proletariado europeo. Es cierto que las nuevas relaciones agrarias que se han creado representan el punto más doloroso y peligroso de la revolución rusa. Pero también aquí es válida la verdad de que incluso la mayor revolución sólo puede realizar lo que está históricamente preparado para su cumplimiento. También este punto doloroso sólo puede ser curado por la revolución europea. Y ésta se acerca...»<sup>217</sup>

Al igual que Lenin y todos los principales bolcheviques de la época, Rosa Luxemburg estaba convencida de que la Revolución Rusa estaba condenada a la destrucción a menos que el proletariado de otros lugares acudiera en su ayuda tomando el poder en otros países, es decir, que el “socialismo en un solo país” era imposible. La revolución mundial salvadora no se materializó. Sin embargo, el capitalismo internacional había quedado debilitado por la guerra, y la solidaridad revolucionaria mostrada por la clase obrera de otros países fue lo suficientemente fuerte como para permitir a los bolcheviques salir victoriosos de la terrible guerra civil, consolidar el poder estatal y descubrir las grandes posibilidades de autonomía en su política interior.

<sup>217</sup> A Warski, *Rosa Luxemburgs Stellung zu den taktischen Problemen der Revolution* (La posición de Rosa Luxemburg sobre los problemas tácticos de la revolución), Hamburgo 1922, p. 7. Warski cita de memoria.

Esta evolución parecía reforzar las dudas de Rosa Luxemburg respecto a la política bolchevique. Sin embargo, aunque sus críticas no siempre dieron en el blanco, a la larga resultaron acertadas, y hoy (1939) su panfleto se lee como una gran profecía. Las cosas han sucedido tal y como ella predijo: la vida de los soviets se ha convertido en algo paralizado, «una mera apariencia de sí misma en la que la burocracia sigue siendo el único elemento activo», una burocracia que de hecho se ha convertido en un estrato social dominante especial. El grupo dirigente de la Unión Soviética se ha autoproclamado “autoridad intachable” del movimiento comunista internacional, exigiendo una fe ciega y sofocando cualquier intento de crítica. La sangrienta persecución de la vieja guardia bolchevique y de innumerables comunistas y ciudadanos soviéticos con el pretexto de las acusaciones más absurdas superó con mucho las peores apreciaciones de Rosa. Y pensar que en un tiempo se estremecía ante la mera idea de que los bolcheviques pudieran aliarse con el imperialismo alemán. Y ahora, en 1939, con la firma del pacto Stalin-Hitler, (un golpe demoledor a la moral de los trabajadores alemanes) estamos experimentando una política interior y exterior rusa que ya no tiene nada en común con los principios del socialismo.

En esta obra, Rosa Luxemburg demostró una vez más ser una gran revolucionaria por su negativa a aceptar las cosas acríticamente y a evadir los preceptos de la historia. Expuso las dificultades del aislamiento ruso y trató de superarlas ampliando el frente revolucionario. Al igual que sus artículos sobre la Revolución Rusa, este panfleto tenía como principal objetivo incitar al proletariado alemán a la acción.



## 13. La revolución alemana

### Preludio

El año 1918 fue el peor de todos los que Rosa Luxemburg pasó en la cárcel. A pesar de su valiente resistencia, la soledad forzada, las privaciones y las decepciones le crispaban los nervios. Ya había caído gravemente enferma en Wronke, y escribió amargamente sobre el “tratamiento” recomendado por el médico. Se redujo a los consejos dados por el vicario de Ufenau al moribundo Hutten:

*¡Verges set, Hutten dass ihr Hutten seid!* [¡Olvidad, Hutten, que sois Hutten!]

A lo que Hutten sólo pudo responder:

*Dein Rat, mein teurer Freund, ist wundervoll: Nicht leben soil ich, wenn ich leben soll.* [Tu consejo, mi querido amigo, es maravilloso: He de morir para seguir con vida.]

En Breslau su situación empeoró debido a la completa aislamiento, un régimen carcelario más estricto y la progresiva restricción de su correspondencia (obviamente, la flor y nata de la nación que controlaba sus cartas no tenía un gusto lo suficientemente desarrollado como para disfrutar de estas obras de arte). De nada sirvieron las protestas contra la detención arbitraria. Un órgano judicial creado para examinar las órdenes de prisión preventiva con el fin de apaciguar a la opinión pública resultó ser una hoja de parra para la dictadura militar. En marzo de 1918 Rosa escribió a Sonja Liebknecht: «Mi denuncia ha sido desestimada con una descripción minuciosa de mi maldad e incorregibilidad, al igual que mi solicitud de, por lo menos otras vacaciones semejantes. Sin duda tendré que esperar hasta que hayamos derrotado al mundo entero».

Aún podía hacer caso omiso de la malicia y las argucias de las autoridades con humor, y aún podía encontrar fuerzas para animar a Sonja y ayudarla a soportar su pesada carga. Pero en 1918 casi se puede oír el chasquido –como el de un cristal agrietándose– en el tono de las pocas cartas que aún se le permitía escribir. A veces no pudo reprimir un grito de angustia: «¡Mis nervios, mis nervios! Ya no puedo dormir». De repente, y sin ninguna razón real, se sentía atormentada por un sentimiento de absoluta certeza de que alguna calamidad había ocurrido a alguien querido para ella. Así ocurrió, por ejemplo, cuando no recibió señales de vida de Clara Zetkin durante mucho tiempo, y se preocupó mucho por la suerte de los hijos de su amiga, que estaban en el frente. Como explicaba en una carta:

«Tengo suficiente valor para hacer frente a lo que pueda ocurrirme. Pero para soportar las penas de *los demás*, las de Clara, por ejemplo, si, ¡Dios no lo quiera!, le pasase algo, me faltan valor y fuerza.»<sup>218</sup>

Sus pensamientos giraban constantemente en torno a problemas espinosos: la amenazadora victoria del imperialismo alemán, los peligros mortales a los que se enfrentaba la Revolución Rusa y el silencio sepulcral con el que el proletariado internacional y, sobre todo, el alemán parecían soportarlo todo y seguir haciendo todo el sangriento trabajo de sus amos. Ciertamente, enardecidos por el glorioso ejemplo de los obreros vieneses, una nueva oleada de huelgas de masas recorrió Alemania a finales de enero de 1918 en protesta contra la paz coercitiva de Brest-Litovsk y contra el hambre creciente en el país, y a favor de reformas democráticas. Fue una poderosa acción que abarcó una veintena de grandes ciudades; sólo en Berlín, medio millón de trabajadores se declararon en huelga. Sin embargo, por poderosa que fuera la carga de los trabajadores, la reacción de la dictadura militar fue rápida y brutal. Una vez más, se le cortó la “cabeza” a las “hidras de la revolución”. Se crearon tribunales militares para juzgar a los civiles acusados de delitos políticos. Se impusieron sentencias formidables en todo el país, y las puertas de las duras prisiones de trabajo se cerraron detrás de muchos militantes *espartaquistas*. En marzo son detenidos los responsables de la propaganda militar de la *Spartakusbund* y su principal organizador, Leo Jogiches. La dirección nacional se había reducido a dos o tres personas obligadas a trabajar en las condiciones más difíciles. Mientras Ludendorff dirigía su desesperada ofensiva en el frente occidental, la clase obrera parecía sumida en el letargo y toda actividad estaba sofocada. En el *Spartakusbrief* de junio de 1918, Rosa Luxemburg gritaba con dolorosa amargura:

«Habiendo fracasado en su intento de detener el carro de asalto del imperialismo, el proletariado alemán se ve ahora arrastrado tras él para dominar al socialismo y a la democracia en toda Europa. Sobre los huesos de los proletarios rusos, ucranianos, bálticos y finlandeses; sobre la existencia nacional de los belgas, polacos, lituanos y rumanos; sobre la ruina económica de Francia, el obrero alemán avanza, vadeando, con la sangre hasta las rodillas, para plantar en todas partes el estandarte victorioso del imperialismo alemán.

<sup>218</sup> Carta a Luise Kautsky, 25 de julio de 1918.

Pero cada victoria militar que la carne de cañón alemana ayuda a ganar en suelo extranjero significa un nuevo triunfo político y social para la reacción dentro del Reich. Cada asalto de los guardias rojos en Finlandia y en el sur de Rusia aumenta el poder del Junkerismo del Este y del capitalismo pan-alemán. Cada ciudad de Flandes acribillada a balazos significa la caída de una posición de la democracia alemana.»

Lo que más preocupaba a Rosa era que la Revolución Alemana llegara demasiado tarde para salvar la Revolución Rusa. Su convicción absoluta era que llegaría. Pero por más que se esforzaba en escuchar, no oía nada del proceso elemental que se estaba desarrollando sin fanfarrias en las profundidades de la sociedad alemana. La furia por las matanzas masivas y el odio al poder dominante no se expresaban, pero podían verse en los ojos de las masas. Aún no había estallado la rebelión contra el racionamiento y la semi-inanición, pero el descontento iba en aumento. El suelo empezaba a temblar bajo los pies de las clases sociales altas, que se vieron atenazadas por el miedo; el pánico amenazaba constantemente con estallar, y el número de los que escapaban del frente de los “resistentes” (*Durchhalte!*) era cada vez mayor y creció más y más.

La paz de Brest-Litovsk empezaba a convertirse en un caballo de Troya para el militarismo alemán. Aunque necesitaba urgentemente las tropas estacionadas en el Este para el frente occidental, tuvo que trazar un *cordón sanitario* a su alrededor. Los mismos soldados que habían derrotado a los restos de los ejércitos rusos en las provincias bálticas y en Ucrania se habían infectado con el bacilo bolchevique y lo habían llevado a Occidente. Ludendorff envió lisiados y adolescentes a una muerte segura, pero detrás de las líneas había cientos de miles de desertores. Esa deserción masiva era fruto de la progresiva desintegración de toda la sociedad alemana, y los desertores, a su vez, fomentaban el proceso de desintegración.

Se estaba gestando un levantamiento masivo. Las fábricas se convierten en nidos de conspiradores. Los elementos radicales propagaban las ideas revolucionarias, pero al mismo tiempo contenían a las masas populares, porque no querían que la acción se frustrase antes de que tuviese realmente la oportunidad de ponerse en marcha. Querían que fuera a fondo desde el principio.

El 1 de octubre, dos acontecimientos ocurridos en los polos opuestos de la sociedad alemana indicaron que había llegado la hora. Hindenburg y Ludendorff, que durante una semana habían estado haciendo frenéticos llamamientos de ayuda al gobierno, exigían ahora que se hiciera una oferta de paz inmediata a la

Entente. Al mismo tiempo se celebró una conferencia nacional conjunta de la *Spartakusbund* y el grupo asociado a ella, los Radicales de Izquierda, cuyo centro estaba en Bremen, donde apareció legalmente su órgano, *Arbeiterpolitik* (Política Obrera). Era el consejo de guerra de la revolución que se avecinaba. El acuerdo fue alcanzado en un programa de acción política que culminaba en un grito de guerra por una república unida, no como objetivo final sino como piedra de toque «para comprobar si la democratización con la que están intentando maniobrar las clases dominantes y sus agentes es auténtica o no». También se decidió intensificar al máximo la agitación entre las tropas y emprender inmediatamente la formación de consejos de obreros y soldados en todas partes.

Comenzó la agonía de la hegemonía guillermina. Como es habitual en estos casos, la fiebre de altibajos que se había apoderado del viejo orden produjo un estado de pánico entre las autoridades, que se apresuraron a promulgar las medidas más contradictorias en un intento de salvar el régimen mediante reformas. Se formó un gobierno “parlamentario” con el futuro gran duque de Baden, el príncipe Max, a la cabeza (para salvaguardar la monarquía), y entre sus ministros se encontraba el socialdemócrata Philipp Scheidemann (para apaciguar a las masas populares). Como la victoria simbolizada por la paz de Brest-Litovsk se había hecho ahora imposible, el Káiser obligó al parlamento a concluir una paz de derrota. El Estado Mayor presionó a favor de la rendición, pero al mismo tiempo preparaba acciones desesperadas y buscaba inculcar al pueblo en contra de las mismas negociaciones de paz que exigía categóricamente. Se abrieron las cárceles para liberar a algunos dirigentes de la oposición, pero al mismo tiempo se arrojaron a ellas multitud de “presos políticos” del ejército y de las fábricas. Se anunció la democratización de toda la vida política, pero al mismo tiempo se concentraron tropas en la capital para aplastar cualquier levantamiento popular. Se proclamó la libertad de reunión, pero la lluvia de prohibiciones policiales impidió las reuniones, y se disparó contra las manifestaciones. Cada nueva medida, cada acto de violencia y cada concesión conducían a una mayor desintegración del viejo poder. Se había roto el hielo. ¡Se habían roto las barreras!

Tampoco Rosa Luxemburg pudo contenerse más. Presa de la fiebre y el malestar, no soportaba más la estrechez de su celda y exigió al canciller, el príncipe Max, su liberación inmediata. Anhelaba dejarse arrastrar por la marea de los acontecimientos: animar al pueblo, dirigir, actuar. El 18 de octubre escribe a Sonja Liebknecht:

«Pero, en cualquier caso, una cosa es cierta: mi estado de ánimo es ya tal que la visita de mis amigos bajo vigilancia se ha hecho imposible. He soportado todo con bastante paciencia durante años y, en otras circunstancias, habría seguido siendo igual de paciente durante unos años más. Pero cuando se produjo el vuelco general de la situación, algo psicológico en mí también se quebró. Las conversaciones bajo vigilancia, sin posibilidad de hablar de las cosas que realmente me interesan, se han convertido ahora en una carga tan pesada que preferiría prescindir por completo de las visitas, hasta que podamos vernos como personas libres.

De todos modos, no puede durar mucho más. Cuando liberen a Dittmann y a Kurt Eisner, no podrán retenerme más tiempo en la cárcel, y Karl también quedará libre pronto.»

El 20 de octubre se decreta una amnistía para los presos políticos condenados y el 23 de octubre Karl Liebknecht es liberado y recibido triunfalmente por los obreros berlineses. Sin embargo, la amnistía no se aplicó a Rosa. No había sido condenada y no estaba cumpliendo condena; sólo estaba en “prisión preventiva”, y allí se quedó. De hecho, la orden de prisión preventiva contra ella se renovó justo en ese momento. ¿Era porque, en la era de la democratización, los militares en bancarota seguían intentando demostrar ser más fuertes que el gobierno? ¿O porque el gobierno pensó que con Liebknecht ya tenía suficiente con un enemigo en las calles? Fuera cual fuera la razón, Rosa permaneció encerrada en su celda dos semanas más. Rebosaba de impaciencia, y sólo con un gran esfuerzo de voluntad consiguió mantener su habitual calma exterior para no dar a nadie el placer de regodearse en su infortunio.

## Noviembre

Los acontecimientos se precipitaron. Los frentes se derrumbaron. El 26 de octubre Ludendorff, que había sido el verdadero gobernante de Alemania, se vio obligado a huir al extranjero con un pasaporte falso. El 28 de octubre, el Almirantazgo alemán, preso de un ataque de locura, decidió arriesgar la vida de 80.000 hombres en una batalla naval “decisiva” en el Mar del Norte para salvar el “honor de la marina”. Esto provocó el golpe final.

La flota se vio envuelta en el fermento revolucionario incluso con más fuerza que el ejército. Ya en agosto de 1917 se había producido en la base naval de Kiel una acción antibelicista de gran envergadura y bien organizada, que produjo los primeros mártires de la revolución. Dos marineros, Reichpietsch y Köbis, fueron condenados a muerte por motín y alta traición, y fusilados el 5 de septiembre de 1917; más de cincuenta de sus coacusados fueron encarcelados con brutales penas a trabajos forzados. No obstante, en casi todos los buques existían consejos secretos de marineros que vigilaban con desconfianza a los oficiales. Los marineros seguían dispuestos a entrar en acción para rechazar un ataque enemigo, pero no estaban dispuestos a participar en aventuras sin sentido.

Cuando la flota se reunió en alta mar y se dio la señal de alerta, los fogoneros apagaron los fuegos de las calderas y obligaron a los barcos a volver a puerto. A bordo, los oficiales ya habían perdido el control, pero en tierra intentaron reafirmar su autoridad deteniendo a 600 marineros. Entonces la rebelión estalló: los marineros se unen a los obreros de Kiel. En pocos días, el movimiento se convierte en una huelga general en barcos y fábricas. El 4 de noviembre, el gobernador de Kiel se ve obligado a dimitir y un Consejo de Obreros y Marineros se hace dueño de la ciudad. El gobierno seguía creyendo que se trataba de un motín aislado y envió al socialdemócrata Gustav Noske para restablecer el orden. Pero ahora era la Revolución la que, como un voraz incendio avivado por el viento, se extendía por todo el país hasta conquistar una ciudad tras otra.

En las dos semanas que siguieron a su liberación, Karl Liebknecht trabajó febrilmente: observando atentamente el estado de ánimo de los obreros y soldados, hablando en una reunión de fábrica tras otra para incitar a sus oyentes a la acción. Fue integrado a la Organización de los Delegados Obreros Revolucionarios (*Revolutionäre Obleuté*), una organización que existía desde la gran huelga de enero y estaba formada por representantes sindicales de las fábricas. Era el embrión de un consejo obrero y, al mismo tiempo, de un comité de acción revolucionario. Este órgano se reunía casi a diario para preparar la insurrección. Sus miembros eran perseguidos por la policía, que perseguía sobre todo a Liebknecht. Ya no podía volver a casa, dormía unas veces en un banco de un bar obrero, otras en un camión de mudanzas; se veía obligado a atravesar por la noche el bosque de Treptow [Berlín] para eludir a los perseguidores que siempre le pisaban los talones. Tenía diferencias de opinión con los dirigentes de los delegados sindicales. Quería una mayor movilización de las masas, manifestaciones de obreros en las calles para ganarse a los soldados y una intensa propaganda en las fábricas y los cuarteles. Los elementos más audaces de la organización de los delegados sindicales tenían ideas conspirativas: pensaban en

una insurrección que debía seguir un plan meticulosamente elaborado. Contaban sus revólveres y se dedicaban a interminables preparativos técnicos. Su lema era «¡Todo o nada!» y los indecisos se unieron a ellos, ¡precisamente porque significaba “nada”! Una y otra vez se fijaba una fecha para el levantamiento, y una y otra vez se posponía. Al final, estos “dirigentes” tuvieron el tiempo justo para ponerse a la cabeza de los obreros berlineses, algo que no requería ninguna técnica revolucionaria especial, puesto que de todos modos ya no se podía contener a los obreros. Fue una nueva confirmación de la teoría de Rosa Luxemburg de que las revoluciones no se pueden “hacer”, que las revoluciones surgen de la voluntad de las masas cuando la situación está madura.

El 9 de noviembre llegó la hora de Berlín, ya rodeada por las olas revolucionarias en un gran semicírculo, por el norte, el oeste y el sur. Los acontecimientos allí fueron decisivos para todo el país. Aquella mañana, cientos de miles de obreros salieron de las fábricas. Ante ellos, los militaristas abandonaron toda idea de resistencia, e incluso los destacamentos especiales de oficiales que habían sido preparados para la guerra civil capitularon. Wilhelm II huyó a los Países Bajos. El príncipe Max von Baden anunció la abdicación del Kaiser y que el príncipe heredero había renunciado a la sucesión. Al dar este paso, aún esperaba –con la ayuda de los líderes socialdemócratas– salvar la corona para algún otro Hohenzollern. A continuación, el príncipe entregó el cargo de canciller del Reich al jefe del SPD, Friedrich Ebert, que lo aceptó asegurando: «Odio la revolución como un pecado mortal».

Mientras esto ocurría, los gritos de las vastas multitudes en las calles pidiendo la abdicación del Kaiser se hacían cada vez más tempestuosos. Sus partidarios llamaron a Scheidemann y le pidieron que se dirigiera a las masas. Desde una ventana del Reichstag pronunció un breve discurso que terminó al grito de «¡Viva la República Alemana!» Scheidemann había proclamado la República alemana. Inmediatamente fue atacado con furia por Ebert, que seguía intentando salvar la monarquía.

Las masas se dirigieron entonces al Palacio Imperial, donde, desde el balcón, Karl Liebknecht proclamó públicamente la República socialista. Esa misma noche, el Consejo Provisional de Obreros y Soldados, reunido en el Salón de Actos del Reichstag, hizo suya la proclama en favor de la república socialista.

Se eligieron consejos en las fábricas y en los cuarteles, y se formó un Comité Ejecutivo de los Consejos de Obreros y Soldados que reclamó plenos poderes en todo el Reich. Todos los edificios gubernamentales fueron ocupados por representantes de la clase obrera. Las prisiones fueron asaltadas y miles de personas liberadas, entre ellos Leo Jogiches.

El derrocamiento del viejo orden se extendió casi automáticamente a todas las demás grandes ciudades. También en Breslavia se abrieron las puertas de la cárcel y el 8 de noviembre Rosa Luxemburg fue liberada por fin.<sup>219</sup> Fue directamente de la cárcel a la Plaza de la Catedral, en el centro de la ciudad, donde fue vitoreada por una manifestación de masas. El 8 de noviembre llegó a Berlín y fue recibida con gran alegría por sus amigos de la *Spartakusbund*, pero también con una profunda tristeza interior, pues ahora veían lo que le habían hecho los años en la cárcel. Había envejecido y era una mujer enferma. Su pelo, que antes era negro intenso, se había vuelto gris. Sin embargo, sus ojos brillaban con el fuego y la energía de antaño. Necesitaba urgentemente paz y tranquilidad para recuperarse, pero a partir de ese momento ya no habría descanso para ella. Le quedaban dos meses de vida, meses de un esfuerzo casi sobrehumano y tensión, tanto física como mental. Sin pensar en su propia salud y seguridad, sin tener en cuenta sus deseos personales, se lanzó con pasión y energía a la lucha y participó en «el colorido, fascinante, emocionante y tremendo espectáculo de la revolución».

Semejante despliegue de ardiente pasión e inmensa voluntad de acción llenó de profundo recelo a muchos observadores, incluso a muchos que admiraban su personalidad aunque no estuvieran en las barricadas con ella. Les parecía que había perdido todo sentido de la proporción y que se había equivocado por completo al juzgar la realidad de las cosas. Ciega a los límites de lo alcanzable, tentaba a tientas al propio destino. Afirmaban que estaba copiando acríticamente el ejemplo ruso sin mostrar ninguna comprensión de las condiciones tan diferentes que prevalecían en Alemania. Sin embargo, si se examinan estas objeciones en detalle, se hace evidente que estas personas no comprenden en absoluto la política revolucionaria. No es que la política de la *Spartakusbund*, o de la propia Rosa Luxemburg, en aquellos días tormentosos fuera intachable. Quien está llamado a tomar decisiones de gran trascendencia en una lucha tan caótica

<sup>219</sup> Según el relato de Mathilde Jacob, publicado en el *Leipziger Volkszeitung* el 15 de enero de 1929, Rosa Luxemburg fue puesta oficialmente en libertad a última hora de la tarde del 7 de noviembre. Sin embargo, como no sabía dónde pasar la noche, permaneció en la cárcel hasta la mañana siguiente. Entonces llamó por teléfono a Mathilde Jacob y pidió que la llevaran en coche, ya que no había trenes. Sus amigos intentaron llegar a Breslau en dos ocasiones, pero no lo consiguieron, y hasta el 10 de noviembre, cuando los trenes volvieron a funcionar, no pudo viajar a Berlín.



de grandes fuerzas de masas, inevitablemente debe cometer errores de vez en cuando, aunque tenga un genio para percibir los factores objetivos de una situación. Y quien tenga el valor de tomar decisiones audaces y no esté dispuesto a dejarse arrastrar por los acontecimientos, tendrá que adelantarse con bastante frecuencia a las relaciones de poder existentes para moldearlas favorablemente. Una revolución que avanza con ímpetu cada vez mayor enterrará los errores del partido revolucionario bajo las ruinas de la vieja sociedad, y hará realidad lo que sólo un momento antes parecía la ilusión optimista de que la vanguardia tomara la iniciativa.

La actitud fundamental de Rosa Luxemburg estaba determinada por la ley vital de todas las grandes revoluciones, que ella formuló de la siguiente manera:

«O avanza a gran velocidad y con determinación, superando todos los obstáculos con mano de hierro y fijando sus objetivos cada vez más lejos, o muy pronto retrocederá más allá de su débil punto de partida y será aplastada por la contrarrevolución<sup>220</sup>».

Pero incluso en la vorágine de acontecimientos de aquellos días, su temperamento revolucionario, por impetuoso que fuera, seguía estando refrenado y controlado por su razón. El hecho de que el primer período revolucionario terminara, sin embargo, con una grave y, a la larga, decisiva derrota de la clase obrera, se debió no tanto a los numerosos errores cometidos por las fuerzas revolucionarias, sino a la increíble dificultad de la situación que condujo a esos errores.

## La acumulación de fuerzas

Exteriormente, el curso de la Revolución de Noviembre alemana tenía un parecido tan asombroso con el de la Revolución de Febrero francesa de 1848 que surge inevitablemente la pregunta: ¿cómo fue posible que un período de desarrollo de una economía predominantemente manufacturera de pequeños talleres a una industria moderna a gran escala, un período caracterizado por cambios cataclísmicos en la composición social de la nación, no produjera resultados totalmente diferentes, no condujera a una victoria sin problemas de la revolución proletaria? La verdad es que la Revolución Alemana tuvo lugar en condiciones que difícilmente podrían haber sido más desfavorables. Al igual que la Revolución Rusa de febrero de 1917, la Revolución Alemana de Noviembre

<sup>220</sup> Rosa Luxemburg, *Die russische Revolution*, p. 52.

expulsó del poder a los últimos restos del feudalismo y provocó el florecimiento de todas las ilusiones que acompañan a la democracia moderna: sobre todo, la idea de alcanzar el socialismo a través del parlamento. La revolución apenas encontró eco en el campo: el campesino alemán seguía creyendo que los tremendos sacrificios que él también había hecho durante la guerra estarían cubiertos, al menos materialmente, por el bono de guerra guardado en su armario. Aparte de esperar la derogación de las restricciones de la economía de guerra, no tenía necesidades urgentes.

Por otra parte, la clase capitalista alemana era incomparablemente más poderosa y más autoconsciente de su condición de clase que su homóloga rusa. Además, la Revolución Rusa, que parecía destinada a ser el fuerte apoyo de todo movimiento revolucionario y que, de hecho, desempeñó este papel durante mucho tiempo para la clase obrera internacional, tuvo efectos muy contradictorios justo durante el período decisivo de la Revolución Alemana. Con su ejemplo demostró claramente el carácter y los objetivos de la revolución a todas las clases, y la burguesía captó sus implicaciones incluso más rápidamente que el proletariado. La clase capitalista, con sus apéndices pequeño-burgueses y feudales, sacó conclusiones inmediatas y de mediano plazo de la situación e hizo concesiones políticas y económicas a la clase obrera con la idea en mente de recuperar el terreno cedido en una fecha posterior. Al mismo tiempo, consciente de que estaba en juego su propia existencia, estaba despiadada y cruelmente decidida a defender su posición de poder y aplastar a sus enemigos. Por ello, agrupó todas sus fuerzas en torno a la bandera de la socialdemocracia ortodoxa: Stinnes se entendió con Legien, el líder de los sindicatos; Hindenburg, el jefe del ejército, se puso a disposición de Ebert. El principal representante de los Junkers del Este, Herr von Heydebrand, conocido en su día como el «rey de Prusia sin corona», aseguró a Ebert su lealtad y simpatía; y el representante de alto rango de la oficialidad panalemana, *Landschaftsdirektor* [administrador regional] Kapp, más tarde el “héroe” del abortado ‘*Putsch de Kapp*’, hizo lo mismo.

La confianza de la clase capitalista alemana en Ebert y sus verdugos estaba bien fundada. También aquí se hizo evidente una diferencia fundamental con la Revolución Rusa. Es un hecho que los mencheviques y los socialrevolucionarios de derechas se aliaron con la burguesía y se opusieron a cualquier conquista del poder por el proletariado. Sin embargo, al menos tenían pretensiones revolucionarias, por ingenuas que fueran (lo que explica su política vacilante). Incluso cuando los bolcheviques ya estaban seguros en el poder, muchos mencheviques continuaron sirviendo a la revolución, aunque se aferraban a sus propios puntos de vista. No fue hasta más tarde cuando algunos líderes

mencheviques se pasaron individualmente al campo contrarrevolucionario. En Alemania, en cambio, el Estado Mayor de la tradicional socialdemocracia Ebert, Noske, Legien, Scheidemann, Landsberg, etc. —eran conscientes opositores de la revolución desde el principio. Decididos a afianzarse en el poder que la tormenta de noviembre les había propiciado, se opusieron a toda política socialista, a toda iniciativa de las masas para transformar la sociedad. El 1° de noviembre, el Consejo de Obreros y Soldados de Berlín nombró a Ebert jefe del gobierno revolucionario; el mismo día firmó un pacto con el Estado Mayor del ejército (Groener y Hindenburg) con el objetivo de suprimir militarmente a los obreros berlineses por la fuerza de las armas. El viejo SPD seguía siendo una fuerza poderosa, aunque su influencia sobre la clase obrera organizada había disminuido durante la guerra. El gabinete todavía podía alimentarse de la confianza acumulada por el partido de August Bebel, que era el principal beneficiario de la profunda excitación política suscitada entre las masas populares por la revolución. A sus filas se unieron elementos de la clase obrera, hasta entonces apolíticos, empleados clericales, masas de pequeños burgueses y, sobre todo, la masa gris de soldados que regresaban del frente, un contingente fuerte pero ciegamente confiado que, durante mucho tiempo, fue fácil de manipular.

Incluso allí donde el ejemplo de la Revolución Rusa había sido más eficaz, demostró tener un valor dudoso. Los Consejos de Obreros y Soldados, hijos naturales de toda revolución moderna, surgieron directamente de la iniciativa de las masas, sólo allí donde éstas habían tomado por asalto los bastiones del poder. Sin embargo, en amplias zonas de Alemania, donde la idea de los Consejos, como producto del 9 de noviembre en Berlín, fue simplemente adoptada y repetida mecánicamente, los Consejos eran más un apéndice decorativo que otra cosa, ya que eran simplemente el resultado de un compromiso entre los dirigentes del viejo partido y del USDP, y a menudo incluso con partidos burgueses. En resumen, no eran verdaderos órganos de poder de masas. Además, incluso cuando los cargos inferiores del SPD manifestaron su apoyo a la Revolución, dejaron que sus acciones fueran determinadas por la dirección del partido. El USDP estaba profundamente dividido. Sus seguidores en las grandes ciudades eran revolucionarios suficientemente probados, pero se veían obstaculizados por sus líderes —Haase, Kautsky, Hilferding y Bernstein—, que querían una revolución sin la inevitable agitación social que toda revolución debe traer consigo. Con sus líderes poco dispuestos a asumir los costos de la revolución, el USDP se parecía en su carácter y su acción a los mencheviques después de febrero de 1917. La *Spartakusbund* era la única organización en Alemania que mostraba audacia, determinación revolucionaria y unidad de propósito.

Así pues, el movimiento obrero estaba extraordinariamente dividido y los distintos grupos se encontraban en fases muy diferentes de desarrollo teórico. Además, el centro de poder de la contrarrevolución se encontraba en sus propias filas. Y para colmo, había otro hecho de la mayor importancia: la historia no proporcionaba al movimiento ningún objetivo directo o imperativo que sólo pudiera alcanzarse mediante la revolución. La paz y la tierra eran las dos grandes consignas que habían llevado a la Revolución Rusa a la victoria, pero en 1918 la paz ya era un hecho, y el imperialismo alemán derrotado estaba dispuesto a pagar lo que fuera por ella, siempre que pudiera conservar el poder en su país; y aunque un amplio sector de los pequeños campesinos se ganaba la vida de forma bastante precaria, el hambre de tierra no era lo suficientemente fuerte como para incitar a las zonas rurales a la revuelta. Los jornaleros agrícolas, hasta entonces sometidos a la servidumbre de los junkers y de los campesinos ricos, sólo hicieron un uso vacilante de su «derecho de coalición» y de su nueva libertad política. La clase obrera estaba decididamente a favor de la socialización de la economía, pero la mayor parte de las masas se dieron cuenta de lo que significaba esta exigencia y de cómo podía llevarse a cabo, sólo después de que se hubiera perdido irrevocablemente toda posibilidad de hacerlo.

Sin embargo, hubo un factor que forzó las cosas hasta un fatídico enfrentamiento: sectores de la clase obrera estaban armados. Ahora bien, es ley de la historia que ninguna clase está dispuesta a dejarse desarmar sin luchar, del mismo modo que el poder de la represión en una sociedad, sólo puede estar en manos de una clase dominante que posea el monopolio indiscutible de las armas. La clase obrera se vio amenazada por las armas, su respuesta fueron las armas. Este factor hizo inevitable la lucha por el poder, es decir, la guerra civil.

Los factores más importantes que determinan la relación de fuerzas en la guerra son bien conocidos, pero aun así es la prueba práctica la que decide finalmente qué bando prevalece. En la revolución, sin embargo, que es un proceso elemental de orden muy diferente, los factores intelectuales y psicológicos inestimables desempeñan un papel mucho mayor: la revolución trastorna las bases de la sociedad mucho más profundamente que la guerra, y los cambios en la comprensión y la energía de las masas tienden a ser repentinos y llenos de sorpresas.

En la medida en que fue posible reconocer el carácter de los principales actores del drama, el significado de sus acciones y la relación de fuerzas en el período revolucionario, Rosa Luxemburg lo logró con gran perspicacia. Comprendió intuitivamente las dificultades de la situación, pero, lejos de capitular ante ellas, se impuso la tarea de superarlas. Aceptó la sentencia de Saint-Just: “*Oser, c’est toute la politique de l’heure actuelle*” [“la política del momento es la audacia”] –la audacia es el primer precepto de la revolución– y, sin embargo, nunca perdió la cabeza. No quería éxitos efímeros ni cosechar frutos inmaduros. Sus acciones inmediatamente después de su llegada a Berlín así lo atestiguan. En los primeros días de la revolución, los Independientes habían ocupado las oficinas de tres periódicos burgueses y los editaban por su cuenta. Un grupo de partidarios de *Spartakus* hizo lo mismo con el *Berliner Lokalanzeiger*, un periódico nacional de gran tirada leal al Kaiser, y lo convirtió en *Rote Fahne* (Bandera Roja). Rosa se opuso a esta medida, no porque respetara las leyes del antiguo régimen o los grandes intereses capitalistas detrás del *Lokalanzeiger*, sino porque reconocía que la *Spartakusbund* aún no era lo suficientemente fuerte como para mantener la posición que había conquistado. Y así sucedió: hubo que evacuar el local a la primera señal de problemas.

Sin embargo, tanto un órgano revolucionario como una organización revolucionaria eran urgentemente necesarios. La *Spartakusbund* era aún rudimentaria y estaba formada principalmente por innumerables grupos pequeños y casi autónomos. Liebknecht continuó agitando incansablemente entre las masas en las esquinas, en las plazas públicas, en las fábricas y en los cuarteles, explicando los objetivos de la *Spartakusbund* y las tareas del momento, y fue hábilmente apoyado por otros destacados oradores de la organización: Paul Levi, Hermann Duncker, Wilhelm Pieck y otros. Mientras tanto, Leo Jogiches se hizo cargo de las tareas de organización. La creación de un periódico tropezó con serias dificultades. Los nuevos detentadores del poder utilizaron las restricciones impuestas al uso del papel en tiempos de guerra como arma política contra la izquierda. Sin embargo, el 18 de noviembre de 1918 apareció por fin el primer número del nuevo *Rote Fahne*, que llevaba los nombres de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg como redactores. Rosa fue la verdadera protagonista del periódico. Dirigía a un grupo de colaboradores selectos, entre los que se encontraban Paul Levi, August Thalheimer y Paul Lange, y utilizaba a partes iguales la contundencia y el tacto, respaldados por la autoridad y el respeto absolutos de que gozaba entre todos sus colaboradores. Ella determinaba el contenido de cada número y, en artículos llenos de su espíritu apasionado y resonando con las tempestades de aquellos tiempos, iluminaba los acontecimientos actuales, interpretaba su significado y

ponía al descubierto sus consecuencias. Como desde una gran altura, su mirada abarcaba todo el campo de batalla de la revolución. Vigilaba atentamente a sus enemigos: al igual que Marat antes que ella, demostró un don para reconocer, incluso a partir de pequeños indicios, las conspiraciones y las intenciones contrarrevolucionarias, y esto con una certeza que las pruebas documentales ineludibles que salieron a la luz mucho más tarde han reivindicado. Al mismo tiempo, estudió las acciones de las masas, examinó críticamente sus debilidades, acogió con gran entusiasmo sus logros y trató de guiarlas hacia el gran objetivo: la toma del poder. Bajo su dirección, *Rote Fahne* se convirtió en parte integrante de la historia de la revolución –su antorcha, su látigo y su campana. Fue, sobre todo, la última y decisiva profesión de fe de Rosa Luxemburg, su testamento político.



## El programa de la revolución

Su primer artículo en *Rote Fahne* demostró hasta qué punto habían evolucionado sus ideas desde que escribió su panfleto sobre la Revolución Rusa. Tras unas breves frases en las que resumía los resultados de la primera semana de la revolución, expuso los puntos principales de un programa revolucionario:

«La abolición del dominio capitalista y la realización de un orden socialista: éste y no otro es el tema histórico de la revolución actual. Se trata de una obra gigantesca que no puede ser terminada instantáneamente con algunos decretos desde arriba, sino que sólo puede ser iniciada por la acción consciente de las masas trabajadoras en la ciudad y en el campo, y sólo puede ser llevada a buen puerto a través de todas las tormentas por el más alto grado de madurez intelectual y el inagotable idealismo de las masas populares.

El camino de la revolución se desprende claramente de su objetivo; su método se desprende de su tarea. *Todo el poder en manos de las masas trabajadoras, en manos de los Consejos de Obreros y Soldados, y protección de la obra revolucionaria frente a los enemigos al acecho*, éstas son las líneas rectoras de todas las medidas de un gobierno revolucionario.

Cada paso, cada acción del gobierno debe apuntar como una brújula en esta dirección:

– La ampliación y reelección de los Consejos Obreros y de Soldados locales para que el primer gesto caótico e impulsivo que los hizo nacer sea sustituido por un proceso consciente de comprensión de los objetivos, las tareas y los métodos de la revolución...

–La convocatoria urgente del parlamento de obreros y soldados del Reich para constituir a los proletarios de toda Alemania como clase, como poder político compacto, y para agruparlos detrás de la obra de la revolución como su baluarte y fuerza motriz; la organización inmediata, no de los “campesinos”, sino de los proletarios rurales y de los pequeños campesinos, capas sociales que hasta ahora han permanecido al margen de la revolución;

– La formación de una Guardia Roja proletaria para la custodia permanente de la Revolución, y la formación de una milicia obrera para convertir al conjunto del proletariado en una fuerza alerta y siempre preparada para la acción;

- La expulsión de la antigua administración y supresión de los viejos órganos del Estado policial absolutista y militarista, el poder judicial y el ejército;
- La confiscación inmediata de todas las riquezas y propiedades dinásticas, y de toda la propiedad terrateniente a gran escala como primera medida provisional para asegurar la alimentación del pueblo, ya que el hambre es uno de los aliados más peligrosos de la contrarrevolución;
- La convocatoria inmediata a un Congreso mundial de trabajadores en Alemania para subrayar de forma nítida y clara el carácter socialista e internacional de la revolución, porque el futuro de la revolución alemana sólo puede anclarse en la Internacional, en la revolución mundial del proletariado<sup>221</sup>».

Luego comparó este programa con las acciones del “Gobierno Revolucionario” de Ebert y Haase: la preservación del viejo aparato estatal, la santificación de la propiedad privada, el aseguramiento de las condiciones capitalistas, el dar vía libre a la contrarrevolución. Y en esta acusación política aparece la siguiente frase:

«El actual gobierno está convocando una asamblea constituyente con el fin de crear un contrapeso burgués a los Consejos de Obreros y Soldados, desviando así la Revolución hacia la vía de una mera revolución burguesa y conjurando sus objetivos socialistas.»

Poco antes había criticado la política bolchevique por negarse a permitir la existencia del parlamento junto a los soviets, pero ahora presentaba una alternativa clara: *o* parlamento *o* Consejos de Obreros y Soldados. ¿Era esto una revisión de su crítica original a la Revolución Rusa? Sí, pero ¿se trataba de una mera copia del ejemplo ruso? En absoluto, ya que fue la realidad de la situación alemana la que la llevó a reconocer la necesidad de una revolución en Rusia. Lo que Friedrich Engels había profetizado en una carta a August Bebel (11 de diciembre de 1884) se había cumplido: «En cualquier caso, nuestro único adversario el día de la crisis y el día después será toda la reacción agrupada en torno al estandarte de la democracia pura».

Todos los elementos de Alemania que se oponían a la introducción del socialismo y al poder de la clase obrera –desde la extrema derecha hasta la propia dirección del USDP– estaban a favor de una asamblea nacional. Los más acérrimos opositores al sufragio general, aquellas personas que, incluso durante el período de guerra caracterizado por el sacrificio nacional más insensato, se habían negado

<sup>221</sup> *Der Anfang* (El comienzo), en Rosa Luxemburg, *Ausgewählte Reden und Schriften* II, p. 594 y ss.



a renunciar a un ápice de sus privilegios de clase, estaban ahora llenas de entusiasmo por el principio de “igualdad de derechos para todos”. Y aquellos que sólo unas semanas antes habían sido “marxistas” imperiales, que habían querido salvar la monarquía incluso en sus últimos días, y que ahora trabajaban para establecer una sangrienta dictadura burguesa, se pronunciaron a favor de la democracia por encima de cualquier otra cosa: no la democracia defendida por todos los grandes revolucionarios desde Robespierre a Babeuf y Blanqui, y desde Marx a Lenin —es decir, el verdadero “gobierno del pueblo”—, sino la pseudo democracia banal de un parlamento burgués, que simultáneamente “representa y pisotea” la voluntad popular. De este modo, las alternativas, Asamblea Nacional y Consejos Obreros, se convirtieron en los dos polos opuestos de la sociedad alemana, que apuntaban hacia atrás, hacia el capitalismo, o hacia adelante, hacia el socialismo. Rosa Luxemburg insistió una y otra vez en la importancia fundamental de esta cuestión. En la *Rote Fahne* del 20 de noviembre atacó duramente a los dirigentes del USPD, que estaban a favor de una Asamblea Nacional, pero que querían aplazar las elecciones con la esperanza de evitar una guerra civil.

«La Asamblea Nacional es una reliquia obsoleta de las revoluciones burguesas, una cáscara sin contenido, un decorado de la época de las ilusiones pequeñoburguesas sobre un “pueblo unido”, sobre la “libertad, igualdad y fraternidad” del Estado burgués.

Quienquiera que defienda la idea de una Asamblea Nacional está haciendo retroceder, consciente o inconscientemente, la revolución al nivel histórico de una revolución burguesa; es un agente disfrazado de la burguesía o un portavoz inconsciente de la pequeña burguesía. [...]

Hoy las alternativas no son *democracia y dictadura*. La cuestión puesta en el orden del día por la historia es: *democracia burguesa* o *democracia socialista*. La dictadura del proletariado es democracia en sentido socialista. La dictadura del proletariado no significa bombas, golpes, disturbios y “anarquía”, como alegan deliberadamente los agentes del lucro capitalista; significa el uso de todos los instrumentos del poder político para llevar a cabo el socialismo y expropiar a la clase capitalista de acuerdo con, y, a través de la voluntad de la mayoría revolucionaria del proletariado, es decir, en el espíritu de la democracia socialista.

Sin la voluntad consciente y la acción consciente de la mayoría del proletariado no puede ser socialismo. Para agudizar esta conciencia, acerar esta voluntad y organizar esta acción, es necesario un instrumento de clase: el parlamento del Reich de los proletarios de la ciudad y del campo<sup>222</sup>».

¿Asamblea Nacional o Consejos de Obreros y Soldados? La respuesta a esta pregunta era también el punto principal del programa de la *Spartakusbund*, publicado el 14 de diciembre en *Rote Fahne*. Con palabras contundentes, Rosa Luxemburg definió las alternativas que la Guerra Mundial planteaba a la sociedad: «O la continuación del capitalismo, nuevas guerras y un declive muy temprano hacia el caos y la anarquía, o la abolición de la explotación capitalista». El socialismo era la única salvación de la humanidad, y el socialismo sólo podía lograrse mediante la acción de las masas trabajadoras:

«Por consiguiente, las masas proletarias deben sustituir los órganos tradicionales del dominio de clase burgués, los consejos federales, los parlamentos, los consejos municipales, etc., desde la dirección suprema del Estado hasta la más pequeña comunidad, por sus propios órganos de clase: Consejos de Obreros y Soldados; deben ocupar todos los cargos públicos, supervisar toda la actividad pública y medir todas las necesidades del Estado por sus propios intereses de clase y tareas socialistas. El Estado sólo puede impregnarse de espíritu socialista si existe una reciprocidad constante y vital entre las masas populares y sus órganos, los Consejos de Obreros y Soldados. [...]

Las masas proletarias deben aprender a pasar de ser máquinas muertas, colocadas por los capitalistas en el proceso productivo, en protagonistas conscientes, libres e independientes de este proceso. Deben adquirir un sentimiento de responsabilidad como miembros activos de la sociedad, que es la única propietaria de la riqueza social. Deben llegar a ser ingeniosos y productivos sin el látigo del empresario, alcanzar los logros más elevados sin el negrero capitalista, aprender a ser disciplinados sin el yugo y establecer el orden sin la dominación. El más alto idealismo en interés de la sociedad, la más estricta autodisciplina y un genuino sentido cívico por parte de las masas son la base moral de la sociedad socialista, del mismo modo que la apatía, el egoísmo y la corrupción son la base moral de la sociedad capitalista<sup>223</sup>».

<sup>222</sup> *Ibid.*, p. 606.

<sup>223</sup> *Was will der Spartakusbund? (¿Qué quiere la Spartakusbund?)*, en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften II*, p. 161 y ss.

Durante esas semanas, un torrente de calumnias se abatió sobre la *Spartakusbund*. Tanto sus dirigentes como sus partidarios fueron calificados de bestias lascivas y sádicas que planeaban el terrorismo y el derramamiento de sangre. Periódicos, panfletos y carteles afirmaban en titulares amarillistas que varios crímenes sangrientos (para los que las propias autoridades ya estaban haciendo los preparativos finales) eran actos deliberados de la *Spartakusbund*. Rosa Luxemburg respondió a estas acusaciones en el panfleto mencionado:

«En las revoluciones burguesas, el derramamiento de sangre, el terrorismo y el asesinato político han sido siempre armas indispensables en manos de las clases en ascenso. Sin embargo, la revolución proletaria no necesita el terrorismo para alcanzar sus fines; odia y aborrece el asesinato. No necesita ninguna de estas armas porque lucha contra instituciones, no contra individuos. Como no entra en la arena con ilusiones ingenuas, no necesita el terror sangriento para vengar las decepciones que pueda sufrir. La revolución proletaria no es el intento desesperado de una minoría de moldear el mundo por la violencia según sus propios ideales; es la acción de las grandes mayorías, millones de personas llamadas a realizar una misión histórica y transformar la necesidad histórica en realidad histórica<sup>224</sup>».

Esta declaración de los objetivos y métodos de la revolución proletaria salió del corazón, y detrás de ella se puede sentir el dolor que Rosa Luxemburg sintió por el uso del terror en la Revolución Rusa, aunque reconoció que era el arma defensiva extrema en la peligrosa situación de la Revolución. Al mismo tiempo, era un llamamiento a los obreros alemanes para que se armaran moralmente contra esos excesos de rabia que nunca son completamente evitables en las luchas a vida o muerte, pero que deben ser contrarrestados en la medida de lo posible por una conciencia de profunda responsabilidad. Sin embargo, esta actitud no tenía nada en común con las teorías del “renunciamento” de Tolstói o Gandhi. Rosa sabía demasiado bien que «una gran enfermedad no se cura con azahares o almizcle». Sabía demasiado bien que «es una locura delirante creer que los capitalistas se someterán de buen grado al veredicto de un parlamento socialista y abandonarán tranquilamente sus propiedades, sus beneficios y su privilegio de explotar a los demás». Miró hacia adelante y vio ya los primeros indicios de que la clase capitalista imperialista, como último vástago de la casta explotadora, superaría a todos sus predecesores en bajeza, cinismo inconfesable y brutalidad; y que antes convertirían al país en un montón de ruinas humeantes que renunciar al beneficio de la esclavitud asalariada. Por lo tanto, la clase obrera no debe dudar:

<sup>224</sup> *Ibid*, p. 163.



«Toda esta resistencia debe romperse paso a paso con el puño cerrado y con una energía implacable. A la violencia de la contrarrevolución burguesa hay que responder con la violencia revolucionaria del proletariado. Los ataques, las intrigas y los complots de la burguesía deben ser desbaratados por la firme resolución, la vigilancia y la constante disposición a la acción de las masas proletarias. A los peligros contrarrevolucionarios que amenazan hay que hacerles frente armando al pueblo y desarmando a la clase dominante. A las maniobras obstruccionistas parlamentarias de la burguesía hay que hacerle frente con la organización activa de las masas de obreros y soldados. A la omnipresencia y a los mil y un instrumentos de poder utilizados por la sociedad burguesa hay que hacer frente con el poder concentrado, masificado y altamente intensificado de la clase obrera. Sólo el frente sólido de todo el proletariado alemán, del proletariado de Alemania del Sur con el proletariado de Alemania del Norte, del proletariado urbano con el proletariado rural, de los obreros con los soldados; el contacto espiritual vivo de la Revolución Alemana con la Internacional; la ampliación de la Revolución Alemana a la revolución mundial del proletariado, todo esto puede crear la base de granito sobre la que erigir el edificio del futuro.

La lucha por el socialismo es la guerra civil más tremenda que ha visto la historia del mundo, y el proletariado debe prepararse para esta guerra civil con las armas necesarias; debe aprender a utilizarlas, a luchar y a salir victorioso.

Este equipamiento de las masas compactas del pueblo trabajador con pleno poder político para las tareas de la revolución: esto es la dictadura del proletariado y, por tanto, la verdadera democracia. No allí donde el esclavo asalariado se sienta junto al capitalista, y el proletario rural junto al *juncker* en falsa igualdad para debatir sus cuestiones vitales de forma parlamentaria; sino allí donde las masas de millones de proletarios toma el poder total del Estado con manos callosas para utilizarlo, como el dios Thor su martillo, para aplastar a las clases dominantes: sólo allí se puede hablar de una democracia que no sea una estafa al pueblo<sup>225</sup>».

Después de formular estos principios rectores generales de la acción revolucionaria, el programa de *la Spartakus* enumeraba las tareas que debían cumplirse en la lucha por conquistar y asegurar el poder, preparar un orden económico socialista, elevar el nivel de vida de las masas populares y elevar el nivel de la cultura de masas. Por último, el programa proclamaba las normas generales de comportamiento de la *Spartakusbund* en la lucha por el poder. La organización se consideraba a sí misma únicamente como la sección más consciente del proletariado, llamando la atención de los trabajadores sobre sus tareas históricas a cada paso, y defendiendo el objetivo final del socialismo en cada etapa de la revolución, así como los intereses de la revolución mundial en todas las cuestiones internacionales. Se negaba a compartir el poder gubernamental con los enemigos de la revolución, o a tomar las riendas del gobierno antes de tiempo por el mero hecho de que estuvieran flojas en otras manos. El programa era, pues, un rechazo decidido de toda política de temeridad, aventurerismo o golpismo:

«La *Spartakusbund* nunca tomará el poder gubernamental, excepto de acuerdo con la voluntad clara y explícita de la gran mayoría de las masas proletarias de toda Alemania, excepto de acuerdo con su aprobación consciente de sus puntos de vista, objetivos y métodos de lucha».<sup>226</sup>

<sup>225</sup> *Ibid.*, p. 164 y ss.

<sup>226</sup> *Ibid.*, p. 169.

Dos semanas más tarde, cuando Rosa Luxemburg presentó este programa en el Congreso inaugural del Partido Comunista de Alemania (KPD), declaró que era la resurrección de los principios fundamentales del *Manifiesto Comunista*. Y es cierto que las mismas ideas sobre el carácter de la lucha revolucionaria, los mismos objetivos, los mismos métodos de lucha y las mismas medidas decididas se presentan en la partida de nacimiento del socialismo moderno y en este último importante documento redactado por Rosa Luxemburg. El mismo espíritu informa ambas obras. Este vasto terreno común tiene su origen en las situaciones políticas tan similares en las que se concibieron ambos documentos. En febrero de 1848, Alemania se hallaba en vísperas de una revolución burguesa, que Marx consideraba como el precursor inmediato de la revolución proletaria. En noviembre de 1918, un rápido ataque eliminó los últimos escombros del feudalismo y la revolución burguesa quedó completada. Burguesía y proletariado se enfrentaban ahora en una lucha decisiva. Después de setenta años de tremendo desarrollo social, la curva de la revolución volvía a correr paralela a la de los días de la Revolución de Marzo, aunque en un arco mucho más amplio y a un nivel mucho más alto. Sin embargo, el programa de la *Spartakusbund* no se limitó a copiar las instrucciones programáticas del *Manifiesto Comunista*, sino que resumió la situación política inmediata en Alemania, demostrando con ello ser un ejemplo más de la sintonía de ideas existente entre Karl Marx y Rosa Luxemburg, y –al mismo tiempo– de la independencia de ésta en la aplicación de sus métodos.

## La contrarrevolución contraataca

Cuando *Rote Fahne* publicó el programa de la *Spartakusbund*, la revolución y la contrarrevolución en Alemania ya estaban enredadas en el combate. Los enemigos de la revolución habían trabajado con circunspección y astucia. El 10 de noviembre Ebert y el Cuartel General del Ejército concluyeron un pacto cuyo objetivo preliminar era derrotar a los obreros de Berlín. Durante ese mes se produjeron sangrientos enfrentamientos entre los obreros y los soldados de primera línea que regresaban y que habían sido azuzados por las autoridades. En los campos de instrucción militar se entrenaba “ideológica y militarmente” tropas especiales para la guerra civil, en estricto aislamiento de la población civil. Las fotografías muestran la composición típica de estos grupos: oficiales, viejos veteranos de guerra para los que la guerra se había convertido en un oficio, y jóvenes reclutas que habían sido lanzados a la matanza en el último minuto y que ahora eran citados contra el “enemigo en casa”.

El 30 de noviembre se creó una División de Hierro bajo la dirección política del comisario del Reich August Winnig, antiguo dirigente sindical, para la lucha contra la Rusia bolchevique y la protección de los barones bálticos. También se fundó un inmenso número de *Freikorps*, supuestamente destinados a una guerra contra Polonia. Diez divisiones de élite marcharon a Berlín, pero por supuesto se fundieron rápidamente en el fuego de la Revolución. El comandante socialdemócrata de Berlín, Otto Wels, fundó entonces un *Cuerpo de Defensa de Soldados Republicanos (Republikanische Soldatenwehr)*, que con el tiempo llegó a tener 15.000 hombres y fue financiado directamente por grupos capitalistas.

Las fuerzas militares del bando de la revolución eran débiles. El jefe de la policía berlinesa, Emil Eichhorn, miembro del USPD, había creado un cuerpo de seguridad compuesto por trabajadores organizados en sindicatos que patrullaban las calles. En el Palacio Imperial estaba estacionada la llamada División Naval Popular (*Volksmarinedivision*), con un total de unos 3.000 hombres que políticamente estaban indecisos y que durante algún tiempo estuvieron bajo el mando del conde Wolff-Metternich, viejo amigo de Guillermo II. También había una pequeña fuerza de partidarios *de Spartakus*, la Liga de Soldados Rojos (*Roter Soldatenbund*). Además, muchos miles de obreros estaban armados –cuando sus unidades militares habían sido disueltas, simplemente se habían llevado las armas a casa– y estaban dispuestos a defender la revolución.

El 6 de diciembre la contrarrevolución dio su primer golpe abierto. En Hamburgo y en Renania se descubrieron conspiraciones contrarrevolucionarias. En Berlín, un grupo de soldados «leales al gobierno» proclamó a Ebert Presidente de la República y le exigió que diera un *golpe de Estado*. Mientras tanto, otro grupo de soldados detiene al Comité Ejecutivo de los Consejos de Obreros y Soldados, y 200 hombres ocupan la redacción de *Rote Fahne*. En el norte de Berlín, una manifestación organizada por la Liga de los Soldados Rojos con el conocimiento y permiso de las autoridades fue tiroteada bajo el pretexto de que se planeaba un golpe de estado espartaquista. Dieciocho manifestantes resultan muertos y treinta heridos. Una investigación dirigida por el presidente de la policía Eichhorn reveló que todos estos incidentes tuvieron su origen en un plan coordinado: todos los hilos convergieron en la oficina del comandante de Berlín: Weis, en el Ministerio de Guerra y en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Los sucesos de ese día sacudieron seriamente el prestigio del gobierno. Tras un llamamiento de la *Spartakusbund*, cientos de miles de personas se manifestaron por las calles de Berlín contra las maquinaciones de la contrarrevolución. Sin embargo, no se tomaron medidas directas para proteger la revolución.

Se inició una campaña de incitación histérica contra *Spartakus*. Todos los días se anunciaban golpes espartaquistas. El “bolchevismo” y el “*espartaquismo*” se convirtieron en pesadillas de los asustados burgueses de todas partes. “¡El bolchevismo nacionaliza a las mujeres!” Todos los crímenes se achacaban a los espartaquistas. Liebknecht, Luxemburg y sus seguidores fueron representados como una horda de peligrosos incendiarios. Con fantasía desenfadada, la Liga Antibolchevique, bien abastecida con dinero del gobierno, inventaba nuevas monstruosidades que gritaban en carteles pegados en paredes y tableros de ciudades y pueblos de todo el país. Se entrenó a espías y *agentes provocadores* según órdenes especiales, se fomentó deliberadamente una atmósfera de asesinato y pogromo, y se abogó por el asesinato de los líderes espartaquistas en reuniones públicas y en la prensa. «Cuando los compinches de *Spartakus* nos conviertan en proscritos a nosotros y a nuestro futuro, ¡recién entonces Karl Liebknecht y compañía se encontrarán fuera de la ley!» Ante las narices del gobierno socialdemócrata, se colocaron pancartas gigantescas –pagadas por ese centro de corrupción al servicio del antiguo gobierno imperial, el *Heimatdienst*:

«¡Trabajadores! ¡Ciudadanos!

*La caída de la Patria es inminente.*

*¡Sálvenla!*

*No está siendo amenazada desde fuera, sino desde dentro:*

*Por el grupo Spartakus.*

*¡Maten a sus líderes!*

*¡Maten a Liebknecht!*

*Entonces tendrán paz, trabajo y pan.*

Los soldados del frente»

El 7 de diciembre, Karl Liebknecht fue secuestrado en las oficinas de *Rote Fahne*, pero antes de que pudieran llevárselo, alguien consiguió alertar a Eichhorn, que se encargó de liberarlo. Más tarde se descubrió que el intento de secuestro formaba parte de un plan de asesinato. El comandante de Berlín, el socialdemócrata Weis, organizó una banda mercenaria de vagabundos, que tenían instrucciones de «localizar y perseguir [a los líderes de la *Spartakusbund*] de día y de noche para impedirles que llevaran a cabo tareas de agitación y organización». <sup>227</sup> Detrás de esta fórmula se escondían intenciones aún más siniestras, y la vida se volvió muy peligrosa para los líderes de la *Spartakus*, que se vieron obligados a huir constantemente. Agobiada por el trabajo, Rosa Luxemburg había visitado su casa en el tranquilo suburbio de Sudende muy pocas veces, y

<sup>227</sup> Anton Fischer, *Die Revolutionskommandantur in Berlin* (La Comandancia de la Revolución en Berlín), Berlín. 1920.



ahora le resultaba imposible. Sus enemigos la acechaban y la zona estaba bajo la dictadura del *Bürgerrat* local.<sup>228</sup> Cada noche tenía que alojarse en un hotel diferente con un nombre falso y salir temprano por la mañana para evitar sorpresas desagradables. Así, rara vez conseguía dormir lo suficiente. Ni siquiera la redacción de *Rote Fahne* estaba a salvo; apenas pasaba un día sin la amenaza de incursiones de bandas de soldados engañados e incitados.

Rosa mantuvo su aplomo inquebrantable y su frescura intelectual en medio de todos estos peligros, en el rápido torbellino de los acontecimientos y en el ajetreo de las oficinas editoriales, que no sólo recibían constantemente la visita de multitud de personas –trabajadores, soldados y camaradas– en busca de consejo e instrucciones, sino que también se veían acosadas por todo tipo de personajes dudosos. Dejó a un lado los “inconvenientes menores” de una vida así. Su cuerpo no tenía derecho a quejarse de estar agotado y sobrecargado; tenía que obedecer los dictados de su voluntad. Y en esos días críticos, cuando el trabajo tenía que interrumpirse una y otra vez, y el programa editorial tenía que revisarse repetidamente como resultado de nuevas noticias que exigían nuevas discusiones y decisiones, no permitía que sus nervios cedieran. Su mente, sostenida por el «fascinante espectáculo de la revolución», lograba una y otra vez exprimir nuevas reservas de energía de su cuerpo.

A pesar de todos los esfuerzos, todas las mentiras, incitaciones, conspiraciones, provocaciones y sangrientas incursiones de la reacción, la revolución ganaba terreno cada día. La ingenua confianza en las promesas y los juramentos sagrados dio paso a un examen crítico de los hechos. Cada vez más capas sociales se vieron arrastradas al torbellino. Atiborradas de propaganda burdamente inflamada, y a menudo hirviendo de rabia contra el enemigo universal: los *espartaquistas*, unidades enteras de tropas que regresaban a las grandes ciudades se convertían en poco tiempo en pilares de la revolución. Pero, sobre todo, los obreros utilizaban cada vez con más frecuencia su arma tradicional: la huelga. Desde la Alta Silesia y la zona industrial de Renania-Westfalia, una vasta oleada de huelgas se extendió por todo el país. Se desarrollaron nuevas formas de organización de la huelga y de liderazgo, y la fuerza elemental de estas huelgas, en las que participaron cientos de miles de personas, sembró la alarma en el campo de la “ley y el orden”. El llamado *gobierno socialista* se preparó para aplastar las huelgas por la fuerza militar, e incluso el miembro más izquierdista del gobierno, Emil Barth, se quejó furiosamente de que la “gloriosa revolución” amenazaba con degenerar en un mero movimiento de reivindicación salarial.

<sup>228</sup> *Bürgerrat*, (ratas burguesas] la contraparte burguesa o de clase media de los Consejos de Obreros y Soldados. [N. Ed.]

Historiadores bienintencionados maldijeron más tarde a los obreros alemanes por no haber mostrado suficiente idealismo en los días de la revolución, y por haber pensado sólo en su propia existencia miserable en lugar de en las grandes tareas de la revolución. ¡Qué falta de comprensión histórica! Después de largos años de hambre desnuda, ¿no era inevitable que los trabajadores utilizaran la posición de poder que habían ganado en la revolución para mejorar al menos un poco sus condiciones materiales? En cualquier caso, las huelgas no eran meros movimientos por reclamos salariales: eran parte integrante de la revolución. Lo que estaba en juego, no sólo de forma teórica y objetiva, sino también proclamado abiertamente por los propios huelguistas, era el poder en las fábricas y una socialización real de la producción.

Desde la revolución de 1905, Rosa Luxemburg estaba familiarizada con el papel que desempeñan las luchas económicas en tiempos de ascenso social, por lo que había esperado que se iniciara una avalancha de huelgas de este tipo. En su obra *La huelga de masas, el partido y los sindicatos* había profetizado:

«También en Alemania, un período revolucionario modificaría mucho el carácter de la lucha sindical y la intensificaría hasta tal punto que la actual guerra de guerrillas de los sindicatos sería en comparación un juego de niños. Y, por otra parte, la lucha política también obtendría repetidamente nuevo ímpetu y nueva fuerza de esta tormenta económica elemental de huelgas masivas. La relación recíproca entre lo económico y la lucha política –por así decirlo, el mecanismo regulador de la acción revolucionaria del proletariado– resultaría tan naturalmente [como en Rusia] de las condiciones dadas también en Alemania<sup>229</sup>».

Esta profecía apenas fue escuchada en Alemania en su momento, pero durante la revolución fue incluso superada por la realidad, porque la voluntad consciente de los trabajadores de luchar por el objetivo más elevado, de luchar por una economía socialista propiamente dicha, se expresó en esta tormenta de huelgas de masas elementales. En un artículo titulado «Acheron on the Move» (*Acheron in Bewegung*)<sup>230</sup> publicado en *Rote Fahne* el 27 de noviembre de 1918, se regocijaba:

<sup>229</sup> *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften*, en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften*, I, p. 192.

<sup>230</sup> El Aqueronte es el río mitológico del infortunio de los infiernos. Frölich retoma la alusión en la frase final del libro. [N. Ed.]

«En lugar de esperar los benévolos decretos del gobierno o las resoluciones de la maravillosa Asamblea Nacional, las masas adoptan instintivamente el único método real que conduce al socialismo: ¡la lucha contra el capital!... El movimiento huelguístico que ahora comienza es la prueba de que la revolución política ha abierto una brecha en la estructura básica de la sociedad. La revolución está recordando su propia base original: está dejando a un lado el decorado de papel de los cambios ministeriales y los decretos, que no han producido el menor cambio en la relación social entre el capital y el trabajo, y entrando en el escenario de los acontecimientos. [...]

En la revolución actual, las huelgas que han estallado no son un mero “conflicto sindical” sobre trivialidades, sobre cuestiones relacionadas simplemente con la relación salarial. Son la respuesta natural de las masas a la tremenda conmoción que se produjo en las relaciones de capital como resultado del colapso del imperialismo alemán y de la breve revolución política de los obreros y soldados. Son los primeros inicios de la contienda general entre el capital y el trabajo en Alemania; señalan el comienzo de la violenta lucha de clases, cuyo resultado no puede ser otro que la eliminación de la relación salarial y la introducción de una economía socialista. Desatan la fuerza social viva de la revolución actual: la energía revolucionaria de clase de las masas revolucionarias. Abren un período de actividad directa por parte de las masas más amplias, y los decretos y medidas de socialización de cualquier órgano representativo o del gobierno sólo pueden servir de acompañamiento a dicha actividad.»

Estaba llena de optimismo; no cabía duda de que las masas trabajadoras marchaban rápidamente hacia la izquierda. Sin embargo, este avance se produjo a un nivel elemental, bajo la presión de las experiencias directas, y todas sus consecuencias políticas no se materializaron inmediatamente. Los efectos de la relación recíproca entre la lucha económica y la lucha política no se dejaron sentir uno tras otro. En particular, la composición de los Consejos de Obreros y Soldados fue a la zaga de la creciente combatividad de las masas. Esta era una cuestión de gran importancia, porque en este período inicial de fermento revolucionario los Consejos estaban en una posición tal que podían ejercer funciones públicas de acuerdo con sus derechos revolucionarios, o renunciar a este poder en favor de las viejas instituciones de gobierno y administración. Pero en todas partes los socialdemócratas oficiales instaban a los Consejos a abandonar sus poderes y trabajaban para reconstruir el viejo aparato estatal de la Alemania imperial. Esto puso en manos de la contrarrevolución un arma muy poderosa y facilitó la superioridad organizativa de las fuerzas hostiles a la clase obrera.

La flagrante contradicción entre el estado de ánimo de las masas y la voluntad política de los viejos partidos se expresó en el primer Congreso nacional de los Consejos de Obreros y Soldados, celebrado en Berlín del 16 al 20 de diciembre de 1918. Los delegados no fueron elegidos directamente, sino designados por los Consejos locales. El Congreso representaba la actitud de las masas en los primeros días de la revolución, pero eso era todo, y carecía incluso de las grandes ilusiones de aquellos primeros días. Representaba el pasado, no el presente; las pequeñas y medianas ciudades atrasadas, más que las grandes ciudades y las zonas industriales más importantes. Su carácter político era más el de una Cámara Alta que el de un Parlamento Popular de la clase obrera. Asistieron 489 delegados, de los cuales 288 eran socialdemócratas, 80 Independientes y sólo 10 seguidores de *Spartakus*. La realidad social fuera del Congreso era muy diferente.

Cuando se reunió el Congreso, su carácter aún estaba envuelto en misterio, pero en todas partes se depositaron grandes expectativas. Rosa Luxemburg escribió en *Rote Fahne* que debía cumplir las siguientes tareas: la destitución del gabinete Ebert-Scheidemann-Haase; el desarme de todas las tropas que no reconocieran incondicionalmente la autoridad de los Consejos de Obreros y Soldados; el desarme de las reaccionarias Guardias Blancas formadas por el gobierno y la creación de una Guardia Roja; y el rechazo de la Asamblea Nacional como un intento de desviar la revolución y como un ataque a los Consejos de Obreros y Soldados. Con estas exigencias en mente, la *Spartakusbund* llamó a los obreros berlineses a acudir al Congreso. Cientos de miles respondieron al llamamiento; fue la mayor manifestación que Berlín había visto nunca. Refiriéndose al momento en que una delegación de los mavilizados presentó las reivindicaciones al Congreso, un gran periódico burgués comentó: «Podría describirse como una expresión semejante a la del rey Belsazar cuando aquella misteriosa mano escribió en la pared de su palacio».<sup>231</sup>

Los que dirigían el Congreso comprendieron demasiado bien este signo, y se apresuraron a aislar al Congreso de las masas. Permitieron que se aprobaran varias resoluciones platónicas y nebulosas, detrás de las cuales podían escudarse bien, como la de «tomar todas las medidas inmediatas para desarmar a la contrarrevolución». En realidad, la resolución principal iba dirigida contra la revolución: «El Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados del Reich en Alemania, que representa el poder político total, transfiere por la presente el poder legislativo y ejecutivo al Consejo de Comisarios del Pueblo hasta que la Asamblea Nacional tome otras disposiciones». Se creó un Consejo Central,

<sup>231</sup> "Mene Mene Tequel".

aparentemente para controlar a los gobiernos nacional y prusiano, pero en realidad no era más que la hoja de parra de sus políticas dictatoriales. Las elecciones a la Asamblea Nacional se fijaron para el 19 de enero de 1919. Con ello, los Consejos de Obreros y Soldados se suicidaron políticamente y entregaron las llaves del poder.

Rosa Luxemburg reconoció que el Congreso había sufrido un duro golpe y había revelado la debilidad fatal del ala revolucionaria. Reconoció también, sin duda, que las reivindicaciones defendidas por la *Spartakusbund* habían ido demasiado lejos, y reclamó la rendición de los Consejos (*Rote Fahne*, 21 de diciembre de 1918) de la siguiente manera:

«Esto es una expresión no sólo de la insuficiencia general de la primera etapa inmadura de la revolución, sino también de las dificultades particulares de esta revolución proletaria y de las peculiaridades de su situación histórica. En todas las revoluciones anteriores, los combatientes entraron en las listas con las viseras levantadas: clase contra clase, programa contra programa, escudo contra escudo. [...] En la revolución actual, los defensores del viejo orden no se presentan a las listas con los escudos de las clases dominantes, sino bajo la bandera de un “Partido Socialdemócrata”. [...] Si la cuestión cardinal de la revolución fuera abierta y honestamente: *capitalismo o socialismo*, la gran masa del proletariado actual no tendría dudas ni vacilaciones sobre la respuesta.»<sup>232</sup>

Seguía convencida de que el tiempo jugaba a favor de la revolución, pues los soldados se iban despojando poco a poco de la propaganda del imperialismo, se ponían el mono de trabajo y recuperaban el contacto con la tierra natal en la que estaba arraigada su conciencia de clase. Además, surgían enormes problemas: el desempleo, la lucha económica entre el capital y el trabajo y la bancarrota del Estado. Como consecuencia, la diferenciación de clases se haría inevitablemente más clara y nítida, y la tensión revolucionaria aumentaría.

Estableció dos tareas para su propio partido y la clase obrera: la utilización de la campaña electoral para movilizar a las masas revolucionarias y educarlas en cuanto a los objetivos, el carácter de la revolución, y las artimañas de sus enemigos; y la defensa, consolidación y ampliación gradual de las posiciones mantenidas por la revolución. Como dijo (*Rote Fahne*, 23 de diciembre de 1918):

<sup>232</sup> “Una Victoria Pirrica”. *Die Rote Fahne*, n.º 36, Berlín, 21 de diciembre de 1918

«El futuro pertenece a la revolución proletaria; todo debe estar a su servicio, incluso las elecciones a la Asamblea Nacional». Pero nada de ataques prematuros, nada de luchar por objetivos aún no aceptados por la inmensa mayoría de la clase obrera, ¡y nada de putsches!<sup>233</sup>

Ya un mes antes (*Rote Fahne*, 24 de noviembre 1918), puso al descubierto el trasfondo oculto de la campaña de mentiras que se estaba difundiendo sobre el supuesto golpismo de la *Spartakusbund*:

«Hay otros que hoy necesitan urgentemente el terrorismo, el reino del terror y la anarquía, y me refiero a los señores de la burguesía y a todos los parásitos de la economía capitalista que tiemblan por sus propiedades, sus privilegios, sus beneficios y sus prerrogativas de gobernantes. Estos son los que intentan cargar al proletariado socialista con la responsabilidad de la anarquía y los golpes fabricados por ellos mismos para poder desatar la anarquía real en un momento oportuno con la ayuda de sus agentes, estrangular la revolución proletaria y erigir sobre sus ruinas una dictadura de clase del capital que dure para siempre. [...] Desde nuestro punto de vista histórico podemos contemplar el espectáculo con una fría sonrisa. Podemos ver a través de su juego: los actores, sus directores y sus papeles.»<sup>234</sup>

El tiempo trabajaba a favor de la revolución. Sobre todo, los gerentes de la contrarrevolución y los generales lo sabían. Sabían que su éxito político en el Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados no serviría de nada si no lograban destruir rápidamente el poder de la revolución. Pronto eligieron su primer objetivo. Acuartelada en el corazón de Berlín —en el antiguo Palacio Imperial— y, por tanto, dominando el distrito de oficinas gubernamentales, estaba la División Naval Popular. Tras el golpe contrarrevolucionario del 6 de diciembre, destituyó a su comandante, el conde Wolff-Metternich, y eligió Jefe a un marino ordinario. Al mismo tiempo, anunció que, en caso de ruptura del gobierno, apoyaría a los Independientes. La mayoría de los hombres no eran *espartaquistas*, pero estaban sinceramente a favor de la revolución. Las autoridades aprovecharon la primera ocasión que se les presentó después del Congreso para enfrentarlos. Un torrente de acusaciones calumniosas, cuya falsedad se admitió más tarde con franqueza, salpicó a la División, y se hicieron demandas provocadoras que habrían significado su disolución. Después de que se disparara contra una manifestación de marineros, éstos tomaron como rehén al comandante de Berlín, Weis, para garantizar sus derechos.

<sup>233</sup> “Las elecciones para la Asamblea Nacional”, *Die Rote Fahne*, n.º 38. Berlín. 23 Dic. de 1918

<sup>234</sup> “Una obra audaz”, *Die Rote Fahne*, n.º 9. Berlín. 24 de noviembre de 1918.

Esto proporcionó a las autoridades la excusa que estaban buscando para atacar. Los marinos no esperaban que se produjera un combate, y sólo contaban con el número habitual de centinelas de guardia en el Palacio, apenas un centenar de hombres. Sin embargo, rechazaron el ultimátum de rendición con sus hipócritas promesas, y en la mañana del 24 de diciembre, día sagrado de Nochebuena, se abrió fuego de artillería sobre el Palacio y los Establos Imperiales. El bombardeo duró cuatro horas, pero fue en vano. Los marineros resistieron, y las fuerzas de seguridad de Eichhorn y numerosos trabajadores acudieron en su ayuda. Las mujeres se mezclaron con los atacantes, impidiéndoles continuar con su labor asesina contra sus hermanos e induciéndoles a deponer las armas. Al anochecer se hizo evidente que el ataque había fracasado y comenzaron las negociaciones. Se hicieron concesiones a los marineros y Weis, que había permanecido ileso durante toda la batalla a pesar de las numerosas bajas, se vio obligado a dimitir.

Fue la primera victoria de la revolución. Sin embargo, el abismo entre la revolución y la contrarrevolución se había ensanchado. Si alguna vez había existido alguna posibilidad de conciliación de clases, estaba claro que ahora era imposible.



## Fundación del Partido Comunista Alemán

¿Qué era la *Spartakusbund* que dirigían Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht? Durante la guerra fue una organización informal que contaba con varios miles de miembros. Su núcleo era la vieja izquierda de la socialdemocracia, cuadros bien cimentados en el marxismo y educados en las ideas tácticas de Rosa Luxemburg. Después de que los activistas del movimiento juvenil socialista unieran sus fuerzas a este grupo, sus filas se vieron engrosadas por elementos adicionales procedentes de diversos entornos sociales y políticos que habían sido empujados hacia la extrema izquierda del movimiento obrero como resultado de su oposición militante a la guerra. Durante los años de la guerra, todas estas personas habían corrido peligros bastante nuevos para el movimiento obrero de Europa Occidental. Todos eran entusiastas partidarios de la revolución, aunque muchos de ellos aún tenían ideas muy románticas sobre ella. Las enormes dificultades del trabajo ilegal durante la guerra habían impedido cualquier organización estrecha y unida, y cuando llegó la revolución la *Spartakusbund* era sólo una federación de grupos locales que existían en casi todas las grandes ciudades, y todavía no era un partido político. Cuando en Pascua de 1917 se formó el USPD como escisión del viejo partido, la *Spartakusbund* se unió a él como organismo afiliado, manteniendo, sin embargo, su propia organización, disciplina y programa. Quería aprovechar la ventaja de formar parte de una organización fuerte para propagar sus propios puntos de vista. En *Der Kampf*, el periódico oficial de la socialdemocracia de izquierdas publicado en Duisburg, Rosa Luxemburg justificaba esta práctica diciendo que era fácil hablar de plantar la «bandera pura» de un ideal, pero que la tarea consistía en llevarlo a las masas, en ganar su apoyo. Sin embargo, sólo unos pocos grupos fueron lo suficientemente flexibles como para aprovechar las grandes oportunidades que ofrecían las nuevas afiliaciones.

Aparte de la *Spartakusbund*, había un grupo de Izquierda Radicales con centro en Bremen y sucursales en el norte de Alemania, Sajonia y Renania. Publicaba un semanario jurídico, *Arbeiterpolitik* (Política Obrera), y en general coincidía con la *Spartakusbund* en los principios fundamentales, pero desde el principio estuvo más estrechamente asociada a los bolcheviques. Factores casuales relacionados con los orígenes de ambos grupos, viejas diferencias derivadas de los movimientos ruso y polaco, y pequeños desacuerdos sobre cuestiones tácticas habían impedido la amalgama organizativa. Al final, lo que separaba a los Radicales de Izquierda y a *Spartakus* era apenas la cuestión de la afiliación a los Independientes, que los Radicales de Izquierda habían rechazado.



El ala izquierda del movimiento obrero alemán por lo tanto, no estaba preparada desde el punto de vista organizativo para las grandes tareas del período revolucionario y, en poco tiempo, la fusión y la formación de un partido político organizado centralmente se convirtieron en una necesidad urgente como único medio de dar al movimiento revolucionario espontáneo en todo el país una columna vertebral organizativa y una dirección común. Un requisito importante era aclarar la situación en el seno del profundamente dividido USPD. Como miembros del gobierno, junto con Ebert y Scheidemann, los dirigentes del partido eran corresponsables de todos los actos oficiales del gobierno. Aunque es muy improbable que supieran nada en concreto sobre sus maquinaciones contrarrevolucionarias no oficiales, fueron manipulados y se dejaron mal utilizar. Evitaron trabajar junto con los partidos burgueses, prefiriendo mirar hacia atrás y anhelando el día en que su partido pudiera desempeñar de nuevo el papel de una oposición parlamentaria que no fuera “desleal a la lucha de clases”. Mientras tanto, tenían que enfrentarse a una oposición cada vez mayor en las filas de su propio partido. Aunque completamente desorganizada y no muy clara en cuanto a su actitud política, esta oposición era bastante firme en su rechazo a la política de sus propios dirigentes en el gobierno. Al menos desde los golpes contrarrevolucionarios del 6 de diciembre, podía contar con el apoyo de la mayoría de los miembros del partido en los centros más importantes: Berlín, Sajonia y Renania.

*La Spartakusbund hizo todo lo posible por ganarse a esta ala instintivamente revolucionaria del USPD y exigió la celebración inmediata de un congreso del partido. Rosa Luxemburg defendió enérgicamente esta reivindicación en una asamblea general del USPD en Berlín (15 de diciembre de 1918), pero los dirigentes del partido se opusieron a esta reivindicación izquierdista con una obstinación que nunca habían logrado mostrar frente a las exigencias transigentes de los socialistas de derechas. La resolución de Rosa Luxemburg fue derrotada por 195 votos contra 485 a favor de la resolución de Rudolf Hilferd.*

Mientras tanto, la lucha entre la revolución y la contrarrevolución se acercaba a su punto culminante, y la creación de un partido eficaz se convirtió en la necesidad del momento. A finales de año, la *Spartakusbund* convocó su propia conferencia nacional, cuyo primer acto fue la fundación del Partido Comunista de Alemania *Spartakusbund* (KPD). Los radicales de izquierda celebraron una conferencia simultánea y decidieron unirse al nuevo partido.

La cuestión más importante que había que decidir era si el nuevo partido debía participar o no en las elecciones a la Asamblea Nacional. En *Rote Fahne* (23 de diciembre de 1918) Rosa Luxemburg se pronunció a favor de la participación.

Aunque el objetivo de la Asamblea Nacional sería consolidar el poder del nuevo régimen burgués, sostenía que el trabajo de los socialistas en su seno no podía tener ahora el mismo carácter que su anterior actividad parlamentaria y, por tanto, no podía tener como objetivo meras reformas dentro del sistema capitalista:

«Estamos en plena revolución y la Asamblea Nacional es una fortaleza contrarrevolucionaria erigida *contra* el proletariado revolucionario. Nuestra tarea consiste, pues, en tomar por asalto esta fortaleza y arrasarla. Para movilizar a las masas *contra* la Asamblea Nacional y llamarlas a librar una lucha muy intensa contra ella, debemos utilizar las elecciones y la plataforma de la propia Asamblea Nacional. [...] Denunciar sin piedad y en voz alta todas las artimañas de esta digna Asamblea, desenmascarar paso a paso ante las masas su labor contrarrevolucionaria y hacer un llamamiento a las masas para que intervengan y obliguen a tomar una decisión: éstas son las tareas de la participación en la Asamblea Nacional.»

Los demás dirigentes de la *Spartakusbund* estaban totalmente de acuerdo con Rosa Luxemburg, aunque Liebknecht admitió que sólo apoyaba a regañadientes la idea de la participación. Sin embargo, la gran mayoría de los delegados a la conferencia y de los miembros a los que representaban consideraban una contradicción rechazar por principio la Asamblea Nacional y, sin embargo, participar en las elecciones a la misma. Tenían muy presente el ejemplo ruso, pero sólo veían la victoria final de octubre y no el largo período de preparación que implicó unas cuidadosas y a menudo muy complicadas maniobras. Esta mayoría estaba tan segura de la victoria de la Revolución Alemana que la participación en las elecciones parlamentarias parecía un desvío muy dudoso, o incluso algo peor. En vano Rosa Luxemburg advirtió a los delegados que no subestimaran las dificultades que les aguardaban, que no contaran con una victoria rápida y fácil, y que no descuidaran ningún medio de ganar adeptos. El Congreso inaugural del KPD rechazó la propuesta de participar en las elecciones a la Asamblea Nacional por 62 contra 23 votos. Leo Jogiches se sintió profundamente conmocionado por este resultado, y lo tomó como una señal de que la decisión de formar un Partido Comunista había sido prematura. Sin embargo, Rosa simplemente declaró que un recién nacido siempre chilla al principio. En una carta a Clara Zetkin, que también estaba profundamente perturbada por el voto negativo, expresó su firme convicción de que el nuevo partido encontraría eventualmente el camino correcto a pesar de todos sus errores, porque abarcaba el mejor núcleo del proletariado alemán.

La tensión que se desarrolló en el Congreso entre la dirección y los elementos más jóvenes, impetuosamente impacientes, se redujo rápidamente con el discurso de Rosa Luxemburg sobre el programa del partido. Los delegados habían observado con ansiedad el gran esfuerzo de voluntad que necesitó para recomponer su cuerpo agotado, pero en cuanto empezó a hablar, la inspiración hizo maravillas. Toda su debilidad física se desvaneció, y toda su energía habitual y su espíritu intelectual volvieron. Por última vez, la magia de su oratoria cautivó a su público: convincente, apasionante, inspiradora y conmovedora, una experiencia inolvidable para todos los presentes. Por última vez se sintieron transportados por su genialidad intelectual.

El discurso destilaba su espíritu de disposición para la acción y voluntad de victoria. Pero, al mismo tiempo, pretendía frenar las expectativas exuberantes, poner de relieve la realidad de la situación y recalcar al partido la necesidad de mantener su flexibilidad. Rosa preveía un largo camino por delante, un camino con muchas vueltas y revueltas; como había señalado en el programa de *Spartakus*, la revolución proletaria sólo podría abrirse camino por etapas, paso a paso, a lo largo de un camino hacia el calvario pavimentado con amargas experiencias, a través de derrota tras derrota, hasta la victoria final:

«Ya no podemos permitirnos fomentar y repetir las ilusiones de la primera fase de la revolución, la idea del 9 de noviembre de que el derrocamiento de un gobierno capitalista y su sustitución por otro sería totalmente suficiente para garantizar el progreso continuado de la revolución socialista. [...] Quisiera también recordar aquí algunas deficiencias de la revolución alemana que no han sido superadas en la primera fase y que muestran claramente que, desgraciadamente, no estamos aún en condiciones de asegurar la victoria del socialismo simplemente mediante el derrocamiento de un gobierno. He tratado de dejarles claro que la revolución del 9 de noviembre fue sobre todo una revolución política, cuando en general una revolución tiene que ser económica. Además, esta revolución fue sólo urbana; las zonas rurales han permanecido hasta ahora prácticamente intocadas. [...] Si nos tomamos en serio el deseo de una transformación socialista, debemos prestar atención tanto a las zonas rurales como a los centros industriales, y en este sentido, desgraciadamente, ni siquiera hemos empezado. [...]

La historia no nos pone las cosas tan fáciles como a las revoluciones burguesas; entonces bastaba con derrocar al poder oficial y sustituirlo por un par o un par de docenas de hombres nuevos. Pero nosotros debemos trabajar desde abajo hacia arriba, y eso está en exacta consonancia con el carácter de masas de nuestra revolución y sus objetivos, que revelan la naturaleza fundamental de nuestro actual orden social.

Tal como lo describo, el proceso parece probablemente más prolongado de lo que ustedes se sienten inclinados a creer en este momento. Creo, sin embargo, que es muy saludable que nos demos cuenta plena y claramente de todas las dificultades y complicaciones de nuestra revolución. [...] No me atreveré a profetizar cuánto durará todo el proceso. Pero, ¿quién espera eso de nosotros, a quién le importa, mientras nuestras vidas sean lo suficientemente largas como para llevarlo a cabo?<sup>235</sup>



**Rosalía Luxemburg (1908)**

<sup>235</sup> *Unser Programm und die politische Situation. Rede auf dem Gründungs parteitag der KPD (Spartakusbund) (Nuestro programa y la situación política. Discurso en la conferencia de fundación del KPD)*, en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften*, II, pp. 197 y ss., 200 y ss.

## 14. El camino hacia la muerte

### La lucha de enero

Rosa Luxemburg pronunció este discurso el 30 de diciembre de 1918; era una exhortación a los socialistas revolucionarios a juzgar la situación con realismo y a ponerse manos a la obra en el duro trabajo de preparar la revolución para que las condiciones sociales estuvieran maduras para la lucha decisiva. Pocos días después estallaron en Berlín los combates callejeros que condujeron a la derrota de la clase obrera. El acontecimiento pasó a la historia como el levantamiento *de Spartakus*, y la derrota allanó el camino a la contrarrevolución. ¿Qué provocó este repentino cambio en la situación?

¿Fue en el resultado de la desafortunada decisión de boicotear las elecciones a la Asamblea Nacional? ¿Esa decisión condujo inevitablemente a un intento de impedir las elecciones por la fuerza? Nada de eso: ninguno de los delegados que votaron en contra de la participación se planteó nunca tal posibilidad, y la dirección de la *Spartakusbund*, es decir, el nuevo Partido Comunista (KPD), no tenía ciertamente ninguna intención de abandonar la política táctica desarrollada por Rosa Luxemburg de acuerdo con todos los camaradas dirigentes. ¿O es que la embajada rusa en Berlín empujó a *Spartakus* a una ofensiva sin sentido para aliviar la presión sobre los bolcheviques (como se ha afirmado en ciertos libros de historia)? Pero no había embajada rusa: el gobierno del príncipe Max von Baden había expulsado a los diplomáticos rusos el 4 de noviembre como resultado de un montaje organizado por Philipp Scheidemann, un incendio del Reichstag en miniatura. Karl Radek era el único “ruso” oficial en Berlín en aquel momento, y una carta escrita por él al Comité Central del nuevo partido durante la lucha de enero —una carta en la que aconsejaba urgentemente al partido que se retirara de la lucha lo antes posible— es la refutación más contundente de este cuento de hadas.<sup>236</sup> En cualquier caso, la idea de que Rosa o Leo se dejaran empujar a una aventura por “asesores” es absurda. Una última explicación es que Rosa y sus amigos, de repente y sin motivo aparente, lanzaron un golpe general para el que no se había hecho ningún tipo de preparación, es decir, que perdieron la cabeza. Por lo demás, hay gente sensata que cree algo por el estilo simplemente porque no se atreven a ver la verdad del asunto.

<sup>236</sup> Véase, *Illustrierte Geschichte der deutschen Revolution* (Historia ilustrada de la Revolución Alemana), Berlín 1929. Fotomechaniser Nachdruck, Frankfurt, 1968.

*La verdad es que no hubo ningún levantamiento espartaquista.* Prueba irrefutable de ello son los principales artículos de *Rote Fahne*, que reflejaban fielmente la política de la *Spartakusbund* durante esos días críticos: 1° de enero, “Entre bastidores de la contrarrevolución” (que trata de los documentos oficiales relativos a la guerra reanudada contra Rusia por la contrarrevolución alemana); 2 de enero, “Traficantes de esclavos” (el mismo tema); 3 de enero, “El primer congreso del partido”; 4 de enero, “Las perspectivas de la revolución en Italia”; 5 de enero, “Secuaces del capital minero” (la lucha económica en la cuenca del Ruhr); y 6 de enero, “Desempleados”. Los títulos muestran claramente que los dirigentes del KPD contaban, para el futuro previsible, con un desarrollo constante de la revolución y en absoluto con una lucha armada en las calles de Berlín.

La verdad es que los combates de enero fueron cautelosa y deliberadamente preparados y astutamente provocados por los dirigentes de la contrarrevolución. Se originó en un plan maquiavélico que en aquel momento no tenía paralelo en la historia moderna, pero que desde entonces ha encontrado su correspondencia en las prácticas políticas del fascismo. Que hablen los hechos.

Durante el llamado “*Juicio Dolchstoss*”<sup>237</sup> en Múnich (octubre de 1925), el general Groener describió bajo juramento el acuerdo del presidente del Reich Ebert con el Estado Mayor.

Con respecto a los combates de enero testificó: «El 29 de diciembre, Ebert convocó a Noske para dirigir las tropas contra *Spartakus*. Ese mismo día se reunió el cuerpo de voluntarios, y ya estaba todo listo para la apertura de las hostilidades». Así pues, la decisión de lanzar la acción decisiva en Berlín fue tomada el día de la inauguración del congreso inaugural del Partido Comunista por los jefes del gobierno provisional y del ejército. Los preparativos, por supuesto, se remontaban más atrás. Durante semanas se habían movilizado cuerpos de voluntarios con el pretexto de defender las fronteras contra los polacos. El 27 de diciembre empezaron a concentrarse alrededor de Berlín. Como era imposible ocultar por completo estos preparativos, Ebert obtuvo el consentimiento de los miembros del USPD de su gabinete mediante una mala representación. Como nunca habrían estado dispuestos a aceptar la responsabilidad de una guerra civil abierta, se hizo necesario excluirlos por completo del gobierno. El mismo día se les pidió descaradamente que aceptaran la reincorporación de los antiguos generales de los Hohenzollern y la formación

<sup>237</sup> *Dolchstoss*: “puñalada por la espalda”. Teoría sostenida en círculos patrióticos para exculpar la derrota de Alemania en la Guerra Mundial. [N. Ed.]

de un nuevo ejército para la guerra contra Polonia y Rusia. (La guerra contra Rusia ya estaba en las provincias bálticas; "Polonia", por el momento, era también el nombre en clave de Berlín). La descarada exigencia provocó la ruptura del Gabinete. A finales de año los independientes renunciaron y se formó un gobierno socialdemócrata de derechas liderado por Ebert, Scheidemann, Landsberg, Wissel y Noske. Noske asumió entonces el mando supremo de las tropas de la guerra civil con la famosa observación: «¡Alguien tiene que ser el sabueso!»

En sus memorias, el general Georg Maercker informa: «En los primeros días de enero tuvo lugar en el Cuartel General del Estado Mayor en Berlín una reunión con los líderes del *Freikorps* sobre los detalles de la marcha [hacia Berlín], a la que asistió Noske, que acababa de regresar de Kiel». La fuerza de las tropas puede medirse a partir de la enumeración dada por el general Maercker: el Cuerpo de Voluntarios de la Policía Rural, la *Garde-Kavallerie-Schützen-Division* (División de Guardias a Caballo y Fusileros), la 17ª y 31ª Divisiones de Infantería, el *Landesschützenkorps* (Cuerpo de Fusileros del Estado) y el *Hülsen Freikorps*. [Estos seis Cuerpos de Voluntarios estaban formados por soldados entrenados, escogidos por su fiabilidad de entre las filas del antiguo ejército, y tenían una proporción muy alta de oficiales]. Para dar cuenta de su fuerza, se les conocía colectivamente como el Destacamento de Lüttwitz. Maercker los llamó "Comando General ampliado". Estaban armados para condiciones de guerra; incluso tenían lanzallamas.

Junto a los preparativos militares para la guerra civil estaban los preparativos "morales". Después del sangriento 24 de diciembre, se desató de nuevo en la prensa una frenética campaña de incitación contra *Spartakus* que, con los socialdemócratas *Vorwärts* a la cabeza, alcanzaba cada día nuevas cotas. Las víctimas del atentado de Nochebuena contra la División Naval Popular fueron enterradas el 29 de diciembre, y masas incalculables siguieron los féretros hasta el cementerio. El SPD eligió precisamente ese día para una contramanifestación, y el panfleto publicado para la ocasión decía lo siguiente:

«Las desvergüenzas de Liebknecht y Rosa Luxemburg mancillan la revolución y ponen en peligro todos sus logros. Las masas no pueden permitirse el lujo de esperar un minuto más y contemplar en silencio mientras estos brutos y sus secuaces paralizan la actividad de las autoridades republicanas, incitan al pueblo cada vez más profundamente a una guerra civil y estrangulan el derecho a la libertad de expresión con sus sucias manos. Con mentiras, calumnias y violencia quieren derribar todo lo que se atreva a interponerse

en su camino. Con una insolencia que sobrepasa todos los límites, actúan como si fueran los amos de Berlín...»

En esta misma manifestación, el *Burgerrat* distribuyó octavillas con otra instigación apenas velada a asesinar a Liebknecht:

«Las bromas navideñas del grupo *Spartakus* (!) nos llevarán directamente al abismo. [...] A la cruda violencia de la banda de criminales sólo se puede responder con la contraviolencia. [...] ¿Queréis la paz? Entonces procurad, cada uno de vosotros, que termine el dominio violento de los *espartaquistas*. ¿Queréis libertad? ¡Entonces procurad que los holgazanes armados que siguen a Liebknecht no hagan más daño!...»

Pocos días después, la Liga Antibolchevique puso anuncios públicos con un precio de 10.000 marcos por la cabeza de Karl Radek. Se invirtieron enormes sumas en esta propaganda de guerra civil, pero aún no había excusa para abrir fuego.

El 1° de enero, el *Politisch-Parlamentarische Nachrichten* (*Noticias político-parlamentarias*), una publicación socialdemócrata, inició una campaña de difamación contra el Jefe de la policía de Berlín, Emil Eichhorn, miembro del USPD. Este hombre, cuya integridad estaba fuera de toda duda para todos los dirigentes socialdemócratas, fue acusado de malversación de fondos públicos. Al mismo tiempo, los hombres que ya concentraban contrarrevolucionarios alrededor de Berlín acusaron a Eichhorn de prepararse para iniciar una guerra civil, aunque sabían muy bien que ni siquiera tenía armas suficientes para equipar a su propia fuerza policial. El 3 de enero fue llamado al Ministerio del Interior, abrumado por una confusión de acusaciones, y se le pidió que dimitiera. Pidió un aplazamiento de 24 horas para poder refutar todos los cargos por escrito. Aunque esta petición le fue concedida a la cara, el gobierno tenía prisa y temía la publicación de tal documento. El 4 de enero por la mañana, antes de que se cumpliera el plazo, Eichhorn fue relevado de su cargo. El socialdemócrata Eugen Ernst, más tarde partidario del *Putsch de Kapp*, fue nombrado en su lugar. Eichhorn se negó a aceptar su destitución; tal paso habría supuesto un reconocimiento de culpabilidad, y tenía que preservar su honor. De todos modos, estaba subordinado, no al Ministro del Interior, sino al Ejecutivo de Berlín de los Consejos de Obreros y Soldados, y mantuvo con firmeza que no podía violar la ley creada por la Revolución de Noviembre ni abandonar su importante cargo.



Cuando llegó la orden de despido, la Ejecutiva de Berlín del USPD estaba en sesión conjunta con los Delegados Sindicales Revolucionarios, y se adoptó una resolución de apoyo a Eichhorn. Para dar al gobierno una última oportunidad de solucionar el conflicto, Eichhorn dijo que acataría cualquier decisión que tomara el Consejo Central Nacional de los Consejos de Obreros y Soldados, en el que los socialistas de derechas tenían mayoría. Sin embargo, el gobierno rechazó incluso esta oferta; quería una intensificación del conflicto como excusa para la intervención militar. La ejecutiva del USPD y los delegados sindicales revolucionarios convocan entonces una manifestación para el 5 de enero. El KPD se sumó a ella y cientos de miles de personas marcharon en inmensas columnas hasta la Jefatura de Policía. Llegaron justo cuando Eichhorn estaba a punto de ser expulsado y le imploraron que se quedara, declarando su intención de defender este bastión de la revolución.

Bajo la impresión creada por esta enorme demostración, en el transcurso de la reunión, la ejecutiva berlinesa del USPD y los delegados sindicales revolucionarios se reunieron de nuevo, junto con dos representantes del KPD, Karl Liebknecht y Wilhelm Pieck. Creyeron los informes de Heinrich Dorrenbach, oficial de la División Naval Popular, de que la guarnición de Berlín estaba con ellos y que podían contar con una fuerte ayuda militar de Spandau y Frankfurt an der Oder. Así pues, la asamblea decidió oponerse a la destitución de Eichhorn y emprender un intento de derrocar al gobierno de Ebert-Scheidemann. Se creó un “comité revolucionario” encabezado por Georg Ledebour, Karl Liebknecht y Paul Scholze (representantes del USPD, el KPD y los delegados sindicales revolucionarios, respectivamente).

¿Estaba bien pensada esta resolución? ¿Se correspondía con la situación real de poder? ¿Eran capaces sus responsables de dirigir a sus hombres en semejante empresa? Estaba por verse. En cualquier caso, mientras la discusión seguía su curso, estaban ocurriendo cosas que hacían inevitable un conflicto armado. Ya el 25 de diciembre, grupos de obreros revolucionarios –en represalia por el bombardeo de la División Naval Popular en el Palacio Imperial– habían ocupado espontáneamente la redacción de *Vorwärts*. Su acción surgió de su indignación por la actitud de un periódico que en un tiempo había pertenecido a los trabajadores berlineses, pero que les había sido arrebatado como resultado de un *golpe de mano* del Ejecutivo del SPD durante la guerra. Debido a las objeciones de Däumig y otros independientes de izquierdas, se habían visto obligados a desalojar los locales, pero ahora, al final de la gran manifestación del 5 de enero, se propuso ocupar de nuevo *Vorwärts*. La consigna caló, y un grupo de trabajadores ocupó la sede de los socialistas de derechas junto con la imprenta de

*Vorwärts*. Esa misma noche se ocuparon todas las demás imprentas de periódicos importantes, y al día siguiente la Imprenta del Reich (donde se imprimía el papel moneda).

No hay duda de que estas acciones coincidían con el espíritu de las masas, pero esta vez actuaban no sin instigación exterior, instigación de hecho desde el campo enemigo. Más tarde, un tribunal fiable, el Comité de Investigación nombrado por la Dieta prusiana, estableció que todas estas ocupaciones de periódicos habían sido llevadas a cabo bajo la dirección de agentes a sueldo de la Comandancia de Berlín o, en todo caso, por elementos muy dudosos. A la cabeza del grupo que ocupó *Vorwärts* estaba el camarero Alfred Roland, que más tarde fue desmascarado como un peligroso *agente provocador*. En la gran conspiración para infligir una derrota militar a la clase obrera berlinesa no se había dejado nada sin considerar. Ahora, tras la concentración de tropas, la resolución final de pasar a la acción, el nombramiento de Noske como comandante en jefe y la provocadora destitución de Eichhorn, la contrarrevolución obtuvo el pretexto “democrático”: había que salvar la libertad de prensa.

## **Spartakus y la Insurrección de Enero**

Así pues, la iniciativa de este enfrentamiento estaba completamente en manos de la contrarrevolución. Sin embargo, los obreros tenían muy buenas cartas. Todavía tenían armas y estaban decididos a luchar. Con toda probabilidad, una acción decidida habría puesto del lado de la revolución a los regimientos berlineses, que se habían declarado neutrales. La lucha callejera, enérgica y hábilmente dirigida, habría planteado serios problemas a los militares. Así pues, la victoria de los obreros en Berlín no era imposible, pero en caso de victoria acechaban grandes peligros en la retaguardia, en la retaguardia del movimiento en las zonas rurales.

La derrota de los obreros en Berlín fue sellada por el completo fracaso de su dirección. El Comité Revolucionario, el órgano que tan audazmente había proclamado la intención de tomar el poder, fue incapaz de emprender nada para lograr este objetivo. Hizo un llamamiento para otra manifestación el 6 de enero, distribuyó algunas armas a las fuerzas en los Establos Imperiales e hizo un intento de ocupar el Ministerio de Guerra. Eso fue todo. No se preocupó de los trabajadores armados que habían ocupado las oficinas de los periódicos; no les asignó ninguna tarea y los dejó en edificios sin ninguna importancia estratégica. La única medida de razonable valor militar la tomaron los propios obreros por propia iniciativa cuando ocuparon las estaciones de ferrocarril. Mientras tanto, el

Comité Revolucionario pasaba días y noches en interminables e infructuosas discusiones, cuyo resultado fue que se aferró a la paja de las negociaciones con el enemigo, paso que sólo condujo a la confusión y a la desmoralización en las filas de los obreros armados.

Pero, ¿qué postura adoptó el KPD en la lucha? Liebknecht y Pieck habían votado a favor de la acción, y el prestigio de Liebknecht fue sin duda decisivo para que se tomara la decisión. Liebknecht siempre había sido un hombre con una prisa desgarradora, un temerario, no un estratega político acostumbrado a reflexionar tranquilamente sobre las cosas, y ahora su impetuosidad le llevaba de nuevo. Él y Pieck habían actuado por iniciativa propia y sin el conocimiento de la dirección de su partido, que no estaba en absoluto de acuerdo con la idea de apostar la revolución en un enfrentamiento de este tipo. Rosa Luxemburg discutió violentamente con Liebknecht por su arbitrariedad. Asombrada y llena de reproches, se cuenta que dijo (según el propio Liebknecht): «Karl, ¿ese es nuestro programa?»<sup>238</sup>

¿Y qué postura adoptó Rosa? No rechazó completamente la idea de la lucha armada, pero insistió en que debía subrayarse su carácter defensivo. Consideraba que la situación aún no estaba lo suficientemente madura como para justificar un intento de tomar el poder político. El joven Partido Comunista gozaba de una gran simpatía entre las masas activas de Berlín, pero aún no era el líder indiscutible de la clase obrera, y todavía estaba demasiado inmaduro y no era capaz de resolver los tremendos problemas organizativos de una lucha por el poder, y mucho menos de ejercerlo. Por estas razones Rosa estaba a favor de la resistencia al ataque contrarrevolucionario, pero con objetivos que no asustaran a los sectores vacilantes de las masas de obreros y soldados, sino que les llevaran a dar un paso adelante sustancial en la lucha de largo alcance. Por ello, durante toda la lucha, *Rote Fahne* defendió consecuentemente las siguientes reivindicaciones: el desarme de la contrarrevolución, el armamento del proletariado, la unificación de todas las tropas leales a la revolución y nuevas elecciones para los Consejos de Obreros y Soldados. El objetivo de esta última exigencia era derrotar a la camarilla Ebert-Scheidemann en las estructuras clave de la revolución y convertir los Consejos en verdaderos centros de acción. La victoria en Berlín era el prerrequisito para el cumplimiento de este programa; también habría dado un poderoso impulso al movimiento en el resto del país. Rosa, por lo tanto, presionó para que la lucha continuara enérgicamente una vez iniciada; día tras día trató de que los dirigentes del movimiento actuaran.

<sup>238</sup> Paul Levi, en el *Leipziger Volkszeitung*, 15 de enero de 1929.

El 7 de Enero escribió en *Die Rote Fahne*:

Pero, ¿están los dirigentes, los órganos que llevan a cabo su voluntad, a la altura de las circunstancias? Mientras tanto, ¿han crecido en energía y determinación los delegados revolucionarios y los hombres de confianza de las grandes empresas, los elementos radicales del USPD? ¿Está su capacidad de acción a la altura de la creciente energía de las masas? [...] Esperan nuevas instrucciones y acciones de sus dirigentes. ¿Qué han hecho, qué han decidido? [...] ¡No vemos ni oímos nada! Puede ser que los hombres de confianza de los trabajadores estén deliberando profunda y abundantemente. Pero ha llegado el momento de actuar. Desde luego, los Ebert-Scheidemann no pierden el tiempo deliberando. Ciertamente no están dormidos. Están preparando en secreto sus intrigas con la energía y la cautela habituales de los contrarrevolucionarios, afilando la espada para atacar de repente y asesinar la revolución. [...] No hay tiempo que perder. Hay que tomar medidas enérgicas. [...] Los elementos indecisos entre las tropas sólo pueden ser ganados por la acción decisiva y clara de los organismos revolucionarios a favor de la sagrada causa del pueblo. ¡Actuad! ¡Actuad! Con valor, con decisión, con coherencia: éste es el deber y la obligación absolutos de los delegados revolucionarios y de los sinceros dirigentes de los partidos socialistas. Desarmad a la contrarrevolución, armad a las masas, ocupad todos los puestos de poder. Actuar con rapidez. La revolución lo exige.»<sup>239</sup>

Consideraba que las negociaciones entre el Comité Revolucionario y la contraparte eran una trampa, y una y otra vez apeló a la acción, no a las negociaciones. Tenía toda la razón. Los hombres que rodeaban a Ebert estaban utilizando las negociaciones para desgastar a sus oponentes, de modo que el gobierno pudiera entonces romper sus promesas y la tregua que había acordado, y lanzar una ofensiva contrarrevolucionaria con la mayor brutalidad.

Clara Zetkin ha dejado un relato auténtico de la actitud de Rosa Luxemburg durante ese período basado en una de las cartas de Leo Jogiches:

«Por muy significativos y esperanzadores que fueran, Rosa Luxemburg no contempló los acontecimientos desde la perspectiva de una torre de marfil berlinesa. Comprendió sus implicaciones en la situación dada y sobre todo a la luz del nivel de conciencia política de amplios sectores de la población en toda Alemania. En consecuencia, su exigencia de derrocar al gobierno de

<sup>239</sup> ¿Que hacen los dirigentes?, *Die Rote Fahne*, n.º 7, 7 de enero de 1919

Ebert no fue en el momento más que un slogan para aglutinar al proletariado revolucionario más que un objetivo tangible de la lucha revolucionaria. En determinadas condiciones, limitadas principalmente a Berlín, esa lucha habría conducido, en el mejor de los casos, a una “Comuna de Berlín”, y probablemente a una escala histórica menor. Para ella, el único objetivo inmediato de la lucha armada era rechazar enérgicamente los golpes contrarrevolucionarios, es decir, el restablecimiento de Eichhorn, la retirada de las tropas que debían aplastar al proletariado berlinés, el armamento de los obreros y la transferencia de todo el poder ejecutivo militar a los representantes políticos del proletariado revolucionario. Pero estas reivindicaciones debían ser conquistadas por la acción y no por la negociación.

Debido a esta situación, el joven Partido Comunista dirigido por Rosa Luxemburg se enfrentó a una difícil tarea que implicaba muchos conflictos. No podía aceptar el objetivo de la acción de masas —el derrocamiento del gobierno— como propio; tenía que rechazarlo. Pero al mismo tiempo no podía separarse de las masas que habían emprendido la lucha. A pesar de sus actitudes contrarias, el partido debía permanecer al lado de las masas y permanecer entre ellas para fortalecerlas en su lucha contra la contrarrevolución e impulsar el proceso de su maduración revolucionaria durante la acción haciéndolas conscientes de las condiciones que les permitían avanzar. Para ello, el Partido Comunista debía mostrar su propia cara, definir y elaborar claramente su propia evaluación de la situación sin romper la solidaridad proletaria y revolucionaria que debía a los obreros combatientes. Su papel en la lucha debía ser, por una parte, negativo y crítico y, por otra, positivo y alentador<sup>240</sup>».

Para Rosa Luxemburg había otro factor esencial que apoyaba este argumento. Como ella señaló repetidamente, en tiempos de gran tensión revolucionaria, el desarrollo intelectual de las masas avanza a pasos agigantados tan pronto como éstas se encuentran realmente en movimiento: «En la historia mundial las horas de la revolución cuentan como meses y sus días como años».

Mientras tanto, la acción se extendía por todo el Reich. En Renania, las tropas contrarrevolucionarias fueron derrotadas en una batalla campal, y en Düsseldorf y Bremen los consejos locales de obreros y soldados tomaron el poder. Una lucha enérgica en Berlín habría obligado al enemigo a hacer grandes concesiones y habría ganado nuevo terreno para la revolución.

<sup>240</sup> Clara Zetkin, *Um Rosa Luxemburgs Stellung zur russischen Revolution* (La Posición de Rosa Luxemburg sobre la revolución rusa), Hamburgo, 1922.

Por todas estas razones, Rosa Luxemburg, y con ella la dirección del KPD, no aceptó la exigencia de Karl Radek (planteada nada más comenzar la lucha) de que el partido tomara la iniciativa y llamara a los obreros a abandonar la lucha y batirse en retirada. Había una razón adicional: en enero de 1919 los cuadros del joven KPD no estaban en absoluto tan firmemente organizados y consolidados como los del Partido Bolchevique en julio de 1917, cuando llevaron a cabo una peligrosa pero exitosa retirada desde una posición igualmente precaria. El KPD no estaba en condiciones de asumir el liderazgo indiscutible ni en ataque ni en retirada.

Todas estas consideraciones justifican la política general seguida por el partido bajo la dirección de Rosa Luxemburg en esas semanas críticas. Sin embargo, hay algo que causa serias dudas. La táctica del partido consistía en una defensa política de la revolución amenazada y atacada, pero la defensa debía haberse llevado a cabo de forma activa y no pasiva; debía haber consistido en movilizar todos los recursos posibles del proletariado revolucionario y pasar a la ofensiva para obligar al enemigo a retroceder tanto política como militarmente. Y cuando se hizo demasiado evidente que esta movilización y organización de las masas no podía llevarse a cabo, que, por lo tanto, una ofensiva militar era también imposible, y que miles de obreros combatientes se habían abierto camino hasta posiciones estratégicamente desfavorables, ¿no era el deber imperativo del partido presionar enérgicamente al Comité Revolucionario para asegurar una retirada segura a los combatientes?

En *Rote Fahne* Rosa Luxemburg sólo podía actuar como crítica del Comité Revolucionario, y ese debía ser su papel allí. Pero el KPD participaba activamente en la lucha y sus representantes la dirigían. Era corresponsable junto con las demás organizaciones implicadas. No se sabe qué influencia directa ejercía el Comité Central del partido sobre la dirección del movimiento, ni siquiera si ejercía alguna, y no sabemos nada de otras opiniones que pudieran haberse expresado en las reuniones del Comité Central aparte de las de Rosa Luxemburg. Tampoco sabemos nada de las resoluciones del partido ni de lo que se hizo, si es que se hizo algo, para llevarlas a cabo.

A lo largo de los combates, Karl Liebknecht estuvo siempre con los obreros: arriesgando su vida y en constante peligro, corrió de una posición a otra durante las escaramuzas, dando consejos y apoyo moral a los combatientes. Sin embargo, durante todo ese tiempo estuvo casi fuera de contacto con la dirección del partido, y ni el material documental disponible ni las memorias publicadas por los miembros nos proporcionan más información sobre las opiniones, intenciones y

medidas del Comité Central durante ese tiempo que la que se desprende de la carta de Jogiches a Clara Zetkin.

Según las declaraciones de las mujeres que trabajaron más estrechamente con Rosa Luxemburg en los días críticos, se produjo un gran cambio en ella, tanto físico como mental. Durante los primeros meses de la revolución, que fueron de una tensión sin precedentes, ella había dado confianza y fuerza a todo el mundo por su energía y composición, simplemente por el resplandor brillante y alegre de su personalidad. Siempre encontraba tiempo para ocuparse de los demás. Con una sonrisa de reconocimiento o incluso un comentario irónico (hecho con tanto tacto que el aguijón se perdía en un sentimiento de calidez personal y afecto) animaba a los demás a esforzarse aún más por la causa. Para el movimiento en su conjunto y para el pequeño círculo de sus entusiastas y devotos colaboradores, Rosa Luxemburg era una llama viva, y se mantenía optimista en medio de todo el ajetreo de la revolución con sus grandes momentos y problemas por igual.

Sin embargo, en los días de enero, sus allegados sintieron que ella también estaba desgarrada por conflictos internos. Se volvía taciturna y a veces evitaba a los demás. El principio de «la mente sobre la materia» siempre se había aplicado a su vida: su espíritu indomable y su fuerza de voluntad siempre habían dominado su cuerpo, permitiéndole superar sus dolencias físicas. Pero ahora parecía que había llegado el momento en que incluso su voluntad empezaba a flaquear. El ritmo despiadado de los dos últimos meses, durante los cuales gastó toda su energía sin descanso, parecía estar completando el trabajo destructivo de los años de guerra en la cárcel. Empezó a sufrir desmayos repentinos casi todos los días. Los consejos de que descansara, de que se pusiera en manos de un médico, eran rechazados casi como una traición en la situación en que se encontraba, y si notaba que alguien estaba a punto de abordar el tema le bastaba una mirada para que las palabras se le atascan en la garganta. Se estaba librando una última gran lucha entre su férrea voluntad y su debilitado cuerpo. Los triunfos de su fuerza de voluntad, que rozan lo milagroso, pueden verse en los números de *Rote Fahne*, en artículos cuyo lenguaje tremendamente enérgico no revela nada de su terrible lucha por seguir adelante.

Pero sólo fueron victorias parciales. A veces parecía que ya no podía elaborar políticas de forma coherente y consecuente sin angustiosos conflictos. Surge entonces la dolorosa pregunta: ¿su fuerza física simplemente no era suficiente para las tareas necesarias, o a esta gran dirigente, que como teórica y como estrategia de la lucha de clases avanzaba con una fuerza interior y una tenacidad tan inquebrantables, le faltaba ese toque supremo del dirigente del partido que

puede hacer juicios realistas en momentos críticos independientemente de su estado de ánimo y que sabe cómo asegurarse de que sus decisiones se lleven a cabo, ese toque supremo que se convirtió en la segunda naturaleza de Lenin? Esta pregunta, por supuesto, nunca podrá responderse .

## Cacería humana

En la noche del 8 de enero, ametralladoras abrieron fuego contra el edificio de la Wilhelmstrasse que albergaba la redacción de *la Rote Fahne*. A continuación se produjo un intento frustrado de asalto. Los atacantes tenían probablemente una emboscada, ya que, después de todo, era “de conocimiento general” que los *espartaquistas* habían convertido la casa en una “fortaleza”. De hecho, en aquel momento sólo había una camarada, una mujer, en la redacción. Afortunadamente, estaba más asustada que herida. Nunca hubo armas en el edificio ni guardias; en cualquier momento, un grupo de hombres armados podría haber detenido a todos los presentes. Sin embargo, el incidente fue una advertencia que había que tomar en serio. Situada a tres minutos de *Vorwärts* y del centro de los combates, y a sólo dos minutos de Belle-Alliance-Platz, el punto de reunión más importante de las tropas enemigas, *Rote Fahne* podía esperar un ataque en cualquier momento. Así, el 9 de enero se evacuó la redacción. Una patrulla de tropas gubernamentales ya estaba ante la puerta. Como de costumbre, Rosa pareció ignorar por completo el peligro. Al salir de la casa, echó una mirada escrutadora a los hombres y, habiendo decidido que sólo el hambre podía haberlos empujado al campo enemigo, comenzó inmediatamente a mostrarles cómo se estaban dejando engañar en contra de sus propios intereses reales. Sólo con dificultad consiguió su compañera apartarla de una situación inminentemente peligrosa. Poco después, Hugo Eberlein la encontró envuelta en una acalorada discusión en medio de una multitud, justo en el corazón de la zona de combate, y tuvo que arrastrarla casi a la fuerza. Rosa despreciaba el peligro y, de hecho, se sentía inclinada a buscarlo por un romántico sentido de la responsabilidad, un sentimiento de que simplemente tenía que compartir todos los peligros con los combatientes ordinarios de la revolución.

Durante unos días encontró alojamiento en casa de un amigo, médico, cerca de la *Hallesches Tor* (Puerta de Halle), también situada en la zona de combate. Era la primera estación del camino que la llevaría a la muerte. Uno se pregunta si Rosa y Leo tuvieron que esforzarse mucho para reprimir todo pensamiento de peligro.



Aunque eran conspiradores experimentados, hicieron caso omiso de las precauciones más elementales. Se reunían con otros camaradas y con los líderes de los diversos grupos de trabajadores combatientes en lugares públicos para comer, siempre dentro y alrededor de la zona relativamente pequeña en la que se desarrollaba la lucha principal. Parecían no darse cuenta de que se estaba tendiendo una red cada vez más pesada a su alrededor. En la noche del 10 de enero, la comisaría de Berlín llevó a cabo una serie de redadas para detener a dirigentes del USPD y del KPD. Georg Ledebour y Ernst Meyer fueron detenidos en sus domicilios y tratados de una forma que indicaba claramente que se estaba planeando su asesinato.

La detención de Ledebour fue toda una sorpresa, sobre todo porque había estado participando en las negociaciones entre los socialistas de derechas y los Independientes, que estaban previstas para la mañana siguiente (11 de enero). Ni siquiera un llamamiento al Gobierno consiguió su liberación. La razón no tardó en hacerse evidente y sangrienta. Existía un “peligro” (desde el punto de vista del gobierno) que se podía decidir una evacuación de los edificios ocupados por los obreros, y esto debía ser impedido a toda costa si la contrarrevolución quería asegurarse la victoria con fanfarrias que necesitaba.

Esto fue confirmado más tarde ante un tribunal de instrucción por el testimonio del Mayor Franz von Stephani, uno de los comandantes de las tropas gubernamentales. Según su testimonio, el 9 de enero recibió la orden de tomar por asalto el edificio de *Vorwärts*, pero consideró que la empresa era demasiado arriesgada sin una preparación previa de la artillería, y propuso que se entablaran negociaciones con los trabajadores ocupantes para obtener su evacuación de las instalaciones. Sin embargo, Brutus Molkenbuhr, hijo de un conocido miembro de la Ejecutiva del SPD, declaró que había que tomar *Vorwärts* por la fuerza de las armas. En las primeras horas de la mañana del 11 de enero comenzó el bombardeo del edificio con fuego pesado de artillería y mortero que causó daños considerables y costó muchas vidas. Sin embargo, este ataque militar en toda regla fue rechazado por los trabajadores. El bombardeo se reanudó y continuó durante dos horas antes de que finalmente hiciera insostenible la posición. Los obreros enviaron intermediarios con una bandera de tregua, encabezados por el poeta obrero Werner Möller y el escritor Wolfgang Fernbach, para negociar con los sitiadores. Uno de los miembros de la delegación es devuelto con la exigencia de una rendición incondicional. Los 300 trabajadores que permanecían en el edificio *Vorwärts* se rindieron, pero mientras tanto todos los demás intermediarios, junto con dos mensajeros capturados, habían sido brutalmente asesinados a sangre fría. El Terror Blanco había comenzado.

Tras la recaptura de *Vorwärts*, la oficina indefensa del KPD de la Friedrichstrasse fue incautado y demolido. Leo Jogiches y Hugo Eberlein fueron detenidos, pero este último consiguió escapar, y Leo tuvo el tiempo justo para decirle que aconsejara a la dirección del partido que abandonara Berlín para dirigirse a Frankfurt am Main, donde podría trabajar con seguridad. De hecho, un incidente que ocurrió más o menos en la misma época subrayó fuertemente su consejo: una camarada, enviada a descubrir lo que estaba ocurriendo en las oficinas de *Rote Fahne*, fue apresada en la calle por los soldados, que la confundieron con Rosa Luxemburg y la sometieron a largas horas de trato espantoso antes de que finalmente consiguiera escapar. No dejó ninguna duda sobre el destino de Rosa si la atrapaban. Pero cuando su “doble” le describió las amenazas de muerte y le advirtió que huyera, ella rechazó rotundamente la idea, explicando que ella y Karl tenían que permanecer en Berlín para evitar que la derrota de los obreros condujera a su desmoralización.<sup>241</sup>

El 11 de enero por la noche se celebró una reunión en el refugio de Rosa Luxemburg en Hallesches Tor, en la que también estuvo presente Liebknecht. Karl y Rosa se alojaron en casa de una familia obrera en Neukölln, el lugar más seguro para ellos, pues el enemigo apenas se atrevía a asomar la cabeza en ese barrio obrero de la periferia. Sin embargo, el 13 de enero se vieron obligados a marcharse, debido a una advertencia que con toda probabilidad fue una falsa alarma, y unos amigos de Wilmersdorf, un suburbio de clase media del suroeste de Berlín, les dieron cobijo.

Aquí escribieron sus últimos artículos. «Incluso en medio de la batalla, en medio de los gritos triunfantes de la contrarrevolución, el proletariado revolucionario tiene que dar cuenta de lo que ha sucedido y medir los acontecimientos y sus resultados en la gran escala de la historia». El objetivo del artículo de Rosa titulado “El orden reina en Berlín”, publicado en *Rote Fahne* el 14 de enero de 1919, era hacer comprender las causas de la derrota. Señalaba la debilidad de la revolución: la falta de madurez política de las masas de soldados que seguían dejándose utilizar por sus oficiales para fines contrarios a los intereses del pueblo. Consideraba el atraso de los soldados como una expresión de la inmadurez de la revolución alemana. Las zonas rurales apenas se habían visto afectadas por la revolución; y aunque los obreros de los centros industriales más importantes se unían en cuerpo y alma al proletariado de Berlín, no se mantenían al corriente de

<sup>241</sup> A veces se ha comparado la actitud de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht con la de Lenin durante los días de julio de 1917, cuando, tras reflexionar fríamente sobre la realidad de la situación, decidió eludir a sus perseguidores escondiéndose. Sin embargo, ahora sabemos por las memorias de Krupskaya que tanto Lenin como Zinóviev estaban dispuestos a entregarse para ser juzgados, y que finalmente huyeron sólo ante la insistencia de los trabajadores bolcheviques.

su avance, no actuaban directamente de acuerdo con él. Sobre todo, las luchas económicas estaban empezando a desarrollarse. Por lo tanto, no se podía contar con una victoria final y duradera en ese momento. Además, sería un error considerar los combates como una ofensiva deliberada, ya que los obreros realmente se defendían de una provocación:

«De esta contradicción entre la agudización del problema y la falta de condiciones previas para su solución en la fase inicial del desarrollo revolucionario se deduce que las escaramuzas individuales de la revolución pueden acabar en *derrota*. Pero la revolución es la única forma de “guerra” –y ésta es su ley especial de vida– en la que la victoria final sólo puede prepararse mediante una serie de “derrotas”<sup>242</sup>».

Rosa expuso con cautela los puntos débiles de la acción armada. A ello debía seguir una detallada autocrítica, algo que ella consideraba indispensable para la autoeducación de las masas. En la hora de la derrota se preocupó de contrarrestar el peligro de pánico y de elevar la confianza y las esperanzas de victoria de los combatientes derrotados. Sintió y reconoció la gravedad de la derrota más que la mayoría de los camaradas. Sin embargo, mantuvo su firme creencia en la victoria final de la revolución. ¿Y su propio destino? Sabía que la muerte la acechaba, pero estaba preparada para cualquier eventualidad. Sus pensamientos, sin embargo, se concentraban en el trabajo del día siguiente.

Por el contrario, la última obra de Karl Liebknecht era una brillante glorificación de la idea militante de *Spartakus*:

*¡Asalto general contra los espartaquistas!*

*¡Muerte a los espartaquistas!*

*¡Atrapadlos, golpeadlos, fusiladlos, pisoteadlos, hacedlos pedazos! [...]*

“Espartaco” significa fuego y espíritu, significa alma y corazón, significa voluntad y acción en favor de la revolución del proletariado. “Espartaco” significa toda la miseria actual y la natural aspiración a la felicidad, significa y encierra en sí toda la conciencia de clase del proletariado y toda su audacia para la lucha. [...]

Quizás una premonición de muerte orgullosamente asumida: *Trotz alledem!* –[ ¡A pesar de todo!]

<sup>242</sup> *Ordnung Herrscht in Berlin* (El orden reina en Berlín), *Die Rote Fahne*, n.º 14, 14 de enero de 1919, en Rosa Luxemburg, *Politische Schriften II*, p. 207.

¡A pesar de todo! A pesar de todos los fracasos y derrotas previas, el ejército aparentemente adormecido de los proletarios se despertará como ante las trompetas del juicio final, y todos los luchadores asesinados se pondrán de pie para exigir cuentas a los que sólo se merecen sus maldiciones.”<sup>243</sup>

## Los asesinatos

Cuando Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht llegaron a Wilmersdorf, la trampa ya se había tensado en torno a ellos. Innumerables espías, pagados por diversas instituciones contrarrevolucionarias, los perseguían. La Liga Antibolchevique, fundada por aristócratas rusos, inició la propaganda asesina contra los dos líderes de la clase obrera. Tenía una red de agentes por toda Alemania y puso precio a las cabezas de Liebknecht, Luxemburg y Radek. Fue uno de sus agentes, von Tyszka, también a sueldo de la Comandancia de Berlín, quien intentó apresar a Karl Liebknecht el 7 de diciembre. Y fueron von Tyszka y un teniente primero, Gürgen –de nuevo siguiendo instrucciones de la Comandancia– quienes se encargaron de detener a Georg Ledebour y Ernst Meyer. El *Bürgerrat* de Berlín también tenía su propia organización de espionaje, con sucursales en los distintos suburbios, al igual que la *Garde-Kavallerie-Schutzen-Division*, acuartelada en el Hotel Eden.

Por último, estaba la oficina de espionaje del llamado Reichstag fundado por el SPD. Los verdaderos colores de esta institución, conocida oficialmente como el “Servicio Auxiliar del SPD, Sección 14”, quedaron expuestos más tarde en el proceso por difamación contra un tal Herr Prinz. Según las conclusiones del tribunal, esta Sección 14 del Regimiento del Reichstag, en nombre de Philipp Scheidemann y del financista del regimiento, Georg Sklarz (un malvado especulador y prestamista), puso un precio de 100.000 marcos a las cabezas de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Hesel, el oficial a cargo de la Sección 14; Ernst Sonnenfeld, tesorero del regimiento; y Krasnik, un oficial del regimiento, declararon bajo juramento que Fritz Henck, yerno de Scheidemann, les había informado expresamente que la oferta de la recompensa iba en serio y que había dinero dispuesto para tal fin. Muchos otros miembros del regimiento confirmaron este testimonio, reiterando que se había dado la orden de asesinar a Liebknecht y Luxemburg, aunque nunca se había puesto por escrito, y que quien los trajera, vivos o muertos, recibiría una recompensa de 100.000 marcos. Al absolver a Prinz de la acusación de difamación, el tribunal condenaba de hecho a Scheidemann y Sklarz. Ninguno de ellos se atrevió nunca a intentar exculparse de este veredicto incriminatorio.

<sup>243</sup> Karl Liebknecht, «Trotz alledem!», (*A pesar de todo*). *Die Rote Fahne*, n.º 14, Berlín. 14 de enero de 1919.

Tanto las organizaciones burguesas como las socialdemócratas pusieron a sus secuaces a perseguir a los dos líderes revolucionarios; de hecho, cooperaron y compitieron entre sí al mismo tiempo. Su hombre de enlace en la comandancia de Berlín era el fiscal Weißmann, un sujeto polifacético capaz de las peores cosas que, por sus servicios en los días de enero, fue ascendido a Secretario de Estado de Orden Público con Friedrich Ebert.

Pero como si no bastara con soltar una jauría de voluntarios y mercenarios cazadores de cabezas, la incitación contra *Spartakus*, que había comenzado en los primeros días de la revolución en medio de declaraciones extáticas de hermandad, se había convertido en enero en un coro de sádicos enloquecidos. La prensa acompañaba los asesinatos cometidos por los soldados en los barrios obreros con himnos a los “Libertadores” que cantaban a las paredes salpicadas por los sesos de los «fusilados de acuerdo con la ley marcial». La campaña convirtió a toda la burguesía en una turba sedienta de sangre, presa de la locura de denunciar, para conducir a todos los “sospechosos” –revolucionarios y personas perfectamente inofensivas e inocentes por igual– ante los fusiles de los pelotones de fusilamiento. Y todo esta histeria acababa con el grito de odio: “¡Liebknecht! Luxemburg!” El 13 de enero, con la publicación de un poema de Artur Zickler, colaborador habitual, *Vorwärts* alcanzó la cima de la desvergüenza, por no hablar de la brutal franqueza –que terminaba con el verso:

*¡Vielhundert Tote in einer Reih–*

*Proletarier!*

*Karl, Radek, Rosa y Kumpanej–*

*¡Es ist keiner dabei, es ist keiner dabei!*

*¡Proletarier!*

*Muchos cientos de cadáveres en fila...*

*¡Proletarios!*

*Karl, Radek, Rosa y Compañía.*

*¡Ninguno de ellos está ahí! ¡Ninguno de ellos está ahí!*

*¡Proletarios!*



**Karl Liebknecht. 4 de enero de 1919  
Manifestación frente al Ministerio del Interior**

*Vorwärts* fue el primer periódico en dar la noticia el jueves, 16 de enero, de que Liebkecht y Luxemburg habían sido detenidos. No se menciona el asesinato. Hasta el mediodía, los periódicos no publicaron los llamativos titulares: “Liebkecht asesinado a tiros mientras intentaba escapar” (*auf der Flucht erschossen*) y “Luxemburg asesinada a golpes por la multitud” (*von der Menge erschlagen*).

¿Qué había pasado? El 15 de enero, hacia las nueve de la noche, Karl y Rosa, junto con Wilhelm Pieck, fueron detenidos en su último lugar de refugio, el 53 de la Mannheimer Strasse en Wilmersdorf, por un grupo de soldados dirigidos por un teniente Lindner y un posadero llamado Mehring del *Bürgerrat* de Wilmersdorf. Al principio, los líderes arrestados dieron nombres falsos, pero fue en vano, pues al parecer habían sido descritos claramente por un espía que se había infiltrado en confianza de Liebkecht. Karl fue conducido primero al cuartel general del *Bürgerrat* y de allí al hotel Eden. Poco después le siguieron Rosa Luxemburg y Pieck, acompañados por una fuerte guardia militar.

En el hotel Eden, bajo la dirección de un tal capitán Pabst, de la *Garde-Kavallerie-Schützen-Division*, ya se habían tomado disposiciones para asesinar a Karl y Rosa. En el momento en que Liebkecht entró, fue golpeado dos veces en la cabeza con culatazos de fusil. No se permitió que se le vendaran las heridas. Rosa Luxemburg y Pieck fueron recibidos con gritos salvajes y un torrente de insultos repugnantes. Mientras Pieck era custodiado en un extremo del pasillo<sup>244</sup>, Rosa y Karl fueron conducidos a la habitación del capitán Pabst para ser “interrogados”. Poco después se llevaron a Liebkecht. Al salir del edificio fue abatido a culatazos por el fusilero Otto Runge, y luego arrastrado a un coche por el teniente primero Horst von Pflugk-Harttung; el capitán y los tenientes Liepmann, von Ritgen, Stiege, Schultz; y un fusilero, todos ellos miembros del personal de Pabst. Todos subieron al coche, ya que tenían la falsa orden de transportar a los secuestrados a la prisión de Moabit (normalmente reservada para los que esperan juicio). Junto al lago del Tiergarten (Jardín Zoológico), en una zona poco iluminada, el coche se detuvo debido a supuestos problemas de motor. Medio inconsciente, Liebkecht fue sacado del coche y arrastrado varios metros por seis de sus captores, todos ellos armados con pistolas (sin seguro) y granadas de mano. Tras obligarle a dar unos pasos, le dispararon supuestamente mientras intentaba escapar, es decir, le asesinaron. El coche, por supuesto, estaba listo para volver a funcionar, y el cadáver fue llevado a un puesto de primeros auxilios y entregado como “NN”.

<sup>244</sup> Runge había recibido la orden de matar a tiros a Pieck. Para evitar esta amenaza, Pieck pidió que se le permitiera hacer otra declaración. Lo que dijo fue una completa patraña, pero a continuación fue puesto bajo custodia militar, de donde consiguió escapar.

Poco después de que se llevaran a Liebknecht, Rosa Luxemburg fue conducida fuera del hotel por un teniente primero de apellido Vogel. Ante la puerta la esperaba Runge, que había recibido la orden de los tenientes primeros Vogel y Pflugk-Hartung de tirarla al suelo. Con dos golpes de culata le rompió el cráneo. Su cuerpo casi sin vida fue arrojado a un coche que esperaba, y varios oficiales saltaron dentro. Uno de ellos golpeó a Rosa en la cabeza con el culatazo de un revólver, y el teniente primero Vogel la remató con un tiro en la cabeza. A continuación, el cadáver fue conducido al Tiergarten y, por orden de Vogel, arrojado desde el puente Liechtenstein al canal Landwehr, donde no fue recuperado hasta el 31 de mayo de 1919.<sup>245</sup>

## Después

«Como azotados por espíritus invisibles, los caballos del dios sol avanzan con el frágil carro de nuestro destino, y sólo nos queda sujetar las riendas con sereno valor. [...] Si he de caer, entonces un trueno, un viento fuerte o incluso un paso en falso podrían arrojarme a las profundidades, y allí yacería con muchos miles de otros. Nunca he despreciado lanzar los dados sangrientos por una pequeña ganancia con mis buenos camaradas de armas, y ¿debería regatear ahora cuando toda la libertad y el valor de la vida están en juego?»

(Goethe, *Egmont*)

Hay algo de la filosofía de vida de Rosa Luxemburg en estas palabras. Conocía los riesgos personales que correría en la lucha revolucionaria, pues muchos los habían corrido antes que ella y habían pagado el precio supremo. Sabía que los grandes avances históricos por los que luchaba sólo se lograrían cuando muchos miles se hubieran lanzado a la lucha. El sacrificio de su vida fue el cumplimiento de un destino libremente aceptado. No estaba posando cuando escribió a Sonja Liebknecht: «Sabes, espero morir en mi puesto, en una batalla callejera o en una prisión de trabajos forzados».

<sup>245</sup> Sobre el asesinato véase: *El asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Zusammenfassende Darstellung des gesamtem Untersuchungsmaterials mit ausführlichem Prozessbericht (El asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. A Comprehensive Presentation of the Total Investigation Material with a detailed Report of the Trial)*, Berlín 1920; E. J. Gumbel, *Vier Jahre politischer Mord* (Cuatro años de asesinatos políticos), Berlín 1922; Paul Levi, *Der Jorns-Prozess, Rede des Verteidigers Paul Levi nebst Einleitung (El proceso Jorns, discurso del abogado defensor Paul Levi más una introducción)*, Berlín 1929.



Nadie puede decir qué efecto habría tenido su obra en la historia de los últimos veinte años [es decir, 1919-39], si habría podido dar un giro diferente al curso de los acontecimientos, de haber vivido. Pero como difícilmente podría haber sobrevivido para ver la victoria de su causa, su muerte —a manos del enemigo durante el apogeo de la lucha— parece significativa porque marcó el final de la vida de una militante revolucionaria. Este significado eleva su muerte por encima del horror que conlleva. Su muerte se convirtió en un símbolo. Cumpliendo órdenes, un rufián, con todas las características de un degenerado y embrutecido por la guerra, destrozó una magnífica nave del genio humano sin darse cuenta de lo que hacía. Así fue como, durante aquellos días de enero, el odio asesino, el salvajismo y el servilismo, puestos al servicio de la guerra, se convirtieron en un símbolo de la guerra, de la barbarie capitalista, y asesinó las ansias de libertad del proletariado.

La noticia de los asesinatos destrozó los últimos restos de fortaleza del anciano Franz Mehring, y murió el 29 de enero. Leo Jogiches, destrozado por el duro golpe y convertido en una sombra de sí mismo, trabajó duro para denunciar el crimen y consiguió publicar no sólo los relatos de los testigos presenciales, sino también un documento realmente desgarrador: una foto de la borrachera en la que los asesinos celebraron la muerte de los dos líderes de la *Spartakusbund*. Así firmó su propia sentencia de muerte. El 1° de marzo de 1919 fue detenido, conducido a la prisión anexa a la Jefatura de Policía y asesinado —“muerto a tiros mientras intentaba escapar”— por un detective llamado Tamshik. Y, como habían hecho sus líderes, también miles de obreros revolucionarios sellaron su lealtad a la causa *espartaquista* entregando sus vidas, muertos en combate o asesinados a traición en el Terror Blanco que dió rinda a los asesinatos.

La contrarrevolución bailó sobre sus tumbas, creyendo que la revolución social había sido abatida de una vez por todas. ¡Qué júbilo! La justicia —esa puta con los ojos vendados— y la *raison d'état* se unieron para silenciar los crímenes. El fiscal Jorns apiló una perversión de la justicia sobre otra en un esfuerzo por borrar todo rastro de los asesinatos.<sup>246</sup> Sin embargo, *Die Rote Fahne* hizo resonar la verdad por todo el país y despertó la conciencia pública hasta tal punto que las autoridades se vieron obligadas a detener al menos a algunos de los asesinos. La prisión se convirtió en una fragua de perjurios, un taller de falsificadores, un taberna, un burdel. Sin embargo, cuando la cínica parodia de justicia fue finalmente puesta en escena ante el tribunal, la verdad consiguió atravesar la red de intimidaciones y sobornos. El tribunal, en connivencia con la *Garde-Kavalerie*-

<sup>246</sup> Paul Levi, *op. cit.*

*Schützen-Division*, absolvió a todos los aristócratas asesinos sin excepción. El teniente Liepmann fue condenado a una pena de multa. El teniente primero Vogel fue condenado a dos años y cuatro meses de prisión por cometer un delito menor mientras estaba de guardia y por deshacerse ilegalmente de un cadáver. El soldado Runge fue condenado a dos años de prisión por intento de homicidio.<sup>247</sup> Mientras seguía detenido a la espera del resultado del juicio, Vogel consiguió planear su fuga;<sup>248</sup> se proveyó de un pasaporte y un visado falsos y, al día siguiente de que se dictara su sentencia, escapó a Holanda. Pabst y Jorns fueron informados de los preparativos de la fuga, pero no hicieron nada para impedir que se llevaran a cabo.

El detective Tamschik (el que había asesinado a Jogiches) entonces disparó y mató a Dorrenbach, uno de los líderes de la División Naval Popular, porque supuestamente la víctima “intentaba escapar”. En reconocimiento a sus servicios fue ascendido más tarde a oficial de la policía de seguridad prusiana por el ministro socialdemócrata Carl Severing.

A los combates de enero siguió una campaña del ejército de guerra civil de Noske de ciudad en ciudad, y la república burguesa se salvó. Pero no para siempre. La victoria de la contrarrevolución en enero de 1919 allanó el camino para la victoria de Hitler en enero de 1933. Los asesinos estaban ahora en la cima: El capitán Pabst, que había organizado los asesinatos, ahora podía presumir de sus hazañas;<sup>249</sup> Runge, que había sido condenado por intento de homicidio, suplicó y recibió un premio especial por sus actos genuinamente nacionalsocialistas; a Vogel se le concedió un permiso especial por motivos de salud; y Jorns, que ya había sido ascendido a Fiscal del Reich (*Reichsanwalt*) durante la República de Weimar, podría brillar como la encarnación de la justicia fascista, el Presidente del “Tribunal del Pueblo” de Hitler.

<sup>247</sup> Runge hizo dos confesiones, la primera durante su encarcelamiento y la segunda posteriormente en *Vorwärts* los días 29 y 30 de mayo de 1922. Véase *Illustrierte Geschichte der Deutschen Revolution* (Historia ilustrada de la Revolución alemana), Berlín, 1929, p. 298.

<sup>248</sup> Elisabeth Hannover-Druck u. H. Hannover, *Dokumentation eines politischen Verbrechens* (Documentación de un delito político), p. 179 y ss.

<sup>249</sup> En enero de 1962, Pabst consideró que había llegado el momento de reconocer su papel en los asesinatos de Liebknecht y Luxemburg como un acto para salvar al «Occidente cristiano del colapso» y, por tanto, «totalmente justificable (*vertretbar*) incluso desde un punto de vista moral». Su versión, a saber, de que los dos habían sido ejecutados en cumplimiento de la ley marcial, fue recogida por el *Boletín* de la Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal alemán del 8 de febrero de 1962.

Muchos de los antiguos combatientes de *Spartakus* fueron arrojados a campos de concentración, donde muchos viejos socialdemócratas, sindicalistas y demócratas honrados corrieron la misma suerte. Las posesiones de Rosa Luxemburg fueron saqueadas por los soldados, y manuscritos irremplazables robados, dispersados y destruidos. En 1933 sus escritos fueron quemados públicamente, junto con otras obras de valor cultural pertenecientes al pueblo alemán. El monumento dedicado a ella y a los que cayeron con ella en los combates de enero fue arrasado.

Pero peor que esta profanación de su tumba fue la profanación de su patrimonio político, cometida por las mismas personas que deberían haber sentido la llamada a preservarlo y ampliarlo. Fueron ellos quienes insultaron su memoria tergiversando sus ideas, difamando su nombre, falsificando su obra política y proscribiendo a sus seguidores. Los nombres de Luxemburg y Liebknecht fueron utilizados como trapos rojos para encubrir una política incompatible con los objetivos de estos dos grandes socialistas. Muchos de sus camaradas de armas y discípulos, tanto alemanes como polacos, pagaron por su fidelidad a sus ideas en los campos de prisioneros de Stalin, y muchos murieron fusilados tras haber sido despojados de su honor revolucionario.

El gélido aliento de un largo período de reacción ha barrido el campo floreciente de las grandes y fructíferas ideas.

## **¡A pesar de todo!**

Cuando el cuerpo de Rosa Luxemburg se hundió en el canal Landwehr, se rumoreó en los barrios proletarios de Alemania que la gente no quería creer que las noticias de su asesinato fueran ciertas, que seguía viva, que había logrado escapar y que, llegado el momento, volvería a ponerse a la cabeza del movimiento revolucionario. La gente no quería creer que tanta voluntad, entusiasmo y fuerza intelectual pudieran haber sido aniquilados por un culatazo de fusil.

Hay algo de verdad en esta creencia. La ley de la conservación de la energía es válida no sólo para el mundo físico. A largo plazo, ninguna hoguera ni ningún orden dictatorial pueden destruir las ideas que han vivido alguna vez en la mente de grandes masas de personas. Las fuerzas que se esfuerzan por frenar y hacer retroceder el curso de la historia perecerán al final, por muchos estragos que hayan causado durante un tiempo. La semilla intelectual ha sido sembrada y dará sus frutos en el futuro. ¿Quién conoce los nombres de los hombres del Termidor?

Pero las ideas de Babeuf ayudaron al movimiento revolucionario del proletariado francés a cobrar nueva vida treinta años después de su ejecución en 1797.

Cuando el cortejo triunfal de la barbarie encuentre su límite –y así será– el Aqueronte comenzará a moverse de nuevo, y nuevos vencedores renacerán del espíritu de Rosa Luxemburgo.



# ROSA LUXEMBURG

Bolívar Echeverría<sup>250</sup>

\*

[...] Der historische Materialist rückt... nach Massgabe des Möglichen von [der Überlieferung] ab. Er betrachtet es als seine Aufgabe, die Geschichte gegen den Strich zu bürsten.

[El materialismo histórico toma distancia... en la medida de lo posible, de lo reconocido tradicionalmente. Considera como tarea suya la de pasar el cepillo sobre la historia, pero a contrapelo.]

W. Benjamín, *Tesis sobre filosofía de la historia*.

## I

Rosa Luxemburgo fue una mujer de apariencia física nada favorable: su cuerpo, notoriamente pequeño, era poco agraciado y de andar un tanto defectuoso. A su rostro, en el que sorprendían la belleza y la viveza de sus ojos, acudía con frecuencia una sonrisa insegura, irónica y agresiva. Aparte de su unión con Leo Jogiches, su amante de juventud y su camarada de toda la vida, sus relaciones afectivas fueron escasas y distanciadas; prefería el retiro, amaba la naturaleza.

Rosalía Luxemburg fue además judía y, concretamente, judía polaca. De su familia, en la que había también un pasado germano, heredó la tradición ilustrada y cosmopolita de ese tipo de gente propiamente “europeo” (de la época de la libre competencia) que pertenecía enteramente a su país pero era extranjero en su estado nacional. Por esta razón, no obstante que ella discutía con igual presencia lo mismo las cuestiones polacas de su partido de origen que las alemanas de su partido de adopción, y pese a que se inmiscuía sin ningún reparo, ni siquiera idiomático, lo mismo en el contorno republicano de un Jaurès que en el ambiente conspirativo de un Lenin, nunca fue aceptada del todo en los medios socialistas “nacionales”, especialmente en la socialdemocracia alemana, donde no se olvidaba el hecho de que provenía de una nación sojuzgada o “de segunda”.

<sup>250</sup> Prólogo a Rosa Luxemburg, *Obras Escogidas*, t. I. Ed. Era, México, 1981, pp. 9-26.

Dos datos atípicos que se constatan en la vida de Rosa Luxemburgo: en su condición de mujer y en su condición de individuo nacional.<sup>251</sup> Son dos datos que de por sí no dicen nada. Ambiguos, ya que pueden encontrarse en biografías muy diferentes. Interesan sólo porque indican dos situaciones extremas que, al ser enfrentadas por Rosa Luxemburgo a su manera, pasaron a definirla a ella misma o a caracterizar de manera especial la sustancia de la que ella decidió estar hecha: la sustancia revolucionaria.

Ya a fines del siglo XIX, una mujer que se encontraba en el “error objetivo” de no poder ser “atractiva” tenía la oportunidad de salirse de él si cultivaba como gracias compensatorias las virtudes “masculinas”, pero si lo hacía de manera propiamente “femenina”, es decir, disminuida o como imitación que sirviera al modelo para verse confirmado en su superioridad. Si demostraba la validez del espíritu de empresa productivista (“masculino”). y burgués –compuesto básicamente de ambición, pero inteligente, voluntarioso y realista– al mostrarlo en una versión defectuosa, que sólo resultase explicable por la acción del inmediatismo, la inconsistencia y la exageración propios de lo “femenino”. Que la vida de Rosa Luxemburgo se hallaba encaminada a lograr un efecto de esta clase –reivindicarse en lo privado sometándose para ello doblemente a las normas establecidas– era algo que pudo creerse incluso en medios bastante afines y cercanos a ella dentro del partido. La originalidad de “Rosa, la roja” –oradora encendida, polemista implacable, teórica iconoclasta, trabajadora incansable y llena de amor propio– no parecía expresar para ellos ningún exceso propiamente revolucionario. Su “extremismo” y su “pathos” eran comprendidos por ellos como el aporte de “temperament” o el toque “femenino” que una mujer de ambiciones excepcionales le entregaba a su institución, sin afectarla de manera decisiva en su esencia política.<sup>252</sup>

Sin embargo, la empresa en que se encontraba empeñada Rosa Luxemburgo era de un orden totalmente diferente. La experiencia, ineludible en su caso, de la situación femenina de opresión y sobreexplotación fue convertida por ella en una vía de acceso clara y definitiva a la experiencia de la necesidad de la revolución comunista: una experiencia que, en la *belle époque* del imperialismo, tendía a volverse menos intensa y más rara incluso en las propias filas del proletariado metropolitano. El contenido de la problemática femenina que se le planteaba

<sup>251</sup> La vida y la obra de Rosa Luxemburgo han sido tratadas principalmente por P. Frölich, en su breve y ya clásica semblanza *R. L. pensamiento y acción*, y por P. Netti, en su acuciosísimo y pese a ello no del todo compenetrado estudio *Rosa Luxemburgo*. Ed. Era, México, 1974.

<sup>252</sup> Pocos fueron los que, como Mehring en 1907 (“Rosa Luxemburgo es la mente más genial entre los herederos científicos de Marx y Engels”), reconocieron que con la originalidad de Rosa era el movimiento comunista el que avanzaba un paso más.

personalmente fue integrado (que no reducido o disuelto) por ella en el de otra –menos ancestral y básica pero más actual y decisiva–, la problemática de la explotación de clase en el sistema social capitalista. Por esta razón, su auto-reivindicación como mujer se realizó bajo la forma de una intervención muy peculiar en la historia del movimiento obrero organizado. Rosa Luxemburgo pudo emprender una tarea cuya necesidad otros no atinaban ni siquiera a vislumbrar: el rescate o la conquista de la *radicalidad comunista* como condición de existencia y eficacia no sólo del movimiento revolucionario sino del movimiento obrero sin más. El arribo a metas mínimas e inmediatas o de transición por parte del partido revolucionario del proletariado sólo es efectivo políticamente, aun en términos de mero realismo, si está organizado de tal manera, que anticipa o hace presentes, en el contorno histórico concreto, las metas máximas y lejanas del movimiento comunista: la conquista del poder, la abolición del capitalismo y la propiedad privada, de las clases y el Estado, la instauración de la comunidad democrática. Esta sería la ley de la radicalidad comunista –aparentemente sencilla pero no fácil de cumplirse– que llegó a guiar siempre la actividad y el discurso políticos de Rosa Luxemburgo.

Formando parte del mismo proceso en que Rosa Luxemburgo integró a su problemática femenina como elemento radicalizador de la problemática política general se encuentra también la elaboración a la que ella sometió a su conflictiva condición de judía polaca en Alemania. En lugar de “ganarse” privadamente una “nación de primera”, al aceptar la propuesta de convertirse en el “departamento eslavo” del Partido Socialdemócrata Alemán (para que éste pudiera llenar así un requisito principal de “internacionalismo” sin tener que abandonar su cerrazón chauvinista); en lugar de afirmarse mirando hacia el pasado, como miembro de un Estado nacional polaco (que estaba destruido y sólo podía reconstituirse como dependiente del imperialismo). Rosa Luxemburgo supo encontrarle otra solución al problema de su falta de pertenencia a una nación-Estado. Lo convirtió en el punto de partida de una lucha que no ha vuelto aún a ser tan decisiva y prometedora como lo fue entonces: la lucha por despertar y difundir el carácter “histórico-mundial” (Marx) de la revolución comunista. Y aquí también su actividad y su discurso encontraron un postulado guía: el internacionalismo proletario no puede resultar de una coincidencia automática de los intereses proletarios en los distintos y enfrentados Estados nacionales; debe ser levantado de manera consciente y organizada mediante una política que haga presente el alcance mundial de toda conquista comunista, incluso en las que parecen más internas, locales o nacionales de las luchas proletarias.

El intento de potenciar en sentido comunista el comportamiento de la clase proletaria y sus instrumentos organizativos, he aquí la línea central y determinante que imprime coherencia y continuidad a la serie de empresas políticas teórico-prácticas de Rosa Luxemburgo,<sup>253</sup> cuya sucesión constituye lo principal de su vida.<sup>254</sup>

La línea de la radicalidad comunista luxemburguiana se presenta ya en plenitud y de manera ejemplar en la primera de las intervenciones de Rosa en la historia general del movimiento obrero revolucionario: en su polémica contra la posición reformista (“revisionista”) dentro de la socialdemocracia alemana y de toda la II Internacional socialista, que Eduard Bernstein, en los últimos años del siglo XIX, propuso que prevaleciera sobre la posición marxista revolucionaria, heredada de la I Internacional.

Revisar el marxismo para encontrar lo que en él falte o haya caducado y estorbe a su operatividad; introducir o sustituir esas partes faltantes o caducas; adaptar el marxismo a las nuevas necesidades de la lucha socialista. Esta era la inobjetable

<sup>253</sup> Esta serie de intervenciones políticas teórico-prácticas de Rosa Luxemburgo estaría compuesta de ocho principales:

- 1] En la discusión contra el reformismo (“revisionismo”). 1898-1904.
- 2] En la discusión contra el nacionalismo burgués dentro del movimiento socialista polaco. (Tratamiento del problema de la autonomía y la autarquía de las naciones.) Véase el libro de María-José Aubet *Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1977.
- 3] En la primera discusión sobre la huelga de masas y sus resultados en Bélgica y sobre todo en la revolución rusa de 1905: contra la dualidad oportunista de economicismo y politicismo 1902-1906.
- 4] En la segunda discusión sobre la huelga de masas: contra el oportunismo parlamentarista y claudicante del “centro” del Partido Socialdemócrata Alemán (Kautsky, etcétera).
- 5] En la discusión contra la interpretación “politicista” del imperialismo, el militarismo y la guerra. 1912-1915.
- 6] En la discusión contra la interpretación nacionalista de la guerra. 1915-1917.
- 7] En las discusiones de las nuevas perspectivas del socialismo: la nueva Internacional, la realización bolchevique de la dictadura del proletariado. 1916-1918.
- 8] En la discusión preparatoria de la transformación del Grupo Espartaco en Partido Comunista Alemán. 1917-1918. . Hasta la fecha el estudio más completo de la obra de Rosa Luxemburgo ha sido realizado por Gilbert Badia en su “biografía intelectual” *R. L. journaliste, polémiste, révolutionnaire*. Ed. Sociales, París, 1975. Destacan también Lelio Basso, *Rosa Luxemburgo*, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1977, y la serie de ensayos de Norman Geras, reunidos en su libro *The Legacy of R. L.* Ed. New Left Books, Londres, 1976.

<sup>254</sup> Esta búsqueda de la radicalidad comunista, que la enfrenta irreconciliablemente con el reformismo, la distinguirá también de otros revolucionarios “radicalistas”: los que definen esa radicalidad no como la presencia refuncionalizadora del sentido comunista máximo y futuro en el sentido concreto de la actividad que prepara la revolución, sino como la sustitución de éste por el primero.

La interesante actitud de los anarquistas frente a Rosa Luxemburgo puede reconocerse en: Daniel Guérin, *R. L. et la spontanéité révolutionnaire*, París, 1971. y en *Redaktionskollektiv der Schwarzen Protokolle, R. Ls. theoretisches Verhalten zur Arbeiterbewegung*. Berlín Occidental, 1972.



intención manifiesta –y del todo sincera– de Bernstein cuando (en 1898) publicó su libro *Las premisas del socialismo*. La caducidad del marxismo que en él detectaba sólo afectaba, en definitiva, a uno de los teoremas centrales, el que afirma la agudización creciente del carácter contradictorio del modo de producción capitalista. Teorema que, como lo explicaba en la primera parte de la obra (cap. 1 y 2), era sólo retóricamente, no científicamente central, pues provenía más de una falla o carencia en el método del marxismo –la ausencia de un concepto de dialéctica no hegeliano o no centrado en la idea de contradicción como incompatibilidad esencial– que de este método en su conjunto o del saber producido con él.

Bernstein consultaba las estadísticas, y ellas le señalaban un mejoramiento en las condiciones de trabajo y de restauración de los obreros, una concentración del capital con participación de la clase media, la tendencia a una prosperidad permanente y sin crisis. Dando por presupuesta una definición cuantitativista del “carácter contradictorio del capitalismo”, interpretaba estos síntomas y llegaba a diagnosticar que dicho carácter se debilitaba: que el orden privado, irracional o “anárquico” de las relaciones de apropiación privada cedía el paso a un proceso de “socialización” o “democratización” de la propiedad del capital y al desarrollo de un control regulador del mecanismo macroeconómico; y que, al reducirse la forma privada o irracional de la propiedad sobre la riqueza, se reducía también su contradicción o falta de concordancia con el funcionamiento básico de las fuerzas productivas, que es necesariamente socializador.

De esta segunda parte (cap. 3), propiamente “científica”, de la revisión del marxismo, Bernstein pasaba a la tercera y conclusiva (cap. 4 y 5), de orden netamente político.

Decía Bernstein, para alcanzar el socialismo –el último paso en la historia del progreso de la democracia, el paso en que ella se enriquece con la institucionalización de la democracia económica–, el movimiento socialdemócrata debe desechar la idea utópica del Marx hegeliano acerca de la necesidad de un mundo sustancialmente diferente del capitalista, al que sólo se puede llegar mediante la conquista y el uso proletario del poder político, mediante el cambio revolucionario violento. No existe la necesidad de ese otro mundo porque éste, el capitalista, ha dejado paulatinamente de ser lo que antes era; su propio progreso le ha hecho incorporar elementos socialistas, adentrarse ya en el futuro. De lo que se trata es de continuar y acelerar intencionalmente esta revolución lenta y pacífica que está ya en movimiento: convencer a toda la sociedad para que reconozca la superioridad ética del orden socialista y lo adopte constitucional-

mente en sustitución del capitalismo. Se trata de ganar una mayoría de adeptos para esta idea socialista en todas las clases de la sociedad, y el partido socialdemócrata podría lograrlo si sólo “quisiera aparentar lo que él ya es en realidad: un partido para la reforma democrático-socialista” (“eine demokratisch-socialistische Reformpartei”). Si aceptara que sus únicas armas deben ser: los sindicatos (y las cooperativas), en lo económico, y el parlamento (“encarnación de la voluntad de la sociedad, al margen de las clases”), en lo político.

La crítica de Rosa Luxemburgo, expuesta en su folleto *¿Reforma social o revolución?* (1899), abarca los tres planos del razonamiento de Bernstein —el metodológico, el económico y el político— pero combinados o entrecruzados en una sola totalidad argumental. Se trata de un acoso al revisionismo, que ataca su objetivo una y otra vez desde todos los ángulos y en los más variados tonos, con la intención de demostrar que no representa una actualización o un adelanto de la teoría marxista ortodoxa, sino por el contrario su liquidación o su regresión: su reconversión de teoría proletaria o libre de obligaciones en teoría burguesa u obligada a la conservación del orden dominante.

Allí está, ante todo, la demostración de que la creación de un sistema monopólico y financiero en el capitalismo desarrollado, lejos de aminorar, acentúa las contradicciones entre la potenciación exorbitante de las fuerzas productivas, con su tendencia a volverse sociales y mundiales, por un lado, y la apropiación capitalista-privada y nacional de la riqueza, por otro lado; entre los intereses proletarios, por un lado, y los intereses burgueses, por otro. Allí, la observación de que las crisis capitalistas, con su mayor o menor frecuencia y con su mayor o menor intensidad, sólo son una de las formas de manifestación de estas contradicciones.

Allí está también la demostración de que se puede perfeccionar en términos reformistas, con la acción de los sindicatos (y las cooperativas) y con el fortalecimiento del parlamento, no es la democracia que pretende instaurar el movimiento comunista en términos revolucionarios. La democracia económica que pueden alcanzar los sindicatos —por lo demás, en una interminable tarea de Sísifo— no puede ir más allá de la generalización del respeto de los capitalistas por el valor real de la fuerza de trabajo obrera, siempre como simple mercancía, y por el tiempo que ella necesita para su reproducción “normal”. No puede convertirlos en el sujeto comunitario autárquico del proceso de vida social. Y la democracia política que se puede alcanzar en el parlamento no puede ser más que la situación de igualdad de los individuos (capitalistas o proletarios) ante el Estado, pero ante un Estado que es la institucionalización de la violencia de toda la clase capitalista al defender y desarrollar sus privilegios económicos.

Pero sobre todo, y es lo que interesa destacar aquí, allí está una de las más ricas y complejas y al mismo tiempo claras y precisas exposiciones del marxismo ortodoxo sobre la necesidad del progreso a una forma de sociedad esencialmente diferente de la capitalista y sobre el carácter ineludiblemente revolucionario que debe adoptar dicho progreso.

Después de Marx y Engels, nadie como Rosa Luxemburgo ha sabido definir el carácter total, es decir, unitariamente objetivo y subjetivo de la situación revolucionaria.<sup>255</sup> Según ella, la posibilidad real o concreta del progreso histórico hacia el comunismo se va constituyendo durante todo un periodo excepcional en el cual el agravamiento de la explotación capitalista durante un momento de crisis desata al mismo tiempo una serie de respuestas, cada vez más amplias, sutiles y potentes, por parte del proletariado consciente y organizado, y una reacción de la burguesía que, reduzca o no el tipo de explotación inicial, pone al descubierto otros tipos de explotación, más complejos, decisivos e insolubles. Este periodo de maduración de la situación revolucionaria es precisamente el mismo en el que el contenido de la revolución que se plantea se vuelve cada vez más radical. De esta manera, la conquista del poder político y su uso proletario —la dictadura del proletariado, más o menos pacífica— surgen como el único medio para cumplir el imperativo (que se ha vuelto urgente) de esa revolución radical; para romper con toda una época y un mundo históricos e instaurar otros nuevos.

El tema guía en toda la obra de Rosa Luxemburgo —la afirmación del carácter esencial o cualitativo del tránsito del capitalismo al comunismo— aparece así, en este escrito, en calidad de fundamentación directa de la distinción que, contra Bernstein, ella propone que no sea olvidada en el movimiento socialdemócrata europeo, la distinción entre reforma y revolución:

«La reforma legislativa (legislación) y la revolución no son métodos de desarrollo histórico que puedan elegirse a gusto en el buffet de la historia, como quien elige salchichas frías o salchichas calientes. La reforma legislativa y la revolución son diferentes *dimensiones* [Momento] en el desarrollo de la sociedad dividida en clases. Se condicionan y complementan mutuamente, y al mismo tiempo se excluyen entre sí, como el polo norte y el polo sur, como la burguesía y el proletariado.

<sup>255</sup> Este aspecto central del pensamiento luxemburguiano lo destaca G. Lukács en *Rosa Luxemburgo como marxista* (1921), uno de los dos ensayos sobre Rosa que el autor incluye en su libro *Historia y consciencia de clase*. Ed. Grijalbo, México, 1969.

Toda constitución legal es simplemente el *producto* de una revolución. En la historia de la sociedad dividida en clases, la revolución es un acto de creación política, mientras que la legislación es el vegetal político inerte de la sociedad. La acción legal de la reforma no tiene impulso propio independientemente de la revolución. Durante cada periodo histórico, se cumple únicamente en la dirección que le da el ímpetu de la última revolución, y se mantiene en tanto el impulso de ésta se halla presente en ella. Concretando, en cada periodo histórico, la tarea de las reformas se cumple únicamente *en el marco* de la forma social creado por la última revolución. Este es el núcleo de la cuestión.

Es completamente falso y contrario a la historia representarse la acción legal de la reforma como una revolución extendida y la revolución como una reforma concentrada. Una revolución social y una reforma legislativa son dos diferentes dimensiones [Momento] no por *duración* sino por su *esencia*. El secreto del cambio histórico mediante la utilización del poder político reside precisamente en la conversión de las modificaciones simplemente cuantitativas en una nueva cualidad o, para decirlo más concretamente, en la transición de un periodo histórico de una forma de sociedad a otra.

Es por esto que quienes se pronuncian a favor del camino de las reformas legislativas *en lugar de –y en contraposición a–* la conquista del poder político y de la revolución social, no están realmente eligiendo un camino más calmo, seguro y lento hacia *la misma* meta, sino una meta *distinta*. En lugar de dirigirse al establecimiento de una nueva sociedad, se dirigen simplemente hacia modificaciones inesenciales (cuantitativas) de la existente. Si seguimos las concepciones políticas del revisionismo (Bernstein), llegamos a la misma conclusión que se alcanza cuando seguimos sus teorías económicas: no se encaminan a la realización del orden *socialista*, sino a la reforma del *capitalista*; no a la supresión del sistema salarial, sino a un más o menos de la explotación, es decir, a la supresión de los abusos del capitalismo y no a la supresión del capitalismo en cuanto tal.»

Rosa Luxemburgo fue asesinada en Berlín el 15 de enero de 1919. Hacía apenas dos meses que se encontraba libre, después de haber estado en prisión desde comienzos de 1915. El Estado monárquico del capitalismo alemán había castigado su antibelicismo de comunista internacionalista; sus acciones minaban la moral del ejército, implicaban alta traición a la patria. El Estado republicano del mismo capitalismo alemán –administrado esta vez por quienes años antes fueran sus camaradas de partido– mandó asesinarla sin juicio previo. Era parte de la masacre

que desató para aniquilar a los pocos comunistas que intentaron frenar, mediante una insurrección desesperada, el apaciguamiento burgués de la revolución alemana de 1918.

Este final de Rosa Luxemburgo comenzó a decidirse ya por los años de 1910-1912, cuando la concepción comunista radical de la revolución proletaria –de sus estrategias y su organización–, que ella pretendió introducir en el masivo y poderoso pero burocratizado e inofensivo Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), no logró romper el dominio de la línea de la revolución “paso a paso” defendida por los dirigentes tradicionales (Kautsky, etcétera): línea “realista”, que conquistaba reformas a cambio de claudicaciones. Se convirtió en un final casi predecible desde que la revolución europea del proletariado –que sólo se desarrollaba en la medida en que su carácter comunista y su carácter internacionalista se complementaban mutuamente– se vino abajo en 1914. La II Internacional de los partidos socialistas –con el partido alemán, el más avanzado y ejemplar, al frente– se hallaba impreparada debido a su “astuta” moderación, para la guerra de clase de los proletarios contra los burgueses; debió entonces elegir la guerra nacional y enfrentar así a proletarios contra proletarios.

En el caso de Rosa Luxemburgo, como en el de otros grandes revolucionarios, su muerte fue la ratificación de su fracaso, y su fracaso personal implicó también el fracaso del movimiento revolucionario en el que ella no pudo triunfar. El radicalismo comunista ortodoxo que ella intentó imprimir al movimiento socialista alemán de esa época no alcanzó a prender en él, no pudo ser recibido por él; y si éste se traicionó primero y se desintegró después, fue precisamente por su carencia de radicalidad revolucionaria. Una incompatibilidad profunda –oculta para ambos bajo una engañosa complementariedad mutua– se interpuso insuperablemente entre el Partido Socialdemócrata Alemán, en su imponente ascenso, y Rosa Luxemburgo, quien fuera desde comienzos de siglo uno de los principales impulsores de ese ascenso.<sup>256</sup>

<sup>256</sup> El grueso del Partido Socialdemócrata Alemán adjudicó a Rosa la función de máximo nivel pero no obstante secundaria de “principal agitadora” del partido; nunca la aceptó como un contrincante de sus dirigentes tradicionales que estuviese en capacidad de reemplazarlos en algún momento. Esta incompatibilidad entre la idiosincrasia del PSA y la persona de Rosa es uno de los síntomas más interesantes de otra incompatibilidad, de orden social general, que comenzó a desarrollarse a fines del siglo pasado –y que un movimiento socialista acertado pudo tal vez haber convertido en afinidad– entre los intereses de la clase obrera en la zona imperialista del capitalismo y las necesidades más profundas de la revolución comunista.

Véase Jürgen Kuczynski, *Der Ausbruch des ersten Weltkriegs und die deutsche Sozialdemokratie*. Berlín (RDA), 1959. También la obra de A. Laschitz y G. Radczun, *R. L., ihr Wirken in der deutschen Arbeiterbewegung*, Berlín (RDA) 1971, aporta a la elaboración de esta problemática. (Radczun es el encargado de la más representativa de las ediciones de la obra de Rosa Luxemburgo, la del Partido Socialista Unificado de Alemania.)

Rosa Luxemburgo fracasó en su intento de llevar la historia del movimiento comunista a su salto definitivo. La verdad del discurso marxista –como la de todo discurso concreto– está en su poder real, en su capacidad para “volverse mundo” (Marx), para acompañar funcionalmente a la revolución comunista en sus triunfos y su realización; y el discurso de Rosa Luxemburgo no llegó en el momento favorable, o no lo hizo por la vía adecuada, como para disputar ese poder o demostrar su capacidad de convertirse en fuerza histórica real. Pero no se puede decir que la figura de Rosa Luxemburgo carezca de actualidad y que su discurso haya sido “refutado por la historia”. En la historia de los intentos revolucionarios del proletariado –historia que, como decía Marx, avanza cíclicamente, volviendo sobre su propio pasado y retomándolo críticamente en un nivel superior– la inoportunidad que hace fracasar a un proyecto de revolución no lo afecta siempre de manera definitiva ni invalida siempre su contenido discursivo. Y en el caso de Rosa Luxemburgo todo parece indicar que su intervención política fracasó porque, en una época en que el socialismo sólo ejecutaba la necesidad del orden capitalista de “reformarse para poder seguir siendo el mismo”, ella fincaba demasiado en el pasado revolucionario (era demasiado marxista ortodoxa) o adelantaba demasiado el futuro revolucionario. A lo mejor, el discurso de Rosa Luxemburgo comienza apenas a ser verdaderamente escuchable dentro de las fuerzas revolucionarias: a tener la oportunidad de tomar cuerpo en la acción política de la clase proletaria.<sup>257</sup>

Pero el mensaje contemporáneo. La discusión entre los nuevos revolucionarios sobre la figura real de Rosa y sobre la actualidad y utilidad de su obra debe primero despejar el camino que puede acercarlos a ellas. Despejarlo de un gran obstáculo, que se ha asentado y consolidado tanto, que no parece tal: la doble figura ficticia de una Rosa “luxemburguista” y, su contrapartida y complemento, una Rosa casi “leninista”.

Un ejemplo. La primera recopilación más o menos amplia de la obra de Rosa Luxemburgo publicada después de 1945 en los “países socialistas” va precedida

<sup>257</sup> El renacimiento actual del interés por la obra de Rosa Luxemburgo, *preparado* por las publicaciones de los *Cahiers Spartacus* en París (B. Fouchero. A. Guillerm. etcétera) y por el pequeño pero comprensivo estudio de Tony Cliff, *Rosa Luxemburgo*, Ed. Galerna, Buenos Aires, 1971, comienza también en 1968. Georges Haupt. Michnel Löwv, entre otros, prepararon en ese año el número 45 de *Partisans*, intitulado *Rosa Luxemburgo vivante*.

de un voluminoso cuerpo introductorio de 150 páginas.<sup>258</sup> Se trata a primera vista de un aparato correctivo, destinado a rescatar para el lector las partes válidas, no desechadas por la historia, de lo que Rosa dijo y escribió y a rechazar sus partes erróneas e incluso nocivas, sus partes contaminadas de “luxemburguismo”. Pero es en realidad un dispositivo compuesto para promover una suplantación; para desviar al lector en dirección a una Rosa Luxemburgo artificial, cerrándole así el paso, sin que él pueda darse cuenta, hacia la Rosa Luxemburgo de verdad. En efecto, después del deslindamiento que se propone en él, la elección del lector es fácil, casi obligada: se apartará de Rosa Luxemburgo en tanto que autora de su obra errónea y se quedará con ella en tanto que autora de su obra válida. Pero qué es esa Rosa Luxemburgo válida por un lado y dañina por otro? Es, ante todo, una figura demasiado inverosímil, carente de vida propia y autonomía que se parece demasiado, ora en negativo ora en positivo, a la figura paradigmática de alguien diferente, a la figura de “Lenin”. Los rasgos que podrían perfilar la figura propia y específica de Rosa Luxemburgo no están allí: los que se destacan son rasgos prestados. En negativo, los rasgos de un anti-“Lenin”, en positivo, los rasgos de un casi-“Lenin”.<sup>259</sup>

Cuando, después del fracaso parcial de un proyecto revolucionario, éste *no* tiene sucesión en uno nuevo, más acorde con la realidad, y el proceso histórico debe avanzar a tientas, carente de la iniciativa de un sujeto en fusión, la meta que estuvo propuesta inicialmente suele ser reducida, por quienes usufructúan el triunfo parcial, a la dimensión de los resultados alcanzados. La imagen de lo efectivamente logrado suele ser elevada ideológicamente a la jerarquía de ideal cumplido. Después del fracaso de la revolución comunista europea a comienzos de siglo, la ideología del “socialismo en un solo país” se encargó de identificar el impulso original de ella con el anquilosamiento burocrático de sus adelantos parciales en Rusia.<sup>260</sup> Y sólo una encarnación mítica de esta identificación impensable o absurda podía garantizar, con su concreción indudable, que fuese pensada y aceptada. El mito positivo que ha servido de soporte a la ideología del

<sup>258</sup> Rosa Luxemburgo, *Ausgewählte Reden und Schriften* 2 vol. Berlín (RDA), 1955, 1500 pp. A más del prólogo oficial de W. Pieck la introducción incluye tres conocidos artículos de Lenin (dos de ellos sobre dos obras importantes de Rosa, excluidas de la recopilación) y uno más de Stalin.

<sup>259</sup> La dualidad de esta imagen de “Rosa Luxemburgo” suele presentarse encubierta bajo otra: su vida correcta (“leninista”) frente a su pensamiento errado (“luxemburguista”). Cf. F. Oelssner, *R. L.. Eine kritische biographische Skizze*. Berlín (RDA), 1951.

<sup>260</sup> La necesidad histórica de la situación en que apareció el absurdo “socialismo en un solo país” la estudia Rudi Dutschke en su obra *Versuch, Lenin auf die Fuesse zu stellen (Intento de poner a Lenin de pie)*. Berlín Occidental, 1974. El modo como actúa esta necesidad histórica lo explica Sartre en el marco de su *Crítica de la razón dialéctica*, en un pasaje del segundo tomo inédito. Véase Sartre, “El socialismo en un solo país”. *Cuadernos Políticos*, n.º 12. México, abril-junio de 1977.

“socialismo en un solo país” ha sido el “leninismo”: la presentación embalsamada (y por tanto falseante) del principio que guió el hacer práctico y teórico de Lenin bajo la figura de un aparato de fórmulas, a la vez mecánico y proteico, obligado a traducir todos los datos del detenimiento (y por tanto desvirtuamiento) de la Revolución de Octubre en pruebas de su progreso.<sup>261</sup>

Mientras el mito positivo tiende a ser único (para parecerse a la verdad, de la que se dice que también lo es) los mitos negativos que lo acompañan y le sirven de marco contrastante suelen ser innumerables (“el error es múltiple”). Pero entre los muchos mitos negativos que fueron improvisados como trasfondo en el levantamiento del mito del “leninismo” han sido el “trotskismo” y el “luxemburguismo” los que han ocupado el sitio privilegiado.

Al “trotskismo” le tocó el lugar más amplio y más expuesto: más concreto y más práctico. Era un mito de alcance particular, referido directamente a la historia de la revolución rusa –la que debía ser siempre el antecedente afirmativo del último acierto histórico del Jefe del Partido y el Estado soviéticos– y que era sentido en carne propia por quienes lo contaban y por quienes lo oían. Era el mito que narraba cómo, a la muerte de “Lenin”. el núcleo de los bolcheviques (léase Stalin) sólo pudo continuar el “leninismo” gracias a la extirpación de Trotsky, el pseudo-“Lenin”, y la derrota de su modo de hacer política.

El “luxemburguismo”, en cambio, debió ocupar un lugar menos visible, más abstracto y más teórico en el cuerpo mitológico que sustentaba la idea del “socialismo en un solo país”. Era, no obstante, un lugar de mayor jerarquía negativa: ayudaba a definir por contraposición la esencia misma del “leninismo” como teoría revolucionaria en general, como “la única versión genuina del marxismo en el siglo XX”.

Los rasgos más frecuentemente usados en la composición del aspecto propiamente negativo o “luxemburguista” de “Rosa Luxemburgo” tienen relación con los siguientes tres elementos centrales de la política comunista:

<sup>261</sup> En el mismo texto en que Stalin afirma que el socialismo “no puede ser construido en un solo país” (primera edición) y que el socialismo “puede y debe” ser construido en un solo país (segunda edición), queda también fundada la doctrina universal del “leninismo”. Cf. las dos primeras ediciones de la conferencia de Stalin en la Universidad Sverdlov en abril de 1924, intitulada *Sobre los fundamentos del leninismo*, y el comentario del propio Stalin al respecto de su cambio de opinión en *En torno a los problemas del leninismo*. Stalin, *Obras*. Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1953, t. VI; y *Cuestiones del leninismo*. Ed. Sociales, México, 1941.

El marxismo de Lenin como sustancia que recibe la forma ideológica apologética de “leninismo” es tratado por Bernd Rabehl en *Marx und Lenin. Wiedersprueche einer ideologischen Konstruktion des “Marxismus-Leninismus”*. Berlín Occidental, 1973.



- 1] la determinación del tipo de revolución que exige la situación histórica de tránsito a la sociedad comunista; del grado en que se combinan en ella la necesidad objetiva del desarrollo capitalista y la voluntad del factor subjetivo, la clase proletaria;
- 2] la definición del tipo de relación que debe existir entre la clase obrera, con sus instituciones gremiales, y su organización política revolucionaria; la definición, por tanto, de las funciones y la estructura de esta organización;
- 3] el reconocimiento de otras luchas políticas verdaderamente coincidentes con la lucha revolucionaria del proletariado: luchas por reivindicaciones nacionales y por intereses campesinos, especialmente.

Rasgos “luxemburguistas” quiere decir “errores”. Tres tipos de errores serían los que habría cometido la Rosa “luxemburguista” en el planteamiento y la solución de estos tres conjuntos de cuestiones.

En primer lugar, el mecanicismo (fatalismo o “hegelianismo”) catastrofista. Las teorías económicas de Rosa llevarían al absurdo de prever un momento final de asfixia en el desarrollo del sistema capitalista (cuando se hayan agotado los territorios no capitalistas para su expansión en el planeta). El orden socialista resultaría así automáticamente de la crisis final o hundimiento del capitalismo: una ley natural o una necesidad trascendente se impondría de todas maneras, sea mayor o menor la iniciativa revolucionaria de la clase obrera. La existencia misma del movimiento comunista, de sus luchas y sus triunfos, quedaría, en última instancia, calificada de superflua.

En segundo lugar, el espontaneísmo. Rosa habría exaltado hasta el endiosamiento la capacidad revolucionaria espontánea o no provocada de las masas proletarias indiferenciadas de emprender y llevar a cabo la revolución comunista, en el momento marcado por la necesidad histórica y con aparatos organizativos creados ad hoc. Se habría cerrado así la vía para la comprensión de las funciones específicas que le corresponden al partido revolucionario como organización permanente y de vanguardia del proletariado, sin la cual el instinto revolucionario de éste permanece en potencia o bien se desvía, se pierde y falla su objetivo.<sup>262</sup>

<sup>262</sup> Es notorio que Lenin, cuando se refiere a los errores de Rosa, no menciona el error de espontaneísmo. “A veces, las águilas vuelan más bajo que las gallinas, pero las gallinas jamás podrán elevarse a la altura de las águilas. Rosa Luxemburgo se equivocó en el problema de la independencia de Polonia; se equivocó en 1903, en su apreciación del menchevismo; se equivocó en la teoría de la acumulación del capital; se equivocó en julio de 1914, cuando junto con Plejánov, Vandervelde, Kautsky y otros defendió la unidad de los bolcheviques y los mencheviques; se equivocó en sus escritos de la cárcel, en 1918 (por lo demás, ella misma al salir en libertad, a fines de 1918 y principios de 1919, corrigió gran parte de sus errores). Pero a pesar

Muestras de este error serían:

- \* el descuido de la problemática acerca de la constitución orgánica del partido (y por tanto la incomprensión de la importancia de la división entre bolcheviques y mencheviques en el Partido Socialdemócrata de Rusia) ;
- \* el exceso de respeto frente a la autonomía de los sindicatos en su relación con el partido;
- \* la tardanza en la construcción de una organización propia para la corriente revolucionaria del Partido Socialdemócrata Alemán;
- \* el desinterés en la preparación de la insurrección espartaquista de Berlín en 1919;
- \* la incomprensión del peculiar tipo de dictadura del proletariado que los bolcheviques instituyeron después de la Revolución de Octubre.

En tercer lugar, el esquematismo o abstraccionismo obrerista. Rosa se habría atendido a un modelo purista del desarrollo del capitalismo y de las relaciones de clase e internacionales que él impone. Por esta razón, al tratarse de la interpretación de la situación concreta, la presencia en la realidad de ciertos conflictos diferentes del que existe entre obreros y capitalistas –conflictos entre naciones o minorías nacionales y Estados imperialistas, entre campesinos precapitalistas y economías nacionales capitalistas– no podría ser percibida por Rosa. En consecuencia, su política sería necesariamente pobre y unilateral.

De estos tres “errores” –cuyo contenido ha sido inventado a partir de deformaciones e incluso inversiones de ciertos datos reales de la práctica y la teoría de Rosa–, el segundo, el “espontaneísmo”, sin ser el más decisivo lógicamente, ha sido el que con mayor insistencia y amplitud ha perfilado la imagen del “luxemburguismo” o lado negativo de “Rosa Luxemburgo” como figura mítica negativa.

Bastaría destacar, en toda la extensión de la obra de Rosa, junto a la rica serie de pasajes centrales en los que ella expone la necesidad que la clase proletaria tiene de una organización política centralizada y permanente como condición indispensable del buen éxito de su lucha revolucionaria, otra serie de afirmaciones,

de todos sus errores, Rosa Luxemburgo fue y seguirá siendo un águila.” *Notas de un publicista. Obras completas*. Ed. Cartago, Buenos Aires, 1971, t. xxxvi, p. 169.

igualmente centrales y frecuentes, sobre la responsabilidad revolucionaria que debe reconocerse a las instituciones y los dirigentes políticos proletarios, para demostrar sin lugar a duda que en Rosa Luxemburgo no existe tal fe ciega –y cómoda– en un desenvolvimiento automático del proceso revolucionario.<sup>263</sup>

Por otra parte, bastaría recordar la tradición y el medio político socialista en los que actuaba, hablaba y escribía Rosa –que privilegiaban sin compensaciones la importancia del aparato organizativo y de las decisiones en su cúspide– para explicar el hecho de que, en su necesario “torcer en sentido inverso la vara torcida, a fin de enderezarla” (Lenin), hubiera insistido mucho más en las capacidades revolucionarias de las masas que en las virtudes revolucionarias de los comités centrales de sus partidos.<sup>264</sup>

Es posible, en efecto, destruir la imagen caricaturesca de una Rosa adoradora de la creatividad del caos: dejar firmemente asentado que la actividad revolucionaria de las masas proletarias es para ella un fenómeno conscientemente provocado (no “espontáneo” en la acepción de “automático”) y que ese provocar consciente es la función específica del partido comunista. Pero ello no es suficiente para escapar a la mitología de una Rosa “luxemburguista” en cuestiones de organización; se llega, a lo mucho, a reconstruir una figura que no es tan “espontaneísta” (anti-“leninista”) como se cree, y cuya innegable porción de “espontaneísmo” representa por otro lado una complementaria y saludable (casi “leninista”) acentuación de la importancia que tiene el instinto revolucionario de las masas al ser conducidas por el partido.

Lo que el mito del “espontaneísmo luxemburguista” afirma es propiamente esto: la concepción que Rosa Luxemburgo tiene de las relaciones entre la clase proletaria y el partido comunista es en sí absurda; para volverla comprensible es necesario traducirla a los términos de la concepción “leninista”, según la cual toda acción revolucionaria efectiva se compone, en una combinación armónica, de un movimiento espontáneo e inconsciente de las masas, por un lado, y de una dirección estimuladora y consciente proveniente del partido, por otro. Traducida a estos términos –que serían los únicos racionales y “marxistas”– la concepción de Rosa Luxemburgo resulta necesariamente “espontaneísta” porque adjudica a las masas en mayor o menor medida lo que sólo puede ser función del partido: la conciencia y la dirección.

<sup>263</sup> Así lo hace L. Basso, en *Rosa Luxemburgo*, ed. cit.

<sup>264</sup> Como lo hace Tony Cliff en *Rosa Luxemburgo*. Ed. Galerna, Buenos Aires, 1971, donde recuerda como Rosa se hallaba rodeada de partidos que idolatraban la visión y la voluntad de los jefes (el Partido Socialista de Pilsudski) y que confiaban ciegamente en el funcionamiento de su aparato organizativo, político (en Alemania) o sindical (en Francia).

Para romper —y no sólo debilitar— el mito de Rosa Luxemburgo “espontaneísta” se debe comenzar por rechazar la necesidad de esa traducción; por afirmar que la concepción luxemburguiana de la relación clase-partido se sostiene por sí sola: que no es absurda sino diferente de la que se presenta a sí misma como paradigma, que no es más errónea respecto de ésta que lo que ésta puede ser respecto de ella.

El concepto luxemburguiano de la espontaneidad de las masas proletarias —que sólo es una ampliación sistemática del concepto de subjetividad [*Subjektcharakter*] o autoactividad [*Selbsttaetigkeit*] de la clase obrera, uno de los conceptos claves del discurso comunista de Marx— no pone el acento en el problema, en alguna medida superfluo, de la repartición de las distintas funciones revolucionarias entre las masas y la dirección en un episodio histórico concreto. Sería éste un problema derivado, pues un proceso más determinante relativiza fuertemente toda adjudicación de ciertas funciones precisas a uno y a otro de estos dos protagonistas: la visión certera y la iniciativa, que parecen facultades propias de la dirección, pueden a veces encontrarse no en ella sino en las masas; a la inversa, el impulso y la perseverancia, virtudes que suelen atribuirse a las masas, pueden faltar en ellas pero estar en la dirección. El problema esencial para Rosa Luxemburgo es el de establecer la ley o el principio que rige el proceso de repartición y de permutación de funciones entre las masas proletarias y sus instrumentos organizativos y de vanguardia.

La afirmación luxemburguiana de la espontaneidad revolucionaria de las masas proletarias no se agota en un juicio acerca de la capacidad de éstas de llevar a cabo una acción revolucionaria sin haber sido motivadas o provocadas, encauzadas o dirigidas por líderes o grupos especiales. Esta espontaneidad coyuntural, cuya existencia puede comprobarse en la historia sería para Rosa Luxemburgo sólo una de las dos manifestaciones esenciales complementarias —la otra sería precisamente la organización comunista— de una espontaneidad revolucionaria más profunda y permanente.

La compleja teoría luxemburguiana de la espontaneidad, que sustenta todas sus consideraciones acerca de la relación entre la clase proletaria y el partido comunista, tiene su origen en una idea constantemente repetida por Marx bajo las más variadas formas y cuya versión más concisa se encuentra en la tercera *Tesis ad Feuerbach*. ¿En virtud de la posesión de qué ciencia pueden saber los transformadores de los hombres y de las circunstancias en qué dirección debe acontecer esa transformación? Esta es la pregunta que subyace en el texto de Marx. Y la respuesta es: En virtud de una ciencia en la que sólo pudieron ser educados por esa misma transformación del mundo, en tanto que proceso que los rebasa y que se realiza mediante ellos. La transformación del mundo o “praxis revolucionaria” se constituye, por lo tanto, como «...coincidencia del cambio de las circunstancias con el cambio de la actividad humana o autotransformación.»

Para Rosa Luxemburgo, la espontaneidad de las masas es propiamente la espontaneidad o autoactividad de esta “praxis revolucionaria”. Se trata de espontaneidad y no de automatismo porque ella es la característica de un proceso objetivamente necesario que está siendo interiorizado por un sujeto, por la clase social que hace de él una empresa suya propia. La revolución comunista, como actividad masiva de la clase proletaria, es espontánea; y esta espontaneidad de la clase es la que se efectúa mediante una “dialéctica” o un proceso de interacción permanente entre esta clase, en su estado orgánico elemental, y un destacamento suyo de vanguardia que la motiva y dirige en sus acciones, la perfecciona en su conciencia y organización, adaptándose constante-mente a los cambios de estas necesidades.

La relación clase-partido no es, pues, una relación de exterioridad, como la que presupone la concepción llamada “leninista”, sino una relación entre la totalidad de la clase proletaria, en un cierto grado de madurez revolucionaria, y aquella parte especial suya que le posibilita el tránsito a una nueva figura de sí misma, más perfeccionada. La clase proletaria, por su especificidad histórica, no puede existir realmente sin desdoblarse dialécticamente, sin una dinámica interna entre masas y partido.<sup>265</sup>

<sup>265</sup> Por esto, nada es más ajeno a Rosa Luxemburgo que la afirmación kautskiana de que “...el socialismo contemporáneo nació en el cerebro de ciertos individuos de la categoría ‘intelectuales burgueses’ y es por ellos que fue comunicada a los proletarios más desarrollados intelectualmente quienes lo introdujeron en la lucha de clases del proletariado, allí donde las condiciones lo permitían. Así pues, la conciencia socialista es un elemento importado de fuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo que haya surgido originalmente allí”.

Por esta razón, para Rosa Luxemburgo, el partido comunista tiene principalmente una función de “formación” político-práctica de la clase proletaria; pero la función formadora de ese “educador” que, según Marx, está siendo “educado”. En la historia concreta de una lucha de clases, cada episodio de ésta es un momento formativo dentro de un proceso *circular* o en ascenso espiral. El partido, al hacer –con su labor de organización y dirección– que las masas aprendan o se perfeccionen políticamente en la transformación de las “circunstancias”, se somete también a ese vuelco ascendente y se deja transformar por la transformación de las circunstancias.

La de Rosa Luxemburgo es, pues, una teoría de la revolución comunista que ubica en el centro la espontaneidad revolucionaria de la clase proletaria y su realización mediante la interacción dialéctica entre masas y partidos. Es así una teoría que privilegia la espontaneidad sin ser “espontaneísta”: no porque sea también, en igual medida, “dirigista”, sino porque se halla en un plazo que supera el de la oposición entre “espontaneísmo” y “dirigismo”.

Las otras dos componentes principales del “luxemburguismo” –lado “oscuro” de la imagen mítico-negativa de “Rosa Luxemburgo”–, el “mecanicismo catastrofista” y el “esquematismo obrerista” se hallan directamente supeditadas a la central, que es el “espontaneísmo”. Son mitificaciones construidas, al igual que ésta, mediante la traducción –necesariamente deformadora– de lo que es problematizado por Rosa en el plano altamente complejo de la ciencia crítico-revolucionaria del marxismo a los términos de un conjunto de afirmaciones dirigidas elemental y desesperadamente a la apología del detenimiento de una revolución.

Lo que en Rosa Luxemburgo es exploración del contorno (no sólo geográfico) de realidades no capitalistas, que el capitalismo necesita para sobrevivir, reproducirse y ampliarse; de las posibilidades que hay de que esas realidades se agoten (aunque después de la crisis provocada por su agotamiento sean reconstruidas o remplazadas) y del modo como la existencia y la escasez de ese médium no capitalista determina la vida económica y el comportamiento político de la burguesía imperialista; toda esta investigación científica marxista de las condiciones en que el proletariado debe construir su estrategia revolucionaria es convertida, dentro de la mitología sustentadora de la ideología del “socialismo en un solo país”, en un intento insensato de demostrar que el capitalismo tiene sus días contados, que en cuanto termine de extenderse por todo el globo, fenecerá por falta de “espacio vital”.<sup>266</sup>

<sup>266</sup>. Véase el prólogo a la segunda sección de estas *Obras: Obras teóricas*.

Lo que en Rosa Luxemburgo es búsqueda para la estrategia proletaria de aliados de clase cuyos intereses históricos no sean directamente integrables por la burguesía imperialista –como lo son los intereses de “independencia nacional” de las burguesías nativas o de los países ya integrados en el funcionamiento imperialista del capitalismo– es convertida en “Ceguera ante las legítimas reivindicaciones de fuerzas sociales (clases, naciones) no proletarias”.

Una Rosa Luxemburgo de perfiles propios, no de los “leninistas”-“luxemburguistas” que le adjudicaron, se encuentra en la obra que ella dejó: en el ejemplo de su acción histórica, en los textos de sus discursos, sus propuestas en el partido, sus artículos polémicos o explicativos, sus libros científicos y su correspondencia. Pero llegar a ella requiere aproximarse –más allá del nivel de la preocupación intelectual o del campo de la política coyuntural– al terreno en el que ella vivía verdaderamente: el de la experiencia radical, en todos los ámbitos de la cotidianeidad, de la necesidad de la revolución comunista.<sup>267</sup>

<sup>267</sup> Véase la Introducción de Juergen Hentze a *Rosa Luxemburg Internationalismus und Klassenkampf* (los escritos polacos de Rosa Luxemburgo). Neuwied, Berlín Occidental, 1971.





## II

«La nacionalidad del obrero no es francesa ni inglesa ni alemana; es el trabajo, la esclavitud en libertad, la venta voluntaria de sí mismo. Su gobierno no es francés ni inglés ni alemán; es el capital. Su cielo patrio no es el francés ni el inglés ni el alemán: es la atmósfera de la fábrica. El suelo que le pertenece no está en Francia ni en Inglaterra ni en Alemania; está bajo tierra, a unos cuantos palmos de profundidad.»

K. Marx (1845)<sup>268</sup>

Para definir la revolución comunista como proceso histórico concreto, y para actuar políticamente de acuerdo a tal definición, los marxistas no pueden contentarse con el esquema abstracto de su teoría. Según éste, la revolución comunista resulta de la lucha de clases que enfrenta al proletariado explotado con la burguesía capitalista explotadora, en la medida en que, dentro de esta lucha, la posición proletaria asume y potencia la tendencia incontenible de las fuerzas productivas de la sociedad a desarrollarse en sentido comunitario, mientras que la posición burguesa representa y defiende la tendencia cada vez más antihistórica del modo privado capitalista de reproducción social a mantenerse indefinidamente. El proletariado es por tanto la clase social que, en el desarrollo de su propia existencia –que es siempre lucha contra la clase capitalista–, se vuelve *necesariamente* comunista.

A la cuestión sobre el proceso que constituye a este “sujeto revolucionario”, o acerca de ese tránsito necesario que convierte a la masa de proletarios (“clase en sí”) en el movimiento histórico instaurador de la sociedad comunista (“clase para sí”), el esquema abstracto del marxismo responde con una teoría general sobre la manera específica en que se ejerce la explotación en la sociedad capitalista y sobre la posibilidad –única en la historia– que abre este carácter específico de la “esclavitud moderna” para que la lucha “económica” o reivindicativa de los explotados se transforme en lucha “política” o revolucionaria. En la “esclavitud moderna”, a diferencia de la “esclavitud antigua” –en la que todo el trabajo de los explotados, incluso el que les era efectivamente pagado (por el sustento que recibían), parecía ser trabajo no pagado–, todo el trabajo que los explotados ejecutan con los medios de producción de los capitalistas, incluso el que realizan gratis para éstos (y que genera el “plusvalor” o ganancia), parece ser trabajo pagado. La explotación o “esclavitud” moderna –ésta es su peculiaridad histórica–

<sup>268</sup> Prólogo a Rosa Luxemburg, *Obras Escogidas*, t. II. Ed. Era, México, 1981, pp. 9-23.

no puede subsistir sin la “complicidad” o, lo que es lo mismo, sin la libre aceptación de los propios explotados. Y ésta sólo es posible gracias a la sustitución incuestionable de las relaciones reales de explotación por esa apariencia de relaciones equitativas. Al luchar “económicamente” por la justa remuneración de su trabajo —es decir, al someterse a la definición de éste como un objeto mercantil cuyo valor es igual al de su capacidad para trabajar o al de los bienes necesarios para restaurarla periódicamente; al someterse por tanto a la ley según la cual sólo una parte del fruto de su trabajo (el “valor necesario”) les corresponde por derecho, mientras el resto (el “plusvalor”) es propiedad de los capitalistas—, los proletarios aceptan voluntariamente los términos de su “esclavitud”. Su lucha clasista se reduce de esta forma a la de un conjunto de propietarios-vendedores de mercancía, la mercancía fuerza de trabajo, contra el conjunto de propietarios-compradores de ella, que, dentro del estado de derecho burgués y sirviéndose de él, exigen el precio real de su mercancía (salario igual a la parte “necesaria” del valor producido), defienden la verdadera magnitud del valor de la misma (contra el intento capitalista de “incrementar relativamente” el plusvalor) y la protegen de un mal uso que la desgaste excesivamente (como intentan hacerlo los capitalistas para “incrementar absolutamente” el plusvalor). Pero —y aquí reside la posibilidad de su liberación—, la lucha “económica” consecuente y radical de los proletarios modernos, dentro de la “complicidad” con su esclavitud, los lleva una y otra vez, y cada vez con más fuerza, a hacerlos chocar con los límites de validez de las condiciones de su explotación.

Los excesos de los capitalistas en la extracción y en la apropiación del plusvalor que les producen gratis los obreros sólo los pueden combatir éstos mediante una lucha que implica atentar contra todo el modo como se produce y se consume la riqueza en la sociedad capitalista; contra la forma misma de una vida social basada en la producción y el consumo del plusvalor. Velar como propietarios privados por el justo precio, el buen mantenimiento y el uso mesurado de su mercancía, la fuerza de trabajo, es algo que los proletarios no pueden llevar a cabo efectivamente sin llegar de una manera u otra a cuestionar la diferencia aparentemente inesencial que los separa del otro tipo de propietarios privados, el de los capitalistas: la de que éstos detentan el control de los medios de producción sociales, *mientras* que ellos no. Y este cuestionamiento es precisamente el que convierte a la lucha “económica” reformista o respetuosa de los términos políticos que posibilitan el mantenimiento de la “esclavitud” moderna, en lucha revolucionaria, que mina y tiende a destruir esos términos políticos como condición para la instauración del modo de reproducción social comunista.

Pero los marxistas no pueden contentarse con este esquema general. Su acción política concreta los enfrenta cotidianamente a un conjunto de cuestiones que tienen que ver efectivamente con el tránsito del comportamiento “económico” y reivindicativo al “político” y revolucionario de la clase obrera, pero cuyo planteamiento como problema requiere una aproximación de mayor concreción y complejidad. Tal vez la figura más completa en que aparece ese conjunto de cuestiones relativas a la conformación revolucionaria de la acción proletaria es la que se resume bajo el concepto de la “cuestión nacional”.

En lo abstracto, como modo de reproducción de la sociedad en general, el capitalismo adjudica a los miembros de ésta una identidad de clase que se define con diferentes grados de pureza en referencia a las dos situaciones sociales básicas, polarmente contrapuestas en su complementariedad: la de los obreros y la de los capitalistas. Pero en lo concreto, como modo de reproducción social que incluye, con distintos grados de intensidad, al conjunto histórica y geográficamente diferenciado de la sociedad mundial, el capitalismo adjudica a los individuos sociales un segundo nivel de identidad social: el que los determina al margen de la definición clasista, como miembros de alguna de las unidades particulares, los Estados nacionales en que el capitalismo debe diferenciar su funcionamiento.

En la realidad social concreta organizada por el capitalismo, múltiples conglomerados que reúnen indistintamente a capitalistas y proletarios se oponen entre sí como totalidades económicas nacionales de intereses diferentes y concurrentes. Así, dentro de cada uno de ellos, proletarios y capitalistas no sólo se distinguen y enfrentan entre sí; también se confunden y se entienden unos con otros. La “complicidad” que mantienen los proletarios con su “esclavitud” al aceptar como posible y válido el intercambio que ellos, en tanto que propietarios privados, hacen de su mercancía fuerza de trabajo con la mercancía medios de subsistencia de los propietarios privados capitalistas, se halla así consolidada por una “solidaridad” supraclasista: la que mantienen con los intereses comunes del conjunto nacional-estatal de propietarios privados en el que están incluidos. Su lucha “económica” contra la clase capitalista adquiere una densidad concreta que la vuelve mucho más compleja; al plantear la estrategia que la guía se debe incluir como mediación necesaria la consideración que los intereses clasistas pueden convergir o divergir relativamente de estos intereses nacionalistas, pero éstos existen siempre, de todas maneras, como marco delimitante de su propia viabilidad.

A primera vista, la necesidad de defender el Estado nacional común de todos los propietarios privados sería siempre un obstáculo en la lucha de los propietarios privados proletarios contra la explotación de que son objeto por parte de los capitalistas. Pero la desigualdad y la lucha competitiva entre las distintas unidades particulares, “nacionales”, de capitalismo –que definen el modo como la sociedad mundial es constituida por la reproducción de su riqueza como capital– da lugar a una constelación sumamente variada de situaciones capitalistas nacionales. Junto a naciones capitalistas dotadas de Estados más o menos independientes existen naciones capitalistas que subordinan a otras en la construcción de un Estado “plurinacional” y que compiten con otras similares en términos imperialistas; existen incluso naciones capitalistas francamente sometidas, dentro o fuera de los Estados imperialistas, que se hallan impedidas de consolidarse efectivamente como Estados autónomos. Y, en este abigarrado conjunto de realidades nacionales capitalistas, la lucha revolucionaria de las distintas secciones del proletariado “internacional” contra sus respectivos capitalistas nacionales se plantea también de maneras muy variadas. Aparece entonces, para los revolucionarios marxistas, lo que podría llamarse el núcleo político de la “cuestión nacional”. Al defender el Estado nacional, ¿pueden los proletarios rebasar a sus aliados capitalistas y aprovechar el retraso de éstos para convertir la movilización nacionalista en realizaciones comunistas? ¿Es posible que una colaboración de clase del proletariado con los capitalistas en el marco de una lucha común por la autodeterminación de su unidad nacional –sea como expansión de un Estado ya constituido, como defensa de un Estado dependiente o como construcción autónoma de un nuevo Estado– favorezca la transformación de su lucha “económica” (tendencialmente revolucionaria) contra los mismos capitalistas en una lucha “política” (realmente revolucionaria)? Si lo es, ¿cuáles son las condiciones para ello?

«Nos encontramos ahora ante el hecho ineludible de la guerra. Nos amenazan los horrores de invasiones enemigas [...] De lo que se trata es de defenderse de este peligro, de poner a salvo la cultura y la independencia de nuestro propio país. Y aquí hacemos efectivo aquello en lo que siempre hemos insistido. En la hora del peligro, no dejamos de cumplir con nuestra patria [...]

La patria en peligro, la defensa nacional, la guerra popular por la existencia, la cultura y la libertad; ésta fue la consigna lanzada por la representación parlamentaria de la socialdemocracia [...]

Ahora, millones de proletarios de todos los idiomas caen en el campo de la vergüenza, del fratricidio, de la automasacre, con el canto de los esclavos en los labios.» Rosa Luxemburgo (1915)

El planteamiento de la “cuestión nacional”, como fenómeno social, histórico y político específico, por parte del pensamiento marxista tiene un punto de partida determinado; se encuentra en la obra de Rosa Luxemburgo. Desde 1893, fecha que marca el inicio de su vida de militante comunista, Rosa Luxemburgo debió ubicar dentro de lo que constituía el centro de su preocupación política –la preparación de la clase obrera y sus organizaciones para el momento, que entonces parecía inminente en Europa, de la transformación revolucionaria– el tratamiento de los problemas que resultan de la presencia de un plano de concreción nacional en el desarrollo real del movimiento comunista. Fue impulsada a ello primero (sobre todo hasta 1902) por la necesidad de combatir los efectos divisionistas y retardadores de una estrategia socialista para la democratización del conjunto del Imperio Ruso que, según ella demostraba, resultaban del “socialpatriotismo” dominante en el movimiento socialista, polaco. Después (sobre todo a partir de 1905), por la necesidad de combatir el peligro de debilitamiento y desintegración que, según ella preveía, amenazaba tanto el fortalecimiento de los distintos nacionalismos como al movimiento socialista europeo en general. La manera original que tuvo Rosa Luxemburgo, a lo largo de las muchas y encendidas polémicas que desató, de llevar a cabo esta ubicación de la “cuestión nacional” dentro de la “cuestión revolucionaria” es lo que hace de ella no sólo pionera y fundadora sino también coautora principal de la teoría marxista sobre la “cuestión nacional”; teoría que, si bien se encuentra todavía lejos de tener una estructura precisa y un contenido satisfactorio, ha mostrado ya ocasionalmente por lo menos un perfil inconfundible en su enfrentamiento a las categorías espontáneas de autoapología que genera el capitalismo para explicar la dimensión nacional de la existencia social.

Una selección representativa de los escritos que componen esta vertiente esencial de la obra de Rosa Luxemburgo ha sido reunida en las dos primeras partes del presente volumen. En ellas, sobre todo en la segunda, que contiene la famosa aunque casi desconocida serie de artículos sobre *La cuestión nacional y la autonomía*, el lector podrá conocer los términos reales de esa “unilateralidad internacionalista” que, en calidad de componente del mito negativo llamado “luxemburguismo” –creado para apuntalar el dogma del marxismo “leninista”–, le ha sido adjudicado como adjetivo descalificador al planteamiento luxemburguiano de la cuestión nacional y ha obstaculizado el acceso teórico de muchos marxistas revolucionarios a temas de primera importancia política abiertos por él.

La “unilateralidad internacionalista” de Rosa Luxemburgo consistiría en la “incapacidad” de su pensamiento –demasiado esquemático e irrealista– para captar en el terreno de la política concreta la necesidad de que una mediación nacionalista modifique en determinadas condiciones la línea estratégica socialista seguida por los partidos obreros. Sólo un irrealismo fijado en los principios abstractos puede, en efecto, propugnar, en nombre de la hermandad de clase internacional entre proletarios, la negativa socialista a defender junto a la burguesía los intereses de una nación capitalista progresista amenazada por una gran potencia reaccionaria. Sólo un esquematismo ajeno a la historia concreta puede, igualmente, propugnar el desconocimiento de las exigencias de “autodeterminación nacional” que acompañan a las exigencias socialistas en los movimientos revolucionarios de países sojuzgados interior o exteriormente por Estados imperialistas. El internacionalismo de Rosa Luxemburgo implicaría así una política socialista unilateral por ser el resultado de una aplicación mecánica de la idea según la cual, para los socialistas marxistas, la cuestión nacional, «al igual que todas las otras cuestiones sociales y políticas», es «básicamente una cuestión de intereses de clases». Obnubilada por la contradicción universal entre toda la clase de los proletarios y toda la clase de los capitalistas, Rosa Luxemburgo no podría ver el modo como el desarrollo efectivo de la misma se ve afectado por las contradicciones particulares que existen entre las diferentes naciones del planeta.

La idea de una “unilateralidad internacionalista” de Rosa Luxemburgo, como elemento constitutivo del “luxemburguismo”, es una construcción ideológica del socialismo autodenominado “leninista”, destinada a censurar un recuerdo que es capaz de cuestionarlo en su propia validez: el recuerdo del acontecimiento que lo llevó a dejar de ser un socialismo internacionalista y de la situación histórica que lo precedió; una situación en la que tanto la cuestión política práctica acerca de la cooperación revolucionaria entre las distintas secciones del proletariado mundial cuanto la cuestión política teórica acerca del nacionalismo proletario se planteaban y discutían abiertamente como cuestiones importantes y urgentes dentro del movimiento obrero, pues todavía no habían sido silenciadas por las “vanguardias políticas” mediante “soluciones” de tacto, justificadas apresuradamente “en teoría”.

A comienzos del siglo, los socialistas, más por convicción de principios e inocencia histórica que por una conciencia alcanzada científicamente, tendían a considerar que el carácter de la clase proletaria y de su acción era primariamente internacional y sólo secundariamente nacional. A partir de los años treinta, por el contrario –y pese o, mejor, a causa de la existencia de la III Internacional (1921-1943)–, para los socialistas es natural concebir a la clase obrera como una fuerza

circunscrita básicamente a los límites de su Estado nacional y que sólo derivada e indirectamente amplía sus márgenes de acción hasta alcanzar una presencia internacional. Entre el primer momento y el segundo está la experiencia de una gran catástrofe del movimiento obrero y su organización: la quiebra interna de la Internacional socialista ante el embate de la ola de nacionalismo chovinista que se abatió sobre las distintas componentes nacionales de la clase obrera europea en vísperas de la gran guerra de 1914-1918. Pero la pérdida de la inocencia histórica que distingue a la segunda actitud de los socialistas no equivale a la conformación de una conciencia científica sobre la relación entre internacionalismo y nacionalismo en la clase obrera. La experiencia de su división y ajenidad nacionales fue traumática. Y, lejos de ser compensada por otras de signo positivo, se repitió varias veces, en circunstancias diferentes y cada vez más complejas. La contundente facticidad de la atomización nacional del proletariado se ha traducido en un dogma que rehúye el recuerdo de su origen y que condena, desde su autoridad "histórica", el "irrealismo" de toda concepción del proletariado como clase estructuralmente internacional. Por ello, el internacionalismo "luxemburguista" tiene que ser creado para servir de hereje principal y de acusado predilecto. La obra de Rosa Luxemburgo trae a la memoria el internacionalismo irreflexivo de los socialistas de comienzos de siglo. Pero, sobre todo, reactualiza la actitud crítica que ella tuvo ante esa falta de reflexión científica; y al hacerlo pone necesariamente en cuestión la retirada igualmente irreflexiva de los socialistas posteriores hacia el nacionalismo espontáneo que los caracteriza.

La catástrofe de la Internacional socialista en 1914 suele ser mencionada como la prueba empírica que refutó definitivamente el "internacionalismo abstracto" de los socialistas en torno a Rosa Luxemburgo. Se llega incluso a ver a éstos como culpables involuntarios e indirectos de dicha catástrofe, por el "utopismo" que fomentaban en las masas obreras distrayéndolas de una actividad que pudo haber sido más realista y más efectivamente antibelicista. Pero quienes argumentan así soslayan el hecho —que el lector podrá reconocer, sobre todo en los textos de 1910-1914— de que fue la izquierda socialdemócrata alemana, inspirada por el internacionalismo intransigente de Rosa Luxemburgo, la única corriente política dentro del movimiento socialista de esa época que planteó la necesidad de discutir abiertamente, en términos políticos y teóricos, la cuestión del nacionalismo proletario. Rosa Luxemburgo fue incansable en distinguir el hecho y fundamentar la idea de que la fuerza de los socialistas en cada país no sólo era causa sino también resultado de la fuerza global de la Internacional socialista; y que ésta dependía del mantenimiento y la radicalización de una

característica ya presente en la realidad del movimiento socialista de preguerra: la cooperación estratégica y la interpretación orgánica de los distintos partidos nacionales. Rosa Luxemburgo nunca pensó que lo que ahora se tiene por inevitable —el desmembramiento de la Internacional y el repliegue nacionalista de los partidos obreros— fuese un destino ineluctable. Ella previó el derrumbe socialista de 1914, pero bajo la forma de un peligro que podía ser conjurado políticamente. Creyó —y nunca se sabrá si estuvo errada, pues su línea política jamás fue adoptada por la socialdemocracia alemana— que la ola de nacionalismo burgués que se abatía sobre la clase obrera de los distintos países europeos podía ser resistida mediante una actividad socialista efectivamente revolucionaria, guiada por un “nacionalismo científico”.

Más claramente aún que en el caso anterior, la idea de una “unilateralidad internacionalista” en Rosa Luxemburgo se revela como una construcción ideológica deformadora de la realidad histórica en el juicio, que desde la época de Stalin se ha vuelto “verdad incuestionable”, acerca de la actitud luxemburguiana frente al “derecho de las naciones a la autodeterminación”. La “unilateralidad internacionalista” habría cegado a Rosa Luxemburgo para la captación del nacionalismo como momento necesario, en determinadas circunstancias históricas, de la adquisición de la conciencia de clase proletaria y como instrumento de lucha anticapitalista en la época imperialista del sistema capitalista. Para el “luxemburguismo” toda lucha por los intereses de las distintas naciones sería siempre de inspiración burguesa y capitalista, y estaría además superada históricamente por una tendencia manifiesta de dichos intereses a pasar a segundo plano e incluso fundirse y desaparecer dentro de los intereses de clase a escala mundial.

En los tiempos actuales se vuelve cada vez más evidente el carácter cuestionable de la cómoda y casi natural identificación del desarrollo de la fuerza revolucionaria del proletariado con el desarrollo de la autodeterminación de las naciones oprimidas hacia la forma de Estados nacionales soberanos. Por una parte, no toda defensa antimperialista de la soberanía estatal de una nación coincide necesariamente con el sentido de la revolución comunista: ni directamente, como condición intranacional de una adquisición de la hegemonía política por parte del proletariado, ni indirectamente, como condición internacional de un debilitamiento del imperio capitalista. Por otra, no todas las diversas exigencias de autonomía planteadas por numerosas nacionalidades en imbricación orgánica con las exigencias revolucionarias del proletariado se hallan representadas por las necesidades de las naciones estatales que pretenden incluirlas; muchas se encuentran incluso sistemáticamente negadas o contradichas por ellas. Pero la



necesidad de plantear en términos concretos y actuales el problema de la relación entre nacionalismo y comunismo implica un esfuerzo de teorización y sobre todo una transformación de la estructura del comportamiento político tan grandes, que parece superar la capacidad y la disposición de realizarlas por parte de las organizaciones dominantes de la izquierda establecida. Sólo así se explica el silencio o la acción deformadora que en el propio campo marxista pesa sobre intentos teóricos y prácticos, como el de Rosa Luxemburgo, por romper con la herencia ideológica del nacionalismo liberal y por elaborar una posición comunista específica sobre la “cuestión nacional”.

La prolongada polémica (1893-1912) que Rosa Luxemburgo mantuvo con las posiciones “socialpatriotas” del Partido Socialista Polaco (PSP) se desarrolló en torno a la cuestión acerca de si el movimiento revolucionario del Reino (Krolestwo) de Polonia (la Polonia del Congreso de Viena, dependiente del Imperio ruso y separada de las dos regiones polacas entregadas a Prusia y Austria) debía dar prioridad a la lucha por la reconstrucción de un Estado para toda la nación polaca o si debía por el contrario conectar orgánicamente su lucha con la del proletariado ruso y plantear sus reivindicaciones nacionales, bajo la forma de una exigencia de autonomía administrativa, dentro del conjunto de exigencias tendientes a una democratización del Imperio. A lo largo de esta polémica, Rosa Luxemburgo debió enfrentar una gran variedad de problemas políticos y teóricos concretos que otros dirigentes socialistas de la época, situados en circunstancias diferentes, pudieron ignorar, evadir o tratar sólo abstractamente. Resultado de este intenso trabajo teórico es el amplio conjunto de ideas originales –algunas ocasionales, otras de alcance general, todas penetrantes y sugerentes– que el lector podrá rescatar en la lectura del presente volumen. De este conjunto de ideas conviene destacar aquí las que están en el centro de su argumentación y que, pese a representar tal vez su aportación más esencial a la teoría marxista sobre la “cuestión nacional”, son las que –malentendidas– más han sido usadas para componer el mito de la “unilateralidad internacionalista” del “luxemburguismo”.

Presente siempre de manera parcial y relativizado siempre por su inserción en tratamientos particulares, un restringido conjunto de ideas constituye el núcleo de la argumentación luxemburguiana. Son ideas de intención crítica y problematizadora, destinadas más a fundamentar una línea política que a construir una teoría sistemática. Su virtud en el plano puramente teórico está más en cuestionar que en solucionar. El objeto de su crítica y su problematización es, en definitiva, siempre el mismo, abordado desde muy variadas perspectivas. Se trata de uno de los principios generales más acriticamente aceptados por la política

socialista. Según éste, “el proletariado puede y debe integrar en su lucha revolucionaria la defensa del derecho de las naciones a la autodeterminación”. ¿Es siempre válido este principio o sólo bajo qué condiciones lo es? ¿Qué significa “autodeterminación de las naciones”? ¿Cómo se conectan éstas con las necesidades de autodeterminación revolucionaria del proletariado? ¿Cómo se distinguen las necesidades de autonomía de las de autodeterminación de las naciones? ¿Qué relación hay entre las necesidades de autodeterminación nacional y los intereses de la clase y el Estado capitalistas? Éstas son algunas de las interrogantes que dan origen al trabajo cuestionador que Rosa Luxemburgo efectúa sobre ese principio de la política socialista. En todas ellas, al principio cuestionado se le enfrenta, no un sistema acabado de respuestas científicas, sino el esbozo del planteamiento de un problema esencial para la práctica y la teoría marxistas. Rosa Luxemburgo —ésta es la gran importancia de sus escritos sobre la “autodeterminación nacional”— realiza la apropiación teórica primera y básica de una de las componentes más decisivas de la realidad del proceso histórico de la revolución comunista; logra establecer el lugar y los límites conceptuales dentro de los cuales es posible pensar la dimensión nacionalista de la revolución proletaria.

Lejos de ignorar, como se le suele achacar, la presencia irreductible de la sustancia nacional en la composición del comportamiento proletario revolucionario, y lejos también de aceptar, como la generalidad de los socialistas, la forma burguesa de concebir tal presencia, Rosa Luxemburgo la analiza críticamente. Pero, dado que este contenido nacional se manifiesta en la práctica política de la clase obrera como participación en la “lucha de las naciones por su autodeterminación”, el análisis crítico al que lo somete Rosa Luxemburgo debe forzosamente adoptar la forma de un examen de los puntos de contacto —sea de identificación o de contradicción— que existen entre la necesidad fundamental del proletariado, la de autodeterminarse como clase en la revolución comunista, y la necesidad de las naciones, en las que él adquiere su concreción, de autodeterminarse como tales.

Son dos así los puntos de contacto que el pensamiento luxemburguiano reconoce entre autodeterminación del proletariado y autodeterminación de la nación. El primero, impreciso y escasamente mencionado en los textos pero esencial en la argumentación, sería un lugar de coincidencia plena. Su ubicación estaría en el terreno de las necesidades más profundas de liberación y reordenamiento de la vida concreta que mueven a la sociedad en su camino hacia el comunismo. La nacionalidad, como realidad cultural —material y espiritual— específica, sería una forma básica de organización espontánea de los distintos aspectos de una

existencia social en tanto que totalidad comunitaria. Su autoafirmación –que, en principio, nada tendría que ver con una autodeterminación como Estado nacional–, lejos de contraponerse absolutamente al movimiento comunista de liberación de los “esclavos modernos”, sería más bien una de las maneras como éste se realiza conflictivamente. Conectada con él mediante la tendencia comunitaria que los caracteriza a ambos, esta “autodeterminación” puramente cultural sería una de las principales fuentes de particularización dentro de la universalidad o igualdad dialéctica –resultando un proceso potenciador y armonizador de las desigualdades funcionales– que él proyecta para los individuos sociales en la organización comunista. Sería, por tanto, la base del único nacionalismo capaz de escapar a la barbarie a la que condena la “prehistoria” que se mueve gracias a la lucha de clases; un nacionalismo proletario peculiar –paradójico sólo para el pensamiento burgués–, ajeno a toda cerrazón exclusivista (justificadora de la explotación de los “otros”), abierto a la transformación de la nacionalidad que defiende e integrado en la creación de una sociedad orgánicamente internacionalista.

Pero este punto de contacto entre las dos autodeterminaciones, la proletaria y la nacional, punto de convergencia esencial, aunque es decisivo para el pensamiento luxemburguiano, lo ocupa mucho menos que el otro analizado por él: un punto de contacto en el que la una contradice necesariamente a la otra. La autodeterminación nacional es descubierta aquí por Rosa Luxemburgo, no en su esencia sino en la forma mixtificada que adquiere en la historia concreta. Sería la construcción, promovida por la clase capitalista, de un Estado jurídicamente independiente y materialmente soberano, sobre la base de un conglomerado social de una o varias nacionalidades, que se constituye así en nación. La necesidad de un conjunto de capitalistas de circunscribir violentamente un ámbito social y físico adecuado para el cumplimiento óptimo del ciclo de acumulación de su capital, en la medida en que la necesidad que tiene el resto de los miembros de la sociedad (específicamente los proletarios) de cumplir su propio ciclo de reproducción económica: éste sería el motor histórico de la “autodeterminación” como proceso de conformación de los Estados modernos y de la creación –pensada ideológicamente como “autodeterminación”– de sus respectivas naciones.

La autodeterminación proletaria y la “autodeterminación” nacional se encontrarían, por lo tanto, únicamente en un punto de divergencia. Los intereses capitalistas de todo el conglomerado social –transformado en nación que construye, consolida y expande un Estado– serían también intereses de la clase proletaria, pero sólo en la medida en que deben perseguir la conquista de

circunstancias económicas y políticas –el desarrollo de las fuerzas productivas y el perfeccionamiento de las instituciones democráticas– que son favorables para la transición hacia el reordenamiento comunista. Es decir, sólo en la medida en que su sentido se entrecruza con un sentido histórico que lo contradice: el sentido anticapitalista de la autodeterminación revolucionaria del proletariado.

La clara distinción entre la autodeterminación proletaria y esta modalidad indirecta y mixtificada de la autodeterminación nacional, la “autodeterminación” de la nación estatal, le permite a Rosa Luxemburgo avanzar hacia un análisis más concreto de ese punto conflictivo, de encuentro y divergencia, en que las dos entran en contacto.

Según Rosa Luxemburgo, en la época del imperialismo es necesariamente restringido el número de los conglomerados nacionales a los que el desarrollo y la expansión mundial del capitalismo puede convertir en naciones “autodeterminadas” como Estados independientes, realmente soberanos. En estos contados casos, la “defensa de la autodeterminación nacional” no es otra cosa que el fortalecimiento de la base de sustentación de un Estado en proceso de convertirse en potencia imperialista o de consolidarse como tal en la competencia con otros similares. Para el proletariado, colaborar en esta “autodeterminación” significa, en primer lugar, pagar las ventajas económicas reales y las ilusorias ventajas políticas que resultan de los triunfos de “su” economía y de “su” estado, con una segunda “complicidad” con los capitalistas connacionales. La “complicidad” que lo compromete en el proceso de su propia explotación queda ratificada y sellada por otra, que lo compromete en la explotación imperialista de otros conglomerados nacionales. Pero significa también, en segundo lugar, pagar la desigualdad colonialista, apoyada por él para las relaciones exteriores, con una necesaria reinteriorización de la misma, que destruye las pretensiones de igualdad comunitaria y la vitalidad de su propia nación.

En el caso de las nacionalidades no “elegidas” por el desarrollo capitalista para servir de sustrato a los centros políticos imperialistas, la lucha de sus clases capitalistas por “autodeterminarlas” como Estados independientes y soberanos está, en mayor o menor medida, destinada al fracaso. Es, sin embargo, un intento siempre renovado que les impone, más aún que en el caso de los Estados centrales, el proyecto definitorio de su vida económica y política. Para el proletariado, adoptar esta lucha incuestionadamente como suya significa que debe forzarse a justificar el pacto de “complicidad” en la explotación que sufre con el recurso a la necesidad de llevar a cabo una tarea histórica –la de dar soberanía efectiva a “su” Estado nacional– que se cumple siempre, necesaria-

mente, a medias, y siempre en favor de sus explotadores, por lo que se le vuelve cada vez más ajena. Significa –incluso en los casos en que debe ser retribuido económica o políticamente por su papel protagónico en defensa de la nación– la obligación repetida de disminuir y postergar sus exigencias clasistas radicales, en provecho de los intereses “nacionales” supraclasistas.

Es en referencia a esta doble situación del proletariado en calidad de copartícipe en la “autodeterminación” capitalista de la nación como Estado –como Estado imperialista o como Estado subordinado– que Rosa Luxemburgo desarrolla su examen de las posibilidades de incluir de manera orgánica en la estrategia política socialista la dimensión específicamente nacional del carácter revolucionario del proletariado. Para Rosa Luxemburgo, esta dimensión nacionalista de la estrategia revolucionaria sólo puede hacerse presente dentro de lo que es el horizonte concreto de posibilidades de fortalecimiento objetivo y por tanto de autodeterminarse que prevalece para el proletariado dentro de la situación prerrevolucionaria de la lucha de clases en el capitalismo. Este horizonte articula todo el conjunto de vías de enfrentamiento revolucionario contra el mundo capitalista en torno a una lucha central: la que persigue, dentro todavía de los marcos de la institucionalidad burguesa, la refuncionalización de la democracia formal, necesaria para la reproducción social capitalista, mediante núcleos de democracia real, prefiguradores de la institucionalidad socialista. Intervenir favorable pero críticamente en la democratización de la vida económica y política burguesa, haciendo que este proceso la modifique al integrar en ella mecanismos en los que se acepten los intereses específicos de la clase obrera, tal es la veta central de la actividad socialista destinada a fortalecer las posiciones del proletariado y su autodeterminación. Y, para Rosa Luxemburgo, esta intervención crítica en la democratización, cuando llega a extenderse hasta abordar el problema de los aspectos particulares del proceso concreto de reproducción del sujeto social, de las comunidades espontáneamente constituidas de productores y consumidores, lleva el nombre de lucha por el *autogobierno del país* (*Landesselbstverwaltung*).

La modificación de la democracia formal burguesa mediante gérmenes de democracia real proletaria implica la necesidad de fomentar la legislación, la administración y el control de determinados procesos particulares de la vida social concreta (de la cultura material y espiritual, de la instrucción pública, de las relaciones jurídicas, de los servicios municipales y regionales, de ciertas industrias agrícolas, forestales, mineras, de transporte, etcétera), por parte de los conglomerados humanos inmediateamente involucrados en su realización. Esta necesidad, específicamente proletaria, de fomentar el autogobierno del país

históricamente dado y técnicamente unificado es una exigencia que ocasionalmente puede coincidir con las necesidades de “autodeterminación” de la nación estatal capitalista –sobre todo cuando ella incluye la necesidad de desarrollar ciertos aspectos de la productividad del trabajo social–, pero que se distingue de ellas y las contradice esencialmente: su objetivo último al perseguir que los productores y consumidores directos de la riqueza material y espiritual determinen los mecanismos particulares, técnicos y sociales, según los cuales se produce y consume la riqueza, su objetivo último no es el incremento abstracto de la riqueza capitalista “nacional”, sino el perfeccionamiento concreto de las condiciones de vida del sujeto social en cuanto tal. En el marco de esta lucha socialista por el autogobierno local del país, Rosa Luxemburgo llega a ubicar la posibilidad de una lucha nacionalista del proletariado. Si la consigna de la “autodeterminación” nacional es esencialmente ajena y sólo circunstancialmente compatible con los intereses proletarios, no es el caso de aquella que postula la defensa de la nacionalidad o de las nacionalidades en las que adquiere concreción histórica el proletariado. Por el contrario, se revela como el contenido básico de aquella perspectiva de la estrategia socialista que, al perseguir la democratización real de la vida política en el capitalismo, llega a plantear la necesidad de autodeterminación proletaria –como necesidades de autogobierno local del país– en el terreno de la lucha por la defensa del proceso concreto de reproducción social frente a las deformaciones que le impone el proceso de acumulación del capital.

La opresión de la nacionalidad como carácter cualitativo específico del sujeto social es un fenómeno que tiene lugar necesariamente en todos los espacios dominados por el capitalismo; de manera más directa y agobiante en el caso de las nacionalidades sometidas o que sólo pueden aspirar a ser naciones de Estados subordinados, pero también, de manera más sutil y por ello más decisiva, en el caso de las nacionalidades que parecen haberse autoafirmado al constituir naciones de Estados imperialistas. Y es en esta opresión de la nacionalidad donde se refleja de manera más directa, tanto en los pormenores como en el conjunto de la experiencia vital de los obreros, el carácter esencialmente destructivo –descrito por la famosa “ley de la acumulación capitalista” en *El Capital* de Marx– que tiene el modo capitalista de reproducción de la riqueza social respecto del sujeto social que debe reproducirla así para poder él reproducirse a sí mismo.

La lucha por lo que Rosa Luxemburgo denomina *autonomía nacional*. por la capacidad de las sociedades reales –que tienen siempre una dimensión nacional en su existencia– para determinar las formas concretas de su vida de acuerdo a su cultura material y espiritual específica, constituye así el componente más

elemental y al mismo tiempo más totalizador de los múltiples que confluyen en la impugnación radical que hace el proletariado del sistema de vida social impuesto por el capitalismo. En la autonomía nacional, comprendida como parte orgánica de la estrategia comunista, la autora llega a reconocer la compatibilidad profunda de aquellos dos impulsos movilizadores de las masas, que le parecen contrapuestos al socialismo reformista y que unificados por la política del capital acabaron por dar origen a la gran contrarrevolución nacional-socialista: el impulso conservador, de la sociedad en tanto que nación, y el impulso revolucionario, de la sociedad en tanto que proletariado. Defender la autonomía nacional no significa frenar la autodeterminación proletaria en provecho de intereses ajenos a ella, sino al contrario continuarla bajo la forma de una reivindicación de aquel contenido “histórico-moral” que Marx reconoció como elemento sintetizador de la identidad concreta del obrero y que es lo primero que al capitalista le interesa desconocer, en la medida en que es un contenido “encarecedor” de la mercancía fuerza de trabajo que él adquiere. Tampoco significa fomentar la cohesión de un proletariado nacional en detrimento del desarrollo de su internacionalismo. La lucha por la autonomía nacional, lejos de conducir indefectiblemente al enfrentamiento irreductible de los distintos conglomerados nacionales –como lo hace la lucha que persigue la “autodeterminación” estatal de la nación–, no sólo permite sino incluso exige la colaboración de cada uno de ellos en la liberación de todos los demás. Le demuestra prácticamente al proletariado que su enemigo connacional, la clase capitalista, sólo es compatriota suyo cuando lo que se defiende frente al extranjero es una nación que existe como disminución represiva y explotadora de su nacionalidad.

Si hay un mérito que no se le puede negar al intento luxemburguiano de plantear la “cuestión nacional” dentro de la necesaria vía de concretización del esquema teórico sobre la revolución comunista, es el de haber establecido una distinción que se vuelve cada vez más indispensable en el análisis de las condiciones concretas de su lucha por parte de los revolucionarios marxistas: la distinción entre dos modos de existencia radicalmente diferentes de la entidad nacional. De acuerdo al primero, la nación sería el conjunto de los productores-consumidores de la riqueza concreta en tanto que conglomerado social que es doble y conflictivamente anticapitalista: conservador de las formas heredadas de su sistema específico de reproducción y al mismo tiempo introductor de transformaciones interiores de las mismas, enfrentando a la acción destructiva que sobre unas y otras lleva a cabo la organización de la vida social dirigida hacia la acumulación del capital. De acuerdo al segundo, la nación sería el conjunto de los productores-consumidores de la riqueza en abstracto en tanto que sociedad de

propietarios privados comprometidos en la empresa de mantener un Estado capaz de garantizarles el incremento de sus capitales. La toma de posición de Rosa Luxemburgo en favor de la "autonomía nacional" y en contra de la "autodeterminación nacional" es sólo una de las derivaciones políticas revolucionarias que es posible elaborar a partir de su distinción conceptual entre estos dos "modos de nación". Muchas otras parecen ser posibles; algunas se han esbozado ya y se esbozan en las muy variadas situaciones en que la lucha de clases contemporánea debe atravesar por la densidad nacional de la realidad concreta.

El tercer conjunto de textos luxemburguianos del periodo entre 1908 y 1913 intenta poner de manifiesto, destacando representativamente un número muy limitado de ejemplos dentro de la temática abordada, la manera en que su autora se bate en retirada con sus posiciones revolucionarias dentro de un Partido Socialdemócrata Alemán cada vez más conservador. En todos ellos pueden observarse el difícil equilibrio que Rosa Luxemburgo pretende mantener entre su habilidad táctica, intentando salvaguardar a toda costa la integridad de la organización del partido, y la intransigencia en materia de principios, con el fin de abrir la posibilidad viva de un partido diferente, capaz de cumplir realmente con su función histórica revolucionaria.

En la época en que fueron escritos eran textos de advertencia: el compromiso socialista con las posiciones del capital no facilita el tránsito revolucionario, lo dificulta; no desvía favorablemente la política burguesa, sino hace que la política proletaria se vuelva cómplice de la irracionalidad de la marcha "natural" del capitalismo. Ahora sabemos que, pese a su clarividencia, son textos que se inscriben en un movimiento histórico que llevaba a la catástrofe, a la claudicación del movimiento obrero y a la autodestrucción de la sociedad en la Gran Guerra.



## Bibliografía

### I.- Obras de Rosa Luxemburg

La bibliografía más completa disponible es la que ofrece J. P. Nettl en su biografía *Rosa Luxemburg*, 2 vols., Oxford University Press, Londres 1966, pp. 863-917. A continuación se enumeran las recopilaciones estándar de las obras de Rosa disponibles en alemán, así como todo el material disponible traducido al inglés. Hay que señalar que la calidad de las traducciones al inglés es en general muy mala (véase B 2 y B 3 más abajo).

#### A) UNA COLECCIÓN ESTÁNDAR EN ALEMÁN

***Gesammelte Werke*** (Obras completas), editado por Clara Zetkin y Adolf Warski, redactor jefe Paul Frölich, Berlín 1923-1928. Previsto en 9 volúmenes: Vol. I *Polen* (Polonia) Vol. II *Die russische Revolution* (La revolución rusa) Vol. III *Gegen den Reformismus* (Contra el reformismo) Vol. IV *Gewerkschaftskampf und Massenstreik* (Lucha sindical y huelga de masas) Vol. V *Der Imperialismus* (El imperialismo) Vol. VI *Die Akkumulation des Kapitals* (La acumulación del capital) Vol. VII *Nationalökonomie* (Economía) Vol. VIII *Krieg und Revolution* (Guerra y revolución) Vol. IX Briefe, Gedenkartikel, historische Aufsätze (*Cartas, Ocasiones, obras históricas*, etc.) Sólo se publicaron los volúmenes III, IV y VI.

***Ausgewählte Reden und Schriften*** (Selección de discursos y escritos), editado por el Instituto Marx-Engels-Lenin, Comité Central de la República Democrática Alemana, 2 vols., Berlín (Este) 1951.

***Politische Schriften*** (Escritos políticos), editado e introducido por Ossip K Flechtheim, 3 vols., Fráncfort del Meno 1966, 1968.

***Briefe aus dem Gefängnis*** (Cartas desde la cárcel a Sonja Liebknecht), Berlín 1919.

***Briefe an Karl und Luise Kautsky*** (Cartas a Karl y Luise Kautsky), 1896-1918, Berlín 1923.

***Briefe an Freunde*** (Cartas a los amigos), Hamburgo 1950.

## B) OBRAS EN TRADUCCIÓN INGLESA

**Rosa Luxemburg Speaks**, editado con una introducción de Mary-Alice Waters, Pathfinder Press 1970.

Colección que incluye las traducciones tradicionales de la mayor parte del material que ha estado o sigue estando disponible en forma de folleto o artículo en traducción inglesa. Contiene los siguientes textos: Reforma social o revolución (1898-99) *Crisis socialista en Francia* (1900-01). Incompleto. *Estancamiento y progreso del marxismo* (1903) *Organización. Preguntas sobre la Social Democracia social rusa* (1904) (A veces llamado "leninismo o marxismo") *El socialismo y las iglesias* (1905) *La huelga de masas, el partido político y los sindicatos* (1906) *¿Qué es la economía?* (1907 en adelante; 1ª publicación tras la muerte de Rosa) *Utopías de paz* (1911). Incompleto. *La crisis de la socialdemocracia alemana* (El folleto de Junius) (1915) *Introducción a la obra de Korolenko "Historia de mis contemporáneos"* (1918) *La Revolución Rusa* (1918) *Contra la pena capital* (1918) *Discurso ante la Conferencia de Fundación del KPD* (1918) (A veces llamado "Espartaco", "Nuestro programa y la situación política") Esta colección también incluye un puñado de cartas de Rosa desde la cárcel a Sonja Liebknecht, y valoraciones de Rosa por Lenin y Trotsky.

*Selected Political Writings*, editado e introducido por Dick Howard, Monthly Review Press, Nueva York y Londres 1971.

Todos los escritos de esta colección han sido traducidos de nuevo, y muchos de ellos se publican por primera vez en inglés. Una compilación excelente, que contiene *Discursos en el Congreso de Stuttgart* (1898) *Discurso en el Congreso de Hannover* (1899) *Reforma social o revolución* (1898-99) *Milicia y militarismo* (1899) *En memoria del partido proletariat* (1903) *La jornada de ocho horas en el Congreso del Partido* (1902) *El sufragio femenino y la lucha de clases* (1912) *de: Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906) *Discurso en el Congreso de Nürenberg* (1908) *Cuestiones organizativas de la socialdemocracia rusa* (1904) *¿Cuáles son los orígenes del Primero de Mayo?* (1894) *La idea de la marcha del Primero de Mayo* (1913) *La crisis de la socialdemocracia alemana* (El folleto de Junius): Parte I (1915) *O lo uno o lo otro* (1916) *A los proletarios de todos los países* (1918) *¿Qué quiere la Liga Espartaco?* (1918) *Nuestro programa y la situación política* (Discurso ante el Congreso Fundador del KPD) (1918) *El orden reina en Berlín* (1919)

**Rosa Luxemburg: Selected Political Writings**, editado e introducido por Robert Looker, Londres 1972.

Esta colección incluye una amplia gama de material, en su mayor parte artículos periodísticos bastante breves disponibles por primera vez en inglés, así como breves extractos de *Social Reform or Revolution*, *The Mass Strike*, etc. El nuevo material disponible (o sólo disponible de otro modo en *Escritos políticos selectos* editados por Dick Howard) es el siguiente: *El oportunismo y el arte de lo posible* (1898) *Milicia y militarismo* (1899) *Socialdemocracia y parlamentarismo* (1904) *La revolución en Rusia* (1905) *Los dos métodos de la política de unión comercial* (1906) *El siguiente paso* (1910) *Sobre Marruecos* (1911) *¿Y ahora qué?* (1912) *La huelga política de masas* (1913) *Reconstruir la Internacional* (1915) *O lo uno o lo otro* (1916) *El viejo topo* (1917) *La tragedia rusa* (1918) También se incluyen 10 piezas del periodo de la revolución, de noviembre de 1918 a enero de 1919, a saber: *El principio* (18 nov) *Un deber de honor* (18 nov) *La Asamblea Nacional* (20 nov) *Todas las tierras al proletariado* (25 nov) *El Aqueronte en movimiento* (27 nov) *¿Qué quiere la Spartakusbund?* (1918) *Las elecciones a la Asamblea Nacional* (23 dic) *¿Qué hacen los dirigentes?* (7 ene) *Castillo de naipes* (13 ene) *El orden Reina en Berlín* (14 ene)

***The Accumulation of Capital***, Routledge and Kegan Paul 1951. Traducido por Agnes Schwartzschild, con una introducción de Joan Robinson. Una excelente traducción del principal tratado de Rosa sobre la teoría económica marxiana.

***La acumulación del capital o lo que los epígonos han hecho con la teoría marxista. Una Anticrítica.*** De próxima aparición en 1972 en Allen Lane the Penguin Press.

***Los volúmenes segundo y tercero de "El Capital"***, capítulo 12 sección 3 de Franz Mehring, *Karl Marx: the Story of his Life*, Londres 1936.

***Cartas desde la cárcel***, traducidas por Eden y Cedar Paul. Más reciente edición del Socialist Book Centre Ltd., Londres 1946. Cartas de Rosa desde la cárcel a Sonja Liebknecht.

***Cartas a Karl y Luise Kautsky de 1896 a 1918***, ed Luise Kautsky, trans Louis P Lochner, Nueva York 1925.

**Folletos. Varios.** Publicados por Sydney Wanasinghe, Ceilán y Merlin Press, Londres. Todos ellos parecen ser algunos de los mismos textos que se recogen juntos en más arriba.

***The Russian Revolution and Leninism or Marxism?***, presentado por Bertram D. Wolfe, Michigan 1961.

## 2.- Obras en inglés sobre Rosa Luxemburg y el trasfondo y movimiento de la Internacional.

Esta lista es muy selectiva y contiene obras tanto marxistas como no marxistas. Todas ellas han sido elegidas por la luz que arrojan sobre el tema que trata este libro, pero con muchas de ellas es imprescindible mantener la distancia crítica.

**Anderson, Evelyn**, *Hammer or Anvil: The Story of the German Working-Class Movement*, Londres 1945.

**Balabanoff, Angelica**, *My Life as a Rebel*, Londres 1938.

**Beer, Max**. *Cincuenta años de socialismo internacional*, Londres 1935. Berlau, A Joseph, *El partido socialdemócrata alemán, 1914-21*, Nueva York 1950.

**Bernstein, Eduard**, *Evolutionary Socialism*, Nueva York 1961.

**Bevan, Edwyn**, *La socialdemocracia alemana durante la guerra*, Londres 1918.

**Böhm-Bawerk, Eugen von**, *Karl Marx and the Close of his System*, Nueva York 1949 (Este volumen incluye la respuesta de R Hilferding ,Bohm-Bawerk's Criticism of Marx', y el ensayo de L. von Bortkiewicz "On the Correction of Marx's Fundamental Theoretical Construction in the Third Volume of *Capital*").

**Borkenau, Franz**, *El comunismo europeo*, Berna 1952.

**Borkenau, Franz**, *El comunismo mundial. A History of the Communist International*, Nueva York 1939.

**Braunthal, Julius**, *Historia de la Internacional 1864-1943*, 2 vols., Londres 1966 y 1967.

**Burdick, Charles B, y Lutz, Ralph H** (eds). *The Political Institutions of the German Revolution 1918-1919*, Nueva York 1966.

**Cecil, Lamar, Albert Ballin**: *Business and Politics in Imperial Germany 1888-1918*, Princeton 1967.

**Cliff, Tony**, *Rosa Luxemburg*, Londres 1959.

**Cole, G. D. H.**, *The Second International, 1889-1914*, 2 vols., Londres 1956 (Vol. III Partes I y II de una serie titulada *A History of Socialist Thought*).

**Cole, G. D. H.** *Communism and Social Democracy*, Londres 1958 (Vol. IV de *A History of Socialist Thought*).

**Comfort, Richard A**, *Hamburgo revolucionario: Labour Politics in the Early Weimar Republic*, Stanford 1966.

**Davis, Horace B.**, *Nationalism and Socialism*, Nueva York 1962.

- Degras, Jane** (ed). *La Internacional Comunista 1919-1943*, Documentos, Vol. 1, Londres 1956.
- Deutscher, Issac**, *Trotsky: El profeta armado, 1879-1921*, Londres 1954.
- Dunayevskaya, Raya**, *Marxism and Freedom*, 3ª ed. rev., Londres 1971.
- Dziewanowski, M. K.**, *El Partido Comunista de Polonia*, Cambridge Mass 1959.
- Eyck, Erich**, *Historia de la República de Weimar*, Vol. 1, Cambridge Mass. 1962.
- Feldman, Gerald D**, *Ejército, industria y trabajo en Alemania 1914-1918*, Princeton 1966.
- Fischer, Fritz**, *Germanys Arms in the First World War*, Londres 1967. Fischer, Ruth, Stalin y el comunismo alemán, Londres 1948.
- Gankin, O H y Fisher, H.** (eds), *The Bolsheviks and the World War: The Origins of the Third International*, Stanford 1940.
- Gay, Peter**, *El dilema del socialismo democrático: Eduard Bernstein's Challenge to Marx*, Nueva York 1952.
- Gerschenkron, Alexander**, *Pan y democracia en Alemania*, Berkeley y Los Ángeles 1943. Reimpreso con una nueva introducción, Nueva York 1966.
- Goldberg, Harvey**, *La vida de Jean Jaurès*, Madison 1962.
- Jackson, J. Hampden**, *Jean Jaurès*, Londres 1943.
- Joli, James**, *The Second International 1889-1914*, Londres 1955.
- Kautsky, Karl**, *La lucha de clases*, Chicago 1910. Kautsky, Karl, *El programa de Erfurt*, Chicago 1910. Kautsky, Karl, *El camino hacia el poder*, Chicago 1909.
- Krupskaya, Nadezhda K**, *Memorias de Lenin, 1893-1917*, Londres 1942.
- Kuczynski, Jurgen**, *A Short History of Labour Conditions under Industrial Capitalism*, Londres 1945.
- Lenin, Vladimir Illich**, *¿Qué hacer? Obras Completas*, Vol. 5, Moscú.
- Lenin, Vladimir Illich**, *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, Obras Completas Vol. 20, Moscú.
- Lenin, Vladimir Illich**, *Dos tácticas de la socialdemocracia*, Obras Completas Vol. 9, Moscú.
- Lenin, Vladimir Illich**, *Estado y Revolución*, Obras Completas Vol. 25, Moscú.
- Lorwin, Vai R.**, *The French Labor Movement*, Harvard 1954. Lukacs, Georg, *History and Class Consciousness*, Londres 1971.
- Lutz, R. H.** (ed), *Fall of the German Empire 1914-1918. Documents of the German Revolution*, 2 vols., Sunford 1932.

- Mehring, Karl**, *Karl Marx: la historia de su vida*, Londres 1936.
- Michels, Robert**, *Political Parties* (1911), 2ª edición Nueva York 1959.
- Miliband, Ralph**, *Parliamentary Socialism*, Londres 1961.
- Mitchell, Allan**, *Revolución en Baviera 1918-1919. The Eisner Regime and the Soviet Republic*, Princeton 1965.
- Nettl, J. P.**, *Rosa Luxemburg*, 2 vols., Londres 1966.
- Neumann, Franz**, *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism*, Londres 1942.
- Neumann, Franz**, *Sindicalismo y política europea*, Nueva York 1936.
- Rosenberg, Arthur**, *The Birth of the German Republic*, Londres 1931; reimpresso como *Imperial Germany: The Birth of the German Republic 1871-1918*, Nueva York 1967.
- Rosenberg, Arthur**, *A History of Bolshevism from Marx to the First Five Years' Plan*, Londres 1934.
- Rosenberg, Arthur**, *The History of the German Republic*, Londres 1936.
- Rossi, A**, *The Rise of Italian Fascism 1918-1922*, Londres 1938.
- Ryder, A. J.**, *La revolución alemana de 1918*, Cambridge 1967.
- Scheidemann, Philipp**, *The Making of New Germany: The Memoirs of Philipp Scheidemann*, 2 vols, Nueva York 1929.
- Schorske, Karl**, *La socialdemocracia alemana 1905-1917: The Development of the Great Schism*, Cambridge Mass 1955.
- Schweitzer, Arthur**, *Big Business in the Third Reich*, Londres 1964. Serge, Victor, *Memorias de un revolucionario 1901-1941*, Londres 1963.
- Strobel, Heinrich**, *The German Revolution and After*, Nueva York 1923. Trotsky, Leon, *Historia de la Revolución Rusa*, 3 vols., Londres 1932. Trotsky, Leon, *Mi vida*, Londres 1930.
- Waite, Robert G. L.**, *Vanguardia del nazismo: The Free Corps Movement in Post-War Germany. 1918-1923*, Cambridge Mass 1952.
- Waldman, Eric**, *El levantamiento espartaquista de 1919*, Milwaukee 1958.
- Zetkin, Clara**, *Reminiscencias de Lenin*, Londres 1929.